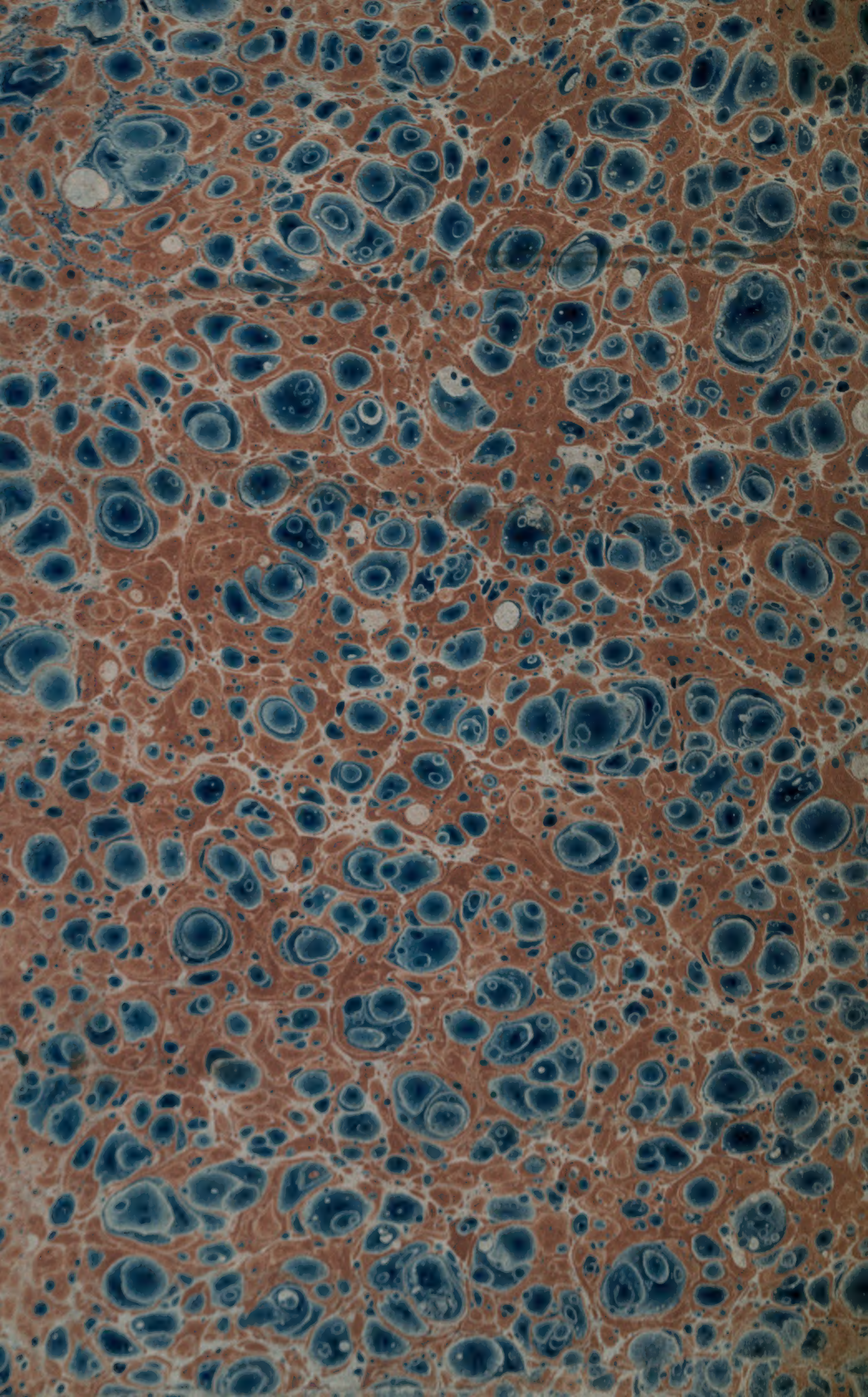
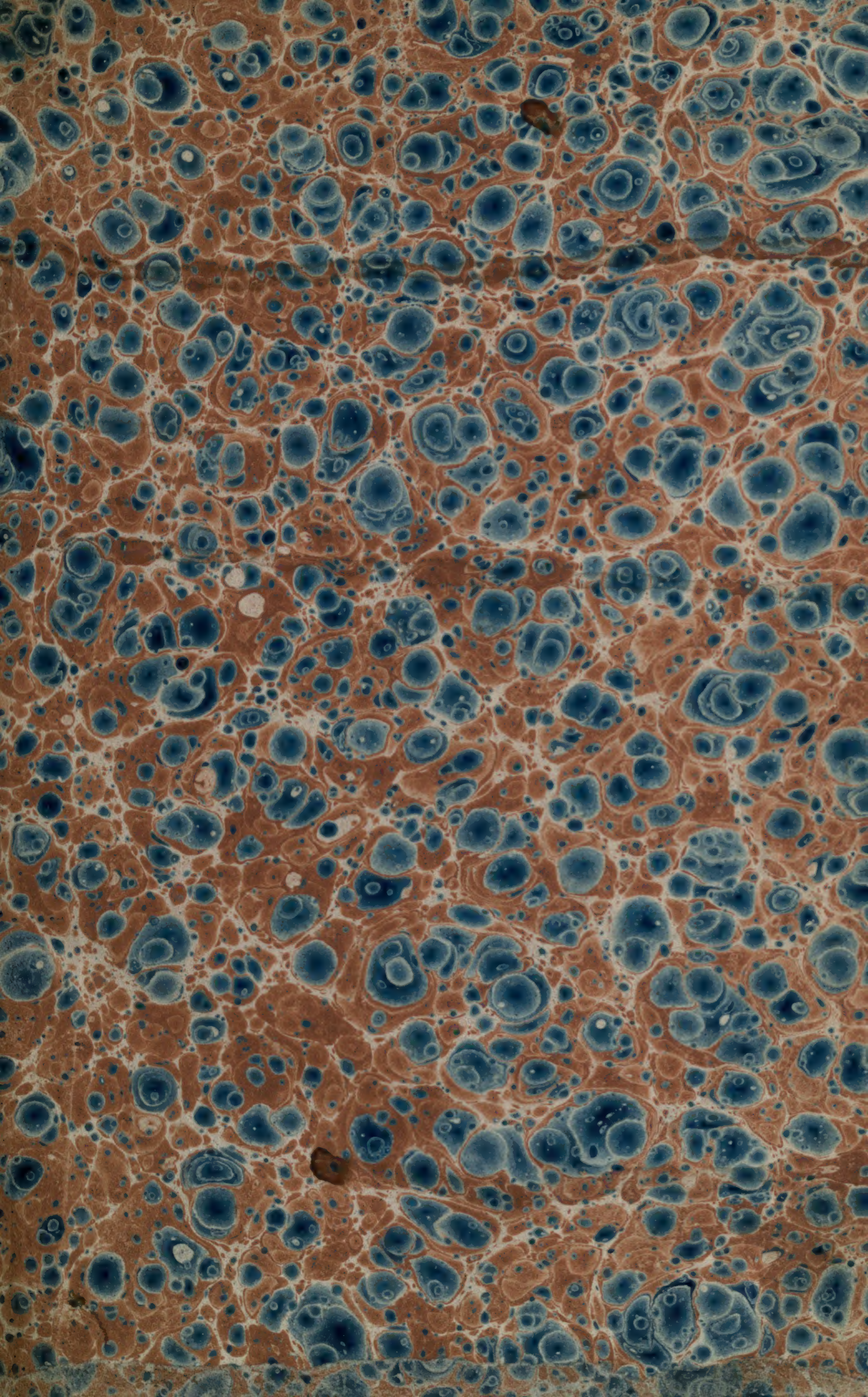







304/20



Retrato del autor.

FERNANDO IV EL EMPLAZADO,

Ó

DOS MUERTES A UN TIEMPO,

Y SU SEGUNDA PARTE

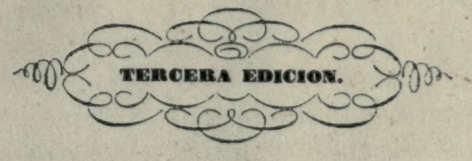
ALONSO XI,

Ó QUINCE AÑOS DESPUES.

NOVELA HISTORICA DEL SIGLO XIV

ORIGINAL

DE DON V. AFRICA BOLANGERO.



D. J. RUIZ DE MORALES, EDITOR.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS, CALLE DE LAVAPIES, NÚM. 5, PRAL.

1856.



FERNANDO IV.

INTRODUCCION.

I.

Espiraba el dia 31 de diciembre, y con él, el año de 1301. Las primeras pálidas sombras de la noche envolvian las pequeñas torres de un edificio negruzco y de arquitectura desconocida, que servia entonces de alojamiento á los guardias y comitiva del poderoso infante don Juan, tio del gran monarca de Castilla. Una estrecha y oscura galería, cuyas maltratadas paredes estaban cubiertas por tapices de raidos colores que representaban las brillantes campañas de los vencedores de las Navas y Clavijo, disminuyendo la luz, que por ojivas ventanas penetraba en aquel paraje, le daba un tinte sombrío que mas que en ninguna otra parte se reflejaba en los rostros severos de dos personages que al parecer con la mayor cautela platicaban. Permitido nos será, á fuer de verdaderos cronistas, introducirnos en la lúgubre morada que acabamos de describir, para de este modo poder relatar con mas exactitud el misterioso asunto que á los caballeros ocupaba. Uno de ellos, que parecia reconocer la influencia de su compañero, revelaba por sus ademanes imperiosos y por sus breves pero enérgicas palabras, le dijo apagando cuanto pudo la voz:

—No os parece, señor, que altos intereses nos llaman á Castrogeriz, y que no debemos dilatar ni un solo momento la partida?

—Pensára como vos, querido amigo, si otros negocios de mas alta importancia no me obligáran á permanecer por ahora en Burgos.

—Pero es necesario que no echeis en olvido, que con el rey ha quedado el nuestro siempre terrible adversario, Abad de San Andrés, sostenedor por interes propio de las pretensiones de la reina madre, enemiga declarada de la parcialidad, á cuya frente figura uno de los mas ilustres caballeros de Castilla. El Abad, aprovechándose de nuestra momentánea ausencia, influirá inmediatamente en el ánimo del rey para conducirle á lo que él llama su buen camino.

—Basta, por Dios, buen conde; la influencia de la palabra es pasagera; la de la espada, y esta es la mia, dura en estos tiempos de desgraciados azares tanto como el mas largo reinado del mas débil monarca, y ya veis si tiene aplicacion....

—Oh, sí, sí; niño y débil el rey, y los tiempos de intestinas guerras, largo, muy largo debe ser el verdadero reinado del mas ilustre de los guerreros y el mas querido de los in...

—Silencio! dijo el apuesto caballero, concluyendo entre dientes una frase que no dejó murmurar á su compañero.

Y tendiéndole su diestra, añadió en alta voz:

—Si os agrada, seguidme á casa del judío Juffep-Aben-Ahlamar, donde podremos continuar nuestra plática.

No bien acabára de pronunciar estas palabras, cuando resonó por todo el ámbito de la plaza un grito unánime que decia:—La gitana! La gitana!

El eco de esta voz atronadora, que llegó mal apagada al lugar en que conversaban nuestros dos misteriosos personages, entregados enteramente á sus planes políticos, vino á distraerlos lo bastante para que corrieran ambos á averiguar la causa de aquel repentino alboroto.

En el ángulo de la plaza contíguo á la casa de donde acababan de salir los dos caballeros; habia un grupo de gentes del pueblo que se estrechaban y comprimian entre sí para escuchar la argentina voz de una hermosa gitana pronta á decir á los que á ella se arrimaban, el secreto de sus vidas ó los misterios del porvenir.

Era la gitana una niña de catorce á quince años, y ya su rostro revelaba los tesoros de voluptuosidad y belleza que parece ser patrimonio de las hijas del Oriente. Sus grandes y rasgados ojos negros estaban velados por una arqueada y larga pestaña; su cutis, quemado por los rayos del sol del mediodia, era sin embargo finísimo; su talle era esbelto y aéreo, como el de los seres ideales que pueblan el paraiso del falso profeta; su voz, pura y argentina, vibraba en el corazon de sus entusiasmados espectadores como una sentida nota; sus maneras eran espresivas y de graciosa desenvoltura, á pesar del pobre trage que la cubria, y era, como el de todas las hijas del pueblo, una tunicela de tosco buriel con vandas y rapacejos, ceñida á su delgada cintura por una correa negra, de la que pendia una escarcela de la misma clase donde guardaba el dinero que recogia de sus generosos parroquianos.

Acompañábala una mujer anciana vestida aun mucho peor que ella, cargada de espalda y de rostro repugnante y asqueroso. Sus ojillos verdosos y siempre húmedos se abrian estraordinariamente de alegría, cuando la jóven metia algun dinero en la escarcela de cuero.

La bella gitana, alcanzó á ver á dos hombres de gallarda presencia y de nobles y delicados ademanes cubiertos de pies á cabeza con ricas armaduras de bruñido de acero, que pugnaban por llegar adonde ella estaba. Entonces dijo, esforzando cuanto pudo la voz:

—Quién quiere que le diga la buenaventura?

—Yo! repuso uno de los armados, abriéndose paso por entre aquella masa compacta, y penetrando en el círculo donde se hallaba la aventurera.

—Qué haceis, don Juan? dijo sorprendido el conde.—Vive Cristo, que un niño hubiera estado mas prudente que vos! Y si os conocen?

—Nada temais, amigo mio, contesto el llamado don Juan, quitándose la manopla derecha y descubriendo á los circunstantes una blanca pero poco delicada mano.

La vieja que acompañaba á la gitana se acercó á esta y la dijo con mal reprimido gozo:

—Hinca, hija mia, una rodilla en tierra, y di de ese modo la buenaventura á este poderoso señor, á quien Dios guarde y dé salud para defender la religion cristiana y conquistar en los torneos y apuestas, todos los premios para su dama, que estoy segurísima será la mas hermosa y cumplida doncella de la corte de nuestro buen rey y señor don Fernando IV.

Movió el desconocido la cabeza en señal de despecho haciendo hondear graciosamente la pluma blanca que adornaba á su casco de acero y oro.

La gitana obedeció á la anciana y dijo al caballero casi imperceptiblemente:

—No os puedo conocer por mas que hago.

—Lo creo contestó don Juan con aire satisfecho.—Cómo te llamas? repuso apretando entre sus manos las de la aventurera.

—Piedad.

—Oh, me gusta tu nombre. Y tienes padres, hermosa Piedad?

—Si los tengo, no los conozco. Esa mujer que veis haí, se dice mi abuela; lo podrais creer?

—La amais? repuso el armado desentendiéndose.

—Que si la amo! Bien sabe Dios, señor, que la aborrezco con todas mis fuerzas!

—Y por qué, hija mia?

La gitana lanzó un lastimero suspiro y guardó silencio.

—Os da mal trato?

—Terrible, terrible, noble caballero!





¿Veis aquella gitana, pues la necesito?

—Qué infame!... Quereis variar de vida y...

—Oh, sí, sí, al instante! contestó Piedad restregándose las manos de alegría é interrumpiendo á don Juan.

—Bien, dijo este, queda de mi cuenta libraros de esa mujer. Ahora dá principio al cuento de mis felicidades ó de mis desgracias.

Cogió entonces la gitana la diestra del desconocido, y haciéndole en la palma una cruz, habló en alta voz de esta suerte:

—Tu vida, noble señor, magüer me cueste trabajo decírtelo, tu vida, azarosa en demasía, se verá siempre amenazada por personas que llegarán á arrebatarte el mando que ahora tienes... pero el rey tu so...

—Calla, calla! que ya que tú me has conocido, no me conozcan los demás.

— Bien está.

—Guarda silencio, hermosa Piedad, y haré tu felicidad.

—Perded cuidado, gran señor. Quereis que continúe?

—No, basta, repuso el armado poniéndose la manopla.

Y arrojando en la falda de la gitana una moneda de oro, desapareció con su compañero.

Poco tiempo despues, cuando ya la noche cubria de tinieblas la ciudad, y cuando la gente se marchaba, porque se disponia hacer otro tanto Piedad, presentóse nuevamente el caballero, llamado don Juan, acompañado de un personage que por su trage indicaba ser judío, y le dijo señalando á la gitana:

—Distinguís, Juffep-Aben-Ahlamar, á aquella muchacha...

—Sí, sí, perfectamente.

—La necesito.

—En hora buena.

—Esta misma noche ha de venir con nosotros á Castrogeriz.

—Diablo! y cómo te vas á componer, señor?

—Tú te encargarás de esa comision.

—Yo! el médico de su alteza el rey de Castilla y Leon!

—Toma, miserable! dijo el armado, pasando de sus manos á las del judío una bolsa repleta de dinero.

—No era mi ánimo...

—No te disculpes.

—Bien, señor, soy tan pobre!

—Con que te encargas de llevarla esta misma noche á la villa?

—Te lo prometo á fé de Juffep-Aben-Ahlamar, contestó el físico del rey, guardando al mismo tiempo por entre los pliegues de su ancho y largo ropon de seda morada, la bolsa que le diera el desconocido.

A poco de esto, quedó la Plaza mayor de Burgos solitaria.

II.

A siete leguas de Burgos encuéntrase la villa de Castrogeriz, uno de los pueblos mas principales de la provincia, tanto en los tiempos á que nos referimos como en los presentes. Sus fértiles praderas, bañadas por los rios Oda y Garbanzuela, y sus abundosos y espesos montes, ricos de todo género de caza, habian merecido la predileccion del jóven rey de Castilla don Fernando. Y en efecto, en este delicioso lugar, de acuerdo con su tio el infante don Juan y el conde de Lara, uno de los grandes mas poderosos de aquella época, dispuso invertir, entregado á su diversion favorita, los cuatro dias de término otorgados por la reina madre.

Largo tiempo hacia que intentaban el infante don Juan y el poderoso conde de Lara separar al jóven é inesperto monarca de la tutela de su madre, señora tan prudente como desgraciada, para de ese modo tener ellos mas mano en el gobierno de Castilla y Leon.

No creia doña María Alfonsa de Molina, á pesar de su

despejado talento y natural penetracion, que aquellos hombres llevasen su maldad hasta el estremo de querer arrebatarle al hijo que amaba con frenesí, y al cual hasta entonces habia salvado de las asechanzas de sus encarnizados enemigos, á costa de innumerables padecimientos y de onorosos sacrificios, y conservándole la corona de su padre una y muchas veces amenazada. Pero bien pronto hubo de convencerse, en vista de que la ausencia de cuatro dias se prolongaba demasiado, de que el designio de sus malos parientes era desviar al jóven monarca de sus maternales caricias y de sus saludables y prudentes consejos.

Al mismo tiempo estos procuraban captarse la voluntad del rey y malquistarlo con su madre, propósito poco digno en verdad, pero que les costó muy poco trabajo conseguir, por ser el rey demasiado niño y de suyo inconstante y voltario, aunque de bondadoso carácter. Hallábase este tan distraido con la persecucion de la corza y el jabalí, que jamás se hubiese acordado de que existia para su bien una persona tan buena y entendida como doña María la Grande.

Los tibios rayos del sol poniente doraban apenas las altas y desnudas copas de los árboles, deslizando trémulos y fugitivos destellos sobre la menuda yerba. Acababa uno de esos dias mas brillantes y menos frios del mes de enero. Como á cosa de una legua de Castrogeriz, una compañía de cazadores, lujosamente engalanados, turbaban con el ruido del cuerno y trompeta de caza la tranquilidad que naturaleza concede á los montes y á las selvas. Acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho, esperaban á que asomase la presa para precipitarse sobre ella con el venablo aguzado y tenderla en tierra del primer golpe. Varias magníficas tiendas con las armas de Castilla y Leon colocadas en la parte esterior de los tapices abiertos para penetrar en ellas, indicaban que aquel placer habia durado algunos dias. En una de las tiendas de peor apariencia, daban vueltas, dos hombres á un asador que contenia una pieza no muy grande, y cuyo lomo se iba poniendo del mismo color que

entonces tenian los rayos del sol: otros aderezaban varios platos y atizaban al mismo tiempo la brasa con prisa. Dos hombres, los dos jóvenes y bien vestidos, observaban á los encargados de confeccionar las viandas que habia de comer, tal vez dentro de un minuto, la regia partida. El que parecia mas jóven dijo á su compañero:

—Puedo saber, magüer sea descortesía preguntarlo, cómo no se encuentra al señor Peranzulez en la partida de su alteza, con su amo el muy noble y egregio señor don Juan Nuñez de Lara?

—Me encontraba algo indispuesto, contestó el interpelado, y mi ilustre señor permitió me quedara aqui. Pero lo que á mí me llena de estrañeza y curiosidad cómo es que habeis abandonado á vuestro augusto amo.

—De buen grado os diré, señor escudero del conde de Lara, que su alteza me ha enviado aqui para que mande activar lo que haya de yantar, pues nos vamos de este lugar tan luego como el rey y su comitiva reparen en algun tanto sus fuerzas.

—Cómo! repuso el escudero del conde lleno de sorpresa; pues no dijo hoy su alteza que se prolongase un dia mas la partida?

—Y no sabeis, señor mio, que don Fernando se casa con su prima doña Constanza, hija de los reyes de Portugal?

—Lo sé, Hernando; pero tambien sé á punto fijo que, ese enlace no se celebrará hasta dentro de unos dias.

—Engañado vivís sobre este particular, Peranzulez, que el rey se casa al momento.

—Vuestras noticias, señor page, me han llenado de sorpresa, y decididamente las creyera poco exactas si no temiese ofenderos.

—Pues tenedlas por tan ciertas como cierto es que los dos estaremos dentro de cien años en el seno de nuestra comun madre.

—En ese caso iremos desde aqui á Burgos sin detenernos,

repuso Peranzulez deseando saber mas noticias aunque le causasen sorpresa.

—Creo que tocaremos en Castrogeriz.

—Y sabeis el motivo porque se apresura el enlace de su alteza?

—No; solo sé que vuestro amo y el infante han recibido un pliego, bastante voluminoso por cierto, y que á consecuencia de eso salimos de Castrogeriz.

—Esa mujer nos va á dar mucho que hacer; qué os parece? dijo el escudero por ver si se espontaneaba el jóven Hernando.

—Soy de vuestro mismo parecer: Figuraos, dijo el page con el mayor sigilo, que doña María quiere llevarse al rey á su lado, y como nada puede conseguir, trata de llevárselo á la fuerza, haciendo valer sus derechos de regenta del reino y de tutora de su hijo. Ahi teneis la razon...

—Por lo que se apresura el casamiento, verdad? dijo el escudero con aire de triunfo.

—Cabalmente.

—No oís ruido? dijo Peranzulez.

—Son ellos, la partida; el rey! repuso el mozo metiendo prisa á los criados.

Con efecto: oíase en lontananza el galope de los caballos y los alaridos de la jauria.

Poco tiempo despues presentóse la regia partida.

Distiguíase entre los caballeros un jóven de 16 á 17 años de rostro bondadoso, mirada dulce y aire noble y magestuoso. Adornaba la parte superior de su boca un pequeño bigote tan rubio como sus largos y rizados cabellos; su tez, de suyo blanca, estaba algo tomada del sol, consecuencia sin duda de la diversion á que estaba entregado desde su permanencia en Castrogeriz; pero este color hacia resaltar mucho mas la blancura de sus iguales dientes. Vestia este jóven, que era efectivamente el rey, jubon de terciopelo recamado de oro, cinto tachonado, calzas justas, escarcela de terciopelo y plata, birrete con pluma blanca, camisola

de holanda, y un capotillo oscuro de caza completaba el trage que llevaba el adolescente rey de Castilla y Leon.

Apeóse con ligereza del brioso corcel que montaba, y penetró, seguido de sus magnates, en una tienda sencillamente alhajada; pero cuyas alfombras y tapices representaban escenas alegóricas á aquel lugar.

Don Fernando y su corte se sentaron al rededor de una mesa cubierta de asados, morcon y de buen vino de Toro, entonces muy apreciado.

—Buen dia hemos tenido hoy, dijo el rey dirigiéndose á su tio. Lástima que las circunstancias, como decís, nos obliguen á salir de Castrogeriz! en verdad, señores, que le voy tomando cariño á estos sitios.

Una persona que estaba parada en la entrada de la tienda al empezar el rey las anteriores palabras, llegó con paso mesurado á la mesa sin ser notado de nadie.

El infante don Juan contestó á su sobrino con tono risueño:

—Eh, señor, no merece la pena la momentánea ausencia que vamos á hacer de Castrogeriz, para que tu alteza se entristezca de este modo.

—Sí, sí, teneis razon, dijeron á una todos los caballeros.

—Qué, volveremos? preguntó el rey á su tio lleno de alegría.

—Volveremos, señor, y vuestra alteza unido para siempre á la linda Constanza.

El intruso tosió fuertemente.

—Ah, padre mio, dijo don Fernando conociendo á su confesor, no os he visto desde esta mañana: qué habeis hecho?

—Orar por tu felicidad y la de tus pueblos, mientras tu alteza se divertia en la persecucion de la inocente corza y del jabalí, contestó el anciano echando sobre sus hombros la capucha del hábito que vestia.

—Y sufres esto, señor! esclamó el infante dando una fuer-

te puñada en la mesa y lanzando una torva mirada en el venerable Abad de San Andrés.

—Sois infante, don Juan, repuso con la mayor mansedumbre el anciano, poco dueño de vuestros impetuosos arranques; y si no os enojáseis os diria como debeis tratar otra vez á un anciano que no ha sido nunca traidor á su patria ni á su rey.

El infante se mordió los labios de despecho, y hubiera contestado á la fria impasibilidad del confesor de don Fernando, si este no se levantara y repusiese al instante:

—Silencio!

—Señor, se apresuró á decir el Abad, pido á tu alteza mil perdones, si he proferido alguna palabra que te pueda haber ofendido.

—No, ninguna, padre mio.

El anciano se acercó al rey y le besó con respeto una de sus manos. Viendo esto don Fernando, dijo conmovido:

—Bien sabeis, padre mio, que os quiero.

—Oh, gracias, gracias, noble rey! esclamó el Abad radiante de alegría.

Y procurando herir enteramente á los irreconciliables enemigos de doña María continuó de esta suerte:

—Me permitirá tu alteza, ya que nunca has dudado de la lealtad de mis intenciones, darte un consejo hijo de mi esperiencia y mucho amor que hácia tí y hácia tu augusta madre tengo?

—Sí padre mio, hablad, que con el mayor placer os escucho.

—Pues bien, señor; tenia que decirte que equivocados ó torcidos consejos te arrastran irremisiblemente á un hondo precipicio que tu poca edad desconoce: vuelve en tí, hijo de Sancho IV! vuelve en tí, y acuérdate de lo que debes á tu desgraciada madre!

Un mormullo de desagrado reinó por algun tiempo en la tienda. El Abad se apresuró á decir:

—Cesad, caballeros, que mis palabras no acusan mas que á dos.

Todas las miradas se fijaron á un tiempo en el infante y el conde de Lara. Sus rostros permanecieron sin alterarse, pero sus pechos rugieron á un tiempo de cólera.

El rey se puso de pié y gritó, esforzando la voz cuanto pudo para que apareciese mas varonil de lo que era en realidad:

—Mi armadura, Hernando, que vamos á partir.

En el rostro del conde y de su amigo brillaba la alegría y el triunfo.

Dejóse poner el monarca, de manos de su page favorito, la loriga y demás arreos de la armadura, y despues salió de la tienda diciendo á sus cortesanos:

—A Castrogeriz, señores.

Media hora despues de lo que acabamos de referir veíanse sentados en magníficas y cómodas poltronas, disfrutando del calor que despedia un hogar de mármol blanco lleno de encendidos leños, al rey y á sus consejeros el infante y el conde. Una lluvia fuerte y obstinada, empujada por un aire que parecia querer arrancar al edificio de sus cimientos, hacia ya rato heria los oidos de los tres personages, que se calentaban sin mirarse y sin dirigirse ni una sola palabra.

Movióse don Fernando en su poltrona, que era la de enmedio, y dijo á sus ministros con aire de mal humor:

—Por Santa Polonia, que no he conocido una noche peor que esta! ahora que yo queria marcharme cuanto antes de este maldito villorro, se empeña el tiempo, alborotado sin duda por las brujas, en que no salga de aqui. Pero mañana, esté como quiera el tiempo, dispondreis, señor mayordomo mayor de mi casa, los preparativos necesarios para emprender sin demora la marcha á Valladolid.

—A Valladolid! esclamó sorprendido el mayordomo, conde de Lara.

—Sin duda, repuso el rey acariciando su pequeño bigote.

—Pues no dijo ayer mismo su alteza, insistió el conde, que tu enlace con la hija de don Dionisio se celebraría en Burgos?

—Oh, mi matrimonio, mi matrimonio se efectuará cuando mi querida madre disponga. Para el efecto quiero verla cuanto antes.

La derrota no podia ser mas completa. Así lo comprendieron los dos amigos, y ambos se creían perdidos si el rey volvia á poder de su buena y desinteresada madre. El conde miró á don Juan, y este dijo á su sobrino con tono doliente é hipócrita:

—He llegado á comprender, señor, que estais descontento con nosotros.

El rey guardó silencio.

—Si es así, continuó don Juan dignate decirlo, para no importunar tu atencion con consejos que tu alteza cree contrarios á tu causa. Pueden, señor, hacer mas estos tus servidores que devolverte la magestad y el poder que la desmedida ambicion de tu madre te tenia usurpado? Pueden haber hecho mas que librarte de la vergonzosa tutela de una mujer que además de quererte arrancar la corona que ciñe tan justamente tu frente, ganada por tu padre y mi hermano don Sancho, de feliz recordacion, ha malversado tus rentas y desmembrado parte de tus reinos, para recompensar á los que le ayudaban en su política (1)? Te has visto al lado de tu desnaturalizada madre rodeado de tanto esplendor como ahora te cerca? no: pues entonces qué quieres de nosotros? nuestra sangre? hace ya tiempo que la hemos ya derramado por tí, y dispuestos estamos á derramarla de nuevo siempre que sea por tu bien y felicidad. Mira, don Fernando si quieres ser tan buen rey como tu bisabuelo don Fernando III, tan sabio como tu abuelo don Alfonso X, mi querido padre, y tan estimado como el tuyo, sé magnánimo con todos, justiciero, humano con el vencido; desecha ese carácter irascible que á veces tienes, recompensa á los que bien te sirven, y no des oido jamás á los que se entretengan en malquistarte con tus vasallos. Si sigues esta marcha, que aunque mal trazada es la de la razon y la de la justicia, serás ben-

(1) Todo esto es histórico.

decido en vida y llorado en muerte. Ahora voy hacerte una revelacion que tú sin duda no esperarás. Has visto á ese anciano que se decia ministro de Jesucristo, y que hace poco osó insultarme ante tu augusta presencia? pues ese hombre, que ya pertenece á la muerte, ese mal sacerdote, es un espía de tu madre, y el encargado por ella de desvaratar tu ya concertado enlace, enlace que, como sabes, tantas ventajas te reportan á tí y á tus reinos! Por último, señor, ese hombre es el mismo que aconseja á doña María que case á tu hermana Isabel con don Alfonso de la Cerda, y que le dé en dote la corona de Castilla, quedándote solo con la de Leon y Galicia! Se puede dar mas infamia! Se puede dar mas maldad! Hay situacion mas espinosa que la nuestra?

No pudo resistir mas el jóven é inesperto monarca. Levantóse bruscamente del sillon, y dijo al mismo tiempo que daba largos paseos por la estancia:

—A Valladolid mañana mismo, amigos mios!

Los dos amigos se miraron llenos de alegría y satisfaccion

—Es nuestro! dijo el infante á media voz.

—Oh! sí; pero lo malo es que mañana partimos para Valladolid, donde se halla á la que puede mas que nosotros.

—No tengais miedo, señor conde, que ya haremos á ese muñeco que no salga de aqui si es necesario, repuso el infante pasándose una mano por la frente como llamando alguna idea.

El rey se acercó á una de las ventanas que daban al patio principal del palacio y la abrió maquinalmente, permaneciendo en ella largo rato. Visto esto por don Juan dijo, poniéndose de pié:

—Habeis oido al rey que quiere salir mañana de madrugada para Valladolid?

—Sí.

—Pues no tarda el tiempo que se invierte en rezar un credo en daros órden para que no se hagan preparativos de viaje.

—Cuerpo de tal! y cómo hareis, señor?

—Oh, oh, es un secreto, un secreto!

Y salió de la estancia murmurando entre dientes las palabras anteriores.

La llama de indignacion que se habia encendido en el pecho del jóven rey con las palabras de don Juan, fué apagada de pronto y sustituida por otra que, estendiéndose por todo su cuerpo como una chispa eléctrica, le inflamó la sangre y le hizo sentir por primera vez una afeccion desconocida de él, por otra que le hizo palpitar el corazon violentamente y perder la razon por un momento.

Sus ojos estraordinariamente abiertos, no los quitaba ni un instante de una mujer de singular belleza, ricamente vestida y con el cabello tendido por los hombros en forma de rizados bucles, que muellemente recostada en una banqueta de terciopelo carmesí, veíase por entre las celosías de una ventana del piso bajo.

Poco tiempo le duró al rey su halagüeña aparicion, pues un hombre de larga barba y trage judáico cerro la ventana.

—No cerreis, Aben-Ahlamar, esclamó don Fernando conociendo en el personage á su físico; no cerreis, que quiero verla mas tiempo, quiero contemplarla de nuevo!

Como queda dicho la ventana se cerró, y el desgraciado Fernando, víctima de los hechizos de la gitana Piedad, se quedó triste y admirado.

Poco despues una voz de querubin, acompañada de los acordes sones de un laud suave y diestramente pulsado, hirió los oidos del estasiado jóven.

—Hé aqui la mujer que á mí me faltaba para ser feliz! esclamó el hijo de doña María Alfonsa, cerrando la ventana á pesar suyo, porque la lluvia y el viento, que no habia cesado un momento, le azotaba demasiado el rostro.

—Mañana, señor conde de Lara, no saldremos de Castrogeriz, dijo el rey tomando posesion de la poltrona, pero en muy distinta situacion su ánimo de cuando la habia dejado.

—Dice bien su alteza, repuso el infante penetrando en la estancia lleno de gozo, porque se han puesto los caminos con la lluvia punto menos que intransitables.

—Sí, sí, replicó el monarca, ya he visto que no ha cesado ni un solo instante. De manera que por este motivo seremos por unos dias mas vecinos de estos fieles lugareños.

No comprendiendo el conde cómo se habia obrado en el rey tan súbita mudanza, pidió con la vista esplicaciones á su amigo.

Este se sonrió y dijo á media voz:

—Ya no tenemos nada que temer, el rey está enamorado, y el objeto de su amor es hechura y cosa mia: comprendeis, amigo mio?

—Sí, sí, perfectamente.

FIN DE LA INTRODUCCION.



CAPITULO PRIMERO.

De como la maldicion que lanzó Dios sobre don Alfonso el sabio alcanzó hasta su quinta descendencia.

Por el año de 1310, concluida felizmente la guerra con los moros, despues de haberles tomado don Fernando, el cuarto de este nombre, á Gibraltar, Vedmar y Quesada, y á mas de esto exigídoles cuarenta mil escudos para subsanar los gastos de la guerra, se celebró con mucha ostentacion y aparato en la ciudad de Burgos el casamiento de la infanta Isabel, hermana del rey, con Juan, duque de Bretaña.

Con este motivo acudian de todas partes multitud de personas de todas clases, sexos, edades y distinciones, incluso el rey, que con su corte se hallaba en Sevilla despidiendo el ejército y premiando aquellos que mas se habian distinguido en la guerra.

La reina doña María Alfonsa de Molina y su hija la futura esposa del duque de Bretaña, ocupaban parte del alcázar de Burgos; pues lo restante, y era lo mas principal, estaba destinado á servir de alojamiento al rey y á su corte, que á marchas dobles venian á presenciar las bodas de la infanta.

Hallábase suntuosamente alhajada la parte que en el alcázar ocupaba esta señora; costosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, ostentosos tapices, y cuanto el lujo de la época podia permitir, veíase alli reunido con el mas refinado gusto. Ardian lentamente en los cuatro

ángulos de un magnífico salon, pebesteros de plata, de los cuales salian otras tantas columnas de denso azulado humo que exhalaban deliciosos y delicados aromas del Oriente. En un frente del salon, y junto á un hogar de jaspeada piedra, encontrábase una mujer de bello y apacible semblante, vestida con esquisita elegancia y muellemente arrellanada en una colosal poltrona, notable por su rica madera y por la profusion de adornos y relieves con que la mano inteligente del artista se habia divertido en recargarla. Descansaban sus delicados piés en un almohadon de preciosa tela, y sus ebúrneas manos sostenian un crecido volúmen, en cuya cubierta se leia en gruesos caractéres: *Vida del rey San Hermenegildo.*

Acompañábala otra mujer que guardaba profundo silencio, y se entretenia en mover con unas tenazas de acero las brasas que ardian en el hogar. Esta, mas jóven y hermosa que la primavera, pero ataviada con menos riqueza, vestia un trage talar de terciopelo color de guinda: sus rubios y sedosos cabellos, que contrastaban maravillosamente con su nevado cútis y el azul celeste de sus lánguidos ojos, quedaban recogidos por una aguja de oro, de la cual pendia un velo blanco que llegaba á besar las pieles de que estaba guarnecido el vestido.

La mujer que hemos visto sentada en la poltrona cerró el manuscrito que leía y dijo á la otra en tono afable:

—No sentís hoy un frio horroroso, querida Beatriz?

—Lo hace en efecto, señora; pero si te acercases mas al hogar, no lo sintieras tanto.

—Tienes razon; ayúdame á aproximar un poco la poltrona, y da orden despues para que avisen á mi confesor, el Abad de San Andrés.

Salió Beatriz y regresó al momento diciendo:

—Ya estan tus órdenes cumplidas, señora.

—Bien, hija mia; sentaos ahora cerca de mí, y decidme si sabeis algo de vuestro amante.

—Oh! nada, señora, nada absolutamente! esclamó la jó-

ven llevándose las manos á los ojos para contener una lágrima que de ellos brotaba.

—No te aflijas, querida mia, dijo la reina con dulzura.

—Y qué quereis que haga, cuando nadie me da razon de él ni de su hermano?

—No me has dicho que han ido de mesnaderos con su alteza el rey á la guerra de los moros?

—Asi es, señora.

—Pues entonces, tal vez el Abad traiga noticias del rey, y en ese caso sabremos pronto lo que ha sido de tu futuro.

—Dios lo haga! esclamó Beatriz tranquilizándose algun tanto con las palabras de la reina.

Una voz estentórea se dejó oir por la parte de fuera.

—El Abad, señora! dijo la jóven llena de júbilo.

—Oh, cuánto me alegro!

—Da permiso tu alteza? dijo el anciano antes de penetrar en la estancia.

—Adelante, padre mio, adelante, repuso doña María saliendo al encuentro del anciano.

Y besándole una mano con religioso respeto, lo condujo al hogar.

—Perdonad, señora, si no he venido...

—Está bien, padre mio.—Tomad asiento aqui, dijo la reina dando á su canciller una silla que presentó Beatriz.

El confesor y canciller de la viuda de Sancho IV frisaba en los 65 años: sus cabellos eran blancos y largos, y su mirada dulce y benigna infundia un religioso respeto: no obstante lo avanzado de su edad, su cuerpo se mantenia erguido, y habia en su rostro tanta dignidad como mansedumbre.

Acostumbrado á aquellas deferencias, tomó con desembarazo posesion del asiento que le presentó Beatriz, preguntando con afectuoso interés á esta:

—Y de tu amante, qué sabes, hija mia?

Las megillas de la jóven se cubrieron de un vivo carmin y sus ojos se inyectaron de lágrimas. Quiso hablar y su voz se anudó en la garganta. Conociendo doña María la crítica

situacion de su dama, se apresuró á responder por ella.

—Nada sabe; como que esperaba con vivos deseos vuestra venida, creyendo que vos nos diriais algo.

El Abad se encogió de hombros. Doña María preguntó balbuciente:

—Y de mi hijo tampoco sabeis nada?

—Ni una palabra, señora. Y vos?

—Retiraos, Beatriz, dijo la reina á la jóven sin contestar á su consejero.

Esta alegróse en estremo de la orden de doña María, porque de ese modo podia desahogar su corazon mas libremente.

—Decidme, padre mio, prosiguió la reina asi que hubo salido la jóven, qué pensais de ese prolongado silencio que guarda su alteza?

—Qué he de pensar, señora? repuso el anciano.

—Nos querrá sorprender?

—Mucho me holgára que asi fuera.

—Oh, pues en ese caso, he hecho perfectísimamente en mandar alhajar la parte principal del alcázar.

La favorita de la reina madre presentóse en el salon con tono risueño y placentero.

—Beatriz! esclamó doña María con enfado.

—Perdona, señora, pero un page...

—Un page?

—Que viene de parte de su alteza el rey, desea verte. Le hago entrar?

—Oh, sí, sí, al instante!—Quedaos, padre mio, añadió la reina viendo que el anciano se disponia á retirarse.

Volvió á aparecer la doncella seguida de un jóven bien vestido, y con las armas reales bordadas en el pecho. Antes de acercarse á la reina hizo tres profundas reverencias, y esperó inclinado con gran respeto á que doña María se dignára hablarle.

—Dime, page, de dónde vienes?

—Su alteza, contestó Hernando inclinándose de nuevo, el

rey de Castilla y Leon, tu ilustre y digno hijo, me envia á tu grandeza para que te avise de su parte que queriendo hallarse en la boda de su noble hermana la infanta Isabel, desea se suspenda la ceremonia hasta su llegada.

—Bien: y cómo está su alteza?

—Nunca le he visto mas saludable y contento.

—Gracias, Dios mio!—Y no sabes cuándo llegará á Burgos el rey?

—De hoy á mañana, señora; pues en el mismo dia en que salí de Sevilla, se preparaba su alteza para emprender tan largo y penoso viaje.

Y alargando doña María su mano al page para que tuviese el muy alto y particular honor de besársela, repuso:

—Retiraos, que ya quedo enterada de vuestra embajada.

Salió en seguida el page de la real cámara precedido de Beatriz, que no tardó en satisfacer su justa curiosidad informándose minuciosamente de la suerte de su amado.

—Lo veis, padre mio, dijo la reina radiante de alegría, cómo al fin viene el hijo de mis entrañas á presenciar el casamiento de su hermana?

—Y por ello, señora, te felicito de buen grado. Pero me asalta una idea bien triste.

—Qué decís?

—Qué le acompañan tus eternos enemigos el infante y don Juan Nuñez de Lara.

—Oh, callad por Dios, replicó doña María inmutada: es imposible que sea ahora mi hijo como cuando estaba en Castrogeriz! Imposible, señor: no veis que entonces tenia 16 años!

—Sin embargo, doña María, os aconsejo que esteis prevenida...

—Prevenida con un hijo, padre mio! esclamó la reina enjugándose dos lágrimas que á manera de perlas rodaban lentamente por sus megillas.

—Habeis olvidado que á su vuelta de Castrogeriz, y en presencia de toda la corte, os llamó malversadora de sus

bienes, hipócrita, desnaturalizada, y por último, no vaciló en apostrofar con los mas horribles dicterios á tu alteza, á la madre que le diera el ser, á la mujer magnánima y generosa que á costa de sacrificios mil habia conservado una corona vacilante en sus sienes. Esto es justificable, señora?

— Oh, callad, por Dios, señor, y tened en cuenta que ese que acusais es un hijo á quién idolatro con frenesí! No sabeis lo que me hacen padecer vuestras palabras!

— Lo creo; pero deber mio es avisaros de cualquier peligro que os amague...

— Os lo agradezco, padre mio; pero ese riesgo ha desaparecido ya, porque mi hijo no es ahora tan débil é inconstante como en sus primeros años.

— Sin embargo...

— Gracias por vuestro vaticinio, señor.

— Bien sabeis, reina, que rara vez me suelo equivocar. En la muerte de vuestro augusto esposo vinísteis á mí toda trémula y llorosa, á preguntarme si sería venturoso ó desgraciado el reinado de vuestro entonces tierno hijo: y qué os contesté yo, señora? Que habia de ser tan azaroso é intranquilo, como próspero y dichoso fuera el de su bisabuelo don Fernando III.

— Y qué, padre mio, insistis todavía en lo mismo! dijo la reina con temor.

— Harto siento decirlo, señora, pero lo creo así.

— Cómo! pues no veis ya sujetos en su mayor parte á los grandes que se habian sublevado? no veis á los pueblos tranquilos y á los infantes de la Cerda gozar contentos de las villas y señoríos que se les han dado? no veis, padre mio, á mi muy querido hijo regresar de una campaña, movida contra los enemigos de la fé de Cristo, lleno de gloria y de noble orgullo, porque ha sido abatido por la milésima vez el poder del imperio musulman? no le veis, por último, amigo y aliado de todos los reyes de España y del estranjero? pues si negais, señor, todas estas cosas, sois en verdad bastante injusto!

— No tengo la dicha, doña María, repuso el anciano, de que la Providencia me confíe sus designios; pero hace ya algun tiempo, en el reinado de don Alfonso X, que esa misma Providencia, cuyos arcanos son tan incomprensibles, maldijo hasta la quinta generacion del sabio rey.

— Oh, padre mio! y es posible que haya de cumplirse ese fatal pronóstico?

— Sí, porque los decretos de la justicia divina son irrevocables. Desgraciadamente, señora, vuestro hijo es el segundo á quien comprende aquel anatema.

— Oh, qué horror! qué horror! sin causa, sin motivo!

— Sin motivo? Escuchadme y sabreis la causa que impulsó á la justicia divina á lanzar sobre los reyes de Castilla su maldicion.—El arrogante y orgullosa don Afonso X, por los grandes conocimientos que tuvo de las ciencias humanas, se permitió decir en desprecio de la Providencia y de la suma sabiduría del supremo Hacedor, que si él fuera de su consejo al tiempo de la general creacion del mundo, se hubieran producido y formado algunas cosas mejor que fueron hechas; y otras no se hicieran ó se enmendáran y corrigieran.

— Oh cielos! esclamó la reina fuera de sí; y eso solo movió á la divina Providencia á lanzar sobre los reyes de esté pobre pais un anatema tan...

— Deten la lengua, reina de Castilla, y no pronuncien tus labios palabras que...

El Abad no pudo concluir; un grande estruendo de armas y de voces comprimidas interrumpió al indignado anciano.

— No oís, padre mio? dijo doña María, pálida como un cadáver, y levantándose de su asiento involuntariamente.

— Sí, sí! oigo, señora, oigo! corramos, corramos á ver qué es!

En aquel momento se oyó la voz de doña Beatriz que decia entre sollozos:

— Favor, doña María, favor!...

Cuando salió la reina y su confesor solo alcanzaron á ver

á varios enmascarados que, defendiéndose de los guardias reales, arrastraban fueran de la estancia á doña Beatriz.

—A ellos, soldados, á ellos! no perderlos de vista! esclamó el anciano Abad, golpeando fuertemente con sus pies en el mosáico pavimento.

La voz del sacerdote fué ahogada por un repique general de campanas y los gritos de *viva el rey*! que proferia la multitud dentro y fuera del regio alcázar.

—Mi hijo padre mio! dijo la reina con indecible gozo.

—Con efecto, señora; pero se ha inaugurado mal su entrada en Burgos.

—Qué decís, repuso doña María sorprendida.

—No has visto que unos cuantos enmascarados, aprovechándose, sin duda, de la confusion que reina en el alcázar y en la ciudad, han robado á tu inocente dama doña Beatriz de Robledo?

—Lo veo señor! repuso la reina con amargura, pero...

—El rey! esclamó el anciano inclinando su blanca y despojada cabeza.

—Hijo mio! gritó doña María Alfonsa saliendo presurosa al encuentro del monarca, y estrechándole fuertemente entre sus brazos.





CAPITULO II.

En donde se ve que los atros descubren muchas cosas que están ocultas.

Cosa de las doce de la noche serian, poco mas ó menos, del mismo dia en que hizo el rey su entrada solemne en la ciudad de Burgos, cuando caía una llovizna bastante eficaz para causar no poca molęstia á dos personas, que arropadas en toscos gabanes de buriel, parecidos á los que usaban los monteros de aquellos tiempos, paseaban por frente de las ventanas del cuarto de la reina madre y de su dama doña Beatriz de Robledo.

No podemos decir nada, y harto lo sentimos en verdad, de sus figuras, ni de sus trages, porque lo avanzado de la hora impidió distinguir al cronista á la clara luz del sol, lo que mas adelante tendremos lugar de ver.

Paseaban, sin salir de aquel frente del alcázar, con paso ora precipitado, ora indeciso, y de vez en cuando uno de ellos tocaba suavemente con el nudillo de sus dedos en los pintados vidrios de una de las ventanas del piso bajo, ruido que nadie debió percibir, pues que nadie contestó. Aguardaron un poco mas al pié de la ventana á ver si se asomaban ó contestaban dentro; pero todo permaneció en sepulcral silencio. Entonces dijo uno de ellos en tono desesperado:

—Qué será esto, hermano mio?

—No lo sé; pero toca otra vez y llámala por su nombre, que tal vez el sueño...

—Beatriz! Beatriz! repuso el otro acercando sus labios á la maciza madera de las puertas.

El silencio seguia reinando obstinadamente por aquella parte del alcázar.

—Será cierto que haya salido de Burgos doña Beatriz, como nos dijo el judío Aben-Ahlamar?

—Abandona tu temor, querido hermano, que tal vez tu prometida no pueda dejar la compañía de la reina doña María Alfonsa, y por esa razon...

—Te engañas, que otras veces doña María le ha dado licencia para que saliera á verme, repuso el otro, pensativo.

—En ese caso participo de tus cuidados y recelos.

—Anúnciame el corazon males sin cuento: por el pronto mi amada Beatriz ha salido de Burgos, no sé si de grado ó por fuerza, mientras hemos estado en la guerra con el rey, sin dar un triste á Dios á su desconsolado amante.

—Tranquilízate, hermano mio, que cuando llegue el dia nos contará el judío todo lo que haya ocurrido.

—Dices bien: puesto que en este instante no tiene remedio ni dolor, retirémonos á nuestro asilo y esperemos á que llegue el dia para averiguar el paradero de mi adorada Beatriz.

—Sí, sí, marchémonos, que el frio se aumenta á medida que avanza la noche.

Apenas los dos caballeros habian andado un corto trecho, oyeron gritar muy cerca del punto donde estaban:

—A ellos!

Y viéronse acometidos en seguida por cuatro hombres que daga en mano pugnaban por clavárselas en el pecho. Pero los homicidas aceros se quebraron por la mitad al tocar en la cota de malla que nuestros desconocidos llevaban, á prevencion sin duda, debajo de sus toscos gabanes.

Viendo entonces los asesinos el mal éxito de la jornada, huyeron despavoridos del peligro que les amenazaba, pues los caballeros hermanos desenvainaron sus espadas y descargaron á diestra y siniestra grandes mandobles sobre las cabezas de los fugitivos.

—No os dije yo, hermano mio, que me presagiaba el corazon males sin cuento? En una misma noche he perdido á mi amada Beatriz, y cuatro asesinos han intentado arrebatarnos la vida traidora y villanamente... Ah! ahora recuerdo que las palabras del judío tenian algo de siniestro para mí! Pero aguardemos á que llegue el dia para aclarar este misterio. Toma esta media daga que he cogido á uno de esos malvados y consérvala como oro en paño, que tal vez ella nos ponga en camino de averiguar mas adelante quién era su infame poseedor.

A la fria y lluviosa noche que ya conoce el lector, sucedió un dia claro y templado. Aun no se habian abierto las puertas del alcázar real, aun reinaba en todo Burgos un profundísimo silencio, aun no hacia medio cuarto de hora que la aurora asomára por el Oriente su risueña y animada faz, y ya veíase al físico del rey en aquella parte del alcázar que habitaba, trabajando con porcion de crisoles, redomas y alambiques. Su cabeza, poblada de largos y encrespados cabellos canos, no la cubria como siempre el turbante judáico, sino un gorro de tela encarnada, terminado en gruesa borla de seda azul. A su ropage de seda morada habia sustituido una túnica forrada de pieles oscuras. Constituía el adorno del cuarto en donde á la sazon se hallaba, una mesa de tan grandes dimensiones que casi ocupaba la vivienda (y hay que advertir de paso que esta se hallaba en el piso bajo de uno de los torreones del alcázar), una mesa decimos cubierta con libros llenos de gruesos caractéres góticos, estampados en finas hojas de pergamino con orlas y ribetes dorados, un reloj de arena, un enorme tintero de laton blanco, varios instrumentos de matemáticas, aparatos sencillos aplicables á usos de la física y de la química, y una lámpara manuable que todavía ardia sobre la mesa confundida con los objetos que la ocupaban. Multitud de frascos y cacharros de cristal, llenos de aguas de variados colores, colocados simétricamente en un estante de madera negra, un sillon de baqueta tachonado con clavos dorados, que podria

contener muy cómodamente dos personas de abultadas dimensiones, y un hornillo de barro cubierto de polvo y telarañas; completaban el estravagante adorno de la morada de uno de los médicos de Fernando IV.

Sentado estaba el judío cerca de la mesa repasando con avidez las hojas de un libro en folio, cuando vino á interrumpirle, un golpe dado en la puerta que tenia salida á las galerías del alcázar.

—Quién es á esta hora? dijo el nigromántico en tono de mal humor y sin levantarse del sillon que ocupaba.

—Abrid, abrid, que tengo que deciros, Aben-Ahlamar, repuso en voz dulce y sonora.

Abandonó al instante el físico del rey el colosal sillon de baqueta, y haciendo rechinar un resorte que cerraba la puerta por la parte interior, dejó libre la entrada á un jóven de 24 años á lo mas, cubierto hasta los ojos con un cumplido y elegante ropon de finísimo bellorí.

—Puedo saber, dijo el judío inclinándose con respeto, á qué debo la honra de ver en mi humilde morada á don Juan Alonso Carbajal, infanzon del rey de Castilla?

—Decidme, os ruego, Aben-Ahlamar, repuso el interpelado, decidme, si sabeis, dónde está la bella é interesante dama de la reina doña María Alfonsa.

—Mis noticias, noble señor, no alcanzan á tanto. Todo lo que yo sé, y conmigo la corte entera, es que esa infortunada jóven fué ayer arrebatada del alcázar en el instante mismo de entrar su alteza en Burgos.

—Y por qué no me anunciásteis ese horrible suceso cuando vine á veros ayer por la tarde? dijo el caballero con mal reprimido enojo.

—Perdona, ilustre y valiente jóven; pero mis labios se resisten á dar malas nuevas.

—Ah, cuán bueno sois!

—Omite tus alabanzas, señor, que no soy digno de ellas, repuso el judío con hipocresía.

—Aben-Ahlamar, vos, que tan sabio sois y que tan á

fondo conoceis la analogía de los astros con las cosas terrestres, pudiérais indicarme quiénes son los raptores de mi adorada Beatriz?

—A tanto, señor mio, y harto lo siento en verdad, no avanzan mis conocimientos.

—Bien; pues en ese caso, decidme al menos la direccion que han tomado.

—De buen grado haré lo que decís, si...

—Oh, tomad, tomad esa cadena! esclamó el de Carbajal conociendo la intencion del judío, y entregando á este una doble cadena de oro que llevaba pendiente del cuello.

—Debo advertirte, poderoso señor, repuso el alquimista disimulando mal su alegría, que no era mi ánimo...

—Oh, lo sé, lo sé; pero andad, que el tiempo vuela.

Cogió el judío de la mano á don Juan y le condujo á una de las ventanas del aposento.

—Veis, le dijo, aquel lucero que brilla todavía, á la derecha de la luna, cercado de una nubecilla oscura?

Don Juan buscó en el espacio con ojos ávidos el lucero de que le hablaba Aben-Ahlamar.

—Allí; por encima del alcázar de los condes de Haro: no le veis aun?

—Sí, sí, perfectamente! oh, qué hermoso, qué hermoso es!

—Bien está: y aquel otro que está entre Burgos y Valladolid?

—Tambien, tambien lo veo.

Separóse el nigromántico de la ventana, y se puso á consultar con el reloj de arena y sus libracos la situacion de los astros que habia dado á conocer al de Carbajal. Este seguia temeroso con la vista todos los movimientos del judío.

—La ciencia no me puede engañar, don Juan, dijo Juffep al cabo con mesura.

—Qué habeis descubierto? hablad, hablad pronto!...

—Tu amante vive, y no muy lejos de aqui.

—Oh, bendito seais en union de vuestra ciencia! Ahora decidme, si os place, el punto donde se halla.

—En Valladolid, señor.
—Y qué significado tiene aquella nubecilla oscura que cercaba al primer lucero?
—Mas os valiera, jóven, no haberos acordado de semejante circunstancia.
—Y por qué?
—Porque su significado es de tristísimo agüero.
—Pues callad, que no quiero saberlo.
—Está bien.
Alargó don Juan su diestra al judío, y le dijo con cariño:
—Hasta mas ver, Aben-Ahlamar; y á Dios quedad.
—El te guarde, señor.
Escusado nos parece decir al lector que tan luego como salió de la estancia el caballero; examinó el judío con detenimiento la cadena que recibió en premio de la revelacion de su mentida ciencia. Legal ó ilegalmente ganada aquella joya, lo cierto es que la guardó cuidadosamente en un arcon de hierro, lleno hasta la boca de oro y alhajas preciosas, y no de escaso valor, oculto en la pared de la manera mas disimulada y admirable. Despues de ocultar su tesoro y de echarle una mirada cariñosa, acercose con planta firme á una de las losas del pavimento y dió con suavidad tres golpes, que fueron contestados con un *allá voy* que parecia salir de los profundos abismos de la tierra.
Poco tiempo despues, presentóse en la sala de recibo del judío una vieja que el lector conoce por la abuela de la gitana Piedad.
—Qué me quieres, querido hermoso mio? dijo esta con repugnante y hedionda sonrisa.
—Cómo sigue? repuso el judío.
—Tan llorosa y fastidiosa como siempre.
—Lo siento!
—Mas lo siento yo; porque me da unos ratos!... Oh, si fuera cosa mia ya hubiera caido en el garlito... y si nó...
—Qué harias pobrecilla?
—Donosa pregunta! le suministraria para que fuera á llo-

rar y suspirar á otra parte, no muy agradable por cierto, segun dicen, esos polvos tan buenos que te dió el otro dia un moro mas feo que el mismo pecado. Pero para qué me has llamado?

—Para darte instrucciones.

—Cuáles son ellas?

—Hasta dentro de tres ó cuatro dias no vendrá á verla... lo entiendes?

—Ya!

—En ese tiempo, la tratarás con la mayor bondad y dulzura.

—Ya sabes, viejo mio, que yo soy en ciertas ocasiones lo mismo que un confite, repuso Simeona con malicia.

—Eh, eh, qué diablo eres!

—Continúa si te place.

—Al mismo tiempo que te muestras con ella solícita y afable, no olvides el objeto principal.

—Diablo, es claro! Hay mas?

—Pero ese asunto has de tratarlo con mucho tino y...

—Hay mas? repuso la vieja impaciente.

—No; á Dios ya.

Simeona desapareció prontamente por el hueco que dejaba la losa cuando estaba levantada.

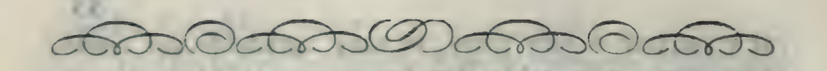
Una voz conocida dejóse percibir no muy lejos, y á poco el relinchar de briosos corceles vino á herir los oidos de Aben-Ahlamar. Salió este á una de las ventanas de su aposento en el mismo instante en que dos hombres perfectamente armados, y montados en preciosos caballos árabes, decian con cierta cautela:

—A Valladolid, hermano mio, hay 25 leguas, de manera que dentro de dia y medio, á dos dias á mas tardar, podremos estar de vuelta en Burgos con doña Beatriz.

—Y si su alteza nos echa de menos?

—Nada temais, que todo se arreglará despues.

—Imbéciles! esclamó el judío reconociendo á los hermanos Carvajales.



CAPITULO III.

En el que se ve nuevos enredos y personages.

No lejos del alcázar real, y dominando como este toda la vega de Burgos que se estendia por la parte occidental, habia otro, que aunque no tan grande y magestuoso, era de bonita y elegante arquitectura. Sus rasgadas ventanas, adornadas con arcos góticos, sus pintados vidrios, sus torreones rematados en delgadas agujas, sus muchos y variados escudos de armas, colocados sobre las puertas y ventanas, daban á conocer que si no pertenecia aquel edificio al rey, era por lo menos de algun grande de Castilla tanto ó mas poderoso que el mismo monarca. Y con efecto, correspondia en los tiempos á que nos referimos á la noble y rica casa de los condes de Haro.

Por muerte de don Diego Lopez Diaz de Haro, señor de Vizcaya, acaecida en el último sitio de Algeciras, su hijo don Lope, mozo de arrogante presencia, se hallaba en posesion de todos los bienes y señoríos, escepto el de Vizcaya, que por muerte de don Diego pasó á su sobrina doña María Diaz, esposa del infante don Juan.

A pesar de que don Diego era en sus últimos dias adicto y muy amigo del rey, tuvo este; y mas principalmente la corte, gran contento con la muerte de tan poderoso señor, que nunca olvidó el ultraje que su orgullosa casa habia recibido de la real.

Cuentan las crónicas, y nosotros lo creemos sin vacilar, que queriendo vengarse el rey bravo de un tan poderoso é

inconsecuente magnate como lo era don Lope de Haro, hermano del difunto don Diego, y reclamarle las villas y castillos que habia quitado á la corona real en union del infante don Juan, juntó córtes en Alfaro, de todos los grandes del reino, con el pretesto de tratar en ellas de cosas graves y útiles al Estado. Reuniéronse efectivamente todos los convocados en el pueblo que el rey señalára, contándose entre ellos los dos magnates que necesitaba don Sancho para concluir de una vez con las guerras y revueltas que por causa de aquellos dos hombres se vió sumida la desgraciada Castilla. No se contentaba ya el marido de doña María Alfonsa con que su hermano y el conde de Haro le devolviesen lo que le habian usurpado, sino que queria además indemnizacion de los perjuicios que durante la rebelion ocasionaron á sus reinos. Llegaron tambien los dos á Alfaro, como queda dicho, y asistieron á la primera sesion que se celebró, seguros, como les ofreció de antemano el rey, que serian respetados. Sin entrar ahora nosotros á calificar la conducta que observó don Sancho en aquella ocasion, solo nos limitaremos á referir el hecho tal como las crónicas y escritos de aquella época lo cuentan. Dicen que hallándose las cortes reunidas, salió el rey cierto dia del salon donde deliberaban para ver las tropas que su hermano y el de Haro traian consigo; y y convencido de que era mejor y mas numerosa su guardia real, volvió á entrar en el consejo, y pidió á sus enemigos lo que tanto le importaba rescatar. Esto les sorprendió é irritó de tal manera, que á no ser por los muchos caballeros que defendieron al monarca hubiese peligrado su vida, porque el conde se arrojó sobre él daga en mano, llenándolo al mismo tiempo á voz en grito de los mas feos improperios. Una pesada maza de un soldado cayó con furia sobre la cabeza del conde, y le hizo caer muerto á los piés de don Sancho. El infante don Juan se libró de aquel peligro poco menos que milagrosamente.

La casa de Haro se exasperó con la muerte de don Lope. En vano el padre de don Fernando IV trató de hacer paten-

de la pureza de sus intenciones: en vano prometió devolver á don Diego el señorío de Vizcaya, del que habia sido despojado su difunto padre: en vano significó el deseo que le animaba de recibir en su gracia á tan noble y egregia familia. Nada bastó á satisfacer á la viuda del de Haro, que á pesar de ofrecer entonces al rey, sin duda por miramientos á su hermana doña María Alfonsa, no tomaria las armas contra él para vengar la muerte de su esposo, fué bien pronto violada esta promesa, sublevándose don Diego y proclamando rey de Castilla, con la ayuda del monarca aragonés, á don Alonso de la Cerda. Hubiérase visto de nuevo envuelta la pobre Castilla en mil desastres y disgustos, si la Providencia, que parece se complace á veces en desvaratar las pretensiones locas de los revoltosos, no hubiera dado muerte al jóven conde de Haro, gefe de la naciente rebelion. Con este motivo los títulos y bienes de la casa de los señores de Vizcaya, pasaron á su tio don Diego, no obstante haber dejado una hermana casada con el infante don Juan.

Puesto que ya conoce el lector el resentimiento que los condes de Haro tenian con la casa real, trasladémonos á una de las habitaciones del gótico alcázar.

En dos poltronas que en nada desmerecian de la que ocupaba doña María Alfonsa cuando la vimos por primera vez en esta verídica historia, encontrábanse dos personas de distintas fisonomías, hablando la una con el mayor acaloramiento y escuchando la otra con no menos interes y atencion. El primero de los dos interlocutores, que era el conde de Haro, decia á su compañero:

—Este es, infante don Juan, el encargo que mi padre me hizo á la hora de su muerte.

—La casa de Haro, noble jóven, repuso el infante, no debe permitir que el mismo rey la ultraje. Si vuestro padre, único que podia haber vengado á su desgraciado hermano, no lo hizo, como os dijo antes de morir, por falta de ocasion directa, os toca á ves cumplir ahora con tan justo deber!

—Lo sé, infante don Juan: pero os llamo para que me

ayudeis á llevar á cabo el plan que tengo meditado. Vos perteneceis tambien á mi ilustre casa, y teneis asimismo resentimientos con el hijo del matador de mi tio: de manera que si quereis de una vez vengaros de los ultrajes recibidos de ese afeminado monarca, no vacileis en uniros á mí, y os ofrezco que habreis de quedar satisfecho. No creais, don Juan, continuó el conde con feroz sonrisa, que mi venganza, ó mejor dicho la de mi casa, se limita á una sola persona; dos fueron las víctimas bárbaramente inmoladas al ciego furor de Sancho IV; dos tienen que ser tambien los que venguen tamaña ofensa.

—Y quién os ha dicho, repuso el infante colérico, que yo he de faltar á la fé que tengo jurada al rey, mi sobrino?

Una descomunal carcajada fue la contestacion que recibió don Juan del conde.

—Os estraña, al parecer, continuó el infante ciego de rabia, que yo cumpla un juramento hecho sobre los Evangelios y al pié del altar?

—Sí, don Juan, me estraña tanto mas, cuanto no hace todavía dos meses que jugásteis al rey vuestro sobrino en el sitio de Algeciras aquella mala pasada de marcharos con vuestros caballeros y mesnadas, dejando á lo restante del ejército casi á merced de los moros.

—Falso! mi intencion...

—Falso decís, vive Cristo! No sois vos el mismo que ha vendido mas de cuatro veces al padre, al hermano y al sobrino? No sois vos el mal caballero que despues de tener jurada fé y obediencia á vuestro monarca, arreglásteis con el rey moro de Granada el precio de la cabeza del mismo á quien debiais respetar, ayudar y servir como fiel vasallo? Puede nunca borrarse de la memoria, don Juan, la accion infame que cometísteis con el hijo don Alonso Perez Guzman, cuando ausiliado por el emperador de Marruecos sitiásteis la plaza de Tarifa, que defendia el noble y desgraciado padre de la inocente víctima? Y no quereis, pecador de mí, que

estrañe en vos esa misma fidelidad de que habeis hecho alarde, y que tan mal os sienta?

Mordióse el infante los labios de despecho, y dijo á su pariente disimulando cuanto pudo su enojo:

—Habeis creido en mis palabras, don Lope? Cómo es posible que yo me separase de la casa de Haro, perteneciendo á ella? Pues qué, se ha escapado á vuestra natural penetracion que mis espresiones no tienen otro objeto que ver la impresion que os causaban? Contad siempre conmigo, amigo mio, y referirme ese magnífico proyecto de venganza, que ardo en deseos de saberlo para secundarlo y desempeñar si es necesario el principal papel.

—Ya sabia yo, repuso don Lope dando su diestra al infante, que podia contar con vos.

—Eternamente.

—Bravo, amigo mio! Ahora prestadme un poco de atencion.

—Ya escucho.

—Bien sabeis, dijo el conde arrellanándose en la poltrona, que el encargo de vengar la muerte de un Haro, quedó encomendado por doña Juana de Molina viuda del desgraciado don Lope vuestro suegro, á su hijo don Diego. Pero cuando se disponia una guerra terrible movida contra el rey por el valiente huérfano, murió este en la flor de su edad, y con él la insurreccion que se preparaba para destronar al matador de mi tio, el usurpador Sancho IV. No faltaron opiniones, y tal es tambien mi conviccion, de que se le habia administrado, de orden del rey por supuesto, un veneno al infeliz jóven. Ahi teneis ya dos Haros muertos por una misma mano, y ambos alevosamente asesinados. Dos serán, pues, los reyes destinados á espiar ese doble crímen!

—Dos!

—Sí, don Juan; pues qué no valen tanto dos Haros como dos reyes?

—Seguid, seguid! esclamó el infante admirado.

—Muerto el hijo de doña Juana de Molina, repuso el con-

de con calma estóica, pasaron los bienes y títulos de la casa á mi padre, y con ellos el encargo de vengar las dos muertes, que desde entonces se convirtió en formal obligacion del que llevase el nombre de conde de Haro. Yo respeto, querido amigo, los motivos que tuviese mi padre para dejar de cumplir con tan justo deber. Solo os diré que á la hora de su muerte me llamó y me hizo la misma relacion que yo he acabado de confiaros, añadiendo estas palabras, que siempre tendré presentes: — « Conde de Haro, hijo mio, el rey matador de vuestros parientes, murió sin haber espiado su crímen: sucederá lo mismo con su hijo? »

El conde se pasó una mano por el rostro, bañado entonces de sudor: sus ojos estaban húmedos, sus labios cárdenos y sus megillas encendidas.

Queriendo don Juan aprovecharse de la situacion de su amigo, y deseando se espontanease mas, dijo impaciente:

—Y qué proyectais para vengar á vuestros mayores?

—Escuchadme:— « No basta, hijo querido, continuó mi padre, que te acerques al rey y le claves el mismo puñal con que fue acabado de asesinar mi hermano, porque ya lo hubiera hecho yo hace tiempo: no basta que delante de sus viles aduladores lo insultes, lo befes, y le sepultes en el pecho tu espada: no basta..... »

—Cuerpo de tal! repuso el infante soltando una terrible carcajada, pues entonces cómo hareis para vengaros?

—Cómo, decís? haciéndole pasar una vida toda llena de amargura, y preparándole una muerte lenta, cruel y horrorosa como la que tuvo el noble jóven hijo de la víctima de don Sancho, vuestro hermano.

—Tratais de envenenarle?

—Cabalmente!

—Conde de Haro!

—Qué, rehusais ayudarme?

—Nada de eso, amigo mio, replicó don Juan disimulando. Proseguid si os place.

—Muerto don Fernando, continuó el conde con la mayor

impasibilidad, le tocará su vez á quien le suceda en el trono.

—Y si os descubren?

—Yo espero que vos no hagais tal.

—Oh, por mi parte descuidad; pero si por acaso...

—Nada temais, don Juan. No maldijo Dios hasta la quinta descendencia del rey, vuestro padre?

—Asi se dijo luego que espiró.

—Oh! pues entonces, facil nos será hacer creer que se va cumpliendo la divina sentencia.

—No os comprendo por mas que hago, don Lope.

—Comprendereis ahora, querido pariente. Desde la aparicion del enviado de Dios, no ha gozado la pobre Castilla ni un solo dia venturoso. Cuando vuestro hermano iba apaciguando las turbulencias del reino, le sorprendió la muerte en lo mas florido de sus dias: nuestra patria quedó sumida en un caos de confusion y de guerras que se prolongaron hasta la mayor edad de don Fernando: este morirá tan pronto como consiga hacer cesar los nuevos disturbios que nosotros prepararemos: entrará á sucederle su tierna hija doña Leonar (1), que padecerá y tendrá el mismo trágico fin que su padre. Entonces se convencerá el vulgo de que no puede regir los destinos de Castilla una raza maldecida por Dios. Y quién sabe, continuó el conde sin poder ocultar la alegría que inundaba su rostro, quién sabe si la poderosa casa de Haro añadirá á sus timbres las armas de Castilla y la corona real?

—Yo no puedo ni quiero ser vuestro cómplice en la completa estincion de mi familia. Lo oís? dijo el infante asustado de lo que acababa de decir el conde.

—Bien está: yo solo basto á estinguirla.

—No lo creais, conde de Haro; porque con el favor del que tanto he ofendido, no se efectuará la venganza que me dictais.

(1) Por el tiempo á que aludimos en nuestro relato, no habia nacido el que despues se llamó Alfonso XI.

—Necio! repuso el conde con calma.

—No veis, desgraciado, que habeis tenido la imprudencia de espontanearos conmigo, que si bien he faltado algunas veces á mi deber, no desconozco por eso que tambien soy nieto de Fernando III?

—Indigno nieto, debiérais de haber dicho, repuso el conde con su calma habitual.

—Vive Dios, don Lope, esclamó el infante furioso, que no sufro mas vuestras insolentes palabras. Me constituyo desde este momento en defensor del inocente monarca que tan desapiadadamente quereis sacrificar: vos os proponeis hacerle infeliz, y yo me propongo labrar su dicha... veremos quién de los dos gana la partida.

—Os admito desde luego por contrario: y cuidado, dijo el conde con sarcástica sonrisa, que me aventajais en astucia y talento...

—Bien, bien, lo veremos.

—Antes de que deis principio, querido pariente, á la descomunal batalla que conmigo quereis trabar, tomad y leed ese pergamino que he pedido para vos á la reina doña María.

El infante leyó con avidez el escrito, sellado con las armas reales.

—Un salvo conducto para mí!

—Eso es precisamente.

—Y ordenando al justicia mayor y demas autoridades que no estorben de manera alguna mi marcha?

—Sí.

—Cuerpo de Cristo! si yo no pienso salir por ahora de Burgos, dijo el infante con aire risueño.

—Es que si no salís, os cortarán la cabeza como á un malhechor.

—A mí!

—Sí, á vos.

—Y por mandado de quién? replicó don Juan con ironía.

—Por orden de su alteza el rey. Habeis olvidado ya el

último desaguisado que le hicísteis en el sitio de Algeciras?

—Don Lope!

—Qué quereis; el rey cuando se vió burlado por vos, juró tomar á su cuenta vuestro mal proceder, y por lo mismo ha dispuesto que seais castigado con la última pena.

—Imposible, imposible!

—Y como esta sentencia era punto menos que imposible ejecutar sin la cooperacion de vuestro amigo el conde de Lara, le ha ofrecido su alteza la mayordomía mayor de palacio si...

—Oh! qué ardid, conde de Haro! repuso el infante tocando uno de los hombros de su antagonista.

—Ardid, decís?—Os juro por esta cruz de Santiago que nada hay tan cierto como lo que acabais de oirme.

Y al mismo tiempo besó el conde con religioso respeto la cruz que llevaba pendiente de su cuello.

—Decidme, repuso el infante inmutado, y aceptó el de Lara la mayordomía?

—La aceptó, comprometiéndose bajo formal juramento entregaros al verdugo el dia que el rey disponga.

Las anteriores palabras produjeron el efecto que deseaba el conde. Don Juan se levantó de su asiento lleno de ira é indignacion. Su mano derecha se apoyó en el pomo de su daga: su boca entreabrióse para dejar pasar terribles imprecaciones y denuestos contra don Fernando y el de Lara: sus ojos, de suyo vivos, brotaban fuego: parecia en aquel momento una furia del infierno.

Rióse desdeñosamente el conde, y le dijo con tono afable:

—Sosegaos, infante don Juan. Yo os aseguro que quedareis vengado.

—Oh, sí, sí; pero terriblemente, don Lope!—Y tú, pérfido amigo, repuso el infante desfigurado por la cólera, tú, que vendes por un destino público mi cabeza, yo te juro que has de temblar con solo oir mi nombre!—Puesto, don Lope, que yo no puedo permanecer en Burgos, tomad, por

si acaso hay que recurrir á él, este frasco, cuya agua clara y cristalina como la veis, produce sin embargo los mas crueles y prolongados dolores. Baste deciros, prosiguió el infante con salvage alegría, que Aben-Ahlamar, á pesar de su vastísimo saber, no hará por todo el oro de España un veneno de tan maravillosos efectos.

—Con que segun esto...

—Conde de Haro, venganza y amistad! repuso don Juan alargando su diestra al conde.

—Venganza y amistad! repitió el de Haro, loco de alegría.

Tan dignos y esclarecidos amigos guardaron silencio por un poco de tiempo. El conde lo interrumpió con estas palabras:

—Huid de Burgos cuanto antes; y si podeis organizar con vuestros partidarios un pequeño ejército, os declarais en rebelion contra el rey, para de este modo hacer necesaria una capitulacion que yo arreglaré aqui, la cual os facilitará vuestro regreso á la corte con toda seguridad.

—Bravo, bravo! así lo haré!

Una tos seca, que en vano trataba de contener la persona de cuyo pecho salia, llegó á oidos de nuestros interlocutores. Estos palidecieron á un tiempo; y los dos, por un movimiento espontáneo, se impusieron silencio, llevándose á la boca el índice de su diestra.

—Quietud, señores, quietud, dijo un anciano penetrando en la estancia con paso lento.

—Sea bien venido el noble Abad de San Andres, repuso don Lope saliendo al encuentro del canciller de doña María Alfonsa de Molina.



CAPITULO IV.

En el que se ve la alegría que tuvo el conde de Haro con la noticia que le dió el judío.

Triste era en verdad la situacion de los principales personages de nuestras historia. No nos ocuparemos de la infeliz doña Beatriz, á quien no pudimos menos de dejar entregada á su fatal destino. Hablemos si place al lector, de doña María y de otros protagonistas de nuestro relato que no tenian motivos para vivir tranquilos. A pesar de la seguridad que el conde de Haro creía tener para satisfacer el agravio que su casa recibiera, no conseguia, por mas que encontrase justa la venganza, tranquilizarse siquiera por un momento. Su imaginacion le representaba al homicidio ora pintado con los mas horrorosos y terribles colores, ora las desgraciadas víctimas de don Sancho, que escuálidas y teñidas con su propia sangre, le pedian no dejase de vengarlas. Otras veces su conciencia, tan intranquila como acusadora, le hacia ver el cadáver de un rey inocente, pues que nada tiene que ver el hijo con los desaciertos del padre, tendido á sus pies víctima del veneno ó del puñal homicida, y el último ¡ay! perenne en su oido como si lo repitiera el eco para su contínuo dolor y remordimiento. Entonces, horrorizado con estas terribles imágenes, se decia así mismo:—«Que viva ese monarca, tal vez para ventura de la patria; que viva, que ya su padre está juzgado de la divina justicia.»—Pero el deseo de cumplir con la última voluntad de su padre, y la probabili-

dad de ceñir á sus sienes algun dia la corona de Castilla, le hacian arrepentirse bien pronto de su buen pensamiento.

Tambien sufria horriblemente la reina doña María: las palabras de su confesor, el Abad, á quien creía y respetaba como á un oráculo, las tenia continuamente grabadas en su corazon; cuanto mas trabajaba por olvidarlas, tanto mas se fijaba en su memoria. Aquella infeliz madre, tan buena como desgraciada, temia con razon, por el porvenir de su amado hijo, y decimos con razon, porque sabia, ó mejor dicho, no se habia escapado á su natural penetracion el designio del de Haro y el infante. Desde entonces trató de captarse la amistad de los dos enemigos del rey. Pero nada bastó con don Juan, que deseoso de vengarse, habia reunido, segun las instrucciones que recibiera del conde, un buen ejército, declarádose enemigo de don Fernando, cometiendo los mas inauditos atentados con los pueblos, talando los campos y poniendo á este monarca en gran aprieto. Todas estas cosas, que llegaban á oidos de la reina madre, contribuian, como era natural, á llenarle de la inquietud y zozobra. La infeliz doña María lloraba amargamente y echaba mucho de menos á la amante Carvajal, que mas que su dama era una ámiga tierna con quien se espontaneaba sin recelos de ninguna especie, recibiendo en cambio de su franqueza y deferencia palabras dulces y consoladoras, que aliviaban en algun tanto el enorme peso de sus cuitas. Pero esta amiga, gala y ornato de su corte, habia sido arrancada del lugar donde era querida por un amante tierno, que en vano se esforzaba en averiguar el paradero de su prometida. Con efecto, los dos hermanos, y mas principalmente don Juan, buscaban en vano, como queda dicho, en Valladolid á la desgraciada doña Beatriz. Cansados de infructuosas pesquisas, decidiéronse á volver á la corte, donde los llamaba su deber, y donde con mas facilidad podrian saber algo de tan estraordinario como singular suceso.

A pesar de tener el buen Abad de San Andrés el hilo de todas las tramas que se urdian cerca y contra el rey don Fernando, inquietábale el porvenir de tan desgraciado monarca.

Desde que sorprendió el noble confesor de doña María al conde de Haro y á su amigo el infante proyectando la terrible venganza que ya conoce el lector, no perdia de vista ni un solo instante el menor movimiento del hijo del último señor de Vizcaya.

El de doña María Alfonsa, ignoraba completamente todo lo que pasaba en su derredor y lo revoltosos y poco fieles que eran sus vasallos, porque su madre, para evitar nuevas guerras y disensiones, todo se lo ocultaba. Este monarca, bondadoso, magnánimo y enemigo de derramar sangre, tenia sus defectos como todo hombre y sus afecciones como jóven de viva imaginacion y corazon volcánico. Casado á la edad de diez y siete años con una mujer estrangera, conceptuábase harto infeliz viéndose privado del amor de una hija de su mismo país, de una española de ojos negros y esbelto talle, de esas que saben despertar con sus voluptuosas caricias en el corazon del que aman sentimientos dulces y desconocidos. No por eso don Fernando creía en su corazon faltar á su amable y sencilla esposa: el sentimiento que esta le inspiraba distaba mucho de parecerse al deseo inquieto y ardiente de los ojos de Piedad, encendieron el alma del inesperto jóven. La legítima consideracion que doña Constanza podia exigir de su esposo ofrecíasela este con el mas vivo y tierno interés, y segun graves autores nunca llegó el caso de que el rey faltara á la fidelidad jurada de su esposa. Sea de esto lo que quiera, conviene á nuestro relato decir que el rey, en la mejor inteligencia con doña Constanza cuando los asuntos del gobierno ó los negocios de la guerra no le separaban de su lado, procuraba apartar de sí la frenética idea unida siempre al recuerdo de la hermosa y hechicera gitana.

Conociendo el infante don Juan el temperamento del rey, cuando lo tenia en Castrogeriz, creyó conveniente proporcionar á Fernando la mujer que su corazon de diez y siete años ambicionaba. Con esto el astuto y ambicioso infante consiguió prolongar su favoritismo. Al dia siguiente de concebir don Juan su proyecto, trajo de Burgos una jóven que hizo

pasar por sobrina de Aben-Ahlamar, y que era tal como el rey la habia visto en sus dorados sueños. La manera que tuvo el infante de presentarla al monarca se ha visto ya en el capítulo segundo de la introduccion.

Trasladémonos al alcázar del rey y á la habitacion del judío Juffep-Aben-Ahlamar, si se interesa el lector por los personages de nuestra mal pergeñada historia y quiere presenciar con nosotros una escena que le vaya poniendo al corriente de ciertos sucesos hasta aqui ignorados.

—Buenos dias, dijo el conde de Haro penetrando en la morada del judío.

—Dios te guarde, poderoso y magnánimo señor, contestó este levantándose y ofreciéndo al conde su cómoda poltrona.

—Qué sabeis de?...

—Ah! tienes razon, repuso el judío interrumpiendo á don Lope: sé que están ya en Burgos de vuelta de su espedicion.

—Y cuánto os á valido el engaño, brujo maldito?

—Cuánto! una cadena de mas valor que la catedral.

—Magnífico negocio!

—Hacia ya mucho tiempo, noble conde, que no se me presentaba tan bueno.

—Vaya, pues tomad esta, que aunque no de tanto precio, es del mismo metal, dijo el de Haro quitándose al mismo tiempo del cuello una cadena de abultados eslabones que adornaba asaz bien su pecho.

—Qué méritos he contraido para tanto favor, señor?

—Decidme, cómo sigue? repuso don Lope sin hacer caso de las palabras del nigromántico.

—Lo mismo que siempre.

—Qué me has dicho, perro viejo!

—Que su abatimiento es grande, pero se halla mas dispuesta en tu favor.

—Ah, me volvéis la calma! Puedo verla?

—Cuando tu grandeza guste, contestó el sabio.

Y al mismo tiempo levantó la losa por donde habia salido la vieja Simeona.

El conde se precipitó, con una alegría inefable, en el hueco abierto por el judío. La losa volvió á tapar perfectamente el agujero.

Así que hubo desaparecido don Lope presentóse una mujer encubierta, mas hermosa que cuanto oro y preciosidades guardaba Juffep en su arca oculta en la pared. La tapada se echó sobre los hombros un capuchon negro que ocultaba completamente su cabeza, y dejó ver un cabello mas lustroso y negro que el ébano, y unas facciones bellísimas, si bien un tanto desfiguradas por la viva indignacion de que estaba poseida. Sus grandes ojos parecian querer salirse de sus órbitas; su pálido semblante contrastaba con sus labios cárdenos, que se abrian de vez en cuando para dejar salir una sonrisa capaz de hacer temblar á otro hombre que no fuese á Aben-Ahlamar. En fin, la ira, los celos, el desprecio... y multitud de otros afectos encontrados veíanse dibujados con los mas subidos colores en aquel rostro embelesador.

Tambien el judío se sonrió al verla. Pero notando en la mortal palidez de la jóven y en su sarcástica sonrisa, le dijo con cariño paternal:

—Qué tienes, hija mia?

—Nada, nada, Abed-Ahlamar, contestó la bella inclinando la cabeza sobre su turgente pecho.

—Y dime, te has desengañado ya? dijo con alegría Juffep.

—Oh! sí, sí; pero me vengaré! esclamó apretando sus preciosos dientes hasta hacerlos crujir de una manera espantosa.

—Teneis razon.

—Venganza! repitió retorciendo las manos con loco frenesí.

—Te sirvo para algo, hermosa hija del Guadalquivir?

—Venganza, Aben-Ahlamar, volvió á decir, cayendo al mismo tiempo medio desfallecida en el colosal sillon del alquimista.

—Nada mas justo, hermosa mia; pero escúchame.

La jóven levantó sus ojos hasta fijarlos de una manera imperiosa en el rostro del judío. Este repuso anonadado con aquella mirada:

—Mi objeto era...

—Habla.

—Oh, oh! te enfadarás?

—Habla, repitió la jóven con aire de reina.

—Pues bien: acabo de descubrir un agua, cuyo olor solamente...

—Detente, hombre execrable, detente!

—La víbora picada, se venga de su opresor clavándole si puede el aguijon, repuso el judío con intencion.

—Tienes razon, viejo maldito; pero tambien el perro lame con cariño la mano que le da golpes.

Razon tenia Aben-Ahlamar para no atreverse á mirar á la jóven, que no era otra que la hechicera Piedad, de hito en hito, y para temer su mirada, llena á veces de veneno, á veces de amor ó de humildad, pero siempre imperiosa, siempre magnética é irresistible.

—Dime, continuó la gitana, no me indicaste hace poco que mañana se reunia la corte con no sé qué motivo?

—Cierto, eso te he dicho.

—Estará el conde de Haro?

—Es muy probable.

—Oh, Dios lo haga, para que se efectúe mi venganza!

—Piensas presentarte al rey delante de él?

—Pienso...

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron á la gitana. Esta se escondió al instante en el mismo parage donde habia permanecido oculta durante la visita del conde de Haro. Despues de esto, dejó Aben-Ahlamar la entrada libre á don Juan Alonso Carvajal. El caballero preguntó al judío con melancolía:

—No habeis descubierto nada?

—Nada hasta ahora. Pero descuidad, que no dejaré de

consultar á los astros hasta que indague el paradero y situacion de tu infeliz amante.

—Hacedlo, por Dios, Aben-Ahlamar!

—No lo dudes, señor.

—Exigid de mí cuanto querais.

—Nada quiero.

—Siempre desinteresado, siempre!

—Relévame de esos elogios, gran señor. Mañana, segun tengo entendido, una persona que se interesa por vuestra amante dará cuenta al rey de ese suceso, para vos tan funesto.

—Lo sabe ya su alteza, Juffep! esclamó el amante de doña Beatriz con profunda tristeza.

—Sin embargo no falteis, que tal vez diga esa persona el nombre del raptor de vuestra prometida, replicó el médico lanzando una mirada furtiva hácia el punto donde estaba la gitana.

No se sorprendió esta poco de que el nigromántico hubiera adivinado el proyecto que meditaba.

—Cielos! esclamó fuera de sí el caballero.

—No falteis, no falteis, don Juan.

—Ah! no, no, buen Aben-Ahlamar! repuso el jóven besando con entusiasmo la descarnada mano del físico del rey.

—Tanto honor! se apresuró este á decir aparentando sorpresa.

—Y al fin la veré?

—Quereis saber mas de lo que yo puedo deciros.

—Ah! contestadme que sí!

—Caballero, no tengo la dicha de hacer milagros, dijo el judío deseando poner término á tan enojoso diálogo.

En esto una sombra de mujer atravesó ligera la galería á que daba salida la habitacion del judío. Don Juan esclamó al verla:

—Oh! será Beatriz!

Y quiso lanzarse en pos de la cubierta. Pero esta, que era la gitana, desapareció como por encanto de la vista del desconsolado caballero.



CAPITULO V.

De como el conde de Haro fué por lana y salió trasquilado.

En una lóbrega y triste habitacion ricamente amueblada, y cuyo avobedado techo estaba sostenido por magníficas columnas de mármol jaspeado, veíase á dos personas, la una desencajada y cadavérica, pero hermosa á pesar de eso, asida fuertemente á una de las columnas, y la otra furiosa, apoyada en el respaldo de una poltrona que habia frente al ser cuya vida, segun lo indicaba su rostro, se iba acabando por momentos. Estas dos personas no eran otras que el conde de Haro y su infeliz víctima doña Beatriz de Robledo. El primero decia, cogiendo con rabia su birrete de terciopelo recamado de plata y oro:

—Basta ya, señora: si os negais á aceptar mi mano, digna de una reina, sereis mia por fuerza.

—Oh! nunca, nunca!

—Con que me desprecias, segun eso?

—Sí, porque os aborrezco, os odio, como se puede aborrecer y odiar al mismo demonio.

—Desgraciada!

—Huid de mi vista, don Lope, que me causais un horror indecible! marcharos, marcharos si no quereis verme morir.

—Horror os causo, repuso el conde fuera de sí, cuando tanto es mi respeto por vos! horror, cuando no me atrevo á acercarme á vos por temor de ofenderos?

—Dejadme, conde de Haro, dejadme y os perdono; dijo Beatriz dejando el tono acre con que hasta entonces habia tratado á don Lope.

Perdonadme! esclamó el conde furioso; y á tí te se figura, desgraciada, que quedo yo satisfecho con tu perdon! Oh! no lo creas, no: yo necesito tu amor, necesito...

—Deteneos, que hay un hombre en la tierra con mas derechos que vos á esos favores! un hombre tanto ó mas noble que vos! un hombre á quien mi corazon idolatra! un hombre, por último, que con el valor de su brazo conseguirá arrancarme de vuestro poder!

—Necia! no ves que estás en un parage donde tus gritos se estrellarán en la piedra de sus paredes? No ves, desgraciada que serás mia el dia que yo quiera? Pues entonces á qué me insultas? á qué esa temeridad en negarme tu mano?

—Escuchadme, don Lope: — Conozco, por mi desgracia, que es verdad cuanto habeis dicho; pero al mismo tiempo tengo esperanzas en un Dios justo y vengador, que con su justicia divina existe para consuelo del que padece: mis gritos, es verdad, no serán oidos por los hombres, pero sí por él: yo sucumbiré víctima de vuestros bárbaros deseos, pero él se encargará de abrumar vuestra conciencia con el enorme peso de los remordimientos, y de todos modos yo gano, porque he sido martir y sacrificada, y vos vivireis con la intranquilidad del malvado y tendreis el fin del criminal.

—Infeliz! esclamó el conde con sarcástica sonrisa.

—Infeliz, decís? me creis ya en vuestro poder! oh cuánto os engañais!...

—Tened la lengua, señora, repuso el conde disimulando mal su rabia; mirad que va á alcanzar mi venganza á otra persona que tanto como vos la amais, tanto la aborrezco yo.

—Hasta él! cuán engañado vivís, don Lope! Pues qué, no maneja mi amante una espada tanto ó mejor que vos?

—Y no sabeis, señora, que el conde de Haro se sabe vengar de aquellos que no son dignos de cruzar su acero con el suyo, sin ser visto ni sentido?



Dejadme! dejadme! y os perdono.

—Seríais tan villano!...

—Sí, contestó el conde con la mayor tranquilidad.

—Ah! callad, don Lope! callad, por Dios! esclamó Beatriz horrorizada.

—Si me das tú mano, le perdono.

—Oh! perdon, perdon para él, noble don Lope!

—Sé mi esposa.

—Jamas!

—Pues entonces ya sabeis mi determinacion, señora; ó vuestra mano, ó su muerte.

—Cielos!...

—Si quereis que viva ese hombre, para mí tan odioso, y por quien tanto padezco, sed mia, doña Beatriz; consentid en que os llamen condesa de Haro.

—Antes morir!

—No morireis vos antes que él, yo os lo ofrezco; porque dentro de poco vereis sobre esa mesa la cabeza de vuestro amante.

—Callad, callad!...

—Y despues...

—Callad, callad, y...

—Hablad!

—Oh! nunca, nunca...

—Hablad, hablad pronto!

—Bien está... y... seré vuestra! Le perdonareis ahora?

—Sí, ídolo mio, le perdono en cambio de tu amor: no es cierto?

—Ah!

—Ámame, celestial criatura, ámame, y verás cuán feliz eres; ámame, y verás siempre en torno tuyo...

—A don Juan?

—Oh! maldicion sobre él y sobre tí!

—Cómo, don Lope! maldices á la que dentro de pocos dias ha de llevar tu ilustre nombre!

—Ah! perdóname, perdóname! Pero es cierto que serás mia? es cierto...

—Dudas, señor! dijo Beatriz al conde.

—Oh! no, ya no dudo, esposa mia; y en prueba de ello, voy á hacerte una confianza que solo á una madre, ó á la persona que se ama, debe de hacerse. Hace ya algun tiempo, querida mia, que abrigo la esperanza de ceñir á mis sienes la corona de Castilla, corona que tú me ayudarás á llevar.

—Y el rey? dijo doña Beatriz casi maquinalmente.

—Oh, el rey morirá antes de dos años.

—Jesus mil veces! esclamó la amante de Carvajal aparentando sorpresa. Yo reina de Castilla? Yo esposa de tan noble y cumplido caballero como el conde de Haro? Qué he hecho, Señor, para que de tal manera me colmeis de tantos beneficios?

Y la infeliz doña Beatriz, con los ojos desencajados por la demencia, se separó de la columna donde tan fuertemente estaba asida, y precipitándose convulsa sobre el conde de Haro, le quitó una daga que este llevaba en el cinto,

—Venganza, infame conde de Haro, venganza por mí y por el rey de Castilla! esclamó la jóven, sepultando al mismo tiempo la daga en el pecho de don Lope.

Pero una finísima cota de malla que el trage del conde ocultaba completamente se negó á dar paso al flexible acero damasquino.

Un rayo que hubiera caido entre los dos no los hubiera sorprendido tanto. A doña Beatriz, porque se veia otra vez en poder del conde: á este, porque se vió engañado de tal manera. Sin embargo, ni una palabra de queja ó de venganza profirió, subió la escalera que conducia al cuarto del judío, dejando sumergida á doña Beatriz en profundo dolor y amargo llanto.

Asi que se hubo marchado el conde, la desgraciada amante de don Juan enjugó las lágrimas que inundaban su rostro, y paseó triste y abatida por la estancia que la servia de carcel, diciendo al mismo tiempo que acariciaba la daga que quitó á don Lope:—Mi determinacion está ya tomada:

el conde se ha marchado sin vengarse; pero volverá á satisfacer sus deseos, ó tal vez á darme muerte. No hay duda en esto, Dios mio; antes me respetaba porque le ablandaban mis súplicas y lágrimas; pero ahora que ha comprendido toda la energia de mi carácter, toda la constancia de mi amor; ahora que se ve engañado, de seguro, me horrorizo en pensarlo! de seguro se vengará de mí terriblemente.—Y lo habeis de consentir, Dios justo y piadoso? decia arrodillándose con religioso fervor: habeis de consentir que ese malvado se goce en hacerme víctima de su venganza?—Vuelva ó no, repuso con firmeza, debo yo de poner término á mis muchos é insoportables males con este arma que el cielo sin duda me ha deparado.— Perdonadme, Señor, y dadme valor para clavarme este acero que pondrá fin á mis dias, tal vez dentro de un momento.—Pero no, es imposible que yo muera tan pronto, cuando vive en mi corazon la esperanza de un puro y tierno amor: al fin él vendrá á sacarme de esta prision lúgubre y estrecha, castigará á mi cruel opresor y viviremos felices; sí, porque hemos nacido el uno para el otro, no es verdad, don Juan? Cuándo vendreis? mirad que si tardais un poco mas, solo hallareis mi cadáver en este calabozo, que en vano han querido adornar para ocultar su lobreguez y lo negro de sus paredes. Oh! venid, venid pronto; mirad que siento una cosa, un peso en el pecho que me ahoga. Abrid esa puerta de hierro que da paso, qué sé yo, tal vez al infierno; rompedla si no podeis entrar, y sacad á vuestra amante de aqui; libradla de la muerte. No tardeis, que ya me quedan pocos momentos de vida.

Y la infortunada amante de Carvajal cayó exánime sobre la mullida alfombra que cubria el frio pavimento de su prision.

Pero fuerza es, si hemos de seguir el órden que nos hemos propuesto, apartarnos de este lugar y trasladarnos á la parte de alcázar que habitaba el rey, para presenciar la escena mas inesperada y notable de cuantas contiene esta peregrina historia.



CAPITULO VI.

De como el conde de Haro se empeñó en no conocer á uno que llevaba el rostro cubierto.

El salon donde celebraba corte su alteza hallábase una mañana del mes de setiembre de 1310 ocupado por multitud de caballeros, donceles, pages de lanza y estribo, y escuderos.

Los caballeros que mas habian madrugado discurrian en corros ó pequeñas reuniones sobre las noticias del dia. Acerquémonos, si le place al lector, á uno donde se hallaba el poderoso conde de Haro.

—Con que va á ser destituido de sus honores y consideraciones como príncipe y caballero el infante don Juan? preguntó á don Lope un jóven de gallarda presencia, llamado don Diego de Fajardo.

—Con efecto, repuso el conde; y aqui para nosotros, fué accion fea y desleal la que cometió el infante en el sitio de Algeciras.

—Cierto, señor conde; pero observad que el rey obra muy de ligero, y que no es ese suficiente motivo...

—Cómo! así pensais, replicó el conde con calor; pues sino hubiese sido porque el cielo favorecia nuestra causa, con tan poca gente y tan débil como quedó el ejército real, cómo era posible que hubiésemos conquistado los pueblos que hoy nos pertenecen?

—Teneis razon, don Lope. Mi objeto tendia á probar que otros delitos de mas gravedad ha cometido don Juan, y han quedado sin castigo.

—Qué quereis... y bien puede el infante dar gracias á Dios que se ha librado de la pena capital.

—Cáspita!

—Lo que oís, amigo mio.

—El objeto de nuestra reunion ya lo sé; pero sabeis si se ha procedido contra la memoria del papa Bonifacio en la corte pontificia? dijo un tercer caballero que, segun su trage indicaba pertenecer á la órden de Santiago.

—Creo que no, don Alvar Nuñez, contestó el de Haro, haciendo lado al santiaguista. A Clemente V le ha podido mucho el mensage enviado por su alteza el rey de Castilla, advirtiéndole que no tiene facultades para hacer una cosa semejante; y á mas de esto, que resultarian graves daños á toda la cristiandad.

—Oh! bien hecho, dijo don Alvar con alegría, porque sino ese pontífice, hechura del rey de Francia, nos iba á venir todos los dias con exigencias tan nuevas como raras. Vean ustedes, haber estinguido ahora la órden del Temple, tan necesaria como era, y mucho mas en estos reinos, para la completa destruccion de los moros.

—Teneis razon, don Alvar, repuso el jóven Fajardo: yo no puedo creer de ninguna manera que sean ciertos los delitos que imputan á tan nobles y cumplidos caballeros; además, que papa que se sujeta por reinar á las condiciones mas onerosas, no puede hacer cosa buena.

—Bien dicho, valiente jóven, bien dicho! esclamó el santiaguista con entusiasmo.

—Moderaos, don Diego, y no hableis de esa manera del gefe supremo de la Iglesia, dijo el anciano arzobispo de Galicia, acercándose al círculo que habian formado nuestros interlocutores.

—Bien venido, padre mio, dijeron todos los caballeros, besando uno por uno con respeto el anillo del prelado.

—Con que hoy, señores, hemos sido convocados para oir de boca del mismo rey grandes novedades, segun dicen?

—Así parece, señor, contestaron todos á la vez.

—Pues yo, si he de dar mi opinion tal como la siento, dijo el de Nuñez, no creo esa medida que ha tomado su alteza ni oportuna ni prudente.

—Silencio, repuso Haro, que ya sabeis que en palacio se debe callar, magüer se le seque á uno la lengua en el paladar.

—Sí, ya sé, contestó don Alvar con malicia, que es un crímen decir la verdad á...

—El rey!... dijo la voz de los farautes y guardias.

—El rey! repitieron todos, haciendo paso al monarca y á sus magnates.

—Presentóse efectivamente el jóven don Fernando, seguido de los caballeros, donceles, escuderos, pages y empleados de su casa. Subió con paso firme las gradas del trono, y saludó al mismo tiempo de tomar asiento á todas las porsonas que se hallaban presentes, con la mas amable sonrisa.

Las que acompañaban al rey y las que en el salon habia se fueron colocando en sus sitios respectivos: detras del sillon que ocupaba don Fernando, sus donceles, escuderos y pages, los físicos Aben-Ahlamar y Mosen Diego de Valera: cerca del trono, sus hermanos don Pedro y don Felipe, nombrado el primero general de la frontera, y el duque de Bretaña: á mas de estos el justicia mayor, el maestre de Castilla y el canciller: ocupaban las gradas del trono el mayordomo mayor de palacio don Juan Nuñez de Lara, el arzobispo de Toledo don Gutierrez segundo, los de Galicia y Sevilla y el delegado del papa Clemente V, el muy entendido en armas y en letras Pedro Lopez de Ayala, adelantado de Murcia, Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor y muy querido del rey, y los infantes de la Cerda, vestidos con ornamentos reales: cerca del trono, y en primer término, veíase á don Lope Lopez Diaz de Haro, don Juan Alonso Perez,

Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, don Pedro Ponce de Leon, muy estimado del rey y su antiguo ayo, el Abad de San Andrés, canciller de doña María Alfonsa, los maestres de las órdenes militares con sus respectivos caballeros; el alguacil mayor Gomez Perez de Lampar con los procuradores de la ciudad; y por último, multitud de donceles, escuderos y pages de los muchos y distintos caballeros que habia en la corte del poderoso y egregio rey de Castilla y Leon.

—Prelados, infantes, gentiles-homes, escuderos, donceles y pages de mi corte, dijo el rey así que vió á todos colocados en los sitios que por su posicion ó clase á cada uno pertenecia:—Dos son los objetos que me traen hoy á reunirme con vosotros.—El primero, creo os llenará de tanta complacencia como á mí. Mi augusta esposa, la reina doña Constanza, se halla en cinta, y segun el pronóstico de los sabios, que ven el porvenir de las criaturas escrito en los astros, pronto tendrá la corona de Castilla un digno sucesor de don Pelayo.—El segundo, señores, me cuesta harto dolor y sentimiento anunciároslo; pero como padre que debo ser de los pueblos que la Providencia ha puesto en mis manos para que los gobierne, es deber mio premiar á aquellos que procedan bien, y castigar asimismo á los que infringen las leyes y mandatos de Nos. Os doy una prueba, nobles señores, de lo recto é imparcial de mi justicia, cuando no he vacilado en que esta se haga estensiva hasta á los miembros de mi misma familia.

Don Fernando se sentó algo afectado, y haciendo seña á uno de los farautes, se oyó á poco en el salon la voz de un hombre que decia:

—Oid, oid, oid.

Los cortesanos prestaron atento oido. El justicia mayor leyó entonces con voz clara y sonora lo siguiente:

—«Don Fernando IV, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Toledo, de Córdoba, etc., etc., etc., por el presente escrito hacemos saber á los que viven hoy, como tambien á la memoria de los

venideros, que el infante don Juan, nuestro tio carnal, nos ha hecho graves y repetidas injurias, habiéndosele perdonado ya algunas; pero ha llegado muy mucho á nuestro corazon la accion de abandonar el campo con sus mesnadas y caballeros en tiempo que Nos, con la ayuda de Dios y de las nuestras leales tropas y de nuestros fieles vasallos, poniamos sitio á la ciudad de Algeciras y Gibraltar, para arrancarlas del poder de los moros. Oido los consejos de los barones buenos é ilustres de estos mis reinos, y por el convencimiento que Nos tenemos de que el referido infante ha sido, y es, ingrato, contumaz é inobediente, hemos resuelto quede desde este momento destituido y exhonerado de todos los títulos y consideraciones que como príncipe y caballero tenia. Otrosí, es nuestra real voluntad dar á los justicias, alcaldes y oficiales de estos nuestros reinos, facultades ámplias y omnímodas para que si se hacen con la persona del ya referido infante, le conduzcan preso y maniatado al lugar ó pueblo donde Nos á la sazon residamos.»

La lectura del documento arriba escrito produjo gran sensacion en todos los cortesanos. Un murmullo de desagrado fué la respuesta que recibió el rey. Cuentan las crónicas que hubo caballero de aquellos que sacaron hasta la mitad sus aceros, movidos de lástima por don Juan, y llenos de indignacion contra don Fernando.

Una voz de mujer que decia á grandes voces, fuera de la cámara real, dejadme, chusma insolente, dejadme ver al rey, distrajo la atencion de los cortesanos del monarca castellano. Este se apresuró á decir al capitan de sus guardias:

—Enteraos, don Tello, qué ruido es ese.

—Señor, una mujer que pugna por entrar aquí, á pesar de los esfuerzos que hacen los soldados por impedirle el paso. Si quiere recibirla tu alteza, la haré entrar.

—Sí, hacedla entrar, don Tello, repuso el rey deseando satisfacer su curiosidad.

Apareció en seguida de haber salido el capitan una mujer de bellas y elegantes formas, cubierto el rostro y segui-





Oh, alzad, alzad, señora.

da de otras dos que parecian sus dueñas. Pasó la dama muy cerca de don Lope de Haro, y se dirigió con resolucion al trono, donde permaneció postrada hasta que el rey le dijo:

—Alzad, señora, alzad, y esponed los motivos que os inducen á presentaros en este lugar de esa manera. Levantaos y contad vuestras cuitas, si las teneis.

—Justicia, noble rey, justicia! esclamó la enlutada besando con sumision el borde del manto real.

—Hablad, señora, hablad, que nunca la he negado á nadie.

En los rostros de los circunstantes pintóse el asombro y la admiracion. El conde de Haro palideció visiblemente al hablar la encubierta dama. Esta continuó con voz clara y sentida:

—Un crímen se ha cometido en Burgos, señor, en tu corte, en el mismo alcázar donde moras!

—Un crímen, decís?

—Sí, señor, un crímen, y crímen destinado á quedar impune.

—Acabad, por Dios, señora, esclamó el rey impacientes

—Los grandes que te adulan y lisonjean son, señor, los que mas infringen tus mandatos...

—Fuera esa mujer! dijeron todos los caballeros á una y tumultuosamente.

—Y validos, continuó la encubierta sin arredrarle los gritos y amenazas de los caballeros, de tu favor y de la sombra de tu trono, cometen las acciones mas feas y villanas.

—Esplicaos! repuso don Fernando.

—Señor, dijo el conde de Haro trémulo de ira, no debe tu alteza dar oido á una mujer que está demente, á juzgar por las palabras que dice.

—Dejad, don Lope, replicó el rey.—Y vos, señora, apresuraos á esponer brevemente vuestras cuitas, sin meteros á mas.

—Ya veo, contestó la advenediza, que es un crimen de lesa megestad decir á los reyes la verdad...

—Acabad!

—Doña Beatriz de Robledo, digna hija de uno de los mas leales vasallos de tu padre y dama de tu augusta madre doña María Alfonsa de Molina, ha sido robada de la cámara real, sin saberse todavía el paradero de tan noble jóven.

—Lo sabiamos, señora, y ya se han dado las oportunas órdenes para descubrir á los autores del atentado que todos deploramos.—No se sabe nada aun de este negocio, señor justicia mayor?

Iba el interpelado á contestar, pero se apresuró á decir la encubierta:

—El autor, señor, recibe de tu mano inmensos beneficios; el autor se ampara en tu misma corte; y por último, nos está escuchando.

—En mi corte!

—Sí, en tu corte! repuso la desconocida con entereza.

—Nombradle! dijeron todos con el mas marcado interes.

Don Lope cambió una mirada de sorpresa con el judío Aben-Ahlamar. La voz de la desconocida habia penetrado hasta lo mas recóndito de su corazon. La repentina aparicion de aquella mujer le dejó mas frio y parado que una estátua de piedra. Su cuerpo sintió un estremecimiento involuntario al rozar el vestido de la tapada con el suyo cuando esta pasó al trono del rey; y en fin, su voz, las miradas tan terribles que al través del antifaz le asestaba, hizo temblar mas de una vez al orgulloso conde de Haro. A pesar de todo esto aparentó serenidad, y dijo uniendo su voz á la de los demas:

—Nombradle!

—Sí, nombradle, decid quién es, señora! esclamó el rey.

—Es...

—Hablad, hablad pronto, por Cristo, dijo don Fernando.

—El conde de Haro!

—Don Lope! esclamó el monarca mirando alternativamente al acusado y á la acusadora.

—Yo? preguntó el conde. Yo?

—Don Lope! repitieron todos admirados.

—Sabeis, repuso el rey, el nombre que habeis tomado en boca y la persona á quien ultrajais?

—Sí, lo sé, y por eso he venido á acusarlo; por eso lo he nombrado sin temor.

—Y sabeis, mal aconsejada dueña, el castigo que tiene el impostor?

—Es la verdad, señor, y por lo mismo permanezco tranquila.

—Sabeis que si os faltan pruebas, ó un caballero que sostenga vuestra acusacion, sereis puesta en tormento por calumniadora?

—Ah!...

—A tiempo estais; si os desdecís...

—Jamas! repuso la desconocida interrumpiendo al rey.

—En ese caso, presentad las pruebas de vuestra acusacion.

La tapada guardó silencio.

—Bien está: tres dias se os dan de término.—Faraute, cumplid con vuestro deber.

Adelantóse uno segun la usanza de aquel tiempo, y dijo tres veces la acusacion formulada contra el conde de Haro. Despues añadió:

—Hay algun caballero que tome á su cargo la demanda de la acusadora?

Un silencio sepulcral fué la respuesta que recibió el faraute. En los pechos de todos los caballeros lucian prendas del amor de sus damas. A mas de esto, quién se iba á esponer por sostener la demanda de una mujer desconocida, que tal vez resentida con el de Haro, quisiese vengarse de él achacándole el rapto de doña Beatriz?

El espíritu de don Lope se tranquilizó algun tanto en vista de que ningun caballero salia por defensor de la desconocida.

El faraute volvió á decir otra vez:

—Hay algun caballero que salga por defensor de la acusadora?

—Yo! contestó una voz varonil.

Y entró al mismo tiempo en la cámara un hombre armado de pies á cabeza y calada la visera.

—Ah! triunfé! esclamó la dama por lo bajo.

Volvieron los ojos los cortesanos al temerario y denodado caballero que tomaba á su cargo tan arriesgada demanda. Don Lope tembló á la vista del advenedizo defensor de su contraria.

Llegó el armado al trono, é hincando una rodilla en tierra, dijo al rey con el mayor respeto:

—Señor, me concede tu alteza licencia para tomar la demanda de esta desconocida?

—La teneis, contestó el rey.

—Y vos, conde de Haro, me admitís por contrario? dijo el desconocido acercándose á don Lope.

—No acostumbro á hacer caso de los enmascarados, repuso con calma.

—Y me conoceis ahora? dijo el armado levantándose la visera.

—El de Carvajal! esclamó don Fernando sorprendido.

—Don Juan! repitieron asombrados los caballeros.

—El mismo, señores.

—Teneis que pedirme alguna cosa, don Juan? dijo el monarca.

—Ninguna, respondió el amante de doña Beatriz; sino que oiga tu alteza y todos los aqui presentes mi desafio:—Atended, ricos homes, caballeros, escuderos y todos los que me escuchais:—Yo, don Juan Alonso Carvajal, infanzon del muy poderoso rey de Castilla don Fernando IV; á vos, don Lope Lopez Diaz de Haro, conde de Haro, señor de Santa Olalla y de Balmaseda, te desafiamos por mal caballero, aleve y descortés, y te retamos á muerte, tomando por testigos á los presentes, por raptor de doña Beatriz de Robledo, dama de su alteza la reina doña María; á lanza ó espada, mientras dure sangre en nuestras venas.

Concluido que hubo don Juan el reto, arrojó á los pies

del conde de Haro su manopla. Don Lope se apresuró á cogerla, diciendo al mismo tiempo:

—No obstante ser falso el delito que me se imputa, acepto gustoso, porque de este modo verán todos mi inocencia, el desafio de don Juan Alonso Carvajal.

Autorizó el rey el desafio, segun era costumbre entonces, declarando traidor y digno de muerte al que en la lid saliere vencido.

Toda la corte se puso en movimiento despues que don Fernando bajó del trono.

El justicia mayor se acercó al rey y le dijo:

—Qué hacemos de la acusadora, señor?

—Ah, teneis razon.—Aben-Ahlamar?

—Señor! contestó el judío presentándose al monarca.

—Encargaros de la desconocida hasta que yo fije el dia del combate.

El sabio médico, inclinóse en señal de obediencia, y dirigiéndose á la encubierta dama, tened la bondad de seguirme, señora, la dijo.

En la noche que siguió á dia tan fecundo en sucesos, no podia conciliar el sueño el justiciero y buen rey de Castilla. Su imaginacion, acalorada con las escenas de la mañana, no cesaba de representarle la de la acusacion de Haro. Los hermosos ojos de aquella mujer, que cual dos luceros brillaban al través del antifaz, no los olvidaba ni un momento el jóven monarca. Durmióse al cabo para soñar con Castrogeriz, y con la bella y hechicera Piedad: entonces se sonrió y dijo con inefable alegría:

—«Es la misma, sí, he conocido su voz... La impresion que ha esperimentado mi corazon, quién sino esa adorable criatura era capaz de hacérmela sentir? quién sino ella, que en tan cortos instantes encendió en mi pecho esta llama que me abrasa?»

Tan luego como el dia asomó por el horizonte, se dirigió el rey, envuelto en un cumplido ropon, á la habitacion de su físico el judío Juffep-Aben-Ahlamar.



CAPITULO VII.

En el que se ve que una persona muy principal, le pide á la gitana cierta cosa, que el lector sabrá leyendo este capítulo.

Dirigióse efectivamente el rey tan luego como amaneció, y segun dejamos dicho en el capítulo anterior, á la morada de su físico Aben-Ahlamar, á conocer, ó mejor dicho, á saber si la acusadora del conde de Haro, era la siempre para él encantadora Piedad. El enamorado monarca sabia que el judío vivia en su mismo alcázar, pero ignoraba completamente en qué parte de él. No habia pensado en esta circunstancia, y se paró sin saber qué partido tomar en tal aprieto.

En aquel momento llegó á su oido la estridente voz de un soldado que le decia al mismo tiempo que preparaba su ballesta:

—Quién sois? Alto.

Si bien don Fernando se alegró de haber dado con un centinela que al instante le diria en qué lado del alcázar moraba su médico, vaciló en responderle, temiendo ser conocido.

—Voto á tal, don Bellaco, ó don Demonio, dijo el soldado amostazado, que si no me decís quién sois y adónde vais, os haré probar mi ballesta!

—Soy, repuso don Fernando cubriéndose el rostro cuanto pudo con la capucha de su ropon, un page de su alteza el rey, que llevo órdenes suyas para...

—Engañado vivís, pagecico, si creeis haberme convencido. Buena hora es, en verdad, para que su alteza os mande á ninguna parte, cuando no hay un alma viviente que haya dejado el lecho aun! Vaya, vaya, dejaos de conversacion y volveos por donde habeis venido.

—Ya os he dicho....

—Atrás! repuso el ballestero haciendo ademan de herir á don Fernando.

—Mirad lo que decís! replicó el hijo de doña María replegándose y echando mano á su espada.

—Voto va! esclamó el soldado riéndose estrepitosamente; qué he de hacer sino quitar á un villano de enmedio?

No pudo sufrir mas el impaciente jóven. Cogió por el cuello al soldado y le dijo descubriéndose el rostro con la mayor ligereza:

—Conocéisme, don Bellaco, conocéisme ahora?

—El rey! esclamó el pobre soldado anonadado.

—Chito!

—Perdon! repuso cayendo de rodillas.

—Está bien, pero cuida de no decir que me has visto, porque te mando colgar del arbol mas alto de Burgos.

—Señor...

—Bien, alza, y condúceme, si sabes, á la habitacion del judío Aben-Ahlamar.

Levantóse el ballestero loco de alegría, y echó á andar seguido del rey, con direccion á una puerta que se veía al estremo de la galería, donde tuvo lugar la escena que á fuer de exactos cronistas, no hemos querido dejar de referir.

—Toma y retírate, dijo don Fernando á su guia, entregándole asi que hubieron llegado á la misma puerta que daba entrada á la morada del nigromántico, una moneda de plata.

Hubiérase echado de nuevo el soldado á los pies del monarca, si este no se apresurase á decir:

—Vete, vete cuanto antes de aquí.

El soldado desapareció, y don Fernando dió tres golpes con suavidad en la claveteada puerta.

Refunfuñando la abrió el judío, y con mal talante y peor modo dijo al jóven monarca:

—No os conozco! Qué quereis á esta hora?

—Soy... Pero pasemos adentro, repuso el rey, y entonces me descubriré.

—Si antes no me decís quién sois, no os dejaré penetrar en mi morada, dijo el judío impidiendo la entrada al señor de Castilla y de Leon.

—Vive Cristo, Aben-Ahlamar, que estais por demas imprudente, replicó don Fernando, entrando á pesar de los esfuerzos del judío, en la vivienda de este, y cerrando la puerta tras sí.

Estupefacto quedó Juffep en vista de la osadía del misterioso personage que tan temprano y de una manera tan brusca le visitaba. Conocia la voz de su huésped, pero no se acordaba á quién pertenecia.

El rey se apresuró á decir, asi que hubo penetrado en la estancia donde su médico confeccionaba las medicinas y brevages que se hacia pagar á peso de oro:

—Dispensad, Aben-Ahlamar, si antes no os he dicho quién era: pero temia ser conocido por alguien.

Y al mismo tiempo se echó el monarca sobre los hombros la capucha de su rico y elegante ropon.

Si grande fue la sorpresa del ballestero cuando reconoció al rey, no fue menor la del judío. Inclinóse, hasta besar la fimbria del trage del jóven, diciéndole al mismo tiempo con el mayor respeto:

—No me levanto, muy poderoso señor, hasta que tu alteza se digne perdonarme.

—Alzad, Aben-Ahlamar, alzad, que yo en vuestro caso hubiera hecho lo mismo.

—Esperaba, noble rey, tamaño beneficio de tu magnanimidad y...

—Basta, basta, no hablemos mas de eso, repuso el monarca interrumpiendo á su físico y tomando posesion del colosal sillon de este.

Hubo un momento de silencio, que fue interrumpido por Juffep, el cual ardia en deseos de saber el objeto de la visita del rey en aquella hora intempestiva. Asi es que aparentando la mayor timidez, dijo á su ilustre huésped:

—Puede saber, señor, este tu mas fiel vasallo y servidor, á qué debe la muy alta honra de que le visite el poderoso é ínclito rey de Castilla?

—Es esta, por ventura, la primera vez que vengo á vuestra morada?...

—Creo que sí, gran señor.

—Cómo la primera! pues qué, no os acordais ya, cuando?...

—Perdona, rey don Fernando, repuso el judío interrumpiendo al monarca, perdona, pero de nada me acuerdo.

—Frágil sois de memoria en verdad, dijo el rey con tono bromista.

—Tengo efectivamente esa desgracia, señor, y lo siento en este momento por tu alteza.

—Os acordais, continuó don Fernando, cuando en Castrogeriz fuí á veros á causa de que una sobrina vuestra...

—Ah! recuerdo, señor, recuerdo ahora perfectamente.

—Veis, señor desmemoriado, veis? repuso el rey con alegría.

Pero antes de seguir escuchando la conversacion del rey y de su físico, fuerza es referir la primera visita que hizo el monarca á Aben-Ahlamar, y que como acabamos de observar el primero ha recordado al segundo.

En el capítulo segundo de la introduccion de este relato, tuvimos ocasion de ver al rey víctima de los encantos y hechizos de la gitana Piedad. Y á qué persona no subyugaría una belleza tan perfecta como la de aquella mujer? No es de estrañar, pues, que el rey, jóven entonces de diez y seis años, quedase altamente prendado de la sobrina de Aben-Ahlamar, verdadero tipo de las hijas del Guadalquivir. Jóven, muy jóven era, en verdad, don Fernando para haber concebido una pasion como la que le inclinaba á Pie-

dad. Pero tenemos que advertir, que era tambien el jóven monarca castellano hijo de la hermosa Rómula. Y allí, en la dichosa patria de los Teodosios y Trajanos, en la pequeña Roma, llamada asi por Julio Cesar, en la ciudad que tantos varones ilustres ha dado á la altiva España y que tantas bellezas y maravillas encierra, en la sin par Sevilla, cuyas murallas y praderas estan bañadas por el delicioso y nunca bien ponderado Bétis, el de las arenas de oro, y cuyas aguas son tan mansas como la sonrisa de sus hijas, allí, decimos, todo es precoz, todo, hasta el amor mismo...

Al dia siguiente de haber conocido don Fernando en Castrogeriz á la que pasaba por sobrina de su físico, dirigióse á la misma hora en que le hemos visto la segunda vez, á la habitacion de este.

Omitiremos, contando con la benevolencia del lector, la sorpresa del judío al encontrar al rey en su vivienda, sus impertinentes cumplimientos y las adulaciones y lisonjas con que salpicaba las palabras que dirigia al nieto de San Fernando.

Don Fernando interrogó en estos términos á su siempre interesado y codicioso médico:

—Decidme, Aben-Ahlamar, no teneis en vuestro poder á una jóven, asaz hermosa por cierto?

—Hablais de una, repuso el judío con intencion, cuyos hermosos ojos negros parece que despiden fuego?

—Sí, sí, esa misma es! esclamó el rey loco de alegría.

—Pues esa jóven, señor, es mi sobrina.

—De veras?

—Dudais!

—Perdona. Y cómo se llama?

—Piedad.

—Oh, oh! hasta el nombre!...

—Su corazon, don Fernando, es tan puro como el de un angel.

—Sí! tanto mejor, Aben-Ahlamar, tanto mejor! ese será un nuevo motivo para que yo... pudiera verla?

—Señor...

—Mirad que la amo frenéticamente, mirad...

—A una gitana! esclamó el judío con gozo y aparentando sorpresa.

—Gitana decís!

—Con efecto.

—Eh! qué me importa, si es hermosa!

—Pero es cierto que amais á la sobrina de un judío?

—Oh! callaos, callaos por Dios, no me recordeis esas cosas! Yo la amo, Aben-Ahlamar, la amo mucho, mucho, mas que á mi corona! Para mí no es gitana, Aben-Ahlamar; para mí no es judía, solo es un angel, una diosa... Pudiera verla? insistió el jóven con impaciencia.

—Quisiera complacer á tu alteza, pero en este momento...

—Fatalidad! fatalidad! esclamó el rey con desesperacion. Qué hace ahora?

—Descansa, señor. Pero si tu alteza quiere...

—Oh! pues entonces déjala, deja que duerma, Aben-Ahlamar; pero ofréceme en cambio que le has de hablar de mí... dile que un jóven de su misma edad la ama mucho... con delirio... Haz porque me conozca; mas no le digas que ciñe mis sienes una corona real, porque entonces tal vez no haya en su amor toda la abnegacion que yo apetezco. Oh! cuánto diera en este momento por no ser rey! Escucha, Juffep, si inclinas á tu sobrina á que me ame... te ofrezco... te doy mi palabra real de que has de quedar contento: entiendes?

Y el enamorado jóven salió de la habitacion de su médico el cual sin perder tiempo buscó al infante don Juan, y le dijo:

—Señor, el pájaro ha caido por sí solo en la red.

—Esplícate.

—Quiero decir, gran señor, que el rey está ya muerto de amor por esa muchacha que tú has querido hacer pasar por sobrina mia.

—No me dices nada nuevo.

—Cómo! lo sabíais! Y sabeis tambien que acaba de estar ahora mismo en mi morada?

—Tanto... Pero qué os ha dicho?

—Que si hago porque esa aventura llegue á amarle, me recompensará mas que suficientemente. Cuerpo de Cristo, y qué enamorado está el rapazuelo!

—Reíos, Aben-Ahlamar, de las promesas de los reyes.

—Sin embargo...

—Mas positivas son las mias.

—Ya te he dicho, magnánimo príncipe, que puedes disponer eternamente de mí, de mi ciencia y de todo cuanto me pertenece.

—Lo sé, Juffep, repuso el infante. Lo que conviene ahora, continuó, es que tú te desentiendas de todo, y dejes á mi cargo ese negocio. Me comprendes?

—Perfectamente.

El infante y Aben-Ahlamar lograron su deseado intento. El primero pasó con el monarca por el protector, por el medianero de sus ilegítimos amores. Con este motivo consiguió que el jóven Fernando le tomara un cariño grande y le entregase el mando absoluto del reino, que el perverso infante repartia con su amigo el conde de Lara; pero sin revelarle ni esplicarle nunca los medios de que se habia valido para que el rey le dispensase segunda vez su confianza y amistad. El segundo, Aben-Ahlamar, fiel á la palabra dada á don Juan de no tomar cartas en el asunto de los amores del rey, recibia á manos llenas del infante cuantiosas sumas que atesoraba con insaciable avaricia.

Permítanos ahora el lector que digamos algo de los amores de Piedad con el raptor de doña Beatriz de Robledo.

Instruida estaba perfectísimamente la gitana por el judío Aben-Ahlamar del papel que en aquella escena le tocaba representar y de la manera que debia de conducirse con el jóven é inesperto monarca. Cumpliólo todo al pie de la letra y á las mil maravillas. Jamas sintió por don Fernando ni un

cariño fraternal siquiera; pero no por eso dejaban de ser ardientes sus miradas cuando iban dirigidas al jóven que con loco desvarío la amaba; no por eso dejaban de ser sus besos abrasadores siempre que los estampaba en la tersa frente ó en los finísimos labios de su augusto amante. Sus amorosas palabras no las hubiera pronunciado acaso la mujer mas frenética por el objeto querido de su corazon.

En este estado vivió la bella gitana por espacio de tres meses poco mas ó menos. Al cabo de este tiempo se cansó de fingir, por haber visto un dia en la corte á un mancebo que tanto tenia de hermoso como de perverso y cruel. Este jóven vino á arrebatarle su sosiego, y su bella imagen quedó esculpida con caractéres de fuego en el alma apasionada de Piedad. Huyó á poco la aventurera del lado de Aben-Ahlamar, dejando por consiguiente al rey huérfano de sus caricias, que un advenedizo recibia sin comprender la ternura de que estaban impregnadas. Don Lope, segun afirman las crónicas, nunca amó á la gitana, sin embargo de figurarse él todo lo contrario. Llegó por fin un dia en que el amor que el conde creia tener á Piedad, y cuyos cimientos se iban desmoronando á fuerza de dudas, se hundió para siempre en el abismo del olvido, á vista de otra belleza que, sin quererlo, robó á la supuesta sobrina de Aben-Ahlamar el corazon de su pérfido é inconsecuente amante. Justa espiacion de la conducta que la nieta de Simeona siguió con el jóven don Fernando. No supo apreciar el verdadero afecto del monarca, y puso sus ojos en un hombre que lo desairó completamente, y aun llegó á odiarla tan pronto como tuvo ocasion de conocer á la linda y pudorosa dama de la reina doña María Alfonsa.

Repetidas veces dijo Aben-Ahlamar á su antigua pupila que el conde de Haro no la amaba. Repetidas veces le hizo ver que el rey siempre la recibiria gustoso, y que de ser la querida del conde de Haro no ganaba tanto como de ser la favorita de Fernando IV de Castilla. Piedad nunca hizo caso de las palabras del judío. Era el suyo un amor demasiado

profundo para que pudieran destruirlo el brillo de una regia corona y el fausto de una corte selecta y poderosa.

—Cesad, decia la amante de don Lope cuando Aben-Ahlamar le hablaba de él.

—Y si yo te dijera, hija mia, que el conde de Haro jamas te ha querido, que me dirias?

—Que mentíais, le contestaba desesperada la gitana.

—Y si te dijese que ese hombre por quien eres desgraciada, te aborrece de todo corazon?

—Callad, viejo maldito, callad, ó hareis estallar mi enojo.

Pero el judío, á quien tenia mas cuenta fuese la gitana amante del rey que del conde, reponia sin que le arredrasen las palabras amenazadoras de Piedad:

—Quieres cerciorarte de lo que te digo?

—No, porque es falso.

—Déjate de cuentas, y si quieres desengañarte por tus mismos ojos, mañana mismo...

—A que hora? repuso la gitana fuera de sí.

—Por la mañana y en mi habitacion.

—Bien, iré; pero pobre de tí si me engañas!...

Volvamos al rey y á su infame médico, que hace rato nos esperan en el alcázar, puesto que ya conoce el lector y ha visto en el capítulo IV de esta crónica la escena anunciada arriba por Aben-Ahlamar.

El rey continuó de esta suerte:

—Me dijísteis cuando desapareció de vuestro lado aquella jóven...

—Mi sobrina, señor?

—Justamente. Me dijísteis que habia muerto á poco tiempo de salir de Valladolid, donde os hallábais conmigo á la sazon.

—Con efecto, gran rey, esa noticia llegó á mí por conducto de una mujer que acompañaba siempre á la jóven cuya temprana muerte todos lamentamos.

—Tal vez os riais de mí, Aben-Ahlamar; pero abrigo la creencia de que la hermosa Piedad fue la que ayer se pre-

sentó á acusar al conde de Haro de raptor de la dama de mi querida madre.

—Qué dices, señor! Por Dios que sería maravilloso que debajo del antifaz y de las tocas que cubrian la cabeza de la reverenda dueña que acusó al conde, encontrásemos la calavera de la hermosa Piedad.

—Mirad, repuso el rey, que su voz la conocí de tal manera, que creo muy difícil me haya equivocado.

—No obstante, rey de Castilla, esa jóven ha muerto desgraciadamente.

Don Fernando escondió el rostro entre sus manos, para dejar salir de su agitado pecho un prolongado suspiro. Largo rato se mantuvo en esta posicion sin pronunciar una sola palabra y sin dar señales de que vivia, hasta que incorporándose de repente, dijo con aire de indiferencia:

—Supongo tendreis en vuestro poder á la acusadora?

—Sí, señor.

—Hánme dicho que es jóven y hermosa, repuso don Fernando clavando al mismo tiempo sus ojos en el venerable rostro del nigromántico.

—Pues te han engañado, porque permanece cubierta de la misma manera que tu alteza tuvo lugar de verla ayer.

—Os habla con agrado?

—Ni con agrado, ni sin él, porque si no la hubiera oido cuando acusó al hijo del último señor de Vizcaya, la creyera muda.

—Se niega á contestaros?

—Completamente.

—Ganas me están dando de hacer una visita á vuestra prisionera.

Aben-Ahlamar se turbó de tal manera, que su cara y la cera corrian parejas.

—Sí, sí, continuó el rey, id adonde esté, y decidle que necesito verla ahora mismo.

—Por la hora conocerá tu alteza que el sueño será todavía con ella.

—No importa, marchad adonde se halle.

—Atended, señor...

—Basta de objeciones, Aben-Ahlamar!

—Perdona!...

—Decidle que el rey quiere interrogarla sobre la acusacion de don Lope.

Inclinóse el judío respetuosamente y desapareció de la presencia del monarca. Echóse despues este por los hombros el ropon con que venia cubierto, y se puso á examinar con detenimiento las retortas, alquitaras y demas instrumentos que habia en la morada del alquimista judío.

Subió Juffep una estrecha escalinata que conducia á un piso entresuelo, y dió con suavidad un golpe en una puerta de no muy grande dimension.

—Qué quereis á esta hora? preguntó al judío una jóven no mal parecida, dejándolo entrar al mismo tiempo.

—Se ha levantado vuestra ama?

—Sí.

—Necesito verla al instante.

—Entrad por ahí.

Siguió el nigromántico la direccion indicada por la doncella de Piedad, y á los pocos pasos se encontró con esta, que se entretenia en concluir una labor de su sexo.

—Cómo! tan temprano y trabajando! le dijo Aben-Ahlamar con cariño.

—Sí; lo hago por mero pasatiempo; no puedo sufrir el lecho en cuanto asoma el dia. Pero á qué venís aquí á esta hora?

—Vengo á anunciarte una visita.

—Una visita? Buena hora es en verdad. Quién es?

—Oh! una persona que vale mucho y puede mas, contestó el judío en tono de broma.

—Acabad.

—El rey.

—El rey? Qué habeis dicho? Pues qué sabe su alteza que yo vivo?...

—Sin duda, cuando...

—Habréisle dicho algo, replicó furiosa Piedad.

—Te juro por el Dios de Abraham, que nos está escuchando, que mi boca no se ha abierto sino para decir al rey veinte veces que habias muerto. Pero su alteza, que se conoce te ama aun despues de muerta, no se ha quedado satisfecho y quiere hacerte una visita.

—Bien está, traed al rey cuando gusteis, Aben-Ahlamar; pero dadme tiempo para vestirme de la misma manera que ayer fuí á la corte.

—Te vas á cubrir el rostro?

—Espero al rey, Juffep!

Asi que se hubo marchado Aben-Ahlamar, se apresuró Piedad á ponerse el mismo trage y antifaz que llevaba cuando delató al señor de Santa Olalla. Sentóse despues en una poltrona, y apoyando la frente en su mano derecha, esperó en esta posicion á que entrase la persona anunciada por el judío. No tuvo que aguardar mucho la bella gitana, pues un instante despues de haber salido Juffep, presentóse de nuevo seguido de un jóved hermoso y elegante, diciendo al entrar con la mayor sumision é inclinando la cabeza:

—Aquí teneis á su alteza el rey.

—Ah, señor, cuánta bondad! esclamó Piedad echándose á los pies del monarca y desfigurando cuanto pudo la voz.

—Alzad, señora, y sentaos, repuso don Fernando dando una mano á la gitana.

Aben-Ahlamar salió de la estancia y cerro la puerta que daba entrada á ella.

—No me esperábais, señora? dijo el rey despues de haberse sentado enfrente de Piedad.

—No esperaba verdaderamente, repuso esta aparentando agradecimiento, que el rey de Castilla viniera á verme; á mí, pobre, sola, desvalida, y lo que es mas, señor, prisionera.

—Eh, dejaos de cumplimientos. Tenia ganas de conoceros y por eso he venido.

—A mí, gran señor! y por qué?

—Porque la franqueza conque me hablásteis, la manera que tuvísteis de insultar á los grandes de mi corte y de acusar al conde de Haro, ha despertado en mí vivos deseos de conoceros.

—Perdonadme; pero es fuerza que yo permanezca cubierta mientras esté en vuestra corte.

—Con que segun eso....

—Me es absolutamente imposible complacer á tu alteza.

—Lo siento como hay Dios. Pero decidme, hermosa desconocida, qué motivo ó causa os ha movido á acusar al conde de Haro de un crímen que no se atreveria á cometer el mas villano de los hombres?

—Supe, por una casualidad, ese suceso; conocia á la víctima, y creyendo que en tu corte se podia pedir justicia, me determiné á implorarla por una mujer tan sola y desamparada como yo.

—Pues permitidme que os diga, señora, no creo capaz al conde del delito que le imputais.

—No? El cielo lo revelará el dia del combate, dijo Piedad reprimiéndose á pesar suyo.

—Teneis razon: esperemos.

—Esperemos, sí, esperemos ese dia, y verá tu alteza en el hombre á quien defiende, el autor del atentado que ha traido ocupada á tu corte en estos dias.

—Imposible, enlutada, imposible, repuso el rey por lo bajo; el conde de Haro es un caballero de los mas nobles de Castilla...

—El conde de Haro es un villano! esclamó Piedad fuera de sí.

—Y vos una impostora.

—Ah! yo impostora!

La gitana llevóse ambas manos al rostro. En aquel momento se desprendió el antifaz y cayó á los pies del monarca. La noticia de que todos los moros de España habian invadido á Castilla, no hubiera sorprendido tanto al jóven Fernando como lo que en aquel momento veía. Pasóse una mano por los ojos para convencerse de que no soñaba, y esclamó al fin entre frenético y admirado:

—Piedad !!!

El rostro de esta estaba en aquel momento sublime, encantador; sus megillas, encendidas como la grana, prestaban á su color una gracia particular; sus hermosos ojos, entonces amortiguados, parecian que imploraban misericordia; su boca entreabierta despedia de vez en cuando sonidos inarticulados, y sus cejas pobladas y negras seguian el mismo movimiento de sus ojos de azabache. El rey la contempló largo rato como extasiado, y le dijo lleno de alegría:

—Ah! te vuelvo á ver, angel mio! Dime, me amas aun?

La contestacion de la gitana fue precipitarse en los brazos del monarca.





CAPITULO VIII.

Síguese tratando el mismo asunto del capítulo anterior.

Reinó el silencio por largo rato en la estancia. Don Fernando fue el primero que lo interrumpió, cogiendo á Piedad las manos con cariño, y diciéndole en tono de queja:

—Dime, querida mia, por qué me abandonaste? Te ofendí en algo, ó te cansaste de mi amor?

—Oh! nada de eso, señor! esclamó Piedad reclinando su cabeza en el pecho de don Fernando.

—Pues entonces...

—Te amaba demasiado para poder sufrir que otra...

—Oh! esplícate!

—Cómo querias, señor, que pudiera vivir tranquila, cuando otra mujer venia á robarme tu amor? (1)

—El amor que te tenia y te tengo, querida mia, no lo puede estinguir nadie...

—Sin embargo, es tu esposa! repuso Piedad con aparente amargura.

—Qué te importa?

—Me importa, señor, porque cuando amo, quiero ser sola.

—Eh! qué le hace que yo reparta mi lecho y mi corona con doña Constanza, si tú sola reinas en mi corazon?

(1) A los pocos dias de conocer el rey en Castrogeriz á la gitana, contrajo matrimonio con la hija del rey de Portugal.

—De veras?

—Dudas aun, hermosa Piedad? repuso el rey estampando en la diestra de la gitana un sonoro y prolongado beso.

—Dudar de tu amor, no; pero tengo celos.

—Y por eso me abandonaste?

—Sí.

—Cielos!

—Además, don Fernando, se apresuró á decir Piedad; yo no queria que sufriese la reina por mi causa si llegaba á saber...

—Oh! cuán buena eres!

—Porque ella al fin, continuó la gitana, era vuestra esposa é igual á vos; al paso que yo, quién soy?

—Que quién eres, preguntas? replicó el rey fuera de sí; eres mi angel tutelar; eres mi paz, mis delicias y mi consuelo... Qué me importa mi corona ni mi reino, si poseo tu cariño, que es el colmo de mi ventura?

—Sin embargo, señor...

—Pues qué, no te basta mi amor? no te basta mi cariño?

—Oh! sí, sí, dueño mio; pero al fin, soy una criatura sola, desvalida; pertenezco á una raza odiada y maldecida de todos... porque yo creo, señor, que no habreis olvidado que soy gitana...

—Oh! cállalo, cállalo siempre por Dios!

—Es ciérto, prosiguió Piedad, que soy la amante del rey de Castilla; pero cuán fecundo en amargura es para mí ese amor!...

—Piedad!...

—Teneis razon, callaré.

Y el bello rostro de la interesante gitana fué inundado por un torrente de lágrimas, que el rey se apresuró á contener con sus apasionadas caricias.

—Te pesa, angel mio, lo que has hecho por tu amante? dijo don Fernando, oprimiendo entre las suyas las manos de la gitana.

—No, rey de Castilla, no me pesa.

Hubo un momento de sepulcral silencio: don Fernando contemplaba ensimismado á la encantadora andaluza. Esta, incorporóse en la poltrona, y dijo al estupefacto monarca:

—Cuándo fijareis, señor, el dia del combate? Porque tu alteza no habrá olvidado que estoy aqui en clase de detenida.

—Queda á tu eleccion, querida Piedad. Pero qué, insistes todavía en acusar al conde de Haro?

—Me retracto yo jamás, señor, de lo que digo ó hago?

—Oh! calla por Dios, calla! No ves que si sale vencido dôn Juan Alonso Carbajal, serás puesta en tormento, y...

—Cielos! esclamó la gitana asustada. Y si vos mandaseis...

—¡Ay, hermosa mia, mi autoridad no alcanza á tanto! repuso el rey con amargura.

—Dios mio! Dios mio!...

—Si quereis libraros del horroroso suplicio que os amaga, solo un medio os queda.

—Cuál es?

—El de retractaros de todo cuanto habeis dicho.

—Jamás, rey, jamás!

—Y permitireis que yo os vea morir sin poder salvaros? Oh! hacedlo por mí, tened compasion de vuestro amante!

—Con que segun eso, creeis una impostura mi acusacion?

—Impostura! no ciertamente.

—Pues entonces qué temeis?

—Tienes razon; nada temo ya: estás contenta? Y dime, repuso el rey asi que vió asomar la alegría al rostro de su amante, por qué tienes tanto empeño en que se efectúe el combate?

Mas conviniendo á Piedad variar de asunto, se acercó á una de las ventanas que daban vista á la entrada principal del alcázar, y dijo á don Fernando:

—Entran, señor, todos aquellos caballeros á saludarte?

—Sí; y esa es la causa de que me separe de tí por ahora, contestó el monarca, acercándose á la ventana para ver á la multitud de caballeros que en el alcázar penetraban.

—Tan pronto!

—Sí, hermosa mia; voy á recibir los enojosos saludos de esos hombres, que el que menos es mi mas mortal enemigo!

—Teneis razon! Y hasta cuando?

—Pronto volveré.

—Oh, sí, venid pronto.

—Adios, Piedad.

—El os guarde, señor, contestó la gitana acompañando al rey hasta la salida.

CAPITULO IX.

De como Aben-Ahlamar, el judío, encontró á Piedad, la gitana, mas contenta de lo que esperaba.

Apenas se hubo marchado el enamorado rey, trocó Piedad el traje con que le habia recibido por otro que la hacia veinte veces mas hermosa. Bien es verdad que sus ojos, poco antes tristes, brillaban ahora de contento, y todas sus facciones, sin poder nosotros adivinar la causa, habíanse animado de una manera particular. Estaba en aquel momento radiante de alegría y satisfaccion.

El judío Juffep, que ardia, en deseos de saber el desenlace de aquella entrevista, penetró en la morada de la gitana. Recibióle esta con afabilidad, y le dijo antes que él preguntase nada:

—Ya estareis contento, Aben-Ahlamar.

—Yo! y por qué, hija mia?

—Pues no deseábais que yo quisiera al rey en vez del conde de Haro?

—Efectivamente, lo deseaba por tí; pero por ventura...

—Sí, repuso la gitana riéndose estrepitosamente al ver la perplejidad del judío.

—Cómo os conoció, querida?

—Porque se me cayó el antifaz.

—Loado sea el Dios de Israel!... Lo veis, hija mia, como está escrito...

—Eh! teneos, teneòs, señor mjo, que me lo dejé yo caer á propósito.

El judío se mordió los labios. Sin embargo, repuso acariciando á la hermosa amante de don Fernando:

—Y estais contenta?

—Sí, mucho...

—Tanto mejor.

—A que no adivinais por qué, Aben-Ahlamar?

—Amais acaso al rey?

—Oh! no, menos que antes.

—Pues entonces, ignoro completamente...

—No os parece que cuando lo llegue á saber el conde de Haro tendrá celos, y...

—Ah! teneis esa ilusion, inocente niña?

La gitana quedóse al principio petrificada con lo que oyó á Juffep. Pero despues se acercó á él con ademan amenazador, y le dijo sin poder contener las amargas lágrimas que un momento inundaron sus encendidas megillas.

—Os gozais, infernal criatura, en destruir todas mis ilusiones!

—Fuerza es, Piedad, que os convenzais, repuso el judio con la mayor calma, de que el conde de Haro no os ama.

—Sí, ya sé que esa mujer, de quien me vengaré, me ha robado el cariño del hombre á quien amo con delirio; pero don Lope me ha querido, Aben-Ahlamar.

—Tanto como ahora.

—Mientes, viejo maldito, mientes!

—Sea; pero el conde á quien ha amado siempre es á doña Beatriz de Robledo.

—Oh! me vengaré de los dos terriblemente... De algo, dijo Piedad con amargura, me ha de servir ser la favorita de un monarca...

—Harias muy mal, tocante á ella.

—Y por qué?

—Porque la de Robledo aborrece de muerte á tu ingrato amante.

—No obstante; es la causa de que él me haya olvidado.

—Tiene acaso la culpa Beatriz de ser hermosa?

—Es verdad!... No sé lo que me digo, Aben-Ahlamar!

Piedad guardó silencio largo rato. Sus megillas estaban encendidas, sus ojos preñados de lágrimas. Piedad amaba á un hombre que la despreciaba por otra que lo aborrecia, como hemos tenido lugar de ver en los capítulos anteriores. Pasóse la gitana una mano por su rostro, despues de haber reflexionado un buen rato, y dijo al judío con faz serena:

—Conoceis personalmente á la víctima de don Lope de Haro?

—A Beatriz?

—Precisamente.

—Oh, mucho.

—Y es cierto que es tan hermosa como dicen? dijo Piedad mirándose al mismo tiempo en una magnífica plancha de acero que á falta de espejo frente de ella habia.

—Oh, divina, divina, hija mia. Es un angel en figura y en sentimientos... Lo que es vuestro amante, tiene gusto para elegir dama!...

—Deseo conocerla, Aben-Ahlamar.

—Cosa rara! conocer una mujer celosa á su rival!

—Pudiérais hacer porque yo penetrase en la morada de doña Beatriz?

—Imposible!... imposible! Antes me dejo matar. Si yo por una casualidad revelase el lugar donde el conde tie-

ne á la de Robledo, oh! de seguro me costaba la vida!

—Es que yo, á mas de guardar eternamente silencio, te recompensaria bien.

—Nada quiero, amable Piedad.

—Aben-Ahlamar!

—Perdona, hija mia; pero no pnedo faltar al juramento que he hecho.

—Pues tened en cuenta, Juffep, que soy la favorita de uno de los monarcas mas grandes y poderosos de la tierra.

—Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir que todo lo puedo, y que si no accedes...

—No me comprometas, querida mia! Y si don Lope llega á saber que te he vendido su secreto?

—Dejad escrúpulos á un lado, que nada sabrá.

—Me lo aseguras?

—Te lo prometo á fé de quien soy. Quedamos convenidos?

—Siempre triunfais de mí!

—Miserable! dijo Piedad para sí.—A qué hora, repuso, viene don Lope á visitar á su víctima?

—No la ve desde la víspera de haberle tú acusado.

—De veras!... Oh! si se olvidase de ella!...

—Olvidarse! no lo creas tú nunca, hija mia, replicó el judío con intencion.

—Con que mañana puedo ver á la amante de don Juan Alonso Carvajal? dijo la gitana desentendiéndose completamente de las palabras del nigromántico.

—Es muy pronto, querida.

—Cómo! tambien condiciones!

—Te avisaré cuando haya oportunidad.

—Está bien; pero que sea pronto, Aben-Ahlamar.

—Quedarás satisfecha de mí.

—Y tú, repuso la amante del rey, de mi manera de recompensar á los que me sirven.

El rey llegó sin contratiempo alguno á la parte del alcázar que habitaba, y donde le aguardaba toda la corte re-

unida hacia ya rato, para saludarlo, segun usanza de aquellos tiempos. Recibió don Fernando á los caballeros este dia, para él muy venturoso, con la mayor amabilidad y contento. Despues que los hubo despedido y que concluyó de despachar con sus ministros las letras y negocios del dia, dirigióse á la habitacion de su madre la reina doña María Alfonsa. Hallábase esta señora en la misma estancia donde la vimos y conocimos por primera vez conferenciando con su confesor el anciano Abad de San Andrés. Llegóse don Fernando á su madre y le dijo, imprimiendo un cariñoso beso en su espaciosa y tersa frente:

—Cómo habeis pasado la noche, madre mia?

—Muy bien, querido hijo; y tú?

—Perfectamente, señora.

—Cómo está tu esposa, la hermosa Constanza?

El rey se inmutó al escuchar á su madre. Mejor hubiera querido que le preguntaran por Piedad. Sin embargo, disimuló y repuso:

—Perfectamente bien.

—El embarazo, segun me ha dicho Mosen Diego de Valera, uno de tus médicos, no puede ser mejor.

—Efectivamente.

—Y cómo es, señorito, dijo la reina acariciando al monarca, que no habeis venido ayer tarde á noticiarme el efecto que produjo en la corte la determinacion que habeis tomado acerca del infante, vuestro tio?

—Dispensadme, madre mia; pero me retiré de alli sumamente afectado. No ha llegado á vuestra noticia la escena que tuvo lugar despues de haber anunciado á la grandeza el estado de la reina, y la providencia que me he visto obligado á dictar con ese mal pariente y vasallo?

—Sí, ya sé que una mujer, á quien no debiste dar oidos, denunció al poderoso conde de Haro como raptor de mi querida Beatriz.

—A quien no debí dar oidos decís, madre mia?

—Sin duda. No conoces que tal vez sea esa acusacion una

calumnia levantada por algun enemigo del conde para vengarse de él? Presentó, acaso, la acusadora pruebas?

—No; pero sea ó no cierta la acusacion, no quiero que en ningun tiempo se diga que yo me negué á oir á una mujer que demandaba justicia. Y por qué ha de ser una calumnia? repuso el rey acordándose que era Piedad la acusadora: acaso el conde no es capaz?...

—Oh! calla, por Dios, hijo mio! esclamó doña María mirando á todas partes asustada y como temiendo que alguien hubiese escuchado las palabras que acababa de proferir el monarca.

—Por qué he de callar, señora! dijo el rey admirado.

—Porque si descontentas á los grandes de tu corte, ahora que tu tio don Juan ofrece la paz á trueque de que le perdones, entonces, Fernando mio, no gozarás ni un solo dia de tranquilidad.

—Jamás consentiré, señora, repuso el rey inmutado por la cólera, que vuelva á mi servicio el infante don Juan!

—Escúchame, por Dios...

—Oh! no me hableis de ese rebelde, madre mia!

—Ten la lengua, hijo querido, y atiende á tu madre.

—Hablad, señora, hablad.

—Los pueblos, amado hijo mio, estan hartos de sufrir con las guerras intestinas que ha asolado á esta desgraciada Castilla desde la muerte de tu padre, mi siempre querido y llorado esposo. Los grandes, sin saberse por qué, comienzan á sublevarse y mostrarse descontentos contigo. De manera que se hace necesario, indispensable, que procures contemporizar con todos y aceptar asimismo todas las condiciones que te propongan, en no menoscabando tus intereses y dignidad real.

—Armas y soldados tengo para combatir y castigar á los descontentos, dijo el rey sin alterarse.

—De nada sirve la fuerza sin el influjo moral, querido Fernando; y ellos desgraciadamente cuentan con ambas cosas, porque los revoltosos son protegidos, sin duda por el

infierno. Presta un poco de atencion á lo que voy á decirte, y haz caso, por Cristo, de los consejos de tu madre, que tiene probado ser mas ducha que tú en negocios de gobierno.

—Hablad, señora.

—Conviene mucho á tus intereses, que no se efectúe ese malhadado combate que ha de decidir si don Lope es culpable ó no del delito que se le imputa.

—Madre!...

—Atiende, hijo mio, atiéndeme.

El rey guardó silencio, y doña María continuó de esta manera:

—Bien sabes que el núcleo de todas las conspiraciones y asonadas han sido siempre las poderosas casas de Haro y Lara. Por esa razon te he dicho que conviene no disgustar al conde: difiere, ó mejor dicho, no señales el dia del combate; déjalo como cosa olvidada, y con eso verá don Lope que hiciste poco caso de la acusacion de la desconocida. Y si acaso llega á estallar la tormenta que sobre tu cabeza comienza á rugir, ahí tienes ya en tu favor esa casa tan rica y poderosa.

—Señora, es posible que vos me hagais tal proposicion!...

—Y no es primero tu felicidad y la de tus desgraciados pueblos? El conde de Haro es vengativo, y estoy segurísima de que si saliese derrotado en el combate y se llevaran á cabo las leyes del duelo, habia de dejar dispuesto algun alzamiento que hiciese vacilar tu débil trono! Olvida, hijo querido, olvida esa acusacion! fija tu vista en el porvenir, y déjame á mí obrar. Te conformas?

—Y si don Juan Alonso Carvajal?...

—Queda de mi cuenta contentar á ese noble jóven, repuso la reina adivinando el objeto de las palabras de su hijo; como asimismo averiguar el paradero de su amante. Nada temas, todo lo arreglaré: todos vivirán contentos, y evito el que se derrame sangre, que es mi mas constante deseo.

—Pues bien, mañana os daré la contestacion, dijo el rey reflexionando un momento.

—Me conformo; pero y tu tio? No le quieres devolver todos sus honores y títulos en cambio de la paz que te ofrece?

—Jamás.

—Ay, hijo mio! no sabes lo que haces! mira que ahora se puede sofocar esa naciente rebelion, y tal vez sea tarde mañana.

—No importa.

—Calla, querido hijo mio, calla por Dios!

—Tal es mi determinacion, señora!

—Oh! te aconsejan mal, Fernando, muy mal!

—Cómo quereis que al dia siguiente de haberle exonerado y declarado traidor, vaya no solamente á perdonarle, sino tambien á devolverle sus títulos y honores? Qué se diria entonces de mí, madre mia?

—Que eras tan hermoso como clemente y bueno, repuso doña María acariciando á su hijo.

—Y mañana se portará peor por via de enmienda, no es eso?

—Pues bien, si llegase á cometer otra accion que te disgustare, te doy mi palabra de no interceder mas por él. Te acomoda?

—No os canseis, madre mia, me es imposible perdonarle.

—Por tu bien, Fernando!

—Oh! por mí bien lo he hecho; por mi bien he castigado á este infame pariente.

—Ya te he dicho, y te lo repito ahora, que conviene á la dicha y sosiego de tus pueblos que le perdones.

—Lo que conviene, señora, á la dicha y sosiego de mis pueblos, es que los liberte de la fatal influencia de esos personajes, muy mas gravosos para ellos, que los mismos estraños y enemigos.

—Pues bien, hazlo por mí; hazlo por mi tranquilidad, por mi bienestar...

—Me exigís, madre mia, un sacrificio!...

—Te lo pido, hijo de mis entrañas, repuso la reina vien-

do que iba ganando terreno, te lo pido por la memoria de tu padre, por tu querida hija, por todo lo que mas ames en este mundo...

—Basta, madre mia, basta.

—Te incomodan acaso mis ruegos?

—Lejos de eso, vuestras tiernas súplicas me han conmovido: yo le perdono.

—Ah! qué escucho! esclamó doña María arrojándose en los brazos del monarca.

—Le perdono, añadió este, á condicion de que no se ha de presentar en la corte.

—Bendito seas! Dime, y qué punto le señalas para su residencia hasta tanto que se firmen los contratos?

—Grijota: decidle al mismo tiempo como cosa vuestra, que allí me espere. Estais contenta?

—Oh, mucho, mucho! esclamó la de Molina cogiendo á su hijo las manos con cariño.

El rey correspondió de la misma manera á las pruebas de ternura que su madre le prodigaba, y le dijo, saliendo á poco de la estancia:

—Hasta luego, madre mia.

—Adios, querido Fernando.

Doña María esclamó llena de gozo, luego que su hijo se hubo marchado:

—Lo he salvado! Dadme, Dios mio, vida para que siempre sea su guarda.



CAPITULO X.

En el que se ve la tristeza de doña Beatriz y los motivos que tenia para ello.

Las instrucciones dadas por Aben-Ahlamar á la vetusta Simeona, se cumplieron exactamente. La abuela de Piedad trataba á la hermosa Beatriz con las mayores atenciones y cuidados: pero sin dejar por eso, como le dijo el médico por via de apéndice, de desatender el objeto principal, cosa que hacia temblar sin cesar á la amante del infanzon del rey. Una fiebre lenta pero devoradora, iba consumiendo poco á poco á la desgraciada dama de doña María Alfonsa. Sus megillas, antes sonrosadas y de un color mate precioso, habian perdido enteramente su lozanía: sus amortiguados y desencajados ojos solo se animaban cuando creian estar viendo á su amante: la nariz dilatada, y los labios cárdenos y secos, marcaban el horroroso estrago que la contínua calentura hacia en la infeliz víctima del desapiadado conde de Haro.

La falta de luz natural en la estancia donde yacía la amante del de Carvajal fué sostituida por una lámpara de plata de forma piramidal, que pendiente de la arqueada bóveda y continuamente encendida, reflejaba sus pálidos destellos sobre los ricos y elegantes muebles que adornaban aquella prision. El poco ambiente que en aquella parte se

sentia, la soledad en que vivía, pues no veía en torno suyo mas que á la repugnante cómplice de Aben-Ahlamar, lo triste y aflictivo de su situacion, y sobre todo la última entrevista que tuvo con el conde, y que ya hemos dado á conocer al lector, la redujeron al estado mas lastimoso, asi física como moralmente. Nunca se le oia una queja ni una esclamacion delante de Simeona; pero cuando se hallaba sola daba riendas á su dolor, y mas despues que se hubo convencido de que sus males solo con su existencia tendrian fin, Cualquier ruido, por pequeño que fuese, la atemorizaba, imaginándose que la doble puerta de hierro se abria para dejar paso al conde, que afortunadamente no volvió desde que trató en el acceso de demencia de asesinarle. Miraba de vez en cuando el acero que arrebató á su opresor, y esclamaba, despues de examinar su agudísima punta: —Oh! no será necesario que yo haga uso de él, pues el conde no volverá; reponia la infeliz con esa seguridad que infunde la esperanza, y asomando á sus labios una amarga sonrisa, en que se veían retratados todos sus padecimientos; no vendrá mas; me lo dice el corazon, y el corazon no puede engañar nunca.—Pero si ha de volver á mortificarme, resignada estoy, Dios mio, á morir, puesto que es tu voluntad: conforme, sí, en abandonar este mundo que no me ofrece sino lágrimas y desventuras. Pero antes que exhale mi último aliento, concededme al menos que vea yo un instante siquiera al objeto amado de mi corazon. Permitidme, señor misericordioso, que de él me despida y que estreche por última vez sus manos, y entonces quedaré contenta y satisfecha. Esto diciendo, volvió la vista hácia la maciza puerta que daba entrada á aquella lúgubre estancia, y se sonreía tristemente, como si quisiese decir:

—Qué necia soy!

Una mujer aparecida como por encanto, con una copa en la mano llena hasta el borde de un agua color de naranja, se acercó á Beatriz, diciéndole:

—Aquí teneis el refresco, hija mia.

—Gracias, señora, gracias; dejadlo sobre la mesa, que ya lo tomaré cuando tenga sed.

—Oh! nada de eso... traigo órden de que lo tomeis al instante. Es un agua riquísima que ha confeccionado uno de los mejores médicos de Castilla.

—Está bien. Y yo lo agradezco, señora Simeona; pero en este momento no tengo sed, ya os lo he dicho.

—Sin embargo, querida, es necesario hacer un esfuerzo... Vaya, bebed, y vereis cómo vuelve á vuestras megillas el color y á vuestros preciosos ojos el brillo y la viveza que antes tenian.

—Y para qué quiero yo todo eso?...

—Para qué? Para estar mucho mas bella! No os gusta parecer bien, como á todas las mujeres?

Por poner término Beatriz á la enojosa conversacion de la vieja, y á fin de que cuanto antes se quitase de su presencia, cogió la copa y la apuró de un solo trago. La abuela de Piedad repuso sonriéndose de satisfaccion:

—Veis como al fin... Os ha sentado bien?

—Sí; gracias, señora.

Simeona desapareció al momento.

Al poco tiempo de haberse marchado la asquerosa amiga de Aben-Ahlamar, oyó doña Beatriz ruido de pasos, al mismo tiempo que la doble puerta se abria para dejar penetrar en el calabozo un bulto negro que quedó parado en el dintel. La de Robledo lanzó un grito de horror y dirigióse con paso trémulo á una de las columnas para que estas le prestasen el apoyo que sus piernas le negaban. El fantasma dió un paso mas adelante, dando lugar, sin duda, á que la puerta se cerrase. Próxima ya á la lámpara la vision, tuvo ocasion doña Beatriz (á pesar del pánico terror que la dominaba) de conocer que bajo aquellas hopalandas negras se ocultaba un cuerpo de mujer de académicos contornos. La dama de la madre de Fernando IV se atrevió á preguntar, viendo que se las habia con una persona de su sexo:

—Quién sois, y qué quereis, señora?

La encubierta nada contestó, pero se dirigió con resolucion adonde estaba Beatriz, murmurando por lo bajo:

—Cielos! qué hermosa es, no obstaate lo mucho que estará sufriendo!

—Qué quereis, señora? volvió á decir Beatriz llena de susto.

—Nada temais, hija mia, repuso la desconocida, que yo tambien como vos padezco.

—Como yo!

—Sí; y tal vez sea mas desgraciada.

—Conoceis mis penas, señora?

—Las conozco, doña Beatriz.

—Y decís que sufrís mas que yo? y decís que vuestras desgracias son mayores que las mias?

—Son mayores, señora, porque no tengo un alma que me consuele; son mayores, porque no tendrán fin sino con mi muerte.

—Nunca, señora, nunca! Y sino tended la vista en vuestro derredor... Quién, decidme, podrá concebir que existe en este lugar, ignorado de todos, una pobre mujer que fué algun dia feliz, y que hoy gime y suspira, sin hallar término á sus dolores, y sin que sus sentidos ruegos sean parte á ablandar el corazon empedernido de su infame perseguidor? Ah, señora mia! vos no conoceis la magnitud de mis penas? Acercaos á mí, y vereis en este rostro las señales evidentes de una muerte lenta! Mirad mis ojos, y decidme despues si alcanzaré esa dicha que me anunciais!

—No lo dudeis, doña Beatriz, no lo dudeis...

—Quién sois, señora? repuso esta acercándose sin temor á la desconocida.

Quitóse la encubierta el antifaz que cubria su rostro, y dijo á la de Robledo:

—Ne conoceis?

—Oh! no os conozco; pero si sois tan buena de corazon como hermosa, deberé tomaros por un angel, señora.

—Me confunden vuestras palabras, doña Beatriz. Si su-

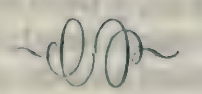
piérais quién soy, pronto os arrepentiríais de haberme hablado. Baste deciros, señora, que esta á quien creeis un angel, ama frenéticamente, conociéndole, al conde de Haro!... á ese hombre infame y sanguinario.

—Cielos! vos amante de don Lope! esclamó Beatriz separándose de la desconocida con marcado sobresalto.—Y qué quereis aquí? á qué venís? no basta que vuestro amante?...

—Sosegaos, señora, sosegaos, que en mi tendreis un guarda.

—Un guarda en vos! repuso Beatriz medio desconcertada, un guarda en la amante del hombre mas villano y perverso? Oh! no os acerqueis á mí, porque yo tambien, señora, he aprendido á asesinar desde que el conde me tiene aquí... No sabeis que el otro dia quise matar á vuestro amante? no sabeis?...

Y la infeliz amante de don Juan cayó sin sentido al pié de la columna.





CAPITULO XI.

De como la desconocida cuenta á doña Beatriz su peregrina y aventurera historia.

Cesó el síncope de doña Beatriz, cesó el horror que la desconocida, que no era otra que Piedad, habia infundido á la amante de Carvajal, y cesó por último todo concepto desfavorable á la gitana, merced á los cuidados y esfuerzos de esta para volver á la vida á su rival, y por destruir la poco ventajosa impresion que sus palabras habian producido en el débil y enfermo cerebro de la dama de doña María Alfonsa.

En efecto, Piedad habia conseguido con sus dulces espresiones, con su tierna solicitud y el afectuoso cariño mezclado de conmiseracion que en su escelente alma abrigaba por la víctima de su amante, habia conseguido, decimos, apartar de la imaginacion de esta todo recelo, é inspirarle á su vez una ilimitada confianza. Así es, que Beatriz sin reserva alguna, y sin omitir la menor circunstancia á su nueva amiga, hízola una fiel historia de todos sus infortunios, desde el punto en que fué arrebatada de la antecámara real y sepultada en el oscuro recinto donde la estamos contemplando. Mas de una lágrima vertió Piedad al escuchar la narracion de las desventuras que aquejaban á la infeliz amante de Carvajal, mas de una vez la interrumpió conmovida, diciéndole entre sollozos:—«Oh! tendrán muy pronto fin vuestras desgracias! os lo prometo.»

Así que concluyó de hablar doña Beatriz, le dijo Piedad, cogiéndole ambas manos con cariño:

—Nada temais ya, señora, que yo os libraré de ese hombre, y velaré sin descanso por vuestra seguridad en tanto que permanezcais en este encierro.

—Ah! cuán buena sois! y cuánto siento haberos ofendido! Pero no es cierto que me perdonais?

—Callad, querida mia, callad, por Cristo.

—No me ofrecísteis, repuso la de Robledo variando de conversacion, contarme vuestra historia!

—Cierto; pero vuestros castos oidos no deben de escuchar varios sucesos, siendo estos precisamente los que constituyen la mayor parte de mis desgracias. Y sobre todo, qué adelantais con saber la vida de una vagabunda, de una?...

—No me habeis escuchado á mí? dijo Beatriz como ofendida.

—Sin embargo, señora, vuestra historia, ó mejor dicho, la historia de vuestras desventuras; interesa, lastima el corazon mas insensible: la mia por el contrario...

—Dad principio, Piedad, y nada omitais, nada absolutamente: Contad desde vuestro nacimiento hasta el dia.

—Puesto que lo exigís, os daré gusto.

Y la gitana, sentándose en una banquetita donde descansaban los pies de doña Beatriz, comenzó á hablar de esta manera:

—«Nada puedo deciros de mis padres, querida doña Beatriz, porque no los he conocido, ni menos sé á quién debo esta vida tan amarga y desgraciada. Una mujer de aspecto repugnante, que se decia mi abuela, y á quien tendreis ocasion de odiar mas de una vez, sin conocerla, fué la que me recogió cuando quedé huérfana, y con la que viví hasta la edad de quince á diez y seis años en que me separé de ella por los motivos que mas adelante sabreis. Yo soy natural de Sevilla, segun me ha dicho esa mujer, donde permanecimes hasta que tuve quince años, y en esta época empezamos nuestras escursiones por Castilla, llevando la vida aven-

turera y azarosa de los gitanos. Cuando apenas tenia uso de razon me hacia salir mi abuela (con otros dos chicos, que ignoro quiénes eran) cantando una tonadilla que ella misma nos habia enseñado, ó bailando y haciendo contorsiones y piruetas que mis entonces débiles miembros se resistian á ejecutar con destreza. Cuántos golpes descargaba sobre mí la cruel Simeona porque no aprendia tan pronto como ella deseaba! cuántas veces me enviaba á trabajar sin darme ningun alimento, por haber estado algo torpe en la leccion que poco antes me señalara!»

—Simeona habeis dicho? esclamó doña Beatriz interrumpiendo á Piedad, y mas pálida que un cadáver.

—Sin duda; ese es el nombre de mi abuela.

—Cielos! á mi me asiste tal vez por órden del conde una mujer que lleva ese nombre, y cuyo asqueroso aspecto me causa un horror indecible.

—Es cargada de espaldas?

—Sí.

—Baja de cuerpo y...

—Oh! la misma, buena Piedad, la misma! esclamó la de Robledo asiéndose de la gitana.

—Serenaos, señora. que ya os vereis libre de esa mujer y de todo cuanto os rodea.

Doña Beatriz se tranquilizó, y Piedad prosiguió su cuento como sigue:

—«Cuando no ganaba todo el dinero que ella queria; oh! entonces me dejaba sin comer y me castigaba cruelmente. Jamás me olvidaré de cierto dia (tendria yo unos siete años) que habiendo vuelto á casa sin ganar nada absolutamente, se puso en estremo furiosa conmigo, y asiéndome fuertemente de los cabellos:—«Eres una holgazana, me dijo, que para nada me sirves. Como mañana no me traigas el dinero suficiente para vivir toda una semana, te voy á echar al rio.»—«Si prometiera algo esta muchacha, le oí refunfuñar por lo bajo, no la castigaria; pero desgraciadamente es muy fea y ninguna utilidad podré sacar de ella, por mas que me

esfuerce; nada, nada, la mataremos á golpes; á mí no me conviene un mueble inútil.»—«Con efecto, asi lo hacia. Y como yo hasta la edad de doce años fuí una criatura raquítica y enfermiza, pronto consiguió que enfermara del pecho. No os podeis figurar, hermosa Beatriz, hasta qué punto padecia cuando Simeona me obligaba á cantar: el pecho se me desgarraba de dolor, y un violento acceso de tos que en seguida me sobrevenia, inundaba mi boca de sangre y mis ojos de lágrimas. Con esto mi abuela se encolerizaba atrozmente, y so pretesto de acudir en mi socorro, me pellizcaba hasta hacer brotar sangre de mi mutilado cuerpo.—Oh, Dios mio! dijo Piedad sollozando amargamente: qué infancia, qué infancia tan horrorasa dísteis á esta infeliz! Por qué no me arrancásteis de este mundo cuando aun era inocente y martir? O habeis decretado que siempre, siempre haya de padecer?»

Y volviéndose á la amante del infanzon del rey de Castilla, díjole con igual dulzura:—No sé, querida señora mia, cómo tenia fuerzas para sobrellevar el inhumano trato de mi abuela! no sé cómo mi pobre cuerpo resistia!—«Los vecinos se llegaron á enterar. Esto bastó para que del uno á otro estremo del barrio corriese el rumor de la ferocidad casi fabulosa de Simeona, y para que fuese esta el ludibrio de aquellas gentes. Todas, en lo general, la aborrecian; las madres asustaban á sus hijos con ella, y los muchachos se entretenian en apedrearla y en prodigarla los apodos mas ridículos. Y todo, todo por mi causa, segun ella decia:—«No vale mas, esclamaba furiosa, que mueras tú veinte veces, antes que yo pierda mi reposo y tranquilidad, y la buena reputacion que en este barrio de la ciudad tenia yo adquirida?»—Una mañana muy temprano que habia salido á misa, volvió á casa toda cubierta de sangre y lodo, desgarrados los vestidos, y la cabeza herida por dos ó tres partes. Varias mugeres y multitud de chicos de la vecindad, llevados del deseo de vengarme, se enredaron con ella á su sabor, y redujéronla á aquel lastimoso estado. Al entrar, dirigióse á

mí rugiendo de cólera, y díjome con una sonrisa diabólica:—«Sígueme.»—Creyendo yo que iríamos á trabajar como de ordinario, la seguí sin cuidado alguno. Atravesamos multitud de calles y plazas hasta salir fuera de la ciudad. Era un dia de invierno de los mas terribles: el rio, que se estendia á nuestra vista, se hallaba sumamente alborotado. Viendo que marchaba Simeona en direccion al puente, me atreví á preguntarle:—Adónde vamos, abuela?—«Sígueme, te he dicho,» contestóme de mal modo.—Llegamos por fin al puente. Mi abuela se detuvo á su entrada y se puso á contemplar, á lo que entendí por un momento, las aguas del entonces impetuoso Guadalquivir. Pero ¡oh! su intencion era otra! Yo me acerqué á ella: un pequeño movimiento que hizo para echar á andar otra vez, bastó para que yo cayese al agua.—«Favor, le oí decir, socorro! hija mia, Piedad!»—Toda la gente que allí habia acudió á los gritos de mi abuela para socorrerme. Era ya tarde; la corriente me arrastró con violencia. No sé quién me sacaria del rio, ni quién me conduciria á la casa de la infame Simeona. Pero lo que sí puedo asegurar es, que cuando volví en mi acuerdo, me encontré perfectamente bien arropada en un lecho que yo desconocia, y que era algo mas que cómodo. Tengo muy presente asimismo, que un hombre de venerable rostro y cabellos blancos como la nieve, pero tan perverso como Simeona, no se separaba ni un solo momento de la cabecera de mi cama. Mi abuela tambien estaba con él... A quién debia yo toda aquella comodidad y aquel inusitado esmero con que ambos me trataban. Hé aquí una cosa que no sé deciros, porque nunca llegué á averiguarla. Mi enfermedad fué penosísima. Pasaba la mayor parte del dia durmiendo; pero no era el mio ese sueño reposado y tranquilo de que tanto habia menester para recobrar mis abatidas fuerzas: era una especie de profundo letargo que embargaba completamente mis sentidos. Curada ya de aquella penosa modorra, seguí fingiéndola por espacio de algunos dias mas, á fin de poder oir con toda libertad las conversaciones que Simeona y Aben-Ahlamar tenian.»

—No se llama así, dijo doña Beatriz, uno de los médicos de su alteza.

—Es el mismo, amiga mia, el mismo que dijo un dia á mi abuela, despues de haber revisado un grueso volúmen de pergamino lleno de letras que esta le habia entregado:—«No lo dudes, Simeona, esa muchacha llegará á figurar notablemente.»

—«Qué lástima que sea tan fea!» repuso mi abuela con sentimiento.—«Oh! nada temas por ese lado, que yo te aseguro que dentro de cuatro años no la has de conocer. La caida al rio le ha servido de mucho bien.»—«Pobrecilla! pobrecilla!» esclamó mi abuela dirigiéndome, por la vez primera, una mirada amorosa.—Desde que el judío Aben-Ahlamar anunció mi porvenir, tan halagüeño para Simeona, me trató esta con la mayor dulzura. De iracunda, feroz y cruel, que conmigo habia sido siempre, convirtióse en cariñosa y espresiva. Bien es verdad que se iba realizando hasta cierto punto el pronóstico del sabio médico. En poco mas de un año, hubo en todo mi ser un cambio tan favorable, que mas de una vez mi creciente belleza arrancó esclamaciones de alegría á la decrépita Simeona.

—«Oh! cuánto gozaba yo en verme hermosa! y con qué gusto contaba y decia la buena-ventura! Dedicóse mi abuela á perfeccionarme en el baile, y con este nuevo ejercicio, ganaba mucho mas dinero del que necesitábamos para vivir holgadamente. Cuando me presentaba en público á ejecutar las obscenas danzas que mi odiosa abuela habíame enseñado, los frenéticos aplausos de la concurrencia venian á interrumpirme, y todos á porfia, nobles y plebeyos, ricos y pobres, se apresuraban á vaciar sus bolsillos en la falda de Simeona. Aquellos estrepitosos vivas de la multitud, y sus reiteradas demostraciones de aprecio, lisonjeando mi orgullo, hiciéronme olvidar mis desventuras pasadas, y mas de una vez en el fondo de mi alma agradecí á Simeona sus crueles tratamientos, solo porque á ellos atribuia mi nueva situacion, y ese fenómeno estraordinario que en mi raquítica naturaleza



Nada puedo deciros de mis padres, querida doña Beatriz!

acababa de obrarse. Hasta ese estremo nos lleva á nosotras las mujeres el deseo de agradar y parecer hermosas! Conoció mi abuela que era llegada la hora de comenzar á especular con mi singular hermosura, y vendióme por un puñado de monedas, no sé si de oro ó de plata, á un jóven que calzaba espuela de oro, como los caballeros, y que siempre se encontraba en el círculo de curiosos que constituian mi público. Sin embargo de llevar constantemente cubierto el rostro con la bisera del casco de su rica armadura de acero y plata, noté que era arrogante figura; y por último, no me desagradó el jóven. Al poco tiempo presentóse en nuestra casa. Yo estaba sola. Hablóme de su amor con apasionado lenguaje; ofrecióme riquezas y todo cuanto ambicionase; pero mi corazon se resistia á dar entera fé á las mentidas palabras de aquel hombre, que estaba muy lejos de estimarme. Yo rehusé con entereza todas sus ofertas; hice mas, le dije que aunque villana, sabia guardar mi honor y ser recatada. Cansado el mozo de inútiles ruegos, se decidió á lograr sus intentos á viva fuerza. Cogióme violentamente por la cintura; yo le rechacé indignada. Entonces comenzó una lucha horrible, lucha desigual en que hubiera salido vencida, á no tener la suerte de arrebatarle una daga que llevaba; mas en el mismo instante de levantar mi brazo para herirle, apareció Simeona, llenando al caballero de improperios y denuestos. Furioso este y asaz mohino, salió de casa, con ánimo de volver á los tres ó cuatro dias, habiendo mi abuela cambiado con él, á tiempo de marcharse, una mirada de inteligencia. Los desesperados esfuerzos que hube de hacer para librarme del desconocido, y las angustias propias de tan crítico trance, ocasionaron en mí una leve indisposicion, que se prolongó algun tiempo. Durante él, Simeona mostróse conmigo cuidadosa y solícita, haciéndome tomar de vez en cuando una bebida de un color parecido á naranja, que ella llamaba un refrigerante, y cuyo inmediato efecto era enervar completamente mis casi agotadas fuerzas. Puede nadie concebir tamaña infamia?...»

—Dios mio! esclamó doña Beatriz: esa misma bebida es la que me obliga á tomar dos ó tres veces cada dia!...

—Infame! dijo Piedad indignada.

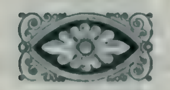
—Ved ahí, señora, por qué me encuentro tan débil siempre; por qué todo me causa susto, y por qué mis piernas flaquean con tanta frecuencia! Oh! socorredme por Dios, Piedad, no me abandoneis!

—Nada temais, amiga mia, nada absolutamente.

Doña Beatriz acercó sus labios á los de la gitana y estampó en ellos un beso que resonó en toda la estancia. Piedad continuó despues:

—«A los tres ó cuatro dias apareció de nuevo el desconocido, con el rostro cubierto como siempre. Yo dí un grito de espanto, é incliné la cabeza en la almohada... estaba desmayada. Simeona pidió á grandes voces favor al verle entrar. Todo era fingido... Cuando volví á mi razon... Oh! qué horror, Dios mio! era ya desgraciada para toda mi vida!!!...»

La nieta de la cómplice del judío Aben-Ahlamar lloró amarga y desconsoladamente.





CAPITULO XII.

Sigue Piedad contando sus cuitas.

Despues de lo que os acabo de referir, continuó Piedad, tuve una recaida tan terrible, que puso en grave peligro mi existencia. Oh, querida doña Beatriz! si entonces la muerte hubiese cortado el hilo de mis tristes dias, mártir é inocente como era, mi alma habria volado á la mansion de los justos!...»

Esto diciendo, se arrasaron en lágrimas los ojos de la gitana; quiso hablar, y su voz fué sofocada por los sollozos.

—Sosegaos, mi querida Piedad; una muger de tan bellos sentimientos como los vuestros, lleva siempre en su corazon el germen de la felicidad mas pura é inefable, por muchas que sean sus desgracias.

—Oh! ya vereis como la Piedad de ahora no es la misma que estuvo á punto de morir, víctima del amargo pesar que devoraba su alma contemplando su honor torpemente mancillado!...

—Infeliz! os han hecho mala! dijo doña Beatriz con doloroso acento.

—«Dios, que sin duda me tenia reservada para nuevas y no menos costosas pruebas, quiso salvarme de mi aguda enfermedad, y en breve me encontré restablecida completamente, contra todas las esperanzas de los que me asistian. Al verme buena Simeona, me dijo un dia: —«Es necesario,

hija mia, que abandonemos cuanto antes á Sevilla, porque se ha hecho pública tu desgracia y somos señaladas en todas partes: huyamos presto de aqui, Piedad, y marchémonos á otro punto donde tengais el mismo partido que en este pueblo antes del fatal suceso que las dos deploramos.» — Efectivamente, á los pocos dias salimos de Sevilla y dimos principio á la vida errante y aventurera que los gitanos tienen. Dos años, poco mas ó menos, habian trascurrido, cuando hallándome una tarde en la plaza de Burgos en presencia de un numeroso concurso, se acercó á mí un caballero para que le dijese la buena-ventura. Iba perfectamente enterrado en un trage de guerra. Pero á pesar de eso, conocí en él al infante don Juan, tio de Fernando IV. Le referí lo mucho que padecia con Simeona, y ofreció arrancarme de su poder y labrar mi felicidad. Con efecto, aquella misma noche vino el judío Aben-Ahlamar á decirme que tenia órden de llevarme á Castrogeriz, donde á la sazon se hallaba la corte. Añadió tambien que no debia vacilar un momento, ni dejar pasar desapercibida la favorable coyuntura que la suerte me ofrecia. Yo, á decir verdad, deseaba ardientemente perder de vista á Simeona, y deseaba asimismo trocar mi vida por otra mas halagüeña y tranquila. Estos eran, querida doña Beatriz, mis mas constantes votos. Asi es que cedí á las instancias del judío, tan luego como este me aseguró que no solo sería feliz, sino que llegaria á ser rica y poderosa si sabia aprovecharme de la brillante ocasion que mi buena estrella me deparaba. — Huyamos, le dije, sin que mi abuela se aperciba de nada. Asi lo hicimos, llegando á Castrogeriz aquella misma noche. Nos hospedamos en una casa de suntuoso y magnífico aspecto, como que en ella moraban el rey y sus parientes cuando venian á la villa. No os podeis figurar, señora, los deliciosos dias que pasaba en palacio y el esmero y respeto con que el físico de Fernando IV me trataba. Qué era aquello? Qué significaban tantas deferencias y atenciones? Oh! todo iba encaminado á captarse la voluntad de la que algun dia debia ser la favorita del rey de Castilla! Los

trajes y muebles que Aben-Ahlamar puso á mi disposicion eran magníficos. Yo no sabia cómo estaba mas hermosa, si con la dalmática de pieles blancas, ó con solo la túnica de terciopelo recamada de oro. Entonces me hice soberbia, y arrebatada por los fantásticos sueños de mi exaltada imaginacion, me figuré ser reina, y en mi loco desvarío me propuse desdeñar á todo aquel que no fuese noble y cumplido caballero. Infeliz de mí! olvidaba por un momento mi vida pasada... olvidaba que mis padres pertenecian á una raza abyecta y despreciada... olvidaba que era gitana!»

—Gitana vos! esclamó doña Beatriz sorprendida y separándose maquinalmente de la antigua amante del conde de Haro.

—Sí, doña Beatriz, soy efectivamente gitana! pero ah! os causo horror por eso?

—No os aflijais, Piedad: qué culpa teneis vos? repuso la de Robledo con dulzura.

Y volviendo á enlazar sus manos con las de la gitana, le dijo:

—Seguid, seguid vuestra interesante historia.

—«Cuando llegamos á Castrogeriz, prosiguió la gitana, se hallaba el rey cazando. Yo deseaba conocerlo, porque me habian dicho que era jóven y hermoso. Las ventanas de mi aposento, como todas las pertenecientes al departamento en que Aben-Ahlamar vivia, daban al patio principal de palacio; por manera que, siempre que percibia algun ruido corria á asomarme por entre las celosías para ver si era el rey. Pronto tuve ocasion de satisfacer mi curiosidad de todo punto. Don Fernando vino del campo y se apeó en el patio, muy cerca del sitio en que yo me hallaba. Oh! qué hermoso me pareció! cuánto hubiera dado en aquel momento porque él me viese! Lo creereis? mas de una vez, alli mismo, deseé ser amada de don Fernando. Asi que el rey subió á sus habitaciones, me dirigí á la de Aben-Ahlamar, y recostándome en una banqueta que este alli tenia, dejé correr mi imaginacion en alas de sus plácidas ilusiones. El judío no me

habló ni una palabra: estaba trabajando con sus redomas y libracos. A poco de estar yo allí presentóse el infante don Juan y habló con Juffep en árabe. No sé de qué tratarian; pero tan luego como se marchó el ministro del rey, derramó el judió en el horno una gota de un líquido que á la sazon confeccionaba. Al instante toda la habitacion se llenó de un humo tan denso que impedia respirar.—Qué es esto, Aben-Ahlamar? díjele asustada.—Perdona, me contestó; se ha derramado en el fuego un poco del agua que contiene este frasco...—Me ahogo; aire, aire, por Dios! esclamé casi asfixiada. El nigromántico abrió una ventana frontera al lugar que yo ocupaba, y descorrió la celosía. Me habia quedado medio aletargada. Cuando abrí los ojos se habia disipado completamente el humo, y la ventana estaba cerrada. Aben-Ahlamar se acercó á mí, diciéndome con interés:—Te has aliviado?—Sí, gracias al aire.—Pues en ese caso, repuso interrumpiéndome, toma el laud y cántame una cosa bonita, sentimental. Yo obedecí maquinalmente. Pulsé el laud y canté un romance que era mi predilecto, porque su asunto triste y patético estaba en perfecta armonía con mis anteriores desventuras. Nunca lo hice mejor. Noté que los ojos de Aben-Ahlamar brillan de alegría. Al dia siguiente muy de mañana entró el judío en mi cuarto y me dijo:—El rey, querida mia, ha quedado prendado de tu hermosura y de tu voz. Anoche, cuando abrí la ventana para que se ventilase la habitacion donde nos hallábamos, te vió su alteza. Hoy ha manifestado deseos de hablarte; quieres recibirlo?—Sí, contesté, sin poder ocultar mi satisfaccion.»

Piedad llevóse las manos á su alterado rostro, y esclamó vertiendo abundantes lágrimas:

—Dejad, doña Beatriz, que llore, dejad que desahogue un poco mi corazon antes de referiros mis nuevos infortunios!...

Un poco mas tranquila la gitana, continuó su historia de esta suerte:

—«Aquel mismo dia, señora, vino á verme don Fernan-

do; y aquel mismo dia fuí ya la favorita del jóven rey de Castilla... Un instante llegué á creer que le amaba, pero nunca sucedió asi, sin duda para que fuese yo mas culpable!...»

—Y él os amaba? preguntó Beatriz.

—Oh! sí, él me amaba frenéticamente: jamás se separaba de mi lado, y dejaba que gobernasen el reino, por un lado su tio y el conde de Lara, y por otro la reina doña María Alfonsa. Qué le importaban á él los negocios políticos, poseyendo el amor de su Piedad? A pesar de mi poca inclinacion al rey, hubiera sentido en el alma dejar de ser su favorita... por eso le prodigaba mentidas caricias... por eso... Oh! qué horror! No es verdad, doña Beatriz, no es verdad que soy mala por instinto? Si yo fuese la Piedad de Sevilla, aunque deshonrada, no mereceria vuestra amistad? Hoy, señora, solo merezco vuestro desprecio.

—Calmaos, Piedad, calmaos, repuso doña Beatriz conmovida: sois en estremo desgraciada, esto me basta para estimaros.

—Bendita seais! esclamó Piedad. No sabeis cuán dulce consuelo llevan vuestras palabras á mi afligida alma! Obedeciendo á los impulsos de vuestro compasivo corazon, procurais dulcificar mis penas, en vez de echarme en cara mis gravísimas faltas. Oh! el cielo os pague el bien que me haceis! Ahora vais á conocer la época mas feliz y al mismo tiempo la mas azarosa de toda mi vida.

—«Tres meses escasos fuí la dama del jóven rey Fernando. Al cabo de este tiempo contrajo matrimonio mi regio amante con la hija de los reyes de Portugal. En las fiestas que se hicieron en la corte con motivo del enlace, conocí á un jóven bello y arrogante que llamaba la atencion de todos. Las mujeres de mas alta alcurnia le daban en público claras pruebas de predileccion y afecto. Los hombres todos le trataben como al primogénito de los poderosos condes de Haro. Era don Lope, señora, que lo enviaba, sin duda, el infierno para que yo acabase de completar mi carrera de

placeres y prostitucion! No acierto á esplicar lo que sentí en mi alma cuando le vi por primera vez. En aquel mismo instante aborrecí al rey, porque el futuro conde de Haro, sin saberlo, y sin poderlo yo evitar, se hizo dueño absoluto de mi corazon y de mi cariño... Tuvo ocasion de tratarme á poco tiempo de esto: hablóme de amor, de felicidad, de todo aquello que debia avivar mas y mas la frenética pasion que habia llegado á inspirarme. En una palabra, exigió de mí y consiguió fácilmente, que abandonara al rey y que huyese con él... Imaginaos, señora, mi afliccion, cuando supe que el hombre que amaba tan ciegamente, era el mismo á quien Simeona vendió mi honra y mi porvenir! Bien pronto mis amargos recuerdos se disiparon con la dulce idea de que iba á ser madre. Sí, señora, el cielo me dió un hijo, y mi felicidad no tuvo límites. Viví con el conde en buena armonía hasta que os conoció. Todos los dias me renovaba el juramento de que tan luego como muriese su padre, sería su esposa; y cuando elogiaba lo sublime de su abnegacion y le recordaba mi humilde nacimiento, contestábame con estas palabras: Oh! no importa, eres la madre de mi hijo. Hasta aqui, dulce amiga mia, la parte feliz de esta época de mi vida, hasta aqui la dicha y los placeres. Y cómo no ser asi estando cerca del objeto amado, oyendo continuamente su voz y recibiendo sus tiernas caricias? Ah! qué tiempos, qué tiempos tan ricos de ventura? Por muerte de don Diego de Haro, ocurrida en el sitio de Algeciras, se acercaba el momento de que yo, la pobre aventurera de Sevilla, la hija de la desgracia, llevase con don Lope los títulos que de su padre heredára. Infame! Asi que se vió dueño absoluto de todo, me despidió de su casa ignominiosamente, insultándome de la manera mas cruel é inhumana. Decíase que habia heredado con los bienes de su padre, la maldad y villanía de este. Oh, señora! cuál fué mi dolor al ver tal ingratitud! cuál mi desesperacion encontrándome sola, desvalida y sin el hijo de mis entrañas que el infame conde arrancó de mis brazos para que no tuviese el consuelo de llo-

rar con él mi desventura! Cuánto sufrí, Dios mio! En todo esto veia yo, querida doña Beatriz, la justa espiacion de mi conducta con el rey! No sabiendo qué hacer, ni qué partido tomar en tal conflicto, me encaminé á Burgos, desde Valladolid, donde hasta entonces el conde me habia tenido oculta con mi hijo, en busca del judío Aben-Ahlamar. Entonces supe por este la causa del súbito aborrecimiento del conde hácia mí. Entonces supe que una jóven tan pura como hermosa, gala de la corte de doña María Alfonsa, tenia loco de amor á mi cruel amante. Erais vos, señora; vos, que sin saberlo, y sin querer á don Lope, labrábais la desgracia de esta pobre mujer, que en su dolor juró vengarse de vos, como si fuéseis culpable. Por qué os vió el conde, señora! por qué sois tan hermosa! Vacilé un momento en dar crédito á la narracion del judío, y solo ví en ella una fábula ingeniosamente urdida, para hacerme olvidar al conde, que era su principal conato. Pero tuve que convencerme de tan triste verdad luego que llegó á mi noticia vuestro rapto, y que ví un dia al conde penetrar en este calabozo, donde Aben-Ahlamar me dijo que os tenia sepultada. Oh! entonces juré vengarme de vos, porque con vuestra sin par belleza habíais hechizado al conde; y de él por infame y perjuro... Pero cómo hacerlo, señora, si vos éráis inocente y á él lo amaba tanto!... Sin embargo, era mujer, estaba celosa y habia sido herida de muerte. Yo necesitaba saciar mi venganza para tranquilizarme. Del conde me vengué presentándome encubierta en la corte y acusándole de raptor vuestro. De vos iba á hacerlo cuando entré aqui... pero me desarmó vuestra hermosura y candidez. Mirad, dijo Piedad sacando un pequeño pero agudo puñal, este acero lo traia para enterrarlo en vuestro pecho.»

—Y decidme, repuso doña Beatriz sin oir las últimas palabras de la gitana, quién sostuvo vuestra demanda?

—El caballero de Carvajal, que se halló presente.

—Don Juan!

—El mismo.

—Oh! referidmelo todo, señora.

Aquí Piedad contó á la de Robledo, sin omitir nada absolutamente, la escena que ya conoce el lector. Despues añadió con alegría y medio trastornada:

—Qué os parece, señora? Oh! ya me vengué de ese perjuro; pero qué venganza! Cuánto sufriria viéndose acusado á presencia del rey y de toda la corte, de una accion tan fea é inicua como la de vuestro rapto! Cuánto debió padecer, luego que el mismo monarca autorizó el reto provocado por vuestro valeroso amante! Necio! repuso la gitana casi fuera de sí; tiembla por haber ultrajado á la mujer que tanto te amaba! Tiembla por haberte complacido en desgarrar este corazon que era feliz con tu amor!—Venganza, doña Beatriz, venganza, aunque yo tenga que morir de dolor!

Doña Beatriz se separó horrorizada de Piedad. Esta dijo algo mas tranquila:

—Ah! señora, no me hagais caso, el dolor me trastorna el juicio, el dolor solamente me hace hablar así. Qué ratos tan amargos he pasado despues de acusar al conde! cuántos remordimientos y funestas imaginaciones me han asaltado! Figurábame á veces que el hijo de mis entrañas, despues de muerto en el combate el conde, vino á pedirme cuenta del que le habia dado el ser... Ah! vino á decirme que era yo el asesino de su padre!... Piedad, piedad, Dios mio!

—Sosegaos, querida, sosegaos y tened confianza en Dios, que todo lo puede; tranquilizaos y esperad, que tal vez don Lope conozca su yerro y dé cumplimiento á sus promesas.

—Consoladoras son en verdad vuestras palabras, doña Beatriz; pero he ofendido bastante á la magestad divina para que pueda lisonjearme con la risueña perspectiva de una vida sosegada y feliz que ciertamente no merezco.

—Oh! callad, Piedad, callad, y no desconfieis nunca de la Providencia! No teneis en mí una prueba bien clara de su infinita bondad y misericordia? Cuando yo me creia sola, desamparada y á merced de un hombre inicuo, no me de-

para á vos, que venís á sacarme de este infierno para volverme al lugar de donde tan cruelmente fuí arrancada? No veis en todo esto, querida amiga mia, la poderosa mano de la justicia divina?

—Oh! ciertamente.

—Pues entonces, por qué dudais?

—Teneis razon: esperaré y...

—Escuchadme, repuso doña Beatriz interrumpiendo á la gitana.

—Hablad, señora, hablad, que vuestras palabras son otras tantas gotas de benéfico bálsamo para mi enfermo corazon.

—Desearíais que no se efectuase el duelo que ha de tener lugar entre vuestro amante y el mio?

—Que si lo deseo, decís? daria la mitad de mi vida porque tal sucediese.

—Lo creo con tanta mas razon, cuanto que esa lucha funesta ha de ocasionar precisamente sangre y desgracias. Cuál será la víctima bien lo podeis colegir; porque en este género de combates, Piedad, tambien se ve clara y patentemente la mano de Dios.

—Ah! señora, y el conde, el padre de mi hijo...

—Por eso, repuso la de Robledo, es preciso que hagais cuanto de vos penda para que no se efectúe ese desafio, en el cual seguramente saldrá don Lope vencido, y por consiguiente muerto.

—Oh! qué horror, Dios mio!

—Vos habeis dado ese paso en un momento de ofuscacion, y por eso no reflexionásteis un instante sobre sus dolorosas consecuencias. Un solo medio hay de salvarlo...

—Decidlo, decidlo pronto, por Dios, esclamó Piedad impaciente.

—Es preciso que os retracteis de cuanto habeis dicho; de lo contrario todo está perdido...

—Oh! sí, sí, lo haré, aunque yo deba ser castigada por calumniadora! Pero y vos, señora, y el de Carvajal?

—Tranquilizaos en cuanto á nosotros. Yo os doy palabra de que mis labios nunca pronunciarán el nombre de mi raptor: á don Juan y á todo el mundo haré creer que no he conocido á los perpetradores de tamaño atentado. En fin, forjaré una relacion que en nada se parezca á la real y positiva, y de ese modo no se sabrá nada jamás.

—Oh! cuánta bondad! cuánta abnegacion!

—Y vos, querida amiga, no os esponeis terriblemente por sacarme de aqui?

—Sin embargo, señora, vuestro sacrificio escede con mucho al mio...

La gitana y doña Beatriz permanecieron largo rato calladas, sumergidas en hondas meditaciones. En la estancia reinaba el mas profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por largos y lastimosos ayes que lanzaba Piedad de su pecho. Su cerebro estaba embargado por multitud de ideas que unas tras otras se le agolpaban. En el mismo caso se hallaba doña Beatriz. Pero cuán diversas eran las imaginaciones de Piedad, de las de la amante del infanzon del rey! La primera, tenia por único patrimonio un porvenir nebuloso, y un presente de lágrimas y remordimientos. La segunda, por el contrario, todo lo veía risueño, placentero, todo henchido de felicidad y bienandanza: y cómo no ser así? A la horrible tempestad que habia bramado sobre su cabeza, debia suceder forzosamente una calma apacible. Este pensamiento no carecia de lógica; mas por desgracia el porvenir de doña Beatriz, estaba preñado de lágrimas, de luto y desesperacion. Pero no anticipemos los sucesos; ellos se irán desprendiendo de nuestra mal cortada pluma, á medida que el órden natural de las cosas lo requieran.

Un golpe dado con suavidad en la maciza puerta de hierro, sacó á la gitana de su letargo, y dijo á su amiga, disponiéndose á partir:

—Es la señal: no puedo permanecer con vos por mas tiempo.

—Cielos! esclamó doña Beatriz, pálida como un difunto:

vais á dejarme? no me llevareis con vos? Oh! qué sería entonces de mí!

—Tranquilizaos: todo cuanto os he ofrecido lo cumpliré; pero aguardad el momento oportuno; esperad un dia mas, amiga; y mientras tanto, estad tranquila. Yo os ofrezco, en nombre de Dios trino y uno, que nada, nada absolutamente os sucederá.

—Simeona, que se hallaba escuchando toda la conversacion de la gitana y doña Beatriz, sacó la cabeza de su escondite y se sonrió malignamente.

La de Robledo se arrojó en los brazos de Piedad, vertiendo copiosas y sentidas lágrimas.

—Oh! sí, no lo dudeis, repuso esta visiblemente conmovida.

A poco tiempo se separó de doña Beatriz y se dirigió á la puerta. Allí la esperaba el médico de Fernando IV.

Al llegar á la habitacion donde Aben-Ahlamar trabajaba, y que ya conoce el lector, dijo á este en tono de mal humor:

—Por qué me has llamado tan pronto?

—Porque he recibido aviso del conde, que viene al instante á hacer una visita...

—Don Lope?

—Eso es, el conde de Haro, repuso Juffep con socarronería.

—Pues el conde, señor mio, no entrará en la estancia de doña Beatriz.

—Quién se lo impedirá? replicó el alquimista con ironía.

—Vos.

—Yo! cuerpo de Cristo, y qué bromas tan pesadas tienes, querida. Sabes, repuso con malicia, que desde que eres la favorita del rey estás un poco altanera y...

Piedad se sonrió amargamente.

—Escuchad lo que teneis que hacer.

—Veamos.

—El objeto es impedir que don Lope vea á la de Robledo.

Por supuesto que esto tiene su término, como todas cosas; no es mas que por unos dias. Yo quedo en avisarte cuándo ha de cesar esta privacion. Para el efecto dirás al conde que está enferma, postrada en cama, débil, y que su presencia en el estado en que se encuentra la paciente sería fatal, de funestas consecuencias; en fin, tú lo arreglarás de modo...

—Antes me dejo matar que hacer lo que dices.

—Pues en ese caso te voy á proporcionar el honor de que mueras á manos del verdugo de su alteza. Hoy mismo sabrá este que tú, en union del conde, sois los autores del rapto de la dama de su madre, y de otras cosillas que te acreditan de ser un solemne bellaco.

Al mismo tiempo de proferir la gitana las anteriores palabras, pasó de sus manos á las del judío un puñado de monedas que este guardó con indecible placer en los bolsones de su hopalanda morada, diciendo:

—Cáspita! con que si no accedo, sabrá el rey...

—Hoy mismo.

—Oh! pues francamente, querida mia, no tengo ganas de mecerme, colgado por el pescuezo, en los árboles de la alameda. Con que asi...

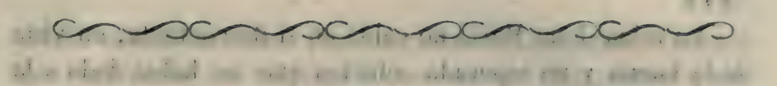
—Impedirás hasta que yo te avise que moleste el conde á la amante de Carvajal?

—Sí; no dudes que me aprovecharé de tus consejos.

—Ay de tí como yo sepa!...

—Te juro por el Dios de mis padres, que lo haré, aunque se oponga el demonio, mi mas íntimo amigo.

—Bien, bien, dijo la gitana subiendo al mismo tiempo las escaleras que conducian á su morada: yo no te perderé de vista ni un solo instante.



CAPITULO XIII.

En donde verá el lector que en el siglo XIV no sabian leer los caballeros.

El público del siglo XIV era tan novelero y amigo de novedades como el del XIX y como el de todas épocas y edades. La noticia del indulto concedido al infante don Juan y la devolucion de todos sus títulos y honores era asaz importante para que no se apoderase de ella y la comentase á su manera y antojo. Quién opinaba que la determinacion tomada por don Fernando era hija del mucho temor que este tenia á su tio, por el prestigio de que, á pesar de su maldad, gozaba entre sus conciudadanos: quién decia que el rey le habia movido á lástima la vida errante y azarosa que el proscripto llevaba; y los mas cuerdos juzgaban que todo era debido á los consejos de la muy prudente señora doña María Alfonsa de Molina. Lo cierto es, carísimos lectores mios, que el infante don Juan recibió con la mayor alegría la noticia de su perdon y la órden de trasladarse á Grijota con su amigo y compañero de ostracismo, el cronista y ex-mayordomo mayor de palacio don Juan Manuel. El deseo del hermano de Sancho IV era reunirse cuanto antes con el conde de Haro para llevar á cabo la proyectada venganza de ambos. Así es que, cumplió esta vez con puntualidad la órden que le dió el rey de que lo esperase á él y á su corte en Grijota para firmar los contratos. Allí veria tambien al amante de la gitana.

La reina doña María no cabia en sí de contenta, en vista de la buena y no esperada solucion que se habia dado á la cuestion del infante, su cuñado, y de su amigo el tambien virtuoso don Juan Manuel. Creia la madre de Fernando IV que ya Castilla gozaria de paz, y que su adorado hijo, no tendria nada que temer de los grandes, cosa muy posible, si no conociesen estos el carácter del rey y no se aprovechasen de las ocasiones, que rara vez desperdiciaban ya unos, ya otros, para escarnecerlo y negar su autoridad y mandato, siempre que el interés particular de cada uno lo exigia así. Sin embargo, las mayores turbulencias se concluyeron, y si no obtuvo Castilla una paz octaviana, cesaron por lo menos las pretensiones de los infantes de la Cerda.

Queria doña María que no se efectuase el combate provocado por el de Carvajal, para vengar á su futura, porque conocia bastante á fondo el carácter de don Lope, y sabia que si se llevaba á cabo el duelo y si salia vencido y por consiguiente culpable del delito que se le acusaba, dejaria preparada alguna venganza tan terrible como todas las que él disponia, alguna venganza que hiciese hasta vacilar el trono de don Fernando.—«Adios entonces para siempre, decia la reina, la paz tan codiciada! Adios entonces mis halagüeños deseos de ver á Castilla tranquila y á su rey seguro, querido y bendecido de sus pueblos!»—«Qué hacer en el caso de que don Juan Alonso Carvajal pida al rey que fije el dia del combate? Es preciso que este no se efectúe y que el amante de Beatriz desista de su empeño.»—«Ah, si yo pudiese convencerlo....»

Y doña María dió órden de que lo llamasen de su parte.

No faltaba mas para que se lograsen los justos fines de la reina madre, sino que don Juan le ofreciese no batirse con su odioso antagonista. Decimos esto, porque el rey, su hijo, le habia dado de antemano la halagüeña noticia de que si podia contentar al contrario del conde, no se llevaria á cabo el duelo tan ansiado por el de Carvajal como temido del conde de Haro.

Recordará el lector que doña Beatriz aconsejó á Piedad que para evitar las funestas consecuencias del combate dispuesto entre los dos amantes, dijese al rey que todo lo que habia dicho contra el conde habia sido inventado por ella para vengarse de los agravios que de él habia recibido. En efecto, así lo hizo la gitana. Y el rey se apresuró á poner en noticia de su madre que el combate no se celebraria, si ella podia contentar al amante de la de Robledo.

No le costó mucho trabajo á doña María el convencer á don Juan Alonso Carvajal de la necesidad de que desistiese del duelo con el conde, porque cuando se dá con un noble corazon y se ponen en juego sentimientos generosos, cuesta bien poco conseguir lo que se desea. Todo lo sacrificaba el de Carvajal por complacer á la segunda madre de su dama. Pero qué hacer si una mujer, una reina, le pide con lágrimas en los ojos que la felicidad de su hijo, el bienestar de su rey y señor depende de que él acceda á lo que le pide?

No obstante de asegurarle doña María que ella se encargaria de buscar á Beatriz, aunque se hallase en el centro de la tierra, salió don Juan mas muerto que vivo de la estancia de la de Molina.—Qué es lo que he hecho! decia: ofrecer no castigar al autor de las desgracias de mi amada? No vengarme del autor de todos los malos ratos que sufre? Oh! qué he hecho, Dios mio!

El amante de Beatriz vagaba por las galerías bajas del alcázar con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, sin saber adónde estaba ni qué direccion tomar. Su situacion en aquel momento no podia ser mas aflictiva.

Una persona cubierta de pies á cabeza que le habia seguido desde que salió de la habitacion de la reina viuda, se acercó á él y le dijo interrumpiéndole el paso:

—Os llamais don Juan Alonso Carvajal?

—No os conozco, repuso este con mal modo y continuando su marcha.

Pero la desconocida dió un brinco y se puso de nuevo delante de él.

—Poco cortés sois con las damas, caballero, le dijo la desconocida.

—Dama, habeis dicho? Ah! perdonad, iba distraido: qué me quereis?

—Una persona que se interesa por vuestra felicidad, y á quien no conoceis, me ha entregado para vos este billete.

—Una persona que se interesa por mí, y á quien no conozco, decís!

—Sin duda.

—Por Santa Polonia, esclamó don Juan riéndose mal su grado, que no he visto en los dias de mi vida cosa mas divertida ni estraordinaria que esta!... Pero dadme el billete, señora.

—Tomad, á condicion de que no habeis de faltar.

—Adicion es esa...

—Dios os guarde, caballero, repuso la desconocida echando á andar al mismo tiempo.

—Oh, señora, venid, venid, que os doy mi palabra de ir aunque sea al infierno.

—En ese caso, tomad.

—Pero no podríais decirme, hermosa desconocida, insistió don Juan sin coger el pergamino...

—No puedo, caballero, ya os lo he dicho... Y por Dios, que estais importuno en demasía.

—Perdonad, señora, perdonad, repuso el mancebo inclinándose.

La encubierta despidióse del de Carvajal con una leve inclinacion de cabeza despues de darle el escrito.

Este, así que se hubo marchado la desconocida, deslió con avidez el pergamino y lo devoró con la vista. Pero dándose una palmada en la frente esclamó con desesperacion:—Voto va! si no entiendo estos malditos garabatos, que solo una persona que tenga pacto con el demonio puede haber escrito!

Y don Juan miraba y estrujaba el escrito entre sus manos sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Acercóse al

fin, como inspirado, á una puerta que habia frente de él, y dió fuertemente con el nudillo de sus dedos en ella, al mismo tiempo que dijo:—Este, ya los entenderá.

Allí vivia el judío Aben-Ahlamar.

CAPITULO XIV.

Que no tiene epígrafe porque es continuacion del XIII.

Bien venido seais, señor, dijo Aben-Ahlamar conduciendo al caballero á su poltrona. En qué teneis que ocuparme?

—Tomad ese escrito, y decidme su contenido en lenguaje que entienda todo cristiano.

El nigromántico se sonrió y dijo al caballero, cogiendo el pergamino y leyéndolo con la mayor facilidad:—Atended:—Don Juan, si quereis complacer á una persona que bien os quiere, no falteis esta tarde á la arboleda que hay al pié del alcázar real.»—Ya estais servido, señor, repuso el judío devolviendo el pergamino á Carvajal.

—En verdad, repuso este sorprendido, que es raro todo cuanto hoy me pasa!

—Y pensais faltar!

—Oh! no, he dado mi palabra! Pero qué me decís de esto? qué opinais?

El judío se encogió de hombros.

—Ay, Aben-Ahlamar, qué cruel sois conmigo! dijo el jóven caballero con sentimiento.

—Cruel dices, señor! y por qué?

—Porque vos, que tan sabio sois y todo cuanto quereis saber lo veis escrito en el cielo, no me decís nada...

—Pára, pára ahí, señor, que si no te digo ahora el resultado de esa cita, es porque he llegado á dudar de mi ciencia, en vista de que la primera vez que me buscaste para que te dijese el paradero de tu dama, te engañé, porque yo tambien fuí engañado.

—En ese caso perdonad, y decidme si será ya hora de acudir al parage de la cita.

—Sí, don Juan, dirigios hácia allí, porque el sol se ocultará muy pronto.

—A Dios entonces, Aben-Ahlamar.

—El te acompañe, señor.

El noble infanzon del rey de Castilla dirigió sus pasos á la arboleda designada por la desconocida. Llegó al lugar de la cita á tiempo en que el sol desaparecia al través de un celage de nubes rojas y blancas, que reflejando en los vidrios del alcázar real, iluminaba de tal manera la pradera que parecia que toda ella estaba llena de luz artificial. Sentóse al pié de un corpulento y añoso árbol, cuyas ramas cuajadas de verdes y picadas hojas le ocultaban de la vista de cualquier curioso colocado en alguna de las eminencias que dominaban aquel sitió, y cantó, aunque sin laud, con dulce y sonora voz, varias trovas en las que el nombre de la de Robledo figuró mas de una vez.

En todo lo que llevamos escrito de esta verídica historia, no hemos hablado nada, querido lector, de la figura del amante de doña Beatriz. Pero ya que se presenta la ocasion de examinarlo con detenimiento, á campo raso, no queremos incurrir en esta falta, que ahora mas que nunca fuera imperdonable. Su rostro, segun nos dicen las crónicas, era ovalado y blanco; adornábale una barba y bigotes negros mas lustrosos que el mismo azabache; coronaba á su sedoso bigote una nariz de preciosa forma y unos ojos, que bien pudieran pasar por orientales, por reunir las circunstancias

de ser grandes y negros y hallarse ribeteados de una larga pestaña; su cabello, tambien negro, estaba dividido por una raya, que lo hacia caer en dos partes iguales sobre el cuello de su floreado ropon de rica tela de Persia, con vueltas de pieles de finísimo armiño. Tal era la figura de don Juan Alonso Carvajal.

La encubierta que le entregó el billete se apareció de repente por entre los árboles, y esperó oculta detras de uno de ellos á que don Juan acabase una trova que á la sazon cantaba, y en la que pintaba con la mayor poesía su amor á Beatriz.—Dichosa ella que tiene un hombre que tanto la ama! esclamó por lo bajo la desconocida. Y despues de enjugarse dos lágrimas rebeldes que se desprendieron de sus ojos, salió del escondite y dijo al de Carvajal:

—Puntual sois, caballero.

—Sois vos la que me ha citado? repuso este levantándose y saludando á la dama.

—Sí, yo soy.

—Y qué quereis de mí, señora?

—Yo de vos, nada: vuestra amante mucho.

—Cielos! dónde está?... decídmelo pronto, señora!

—Dónde está?... Seguidme y lo sabreis.

La desconocida dió algunos pasos, y separando una porcion de malezas y yerbas que se hallaban amontonadas, desapareció por un agujero practicado en la tierra.

Don Juan la siguió al instante.



CAPITULO XV.

En el que hay una escena que á unos gustará y á otros no.

Cumplió al pié de la letra la gitana Piedad la palabra dada á doña Beatriz de que el conde de Haro no volveria á inco- odarla. Con efecto, el judío dijo al conde, un dia que este sentó en su morada, que la amante de Carvajal se ha- un estado tal de decaimiento y languidez, que cualquiera impresion desagradable que tuviese podia ser de funestas consecuencias. Convencióse don Lope y respetó por entonces la situacion de su víctima, mas por interés suyo que de ella. Esta vez quedó Piedad muy contenta de Aben-Ahlamar.

Dijimos casi al final del capítulo XII de esta verdadera historia, que al ofrecer la gitana á su amiga Beatriz que en cuanto tuviese ocasion la libraria de su penoso cautiverio, Simeona, que habia oido toda la conversacion, sacó la cabeza de su escondite, sonriéndose malignamente. Pues bien; así que Piedad se separó del judío, presentóse la abuela de esta y le dijo, restregándose las manos de alegría:

—Grandes noticias, amigo mio, grandes como ellas solas!

—Habla y las sabre.

—Oh, oh, hablar... te parece á tí que no hay mas que hablar así?... Te parece bien que yo te diga todo lo que pasa sin mas ganancias que unas tristes gracias...

—Muy gordas serán esas noticias, interrumpió el judío, cuando andas con tantos preámbulos.

—Algo dieras por saberlas.

—Vamos, acabarás hoy?

—Cuánto me das y te lo digo todo?

—Qué te he de dar, bruja maldita! repuso Aben-Ahlamar encogiéndose de hombros.

—Oh! pues entonces yo me marcho con mi secreto... Pero te advierto, querido mio, que pierdes mas que ganas.

—Habla, habla pronto, si quieres.

—Cuánto me das? dijo Simeona implacable.

—Dí qué quieres, repuso el judío lleno de curiosidad.

—Poco, me contento con muy poco...

—Acaba.

—Pues en ese caso, dame los papeles que revelan el nacimiento de Piedad.

—Primero todo mi tesoro!

—Sí? pues teme la ira del conde de Haro.

—Mira, Simeona, dijo el judío asustado con las palabras de la vieja, te doy por ese secreto tantas monedas de plata como quepan en tus dos manos juntas.

—No quiero dinero: quiero lo que ya te he pedido.

—Te doblo la cantidad. Aceptas?

—No, repuso Simeona inexorable.

—Pues bien, guárdate tu secreto, que poco me debe importar á mí.

—Poco! pobre Aben-Ahlamar! yo si que doy poco por tu vida.

El judío palideció de miedo.

—Me los das? insistió Simeona.

—Y qué harás con ellos, si no sabes leer?

—Tenerlos en mi poder: no son de mi querida nieta?... repuso la vieja con malicia.

Juffep se acercó á un armario de madera negra que estaba cubierto con una cortina, y sacó de entre otros un voluminoso legajo de pergamino, lleno de gruesos caractéres.

—Toma y habla ya, dijo poniéndolo en manos de Simeona.

Esta le contó despues todo lo que habia oido á su nieta en el subterráneo, no olvidándose de la palabra que Piedad dió á doña Beatriz de sacarla cuanto antes le fuese posible de su prision.—De manera, añadió la vieja, que si conoce el camino subterráneo que hay desde la prision de la de Robledo hasta la arboleda que se estiende al pié del alcázar, estamos perdidos sin remedio.

—Sí, lo conoce; pero no temas. De todas suertes, el aviso es muy importante.

Cuando el de Carvajal salió de la estancia del judío, despues de haberle hecho leer el billete de que ya tienen noticia nuestros lectores, esclamó Juffep, dándose una palmada en la frente:—Cáspita! hoy es el dia que ha elegido Piedad para libertar á doña Beatriz. Oh, oh! no hay tiempo que perder!

Con efecto, Piedad era la misma que habia citado al de Carvajal: Piedad era la misma que fiel á su promesa, y deseando arrancar á Beatriz de manos del conde, habia penetrado por el agujero practicado en la tierra.

El ofrecimiento de la gitana sirvió para que Beatriz mejorase visiblemente. Desde que concibió la dulce idea de verse libre de su encierro, sus ojos tenian mas brillo, sus megillas llegaron á teñirse de un ligero carmin, y sus labios se desunian de vez en cuando para dejar escapar una sonrisa de placer. Oh! lo que es vivir con una esperanza lisonjera!

Sentada estaba la de Robledo, pensando en la felicidad que le aguardaba, cuando vió en la estancia dos personas que se habian aparecido como por encanto.

—Beatriz! esclamó el de Carvajal al ver su amante.

—Don Juan! repuso esta precipitándose en los brazos de su futuro.

—Y nada, nada hay para mí, doña Beatriz? dijo Piedad descubriéndose el rostro.

—Ah! perdonadme, mi buena amiga, contestó la amante de don Juan separándose de este y llenando de besos y caricias á la gitana.

Fueron tantas y tan espresivas las tiernas protestas de los dos amantes, que Piedad lloró conmovida.

—Oh! no es un sueño!... Eres tú verdaderamente? dijo la de Robledo tocando á su amante, como dudando de lo que veia.

—Sí, yo soy, angel mio! yo, que vengo á estrecharte veinte veces contra mi pecho... Yo, tu don Juan, idolatrada Beatriz; tu amante, que solo vive por tí y para tí!

—Ah! qué felicidad tan grande es amar y ser amada! esclamó la dama de doña María Alfonsa, llorando y riendo de alegría.

—Y dime, hermosa mia, qué te has hecho aquí sin tu amante? quién te ha traido?

Piedad miró á doña Beatriz, y le dijo en voz baja y suplicante:

—Callad, callad por Dios, amiga querida!

—Qué me he hecho sin vos, decís! Ah! llorar noche y dia, continuamente!... Pero ya que os veo, ya que estais aqui para no separaros jamás de mi lado, todo se ha concluido; no nos acordemos de lo pasado, no evoquemos recuerdos tristes y desoladores! Olvidemos, don Juan amado, olvidemos y perdonemos á un tiempo, no es verdad?

—Cuán buena eres, angel mio! esclamó el noble infanzon del rey, llevándose la diestra de Beatriz á sus labios.

Esta palideció de pronto. Su amante le dijo asustado:

—Qué teneis, amada mia, qué teneis!

Fuera de la estancia se oía ruido de pasos y espuelas.

—Huyamos! dijo Piedad mas pálida y temblorosa que Beatriz.

—Es ya tarde, repuso una voz bien conocida de la gitana.

Y penetró en la morada de la de Robledo un hombre desencajado de cólera.

Beatriz cayó desmayada al verlo. Piedad se apresuró á cubrirse el rostro. Don Juan, desenvainando su espada, esclamó furioso:

—Venganza, infame conde de Haro, venganza!

—Oh! repuso este loco de contento: me alegro encontraros, don Juan!

—Y yo á vos... pero defendeos, defendeos, voto al diablo!

—Perdonad, dijo el conde con la mayor calma; pero como vuestro hermano don Pedro me ha desafiado á muerte, y le he dado palabra de no batirme con nadie hasta que se efectúe el recto que con él tengo pendiente...

—Mi hermano, habeis dicho!

—Sí: vuestro hermano me dijo á poco de habernos desafiado delante del rey, que si salia con vida en vuestro desafio, me retaba á muerte; y como este no se ha efectuado, vuestro hermano don Pedro tiene el derecho de primacía.

—Defendeos, conde de Haro, defendeos, ó de lo contrario os asesino, dijo don Juan, ciego de cólera y sin hacer caso de las palabras de don Lope.

—Ya os he dicho que no puedo faltar á la palabra que á vuestro hermano tengo dada.

—Cobarde! esclamó el de Carbajal indignado.

—Cobarde! juro á Dios, señor hidalgüelo, que no me lo habeis de decir dos veces, repuso el conde, sacando de pronto su acero.

—Ah! teneos, teneos por Dios! esclamó la gitana poniéndose entre los dos enemigos.

Nada bastó. Las dos espadas se cruzaron con violencia.

Reñido fué, en verdad, el combate: en ambas partes habia serenidad y valor; los dos combatientes conocian bien el arma que manejaban. Pero fuese que la suerte favoreciese al de Carvajal, fuese que el conde se descuidara, la espada de don Juan se introdujo con la mayor sutileza en el pecho del señor de Santa Olalla.

El cuerpo de don Lope rodó un buen trecho por el pavimento, anegado en su propia sangre.



Cobarde! esclamó el de Carvajal indignado.



La gitana se precipitó sobre él, esclamando con doloroso acento:

—Don Lope! amor mio!... Ah! no responde... Maldicion! maldicion, don Juan!

Este cogió en brazos á doña Beatriz, que aun permanecia desmayada, y se internó con ella en el subterraneo por donde habia entrado.

CAPITULO XVI.

En el que verá el lector la conversacion de dos antiguos personages de nuestra historia.

Es una verdad inconcusa y asaz vulgar que el corazon humano jamas está contento con lo que posee. Esto sucedia á la reina madre, que despues de haber conseguido que no se efectuara el combate entre el conde de Haro y don Juan Alonso Carvajal; despues de conseguir tambien que el infante don Juan volviese á la gracia de su hijo, y de ver hasta cierto punto tranquilo el reino, y decimos hasta cierto punto, porque las turbulencias y guerras que hubo en Castilla durante el reinado de Fernando IV solo con la muerte de este tuvieron fin; á pesar, decimos, de todo lo que habia conseguido de su hijo la viuda de Sancho *el bravo,* no se hallaba todavía contenta. Pretendia ahora la reina que don Fernando concediese á la grandeza todo aquello que le pidiese, y con eso estaria á cubierto de enemigos tan podero-

sos como eran los grandes de aquella época. La política de doña María era en estremo conciliadora, y en otra época hubiera producido felices resultados para la corona; porque como conocia bien á fondo el carácter y las ideas de los señores feudales de aquellos tiempos, estaba convencida que el mejor medio de atraerlos á su partido era halagándolos con honores y títulos, y ampliar sus fueros y prerogativas. Pero por desgracia habia llegado la corte de Fernando IV á tal estado de corrupcion, que ya no servia la política de concesiones ni la de tolerancia. Disculpable era, pues, si doña María, aun despues de alcanzar de su hijo todo aquello que creía conveniente para la completa pacificacion de Castilla, no se hallaba todavía satisfecha, porque su leal corazon le presagiaba de contínuo males sin cuento, y sucesos á cual mas funestos. Así es que no descansaba ni un solo instante: en todas partes se encontraba, y siempre, siempre vigilando á su hijo, siempre sofocando sediciones y perdonando á los revoltosos, porque doña María se horrorizaba á la idea de derramar sangre. Ella tenia espías cerca del conde de Haro, del infante, y de aquellos que por su carácter revoltoso y por su conocida ambicion pudieran hacer desgraciado el reinado del hijo de sus entrañas.

Pero traslademónos á la habitacion de doña María y oigamos la conferencia de esta con su venerable confesor.

—No lo dudeis, señora, decia el anciano Abad de San Andrés; vuestra política no puede ser de ningun modo provechosa á nuestros fines. Y si no mirad al infante don Juan; ahi teneis una prueba bien clara de lo que os digo. Se le perdona la vida, se le devuelven sus títulos y bienes; y el rey, por último, lo recibe en su corte de la misma manera que pudiera hacerlo con el mas fiel y querido vasallo de sus reinos. Cuál ha sido, señora, el agradecimiento de tantos y tan repetidos favores? coligarse con el conde de Haro para....

—Oh! callad por Dios! no lo digais! qué horror! qué horror!...

—Bien; pero decidme, reina, por ese que acabais de nombrar, qué clase de política es la vuestra.

—Padre mio, evitar que se derrame sangre.

—Mal tenida es esa compasion, señora; porque redunda en perjuicio vuestro, del rey, y hasta de Castilla. Sí, sí, contemporizad, contemporizad con esos revoltosos, y vereis el pago que os dan. Haced caso de mí, doña María; delatad á todo aquel que falte á sus deberes, decid á vuestro hijo que su tio y el de Haro conspiran contra él, porque quieren ceñir á sus sienes la corona que don Fernando ha heredado de sus mayores, y caiga sobre el malvado y el criminal la mano de la justicia! Hacedlo, hacedlo así, y os vereis libre pronto de tantos infames y malos caballeros como cercan el trono del monarca castellano. Además, señora, que es contra todas las leyes de la conciencia, de la naturaleza y de la sociedad, dejar sin castigo al delincuente.

—De qué sirve, padre mio, que se castigue al conde y á todos los revoltosos que tanto nos inquietan, si despues quedan sus familias y sus deudos para vengarlos? Cuánto mas vale que frustremos todos sus proyectos, que sofoquemos como hasta aqui todas sus asonadas y motines? No lo dudeis, señor, llegará dia, viendo que sus mejores proyectos fracasan, que todo lo olvidarán y se dejarán de todo. Ahora bien, si desgraciadamente persisten, si continúan siendo hijos espúreos de la patria, oh! entonces se hará un ejemplar! Pero lo que es ahora temo, temo estraordinariamente las consecuencias de cualquier determinacion fuerte que se tomase.

—Bien, bien, señora; es tu voluntad, y lo es mia tambien aunque conozca lo contrario.

—Lo que os pido, padre mio, por todo lo mas sagrado del mundo, es que no perdais de vista ni un solo instante al conde de Haro, ahora que se halla bueno de su herida. Todo cuanto sepais de su proyecto de venganza venid á decírmelo para que obremos de consuno. Yo no perderé de

vista tampoco al infante y á los demas enemigos del rey. En mal hora naciste, pobre hijo mio! esclamó la reina arrasándosele los ojos en lágrimas. Por qué es tan desgraciado, Dios mio? por qué es tan poco querido de esos orgullosos grandes, cuando su alma es tan hermosa, su sonrisa tan dulce y su carácter tan amable? Está decretado, Señor, que mientras dure su peregrinacion en este valle de desgracias y lágrimas, ha de estar siempre amenazado?

—Tranquilizaos, reina, tranquilizaos, y tened confianza en Dios.

—Ah! padre mio, si se efectuase el pronóstico de los astrólogos, si doña Constanza diese á luz un varon, oh, entonces sí que descansaria! entonces sí que se ahogaria para siempre ese funesto deseo de reinar que abrigan la mayor parte de los revoltosos! Dadme este gusto, Dios mio!

—Creo que lo tendreis, doña María! porque Dios no consentirá que triunfe el malvado; y porque ya es tiempo de que la justicia divina levante el entredicho que sobre este desgraciado país lanzó en tiempo de vuestro suegro don Alfonso X.

—Siempre lo mismo! esclamó doña María con amargura.

—Mientras dure, señora, la maldicion que pesa sobre los reyes de Castilla, será este pais desgraciado, repuso el anciano con tono grave.

Y dando á besar el Abad su diestra á la reina, salió de la estancia.

CAPITULO XVII.

En el que verá el lector lo que hizo el conde de Haro así que se vió bueno.

Los gritos y esclamaciones de Piedad lamentando la muerte del conde de Haro, hicieron que Aben-Ahlamar, única persona que podia acudir en socorro de la gitana, bajase al subterráneo donde tuvo lugar el duelo entre don Lope y el de Carvajal. Cuál sería la sorpresa del judío al encontrar al famoso conde de Haro en aquella situacion, y solo en el subterráneo con Piedad, que no cesó de decir:

—Gran Dios de Abraham, qué es lo que veo!

—Maldicion! maldicion, don Juan! volvió á decir la gitana al ver al judío.

Pasóse el nigromántico una mano por los ojos como dudando de la realidad de lo que veía, y repitió al cabo de un rato, haciéndose cruces con ambas manos:

—Gran Dios de Abraham, qué es lo que veo!

—Sálvalo, Aben-Ahlamar, sálvalo! dijo la gitana medio frenética y procurando atajar con sus manos la sangre que de la herida salia á borbotones.

Juffep pulsó á don Lope y meneó la cabeza en señal de que ya era tarde. Pero como Dios es dueño absoluto de los hombres y dispone á su arbitrio de la vida de estos, dió un solemne mentís á la ciencia y sabiduría de Aben-Ahlamar.

El conde de Haro curó completamente y volvió luego de restablecido, á su vida de infamia.

Digamos ahora algo de lo que Piedad hizo con don Lope durante la enfermedad de este.

Aquella infeliz mujer, que cada dia le amaba con mas delirio, fué para el conde mas que una madre cariñosa. Ni un momento se apartó del lecho del que habia sido su amante, y con su mucho cuidado y esmero le tornó la vida. Pero este hombre, que aun en la agonía hablaba de sangre, se acordó, cuando bueno, de que la mujer que con su tierna solicitud le habia asistido, estaba señalada en el libro de sus venganzas. Piedad lo habia acusado y ultrajado á presencia del rey y de toda la corte: Piedad habia librado á doña Beatriz de su venganza: Piedad le habia quitado, durante la enfermedad, su hijo, el único ser á quien el conde de Haro amaba verdaderamente. Por consiguiente Piedad debia morir: al menos así lo creía don Lope.

—Pero no, decia con feroz alegría; sería para ella demasiada felicidad morir pronto... padecerá, padecerá un poco antes!

Y un dia que estaba sediento de sangre, se dirigió á la habitacion del judío, donde vivia Piedad con su hijo.

El conde penetró en la morada del sabio á la sazon en que este habia salido. Solo estaba la gitana, que le dijo con buen modo al verlo:

—Buscábais á Juffep, señor?

—No, que te busco á tí!... repuso don Lope cogiéndole con fuerza un brazo, y echando fuego por sus ojos de hiena.

—Ah! soltadme, soltadme, que me haceis daño!... yo no os he hecho mal...

—Dame, dame, mi hijo, villana! el hijo que me has quitado! dijo furioso el de Haro sin hacer caso de las esclamaciones de su antigua amante.

—Vuestro hijo!... vuestro hijo lo es mio tambien.

—Dámelo, dámelo pronto!

—Volvedme mi honra, perjuro! volvédmela, y entonces os daré vuestro hijo! repuso Piedad tan altiva y hermosa como la célebre Judit.

—Tiembla, miserable, tiembla! que ahora vas á pagarme la deuda que conmigo tienes! venganza! venganza! esclamó el conde, sacando su daga y haciéndola brillar en el aire.

—Misericordia, don Lope... misericordia para la madre de vuestro hijo! misericordia para la mujer que todavía os ama con el mayor delirio! Oh! misericordia, misericordia!

—Me amas aun, necia! repuso don Lope con sarcasmo; y para qué quiero yo tu amor?

—Sin embargo, señor, en otro tiempo...

—Mientes, villana, mientes!

—Infame!

El conde alzó de nuevo el brazo para herir á su amante. Esta esclamó, cayendo de rodillas:

—Ah! perdon!... perdon, noble conde de Haro!

—Dame mi hijo y te perdono.

—Matadme entonces, matadme; pero lo que es mi hijo no vuelve mas á vuestro poder.

El de Haro no contestó ni palabra. Dirigió su vista al horno donde Aben-Ahlamar hacia sus esperimentos químicos, y vió que estaba ardiendo. Sus ojos brillaron de alegría. Habia concebido una idea terrible.

—Me das mi hijo, Piedad? le dijo con mas dulzura.

—No, repuso esta con entereza.

El conde se acercó al hornillo y metió en el fuego las tenazas con que el judío movia el combustible. La gitana no comprendió el siniestro designio de don Lope.

—Dame mi hijo, insistió este.

—Tomad antes mi vida.

El hijo del último señor de Vizcaya cogió las tenazas, que ya estaban hechas un ascua por la punta, y se acercó á Piedad. Esta palideció de temor, y esclamó en actitud suplicante:

—Perdon!... perdon!...

—Vuélveme mi hijo.

—Ah! dejádmelo, señor; es el único consuelo que tengo en mi desgracia! sed compasivo con la que en algun tiempo amásteis! Conceded este favor á la que estuvo próxima á ser vuestra esposa!

—Ja, ja, ja: mi esposa tú! tú, miserable aventurera!

—Malvado!

—Por la última vez, me das mi hijo?

—No, aunque sepa que muero aqui mismo.

Don Lope acercó al rostro de la antigua amante la punta de las tenazar.

Aquel hierro candente señaló para siempre la tersa megilla de Piedad. Esta exhaló un agudo y doloroso grito, que hubiera infundido compasion á otro que no fuese el conde. Acto contínuo prorumpió en estas palabras:

—Venganza y odio eterno, infame don Lope! temblad, temblad ahora vos!...

El conde salió de la morada del judío, riéndose desdeñosamente.

La gitana lo aborreció desde aquel momento.



CAPITULO XVIII.

De como el lector, sin moverse de donde se halle, viene con nosotros á la antigua ciudad de Palencia.

Es fuerza, queridísimo lector, que nos traslademos á Palencia, adonde marchó el rey despues de los sucesos que dejamos ya descritos. Nada nos dice la historia del objeto de su alteza al dirigirse á dicho punto; pero sí nos cuenta que á poco de llegar á él, estuvo don Fernando á las puertas de la muerte.

El conde de Haro y el infante don Juan siguieron al rey; porque separado de su madre, les era mas fácil sacar el partido que quisiesen, y aun llevar á cabo su proyectada venganza. Pero la previsora doña María no se habia olvidado de que acompañase á su hijo el anciano Abad de San Andrés, con el encargo de no perder de vista ni un solo momento á los revoltosos y conspiradores, que esperaban á que el rey se separase de su madre un solo dia para poner en ejecucion sus proyectos.

Don Fernando desde su llegada á Palencia no dejaba de padecer físicamente; y aun llegó á tal punto la gravedad de su mal, que temieron muchos por su vida.

Multitud de caballeros y altos personajes, entre ellos el conde de Haro y el infante don Juan, hallábanse reunidos una mañana en un salon del palacio de Palencia, esperan-

do con avidez á que saliese de la cámara real un médico ó un fraile, únicas personas que cuidaban al rey, para, que les diesen noticias del estado de este. De vez en cuando se oían en la estancia donde estaba la grandeza los quejidos del paciente y las oraciones que los sacerdotes dirigian al Altísimo pidiendo la vida del hijo de doña María Alfonsa. Esta madre tierna y cariñosa ignoraba completamente la triste situacion en que su hijo se encontraba. Por eso permanecia en Burgos al cuidado de su dama, doña Beatriz de Robledo, que bien necesitaba de todo aquel particular esmero.

La puerta que daba entrada á la habitacion del rey abrióse lo suficiente para dejar paso á un hombre que conocemos, el cual dijo á los caballeros, aparentando contento y satisfaccion:

—Nobles caballeros, bendecid á Dios: el rey se ha salvado!

Don Juan y el conde de Haro se miraron asombrados.

—Hablad, hablad, dijeron todos con interés.

—La enfermedad que aquejaba á su alteza, repuso Aben-Ahlamar, ha hecho crisis. Su alteza duerme tranquilamente! Bendigamos á Dios!

Don Lope y su digno amigo se separaron del círculo que habia formado los cortesanos, para oir mejor al judío.

—Qué opinais de esto? dijo don Juan al conde.

—Cuerpo de tal! qué he de opinar, sino que todo se lo ha llevado la trampa? Vos os habeis quedado con esta mejoría sin la corona de Leon, y yo sin vengar á mis mayores.

—Ya os dije, repuso el infante, que era demasiado suave... Oh! si hubiese bebido el agua que os dí antes de salir de Burgos emigrado, ya estaria yo ungido y coronado rey, y vos suficientemente vengado.

—El caso es, dijo don Lope pensativo, que si se desperdicia esta ocasion... Nada, nada, ya está decidido.

Y el de Haro hizo seña al judío para que se acercara á ellos. Aben-Ahlamar obedeció al instante.

—Dime, eres capaz.

El conde calló, porque temia que alguien le escuchase.

—Es cierto que está mejor mi sobrino? preguntó el infante.

—Sí, cierto.

Entonces don Lope sacó de su escarcela un pomo de cristal lleno de agua clara, y dijo al judío con el mayor sigilo:

—Cien escudos de oro, si das á beber este agua á don Fernando.

Aben-Ahlamar abrió los ojos estraordinariamente. Creia ya tener el dinero en sus manos.

—Qué respondes?

—Que acepto.

—Nos dará ese chasco?

—Diablo! esclamó el judío llevándose el pomo á la nariz; el olor solamente...

—Oh! bien, bien! Te toca velar esta noche al rey?

—Sí.

—Ya sabes, cien escudos te ganas.

—Oh, oh! esclamó Julfep como soñando; cien escudos? cien escudos de oro!

La mejoría de don Fernando fué momentánea. A los dos dias de anunciarla Aben-Ahlamar á la grandeza, fué el rey deshauciado de nuevo por los médicos de cámara.

El anciano Abad de San Andrés vertió mas de una lágrima de sentimiento. Oigamos lo que decia á Mosen Diego Valera, médico cristiano:

—Ay, amigo, y qué desgracia tan grande! Qué será de su madre cuando sepa que el hijo por quien tanto ha padecido, el hijo que con tanto esmero guardara, desde que nació, ha muerto, y muerto lejos de ella! Qué será de este pobre pais! Infeliz Castilla, que otra vez vas á ser víctima de esa guerra de sucesion que va á conmoverte hasta en tus cimientos! de esa guerra que todo lo tala, todo lo destroza y aniquila! Y lo habeis de permitir, Dios mio? habeis de

permitir que triunfen esos hombres tan inicuos y malvados? Dadnos, Señor, una nueva prueba de tu justicia, y caiga sobre ellos tu mano omnipotente! Pero, decidme Mosen Diego, no hay ninguna esperanza? Su edad, su robustez no basta...

—Nada basta, padre mio, nada absolutamente, repuso el personage interpelado.

—Señor, tened piedad de nosotros! esclamó el sacerdote alzando las manos al cielo. Con que debemos perder toda esperanza, Mosen?

—Toda, señor, ya os lo he dicho. La enfermedad que aqueja al rey es incurable. Quereis saberla?

—Oh! sí, sí, al momento.

—Pues bien; el rey está envenenado.

—Santísima Vírgen del Romeral! qué es lo que escucho! esclamó el anciano sacerdote cruzando las manos: envenenado! envenenado! y por quién?

El sabio médico se encogió de hombros.

—Ah! salvadlo, Mosen Diego, salvadlo! Inventad un contra-veneno bastante eficaz... nada omitais, nada absolutamente! Oh! infames, infames asesinos!

—Ya os he dicho que todo es inútil! El veneno es de lo mas activo que he conocido, y ya hace tiempo que se lo han dado. Además, la naturaleza del paciente no resistiria la bebida que yo pudiese darle. Un contra-veneno en el estado en que se halla el rey no haria mas que acelerar su muerte.

—Sin embargo, Mosen Diego, hacedlo, y hacedlo pronto. No decís que no tiene remedio? pues hagamos un último y desesperado esfuerzo.

—Bien, bien, señor. Dentro de un momento tendreis aquí el contra-veneno. Yo me marcho inmediatamente á Burgos, porque la reina me necesita. Ya sabreis que está próxima á parir. Dadle de una vez toda la cantidad que yo os traiga. Pero tened entendido que si á la media hora de haber tomado mi medicina no se presenta un sudor copiosí-

simo y un sueño profundo; á poco, todo se habrá perdido: el rey morirá indefectiblemente á las tres ó cuatro horas.

—Oh! temblad, temblad, infame don Juan y conde de Haro, esclamó el confesor de doña María así que hubo salido el de Valera, temblad si el rey muere!

Desde que Aben-Ahlamar hizo tomar á don Fernando el veneno que recibiera de don Lope, padecia el rey de una manera cruel. Su poca edad y la robustez habian trabado con la muerte una lucha terrible, encarnizada. Pero era tal la fuerza del brevaje, que no pudiendo arrancarle la vida al instante, lo redujo al estado mas triste y deplorable.

La reducida habitacion de don Fernando hallábase herméticamente cerrada. La única luz que habia en ella, así de noche como de dia, era la que despedia una lámpara inamovible colocada sobre una mesa de piedra, en un ángulo de la estancia. La respiracion del rey era agitadísima, y sus quejidos sordos y lúgubres. Su rostro, antes tan hermoso, se habia desfigurado horriblemente; sus ojos estaban desencajados, sus facciones contraidas, y sus labios cárdenos y secos.

A la cabecera del lecho encontrábase constantemente un personage de rostro grave y lleno al mismo tiempo de mansedumbre, de mirada dulce y de sonrisa apacible. Cualquiera al verlo en aquellas tinieblas, y cerca de un lecho de agonía, diría que era un santo Patriarca enviado por el cielo para ahuyentar con su presencia al espíritu infernal cuando el rey de Castilla entregase á Dios su alma.

Don Fernando hizo un esfuerzo supremo para decir con voz casi apagada:

—Es posible, Dios mio, que un hombre pueda sufrir tanto! oh! compadeceos de mí, Señor!

El personage de la luenga cabellera pulsó al monarca, y murmuró con feroz alegría:

—Oh! esto marcha! ya apenas tiene pulso!

—Agua, agua, que me abraso! gritó con voz suplicante el hijo de doña María.

Aben-Ahlamar sacó el frasco que le diera el conde de Haro, y lo acercó á los labios del enfermo. Pero antes de que el rey sorbiese el poco líquido que aquel contenia, entró precipitadamente el anciano Abad, diciendo:
—Teneos, teneos, que aquí traigo una medicina preparada por Mosén Diego, y que calmará en algun tanto los dolores que sufre su alteza.
—Bien, repuso el judío, pero no le apagará como esta la sed que le devora.
—Oh! tambien quita la sed, tambien! Separad, separad pronto ese frasco de los labios del rey.
El judío obedeció, riéndose malignamente.
Entonces el anciano sacerdote se acercó al monarca y le hizo beber toda el agua que llevaba en un gran pomo de cristal. Despues se hincó de reditlas cerca del lecho y se puso á hacer oracion. Aben-Ahlamar examinaba con la mayor atencion todos los movimientos de don Fernando. Este, á la media hora escasa de haber tomado el brevaje presentado por el cancillen de su madre, comenzó á sudar copiosísimamente. El Abad esclamó lleno de alegría:
—Mirad, Aben-Ahlamar, mirad cómo suda el rey.
—Esa es precisamente nuestra desgracia, señor!
—Nuestra desgracia!
—Sin duda; porque ese sudor que tanto júbilo causa á vuestra reverencia, es el sudor de la muerte. Y sino, observad ese semblante... contemplad esa vista ya quebrada... y decidme si podremos concebir ni la mas remota esperanza.
El rey dejó de pronto de quejarse y de sudar. Habia quedado sin respiracion y sin pulso. Diríase ya que no existia.
El Abad continuaba orando.
—Cesad, padre mio, dijo el judío disimulando mal su gozo; cesad, que vuestras eshortaciones son ya inútiles. El rey acaba de espirar en este momento! Descansa en paz rey de Castilla! Séate la tierra ligera!

—Cielos!!! esclamó el sacerdote cayendo nuevamente de rodillas.

Aben-Ahlamar se apresuró á dar tan infausta noticia á la grandeza.

—Caballeros, dijo el judío al salir de la estancia mortuoria, rogad todos á Dios por vuestro rey y señor don Fernando IV.

A la mayor parte de los caballeros se les arrasaron los ojos en lágrimas.

El conde de Haro puso en manos de Aben-Ahlamar cien escudos de oro, y se creyó rey de Castilla.

CAPITULO XIX.

En el que se ve bien á las claras que Dios, cuando le place, hace milagros.

Doña Beatriz no arribaba, sin embargo de encontrarse en el mismo lugar donde, antes de lo ocurrido con el famoso conde de Haro, era tan feliz. A pesar de estar al lado de la reina doña María, á quien queria como una madre, á pesar de hallarse cerca del hombre que amaba con delirio, era su palidez cada dia mayor, su tristeza cada vez mas creciente y su mirada menos alegre. Qué pasaba en el corazon de aquella pobre niña? Ella misma no sabia darse cuenta. A doña Beatriz le sucedia lo que á la flor que muerde su tallo un insecto venenoso. Habia padecido tanto, precisamente en la

edad de las impresiones! habia vertido tantas lágrimas y sufrido tantos dolores, que no era estraño que aquella débil flor se agostase insensiblemente.

Era una hermosa mañana de primavera. La reina doña María Alfonsa y su dama Beatriz de Robledo paseaban asidas del brazo por un jardin lleno de preciosas flores y corpulentos árboles pertenecientes al alcázar real.

El semblante de la reina madre estaba radiante de alegría. Sus ojos brillaban estraordinariamente: sus labios se entreabrian de vez en cuando para dejar salir una sonrisa de gracia. El rey estaba completamente bueno. Su hijo querido regresaba á Burgos, despues de haber estado á las puertas de la muerte. Pero Dios habia escuchado las plegarias del Santo Abad de San Andrés, y don Fernando tornó á la vida. No era este suficiente motivo de alegría para una madre tan tierna y cariñosa como la de Molina?

Una palidez, que se asemejaba mucho á la de la muerte, cubria por el contrario el rostro de Beatriz. Sus ojos estaban mústios, su nariz afilada, y sus dientes trasparentes. Apoyábase en la reina, porque sus piernas se negaban á veces á sostenerla, y su cabeza se desvanecia con frecuencia.

—Oh Dios mio, qué cansada estoy! dijo la jóven á doña María con voz espirituosa.

—Pues sentémonos aqui, querida mia; sentémonos y descansa, repuso la reina acercándose con la jóven á un banco de piedra que no muy distante de ellas habia.

—Oh! gracias, gracias! esclamó Beatriz cayendo como desplomada en el asiento. Ahora, hablemos, si os place, señora.

—Bueno, ocupémonos de la felicidad que te aguarda despues que estés buena.

—Oh! esa felicidad no la llegaré á alcanzar nunca!... repuso la jóven sonriéndose con amargura.

—Deliras, hija mia! con que no llegarás á unirte con tu amante, que cada dia está mas loco de amor por tí? Quién lo impedirá, Beatriz? Temes, acaso, todavía al conde de Ha-

ro? Oh! desecha, desecha, por Dios, esas imaginaciones, querida mia, y procura animarte!

—Ah! señora, yo estoy muy enferma!... Yo debo de vivir muy poco... muy poco... sí! Me siento tan mala, doña María!

—Desecha ese temor, hija mia: Mosen Diego, que tan sabio es, te curará como ha curado al rey. Y cuidado, que mi hijo ha estado punto menos que cadáver.

—Y está ya bueno?

—Oh, completamente! como que yo lo espero de un momento á otro en Burgos.

—Contadme, si gustais, pormenores de su enfermedad.

—De buen grado, hija mia. Me escribió mi confesor que el rey, despues de un sudor copiosísimo que tuvo á poco de deshauciarlo los médicos, quedó sin respiracion, sin pulso, y sin que nada en él indicase vida. Aben-Ahalamar lo dió por muerto. Con efecto, así lo creyeron todos; tanto, que hasta lo vistieron con el trage que habia de llevar á la tierra. Pero cuando estaban en esta operacion abrió los ojos, y esclamó con doloroso acento: «*Madre mia!*» —Hijo de mis entrañas! Cómo era posible que si yo hubiese sabido su estado no hubiera volado á morir con él de dolor! Pero, á Dios gracias, ha salido de esta. La mejoría iba creciendo por momentos. A los cinco dias de lo que os acabo de contar, estaba su alteza fuera de peligro.

—Milagro! milagro patente! no es verdad, señora?

—Oh! sí, es indudable! Milagro que pagaremos á la magestad divina con una solemne funcion en la Catedral, costeada por mí, y en la que se hallará mi hijo y toda la grandeza. Además, he escrito al arzobispo de Toledo para que dé orden se cante un *Te-deum* en todas las iglesias de estos reinos. Oh, todo es poco, muy poco para el inmenso bien que del cielo hemos recibido!

Doña Beatriz pidió permiso á la reina para retirarse. Se habia puesto peor y deseaba la soledad, porque la de Robledo, desde que se hallaba enferma, no queria hablar con

nadie. Los médicos habian prohibido que viese á su amante, temerosos de que una impresion fuerte hiciese perder en un momento todo lo ganado durante un mes de constantes desvelos y cuidados. Así es que doña Beatriz no veía á don Juan hacia mucho tiempo, ni don Juan á esta. Semejante situacion era en estremo terrible para unos amantes como aquellos. El jóven Carvajal se conformó al principio con aquella prohibicion, porque redundaba en bien de su amada. Pero considerando que se prolongaba demasiado, llegó á desesperarse y aun á sospechar si sería todo fingido. El enamorado caballero creyó en sus dudas que Beatriz ya no le amaba, ó que la reina madre se oponia al enlace concertado; enlace que doña María trataba de efectuar tan luego como su protegida se restableciese en algun tanto de las dolencias que le aquejaban. Lo cierto es, que para unos amantes tan tiernos y apasionados, era insoportable vivir cerca el uno del otro y no poder verse. A doña Beatriz la reducia esto á la desesperacion, y á don Juan le arrastraba á sospechar, como dijimos antes, cosas que realmente no existian.

El caballero de Carvajal pasaba todo el dia rondando el alcázar real, con la esperanza de ver á su amante asomada á alguna ventana ó rendija de este. Pero previendo esto doña María, colocó á su dama en un departamento que solo tenia vista al jardin, donde las hemos encontrado paseándose. La reina madre creyó que las flores alegrarían á su hija adoptiva, y serian parte á distraerla de su habitual melancolía; mas á pesar de todo doña Beatriz no arribaba, como dijimos al principio de este capítulo, y su estado era tan crítico, que si hubiese hablado ó visto á su amante forzosamente hubiera empeorado; y no viéndole, andaba triste y se iba marchitando lentamente aquella delicada existencia.

El rey así que se vió bueno trató de mover sus armas contra la morisma del reino de Granada. Para el efecto se dispuso un crecido ejército, y este emprendió la marcha inmediatamente hácia dicho punto. Los hermanos Carvajales iban en el ejército espedicionario como infanzones del rey de Castilla.

El momento de marchar se acercaba, y don Juan no queria salir de Burgos sin ver á su amante, sin estrechar acaso por la última vez su mano. El caballero se resolvió á pedir á Beatriz una cita. La de Robledo accedió gustosa, y quedó concertado que fuese en el jardin del alcázar.

La noche señalada por los amantes era sumamente apacible: era una de esas noches de primavera en que parece que la naturaleza se complace en ostentar todas sus galas, y en poner de manifiesto la suprema sabiduría de su autor. La luna enviaba su luz de plata; el ambiente era suave y embalsamado; y las plantas despedian deliciosos y aromáticos perfumes.

El jardin del alcázar real tenia tambien algo de poético y de grande. Formaban sus calles corpulentos y espesos árboles, que entretegiendo sus ramas en forma de bóveda, impedian que la luna penetrase por ellas: las flores de tallo flexible se mecian suavemente, impedidas por la leve brisa que soplaba por la parte de Poniente. El agua de las fuentes y cascadas corria haciendo un agradable murmurio. Por último, algun que otro ruiseñor que lloraba la pérdida de su consorte, completaba aquel cuadro encantador y poético.

Una mujer jóven y hermosa, pero pálida y abatida, deslizábase silenciosamente por una de las bellas calles de cipreses y lilas. Su paso era tardío, mas en cambio su impaciencia era grande. Llegó al pié del muro que circundaba el jardin, y recostándose en él, á falta de asiento, aguardó á que apareciese una persona en lo alto de la pared. Esta no hizo esperar mucho, pues al poco tiempo oyóse ruido de espuelas por la parte esterior del muro, y bien pronto los rayos de la luna hicieron brillar el acero de una armadura mas elegante que lujosa.

—Don Juan! dijo la jóven separándose de la pared.

El armado dejóse caer de lo alto del muro. Nada habia oido.

—Don Juan! volvió á decir la jóven con marcado temor y con voz desfallecida.

—Sí, yo soy, angel mio; yo, que nó puedo vivir sin verte!

—Ni yo... Pero oh! socorredme, socorredme!...

Don Juan se apresuró á sostener á su amante. Era ya tarde. La de Robledo dió consigo en tierra. Estaba desmayada.

Merced al agua que don Juan echó en el rostro á Beatriz, y merced tambien á la brisa que corria, volvió pronto en sí la dama de doña María Alfonsa.

—Beatriz! Beatriz! esclamó Carvajal loco de alegría. Ah! vuelves, vuelves!... Gracias, Dios mio, gracias por tanto bien como me haceis!

—Oh! yo no debí de acceder á vuestra cita, dijo la de Robledo reclinando su cabeza en el pecho de su amante; lo veis? me he matado, don Juan!...

—Calla, calla por Dios, ídolo mio! repuso este tomando con cariño una mano á su querida.

—Bien, os daré gusto. Pero tened entendido que yo nó seré vuestra!

—Nó serás mia! y por qué! quién lo impide? habla, habla pronto! acaso no me amas ya!...

Beatriz se sonrió con amargura.

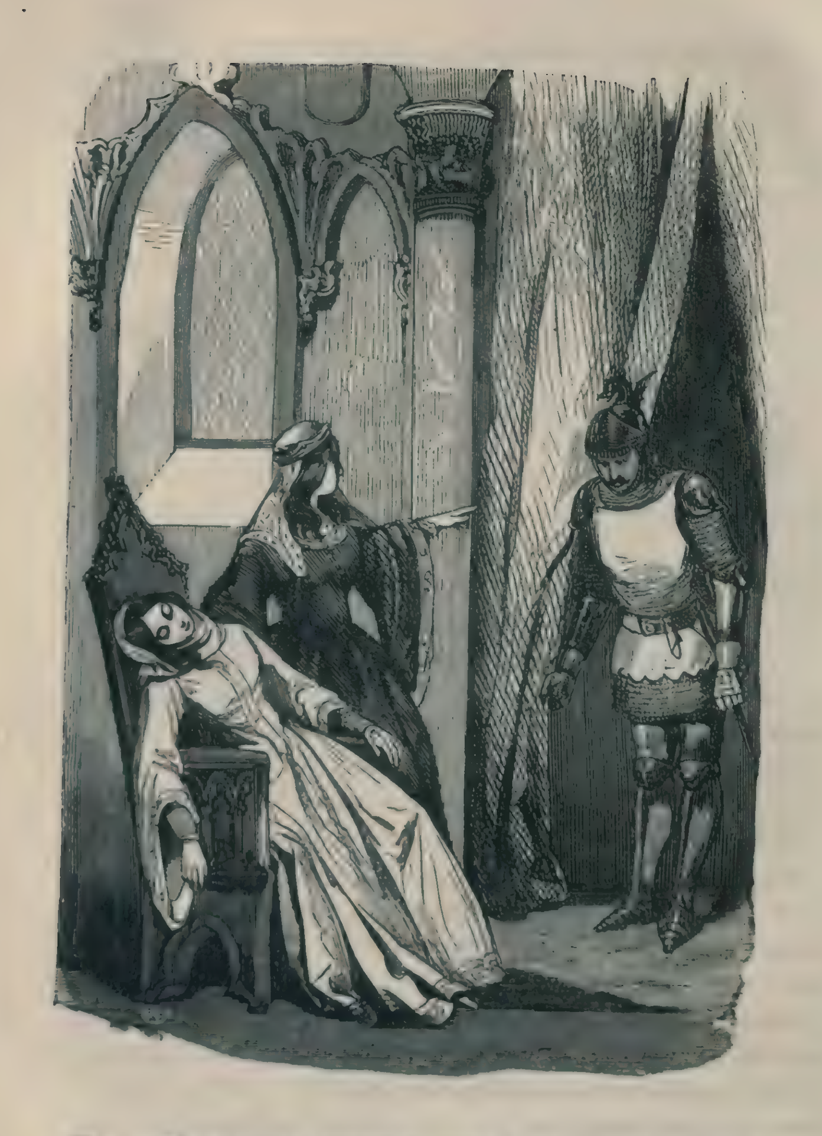
—No amarte, repuso, cuando tu amor es el que me sostiene! tu amor solo, dueño mio! Pero escúchame: yo estoy muy enferma... yo debo morir muy en breve...

—Oh! no digas tal cosa, porque me despedazas el corazon, Beatriz! Qué sería de mí si murieses? Oh! qué horror! no profieras otra vez palabras tan tristes y crueles! Piensa, piensa en la vida, angel mio; piensa en la felicidad que nos aguarda en este mundo! Oh! qué dichosos seremos cuando nos veamos unidos para siempre! Nó deseas tú tambien que llegue ese momento?

—Dichoso tú, que todo lo ves risueño y placentero!

—Y tú, cómo ves el porvenir?

—Oh! yo... creo que será esta la última vez que nos hablemos.



Bien, quedaos; pero os prevengo, que si vuelve en sí, vuestra presencia, podrá hacerla mucho mal.

—La última! Deliras? Oh Dios mio! volvedle, volvedle su razon!

—No os marcheis á la guerra que don Fernando va á hacer á los moros de Granada? repuso Beatriz fija en su idea.

—Sí; es mi deber.

—Y creeis que yo viviré hasta que volvais? Oh! mal entendido, mal entendido! yo no puedo vivir tanto!... imposible... imposible!... y separada de vos, mucho menos!

—Qué idea tan cruel te tiene preocupada!... Deséchala, deséchala por Cristo, si es que me amas!

—Si te amo! qué escucho, Dios eterno! Te imaginas, acaso, que el temor que yo tengo de perder la vida sea por mí? Oh! no, no lo creas! Si tiemblo, es por tí, por tí solamente!

—Ah! vive, vive... para amarme, angel mio!

Y don Juan acercó sus labios á los de Beatriz.

—Dejadme, dejadme! que padezco atrozmente!... vuestras caricias me hacen mal... Yo os amo, sí; os amo mucho, mucho!... pero dejadme, ah! dejadme! esclamó la de Robledo llevándose ambas manos á la boca.

—Sangre! dijo Carvajal admirado.

Doña Beatriz cayó desmayada otra vez en los brazos de su amante. De su boca salia un torrente de sangre. Su pecho hervia interiormente.

Don Juan condujo á Beatriz á la habitacion que ocupaba cerca del jardin, y depositó su preciosa carga en un cómodo lecho que en la estancia habia.

—Sobrado imprudente habeis estado, don Juan! esclamó doña María Alfonsa corriendo en socorro de su hija adoptiva. Vos, vos solo habeis acelerado su muerte.

—Ah!... señora...

—No os disculpeis, porque todo lo he oido y visto. Hacedme el favor de dejarme sola con ella.

—Arrancadme antes el corazon, señora! esclamó el jóven implorando á la reina.

—Bien; quedaos; pero os prevengo que si vuelve en sí,

vuestra presencia podrá hacerle mucho mal. Haced ahora lo que os plazca.

Don Juan dirigió una terrible mirada al lecho de su amante, y salió de la estancia dominado por un profundo y amargo pesar.

CAPITULO XX.

En el que se ve que Aben-Ahlamar el judío se vió en camino de ganar otros cien escudos de oro.

Asaz mohino y cabizbajo quedó el conde de Haro cuando tuvo noticia de que el rey habia sanado completamente. Bramó al principio de corage, y juró vengarse de Aben-Ahlamar, que con tanto descaro le habia engañado. Pero se tranquilizó á la idea de que si aquella vez no habia logrado sus intentos, otra ocasion se presentaria para realizarlos.

Supo don Lope que un caballero, de los muchos que estaban en palacio el dia en que él propuso al judío el envenenamiento del rey, habia escuchado toda la conversacion que tuvo con el nigromántico, y que por consiguiente poseía el secreto que tanto importaba guardar. Dicho caballero, llamado don Juan Alonso Benavides, noble de gran valía y muy estimado del rey, fué asesinado aquel mismo dia en el palacio real por mandado de don Lope. Con él murió el secreto que tuvo la imprudencia de sorprender.

Este suceso irritó de tal manera al hijo de doña María Alfonsa, que juró castigar al asesino qualquiera que fuese su

clase, aun cuando perteneciera á la mas encumbrada nobleza.

El de Haro hizo poco caso del juramento del rey, pero temia á la gitana; que deseosa de vengarse, no dejaría de acusarlo como matador del señor de Benavides. Porque desde que Piedad juró al conde odio eterno y venganza, cuantas acciones feas y asesinatos se cometian en la corte, otros tantos achacaba á su antiguo amante, que en su concepto era el único hombre capaz de llevar acabo tales maldades. El éxito, segun pensó el conde, y con razon, debia ser esta vez mas seguro por parte de Piedad, pues que tambien era muy distinta la posicion de esta. Cuando le acusó de raptor de doña Beatriz, era una mujer cualquiera, una desconocida que se presentaba al rey demandando justicia; mas ahora que se trataba de la favorita de un rey débil, de un rey que á nadie negaba nada, y mucho menos á su amada. Esta sabia positivamente por el avaro Juffep, que su ex-amante habia sido el asesino del señor de la casa de Benavides.

El rey y su amante hallábanse sentados uno en frente del otro, en la vivienda que la gitana tenia en el departamento perteneciente al judío.

Oigamos lo que Piedad decia á don Fernando.

—Quereis darme una nueva prueba de cariño, señor?

—Una nueva prueba! Pues qué, no estais todavía convencida de lo mucho que os amo?

—Sí, sí, lo estoy; no me cabe duda de que me amais tanto como yo deseaba; pero esta prueba... francamente, esta no es mas que de galantería.

—Vamos, hablad, qué quereis de mí?

—A vuestra noticia llegaria el asesinato que tuvó lugar en el palacio de Palencia...

—Oh! sí, sí; y esa muerte, cometida en el mejor hombre de mi corte, he jurado vengarla. Sabeis, acaso, el nombre del matador?

—En este momento, no; pero fácil me será averiguarlo.

—Fácil! oh! pues en ese caso, procurad saberlo pronto, y en ello me hareis un gran servicio.

—Descuidad, rey de Castilla; pero me dais vuestra palabra real de que sea quien fuere el asesino, habrá de sufrir la última pena?

—Te la doy, aunque pertenezca á mi misma familia.

—Lo jurais?

—Por Dios y su madre.

—Venganza y odio eterno, don Lope! murmuró la gitana por lo bajo.

Y alzando la voz, dijo á don Fernando:

—Bien, bien, señor; entonces firmad este pergamino. Yo os ofrezco que el nombre del asesino, que ahora está en blanco, lo vereis escrito dentro de pocos dias.

El pergamino que Piedad entregó al rey, y que este se apresuró á coger, decia: «El matador de don Juan Alonso Benavides, llamado .... sufrirá la última pena.»

El monarca estampó al pié el sello real.

Aquello solo bastaba entonces para que un hombre subiese al cadalso.

Aben-Ahlamar, que se hallaba escondido escuchando toda la conversacion, no daba en aquel momento ni un quilate por la vida del conde de Haro.

A poco de lo que acabamos de referir, salió el rey de la morada de su amante. Esta, como lo tenia de costumbre, fué á despedirlo hasta la puerta.

La sentencia de muerte de don Lope habia quedado en la poltrona que ocupó el rey. Aben-Ahlamar se apresuró á salir de su escondite para coger el pergamino; escondite practicado en la pared, y que tenia comunicacion con su cuarto.

—Oh, oh! esto, esclamó con sonrisa infernal, desenfadará al conde, y me valdrá, por lo menos, otros cien escudos! Gran negocio... gran negocio, á fé mia!

Piedad volvió á su aposento y esclamó llena de alegría al entrar:

—Conde de Haro, esta mujer á quien has ofendido tanto, esta mujer que está sellada por tu mano, y ultrajada por tu lengua, tiene á su disposicion tu vida! Oh! cómo gozaré cuando el verdugo muestre á la muchedumbre tu pálida y ensangrentada cabeza!... Oh, oh! qué placer! qué dulce es la venganza!... Pero qué digo, Dios mio! yo deliro! yo he estado ciega cuando he consentido que el rey firme la sentencia de muerte de don Lope... del padre de mi hijo! Ah! perdon! perdon!!!... Yo te perdono, conde de Haro!... vive, vive...

Y Piedad buscó el pergamino con intencion de hacerlo pedazos. Pero fué en vano, porque, como sabe el lector, habia ya desaparecido...

El momento de marchar el ejército espedicionario se acercaba, y los hermanos Carvajales debian marchar con el rey, como asimismo todos los caballeros y grandes que con sus mesnadas y tropas podian aumentar el ejército real.

Don Juan no cesaba de rondar el alcázar donde moraba su amante. Era terrible para el caballero marcharse sin ver á su amada, sin despedirse de ella, sin darle un á Dios, que acaso sería el postrero. Desde su entrevista con ella en el jardin, no habia vuelto á verla, ni aun á tener noticias del estado de su salud, para él tan importante. Así es que se decidió á penetrar en el alcázar, y si le era posible en la misma habitacion de su prometida. Llegó sin contratiempo alguno hasta la puerta de la morada de Beatriz. Don Juan se paró en el dintel un tanto indeciso, y dió un golpe con suavidad en la puerta.

—Quién sois? dijo una jóven apareciendo en el umbral.

—La reina... repuso Carvajal con timidez y valiéndose de este pretesto.

—No sé si la podreis ver, caballero; pero de todos modos, entrad.

Don Juan no se hizo de rogar. Penetró con resolucion en la estancia, y á poco que hubo andado se encontró con doña María y su confesor, que sentados cerca del lecho de su

amante mantenian con ella una agradable conversacion. Los ojos de Beatriz se animaron estraordinariamente, y sus mejillas se tiñeron de pronto de un ligero carmin.

—Caballero! dijo doña María sorprendida.

—Ah! perdonadme, gran reina, perdonadme! la amo tanto!... y luego, no hubiera sido demasiada crueldad el que me hubiese marchado á la guerra sin despedirme de ella, sin dar un triste á Dios á la que debia ser mi esposa?

—Lo será, lo será, Dios mediante.

—Y si en la guerra...

—Ah! callad, callad, don Juan! esclamó Beatriz palideciendo de horror...

La reina y su confesor se miraron á un mismo tiempo.

—Ah, señora, repuso don Juan comprendiendo la significacion de aquella mirada: con cuánto valor y gusto pelearia contra los enemigos de Dios, si fuese á la guerra siendo esposo de Beatriz! Con solo el nombre me contento, señora! consentid, y labrais mi eterna felicidad! Une tus votos á los mios, querida Beatriz, para que tengamos el placer de llamarnos esposos el poco tiempo que me resta de estar en Burgos. Padre mio, unidnos, unidnos para siempre!

Poco tiempo despues, el sol, que penetraba en la estancia por las ventanas que correspondian al jardin, iluminaba la escena mas interesante y patética. Doña Beatriz incorporada en el lecho y su amante arrodillado cerca de él, asidos fuertemente de la mano, escuchaban con religioso respeto las oraciones que el anciano Abad de San Andrés leía en un gran libro con relieves de plata. La reina doña María Alfonsa y la jóven que abriera al de Carvajal la puerta, arrodilladas tambien y con una vela en la mano, presenciaban el enlace de doña Beatriz de Robledo con don Juan Alonso Carvajal. Todos lloraban conmovidos.

—Hijos mios, sed felices, y que la bendicion del cielo caiga sobre vosotros! esclamó el confesor de la reina despues de terminada la ceremonia.

Esposa mia!!!

—Esposo mio!!!

Esclamaron á un tiempo los amantes abrazándose tiernamente.

La hora de marchar el ejército conquistador se acercaba. Así lo comprendió don Juan al escuchar el ruido de los pífanos y atambores y el piafar de los impacientes corceles.

—A Dios, adorada esposa mia; á Dios hasta la vuelta! dijo don Juan á Beatriz, estampando en los finos labios de esta un beso que resonó en toda la estancia.

—Velad, velad por él, Dios! esclamó la de Robledo alzando sus preciosos ojos al cielo, y cayendo despues desfallecida sobre la almohada.

Media hora despues salia de Burgos el ejército real con direccion á la provincia de Jaen.

Don Fernando y multitud de caballeros, entre ellos el conde de Haro y el infante don Juan, se detuvieron unos dias mas en Castilla.

CAPITULO XXI.

De como el conde de Haro no hizo lo que tenia intenciones de hacer.

Tan luego como el avaro Juffep bajó á su habitacion despues de escuchar la conversacion que Piedad con el rey tuvo, y de hacerse con la sentencia en blanco destinada para don Lope, se acercó á una de las ventanas del aposento, y desliando el pergamino con el mayor cuidado, lo leyó rápi-

damente. Sus facciones se contrajeron á impulso de una sonrisa de alegría y satisfaccion que asomó á sus labios: sus pequeños ojos brillaron de la misma manera espantosa que los del tigre cuando se va á arrojar sobre su presa para devorarla; y todo él, por último, sintió un estremecimiento involuntario de placer, que probaba bien á las claras en lo mucho que tenia Aben-Ahlamar el precioso documento que habia quitado á la amante de don Fernando.

Y con efecto, el perverso judío pensaba conseguir dos cosas para él, en estremo importantes, con la adquisicion que acababa de hacer de la manera inicua y repugnante que ya conoce el lector. La primera, y mas principal, tendia á ganar oro, mucho oro, tanto como podia valer en aquella época la vida de un personage de tanta importancia como el conde de Haro, y en caso de no ganar nada, conseguiria, con entregar la sentencia en blanco á don Lope, desenfadarle, librarle de una muerte afrentosa y humillante que deshonraria para siempre á su ilustre casa, y de que sus enemigos y contrarios se vanagloriasen en su derrota. Estas pruebas de adhesion y cariño no serian desatendidas del de Haro. No dejaria de apreciar don Lope toda la abnegacion y afecto que el judío le demostraba, afecto demasiadamente probado con solo entregarle la sentencia en blanco firmada por el rey, sentencia que mas de cuatro cortesanos de los de mas valía y prestigio hubieran deseado obtener á cualquier precio.

Pero Aben-Ahlamar tenia el suficiente talento para conocer que aquel documento dado al conde en tiempo y lugar oportuno sería magnificamente recompensado, y de ningun resultado favorable para él si no se aguardaba una ocasion oportuna. Así es que se decidió á guardarlo en el arcon que contenia su tesoro, porque para el judío representaba aquel documento un capital nominal en estremo considerable.

Apenas lo hubo guardado, apenas tiró del resorte para que desapareciera su querido arcon, cuando dieron con estrépito dos golpes en la puerta que daba á la galería. Aben-Ahlamar palideció de temor. Habia reconocido en el que lla-

maba al conde de Haro, y el conde de Haro vendria á pedirle cuenta sobre el repentino alivio y curacion del rey. En el concepto del conde, Aben-Ahlamar le habia infamemente engañado: lo que se debió á la voluntad del cielo y á la sabiduría de Mosen Diego de Valera, lo atribuía don Lope á engaño y perfidia por parte del nigromántico. Y aunque no se inquietó mucho, porque ya tendria otra ocasion de lograr sus intentos y deseos, no quiso dejar de amenazar ó castigar al judío para que con tan eficaz correctivo fuese otra vez mas fiel y exacto en sus promesas.

Aben-Ahlamar conocia el objeto de la visita del conde, y sus no muy buenas intenciones, y por eso palideció, por eso tardó en abrir, porque el infame judío era tan cobarde como malvado. Pero don Lope, impaciente y cansado de esperar, dió otros dos golpes que hicieron vacilar á la maciza puerta.

Y entonces el judío se dirigió á ella.

—Dormíais, don Bellaco? dijo el conde penetrando en la morada del nigromántico con aire altivo y socarron á la vez.

—Señor... repuso este inclinándose con humildad.

—Decidme, señor tunante, no os parece ya tiempo de que me deis cuenta acerca de...

—Acerca de qué, señor?

—Oh, oh!... el rey vive, señor mio, contestó el conde montando en cólera, el rey vive... y se os dió cien escudos de oro para que muriese. Qué teneis que decir á esto?

—No niego ni puedo negar, gran señor, repuso Juffep alzando la voz, que recibí de tu misma mano cien escudos para lo que dices, pero...

—Miserable!

—Oh! descuida, conde de Haro; aqui no hay miedo de que nos oigan.

—Pues bien, ya os he dicho que el rey vive: qué me contestais?

—Señor, yo hice cuanto estuvo de mi parte.

—Mientes, miserable!
—Te aseguro...
—Escuchadme, Aben-Ahlamar: si no me dais una contestacion clara, categórica, me veré en la dura necesidad de retorceros el pescuezo como á un villano.
—Tu grandeza puede hacer de este tu esclavo lo que mas te plazca y parezca; pero te convencerás si te enseño el frasco que contenia el veneno, que en la actualidad está casi vacío?
—No.
—Pues entonces te diré que no contamos con un inconveniente.
—Cuál era?
—Inconveniente que ha dado por resultado lo que sabes.
—Acaba, acaba pronto.
—Señor, no contamos con la sabiduría de Mosen Diego de Valera.
—No creo tenga que ver nada Mosen Diego con lo que nos ocupa.
—Mosen Diego, magnánimo señor, halló un magnífico antídoto para el mal que aquejaba al rey, que como sabes, provenia del veneno que yo le administraba en toda bebida y alimento.
—No sería bastante eficaz, contestó don Lope con horrible sangre fria.
—No? una gota por pequeña que sea, el olor solamente causa un daño atróz.
Y aquellos dos hombres, á cual mas perversos y sanguinarios, guardaron silencio por un momento. El conde reflexionaba, y el judío seguia con la vista todos los menores movimientos de don Lope.
—Quereis darme una prueba de que todavía puedo contar con vos? dijo el conde dando á su voz un tono menos acre que el que habia usado hasta entonces.
—Si te digo, señor, que puedes contar conmigo eternamente, como ya te he dicho varias veces, no me creerás,

pero mis hechos responderán á tu grandeza. Habla, si te place.

—Pues bien: sabreis, supongo mis antiguos amores con la que hoy es amante del rey?...

—Con Piedad, señor?

—Justamente!

—Los conozco, efectivamente, señor; y Piedad se queja de tí amargamente.

—Pues cómo sabes?...

—Muy facilmente. En las distintas veces que la he espiado por el secreto que tengo en su habitacion, secreto que tu grandeza conoce, la he visto loca, frenética, con el cabello esparcido en desorden por su espalda, los ojos desencajados y maldiciéndote unas veces y otras llamándote con loco arrebato: la infeliz te ama con delirio, á pesar de los ultrajes que de tí ha recibido. En mi concepto, señor, Piedad es digna de otro trato por parte de tu grandeza.

—Piedad, Aben-Ahlamar, es una mujer sin corazon, sin sentimientos, una prostituta hedionda, que merece el castigo que le he dado.

—Señor, Piedad es mas desgraciada que otra cosa,

—De cuándo acá os habeis vuelto tan humano y compasivo, señor bribon? Por Cristo, que si volveis otra vez á entrometeros en mis asuntos sin que yo os lo mande, lo vais á pasar mal, Aben-Ahlamar, muy mal.

—Señor, repuso el judío temblando de nuevo y separándose un poco del conde, me abstendré de hacerlo, á fin de no desagradarte. Pero escucha, y perdóname por esta vez. Ves esa mujer, á quien has maltratado y desprecias, la ves triste, abatida, y llena de amor hácia tí, aunque lo niega y procura disimularlo? pues de esa mujer, conde de Haro, recibirás algun dia palabras dulces y consoladoras, que cual otras tantas cosas de benéfico bálsamo caerán sobre tu ulcerado corazon. La buscarás lleno de esperanza, porque solo sus divinas palabras serán capaces de cerrar por un momento las llagas que...

—Basta de cuentos propios para niños y mujeres, Juffep.

—Lo crees un cuento! Pues bien, el tiempo lo dirá, conde de Haro. Mira que yo rara vez me suelo equivocar en mis pronósticos.

—Ni por esa lograreis embaucarme, querido pícaro. Vuelvo á mi asunto: —De los amores que con esa mujer tuve, resultó un hijo, un hijo que es mi dicha y mi esperanza... pues bien, ese niño lo tiene Piedad, y yo lo quiero poseer á toda costa, me entiendes? un tesoro inmenso pasará de mis arcas á las tuyas, y á mas de esto mi perdon y mi eterno agradecimiento. Sino consigues desenfadarme con esto, me responderás clara, categóricamente, á los cargos que anteriormente te he hecho. Aceptas.?

—Acepto sin vacilar, señor.

—Oh! bien, bien!

—Y despues que te entregue á tu hijo, te daré una cosa para tí mucho mas importante.

—Mas importante que la adquisicion de un hijo perdido!

—Mas todavía.

—Oh! veamos, veamos!...

—Perdona, pero obraria con muy poca prudencia si te lo dijera ahora. Conde de Haro, estamos en el alcázar de Burgos, y las paredes oyen para contárselo todo despues á doña María. El rey va á mover sus armas contra los moros de Granada; tú irás en el ejército con tu mesnada, y yo en calidad de físico de su alteza. Pues bien, en Martos ó en Jaen, donde ya no tendremos los enemigos que aqui nos cercan te doy mi palabra de dártelo, y aun de indicarte el uso que, en mi pobre entender, creo debes hacer de él.

—Me conformo..

Y el conde á poco de esto salió de la habitacion del perverso nigromántico, en estremo satisfecho de él.

Así que Aben-Ahlamar se vió libre de don Lope respiró con mas libertad y dió gracias al cielo por haberle librado de su ira.

Llegó despues al resorte practicado en la pared, y que

por una escalera de caracol se llegaba al departamento de Piedad, y así que hubo cerrado la trampilla por la parte de adentro, comenzó á subir los peldaños con paso firme y seguro. A poco oyó ruido en el aposento de la gitana y prestó atento oido. Pero Aben-Ahlamar necesitaba ver, y para el efecto sus ojillos de lince, pequeños y vivos, cual dos chispas, se vieron brillar por dos agujeros tan grandes como ellos, perfectamente hechos en el arabesco de la pared.

El judío ahogó un grito de alegría: habia visto lo que deseaba.

Piedad, la amante del rey, la infeliz víctima del conde de Haro, creyéndose sola, acariciaba con loco arrebato el hermoso rostro de un niño de dos á tres años, rubio, blanco y de ojos azules, que habia echado en un precioso lecho primorosamente adornado. Sus pequeñas y preciosas manos de cera jugaban sin cesar con los espesos y negros rizos de la gitana.

—Enrique, hijo mio! decia esta estampando en las delicadas facciones de la criatura multitud de besos que producian en la estancia un sonido agradable. Oh! cuán feliz soy! un hijo!...: un hijo que será mi dicha, un hijo que me recompensará con su cariño los amargos ratos que he sufrido y sufro... pero qué será de él. Dios mio? Qué porvenir le teneis reservado?... Qué será de esta pobre criatura, nacida en la desgracia y condenada á vivir en la oscuridad! En la oscuridad, sí; porque este ángel, esta parte de mi alma, debe ignorar siempre á quién debe su existencia! Oh! si llegara á saber algun dia... jamás, jamás, hijo querido, nunca, porque renegarias de tus padres y te maldecirás tú!... Oh! Señor, haced porque siempre lo ignore! socorredle, amparadle en su desgracia, que harto infortunado es con haber nacido... Pero no, mientras yo viva... Oh! quién se atreveria á ofender á mi hijo? nadie; oh! estoy segura, nadie!

De repente una idea repentina vino á llenarla de inquietud.

—Y si me lo quita ese malvado, indigno de ser su padre, esclamó asiéndolo fuertemente con ambas manos. Oh! entonces moriría de dolor... no tiene ese derecho, es mentira... soy su madre, y nadie podrá arrancármelo de mis brazos, nadie, ni el mismo Dios!... Oh! qué he dicho, Señor! blasfemo, perdon; vos sois el único, el único solamente, vos me lo dísteis, vos me lo podeis quitar. Pero cómo sufriria yo que pasase de mi regazo al vuestro? El alma se me despedazaria de dolor; perderlo para siempre! oh! qué terribles palabras!

Y Piedad volvió á besarlo y á estrecharlo contra su pecho. Enrique no jugaba ya con los hermosos rizos de Piedad: sus preciosas manos de nacar no se veían resaltar como antes sobre el negro azabache del cabello de la gitana; sus ojos se habian cerrado. Estaba dormido.

—Dormido! dijo Piedad; y cerrando con cuidado las ventanas, á fin de que la claridad no le molestase en su sueño infantil, desapareció de la estancia cerrando la puerta tras sí.

Entonces Aben-Ahlamar tocó al resorte, y la pared se abrió para dejarle paso. Y aquel hombre, alto, de barba larga y blanca, semblante cadavérico, que en medio de aquella oscuridad parecia el genio del mal, se acercó al lecho del infante y lo contempló largo rato. El niño hizo un movimiento, y Aben-Ahlamar antes que despertara lo cogió con cuidado, y envolviéndolo en su largo ropon morado, desapareció con él por el caracol que conducia á su habitacion.

La desesperacion de Piedad al notar la falta de su hijo no tuvo límites. En vano lo buscó por todas partes, en vano lo llamó multitud de veces; todo en vano, su hijo querido habia desaparecido. El cómo, lo ignoraba la infeliz. En su desesperacion sospechó del judío, del conde, de todo el mundo. Pero algo mas tranquila despues se convenció de que era imposible. Por dónde habian entrado aquellos hombres, si ella no se separó un solo instante de la puerta del cuarto donde su hijo dormia? Piedad pensó despues en el cielo, y cayendo desplomada sobre sus rodillas, esclamó con acento do-

lorido y desgarrador : — No cabe duda el Señor! he sido culpable, y hé aquí mi castigo! os he ofendido, y necesito llorar; pero llorar lágrimas de sangre para lavar mis culpas!... ese hijo no debí tenerlo, y me lo arrebatais!... Señor, Señor no cabe duda, llegó la hora de la espiacion!... se podrá negar tu existencia? Oh! imposible... misericordia, misericordia!...

Por disposicion de don Lope, el niño Enrique fué entregado á Simeona para que esta lo cuidase mientras duraba la campaña que don Fernando con tantas esperanzas iba á comenzar.

Pero en la segunda parte de esta crónica tendremos lugar de hablar larga y estensamente del hijo de Piedad y del conde de Haro.

CAPITULO XXII.

De como el infante don Juan dijo lo que no sentia, y mintió en lo que dijo.

Dice la crónica, y nosotros lo decimos tambien al final del capítulo XX, que don Fernando y multitud de caballeros se quedaron unos dias mas en Burgos, despues de marcharse el ejército espedicionario casi precipitadamente.

La causa que don Fernando tuviera para no marchar á la cabeza del ejército, y aun de no incorporarse á él en un gran tiempo, ni la sabemos, ni conviene á nuestro propósi-

to averiguarla. Pero sí los motivos que para esta misma detencion tuvo el conde de Haro y su digno amigo el infante don Juan. El primero no queria marchar á la guerra sin haber antes arrebatado á su antigua amante el hijo que del ilícito comercio que con ella tuvo resultara. Y el segundo, don Juan, no queria abandonar ni un solo momento á su amigo; no porque desconfiara de él, sino porque los dos habian combinado su plan para la campaña, y en él entraba el caminar juntos, el llegar al ejército á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo dar el golpe que preparado tenian. Golpe que desconcertaria al rey y á su ejército, que sembraria las discordias en la pobre Castilla, destinada á sufrir por cobijar en su seno á hombres tan inicuos y perversos como los que nos ocupan en este momento, y que les proporcionaba á ellos no solo un rico y abundante botin, sino el apetecido logro de sus deseos. De manera que tan luego como consiguió don Lope del judío Aben-Ahlamar, que quitase á Piedad el niño Enrique, tan luego como se lo entregó á Simeona para que cuidara de él hasta que volviese de la guerra, y tan luego como dejó arreglados todos los negocios que le habian retenido en Burgos, determinó incorporarse al ejército antes de verificarlo el rey, porque así convenia tambien á sus planes. El infante don Juan fué avisado de antemano por el conde, y cuando ya se disponian á marchar recibió don Juan un recado de la reina madre, en el que le suplicaba tuviera á bien verse con ella, pues necesitaba hablarle de cosas importantes.

—Qué me aconsejais, amigo mio? interrogó el infante á don Lope. Accedo, ó no, al deseo de doña María? qué os parece?

—Me parece que debeis ir.

—Y si por una casualidad es una emboscaba como la de Alfaro, en que cayó y perdió la vida don Lope de Haro, y en la que yo tambien estuve á pique de perder la mia? Oh! doña María es muy astuta, y ha aprendido de su marido, Sancho IV, la manera de cazar á sus enemigos, atra-

yéndolos con palabras tan halagüeñas como pérfidas y engañosas.

—Nada temais, don Juan.

—Oh, oh! yo no temo... pero y si me cogen? Creeis que Fernando VI se contentará, como su padre y mi hermano, con tenerme encerrado un poco de tiempo en el castillo de Curiel? Oh! os engañais! Fernando VI cree que para pacificar á Castilla necesita hacer unos cuantos ejemplares; y no lo dudeis, mi cuello y el hacha del verdugo quisiera verlos juntos por un momento.

—Deliras, amigo mio?

—Que si deliro! nunca he hablado con mas formalidad y cordura.

—Fernando VI derramar sangre! y no sabeis que se asusta al verla?

—Sin embargo, don Lope: el rey, mi sobrino, está en estremo irritado conmigo, y estoy seguro que espera solo una ocasion oportuna para librarse de mí.

—Pues bien, id á ver á doña María; yo os acompañaré, y aun estaré escondido en palacio: si veo que tardais me presento á la reina y os reclamo; y si tuviesen la cobardía de prenderos, aquí queda vuestro amigo el conde de Haro, que no solo sabrá libraros, sino que aun os vengará despues terriblemente. Qué decís?

—Digo que haré lo que me aconsejais.

Y aquellos dos hombres, tan iguales en sentimientos y en maldad, se dirigieron al alcázar real, armados de punta en blanco, como si asistieran á un duelo ó fueran á entrar en accion.

El conde se separó de don Juan en el patio del alcázar, y este penetró en la morada de la madre de Fernando IV.

Doña María esperaba con impaciencia al hermano de su difunto esposo. Así es que le dijo al verlo entrar:

—Ah! sois vos! necesito hablaros, don Juan: sentaos ahí, repuso, señalándole un sillon que habia cerca de ella.

—Señora, estoy enteramente á vuestra disposicion... pero antes de todo, cómo estais de salud?

—Oh! perfectamente, aun que no tengo motivos para ello.

—No teneis motivos, señora, para estar buena? Oh! sino temiera pareceros indiscreto, me atreveria á suplicaros me esplicáseis esas palabras.

—Siempre tan galante! Escuchadme, querido pariente: cómo estaríais vos si vuestro hijo, á quien adorais tanto como yo al rey, se viera amenazado, y...

—Amenazado! el rey de Castilla amenazado, señora, y por quién?

—Oh! por sus mismos súbditos, por sus mismos cortesanos, y aun pudiera decir que por sus mismos parientes.

El infante se mordió los labios.

—Sí, don Juan, continuó la viuda de Sancho IV, los cortesanos de mi hijo se rebelan contra él, tal vez porque el rey es demasiado bueno y complaciente con ellos; pero no le debe pesar, porque el que obra bien...

—Permitidme, señora, os advierta que vuestros recelos son esta vez infundados. El pais está completamente tranquilo, los grandes no solo respetan y acatan á vuestro hijo, nuestro señor y rey legítimo, sino que le quieren y estiman por las buenas y bellas cualidades de que está adornado; y los infantes de la Cerda han desistido completamente de sus pretensiones: con que ya ve tu grandeza que no hay motivo para esos temores. Y la prueba de ello está, en que el rey mueve ahora sus invencibles armas contra los moros de Granada. Si el rey, señora, tuviera el menor indicio de que se iba alterar el órden público, no emprenderia la campaña, pronta á comenzarse, campaña que le proporcionará no solo glorias y laureles, sino un floron mas para su corona.

—Cuán gratas me son vuestras palabras, querido pariente; pero no me pueden tranquilizar, porque me consta que se conspira sordamente contra mi hijo. Oh! Don Juan! qué

me importa que el pueblo y la mayor parte de la grandeza lo respeten y aun quieran, como habeis dicho, si hay un hombre que en union de otros de su clase ha jurado la muerte del rey mas bueno y bondadoso que ha tenido Castilla! Pero yo queria saber, Dios mio, qué le ha hecho mi hijo á ese hombre para que este le odie tanto! Oh! no lo sé... no lo sé!

—En ningun pecho hidalgo, señora, puede caber semejante infamia, dijo el infante hipócritamente.

—Oh! pues lo hay, infante don Juan, lo hay por mi desgracia!

—Y no encontrais ningun medio de frustrar esos proyectos tan descabellados?

—Sí, dos tengo, repuso la reina lívida de temor.

—Veamos.

—El primero consiste en hacer un ejemplar con esos revoltosos y malos caballeros...

—Caballeros, habeis dicho! dijo el infante interrumpiendo á doña María.

—Sí, caballeros, y caballeros de los mas principales de estos reinos. Si mi hijo, don Juan tuviera, la resolucion de su padre, si castigara al delincuente sin distincion de clases, como manda la ley, oh! de seguro sería querido, temido y respetado á un tiempo. Pero es tan demasiado bueno, que temo que esta escesiva bondad le sea perjudicial.

—Y el otro medio, señora?

—El otro es menos fácil; pero ni se derrama sangre, que es lo que hay que evitar á toda costa, ni se hace pública la maldad de esos hombres. Solo se reduce á vigilarlos de cerca, y hacerles fracasar todas sus combinaciones. Y si persisten en su loca idea, entonces no habrá remedio para ellos.

—Me parece mucho mas prudente lo segundo que lo primero.

—Bien, pues en ese caso cuento con vuestra cooperacion, don Juan. Vos conoceis á los revoltosos, vos sois tio carnal

de la víctima que quieren sacrificar, y vos por último sois infante de Castilla y debeis ser el primero en dar pruebas de sumision y respeto al monarca. Para esto os he llamado, y esto era lo que tenia que deciros. Qué me contestais? puedo contar con vuestra influencia y prestigio? os comprometeís á ayudarme en todo cuanto esté de vuestra parte para sofocar esa naciente rebelion, que si llega á estallar pondrá á vuestra patria y á vuestro rey en un gran peligro? Hablad claro y con franqueza; decidme terminantemente si Fernando IV tendrá en vos un aliado ó un enemigo.

Don Juan vaciló en responder; pero reflexionando que no le costaba ningun trabajo ofrecer lo que no cumpliria, contestó inclinándose respetuosamente:

—Aliado, señora, aliado siempre de todo lo justo y bueno...

—Bien, gracias, don Juan.

—Quereis decirme, si os place y no teneis inconveniente, el nombre del caballero que ha jurado la muerte de vuestro hijo?

—El hombre que conspira contra el rey, y que ha jurado su muerte, pertenece á una de las casas mas esclarecidas de Castilla y Leon; sangre real corre por sus venas, y tiene la necia presuncion de decir que en vez de descender él de reyes, los reyes descienden de su antigua y preclara casa.

—Basta, señora, basta. Ya sé quién es entonces, y me alegro como hay Dios, porque el conde de Lara tiene conmigo cierta cuenta pendiente... que desearia ventilar pronto. Sino lo he hecho antes, ha sido porque sabiendo que yo deseaba verme con él, le pareció conveniente marcharse á Portugal, y allí lo hacia yo todavía. Pero oh! celebro que haya venido! Pobre conde de Lara!...

—Engañado estais, don Juan; no es el conde de Lara el que me hace á mí temer por la vida de mi querido y desgraciado hijo; el conde de Lara hace ya mucho tiempo que está tranquilo.

—Ignoro entonces, señora...

—Qué no hay otra familia en la corte del rey de Castilla que tenga la misma ridícula pretension que los condes de Lara?

—No conozco á otra, señora.

—Oh, pues la hay, don Juan. Los condes de Haro...

—Don Lope!

—Sí.

—Oh! imposible, señora, imposible de todo punto: os han engañado, doña María; porque el conde de Haro quiere y respeta al rey, el conde es demasiado caballero para...

—Vos sí que estais engañado respecto á don Lope, porque él solo, y nadie mas que él, por su carácter revoltoso y perverso, sería capaz de concebir planes tan diabólicos é infernales. Sí, don Juan, no os quede la menor duda; pero lo que á mí me llama la atencion y no puedo averiguar por mas que hago, cuáles sean los motivos que contra mi hijo tenga para aborrecerle y perseguirle á muerte, como lo hace. Infame! y es ese hombre caballero? y es noble quien despues de jurar fé y obediencia á su rey, atenta contra la vida de este? No se os llena el pecho de indignacion al ver semejante proceder en un caballero? Oh Dios mio! por qué consentís que haya malvados? por qué no les castigais haciéndoles sufrir en la tierra los mismos dolores que ellos hacen padecer á sus víctimas? Y luego el conde de Haro mendigará una sonrisa tan solo del rey; y será el que primero le adule... hipócrita! Ya veis, querido pariente, que no hay momentos que perder. No dejeis de observar siempre á don Lope; en la guerra sed el amparo del rey, su protector; vos sois su pariente, es el hijo de vuestro hermano, don Juan y no solo cumplís con las leyes naturales, las leyes sagradas de la sangre, no solo librais á una madre del horroroso suplicio en que vive, sino que salvais tambien á vuestra patria del luto, del llanto y de la desolacion. Qué sería de este pobre pais si el rey llegara á faltar? Oh! reflexionadlo bien!...

vos sois el único que nos podeis librar de tantos males; el conde es amigo vuestro, y...

—Cesad por Dios, doña María! el mucho cariño que teneis hácia el rey, vuestro hijo, os hace abultar las cosas: vivid tranquila y descuidada. Don Fernando no tendrá nada que temer.

—Me lo asegurais?

—Os lo aseguro.

—Ah! bendito seais! con que sereis el guarda de vuestro sobrino? Con que lo apartareis de todo peligro que venga por parte de los enemigos que tiene en su misma corte? Ah don Juan! Y con qué os pagaré yo, pobre mujer, que no he hecho en toda mi vida mas que llorar y sufrir! Con qué ós pagaré, repito, tamaño bien, tan inmenso servicio? Oh! mi vida os diera si fuera necesario! Pero pedid, pedid cuanto querais, qué apeteceis? hablad; hablad, que nada os negaré; porque, qué os negará una madre á quien devolveis su hijo querido?

—No deseo mas, señora, que me permita tu alteza acercar mis labios á una de tus blancas y bellas manos.

La contestacion de doña María fué alargar su diestra al infante. Este se apresuró á besársela, pero de una manera galante y afectuosa.

—Ahora, señora, pido á tu alteza permiso para retirarme; porque mi trage os indicará que voy de marcha.

—Os vais á incorporar al ejército?

—Precisamente.

—Oh, pues entonces lo teneis; y el cielo, don Juan, os dé en la campaña tanta gloria como yo para mi hijo deseo! Sed afortunado, y no me echeis en olvido!... Escuchad, repuso la reina, ocurriéndosele una idea: si os parece bien y oportuno, decid al conde de Haro que yo estoy perfectamente instruida de sus proyectos, que si da un paso mas en la carrera descabellada y funesta que ha emprendido, una palabra, una sola palabra mia le hará subir al cadalso. Dios quiera que no tengamos que recurrir á semejante medio.

En fin, don Juan, vos con vuestra conocida prudencia...

—Descuida, reina, descuida.

—É inclinándose don Juan con respeto, salió de la estancia de su cuñada doña María Alfonsa de Molina.

—Al llegar al patio del alcázar se le acercó el conde de Haro, y le preguntó con la mayor curiosidad:

—Qué os ha sucedido? para qué os queria esa mujer?

—Don Lope, esa mujer, como vos decís, sabe mas que todos los hombres y mujeres juntos de Castilla. Esa mujer conoce perfectamente vuestro secreto, y esa mujer...

—Oh! tanto mejor, repuso el conde interrumpiendo á su amigo; tanto mejor, porque de ese modo verán que soy un enemigo legal que conspiro á cara descubierta.

—La reina me ha dicho que si no consigue con mi mediacion haceros variar de propósito, se verá en la dura é imprescindible necesidad de levantar un cadalso para el hijo del último señor de Vizcaya. Y lo hará don Lope, estad seguro de ello!

—Va! reíos de cuentos!... Vos, qué le contestásteis cuando os pidió vuestra cooperacion para hacer fracasar todos mis planes? porque supongo que doña María os llamaria para esto, y que si sabe que estais comprometido conmigo para ayudarme, no se daria por entendida de ello.

—Justamente.

—Pero bien, qué le contestásteis?

—Qué le habia de contestar, voto á sanes!

—Ah! comprendo! le diríais terminantemente que no; no es eso?

—Al contrario; le dí mi palabra de caballero, de vigilaros, de darle cuenta de todo cuanto hagais, y de librar al rey de vuestra venganza! qué os parece?

—Infante don Juan, sois un cobarde.

—Vive Cristo, conde de Haro, que ó no me conoceis como debiérais, ó dudais de mí! Qué queríais que hubiera hecho? Ofrecí á doña María cuanto deseaba; pero acaso se cumple todo lo que se ofrece?

—Ah! os reconozco ahora! perdonad, dijo don Lope alargando su diestra al infante; creí que un esceso de bondad os habia inducido á perdonar al hijo de doña María, á ese rey débil y de carácter irascible á un tiempo, que tanto os ha ultrajado, que tanto os ha perseguido, sin tener en cuenta que sois infante de Castilla, y como él de sangre real!

—Qué queríais que hubiera hecho, continuó don Juan, si me lo pedia una mujer, una reina suplicante? Mi intencion al principio fué contestarle agriamente y hacerle ver que si perseguiamos al rey, era para vengar justas afrentas; pero me contuve y dije lo que no tenia intenciones de haber dicho. Y ya veis si hemos ganado, porque vendiéndome por amigo suyo, sabré todo lo que piensa hacer acerca de vos. Don Lope, yo no me olvido de los ultrajes que se me hacen, ni de las palabras que doy, yendo estas acompañadas con las de «*venganza y amistad!*»

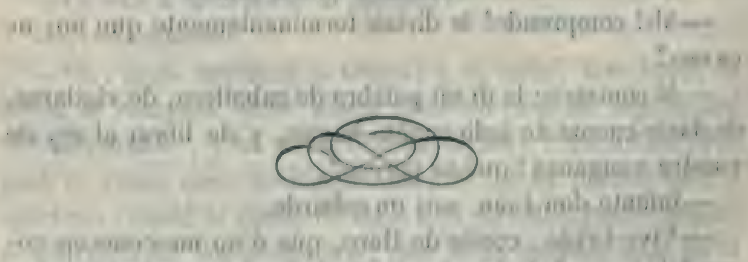
—Teneis razon, «*venganza y amistad!*» este fué nuestro juramento. Y lo cumpliremos, no es cierto?

—Oh! sí indudablemente.

Al acabar el infante las anteriores palabras, se asomó doña María á una de las ventanas que daban al patio, y vió á los dos amigos cogidos afectuosamente de las manos.

—La reina! esclamó el conde de Haro sorprendido.

—La reina! repitió don Juan confuso y separándose de don Lope.



CAPITULO XXIII.

De como el conde de Haro llenó el hueco que habia en su sentencia de muerte.

Corrió la nueva bien pronto, tanto en la corte como en el ejército, de que doña Beatriz y el de Carvajal se habian casado antes de salir de Burgos. Esta noticia, que el conde escuchó con bastante sangre fria, causóle tal impresion, que mas de una vez se le vió triste y taciturno. Don Lope no podia olvidar ni un solo momento á la mujer que con tanto delirio amaba, y la única que hubiera logrado, correspondiendo á su ardiente cariño, modificar los instintos feroces del hijo del último señor de Vizcaya. Pero ya todo se habia perdido, todo absolutamente. Solo restaba al conde la venganza, y muy pronto trató de satisfacerla plenamente el rival terrible de don Juan Alonso Carvajal.

El ejército llegó sin contratiempo alguno á la villa de Martos, uno de los pueblos mas importantes y ricos de la provincia de Jaen, y acampado en las afueras del pueblo esperó á don Fernando, que de Castilla venia á marchas dobles para reunirse á él y seguir la marcha hasta tierra de Granada.

Hacia dos dias que se hallaban las tropas en la villa aguardando al rey. Varias eran las versiones que corrian, y varias tambien las opiniones que sustentaban los caballeros

sobre si sería ó no don Fernando en aquella campaña el capitan de las tropas.

Multitud de caballeros y oficiales reunidos en la plaza de Martos oían con el mayor silencio al infante don Pedro, hermano del rey, y durante su ausencia gefe del ejército, que les decia:

—Las instrucciones, señores, que recibí de mi augusto hermano y señor antes de salir de Burgos, estaban reducidas á que si él tardaba mas del preciso tiempo en venir á reunirse con el ejército, continuásemos la marcha hasta Alcaudete, y sitiásemos esta plaza; de manera que mi determinacion está tomada. Mañana, á los primeros albores del dia, nos pondremos en camino con direccion á dicho pueblo, que Dios mediante pertenecerá pronto á la corona de Castilla. No podemos perder ni un solo instante, porque si los moros llegan á percibirse de que vamos sobre ellos, se aprestarán á recibirnos fortificando mas de lo que están sus fortalezas y castillos.

La órden dada por el infante de que á la mañana siguiente saldria el ejército con direccion al pueblo de Alcaudete corrió al momento por todo él como una chispa eléctrica. Los generales y oficiales, ansiosos de gloria y de nuevos laureles, se regocijaron mucho, sucediendo lo mismo á los soldados; pero la alegría de estos dimanaba de la esperanza de penetrar en algun pueblo morisco, por el saqueo y pillage que esta clase de acontecimientos lleva consigo.

A poco de haber pronunciado el infante don Pedro las palabras arriba escritas apareció en la plaza el judío Aben-Ahlamar, y se acercó al círculo que los caballeros habian formado cerca de su segundo general: Juffep acababa de llegar de la corte, y por esta razon podria decir en qué consistia la demora del rey. Así es que el judío se vió cercado de una porcion de caballeros que con vivo interés le decian:

—Está su alteza enfermo?

—No viene esta vez á mandarnos?

—Está ya en camino?

—Decid lo que sepais.

Pero el judío, sin contestar á ninguna de las infinitas preguntas que se le hacian, se abrió paso por entre aquella masa compacta de hombres, y se dirigió al punto donde se encontraba el hermano de don Fernando.

El infante don Pedro le dijo, saliéndole al encuentro.

—Vienes de la corte, Aben-Ahlamar?

—Sí, señor; en este momento acabo de llegar á Martos.

—Qué nuevas traes? Qué te ha dicho el rey para mí?

—Que le espere tu grandeza aquí, donde se encargará del mando del ejército. El rey llegará á la villa de hoy á mañana, á mas tardar.

—Esta noticia se divulgó con la misma velocidad que la primera.

El conde de Haro, que se hallaba tambien en aquella reunion, se acercó al judío, y le dijo, separándolo de allí:

—Dime, qué noticias traes de Burgos?

—Que el rey llegará muy pronto á esta villa.

—Poco me importa eso. Yo deseo saber...

—De Piedad?... Oh! grandes cosas!... muy grandes, magnánimo señor!...

—No me has comprendido, repuso el conde golpeando la tierra con el pié derecho.

—Esplícate, gran señor, habla mas claro.

—Beatriz... qué sabes de Beatriz? Es cierto que se ha casado? Es cierto cuanto se dice de ella.

—Todo, todo es cierto.

—Con que ya tengo que perder toda esperanza?

—No toda, señor...

—No toda? Pues qué, brujo de los demonios, crees tú que Beatriz me amará despues de casada con el hombre á quien tanto á querido y quiere?

—No, ciertamente, gran conde; pero si el muere, puedes tener alguna esperanza..

—Si él muere, Aben-Ahlamar, si él muere...

—Cosa muy fácil, y no nada estraña. No va á la guerra?

—Sí, va; pero y sino muere?

—Si no muere á manos de un moro, puede morir á manos de un cristiano. De todos modos, el resultado será que venga á morir en la guerra.

—Oh! sí, sí, que muera; ya que no es mia doña Beatriz, que no sea de él tampoco. De esta suerte me vengaré de los dos. La venganza es el único recurso que nos queda, no es verdad? Que muera, y Beatriz será mi esposa despues, quiera ó no quiera. Oh! la ocasion no puede ser mejor! En la guerra, como tú dices, puede uno ser asesino, sin pasar por tal. Oh! qué bueno fuera que muriesen á un mismo tiempo mi rival y el sobrino del matador de mi tio!

—Me permitís, señor, que te haga una pregunta?

—Habla.

—Sabe leer tu grandeza?

—Entiendo, entiendo tambien algo de letras; pero á qué viene esa pregunta?

—Toma y lee, dijo el judío sacando al mismo tiempo del bolsillo de su ropon un pergamino cuidadosamente doblado.

El conde de Haro lo hizo así.

—Y bien, dijo luego de haber leido el escrito de cabo á rabo.

—El claro que hay en esa sentencia lo iba á cubrir la gitana, vuestra antigua amante, con un nombre que conoceis bastante bien.

—Esplícate.

—Piedad deseaba vengarse de vos por lo que sabeis. Para el efecto, pidió al rey que firmase esa sentencia. Don Fernando, además de hacerlo como veis, le empeñó su palabra real de que el asesino del señor de Benavides sufriria irremisiblemente la última pena, aun cuando perteneciese á la clase mas elevada. La gitana se vengaba de vos completamente con solo escribir vuestro nombre en ese hueco. Esto bastaba para que subiese al cadalso el poderoso y preclaro

conde de Haro; pero afortunadamente yo me he podido hacer con ese documento, y estais libre. Y con esto, señor, te doy lo que te ofrecí antes de salir de Burgos. Recuerdas?

—Oh, Aben-Ahlamar! esclamó el conde alargando su diestra al judío con el mayor afecto; tu fidelidad y tus buenas prendas te hacen digno de una recompensa que yo ciertamente no te puedo dar, porque ni mis títulos, ni mis riquezas ni todo cuanto poseo es suficiente para pagarte el gran servicio que acabo de recibir de tí. Sin embargo, todo el dinero que tengo en mis arcas es tuyo. Cuenta con él; te lo dice el conde de Haro.

—Señor...

—Dijiste que el rey juró á Piedad castigar con la última pena al matador de su gentil-home el de Benavides!

—Con efecto, su alteza dió á la gitana su real palabra de que el que llevase el nombre escrito en esa sentencia sería decapitado por asesino.

—Oh! esto es magnífico. Te aumento á lo ofrecido cien escudos mas por la adquisicion de tan precioso documento...

—No os dije, señor conde, que lo que tenia que daros era de tanta importancia como la adquisicion de un hijo perdido?

—De tanta!... repuso don Lope como dudando: de tanta importancia, Aben-Ahlamar! Tú sabes lo que es un hijo?... Ah! no hay cosa mas divina!... Pero tienes razon, dijo despues de haber reflexionado un momento; tienes razon, porque bien mirado, no me va en ello la vida? Aben-Ahlamar, el conde de Haro sabrá pagar generosamente tanta fidelidad, tanta abnegacion.

—Basta, por Dios, señor; tus palabras me confunden... y, francamente, no me creo digno de tantas alabanzas; porque yo no he hecho mas que cumplir con mi deber. Tu esclavo supo que estabas amenazado, y...

—Cuándo llegará el rey á Martos? dijo don Lope interrumpiendo al judío.

—Tal vez hoy.

—A la media hora de estar aquí su alteza sabrá los nombres de los asesinos de su privado el de Benavides.

—Los nombres!...

—Sí, Aben-Ahlamar; fueron dos; pero de esto silencio eterno.

—Comprendo, señor, comprendo. Esa idea se me habia ocurrido á mí ya.

El conde se separó de su cómplice con el corazon henchido de alegría. Iba á vengarse, iba á sacrificar tal vez dentro de un momento á dos víctimas inocentes...

Don Fernando entró en Martos al dia siguiente que su médico. El rey fue muy bien recibido y obsequiado del pueblo y de sus tropas. Todos se presentaron á cumplimentarlo, como era natural. A tiempo de saludar don Lope al rey le pidió que le oyese á solas, pues tenia que comunicarle un secreto importantísimo. Don Fernando accedió gustoso. Así es que despidió á todos saludándolos con la afabilidad que le caracterizaba, y quedó solo con el hijo del último señor de Vizcaya.

—Señor, dijo este, conoceis á una jóven que se llama Piedad?

El rey se ruborizó hasta el estremo de ponerse encendido como la grana.

—Sí, la conozco, contestó con harto trabajo. No es la sobrina de Aben-Ahlamar?

—Con efecto.

—Y qué, teneis que decirme algo de parte de ella? preguntó don Fernando con marcado interes, á pesar de que procuraba ocultarlo.

—Sí, señor; me encarga entregue á tu alteza de su parte este pergamino sellado con tus armas, repuso el conde sacando de su escarcela su sentencia de muerte, y poniéndola en manos del rey.

Este deslió con avidez el pergamino. Reconoció en él al instante la sentencia de muerte que habia sellado en Burgos. Su vista se fijó en un renglon que se habia añadido, el cual

era de distinta letra. El hueco destinado para escribir el nombre del matador del señor Benavides estaba lleno. El rey palideció de pronto, y dijo al conde, dejando caer el escrito:

—Se habrá equivocado Piedad, don Lope?

—Si á tu alteza le queda alguna duda, yo lo afirmo y ratifico.

—No os ofendais, conde de Haro; pero esos jóvenes...

—Hay ó no justicia, señor? Vas á dejar impune la muerte de uno de los mas principales caballeros de tu reino? rey de Castilla, la sangre todavía humeante de don Juan Alonso Benavides está pidiendo justicia y reparacion.

—Estoy seguro conde de Haro, que esos jóvenes son inocentes, repuso el rey como dudando.

—Cuando Piedad, señor, se ha aventurado á estampar ahí esos nombres, prueba bien clara es de que son los verdaderos asesinos de vuestro privado.

—Sin embargo, don Lope...

—Piedad me encargó tambien que os recordara la palabra que le dísteis al firmar esa sentencia. Rey de Castilla, qué respondeis? sereis capaz de no castigar á los matadores de Benavides? y la justicia, señor, y la justicia?...

Dejándose llevar el rey de su carácter irascible, y no pudiéndose contener en la saña (como dice Mariana), esclamó con los ojos encendidos y trémulo de cólera:

—Llevad, conde de Haro, llevad ese pergamino al Justicia del pueblo, y decidle en mi nombre que cumpla inmediatamente lo que en él se manda.

El conde de Haro salió de la estancia real loco de alegría y diciendo para sus adentros: «Beatriz, esta vez serás mia.»

Media hora despues de lo que acabamos de referir reducian á prision, en nombre del rey y de la ley, á los dos hermanos Carvajales.

CAPITULO XXIV.

En el que se ve que el conde de Haro, ayudado sin duda por el demonio, se salió con la suya.

El dia 7 de agosto del año de 1312 amaneció triste y nebuloso. No parecia sino que la naturaleza tomaba parte en la tragedia que se iba á representar en la villa de Martos. El sol no podia alumbrar con sus esplendentes rayos la escena que tanto afea el reinado de Fernando IV. Este monarca, cuya dulce condicion y benigno carácter fueron causa de las mayores alteraciones de Castilla, y del poco respeto que los grandes de aquella época le tenian, tornábase á las veces inexorable, y su escesiva cólera le arrastraba á cometer desaciertos. Los cortesanos que conocian (como dice el erudito Mariana y otros escritores célebres) que el jóven é inesperto don Fernando no sabia refrenarse en la saña, se aprovechaban de las ocasiones para librarse de los que pudiesen estorbarlos, ó para vengarse de aquellos de quienes habian recibido agravios. Lo cierto es, amados lectores, que el conde de Haro, deseoso de tomar venganza de los hermanos Carvajales por las razones ya referidas, puso en la sentencia para él dispuesta el nombre de estos dos inocentes caballeros.

El Justicia de la villa de Martos, segun órden que reci-

bió del rey, sin permitir que los acusados se defendiesen, sin oir sus descargos y protestas, los mandó arrojar por la peña que alli existe, célebre por su elevacion y por lo escabroso de su declive.

En vano fue que los grandes y el ejército intercediesen por las inocentes víctimas; en vano que estas protestasen en nombre de Dios y de su Madre que era falso el delito de que les acusaban; nada bastó ni satisfizo á don Fernando. Habia jurado vengar la muerte de su privado, y ofrecido á Piedad que el que llevase el nombre escrito en el pergamino que ella le presentó sufriria la última pena, sin distincion de clase ni categoría, y estaba firmemente resuelto á cumplir su promesa.

La cima de la famosa peña de Martos hallábase ocupada por multitud de soldados y gentes del pueblo en la mañana del 7 de agosto de 1312. El espectáculo que iban á presenciar no podia ser mas notable y nuevo. Dos hermanos infanzones del ejército real, debian ser despeñados, en castigo del asesinato que habian cometido en la persona del señor Benavides, privado de Fernando IV de Castilla.

El sol, como hemos dicho, se negó á iluminar aquella escena de sangre y de lágrimas, y permaneció oculto bajo un tupido velo de densas y apiñadas nubes.

Todo estaba ya dispuesto. Los acusados llegaron á la cumbre de la peña, atados codo con codo, y seguidos por multitud de soldados, de hombres, niños y mujeres que lloraban á lágrima viva. Los hermanos Carvajales eran precisamente naturales del pueblo donde fueron ejecutados por asesinos.

Los sentenciados se mostraban serenos y tranquilos, y su andar era firme. Sin embargo, una palidez mortal cubria el rostro de entrambos. Al llegar á la superficie de la peña vacilaron las piernas de don Juan, y esclamó sin poder contener una lágrima, que bien pronto fue á esconderse en su espeso bigote:

—Beatriz!... Beatriz!...

Los sacerdotes que acompañaban á los sentenciado comenzaron á prodigarles los ausilios espirituales.

La hora del sacrificio se acercaba. Los verdugos movian grandes palas y barrotes de madera con que habian de empujar á los sentenciados. Don Juan no cesaba de pronunciar el nombre de su bella esposa: don Pedro oraba por sí y por su hermano. Uno y otro, atados de pies y manos, fueron puestos al borde del precipicio. Las mujeres lloraban y pedian á Dios y á Santa Marta, patrona de la villa, que hiciesen un milagro. Los soldados apartaban sus ojos de aquella escena de horror.

Los verdugos, á una señal que les hizo el Justicia, acercaron á los caballeros las palas y barrotes.

—Beatriz! Beatriz!... esclamaba don Juan. Dadle Dios mio. valor. Acompañadla, ya que á mí me habeis abandonado!...

—«Rey don Fernando, decia don Pedro, puesto que tus oidos se han hecho sordos á nuestros clamores, te emplazamos para que en el término de treinta dias comparezcas ante el Tribunal Divino á dar cuenta de este acto.»

Los verdugos empujaron con todas sus fuerzas á los caballeros.

—Señor, esclamaron estos á un tiempo, tened misericordia de nosotros.

Y rodaron con tanta velocidad, que dejaron la mayor parte de sus vestidos y de sus carnes en las breñas y picos de las piedras.

La muchedumbre horrorizada lanzó un grito de espanto.

Don Juan no cesó un momento de decir mientras tuvo vida:

—Beatriz! esposa mia! A Dios para siempre... Amparadla, Dios mio, amparadla. Es tan jóven y tan desgraciada! A Dios! á Dios!...

Poco tiempo despues los cuerpos de los dos hermanos Carvajales quedaron convertidos en pequeños fragmentos.

Asi que supo el conde de Haro el emplazamiento hecho al rey por el hermano de su rival, se dirigió á la habitacion de



Suplicio de los hermanos Carvajales.



Aben-Ahlmar, y le dijo vaciando sobre una mesa un saco lleno hasta arriba de monedas de oro y plata:

—Todo este dinero es tuyo, Aben-Ahlamar, si das un veneno al rey para que muera precisamente á los treinta dias despues que los hermanos Carvajales. Aceptas?

—Oh! cuánto oro!... cuánto oro!...

—Aceptas? volvió á decir don Lope.

—Cuánto oro!

—Pues todo es tuyo, todo.

—Mio?...

—Si envenenas al rey de modo que muera justamente el 6 de setiembre, todo es tuyo: lo oyes?

—Oh!... sí; sí, acepto, acepto gustoso tu proposición en cambio de todo ese oro.

El conde no podia elegir mejor ocasion para deshacerse del rey. Don Fernando estaba emplazado por dos víctimas inocentes, y la Justicia Divina debia de cumplirse.

Asi lo haria él ver y creer al vulgo. La corona de Castilla estaba próxima á pasar á la casa de Haro. Esta idea tenia loco de alegría á don Lope.

En el momento de estar recogiendo Aben-Ahlamar todo el dinero que el conde desparramó sobre la mesa apareció Simeona, que habia seguido, como siempre, al judío, y dijo abriendo tanto ojo como este:

—Oh! cuánto dinero! cuánto dinero!... Es todo tuyo querido?

—Todo, todo este oro es mio; repuso el nigromántico sin dejar de recogerlo con ambas manos.

—Y yo tengo algo ahí?

—Nada, nada. Todo este oro es mio, solamente mio.

—Sin embargo, yo quiero tambien dinero: dame la mitad de ese que ahí tienes.

—Estraña peticion! La mitad de este oro!... Primero la vida. Este oro lo he ganado yo...

—Dadme la mitad, nada mas que la mitad, dijo Simeona cogiendo un puñado de monedas.

—Oh! vuélveme mi dinero, mi dinero... esclamó el judío golpeando con todas sus fuerzas á la abuela de la Piedad.

—Con que no quieres repartir ese dinero conmigo, que tanto te he ayudado en todo?

—Oh! no; todo es mio, mio esclusivamente.

—Te va á pesar, repuso Simeona saliendo de la estancia.

—Pesarme! pesarme! cuando tanto oro tengo! dijo Aben-Ahlmar, sin dejar su avaro estribillo.

Acto contínuo la abuela de la gitana fue á buscar al infante don Juan.

Despues de la muerte de los hermanos Carvajales emprendió el ejército real la marcha á Alcaudete. Don Fernando tuvo que quedarse en Jaen, porque el mal estado de su salud no le permitia que fuese á la cabeza de las tropas. El rey habia sido envenenado por Aben-Ahlamar antes de salir de Martos. Esta vez no habia remedio para el hijo de doña María Alfonsa.

La dolencia y mal estar del rey iban en aumento, hasta que el 6 de setiembre, dia treinteno del emplazamiento de los Carvajales, le encontraron muerto en su lecho.

La Justicia Divina como dijo la mayor parte de la gente, se habia cumplido.

Muerto el rey, proclamaron sucesor suyo en la corona de Castilla y Leon á su hijo don Alfonso XI, niño de solos diez meses.

Don Lope, abandonado y despreciado de los suyos en vista de su inicuo proceder, huyó despavorido y lleno de remordimientos. Todo lugar, por apartado y escondido que fuese, le parecia poco solitario para ocultar sus lágrimas y su vergüenza. Dice la crónica que no se le volvió á ver mas en la corte, pero no por eso dejó de causar algunos males.



CAPITULO XXV.

En el que se ve el gran negocio que hizo el judío Aben-Ahlamar.

Huyó despavorido el rebaño con la muerte del pastor. El ejército se deshizo, sin haber hecho mas en beneficio de la religion y de Castilla, que tomar á los moros la villa de Alcaudete. Soldados y caballeros volviéronse á su tierra, y la corte toda reunida y vestida de rigoroso luto, regresó á Burgos, en donde seguian la reina madre y la viuda del infortunado Fernando.

Asi que Aben-Ahlamar entró en su antigua morada del alcázar de Burgos, fue su primera diligencia ir á visitar su tesoro, escondido en la pared, como sabe el lector. Cuando estaba el judío dulcemente entretenido en contar y recontar sus escudos, para cerciorarse de que no le faltaba ninguno, se apareció en la estancia el infante don Juan.

—Dios te guarde, Juffep, dijo el caballero al judío con la mayor afabilidad.

—A tí tambien, señor, repuso este. En qué tienes que ocuparme?

—Escúchame. Tú no debes ignorar que en mis mocedades tuve amores con una villana de Sevilla. Esta infeliz mujer, creyéndome su igual, y en la confianza de que sería mi esposa, accedió á mis ruegos, y la hice para siempre des-

graciada. Antes de que la pobre diese á luz el fruto de mi engaño la abandoné, y con ella al hijo que guardaba en sus entrañas. Mas de una vez, Aben-Ahlamar, he deseado encontrar á ese ser infortunado que me debe la vida, y no he podido hallarlo, á pesar de las diligencias practicadas en el espacio de veinte y cuatro años que hace de esto. Habia perdido toda esperanza, cuando el otro dia se me presentó una mujer anciana, llamada Simeona, y me dijo que tú solo sabias el paradero de mi hija, porque la conociste desde muy pequeña. Oh! dime, dime dónde está, qué es de ella, y labraré tu felicidad! te daré oro, mucho oro!

El nigromántico palideció y tembló á un tiempo. Cómo decia al infante que la hija que con tanto afan buscaba, era precisamente la misma con quien los dos habian especulado? Así es que repuso encogiéndose de hombros:

—Señor, no conozco á tu hija, ni conocia la historia que acabas de contarme.

—Mientes, brujo maldito, mientes miserablemente.

—Te juro por lo mas sagrado...

—Mi hija, yo quiero mi hija! Qué has hecho de ella? qué sabes de ella? esclamó el infante sacando un agudo puñal.

—Te juro...

—Dónde está? Habla, habla, ó vas á morir al punto, repuso don Juan acercando su daga al pecho del avaro judío.

Este retrocedió espantado, y con voz balbuciente dijo:

—Detente, detente, y escúchame.

—Habla, habla...

—Tu hija... tu hija... no la conozco.

—Ah! te diviertes en atormentarme! No la conoces! Y estos papeles que por largo tiempo has conservado? dijo don Juan presentando al judío el legajo que este habia entregado á Simeona, y que la vieja, sedienta de venganza, depositó últimamente en manos del infante.

—Oh! perdóname, señor, que todo, todo te lo diré.

—Bien está; habla.

—A tu hija la conoces tanto como yo.

—Quién es?

—La querida del difunto rey de Castilla.

—Piedad!!!...

—La misma.

—Oh! esclamó el infante dándose golpes en la cabeza; con que es mi hija la que á mí me sirvió en Castrogeriz para... Oh! qué horror! qué horror! Mientes, Aben-Ahlamar, mientes! Mi hija no puede ser la mujer que por mi causa y la tuya fué la querida del rey! Y tú, viejo maldito, tú lo sabias, y no me dijiste nada!... Con que tú, sediento de oro y de riquezas, dejaste por el vil interés que un padre sacrificase á su hija de la manera que yo lo hice con la mia? Oh! paga, paga tu maldad, aborto del infierno, paga todos tus crímenes de una vez!

Y el infante, furioso como una hiena, se precipitó sobre el judío y le clavó en el pecho hasta el mango su afilado puñal.

Aben-Ahlamar cayó en el suelo anegado en sangre, y dando fuertes y prolongados alaridos.

—Perdon! perdon! esclamaba con lastimero acento.

—Págalo todo de una vez! volvió á decir don Juan golpeándole el rostro con los piés.

—Ah! perdon! perdon!... mi tesoro... mi tesoro... dejádmelo ver... no me lo quiteis... es mio... únicamente mio... yo lo he ganado todo, todo!... Ah!... perdon, perdon, don Fernando... Quitadme de delante esa fantasma que miro ahí envuelta en un manto de púrpura! Apartadla de mi vista, y os entrego todo mi tesoro!... Oh!... no, mi tesoro es mucho... la mitad... la mitad...

El judío hizo un esfuerzo y se puso de piés. Pero á poco cayó de nuevo, diciendo con voz casi apagada:

—Oh! me muero... me muero! Favor... favor! Quitadme la vision que otra vez se me aparece! quitádmela pronto, que viene por mí!... ya me coge!... ya... oh! perdon, rey don Fernando... perdon... perdon!...

Y Aben-Ahlamar exhaló su último suspiro en medio de

los dolores mas crueles y de las mas horribles convulsiones, sin dejar de nombrar al difunto monarca.

CAPITULO XXVI.

Este capítulo no tiene epígrafe.

Piedad sola en su habitacion, lloraba con amargura y desconsuelo, en el momento que el judío físico de Fernando IV, pagaba de una vez todas sus infamias y maldades, exhalando el último suspiro en medio de las mayores angustias, y sufriendo terriblemente así en lo moral como en lo físico. Piedad dijimos que lloraba con desconsuelo, y dijimos bien; porque el ejército que entrara poco antes en Burgos de regreso de la campaña que apenas se comenzó, fué el que trajo la noticia de la temprana muerte del rey y de los dos hermanos Carvajales. La infeliz lloraba y se maldecia, porque no dudaba que todo era obra del infame conde de Haro, y ella se creia culpable, al menos en la muerte de los Carvajales, porque supo casualmente, no solo que Aben-Ahlamar le habia quitado la sentencia en blanco, firmada por don Fernando, sino hasta el uso que don Lope habia hecho de ella en su nombre.

De modo que la desesperacion de la nieta de Simeona, era tan intensa, y tan intenso tambien su dolor y su amargura, que no cesaba de llorar y gemir, y de pedir á Dios la llevase cuanto antes á otra vida, donde no volveria á sentir los terribles dolores que sufria en aquel momento.

—Dios mio! Dios mio! decia juntando las manos y alzándolas al cielo:—Cuándo dejaré de padecer? Cuándo dejareis de castigar á esta pobre mujer que harto desgraciada es con solo haber nacido? Ah! señor!... tened misericordia de mí! ya me faltan las fuerzas; ya no puedo sufrir mas... Oh! perdon! conozco que os he ofendido, conozco... pero para castigar mi vida pasada no os bastaba haberme arrancado mi hijo?... que aunque niño, me consolaba? No os basta que llore noche y dia? Ah! no me hagais sufrir mas, Dios mio! Por qué le pedí yo al rey, desgraciada de mí, que firmara aquella sentencia? para que subieran al cadalso dos personas inocentes, y para hacer desgraciada á la mas santa y mas cándida de las mujeres? Oh! tambien necesito vuestro perdon, doña Beatriz! Yo os he hecho desgraciada; yo he sido quien he adornado vuestro lecho nupcial con el negro crespon de la muerte!... Perdon, amiga mia! Perdon, Dios santo, justo y bueno!... Derramad, Señor, sobre mi corazon ese bálsamo salutífero y benéfico, que destilais desde el cielo gota á gota sobre el que sufre en esta tierra... Pero, yo deliro... No es Dios quien me castiga, no; no es él quien tanto me hace sufrir; imposible! Dios es demasiado grande y liberal para descargar toda su ira contra una pobre mujer, que cual otra Magdalena, gime y suspira bendiciendo á cada momenro su sacrosanto nombre! Ah! ya lo he adivinado!... sí, no hay duda... es el destino! Oh! maldito sea! y maldita sea tambien la hora en que...

—Desgraciada, detente! esclamó un hombre, penetrando en la estancia, con el rostro lívido, los ojos desencajados y todo trémulo y balbuciente.—Detente, hija querida, detente y no maldigas la hora en que naciste! Oh! te lo suplico, te lo ruego por ese Dios á quien invocabas.—Piedad, hija mia, te lo pide tu padre!...

—Ah!

—Sí, tu padre, que viene á implorar tu perdon, porque es un monstruo abominable! Tu padre, ángel divino, que no conociéndote y creyéndote una villana, vagabunda y aventurera, te...

—Padre!...

—Ah! soy un monstruo, lo conozco; y un monstruo digno de sufrir los dolores que sufro. Mi hija... mi hija deshonrada por mí! oh! esto es horrible! Infame Aben-Ahlamar! y lo sabia! y me dejó que sacrificára á mi hija, porque de ello le resultaba provecho! oh, ya has llevado tu merecido, infame judío; ya has espiado tus crímenes...

—Mi padre!... volvió á decir Piedad cada vez mas sorprendida.

—Sí, hija mia, sí, soy tu padre!... qué, dudas? ó te avergüenzas de que lo sea! oh, cielos! y yo que necesito su perdon; y yo que venia á pedírselo de rodillas; llorando, porque... Piedad, me perdonas? me amas? ah! dímelo, mira que padezco atrozmente, mira...

—Padre mio! esclamó la jóven precipitándose en los brazos del infante don Juan.

—Ah! repite esas palabras! repítelas, hija querida; no sabes lo que me hacen gozar!—Me amas, Piedad? me perdonas? Oh! habla, habla!...

—Padre mio... yo he sido muy desgraciada...

—Ah! lo sé; lo sé, y la culpa la he tenido yo... tu padre! Oh! esto es horrible! pero perdóname! necesito tu perdon, Piedad; porque tengo un peso... un dolor tan grande que...

—Sí, padre mio, os perdono, y quisiera devolveros la calma y la tranquilidad que vuestra alma necesita! oh! pero no puedo, porque á mí tambien como á vos, me hace falta... sin embargo si logro con mi amor...

—Oh! cuán buena eres, ángel mio!... pero y el recuerdo de lo pasado? y el remordimiento de haberte hecho desgraciada?

—Callad, padre mio, callad! vuestras palabras, me hacen padecer atrozmente! oh! no evoqueis recuerdos que me despedazan el alma!

—Tienes razon, callaré, hija mia, callaré y procuraré ahora hacer tu felicidad.

—Mi felicidad, padre mio!

—Sí, tu felicidad, Piedad, desde hoy serás la primer dama de Castilla! desde hoy serás el encanto y la admiracion de la corte; y si no te basta esto, tu padre sabrá quitar al rey su corona, para dártela á tí.

—Padre mio! yo... jamás! se reiran de mí!... y lo pasado?

—Que se reirán de tí! oh! quién se atreveria á ello? quién? Desgraciado el que osase ofenderte!...

—Perdonad, señor; pero yo no seré feliz en la corte... yo no podré vivir como quereis sin ser mas desgraciada de lo que soy en la actualidad.—Mi alma necesita el reposo y mi cuerpo la soledad y el silencio... Señor, para ser feliz vuestra hija, necesita la tranquilidad y la oracion... mi determinacion, padre mio, está ya tomada... solo hay una parte en este mundo donde encontraré lo que apetezco y necesito... Allí rogaré á Dios por vos, por mi hijo, y le pediré constantemente me envie esa felicidad dulce y santa que necesita mi pobre corazon, tan cruelmente herido y lastimado!...

—Y en dónde encontrarás esa felicidad, hija mia?

—En dónde! en el claustro, padre mio! en el claustro ó en el campo en medio de los bosques y de los árboles!

—Oh! calla, por Dios!

—Sí, padre mio, sí; solo en el claustro ó con el sayo de la penitencia es donde encontraré los consuelos, que ciertamente no he hallado en la corte ni en su bullicio.—Perdonadme, pero mi determinacion está tomada.—Señor, en esto solo encontraré mi felicidad, y yo creo que no se la negareis á vuestra hija.

—Piedad, hija mia!

—Ah, señor; cuento con vuestro permiso?

—Mi permiso! y cómo me separo de tí, cómo vivo sin verte!... Ah! ten piedad de tu padre... yo soy ya anciano y necesito los consuelos y caricias de una hija, y de una hija tan dulce y tan buena como tú!

Dos dias despues, la infortunada Piedad habia desaparecido de Burgos.

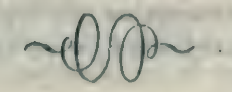
La infausta noticia de la temprana muerte del rey y de los hermanos Carvajales llegó bien pronto á oidos de la reina madre y de su dama doña Beatriz de Robledo. Así que supo esta jóven el desgraciado fin de su amado esposo, se separó para siempre de doña María, sin que de sus ojos brotase una sola lágrima, sin proferir ni una palabra.

El real Monasterio de las Huelgas de Burgos, fué el sitio que eligió la jóven y desgraciada Beatriz, para llorar y orar continuamente por su infortunado esposo. Sus justas y sentidas quejas, no tuvieron eco en aquella mansion lúgubre y glacial, en donde hasta el cántico divino de las religiosas se perdia en las inmensas bóvedas.

—Y nosotros, qué haremos, señora? preguntó á la reina madre el anciano Aban de San Andrés, cuando Beatriz entró en el convento.

—Qué hemos de hacer, padre mio, sino llorar, llorar eternamente?

Con efecto, los ojos de doña María Alfonsa no se enjugaron un solo dia en los ocho años que sobrevivió á su querido é infortunado hijo.





ALONSO XI.

CAPITULO XXVII.

Apuntes históricos necesarios para la ilacion de nuestra historia.

Por los años de 1312 á 1325, en que fué declarado mayor de edad Alonso XI de Castilla y Leon, presentaban los pueblos de estos reinos el aspecto mas triste y lamentable.

Con la muerte de Fernando IV que aunque débil, era rey, y los reyes son respetados y queridos en España por instinto y por tradicion, con la muerte del hijo de Sancho el *Bravo*, decimos, comenzaron los disturbios, las guerras intestinas, y la infeliz Castilla, fué víctima de los abusos y arbitrariedades que toda minoridad trae consigo. Porque muerto Fernando IV entró á sucederle en la corona, su hijo Alonso XI, niño de solo diez meses.

Los pueblos que el niño rey heredára de su padre, se hallaron durante la regencia terriblemente vejados. Era tal el estado á que los habian reducido los hombres apoderados del mando, que viendo sus habitantes, que á mas de arruinarlos completísimamente, á fuerza de pechos y contribuciones, carecian de las cosas mas necesarias y precisas para la vida, corrieron á buscar en tierras estrañas la tranquilidad y recursos que su patria no les ofrecia. Los campos, yermos enteramente, estaban á merced de los moros, que como no encontraban resistencia, hacian frecuentes salidas y de todo se apoderaban. Pero una de las mayores plagas que por enton-

ces sufrió la patria de San Fernando, fué sin disputa la multitud de bandidos y ladrones que infestaban sus caminos y encrucijadas. Estos, que no solo robaban cuanto podian, sino que asesinaban y sumerjian á mil familias en el llanto, la desolacion y la miseria; eran los que mas contribuian á que los grandes de aquella época, de suyo revoltosos y alborotadores, conspirasen contra su misma patria y contra los derechos legítimos y santos del tierno infante, destinado á dar despues dias de gloria á los pueblos que le vieron nacer, y que supo regir con tanto acierto. Si el anciano obispo de Avila no tuviera la precaucion de apoderarse del rey y de encerrarse con él en la capital de su diócesis, indudablemente hubiese perecido el nieto de Doña María Alfonsa de Molina, á manos de sus rebeldes vasallos, de sus tutores y de sus parientes. Estos, que eran Don Juan el Tuerto, hijo del infante del mismo nombre, el infante Don Felipe, hermano de Fernando IV, y el caduco Don Juan Manuel, llenos de ambicion, sanguinarios, revoltosos y perversos por instinto, cometieron las mayores tropelías y maldades, y redujeron á los reinos que gobernaban, por su voluntad y audacia, á la situacion triste y deplorable que hemos indicado, sin tener en cuenta que llegaría un dia en que pagarían sus infinitas maldades.

Con efecto, este suspirado dia amaneció felizmente para Castilla. El rey, aunque demasiado jóven cuando se encargó del mando de sus reinos, comprendió perfectamente el estado aflictivo de estos, y no solo comenzó á hacerles ver lo que puede un rey animado del deseo de labrar la felicidad de los pueblos que á su cuidado están encomendados, sino que los vengó, si bien con escesiva dureza tal vez, de la odiosa tirania en que habian vivido por espacio de tantos años. Multitud de grandes y orgullosos magnates, entre ellos don Juan el Tuerto, fueron víctimas de su rebeldía, y de la justa venganza de Alonso XI. Persiguió con incansable afan, á las compañías de bandoleros que á la sombra del desórden y la impugnidad habíanse multiplicado considerablemente. Concedió

varios privilegios á muchas ciudades y villas, y despues hizo ver á los moros, que aunque niño era cristiano y por consiguiente su mas mortal é irreconciliable enemigo.

Castilla vió en el hijo de Fernando IV, un rey justo, magnánimo y guerrero. Las damas á un cumplido y apuesto caballero, amigo de fiestas y torneos, donde estas tuvieron lugar de lucir sus gracias y bellezas. Los hombres todos, al hombre pensador, de gran capacidad y ríjido sin ser parcial. Y á pesar de tener en su reinado dos ó tres lunares, que eclipsan en algun tanto la fama de que gozó, el mundo entero admira en él al héroe de la famosa batalla del Salado, de esa batalla que causó la admiracion del orbe todo, y que el Papa Benedicto XII en el sermon que predicó en accion de gracias, la comparó á las de David con los Filisteos: poniendo tambien en justo paralelo el presente que le hizo Alonso XI de los despojos de la batalla, con el que Antioco envió al gran sacerdote Simon en reconocimiento del Sumo Sacerdocio.

CAPITULO XXVIII.

De como se dá principio á esta segunda parte, contando con el favor de Dios y con la indulgencia de los lectores.

La primavera del año de 1326, íbase precipitando en los ardientes brazos del estío. Los campos presentaban, á pesar del abandono en qne yacian, el aspecto mas grato y magnífico. El cielo era azul, diáfano y trasparente, como una inmensa bóveda de cristal. Los árboles estaban cuajados de hojas, y las flores campestres en toda la fuerza y vigor de

su color y de su perfume. Con la primavera renace la vida. Las flores se apresuran á abrir cáliz perfumado á la suave brisa de mayo, el agua de los rios y las cascadas deja ese ruido monótono y aterrador á un tiempo, con que sigue su curso en el invierno; los pájaros se esfuerzan en hacer mas perfectos sus trinos y armonías. Todos viven y todos disfrutan de la alegría de los campos, del aroma de las plantas y del azul del cielo.

Muy poco quedaba para que tocase á su fin uno de los mas hermosos dias de mayo. Como á tres leguas de la ciudad de Burgos, en un lugar en estremo sombrío y pantanoso, que habia á la espalda de un inmenso monte de la cordillera llamada sierras de Oca, se eleva un edificio de piedra negruzca, cuyas torres y alamedas en algun tiempo pugnaron por llegar á las nubes. Este inmenso edificio de arquitectura grave é imponente, era el monasterio de San Benito Palermo, que la piedad de Alfonso III el Magno habia mandado erigir por los años de 886 en gracia de cierto milagro que hizo el santo rey, y que la historia se obstina en tener oculto. Este monasterio que en sus primeros tiempos tuvo una comunidad numerosísima y pingües rentas con que se mantenian los reverendos padres, presentaba en el dia el aspecto mas triste y lamentable. El edificio enteramente arruinado, solo conservaba las cuatro paredes de la fachada, y advertiremos de paso que era de forma cuadrada, y alguno que otro subterráneo no mal parado, en que se conoce habitaron las mulas y bestias de labor que los hijos de San Benito tenian. Sus mutiladas torres y campanarios se hallaban cuajados de habitantes aéreos; pero de esos pájaros que viven en las soledades y en los montes y que suelen ser tenidos por aves de mal agüero. Multitud de animaluchos de todas clases vivieron largo tiempo en este edificio, hasta que una de las muchas compañías de bandoleros que hubo en todos los caminos de Castilla y Leon, durante la minoridad de su rey, Alonso el Onceno, vino á desalojarlos de su antigua guarida. Y con efecto, el real monasterio de San Benito, en la época en que

dá principio nuestra historia, servia de cuartel á una de las mas famosas compañías de bandidos que hubo en Castilla por el tiempo de que hablamos.

Los individuos que la componian, y cuyo número ascendia á cincuenta próximamente, era gente desertada de los reinos de Aragon, Navarra y Portugal, que se vieron en la precision de abandonar su patria por salvar el pellejo terriblemente comprometido á consecuencia de sus fechorías. Estos miserables, en cuyos pechos germinaban los sentimientos y los instintos mas perversos y sanguinarios, tenian sin embargo un gefe que los mandaba, un gefe que ellos elegian, y á quien respetaban como á un Dios. Hugo de Troumblay, de nacion francés, fué el primer capitan de esta compañía, denominada la *formidable*. Pero muerto Hugo, tuvieron que elegir un nuevo gefe, y para el efecto se reunieron en cónclave los bandidos de la *formidable*. Habia entre ellos un hidalgo de Aragon, llamado Nuño Fajardo, que aunque tenia buen corazon, segun decian sus compañeros, era un tanto aficionado al robo y al pillage. Este hombre que ya frisaba en los cincuenta años, era en estremo alto de cuerpo, de cabellos casi blancos, de ojos pequeños pero picarescos, y de espeso y largo vigote entrecano. Sus maneras francas y sueltas y la prudencia y valor que habia desplegado en las circunstancias mas críticas por que habia pasado la compañía, le granjearon no solo la simpatía de sus compañeros, sino hasta el aprecio de Hugo de Troumblay: aprecío que no tardó en probárselo con conferirle el empleo de teniente de la *formidable*, ó lo que es lo mismo hacerle su segundo. A la muerte de Hugo, justo y natural era que su teniente ascendiera al empleo que este dejára vacante; pero la eleccion de sus soldados recayó en un jóven que habia dejado el capitan, si hijo ó ahijado, no se sabe hasta ahora. El teniente de Hugo Troumblay no solo respetó el derecho que sus compañeros tenian, y la eleccion que habian hecho, sino que fué el primero en desenvainar su veterana espada y ofrecérsela á su nuevo capitan en prueba de respeto y sumision. El jóven

capitan de la *formidable*, tendria escasamente diez y nueve años. Y aunque nacido, segun la opinion de muchos, y criado entre bandoleros, sus sentimientos y sus acciones eran las mas generosas y caballerescas. Sus compañeros le llamaban el generoso, por su desprendimiento y desinterés.

Como dijimos al principio de este capítulo, uno de los dias mas hermosos de mayo, tocaba su fin. En las ruinas del monasterio de San Benito se hallaban reunidos todos los bandidos de la *formidable*. Un asunto en estremo grave é importantísimo los tenia á todos congregados en uno de los subterráneos, llamado por ellos el salon de las conferencias. Nuño Fajardo que seguia de segundo gefe, ocupaba la presidencia, porque el jóven capitan que debia ocupar aquel puesto se hallaba en Burgos, capital de la tierra donde ellos cometian sus robos y fechorías, al cuidado de un asunto de gran importancia. Todos sentados alrededor de una enorme mesa de madera blanca, cubierta de cacharros y basijas, blancas tambien, llenas de vino unas y otras desocupadas, guardaban el mayor silencio y escuchaban lo que les decia el teniente del generoso. Nuño Fajardo que al pedir la palabra y antes de comenzar á hablar se habia echado al coleto un magnífico trago del tinto de toro, dijo á sus compañeros, estirando antes las piernas y las cejas, atusándose el vigote y tosiendo dos ó tres veces, como el orador que teme hablar por temor de equivocarse, ó porque sus palabras no tengan la fuerza necesaria, para convencer ó satisfacer al auditorio á quien se dirijen:

—Compañeros, yo creo...

Y aqui volvió á toser de nuevo y á verse tan comprometido como antes de empezar. Pero como ya lo habia hecho, no tenia mas remedio que seguir. Y para el efecto, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y continuó de esta suerte:

—Compañeros, hoy, ahora mismo, al instante, si quereis, puede hacerse la compañía con un magnífico tesoro.

Los ojos de los bandidos brillaron de una manera espantosa.

—Un tesoro! dijeron todos con voz atronadora.

—Sí, un tesoro, que...—Cuerno y sangre, ya lo creo!... bien vale la chica un tesoro. Si la viérais, si la conociérais... vaya, si vale un tesoro; vale tanto como la catedral de Toledo y de Sevilla, y aun estoy por decir que tanto como Castilla y Aragon.

—Mira, Nuño, dijo uno de los bandidos de semblante horrible y de torva mirada: si vuelves á engañarnos otra vez...

Y miró á sus compañeros para ver el efecto que hacian sus palabras.

—Si vuelves á engañarnos otra vez, continuó, te cortaremos las orejas. A los soldados del generoso no se les engaña con decirles que encontrarán un tesoro, y este tesoro se convierte de una mano á otra en una mujer... Ten cuidado con lo que hablas, porque...

—Sí, sí, eso es... dijeron todos dando gritos formidables.

—Cuerno y sangre! Silencio! repuso Nuño montando en cólera y dando una fuerte puñada en la mesa.—Por satanás, que no he visto gente mas estúpida que vosotros, ni bribon mas grande que tú, Mal-alma, dijo al bandido que le habia interrumpido.—Dime, pedazo de alcornoque, bribon de los infiernos, si cojes á la chica y luego...

—Y luego qué... dijeron á una todos, y el primero Mal-alma.

—Y luego que el demonio os lleve á todos por imbéciles y canallas.—Y si vuelves otra vez á levantarme el grito con tanto descaro, te mando dar cincuenta palos que hagan en tu endemoniado y horrible cuerpo otros tantos verdugones.—Con que tú querias, bestia y mas que bestia, alborotarme el cotarro, que esta noche misma ha de hacer la mejor presa que ha hecho desde que es lo que es?—Y dime, borracho y bribon, ¿qué cuenta hubieras dado al generoso si por tu causa no se hubiese hecho, lo que estoy seguro se hará ahora, no es verdad, compañeros? ¿No es cierto que puedo contar

con vosotros y que no hareis caso nunca de ese bellaco?

—Sí, sí, cierto; pero dinos qué mujer es esa y en dónde tiene el tesoro de que nos has hablado.

—Cáspita, asi os quiero, compañeros!—Vés miserable Mal-alma, que poco caso hacen de tí?... Escuchadme, señores:—Uno de los espías que tenemos en las ciudades y villas de estas tierras me ha noticiado que esta noche pasará por aqui en una litera, y con varios criados y gente de armas, el rico y noble don Jimeno de Luna y Osorio, que con su hija la bella doña Elvira, van al real Monasterio de las Huelgas de Burgos para dejar alli á esta jóven, mientras él hace un viaje que tiene que hacer por tierra de Francia y Alemania.

—Y traen dinero? preguntaron todos con avidez.

—No sé; pero siempre traerán algo porque gente tan principal no camina sin él.—Pero mi principal objeto está en doña Elvira; si la llegamos á tener en nuestro poder...

Los bandidos se encogieron de hombros, como no comprendiendo las intenciones de su gefe, y apuraron de un solo trago todo el vino que contenian las vasijas. Mal-alma, al oir las palabras de Nuño, se sonrió con desden.

Este, conociendo que no le habian comprendido sus compañeros, se apresuró á decir:

—Ahora prestad una poca de atencion á lo que voy á deciros, y no solo llegareis á ver claro en esto, sino que os convencereis de que efectivamente tendremos un inmenso tesoro, con solo poseer á la hija de don Jimeno de Luna y Osorio.—Nuestros centinelas nos avisarán de cuando se acercan los viajeros á la encrucijada que hay cerca de estas ruinas en el camino real. Entonces salimos de aquí; trabamos una pequeña escaramuza con la tropa de don Jimeno, y despues de vencida y muerta esta, nos apoderamos bonitamente del padre y de la hija.—Una vez en nuestro poder estos, le damos suelta al padre; pero con ciertas precauciones á fin de que no nos descubra, y despues le pedimos una considerable cantidad de dinero por el rescate de su hija.—Comprendeis ahora?

—Por satanás y toda su corte, dijo Mal-alma, que es magnífico tu plan y que está bien combinado, en verdad! y yo, bruto de mí, que por mas que he estado revolviendo en mi cabeza una porcion de ideas, no se me habia podido ocurrir esa.—Nuño me veo en la precision de confesar que eres el hombre de mas recursos de toda la compañía.

—Viva, viva! dijeron todos á la vez y tumultuosamente.

Los gritos y vivas de aquella horda desenfrenada, fueron interrumpidos por los de los centinelas y vigilantes, que decian con voz aguardentosa:

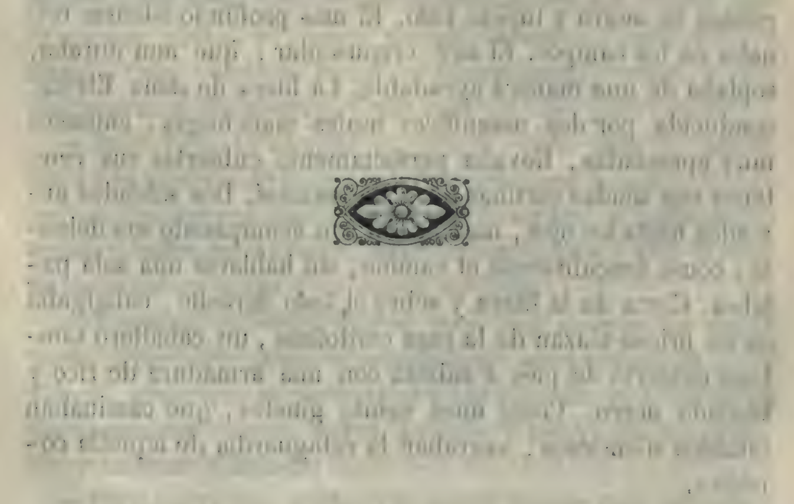
—Alerta, alerta!

—Es la señal! repuso Nuño Fajardo poniéndose de piés y echando un nuevo trago para cobrar brios.—A las armas, compañeros, á las armas, y que todo se haga con el mayor silencio.

—A las armas! gritó la muchedumbre; y que viva nuestro teniente!

Y aquella caterva de ladrones y asesinos salió precipitadamente del subterráneo.

Media hora despues se hallaban escondidos con el mayor sigilo en las ramas y malezas de la encrucijada que Nuño les habia indicado.





CAPITULO XXIX.

De como los temores de doña Elvira de Luna, no eran infundados.

Mientras tenia lugar la escena que hemos descrito en el capítulo anterior, caminaba con paso algo mas que mediano, la litera que conducia á doña Elvira de Luna y Osorio, que como sabemos por boca de Nuño, iba en direccion del real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

La noche habia estendido completísimamente por el horizonte su negro y tupido velo. El mas profundo silencio reinaba en los campos. El aire crepuscular, que aun duraba, soplaba de una manera agradable. La litera de doña Elvira, conducida por dos magníficas mulas manchegas, entonces muy apreciadas, llevaba perfectamente cubiertas sus ventanas con sendas cortinas de seda carmesí. Dos soldados armados hasta los ojos, marchaban con acompasado son delante, como descubriendo el camino, sin hablarse una sola palabra. Cerca de la litera y sobre el lado derecho, cabalgaba en un brioso alazan de la raza cordobesa, un caballero tambien cubierto de piés á cabeza con una armadura de rico y bruñido acero. Como unos veinte ginetes, que caminaban tambien silenciosos, cerraban la retaguardia de aquella comitiva.

El caballero que iba inmediato á la litera acercó la cabeza á la portezuela y dijo con tono risueño:

—Duermes, hija mia?

—No, padre mio, no puedo: contestó una voz angelical; y al mismo tiempo se descorrió una de las cortinillas.

—No puedes, y por qué, hija mia? repuso el caballero con dulzura.

—Ah, señor! si viéras el miedo que tengo... son estos sitios tan malos para pasarlos de noche!...

—Desecha ese temor, Elvira. Ya por estos caminos no hay tantos bandidos como antes. —Y aunque los hubiera, qué nos importa á nosotros? no llevamos veinte aguerridos soldados de nuestra casa, capaces de habérselas con un ejército entero?

—Es verdad, padre mio; pero y si nos salen cuarenta de qué servirán nuestros soldados, cuando los enemigos son dobles en número?—Ah, señor, si tuviéramos la desgracia que nos salieran esos foragidos, pertenecientes á la *formidable*, á esa compañía que hace mas de diez años es el terror y el espanto de todas estas comarcas, si Dios no ha dado oidos á las súplicas y plegarias que desde el fondo de este asiento le dirijo sin cesar, no hagais resistencia alguna, dadle todo lo que os pidan, y cuanto dinero llevamos, porque si irritais á esos hombres feroces y sanguinarios, como fieras, oh! que será de nosotros? qué será de vos, padre mio?

—Pero, hija, tú abultas el peligro, dado caso de que lo haya: tu espíritu de mujer débil y pusilánime de suyo, te hace ver un peligro que ciertamente no existe, y que aunque existiera sabriamos vencer, con el favor de Dios y con la ayuda de nuestros leales y valerosos soldados.

—Vuestras palabras, padre mio, me animan en algun tanto... pero no logran tranquilizarme completamente. —Si viérais, señor que presentimientos tan funestos se apoderaron de mi corazon cuando entró la noche y me ví en este silencio y en estas soledades!...

—Pero bien, qué cuidado te puede causar este silencio y

estas soledades, como has dicho, viniendo acompañada por tu padre y por la gente de guerra que traemos?—Elvira, hija mia, por Dios no te avergüenzas de ser mas cobarde que un niño? repuso don Jimeno con aire bromista.

—Padre mio, contestó la jóven fija en su idea, siento infinito que no me hayais comprendido.—Lo que esperimento no es miedo, no es cobardía...

—Por Baco, que si no es lo que has dicho, esclamó don Jimeno soltando una estrepitosa carcajada; no sé lo que pueda ser entonces.—Si no es miedo ni cobardía pobre hija mia, qué será pues?

—Presentimientos, padre mio, presentimientos confirmados con mi temblor interior, presentimientos que confirma tambien mi corazon con sus fuertes y frecuentes latidos.

Don Jimeno de Luna y Osorio no contestó esta vez.

En el momento de acabar doña Elvira de proferir las anteriores palabras, llegaban los viajeros á la encrucijada donde estaban escondidos los bandidos de la *formidable*. Las malezas y retamas, que bastante crecidas, habia á un lado y otro de los caminos, se movieron casi imperceptiblemente. Este ruido que no fué percibido ni aun por los soldados delanteros, lo oyó doña Elvira y dijo á su padre con voz débil y balbuciente á un tiempo:

—No oís ruido, padre mio?...

—Yo creo que sueñas, Elvira... ese ruido que has oido lo produce el aire.

—No, padre mio, no es el aire!... y si no mirad!

Y al querer indicar Elvira á su padre lo que se veía delante de ellos, cayó sin conocimiento sobre los blandos cogines de la litera.

Don Jimeno alzó la vista, y vió que los soldados que caminaban delante de la litera, se detuvieron y vacilaron un instante.

—Adelante, Mendo, Alvar, adelante; voto á sanes! esclamó don Jimeno furioso y sacando precipitadamente su espada.

En vez de obedecer los soldados á su amo, dieron un paso atrás y cayeron por último de sus caballos.

—A mí, soldados, á mí! dijo el de Luna llamando á su escolta.

—Es inútil, contestó Nuño Fajardo, que se puso de un salto frente de don Jimeno.

—Miserable!

—Detente, sino quieres acompañar á los dos soldados que acaban de espirar en la peregrinacion que han emprendido.

—Toma, asesino! repuso don Jimeno descargando con su espada un terrible golpe sobre el teniente del generoso.

Pero este con la mayor ligereza se libró maravillosamente del peligro.

—Si volveis, don Jimeno, dijo Nuño con la mayor tranquilidad, á tener la osadía de levantar vuestra espada para darme á mí ó á alguno de mis soldados, lo vais á pasar con toda vuestra gente bastante mal.—Nuestra intencion no era haceros daño, pero si os empeñais...

Y acordándose don Jimeno de los consejos de su hija, dijo á Nuño Fajardo con la mayor cortesía:

—Perdonad, creí que vuestras intenciones eran las de trabar lucha conmigo y con mis soldados, pero puesto que habeis sido franco, lo voy á ser yo tambien.—Qué quereis, señores? el dinero que traigo? Poco es en verdad pero será vuestro. Quereis los caballos de la escolta? Vuestros son tambien.—Y por cierto, que os llevais veinte caballos que en nada desmerecerán á los vuestros.

—Nada de eso queremos.... ó mejor dicho lo queremos y aun serán nuestros, pero lo que queremos y lo que buscamos es otra cosa: dijo Nuño volviendo la cabeza hácia el sitio donde estaban sus compañeros.

—Eso es, eso es, dijeron estos con alegría.

—Y qué quereis entonces de mí, señores? repuso don Jimeno, lleno de temor á la vista del aspecto que tomaba la cuestion.

—Qué quereis de mí? volvió á decir.—sino quereis ni el

dinero ni los caballos que traemos, no sé entonces que cosa pueda daros que os contente y satisfaga.—Señores, sino os contentais con lo que os he ofrecido, os prometo, os doy mi palabra de caballero, de mandaros, ó de poner en el sitio que designeis, cien escudos de oro y otros tantos maravedises de plata.—Os contentais?

—No: contestó Nuño despues de reflexionar un momento.

—Por San Bruno, San Benito y toda la corte celestial, que no sé, entonces lo que quereis!—Hay cosa que valga mas que el dinero, señores?

—Sí.

—La tengo yo?

—Sí, volvió á decir el teniente del generoso.

—Habla, y si...

—Pues bien, don Jimeno, buscamos y necesitamos á doña Elvira.

—Á mi hija!

—Á vuestra hija.

—Infames! asesinos! villanos! á mí, soldados, á mí! y que no quede uno de estos bandidos!

Y esto diciendo se precipitó, seguido de sus soldados, sobre la muralla de hombres que habia detrás de Nuño Fajardo.

Un momento despues no se oia mas que el relincho de los caballos, los quejidos de los heridos y el ruido que producian las espadas y mazas al caer sobre las armaduras.

El bandido llamado Mal-alma era el único que no peleaba. Al empezar el combate, se habia separado de las filas y dirigiéndose á la litera donde yacía desmayada la tierna hija de don Jimeno de Luna y Osorio, que dos soldados la guardaban por órden de su padre. El astuto bandido se deslizó silenciosamente por el suelo, á manera de serpiente, y cogiendo á los dos soldados descuidados, los mandó al otro mundo sin que los infelices tuvieran lugar de dar siquiera un grito. Entonces abrió una de las portezuelas de la litera, y puso sus horribles manos sobre el delicado cuerpo de la infeliz Elvira.

Los ojos del bandido, brillaron de una manera espantosa al ver la singular hermosura de la hija de don Jimeno. Se sonrió al principio de alegría, y despues tuvo la audacia de acercar sus impúdicos labios á los finísimos de la jóven. Esta se estremeció al contacto, y lanzó con el mayor trabajo un suspiro que espiró en sus labios. Mal-alma la cojió cuidadosamente, y desapareció con ella, para dirijirse á las ruinas del monasterio de San Benito.

El combate se decidió al cabo por los bandidos. Dos ó tres soldados de los que constituian la escolta de don Jimeno, que milagrosamente se libraron de la crueldad de los bandidos, huyeron despavoridos por aquellos campos. El mismo don Jimeno cayó herido de su caballo, esclamando con triste acento:

—Elvira, hija mia! qué será de tí, sola, desamparada en medio de estos hombres, abortos del infierno! oh! perdóname, porque yo solo soy el culpable! sí, yo solo... que te he traido, que te he espuesto á lo que ha sucedido y tú tanto temias;... pobre hija mia, perdóname; oh, mi hija, mi hija...

—Anciano, dijo Nuño Farjardo acercándose á don Jimeno, tu hija estará bajo mi proteccion; nada temas, porque el que osase ofenderla, dejaria de existir en aquel mismo momento. Tranquilízate, Doña Elvira será respetada y acatada por mi gente. Te lo juro.

—Monstruo, apártate, apártate de mi vista y no aumentes mi dolor con tus falsas y engañosas palabras! oh! si yo pudiera levantarme... si yo pudiera manejar mi espada! oh! apártate, porque la rabia me ahoga!... huye, asesino, quítate de mi vista, y no vengas á acelerar la muerte de un anciano, herido en lo que mas aprecia!... oh! márchate... perdon, Elvira, hija mia; perdon... yo muero, yo...

Y el infeliz don Jimeno cayó sin conocimiento sobre sus mismas armas y sobre su mismo caballo, muerto en la refriega.

Nuño Fajardo, llamó entonces á un bandido y le dijo mostrándole al padre de Elvira:

—Mira Iñigo, recoge á ése anciano y condúcelo á las ruinas: tal vez se salve, porque la herida no ofrece gran cuidado.

Despues se dirijió con todos los bandidos á la litera de doña Elvira.

—Compañeros, esclamó, órden y que nadie falte en lo más mínimo á esta desgraciada jóven. Nuestro capitan miraria con desagrado cualquier falta ó cualquier desacato. Esta jóven tiene que volver á las manos de su padre tan pura como ha salido de ellas.—Nosotros no robamos ni queremos para nada el honor de una vírgen.—Nuestro objeto es adquirir dinero, porque estamos faltos de él. Matamos cuando encontramos resistencia, pero no somos aficionados á la carnicería ni á la sangre.— No es cierto?

—Sí, sí, cierto; pero déjanos ver á nuestra prisionera.

—No puedo ni debo negarme á vuestra peticion, compañeros; miradla, decid despues con franqueza si habeis visto nunca hermosura mas singular y perfecta, que la de doña Elvira.

Los bandidos se acercaron todos á la litera.

—Engaño, engaño! esclamaron indignados.

—Engaño! que decís, compañeros? repuso Nuño acercándose á la litera.

—Doña Elvira ha desaparecido: dijeron todos á la vez.

—Ha desaparecido!... pero cómo!...

—Sí, sí, dijeron los bandidos amotinándose.

—Compañeros, quién de vosotros se ha adelantado á sacarla de aquí, para embromarnos despues?—Hablad, que aunque la chanza es algo pesada, no deja de tener mérito.

Y Nuño Fajardo se sonrió de corage.

—Te juramos...

—Cuerno y sangre, ya comprendo lo que ha sido! esclamó el teniente dando fuertes patadas en el suelo.—Por Baco y Santa Polonia, que no hay en el mundo un tunante mas grande que Mal-alma, compañeros!—Sabeis lo que ha hecho?—Pues bien, mientras nosotros peleábamos contra

don Jimeno y sus soldados, él se vino á la litera y robó á doña Elvira, para tener el derecho de propiedad sobre ella, según las reglas de nuestra compañía; y la prueba está en esto solo.

Y mostró á sus compañeros los dos cadáveres que habia cerca de la litera.

—Compañeros, ya lo veis: ese villano Mal-alma no las ha jugado de puño. —Él solo tiene derecho y poder sobre doña Elvira. Y aunque nos dé su familia todo el dinero que pidámos por su rescate, la mayor parte será para ese bribon que es el dueño absoluto de la chica. Nosotros no debimos abandonar ni un solo momento la litera. —Pero ya no hay remedio. —Marchemos hácia las ruinas y recojed antes lo que querais.

Los bandidos despojaron á los muertos de todo cuanto llevaban, y se dirijieron despues al monasterio de San Benito de Palermo.

CAPITULO XXX.

En el que se vé la venta que se hizo con doña Elvira, y otra porcion de sucesos á cual mas tristes.

Habian transcurrido mas de cuatro horas despues de los sucesos que dejamos referidos mas arriba, cuando los bandidos de la *formidable* se hallaban reunidos en uno de los subterráneos de las ruinas de San Benito. Los que no dormian tendidos en el suelo y sobre haces de paja, veian ju-

gar con grande interés á cuatro bandidos, entre ellos Mal-alma, que sentados alrededor de una mesa de pino jugaban á los dados. Todos guardaban el mas profundo silencio. En la estancia no se oia mas ruido que los ronquidos de los que dormian y los votos y juramentos de los que jugaban. Mal-alma llevaba el cubilete de los dados, y era el que mas ganaba. Su horrible cara, de color moreno, y de larga barba negra estaba radiante de alegría.

Aquel dia habia sido en estremo afortunado. Porque no solo era afortunado en el juego, sino que era dueño libre absoluto de la mas singular belleza de Castilla. Doña Elvira de Luna y Osorio, pertenecia esclusivamente á Mal-alma, porque este bandido la habia cogido, y en la *formidable*, el que apresaba cualquier cosa era dueño de ella, si bien daba un tanto de su valor á la compañía en general, y otro á cada individuo en particular.

Mal-alma cogió el cubile dos ó tres veces y despues vació los dados sobre la mesa.

—Dos!

—Cinco!

—Nueve!

Dijeron los que con él jugaban.

—Nueve! esclamó Mal-alma palideciendo: he perdido, voto á sanes! Y lo que mas siento es que me hayas ganado tú, desorejado, dijo al bandido que le habia tocado el número nueve.

—Pues que, repuso este, querias siempre ganar, zorro? Oh! oh, te juro que no vuelves á llevarnos ni un cornado.— Págame esta jugada, y empiece ahora la broma.

—Toma tus nueve cornados, y que empiece enhorabuena. — Crees tú que yo me asusto con tus bravatas? — Por mi abuela y todas las brujas del infierno, que tú ó yo nos hemos de quedar esta noche sin una moneda tanto de plata como de cobre.

— Bien, bien, Mal-alma, así te quiero ver.

—Pero antes arreglemos...

—Convenidos.—Yo pongo veinte cornados para el que saque el mayor número.

—Bien, y yo otros veinte, contestó Mal-alma.

—A la una...

—A las dos...

—A las tres.

Y los dados volvieron á desparramarse por la mesa.

—Ocho: dijo el bandido, llamado por mote el desorejado.

—Tres... contestó el dueño de doña Elvira, haciendo rechinar los dientes.

—Tres! pues entonce he ganado! repuso el desorejado, recorriendo los cuarenta cornados.

—Ira de Dios, mi bolsa se vá quedando vacia, dijo Màlalma, haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Y qué te importa eso? dijo uno de los bandidos—aqui tienes la mia, que aunque contiene poco, siempre te dará para un par de puestas como la que acabas de hacer.

—Se agradece, compañero; pero todavía puedo dejar al desorejado sin una blanca.—Seguimos?

—Adelante.

—De cuánto está vez?

—Doble, si quieres.

—Vaya doble.

Un armado se acercó con el mayor silencio al círculo formado por los curiosos.

Mal-alma desparramó otra vez los dados.

—Ocho! esclamó con alegría y echando mano al monton de monedas.

—Ocho... le dijo su contrario con la mayor sangre fria:—Pues entonces he ganado yo.

—Tú!

—Sí, mira, el nueve gana al ocho: y le mostró el dado por la parte en que tenia nueve pintas negras.

—Cuerpo de Cristo, rayo y Belcebú, que ya esto es por demas!—Has conseguido dejarme sin dinero, desorejado.

—El armado encubierto se habia aproximado mas á la mesa.

—Con que si te encuentras arruinado no podrás continuar?

—Oh! y harto lo siento!... pero calla, una idea magnífica se me ha ocurrido.—Sigo... dame el cubilete, que...

—Tienes dinero?

—No.

—Pues entonces...

—Pero tengo una cosa que vale tanto como se quiera pedir por ella.

—Y esa cosa...

—Es una mujer.

El desconocido aplicó el oido.

—Una mujer! Já, já, una mujer... y una mujer vale acaso...

—Por Barrabás, que eres tan bruto como el mas bruto desorejado.—No vale nada una mujer por quien la compañía esta noche ha corrido grandes peligros, y por quien ha muerto alguno de los soldados del generoso? No has caido que te he hablado de la presa?...

—De doña Elvira? De esa jóven tan noble y pura que con su padre pasaron por aqui al anochecer, y que se dirigian al real Monasterio de las Huelgas de Burgos?

—Sí, eso es, de doña Elvira de Luna y Osorio, te he hablado: repuso Mal-alma, contemplando á su compañero para ver si daba señales de que le agradaba su proposicion.

—Cielos! esclamó el desconocido, llevando la mano derecha á la empuñadora de su espada.

—Con que, qué contestas?

—Que acepto.

—Y en cuánto la pondremos?

—Oh! primero en cien cornados, y despues...

—Vaya en los cien cornados: contestó el desorejado poniéndolos en medio de la mesa.

El armado apoyó la mano en esta.

Los jugadores cogieron los dados.

—Tres! dijo el desorejado mostrándolo.

—Uno; y qué el diablo te confunda.—Rayo y sangre! pues si me ganas esta vez me quedo arruinado para toda mi vida, y sin mujer que es lo que mas siento.

La mano que el desconocido apoyaba en la mesa, tembló de una manera convulsiva.

—Sigue el partido? preguntó el desorejado.

—Sigue.

—Y en cuánto pones esta vez á doña Elvira?

—En nada; repuso el desconocido.—Esa jóven te la compro yo en cuanto oro quieras.

Mal-alma y todos sus compañeros miraron con asombro al encubierto.

—Sí, te la compro: volvió á decir el armado.

—Pero bien, y tú quien eres? que estas entre nosotros y no te conocemos?

—Soy... pero nada te importa saberlo; cuánto quieres?

—Sobre los cien cornados que debo al desorejado, quiero cien monedas de oro.

—Tómalas.

Y el desconocido vació sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro y plata.

Todos los bandidos y el primero Mal-alma estaban llenos de sorpresa; porque indudablemente pertenecia á la compañía cuando se hallaba entre ellos y nadie lo conocia.

—Ahora, condúceme al lugar donde la tienes.

—No tengo inconveniente: sígueme.

Mal-alma abandonó el asiento que ocupaba y echó á andar seguido del enqubierto.

Los dos atravesaron dos ó tres subterráneos enteramente desiertos y comenzaron á bajar una escalera de caracol, en estremo larga y estrecha, que terminaba en una doble puerta forrada de hierro.

El desconocido temblaba de piés á cabeza. Sus ojos bri-

llaban estraordinariamente al través de los alambres de la bisera.

El bandido descorrió un enorme cerrojo y penetró en la estancia donde la desgraciada hija de don Jimeno, ya vuelta de su desmayo, se paseaba, loca, frenética, tocando la piedra de las paredes y llamando á su padre á voz en grito. La infeliz se creyó al principio víctima de un sueño horroroso. Pero al contemplar aquellas paredes frias y desnudas, al ver aquel aposento sin muebles y alumbrado solo por una lámpara, cuya luz era triste y opaca en demasía, se convenció por su desgracia de que no era un sueño cuanto le pasaba. Sus megillas antes frescas y sonrosadas, se hallaban pálidas y surcadas por las lágrimas que de sus ojos azules y grandos se desprendian sin cesar.

Elvira era mas bien alta que baja: sus facciones de una perfeccion delicada se asemejaban á las de las mujeres de la antigua Grecia. Sus labios finísimos, de un vivo carmin y en estremo delgados, dejaban ver, la mas blanca y encantadora dentadura. El precioso color de oro de sus cabellos, y sus ojos grandes, rasgados, azules y ribeteados de largas y rizadas pestañas, contrastaban maravillosamente con la blancura de su cútis de nácar y con el agradable sonrosado de sus megillas. El rostro de la hija de don Jimeno, se parecia talmente á los de las imágenes que Rafael de Urbino hizo despues en sus célebres y nunca bien ponderadas pinturas. Su cuerpo, bello y esbelto, tenia esa gentileza y naturalidad encantadora de las mujeres del antiguo testamento. Elvira tendria escasamente diez y siete años.

Mal-alma penetró en la estancia seguido del encubierto. Elvira estaba en aquel momento hincada de rodillas, implorando á Dios. Su postura era la mas patética é interesante.

—Elvira! esclamó el desconocido acercándose á la jóven: —Elvira! perdon... oh! perdon!

Mal-alma estaba cada vez mas sorprendido.

—Elvira mia! volvió á decir el encubierto.

—Ah! eres tu Felipe? Pues cómo has llegado hasta aquí? Cómo te encuentras en este calabozo? Sabes con quién estamos? Estás preso tambien como yo? Oh! nos reune el cielo, Felipe, nos reune el cielo para salvar á mi padre! Qué habrá sido de él, Dios mio! Padre, padre... yo quiero verte, yo quiero saber dónde estás... Oh! Felipe, líbrame de estos hombres; salva á mi padre... no es cierto que has venido á salvarnos á todos?... Oh! si supieras que hombres tan horribles hay en esta mansion... mira, son los *formidables*... Oh! qué horror! qué hombres tan malvados, no digas que eres caballero porque te asesinarian; no digas que me amas, porque... uno de ellos ha tenido la audacia...

—Desgraciado el que se haya atrevido!... Oh! habla, habla, Elvira!

—Uno de ellos, Felipe, ha tenido la audacia, á pesar de mis lágrimas y de mi resistencia, oh! qué horror! de acercar sus labios á los mios!...

—Desgraciado el que haya sido! quién es? cómo se llama? lo conocerias si lo vieses, Elvira?

Mal-alma que habia conocido la voz del encubierto, dió un paso para huir. Elvira que hasta entónces no lo habia visto, esclamó acercándose al caballero toda trémula y asustada:

—Oh! ese es el hombre, Felipe, ese es... líbrame de él; quítalo de mi vista, porque ese hombre me causa un horror tan grande, es tan horrible, que...

Elvira no pudo concluir. Su amante descargó tan terrible golpe con la maza de hierro que llevaba, en la cabeza del infeliz Mal-alma, que este á su pesar rodó por el suelo, dando grandes y desaforados gritos.

Todos los bandidos de la *formidable*, y entre ellos Nuño Fajardo, acudieron al instante. El calabozo de Elvira fué inundado repentinamente por aquellos forajidos.

Mal-alma no cesaba de decir en voz baja y con acento desesperado:

—Venganza! oh! compañeros, matadlo... matadlo! vengadme...

¡Los bandidos desenvainaron sus aceros, y veinte espadas se vieron vibrar sobre la cabeza del desconocido.

—Dios mio! Señor! socorrednos!... esclamó la bella y jóven hija de don Jimeno, cayendo desplomada sobre sus rodillas, y alzando al cielo las manos en señal de súplica.

—Cuerno y sangre, á él! dijo Nuño Fajardo animando á sus soldados, mientras que Mal-alma se revolvia en el suelo con las ansias de la muerte.

—Al intruso, compañeros, al intruso! dijo el desorejado con voz de trueno.

Los bandidos se precipitaron como fieras sobre el armado. Pero este permaneció tranquilo. Una espada cayó con terrible furia sobre su casco. Entonces dijo esforzando la voz y dando un paso adelante:

—Atrás, voto á sanes! atrás, canalla insolente, que os lo mando yo!

—Y quién eres tú, cuerno y sangre! repuso el teniente sin dejar su juramento favorito.

—Miserables!

—A él, compañeros, á él, sin compasion! volvió á decir Nuño Fajardo, terriblemente irritado.

Los *formidables* se precipitaron de nuevo sobre el desconocido. Su casco de acero y oro, cayó al suelo dividido en dos pedazos.

—Nuño Fajardo y sus compañeros esclamaron llenos de asombro:

—El generoso!

—Nuestro capitan!

Dijeron todos asombrados y dando un paso atrás.

—Felipe! dijo tambien Nuño Fajardo alargándole su diestra.—Por Cristo, que sino lo descubres lo hubieras pasado mal con tu tropa, que cada dia es mas valiente.—Cuándo has llegado?

El generoso no contestó. Contemplaba á Elvira que al escuchar era el capitan de los bandidos, esclamó asustada y llena de horror.

—Cielos! bandido!... gefe de esta turba horrible y cruel! Ah! señor, socorro! socorro!... de quién me fiaré? quién me amparará? Ah! bandido! asesino! oh! qué horror y yo que le amaba!... á un bandido! á un asesino!... Ah! padre mio, ven, tu hija se halla sola y...

—Elvira! Elvira!...

—Oh! apártate, miserable! apártate, huye de mi vista; no te amo, no!... te odio, te aborrezco mas bien!...

—Elvira, escúchame, mira, soy inocente... esclamó el generoso estendiendo sus brazos hácia la jóven:—Oh! perdóname, soy inocente, sí, mis padres...

—Apártate, no te amo, te odio, te desprecio... te desprecio, á pesar de que te amaba con tanto delirio!—Oh! Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada?—acaso, porque amaba con toda la pureza y verdad de mi corazon, á ese hombre, á ese asesino?... Ah, señor, si es por eso, perdonadme porque ya no le amo, no debo amarle, al menos!...

—No debes amarme, al menos, no es verdad! oh! Elvira, tu lengua no puede decir lo que tu corazon no siente!... y eres tú, la que me amaba con tanto delirio! y eres tú la que decia que nada ni nadie podria nunca hacer que dejáras de amarme?—Elvira, no solo has olvidado tus juramentos, no solo has faltado á tus promesas, sino que en vez de compadecerte de mi desgracia, me desprecias, me insultas y me hieres el alma sin piedad y sin conmiseracion!

—Miserable! esclamó Elvira casi fuera de sí:—Y quién sois vos para reconvenirme! no os conozco, no os amo, ya lo sabeis!... llevadme, si sois humano y teneis un resto de sentimiento, adonde se halla mi padre! oh! solo con él, seré feliz! Dios mio, yo muero! yo muero...

Y dió tan terrible golpe con su cuerpo sobre el pavimento, que resonó en toda la estancia de una manera espantosa.

—Elvira! bien mio! Elvira! Ha muerto, Dios mio? Oh! malditos seais, imbéciles! Malditos seais cien veces, que por vosotros he perdido el amor mas puro y santo, y por vosotros tam-

bien la he perdido á ella!—Elvira, Elvira, mira... escuchadme... nada! todo en vano!

Los bandidos se agruparon en derredor de doña Elvira y el generoso.

Este se incorporó al cabo y dijo á Nuño Fajardo, con la mayor tranquilidad.

—Dónde está el padre de esta infeliz?

—En mi habitacion.

—Pues bien, inmediatamente mandad conducid á esa jóven, donde se halla don Jimeno.

—Hay un inconveniente, Felipe.

—Cuál es?

—Que su padre se halla herido y si la vé en ese estado...

—Esto mas! esclamó golpeando la tierra con su pie derecho: Oh! el demonio me persigue!

—Tus órdenes se cumplirán tan luego como vuelva de su desmayo doña Elvira.

—Bien: y en el momento que los dos se hallen en disposicion de caminar, darle libertad, lo ois?

—Perfectamente.

—Vos solo me sereis el responsable, sino se cumple todo lo que he mandado.

—Descuida, que todo se hará al pie de la letra.

—Escucha, Nuño: si alguno osase ofender al padre ó á la hija, será castigado con la última pena... y ahora adios quedad, amigo mio...

—Te marchas!... nos abandonas, Felipe? dijo Nuño enternecido.

—Sí.

—Oh! no hagas tal, hijo mio, mira...

—No os canseis, porque todo es inútil.

—Pero pueden saber siquiera tus amigos dónde te diriges?

—A los infiernos! contestó el jóven, saliendo de la estancia precipitadamente y llevándose su diestra á los ojos, para contener las lágrimas, que á pesar de los esfuerzos que hizo para detenerlas, rodaron lentamente por sus megillas.



CAPITULO XXXI.

De como Nuño Fajardo cumplió al pié de la letra las instrucciones del generoso.

Dos dias despues de lo ocurrido, se hallaba completamente restablecido el padre de Elvira. Los dos estaban juntos en la mejor estancia de las ruinas. Mientras que don Jimeno daba largos paseos por la habitacion, su hija se entretenia, recostada en una enorme columna de piedra, en deshojar un precioso ramo de lilas que Nuño Fajardo habia puesto en sus manos, tan luego como el dia asomó por el horizonte.

Una espantosa palidez cubria el rostro de la bella Elvira. Sus ojos desencajados y rodeados de un círculo azulado, vagaban de una manera que no dejaba duda del estado en que se encontraba aquella infeliz é interesante jóven. Los padecimientos de Elvira, eran uno de esos padecimientos grandes, horribles, que jamás se curan, que lastiman, pero de una manera cruel, el corazon y el alma. La infeliz amaba con toda la ilusion y la pureza propias de un corazon de diez y siete años, á un jóven, bello en estremo, caballero y noble como el primero, á juzgar por sus distinguidos modales y por la riqueza de sus trages. Este amante querido, era un bandido, era el gefe de la mas cruel y perversa compañía de bandoleros que existió en Castilla por la época de que hablamos, y en la situacion que ya conoce el lector. Tamaño golpe era

demasiado grande para su pobre corazon, que hasta entonces no habia conocido la desgracia, que hasta entonces no habia hecho mas que amar, á Don Jimeno en sus años infantiles, y á su amante y á este despues. Elvira amaba *á Felipe á pesar de lo ocurrido*, porque el amor que le tenia no se estinguia tan fácilmente; pero el recuerdo de lo que habia pasado, la llenaba de indignacion y de vergüenza. «Cómo amar á un bandido? se decia la infeliz en sus soliloquios:— Oh! imposible, imposible! es necesario ocultar este amor en lo mas recóndito del alma; es necesario apagar con el sufrimiento y la reflexion esta llama que arde en mi corazon, encendida é inflamada por un hombre indigno, un hombre á quien el mundo y el cielo rechaza!

—Y sin embargo, le amo, Dios mio, y no tan solo le amo sino que hasta le compadezco, porque tal vez circunstancias particulares... Oh! un bandido nunca tiene disculpa!» Se decia despues como queriéndose reconvenir de haber aun á solas tratado de disculpar al que su corazon amaba.

Elvira, como dijimos al principio de este capítulo, se entretenia, en medio de su distraccion, en deshojar el precioso ramo de lilas que Nuño Fajardo le habia dado. Su padre, al notarlo, la dijo con tono cariñoso:

—Qué haces, hija mia?—Estás deshojando la flor que te ha regalado ese hombre, que para bandido es demasiado generoso.

—Generoso! generoso, padre mio! qué habeis dicho? oh! si supiérais, sí... pero teneis razon.—Vos me hablais de ese que llaman Nuño, no es eso?

—Ciertamente.

—Oh! pues lo he hecho distraida! esta flor no tiene verdaderamente la culpa de nuestras desgracias.

—Tienes razon hija mia; pero en medio de nuestras desgracias, como dices, hemos sido afortunados.

—Afortunados! oh! callad!...

—Escúchame, hija mia, y te convencerás de la verdad que acabo de decir:—Hemos sido cogidos por unos bandidos, es

verdad; pero estos nos tratan, estoy por decir que con veneracion: á tí no solo te han respetado, sino que te han devuelto á tu padre para que los dos vivamos juntos el poco tiempo que estemos aquí. Y he dicho poco tiempo, porque segun me ha dado á entender el gefe de esa gente...

—El gefe! qué gefe, padre mio!

—Ese que viene aquí, el llamado Nuño.

—Ah! sí, teneis razon.

Dos golpes dados en la mal pergeñada puerta de la estancia, interrumpieron la conversacion comenzada.

—Dais permiso? dijo una voz desde afuera.

—Adelante: contestó don Jimeno.

Y Nuño Fajardo penetró á poco en la vivienda.

—Estais fuerte como para viajar, don Jimeno? dijo Nuño.

—Cuerpo de Cristo, ya lo creo!

—Pues entonces estais libre, como igualmente vuestra hija.

—Libre! como... acaso... puedo seguir mi viaje? repuso el de Osorio lleno de estupor y sorpresa.

—Cuando querais.—Y para el efecto os entrego este salvo conducto. Sólo una cosa os pido, en nombre de mis compañeros.

—Hablad.

—Que guardeis silencio acerca de nosotros y que no reveleis el parage donde estamos.

—Os lo prometo: contestó don Jimeno, cogiendo al mismo tiempo el salvo conducto que le presentaba el teniente de la *formidable*.

—En ese caso podeis marchar cuando gusteis. Vuestros caballos y la litera de doña Elvira están dispuestos para la hora que mandeis!

—Y nada pedís á vuestros prisioneros?

—Nada.

—Y vuestros compañeros?

—Tampoco, señor; se les ha prohibido.

—Pues en ese caso tomad, señor capitan...

—No pico tan alto, señor: repuso Nuño interrumpiendo á don Jimeno.

—Qué, no sois el capitan de la compañía?

—No lo soy.—Nuestro gefe es el que os dá la libertad.

—Y en dónde está?

Estaba con nosotros; pero hace dos ó tres dias que ha desaparecido y nada sabemos de él.

Elvira ahogó un suspiro, y volvió el rostro á otro lado para ocultar su conmocion.

—Pues bien, tanto para él como para vos, si algun dia necesitais mi proteccion, la obtendreis, con este anillo que os entrego. Nada podré negar á quien me lo presente.

Nuño Fajardo cogió el anillo y se lo guardó en parte segura.

Media hora despues, salian don Jimeno y su hija de las ruinas de San Benito. Elvira ocupaba la litera, y su padre cabalgaba á su lado, como antes de ser sorprendidos por los bandidos de la *formidable*. Dos de estos, de los que mas confianza inspiraban á Nuño Fajardo, acompañaban á los viageros.

Estos no tardaron en llegar al lugar donde fueron asaltados. Elvira sacó la cabeza por una de las ventanas de la litera y esclamó lívida como un cadáver.

—Mirad, padre mio, esos cadáveres pertenecen á nuestros soldados.

—Infelices!

Y el padre y la hija rezaron un *pater noster* con mayor devocion.

Doña Elvira vió á poco una sombra por entre las retamas, y esclamó entonces casi imperceptiblemente:

—Felipe!... oh con que vive! Gracias, Dios mio!

CAPITULO XXXII.

En el que se vé que las visiones son de carne y hueso como las personas.

No muy lejos de las ruinas de San Benito de Palermo, y en un lugar en estremo sombrío y apartado del camino, se encontraba al pie de un elevadísimo monte desde cuya cima, cuajada de nieve, caian multitud de pequeños torrentes de agua pura y cristalina, se encontraba decimos, por los años de 1326 cercada de árboles y de robustas encinas, una pequeña choza cubierta de bálago y yedra. Una cruz de madera oscura, toscamente hecha, se veia campear en la parte superior de aquella ermita. Su puerta endeble y aun por algunos lados casi podrida, efecto de la humedad y el tiempo, ese consumidor voráz de todo lo terrestre, se hallaba enteramente abierta y permitia ver la parte interior de aquel reducido recinto. Una mesa rústicamente labrada, servia de altar á un enorme crucifijo de madera, alumbrado constantemente por una tea, y á una calavera, cuyo cráneo que talmente parecia de marfil, brillaba estraordinariamente, porque el sol que ya comenzaba á ocultarse, la heria perpendicularmente. Un lecho de yervas secas, y un pequeño cántaro lleno de agua completaban el adorno interior de la choza, é indicaban claramente que solo un monge ó un ermitaño entregado constantemente á la oracion y á la penitencia, podian habitar aquellos lugares tan solitarios. Y con efecto la persona que

moraba en aquel sitio sombrío y distante, hacia quince años que se hallaba entregada á la penitencia y á la oracion. Esta persona, era una mujer de unos cuarenta años, alta de cuerpo, en estremo delgada, de ojos negros y grandes y de color moreno. Su rostro estaba lleno de mansedumbre y dulzura, y en toda ella se veia una resignacion santa y evangélica. Sus ojos grandes y vivos de suyo, tenian la dulzura y laxitud propia de los ángeles y querubines, que pueblan las regiones celestes. Vestia un tosco sayal de lana parduscа, que permitia ver sus pies flacos y desnudos enteramente. Su hermoso pelo negro lo tenia recogido por detrás con descuido, y cubierto con un manto de la misma clase y color que la túnica. Un rosario de gruesas cuentas, terminado en una cruz de nácar, colgaba de su cintura, la cual estaba ceñida por una cuerda de esparto.

La penitente, se hallaba arrodillada delante del crucifijo y apoyaba sus manos en la calavera. El mayor silencio reinaba en su pequeña habitacion. En todo aquel sitio no se oia mas ruido que el que producian las aguas al despeñarse por las montañas, y el canto de algun que otro pájaro, que atravesaba precipitadamente el espacio para buscar su nido. El sol comenzaba á ocultarse, y el valle donde estaba la ermita de la penitente, se cubria de oscuridad á causa de las elevadísimas montañas que la circundaban. La penitente alzó la cabeza y contempló largo rato el sol, que ya apenas calentaba. Entonces lanzó un suspiro y dijo, dirigiendo sus hermosos ojos al crucifijo:

—Señor, ya pasó tambien este dia... y yo... vivo y espero la muerte hace quince años!... cuándo me perdonareis, Dios mio? Cuándo volaré á la mansion en que habitais? oh! nunca!... nunca... una pecadora como yo, no entra jamás en el reino de los cielos, en ese lugar divino y santo, ocupado solo por los ángeles y por el justo!—Señor no he de obtener yo algun dia vuestro perdon?... Ah! concedédmelo, es toda mi esperanza, y lo espero porque sois grande, generoso y liberal!... no es cierto señor que os apiadarais de mí, y que...

La penitente no pudo seguir. Grandes voces y ruido de caballos, llegó á su oido. Era la primera vez que en el espacio de quince años escuchaba otro ruido que el del viento y el de las aguas.

Las voces se oian cada vez mas inmediatas. Y entonces aquella infeliz mujer, que no se asustaba de vivir sola, abandonada, espuesta á los frios y huracanes del invierno, cerró la puerta de la ermita y todo se quedó en silencio.

Dos hombres, perfectamente armados, los dos caballeros sobre preciosos potros andaluces, se presentaron frente de la ermita. Uno de ellos dijo con tono desesperado:

—Por San Bruno, que esto pasa ya de castaño oscuro! pues no andamos tres dias por estos sitios y no podemos encontrar...

—Calma, calma, señor capitan del rey, que la gente que buscamos no se halla tan fácilmente. Capaces son de estarse cada uno escondido en el tronco de un árbol, aunque sean tres dias! Vaya, vaya; con que creíos que son los bandidos de esa clase de gente que presentan batalla á campo raso? Oh, pues engañado vivís.—Apuesto un dedo, y aun mas si quereis, á que no dais con ellos en toda la vida, si toda la vida andubiérais buscándolos por estos andurriales.

—Pues no solo tenemos que buscarlos, sino vencerlos y derrotarlos para librar á estos países de sus fechorías, y para arrancar de su poder á don Jimeno de Luna y Osorio, que con su hija fueron cogidos por esos villanos asesinos.

—Sabeis que debe ser apurada la situacion de don Jimeno? al mas pintado le doy yo estar con unos bandidos como los de la *formidable*, teniendo consigo á una hija tan bella como la suya!

—Oh, y gracias que dos ó tres de sus soldados pudieron escaparse y venir á Burgos á dar parte de lo ocurrido.—Pero esto es capaz de desesperar á cualquiera!... donde hallaremos á esos malditos de hombres? si encontráramos por aquí á alguien.

—Diablo! quién iba á tener la estravagancia de vivir por estos sitios, señor capitan Mendoza?

—Un condenado, ó un arrepentido, señor mio... y sino mirad; no veis una ermita al pié de ese monte?

—Por Dios, que teneis razon! pero probablemente esa ermita estará desocupada... tal vez haga cien años que murió el infeliz que la habitase.

—Teneis razon; pero nada perdemos con dar un golpe, á ver si siquiera nos contesta el ánima de ese pobre.

—Es verdad, puesto que nada se pierde...

Y metiendo espuelas á los caballos se pusieron de un salto en la ermita de la penitente. El capitan Mendoza dió dos ó tres golpes con el asta de su lanza, en la deteriorada puerta. Esta permaneció cerrada.

—Abrid, padre, abrid, que somos gente de paz: dijo el capitan, creyendo oir la respiracion de una persona asustada.

Todo siguió en el mismo silencio.

—Perder cuidado, señor ermitaño, que solo venimos á haceros una pregunta.

La puerta se abrió entonces y apareció en el umbral la penitente.

El capitan y su compañero dieron un paso atrás.

—Jesus mil veces! esclamaron á un tiempo.

—Qué quereis, señores? Deciais que solo una pregunta.

—Pero no pudierais decirnos antes, si sois efectivamente una mujer ó el alma... ó la sombra... ó el demonio en figura de mujer para cargar con nuestras almas, despues de haber tentado nuestras paciencias?...

Mendoza no pudo menos de sonreirse de la sandéz de su compañero, y la penitente le contestó con la mayor dulzura.

—Mujer, señor soldado, mujer, y mujer pecadora...

—Diablo! esas tenemos!... con que sois como yo así... de carne y hueso? Y decidme, cómo podeis pecar aquí?...

—Siempre pecamos, sino de obra, de pensamiento; pero aquí soy la pecadora arrepentida; aquí no hago otra cosa que llorar y orar, señor soldado.

—En cuanto á lo de orar no haria yo mal anacoreta, porque soy un tanto aficionado al rezo, que me enseñó el difunto Abad de San Andrés; pero tocante á lágrimas, juro por mi vida y por la vuestra, si la teneis, señora, que en todo el curso de mis años no he podido derramar una: pero eso vá en...

—Quisiérais decirme cual es el objeto de vuestra venida? volvió á decir la penitente dirigiéndose á Mendoza é interrumpiendo á su compañero.

—Señora, contestó el capitan; nosotros estamos encargados por su alteza el rey de Castilla, de buscar por estos sitios unos bandidos pertenecientes á la mas célebre compañía que ha existido...

—Y con qué objeto los buscais?

—Con el objeto de vencerlos y de estinguirlos.

—Y no sois mas que vosotros dos los que...

—Tate, tate, señora, que se han quedado aqui detrás del monte cien magnificos caballos y otros tantos soldados de las mesnadas de su alteza.—Pero nosotros quisiéramos saber donde se hallan esos bandidos, ó hacia que lado cae la guarida que los alberga.— No pudiérais decirnos algo?

—Ignoro absolutamente.

—Ah, no temais revelarnos cualquiera cosa que sepais, porque serán vencidos si los encontramos.—Estad en la inteligencia que no solo haceis un servicio al rey, sino hasta á la misma humanidad. La crueldad de esos hombres tiene llenos de temor á los habitantes de estos pueblos.

—Os digo con verdad, señor capitan ó gentil-home, que nada sé acerca de esos bandidos, porque jamás los he visto.—Solo sé que hay á poca distancia de este valle unas ruinas...

—Hácia qué lado señora? porque tengo noticias de que las ruinas de un monasterio, sirven de guarida á esos forajidos.

—A la izquierda de este monte, y á la derecha del camino que parte para Burgos.

—Oh, gracias, señora; gracias, y que el cielo os conceda lo que mas apetezcais.

—Él os haga feliz, caballero: contestó la penitente penetrando en su choza.

Los ginetes metieron espuelas á sus caballos y desaparecieron en un instante.

El compañero de Mendoza quedó íntimamente convencido de que la penitente era de carne y hueso como él.

CAPITULO XXXIII.

En el que hay una escena digna de ser contada.

El capitan Mendoza y su tropa siguieron la direccion indicada por la penitente, y aunque les costó algun trabajo dar con las célebres ruinas del monastério de San Benito, al cabo no fué en valde la caminata, pues en ellas encontraron las tropas del rey, lo que buscaban con tanto afan y deseo. Los bandidos de la *formidable* fueron sorprendidos en su nunca encontrada guarida. Siendo tal el asombro y la confusion que se apoderó de ellos en el momento de penetrar las tropas de don Alonso, que la mayor parte se entregaron sin oponer la mas mínima resistencia.

Pero antes de referir estos sucesos, no será fuera de propósito que oiga el lector la arenga que el capitan Mendoza dirigió á sus soldados al descubrir las mutiladas torres del monasterio.

—«Soldados, amigos mios, les dijo con cariño: nuestra

mision es sagrada, porque no sólo cumplimos las órdenes, y satisfacemos el deseo de nuestro rey y señor don Alonso XI, que Dios guarde, sino que libramos á la sociedad y á vuestros hermanos, los que viven en este pais, de la plaga mas horrible y cruel.—Confio en vuestro acreditado valor, que esos enemigos del órden y de la humanidad, dejarán desde hoy de ser el terror de estas comarcas.—No haya piedad para ellos, amigos mios, caigan sin compasion vuestras espadas sobre sus culpables cabezas, y reciban de una vez el castigo de sus maldades.—En Burgos hemos de entrar mañana, saboreando el dulce placer de la victoria: no es eso, soldados?»

—Sí, sí, eso es: dijeron todos con entusiasmo.

—Bien, compañeros y amigos, bien, correspondeis á los deseos de su alteza y á los mios!

—Viva el rey! repuso la soldadesca desenvainando sus espadas.

—Viva, señores, viva cien años para nuestra felicidad, y su memoria eternamente; pero es preciso que haya cautela, y que todo se haga con el mayor sigilo, porque si se aperciben los bandidos de nuestra llegada, tal vez se nos escapen de las manos.

Los soldados guardaron silencio. Y á poco de esto penetraron en las ruinas en el momento en que los *formidables* se hallaban todos reunidos y descansando en la cueva, llamada el salon de las conferencias.

Nuño Fajardo les decia que Mal-alma habia sido castigado con la última pena por faltar al respeto al capitan de la compañía, y que por órden de este tambien habia sido puesto en liberlad don Jimeno de Luna y su bella hija.

Apenas Nuño acabara de hablar se apareció en la estancia un hombre que despues de sacar su espada, les dijo sin andarse con rodeos ni ambages.

—Daos todos á prision en nombre del rey.

—Quién es este miserable, compañeros? repuso Nuño Fajardo con desden.

—Soy.... pero ya tendrás lugar de conocerme, asesino: y con un silvato que acercó á sus labios, hizo que la cueva se llenara de tropa.

—A ellos! esclamó precipitándose sobre el primero.

—Cuerno y sangre, estamos perdidos! dijo Nuño defendiéndose como un leon.

¡Pero todo en vano. Las tropas del rey aprisionaron á una porcion de foragidos, y solo un pequeño número entre ellos Nuño Fajardo, eran los que mas resistencia oponian.

—Animo, compañeros, ánimo y valor hasta el último momento.... y si veis que esos miserables tienen la suerte de vencernos, porque son mayor en número, atravesarós antes el corazon con vuestros puñales, como lo hará vuestro gefe.

—Pues vivo te quiero, y vivo te cojeré para que su alteza y la gente toda se divierta en ver rodar por el polvo tu horrible cabeza: contestó el capitan Mendoza, sin dejar de ganar terreno.

Nuño Fajardo y los bandidos no apresados por Mendoza, que ascedian á mas de treinta, se refugiaron en el hueco de una puerta, que nunca la vieron ellos abierta. Ya les faltaban las fuerzas y peleaban con sus contrario sin obtener ventaja alguna. Los bandidos se vieron perdidos, y hubo un momento en que vacilaron; pero Nuño Fajardo les animó con estas palabras:

—«Valor, compañeros, valor hasta el último momento: no hay que desmayar... peleemos hasta que nos falten las fuerzas, y despues nos entregáremos.... pero cuando ya seamos cadáveres... valor, y mostrad hasta lo último que sois dignos soldados del generoso.

—Oh, sí, pero nos abandona en el momento que mas necesitamos de él: dijeron los *formidables*, con amargura.

—Vuestro gefe no os abandona en el peligro, compañeros: Dijo una voz asaz conocida de los bandidos, al mismo tiempo se abrió la puerta que los resguardaba. Vuestro descuido os á perdido.

—Fuera, compañeros, fuera; dijo el generoso montando en un brioso alazan perfectamente vestido con todos los atavíos de guerra.

Los bandidos se precipitaron en pos de él. Pero todo en vano porque las tropas del rey les seguian sin dejar de descargar grandes mandobles sobre las cabezas de los fugitivos. Estos pudieron llegar á la encrucijada, donde fué cogido don Jimeno, y allí se agruparon en derredor de su gefe, formando un círculo impenetrable. El capitan Mendoza que no se habia olvidado de coger su caballo, y treinta mas de sus soldados, arremetieron con terrible furia al círculo formado por los *formidables*. Estos vacilaron un momento y despues volvieron á rehacerse.

—A ellos, otra vez! dijo Mendoza metiendo espuelas á su caballo.

—A ellos... contestaron los soldados entrando en el círculo y deshaciéndolo, sin que los bandidos tuvieran lugar para levantarse del suelo esta vez.

Entonces comenzó la mas horrible carnicería. Todo se habia concluido. La *formidable*, como habia dicho Mendoza, dejaria de existir en el mismo dia que él los encontrara.

—Basta, compañeros, basta: dijo el capitan á sus soldados.

—No basta: contestó el generoso montando de un salto en su caballo, y arremetiendo á Mendoza con tanta furia que el capitan del rey se vió en estremo apurado.

Pero veinte mazas de hierro cayeron sobre el amante de Elvira, y este y su caballo dieron consigo en tierra, el primero sin hablar una palabra, y el segundo dando fuerte y prolongados relinchos.

Media hora despues todo quedó en el mayor silencio. Las tropas del rey se dirigieron á Burgos, llevándose los prisioneros que habian hecho en las ruinas.

El campo donde habia tenido lugar la lucha, estaba sembrado de cadáveres, y la tierra teñida de sangre. Solo uno de aquellos infelices respiraba, si bien con algun trabajo.

Cuando el dia comenzó á dejarse ver por el horizonte, una mujer toda vestida de negro, con los piés descalzos, y el rostro lívido y cadavérico, se vió apartar con sus flacas manos las malezas que habia cerca del sitio donde yacian los bandidos de la *formidable*. Aquella mujer los tocaba á todos y aun escuchaba con la mayor atencion si alguno de aquellos infelices respiraba. Pero de todos se habia apoderado el horroso frio de la muerte. Entonces se acercó al amante de doña Elvira de Luna y aplicó su oido á la bisera del casco. La penitente creyó oir una respiracion casi apagada y penosa.

—Dios mio, esclamó alzando al cielo las manos: se salvará este?

Y levantó la bisera del casco, á fin de que el aire hiciera respirar al herido con mas libertad.

A los ojos de la penitente se presentó un hermoso rostro, de color blanco, de ojos azules y de precioso cabello rubio. El herido no representaba arriba de veinte años.

—Cielos! esclamó la penitente dando un paso atrás, sorprendida: estas facciones... este rostro todo... qué semejanza tan notable!... pero oh! imposible, imposible! yo deliro... sí, no me cabe duda de que es imposible... pero de todos modos socorrámosle...

Y la penitente se llevó con mil trabajos á su ermita al capitan de la *formidable*.



Oh! Socorramos, si alguno de estos infelices aun respira...



CAPITULO XXXIV.

En el que se vé que la penitente es una antigua conocida de nuestros lectores.

Trascurridos unos dias despues de los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, se hallaba bastante mejorado el capitan de la *formidable*, merced á los cuidados de la penitente y al esmero con que le habia tratado. Deseosa esta infeliz de hacer bien y de amparar á todo aquel que se hallase en peligro, salió de su pequeña habitacion, y se dirigió al sitio en que habia tenido lugar la batalla que dió fin con los bandidos de la compañía del generoso. Registró á todos, como la vimos mas arriba, para ver si alguno de aquellos infelices respiraba. Pero estos, menos el gefe habian sido víctimas de la fiereza que desplegaron los soldados de don Alonso. La penitente hubiera querido que todos respirasen para ampararlos; pero viendo que solo Felipe, era el único que daba señales de vida, lo condujo con mil trabajos y fatigas á su pequeña ermita. Una vez alli lo colocó cuidadosamente en el lecho de paja y henó que habia preparado para ella, aunque rara vez lo ocupaba. Despues frotó las heridas del paciente con yerbas que creyó como útiles á esta clase de males, y por la primera vez desde que se habia entregado á la penitencia, recorrió los pueblos inmediatos, con el objeto de hacerse con alimentos sanos y nutritivos para fortalecer á su enfermo, y drogas para la herida. Este, que por espacio de

tres dias estuvo sin dar señales de vida, comenzó al cabo á sentir el efecto saludable de las medicinas y alimentos que la penitente le administraba, no sin verter algunas lágrimas al contemplar el estado triste y doloroso á que lo habian reducido los soldados del rey.

Serian las cinco de la tarde del quinto dia en que se hallaba en la ermita el amante de doña Elvira de Luna y Osorio. La primavera tenia ya andada la mitad de su carrera. Por consiguiente el campo estaba en todo el apogeo de su hermosura. El valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente, presentaba un aspecto delicioso, magnífico. Todo allí era selvático y rústico; en todo se veía la naturaleza, grave, imponente y hermosa á un tiempo. Los árboles estaban cuajados de hojas, las flores embalsamaban al aire con el perfume que despedian, y el agua cristalina de los pequeños torrentes y derrumbaderos caia haciendo un agradable murmurio. Este cuadro encantador y divino se hallaba iluminado por los rayos del sol de mayo, que aunque ya comenzaba á acercarse á su cuna, imprimia en todo este lugar, el sello de la mas encantadora poesía.

Mientras que el capitan de la *formidable* dormia con la mayor tranquilidad, sobre el miserable lecho de su bienhechora, esta dirigia sus preces y oraciones al Altísimo, postrada delante del crucifijo que tenia en la ermita. Una palidez mortal cubria el rostro de aquella desgraciada: gruesas lágrimas se despedian de sus bellos ojos, tristes y amortiguados. Sus manos se estendian de vez en cuando hasta los piés del Cristo, y despues se las acercaba á sus labios, é imprimia en ellas multitud de ardientes besos.

La penitente volvió el rostro hácia donde estaba el jóven, y convencida dormia profundamente, esclamó alzando los ojos y fijándolos en el hermoso é imponente semblante del crucifijo:

—Señor, ah, perdon otra vez!... perdon cien veces!..., soy una miserable!... porque cuando mas necesitaba implorar vuestra misericordia divina, os he olvidado, os he abando-

nado!... Perdonadme, Dios mio, si por espacio de cinco dias no os he pedido la paz de mi alma y de mi conciencia!... perdonadme, sino me he acercado en tanto tiempo á este santuario una y mil veces regado con mis lágrimas, á bendecirte, á orar, á amarte, señor, porque esta tu esclava te ama con delirio, porque eres justo y magnánimo; porque eres grande y poderoso... y porque eres por último el rey, el dueño absoluto de todo lo creado. Ah! señor, cuando me reiré yo cerca de vuestro trono, como se rie ahora toda la naturaleza, creada por tí... cuando... pero acaso necesito llorar otro poco de tiempo por haberos olvidado estos dias?... oh! porque ha sido? sino por librar, por administrar en tu nombre á ese infeliz, todos los socorros que necesitaba, á ese infeliz, señor que al fin es vuestro hijo, tambien!... oh! y qué recuerdos tan gratos y crueles á un tiempo ha despertado en mi alma!... se parece tanto aquel ser que vos en vuestros impenetrables arcanos me arrancásteis de mis brazos para que yo llorara noche y dia, para que yo sufriera horribles dolores y espiara mis pasadas culpas... oh! miento, Dios mio, miento... perdonadme, vuestra intencion fué quitádmelo para que en vuestros brazos fuera menos desgraciado! no es eso? es cierto que me equivoco?... y sin embargo ese jóven, se parece tanto... no solo á mi hijo sino al conde de...

Y la penitente sin concluir la frase, miró á todas partes como asustada. Sus ojos desencajados y llenos de lágrimas, se fijaron despues en el hermoso, aunque desconocido rostro del jóven.

—Sí, se le parece! esclamó acercándose á él y cogiéndole una mano con cariño.—Se le parece... y tal vez sea mi hijo; tal vez sea mi querido Enrique!... oh, no hay duda, no hay duda... sino, no me latiria con tanta precipitacion mi corazon, sino; no esperimentaria la sensacion tan grata que esperimento al contemplarlo, al coger una de sus manos... oh! no me puedo engañar... mi corazon me lo dice... un instinto maravilloso me inclina hácia ese jóven que es in-

dudablemente mi hijo, mi Enrique. Ah, sí... Enrique, Enrique... dijo la penitente llamando al generoso en medio de su loco arrebato.

El amante de Elvira abrió precipitadamente los ojos.

—Me llamábais, señora? dijo mirando á la penitente lleno de estupor.

—Os llamais... que digo, te llamas Enrique?...

—Oh! no, y harto lo siento!—Deseariais que me llamára así?

La penitente soltó la mano del capitan, é inclinó la cabeza sobre el pecho. El golpe que habia recibido no podia ser mas terrible.

—Señora, señora, que teneis? oh, que teneis... acaso... os habeis puesto mala? hablad... dijo el generoso incorporándose y cojiéndole una mano que llenó de besos.

La penitente levantó la cabeza, y despues de echar una mirada llena de amargura sobre el Cristo, contestó sentándose cerca del herido:

—Nada, no es nada... y vos como os sentís?

—Ah, señora! vos me ocultais vuestras penas.

—Mis penas, mis penas se acabaron desde que me entregué á Dios.

—Hay tanta amargura en vuestras palabras que...

—Amargura! esclamó la penitente, amargura! oh, no lo creais, y sino mirad como me sonrio.

Y aunque lo intentó, sus labios no pudieron desunirse.

—Ah, lo veis, lo veis! repuso Felipe con interés: lo veis como no podeis finjir lo que no siente vuestro corazon? Ah, señora, no me lo negueis... vos padeceis tambien como yo, y vos como yo, teneis el corazon herido! no es cierto?

—Cierto, sí, cierto... dijo la penitente inclinando de nuevo la cabeza sobre su pecho.

—Y temeis comunicármelas, á mí señora, que os amo! Ah! no seais tan cruel!

—Me amais!... y por qué? Qué os he hecho yo para obtener vuestro cariño?

—Una madre, señora, no hubiera hecho por su hijo lo que vos por mí!

—Una madre! una madre... Conocísteis á la vuestra?

—No, señora; no sé siquiera quien fué.

—Cielos! vuestro nombre?...

—Felipe me han dicho siempre.

—Ah! si os llamárais Enrique!...

—Qué!...

—Tal vez pudiérais ser mi hijo: contestó la penitente casi maquinalmente.

—Vuestro hijo! y no os avergonzariais de tener por hijo á un... yo mismo tiemblo al decirlo!...

—Quién sois? quién sois?

—Un bandido, señora! un hombre que he autorizado el robo, el saqueo y el asesinato! Oh! pero bien sabe Dios, que era contra mis instintos!... pero mi padre, ó el que me recogió desde muy niño, era el capitan de la compañía que habreis oido nombrar con el título de la *formidable*, y por eso...

—Cielos! bandido! bandido... y sin embargo...

—Oh! tambien me despreciais! tambien como Elvira os asustais de mi? Ah, señora, no, no hagais tal... yo necesito una persona asi, como vos, que me consuele... Ah! porque si supiérais que llagado tengo mi corazon! si supiérais cuanto he sufrido!

—Y qué edad teneis?

—Creo que no he cumplido los veinte años, señora.

—Justo cielo! y ya teneis llagado el corazon? Y ya habeis padecido?

—Sí, ya he padecido... pero he padecido de una manera horrible, cruel... por qué no me dejásteis morir? Ah, algo mejor hubiera sido!...

Tal vez mañana encontrareis lo que hoy habeis perdido; repuso la penitente queriendo consolar precisamente con lo que ella esperaba todavia.

—Qué habeis dicho? creeis que Elvira me amará mañana, despues de saber que era un bandido, despues de haberme

dicho que me odiabá y que me despreciaba? Ah! señora! profetizais tambien? quiera el cielo que se cumplan vuestros pronósticos!

—No, no, yo no profetizo... yo, soy una pobre pecadora que hace mas de quince años busco en vano un hijo querido así como de vuestra edad, rubio como vos, y como vos bello y generoso! Ah, no sabeis cuanto he gozado al veros, porque... os creí mi hijo! si lo fuérais, si os llamárais Enrique!... Ah, pero no, el cielo no me quiere conceder esta gracia, y sabeis por qué... porque tal vez no haya espiado todavia mis muchas é infinitas maldades!

—Maldades, vos! imposible!...

—Oh! sí, maldades y maldades que todavia lloro!

—Ah! callad, imposible! vos, un ángel...

—Angel! ángel! habéis dicho!... pues el ángel, ha sido antes demonio!

—No os creo, permitidme que os lo diga.

—No me creeis! es verdad, sois demasiado jóven para creer que en el corazon de una mujer se puede encerrar todo el engaño y la falsía que yo encerré en el mio!—Si os dijera que aparentaba un amor que jamás sintió mi pecho... si os dijera... pero me callo porque el recuerdo, el recuerdo solo de mis primeros años, oh, me arranca el corazon, me hace perder la resignacion y el sufrimiento que he adquirido con el llanto y la penitencia! Si viérais que cosa tan buena es la oracion! si como yo tuviérais fé y esperanza en Dios, de seguro, vuestros dolores y vuestras penas se calmarian... tened confianza en él y vereis como al cabo conseguis lo que mas apetezcais: oh, no nos puede abandonar, es nuestro padre!...

—Ah, señora, cuán buena sois! qué palabras tan dúlces derramais sobre mi pobre corazon de veinte años ya herido, ya lastimado!

—Yo os quisiera proporcionar ahora mismo toda la dicha que deseais, porque os amo, os quiero... sí, mi hijo seria como vos, oh, y por eso solo... tendréis en mí siempre un guarda, una persona que velará constantemente por vuestra

vida, y que os dará toda la felicidad que pueda proporcionaros...

—Madre mia!...

—Oh! sí, repetid esas palabras! seré vuestra madre... os creo mi hijo, y tal vez... no recordais ningun pormenor de vuestra infancia? no conocísteis á nadie?...

—A nadie absolutamente: cuando tuve uso de razon me hallaba ya con Hugo de Troumblay; los bandidos me educaron y me enseñaron á odiar al género humano. El hombre que me habia prohijado tenia escelentes sentimientos, á pesar de su profesion; me amaba con delirio y algunas veces me llamaba su querido hijo: yo tambien le queria, porque jamás me quebrantó el mas mínimo gusto.—Cuando ya tenia yo diez y nueve años murió este infeliz, y su compañía me nombró en su lugar gefe de ellos, porque creian que con esto pagaban un tributo de cariño y agradecimiento al difunto Hugo. Yo no quise aceptar el cargo que me confiaban, porque me repugnaba estraordinariamente semejante vida; sin embargo ellos se obstinaron y yo hube de ceder. Pero en el poco tiempo que han estado á mi cargo esos hombres, no ha tenido lugar un asesinato, y yo he residido la mayor parte del tiempo en Valladolid, con el pretesto de estar á la mira de un asunto importantísimo. Allí fué donde conocí á la hija de don Jimeno de Luna; allí fué donde ella escuchó mi amor y donde me dijo tambien que me amaba.—Oh, ahora nada me resta! nada tengo, señora! Todo lo he perdido, todo!... porque con el amor de Elvira he perdido mi dicha, mi felicidad, mis esperanzas!... Ah, si yo tuviera una posicion, si yo fuera conde, ó caballero, Elvira seria mia! pero nada, ahora me desprecia! sí, porque me ha visto entre bandidos, entre asesinos!... Oh, maldito seais cien veces, y malditos sean tambien los que me entregaron á ellos!

—El dolor os hacen pronunciar palabras que no deben proferir vuestros labios: ya os he dicho que tengais confianza en Dios; ya os he dicho que si quereis conseguir lo que tanto deseais, en vez de mostraros desesperado y quejoso, ser por

el contrario resignado y sufrido. Nuestro Diós, no quiere la soberbia, hijo mio... la soberbia fué causa de que arrojára del cielo y lanzára en las tinieblas, al ángel mas hermoso que tenia junto su trono.—Resignacion y esperanza, Felipe. Esperad, y...

—Esperad! y hasta cuándo? oh, señora que triste es aguardar!

—Teneis razon, muy triste; pero el que espera con fé consigue al cabo lo qué desea.

—Cuánto tiempo hace que esperais vos?

—Oh! quince años!...

—Ah, lo veis, lo veis? Y al fin qué habeis conseguido?

—Nada; es verdad! pero yo he tenido que espiar mis culpas! antes de llegar al cielo, necesito purificarme en el purgatorio!... antes de hallar á mi hijo, necesito llorar su nacimiento y su existencia, si es que vive!—Pero todavia no pierdo las esperanzas, porque estoy segura que ese Dios grande y misericordioso, crucificado por sus mismos hijos, se apiadará de mí algun dia!...

—Con que así valor, y tened confianza para lo venidero...

El amante de Elvira de Luna movió la cabeza con incredulidad.

—Sabeis vos, acaso, repuso la penitente, para que os destina el cielo? Conoceis á vuestros padres?—No—y no podreis ser hijo de un caballero, asi como de un plebeyo?—Ah, Felipe, sois injusto, porque todavia no sabeis ni lo que sereis, ni para qué os hallais en el mundo.—Os creis infeliz porque vuestra amante os ha despreciado; y qué es el amor, Felipe?... Una flor perecedera y llena de espinas, cuyo olor es fragante y hermoso, y que sin embargo mata y aniquila...

Felipe, Felipe; si llegais á ser soldado, si llegais á entrar en batalla cerca de vuestro rey, ó de vuestro gefe, y os embriagais alguna vez con el triunfo de la victoria, vuestros amores serán olvidados, y el recuerdo de esa mujer irá desapareciendo poco á poco de vuestra mente.

—Oh, nunca! nunca...

—Eso creeis? Está bien; pues en ese caso haceos digno de ella.

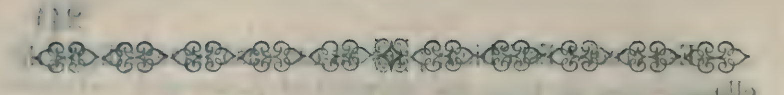
—Cómo, señora, hablad, indicadme un medio, y juro al cielo, que Elvira no se avergonzará de tenerme por amante.

—Id á la guerra, pelead con valor, y despues que hayais adquirido gloria y provecho, despues que vuestro nombre sea conocido por toda Castilla como el de un héroe, presentaros á la hija de don Jimeno: decidle que todo ha sido por ella, y entonces vereis en Elvira á la muger que deseais.

—Oh, gracias, señora, gracias!... cuánto os debo... mi salvacion física y moral, la curacion de mis heridas y la quietud de mi alma!... Con qué os pagaré yo tamaño bien?

Dos dias despues salia el hijo adoptivo de Hugo de Troumblay, de la ermita de la penitente, montado en un precioso caballo de guerra. La penitente lloraba enternecida al verlo partir, y cada vez se afirmaba mas en la idea de que bien podia ser su hijo el jóven capitan de la *formidable*. Este que tambien no pudo menos de enternecerse y de derramar algunas lágrimas al separarse de su bienhechora, tomó el camino que llegaba hasta Burgos, donde á la sazon se encontraba el rey de Castilla don Alonso XI. Su intencion era presentarse al rey y pedirle una plaza de soldado ó de infanzon, en el ejército que con tanta prisa aprestaba para marchar contra los moros.

Antes de penetrar en la ciudad, y al pasar el jóven por el real monasterio de las Huelgas, paró el caballo y se puso á contemplar las paredes y las torres del edificio que guardaba á la linda Elvira, su amor, su bello ideal. Lanzó un suspiro, que espresaba todo el sentimiento que tenia en abandonar aquel lugar, y despues pasó la gótica puerta que servia de ingreso á la ciudad de Burgos.



CAPITULO XXXV.

Entra el lector en relaciones con otros personages que se dan á conocer en este capítulo.

Despues de reunir cortes en Valladolid el rey don Alonso y de pedirles socorro y ayuda para la guerra que queria emprender contra los enemigos de la fé de Cristo; comenzó á recorrer sus reinos, no tan solo para ver en el estado en que se hallaban, sino con el objeto de castigar á los principales motores de las revueltas que hubo durante su minoridad. Don Juan el Tuerto y otros caballeros de tan elevada clase y prosapia, fueron víctimas de la venganza del rey. Recorrió en poco tiempo todas las Andalucías y las tierras que lindaban con las de los moros, y despues se volvió á Castilla, donde al poco tiempo contrajo matrimonio con la infanta doña María, hija del rey de Portugal.

La noble y antigua ciudad de Burgos, residencia tantos años de los reyes de Castilla y Leon, se vanagloriaba, en la época que recorremos, de tener dentro de sus muros al nieto de doña María Alfonsa de Molina. Grandes festejos y funciones públicas hicieron los burgaleses para celebrar la entrada de don Alfonso en la ciudad, pero en el momento que nuestros lectores vienen con nosotros á la patria del Cid, todo estaba en el mayor silencio y en la mayor oscuridad.

La noche se hallaba en la mitad de su carrera. Los habitantes de Burgos, ricos y pobres, grandes y plebeyos, estaban entregados á ese letargo, pequeño remedo de la muerte, que todo el mundo llama sueño. Hasta en el mismo alcázar, donde moraba el rey, reinaba el mayor silencio, porque ni aun los centinelas de las almenas se atrevian á pasear por temor de hacer ruido con sus armaduras.

Solo en un pequeño salon, primorosamente adornado, y en cuyo frente ardia un hermoso hogar de mármol blanco, se veían luces, y á dos personas que cerca de la lumbre conferenciaban amigablemente. La que ocupaba el mejor sillon y el lugar preferente, era un jóven de diez y siete años, no cumplidos, de color moreno, de ojos negros y grandes, y de nariz un poco larga. Una gracia inimitable, se esparcia por todo el rostro del jóven cuando se sonreia. El hijo de Fernando IV, no era tan hermoso como su padre, pero su fisonomía, además de reunir algunas facciones buenas, era de lo mas simpático y agradable. Sus manos perfectamente cuidadas y de una configuracion preciosa, se entretenian en desrizar los preciosos bucles negros que caian por los hombros de su larga y negra cabellera. El nieto de doña María estaba tan distraido que, no sentia que á veces tiraba de un modo de su cabello, capaz de producir fuertes dolores.

Alonso XI estaba acompañado de otro jóven, de mas de veinte y cuatro años; cuidadosamente vestido y acicalado, de facciones agradables, y de mirada en estremo suspicaz y penetrante. Este jóven que se llamaba don Alvaro Nuñez de Osorio, conde de Trastamara, era el amigo, el confidente y el todo del rey de Castilla. Alonso XI le amaba desde niño, y le amó mucho mas desde que le presentó en la capital de la Bética á la hermosura mas singular y notable que tuvo Castilla por aquellos tiempos. La privanza de don Alvaro Nuñez y Osorio, tenia escandalizada no solo á los grandes, sino hasta todos los reinos. El hijo del rey emplazado, prodigaba sin tino títulos, bienes y empleos, al mas querido y al mas desgraciado de los privados. Los grandes se llenaban de envi-

dia, y se maravillaban asaz, de que Alonso XI, á pesar de su carácter libre y de su independencia en el obrar, se sujetase tanto al capricho y á la voluntad del primer conde de Trastamara. Este que era un tanto ambicioso y amigo de figurar á cualquier precio, amaba al rey con sinceridad, y aunque le faltó mas tarde, de una manera que don Alonso sintió y no esperaba de su mejor y mas querido amigo, como le llamaba, no mereció ciertamente el castigo tan cruel que le impuso el hijo de Fernando IV. Pero de estos sucesos hablaremos con la ayuda de Dios, en su tiempo y lugar oportuno.

Don Alfonso seguia, en su distraccion, descomponiéndose los preciosos rizos en que terminaba su luenga guedeja. Sus mejillas teñidas de un vivo carmin, y sus ojos llenos de laxitud, indicaban claramente que el rey se entregaba con gusto á la distraccion en que se hallaba sumergido, distraccion que tal vez le representaba los mas gratos y magníficos recuerdos.

El conde no quitaba ojo del rey. Deseaba conocer las ideas que tan preocupado tenia á don Alonso, pero ni se atrevia á preguntárselo, ni mucho menos á distraerlo de su pensamiento. Así es que se reclinó en el sitial y bien pronto vino el sueño á hacerle olvidar su curiosidad.

El rey levantó á poco sus ojos y los clavó en el rostro del conde de Trastamara.

—Dormís, seor fanfarron?... le dijo, tocándole al mismo tiempo para que despertara.

El conde dió un repullo y repuso como asustado:

—Qué, acaso... quién me llamaba? Ah, sois vos, señor...

—Bien, conde, bien, estais todo lo mas gracioso que puede estar una persona cuando se despierta tan sobresaltada como vos.—Y decias que no os dormiríais aunque pasaseis toda una noche en vela?... ya veis como todo eso no es mas que hablar, señor mio, hablar... y si yo ahora... pero no, os perdono por esta vez.



Dormís, Seor ſanfarron?...

—Verdaderamente, dijo el conde pasándose una mano por los ojos, que es capricho pasar noche toledana sin necesidad! —A qué viene estarse aquí sin pegar los ojos, y...

—Oh, si tuviérais los pensamientos que yo, si...

—Hé ahí la razon porque yo me duermo y tu alteza no: vamos á ver, qué queriais que hiciera?

—Tienes razon.

—Y pudierais decirme en que pensábais mientras yo...

—Acaba, acaba...

—Pues bien, mientras yo dormia?...

—Oh! esas tenemos? tambien curioso?... pero nó importa.—Pensaba... en qué quereis que yo piense, conde de Trastamara.

—Ignoro...

—Sí, sí, siempre ignoras, lo qué quieres oir por segunda ó tercera vez; dijo el rey con tono bromista.

—Juro á tu alteza!... pero, cáspita, ya he adivinado en lo que pensais!...

—Veamos, veamos! repuso Alonso XI con alegría.

—Sin remedio! es esto, es esto, no me cabe la menor duda...

—Conde, conde...

—Ah, con que miéntras yo dormia, porque tenia sueño... vos os entregavais en cuerpo y alma á la mas linda y...

—Sí, eso es! esclamó el rey dando palmadas de alegría. —Sabeis, conde de Trastamara, que adivinais á las mil maravillas?—Y ya que me habeis descubierto mi pensamiento os voy á hacer una confianza, que guardareis en lo mas recóndito de vuestro pecho.—Entendeis?

—Señor, señor... esa advertencia me ofende y...

—Perdona, amigo mio, perdona; pero hoy no sé lo que me digo, porque cada vez que pienso que está aquí, tan cerca de mí, que la amo... sin ella seré desgraciado, amigo mio, sí, seré desgraciado, porque la amo con delirio, porque mi corazon sensible y ardiente necesita esa mujer para ser feliz...

—El diablo que os entienda, señor! repuso el conde.—Pero no hablais de doña María? de la infanta de Portugal que tal vez dentro de quince dias será reina de Castilla?
—Conde de Trastamara, os burlais de vuestro rey? dijo don Alonso lleno de indignacion y cerrando los puños con rabia.
—Perdon, señor, perdon!... mi intencion...
—Oh! pues no sabeis, pecador de mí, que yo no puedo amar á otra persona que á la que vos me enseñásteis en Sevilla, amiga vuestra, y viuda de don Juan de Velasco?
—Todavía esa maldita idea, señor? no os he dicho que doña Leonor de Guzman amaba en estremo á su esposo, para que lo olvide tan pronto? No os he dicho que noche y dia lo llora sin cesar?
—No le hace, no le hace... yo la amo; oh! si supiérais cuanto fuego hay en mi pecho! si os dijera que sin el amor de esa mujer será vuestro rey no solo desgraciado sino hasta inútil... si os dijera... pero basta: voy ahora á manifestaros mi deseo.—Doña Leonor está en Burgos...
—En Burgos! imposible, su patria es Sevilla, y ella...
—Doña Leonor está en Burgos, os he dicho, conde: yo la he visto hoy mismo, y cuidado que los ojos de un enamorado rara vez suelen equivocar.—Vos sois su amigo, y asi como me llevasteis en Sevilla á su casa, quiero que me lleveis mañana. Decid, como allí, que soy un amigo vuestro, y un conde aragonés. Despues me dejareis solo con ella... y doña Leonor será mia.
—Señor, tu alteza no ve que...
—Nada veo, nada absolutamente. La amo, es mi primer amor y necesito tanta felicidad como pueda ambicionar mi corazon de diez y siete años.—Escuchadme.
—Permitidme antes, dijo el conde mirando á don Alonso con la mayor atencion.
—Hablad.
—Conozco que tu alteza me da una prueba de aprecio y cariño confiándome sus secretos y con darme el destino que

acabas de confiarme; es decir, hacerme cómplice de esas intriguillas amorosas, que en un rey nunca están bien.

—Ah! con que un rey no ha de tener corazon? Con que para un rey está vedado el amor, ese sentimiento grande y sublime, que hasta el mismo Dios ha santificado! Cuán cruel sois conmigo! otro amigo en vez de hacer lo que vos haceis me daria esperanza, y me hablaria constantemente de esa mujer, objeto de mi amor.

—Ah, señor! y qué mal me comprendeis! si como yo estuvierais libre de esas ideas, libre de ese amor que á vuestra edad no pasa de ser un capricho, un antojo, vierais lo que yo veo.

—Y qué veis, señor predicador?

—Veo detrás de esa mujer, el porvenir, don Alonso!...

—Por Cristo, qué estais filósofo! pero escuchadme. — No os ha valido el que yo conociera á doña Leonor, el título que llevais?

—Efectivamente, repuso el conde, abriendo tanto el ojo.

—Pues bien; si me llevais á su casa mañana os doy el condado de Sarria, y el señorío de Cabrera...

—Señor...

—Y si doña Leonor llega á amarme, si llega á ser mia, el condado de Lemos y las tierras y señoríos de Ribera, pasarán á aumentar vuestros bienes y vuestros títulos. — Decidme ahora, qué os importa el porvenir despues, siendo conde de Trastamara, de Sarria y de Lemos, y señor de Cabrera y de Ribera?

—Basta, señor, basta. — Tu alteza me confunde, y...

—A qué hora me llevareis mañana á casa de vuestra amiga, señor conde de Sarria?

—Sois mi rey y mi señor, y tengo que obedecer... á la hora que tu alteza designe.

—Oh, magnífico, magnífico! sois todo un amigo, conde!

—Señor, cesa en tus alabanzas, porque ciertamente no las merezco.

—Y qué hora quereis que designe, don Alvaro?

—Tu alteza como dueño puede señalar, seguro que á la hora que indique me tendrá á su disposicion.

—Pues bien, qué os parece despues de entrada la noche?

—Me parece una hora muy oportuna, porque asi no será conocido tu alteza.

—Con que segun eso quedamos convenidos?

—Convenidos, señor.

—Oh, don Alvaro, esclamó el jóven rey, lleno de alegría. —Me dais la vida, la felicidad, porque yo, oh! tenedlo por seguro, sería desgraciado sin el amor de esa mujer! —Ahora, por el contrario, soy el hombre mas feliz... sí, porque doña Leonor me amará? no es cierto? me engañaré, amigo mio?

—Puedo asegurarte, señor, que á la viuda de Velasco no le desagrada mi amigo el conde de Candespina.

—Oh, felicidad! ese soy yo, verdad?

—Con efecto, el rey de Castilla es para doña Leonor de Guzman, el conde de Candespina.

—Bien, don Alvaro; sereis conde de Lemos y señor de Ribera.

Y el rey despues de saludar á su favorito con la mayor afabilidad y cariño, se echó en su lecho, donde tuvo los sueños mas gratos y deliciosos.

CAPITULO XXXVI.

De como el conde de Trastamara hizo con la mayor eficacia el encargo del rey.

Al dia siguiente y sobre las diez de la mañana, se vió salir del alcázar real, al conde de Trastamara, envuelto en una larga capa de tela oscura. Poca gente habia por las calles, á pesar de hallarse el dia tan entrado; así es que don Alvaro de Nuñez y Osorio, pudo llegar bien pronto á la puerta de una pequeña casa de aspecto medio gótico y medio árabe, que habia en una de las calles mas estrechas y malas de Burgos, pero no muy distante del alcázar que habitaba el rey. Las dos ó tres ventanas que tenia la fachada de aquella reducida, pero preciosa casa, se hallaban cubiertas con celosías de madera pintada de verde, que impedian que los curiosos viesen lo que se hacia al través de ellas.

Don Alvaro Nuñez sacó su diestra por el embozo de la capa, y dió con suavidad dos ó tres golpes en la puerta de entrada, golpes que fueron contestados de dentro con un «*allá voy*» dicho con no muy buena gana.

La puerta se abrió á poco: apareció en el umbral una vieja de traza bastante regular.

—Quién sois? dijo á don Alvaro.

—No me conoceis ya, Munima?

—No os conozco en efecto, caballero; pero si me dijerais vuestro nombre, acaso, acaso...

—No tengo inconveniente siempre que me dejeis entrar á donde está vuestra ama...

—Por Dios, caballero, que sino delirais, os falta poco! de qué ama hablais? aqui no hay mas que yo... que soy la dueña absoluta de mi casa.—Vamos, caballero, de seguro estais equivocado...

—Oh, no, es tan cierto de que estoy hablando con el aya de la mas hermosa de las mujeres...

—Os digo caballero, repuso la vieja disponiéndose á cerrar la puerta, que estais de seguro equivocado.

—Equivocado! no lo creais, Munima, y os voy á dar una prueba que os convencerá de ello.—En esta casa de la que os haceis dueña absoluta, vive doña Leonor de Guzman, viuda de don Juan Velasco.

—Imprudente, imprudente! esclamó la vieja con rabia.

—Ya veis si estoy equivocado.

—Bien, bien, quién sois y qué quereis.

—Ver á vuestra ama porque es preciso, indispensable que la vea al instante.

—Pero si doña Leonor no quiere recibir á nadie, si...

—Decidle que la quiero ver y hablar el conde de Trastamara y de Sarria.

—Loado sea Dios! y por qué no habeis dicho vuestro nombre al principio, señor? oh, perdonad si hice... pero las órdenes que tengo de mi señora son tan estrechas, que no he podido pasar por otro punto.—Voy al momento á avisar de que estais aqui. Pero miéntras tanto puede entrar vuestra grandeza y esperar en ese pórtico, hasta que doña Leonor sepa estais en su humilde casa.

Don Alvaro no se hizo de rogar mucho. Penetró en el pórtico y esperó á que regresara Munima. Esta apareció á poco y le dijo indicándole una pequeña escalera, cuyos peldaños estaban cubiertos con magníficas alfombras:

—Por ahí, señor conde, doña Leonor aguarda a vuestra grandeza.

El de Trastamara desapareció por la escalera.

Una mujer le aguardaba en el estremo de ella, y le condujo á un precioso y elegante salon, adornado sencillamente, pero con mucho gusto y primor. Esta mujer era doña Leonor de Guzman; madre del rey Enrique II, llamado el de las mercedes.

Era imposible hallar una hermosura mas singular y perfecta que la de doña Leonor. Su cútis de una blancura admirable, era finísimo y casi trasparente: sus ojos negros y grandes, estaban llenos de espresion, de vida, de amor: sus labios delgados y de un precioso carmin, dejaban ver cuando se desunian, dos hileras de perlas en estremo blancas y brillantes. Su nariz afilada, de configuracion griega, su cabello negro, abundante y lustroso, y su aire altivo y noble á un tiempo, completaba el verdadero tipo de la hermosa mujer de la Georgia.

El retrato de doña Leonor se puede hallar en el de la bella y gentil reina de Sabá, que por su singular belleza, cautivó al sabio rey Salomon. La viuda de don Juan de Velasco, unia á su sin par hermosura, un alma ardiente y sensible, una imaginacion rica y fecunda, y un corazon afecto á todo lo bueno, puro y santo. Sus sentimientos eran los de un ángel.

Don Alvaro le dijo, despues de tomar asiento frente de ella:

—Y cómo en Burgos, señora? Cualquiera diria que me venís siguiendo.

Doña Leonor se sonrió al escuchar la chanzoneta del de Trastamara. Este continuó de esta manera:

—Como ha sido el abandonar vuestra hermosa patria? Cómo habeis dejado aquel cielo puro y encantador por este triste, y nebuloso?... es necesario que confeseis conmigo que la mujer es caprichosa en estremo!... vamos, vamos, dejar vuestra bella Sevilla, por este pueblo tan frio y...

—Esa es la razon precisamente, conde. Mi salud se iba quebrantando notablemente con aquel clima ardiente, y los médicos y mi tio el de Guzman me han hecho salir de allí, casi á la fuerza.
—Qué, se encuentra aquí vuestro tio?
—Sí, con él he venido y con él permaneceré hasta que se marche.
—Pensais volveros otra vez á Sevilla?
—Sí, conde; allí está enterrado mi esposo, y allí lo he de estar yo tambien.
—Todavía esa lúgubre idea! cuando dejareis de llorar, y...
—Oh! nunca, conde de Trastamara, nunca!
—Pero bien, enhorabuena que lloreis un poco á vuestro marido, pero ya eso es demasiado... vos sois jóven y notablemente hermosa, y no debeis marchitar vuestra belleza, debeis de dejar libre el corazon para que se inflame con otro amor, tal vez mas verdadero que el primero.
—Mas verdadero que el que yo tenia á mi esposo?
—Mas, doña Leonor.
—Qué, puede amar la persona dos veces de la misma manera?
—El corazon tambien se puede engañar, señora, y no tiene nada de particular que en vuestro primer amor os haya sucedido eso.—Por qué no haceis la prueba?
—Oh! no, callad conde!...
—No teneis ningun recuerdo...
—Ninguno.
—Sin embargo, me confesasteis en Sevilla, que os agradaba mi amigo el conde de Candespina, porque tenia mucha semejanza con el difunto Velasco.
—Doña Leonor miró llena de estupor al conde de Trastamara. Despues le dijo, poniéndose encarnada como un lirio:
—Ah, sí, teneis razon.
—Y decidme; no os habeis acordado nunca desde entonces de ese vivo retrato de vuestro esposo?

—Nunca, bien lo sabe Dios! contestó doña Leonor, mintiendo acaso por la vez primera.

—Nunca! oh, pues mi amigo piensa en vos tanto, señora, que ya casi delira, cuando se le os nombra.

La de Guzman se encogió de hombros. Don Alvaro que no perdia el menor movimiento de la jóven, repuso, mostrando interés por su amigo.

—Y decidme, señora, no sentireis vos, que tan buena sois, siquiera un resto de piedad hácia el conde mi amigo, que tanto se parece á vuestro esposo, y que os ama con frenesí?

—No comprendo vuestras palabras, conde: qué quereis decirme con todo eso?

—Que el conde de Candespina está loco de amor por vos y que es necesario que vos le ameis.

—Conde de Trastamara!...

—Oh! no lo negueis! os lo he conocido!... á qué negar una cosa tan natural como esa, señora? Acaso vuestro corazon de diez y ocho años no podia concebir otra pasion mucho mas grande, mas viva y mas ardiente que la que profesasteis á vuestro difunto esposo?—Hablad, señora, hablad, y no temais ser franca conmigo.—Temeis, acaso, que yo cometa alguna imprudencia? Oh, desechad ese temor, que el conde de Trastamara sabrá guardar eternamente silencio sobre este particular.

—Delirais, don Alvaro? quién os ha dicho que yo amo á vuestro amigo el conde de Candespina?

—Nadie, señora, es verdad; pero como el amor y el afecto no pueden estar ocultos, yo os lo he conocido...

—Oh, pues engañado estais!...

—Engañado! me parece que no, doña Leonor. Sin embargo, tal vez...

—Oh! sí, sí, no lo dudeis.

—De modo que no tiene ya mi amigo, jóven, en estremo rico y noble, ni la mas mínima esperanza? no es eso?

—Precisamente.

—Sois tan cruel como hermosa, señora!

—Cruel! cruel, porque no amo á vuestro amigo? Ah! conde! sois tan exigente como los demas hombres! acaso el amor se tiene y se pierde cuando una quiere? Por qué he de haber olvidado á mi esposo? Por qué no le he de amar ya?

—Bien, bien, señora... sois dueña absoluta de vuestro corazon y podeis disponer de él á vuestro antojo.—Pero permitidme os haga una pregunta.

—Hablad.

—Pensais vivir asi siempre?

—Creo que sí.

—Y decidme, si por casualidad se enamora de vos algun grande de la corte y os pide vuestra mano...

—Si mi corazon no lo prefiere á los demas hombres, permaneceré viuda.

—Y si el rey de Castilla se enamorase de vos, y os ofreciera su amor, y una posicion elevada, qué le contestaríais?

—Que amaba demasiado á mi esposo, para infamarlo, aun despues de muerto.

Don Alvaro se mordió los labios.

—Con qué sois una belleza inespugnable?

—No, conde, no soy una belleza inconquistable; soy una mujer que comprende su situacion y que no se entregaria á ningun hombre, ni por adquirirse una posicion, ni por deseos de figurar.—Solo...

—Solo á qué os doblegaríais?

—Al amor.

—Al amor! oh, quién será el afortunado que logre inspirároslo, señora?

—Nadie hasta ahora.

—Y el conde de Gandespina, no ha tenido la suerte de encender siquiera un poco esa llama amorosa que yace apagada en vuestro pecho?

—No, don Alvaro, no: qué quereis que os diga, repuso la de Guzman, poniéndose descolorida para mentir.

El conde lo advirtió, y le dijo al instante:

—Es esa la contestacion que debo dar á mi amigo, señora?

Doña Leonor vaciló en contestar.

—Con que le diré de vuestra parte, continuó el conde, que pierda toda esperanza?

—Toda... contestó la jóven con trabajo.

—Bien, bien, estais en vuestro derecho.

—Pero por qué le llevais vos semejante recado? dijo doña Leonor, como queriendo apurar al conde, para ver si éste la decia algo mas de su amigo.

—No lo estrañeis, señora: la amistad tiene deberes sagrados que cumplir.—Mi amigo, está loco de amor por vos, si lo viérais habíais de tener piedad de él: me pidió, me suplicó en medio de su frenesí que viniera á veros y os dijera lo que padece por ser vos esquiva, y por estar preocupada con una idea fatal...

—Una idea fatal señor conde? dijo la de Guzman interrumpiendo al amigo de Alonso XI.

—Sí, porque no solo os obstinais en creer que amais á vuestro esposo aun despues de muerto, sino que...

—Continuad, señor, continuad si os place.

—Obedezco, puesto que asi lo quereis.—Os decia que mi amigo el conde de Candespina me suplicó viniera á deciros su amor, y me encargó tambien os pidiera una contestacion pronta, definitiva, que estad segura de ello, decidirá de su suerte.—En mi deber está; cumpliendo con la verdad y con el cariño que le profeso, decirle cuanto vos me habeis dicho.

—Y por qué no mentis señor conde? por qué no le decís lo contrario de lo que habeis oido de mis labios!

—Callad, señora, callad! y sois vos la que tal cosa me aconseja?... Con que quereis que dé esperanzas á mi amigo, para que despues sea mucho mas amargo el desengaño!—Oh, una gracia quisiera pediros, señora; si me la concedeis, me librais de un paso que quisiera evitar á toda costa.

—Hablad.

—He pensado que seria mucho mejor que vos misma contestárais al conde de Candespina.—Yo le digo que nos habeis citado para la noche de este dia, y con eso no solo le hago

vivir un poco mas, sino que oye de vuestra misma boca, lo que yo no quisiera decirle.—¿Qué respondeis?

—Conde de Trastamara, está acaso escrito en mi rostro, lo que desea mi corazon?

—No os comprendo, no os comprendo.... contestó don Alvaro sonriéndose de alegría.

—Ah, demasiado, por desgracia, señor! contestó la jóven sin poder ocultar su turbacion.

Uno de los tapices se movió al decir doña Leonor las anteriores palabras.

—Con que segun eso, repuso el de Trastamara con astucia, me quereis prestar tan gran servicio, á mí señora, que os he dado hoy tan mal rato?

—Mal rato, habeis dicho! Ah, no lo creais!

—Si lo creo, señora, sí: olvidais que os he hablado de otro amor, cuando todavía quereis á vuestro esposo; y que segun me habeis dicho, no es fácil haya otro amor que os haga olvidar el del difunto Velasco?

—Ah, os gozais con vuestro triunfo!—Ved, ahí, porque temia ser franca con vos!

—Oh, perdon, señora, perdon! repuso el conde con galanteria.—Si hubiera sabido que mis palabras os ofendian, mi lengua hubiese enmudecido.

—Gracias, gracias; pero ya es tarde!—Conoceis mi secreto, y os quisiera preguntar...

—Sí, sí, hablad!

—Pues bien, lo que hareis con él.

—Oh, guardarlo en lo mas recóndito de mi pecho: es eso lo que quereis?

—Sí conde de Trastamara, eso quiero.

—Está bien, señora.—Ahora, tened la bondad de decirme si os encargais vos de contestar al conde.

—Despues de anochecido os espero á vos, y á vuestro amigo tambien.

La cortina volvió á moverse, y á poco se oyó ruido de pasos, que se alejaron bien pronto.

—Adios, doña Leonor; dijo don Alvaro cogiendo de una silla su precioso birrete de terciopelo, y haciendo una elegante cortesia á la futura favorita de Alonso XI de Castilla.

—Hasta la noche, conde de Trastamara.

—Y de Sarria, señora, contestó el conde volviéndose hácia doña Leonor.

—Cómo es eso?

—Sí, su alteza el rey de Castilla me ha honrado con el título de conde de Sarria.

—Oh, pues, recibid la enhorabuena de vuestra amiga.

Y el conde salió de la estancia de doña Leonor, diciendo para sus adentros:

—Muéstrate amable esta noche con mi amigo el conde de Candespina... y mañana lo seré yo de Lemos...

Antes que don Alvaro de Nuñez; salió de en casa de la de Guzman, un hombre de alta estatura y cubierto hasta los ojos con el embozo de un manto de una de las órdenes militares.

Munima le dijo con el mayor agrado al abrirle la puerta:

—De buen humor, ó de malo?

—El demonio vá á cargar esta noche con el ánima del gran maestre de...

—Jesus mil veces! esclamó la vieja, santiguándose.

A poco salió el favorito de Alonso XI y se dirigió al alcázar real.



CAPITULO XXXVI.

En el que se vé que don Alvaro de Nuñez y Osorio hizo todo lo que pudo para ganar el condado de Lemos.

Tan luego como llegó la noche, se dirijió el rey, acompañado de su amigo el conde de Trastamara, á la casa de doña Leonor de Guzman. El corazon de Alonso XI saltaba de alegría. El futuro conde de Lemos le habia dado tan buenas esperanzas, que el hijo de Fernando IV, estaba casi loco de contento, porque segun las palabras de su amigo, su amor vivo y ardiente, seria no solo atendido por doña Leonor, sino hasta correspondido, porque en su pecho ardia otra llama igual á la que abrasaba al jóven que regia por entonces los destinos de Castilla. Así es que tan luego como la noche comenzó á estenderse por el horizonte, el rey lleno de impaciencia y deseoso de apresurar el momento de ver á la mujer que con tanto delirio amaba, le dijo á su amigo levantándose del sillon donde le vimos por primera vez, y cogiendo una capa bastante larga y cumplida.

—Conde, conde, el dia ha desaparecido! os parece ya hora?

—Señor, aguardemos un instante...

—Siempre aguardando!

—Es necesario señor; os pueden conocer y...

—Y qué, acaso vamos á cometer un crímen?

—No, gran rey; pero si os ven y os conocen; si por casualidad nos siguiera cualquiera y nos vieran penetrar en la casa de doña Leonor, mañana se hablaria en todo Burgos de tu alteza, de mí, y de la de Guzman.

—Y qué me importa que hablen, conde?

—Es que antes de amante sois rey, señor.

—Siempre lo mismo! esclamó Alonso XI con amargura.

—Un rey debe evitar el ridículo, y debe evitar siempre, tambien, que sus operaciones y los actos de su vida privada, sirvan de motivo para que hable la gente murmuradora y chismográfica.

—Ay del que se atreva, conde! repuso el rey, inmutado por la cólera.

—Se atreverán á hablar, y tu alteza no podrá prohibirlo de ninguna manera.—Solo un medio hay, para evitar que el vulgo se entere de tus amores.

—Y que no se figurará mi pueblo, que su rey tiene un corazon hecho para el amor?—Acaso, dejará de quererme por eso?

—No me comprendeis, señor!

—Oh, pues hablad claro.

—Y ella, don Alonso, y ella?

—Esplicaos, esplicaos pronto, y no me tengais en esta ansiedad!

—Escuchad: vos amais de todas veras á doña Leonor?

—Necesito decíroslo, conde? No sabeis que la amo con frenesí? No os he dicho mil veces, que sin el amor de esa mujer seria vuestro rey desgraciado? No sabeis que su negativa será mi muerte, y que su asentimiento será la salvacion de mi alma y de mi cuerpo? Ah, conde! y me preguntais si la amo de todas veras!

—Bien, señor, bien, eso mismo queria oir de tu boca, para decirte despues que no debes de ningun modo dar lugar á que el vulgo saque partido de tu amor, y del que ella te profesa. Si lo publicas, mañana esa mujer aunque sea pura é inocente, será llamada...

—Acabad, conde, acabad!

—Mañana, continuó éste, la llamarán tu favorita.

—Mi favorita! y pierde con eso? Su honor...

—Su honor se mancilla con solo esa palabra.—Favorita y concubina...

—Un medio, conde; un medio para librar á ese ángel de la maledicencia pública.

—Un medio pides? Te lo daré muy en breve, siempre que tu alteza me dé palabra de cumplirlo.

—Os la doy.

—Pues bien, señor; prudencia y sigilo.—Con esto solo...

—La tendré, conde, la tendré, os lo juro.

El de Trastamara se acercó á la ventana, y despues de mirar por ella un momento se volvió hácia donde estaba el rey, y le dijo:

—Señor, ya es hora: doña Leonor nos aguarda.

Alonso XI se puso al instante de pies, y á poco salió con el conde del alcázar real.

La noche era en estremo lóbrega. La mas completa oscuridad reinaba por todas partes. El rey y su amigo, embozados hasta los ojos, caminaban con precipitacion hácia la casa de doña Leonor. Pero mientras llegan y dán con ella, si la oscuridad lo permite, referiremos al lector lo que dijo la de Guzman, asi que se marchó el conde de Trastamara.

—Dios mio! esclamó cayendo desplomada sobre el sillon que habia ocupado durante la visita de don Alvaro.—Todo, todo lo he confesado ya!... ya! Oh, y yo creia poder tener siempre oculto este amor, que desde el primer dia que se inflamó en mi pecho, conocí yo que era el verdadero, el que ya necesitaba tambien mi corazon? El conde de Candespina me ama de la misma manera... El conde de Candespina es libre como yo, y nadie, nadie absolutamente se opondrá á nuestra felicidad! Oh, dichoso dia!... Cuando yo le ví por primera vez, cuando yo contemplé sus ojos negros y hermosos, cuando ví su aire y su porte, régio enteramente, mi corazon latió con tanta violencia, que casi queria saltárseme del pe-

cho; mi cabeza se desvaneció por un momento y una embriaguez dulce y grata en estremo, se apoderó de mi alma, que hasta entonces no habia conocido tan agradable impresion! Oh, era el amor que se introducia en mi corazon sin que yo tuviera fuerzas para rechazarlo; ah, y yo que creia era amor lo que profesaba á mi esposo! Oh, perdon, perdon... pero ahora veo que no le amaba, porque no sentia por él lo que siento por el conde de Candespina... Ah, perdon! lo puedo yo acaso remediar?... Es culpa mia que el cielo haya consentido se encienda en mi pecho un amor mucho mas grande y mas verdadoro? Ah, no, no la tengo!... Dios lo ha dispuesto asi, no hay duda... y es preciso sujetarse á su santa voluntad... Conde de Candespina, yo te adoro, sí, no temo decirlo, porque mi amor es puro, como lo será el tuyo! no temo decirlo, porque como yo eres libre, y nuestra felicidad será santificada por la iglesia!... Oh, libres, y amarse asi, como nosotros nos amamos...

Doña Leonor calló porque Munima penetró en la estancia donde se hallaba.

—Señora, le dijo acercándose á la jóven; mientras estaba aquí el conde de Trastamara, llegó...

—Quién, mi buena Munima?

—El hombre, querida señora, el hombre que ya conoceis.

—No te comprendo.

—A que con la alegria que teneis no os acordais ahora...

—Alegria, Munima! pues cómo conoces que estoy alegre?

—A ver! pues si teneis el rostro mas contento que unas pascuas!

La de Guzman se sonrió, y dijo á su aya con cariño.

—Vamos, habla, qué hombre es ese?

—Aquel que os ha perseguido de muerte en Sevilla, y á quien vos siempre habeis despreciado... El gran Maestre...

—Basta, basta, Munima! repuso doña Leonor pálida como un cadáver y apretando despues los dientes, como si una contraccion nerviosa se apoderase de toda ella.—Y qué que-

ria ése hombre? continuó clavando sus hermosos ojos negros en el rostro de la vieja.

—Queria veros, queria entrar para....

—¡Infame! esclamó la de Guzman interrumpiendo á Munima.—Y tú que le contestástes?

—Qué queriais que le contestára, señora? le dije que se marchára al instante, porque sino me pondria en medio de la calle á dar gritos como una loca, pidiendo socorro.

—Bien, Munima, bien; y se marchó?

—Se marchó; pero renegando como un condenado.

—Cómo habrá sabido ese hombre que estamos aquí? dijo doña Leonor, pensativa.—Y yo que me creia libre de él con venirme á esta tierra! oh, el diablo envia á ese hombre!

—Sí, teneis razon; el diablo solo lo puede enviar.—Lo que es amaros os ama con frenesí: sino fuera por lo que os hizo en Sevilla...

—Callad, Munima; os tengo dicho que jamás me hableis de ese hombre! retiraos y si vuelve á tener la audacia de acercarse á la puerta de mi casa, me veré en la precision, hasta de dar una queja al rey.

Munima desapareció y la viuda de Velásco se asomó llena de impaciencia á la ventana, donde esperó á que llegase la noche.

Esta llegó en efecto y á medida que avanzaba, crecia la impaciencia y el deseo en doña Leonor. Un alma no se veia por toda la calle, y de todas las ventanas que habia en ella, solo donde estaba ésta asomada, aunque al través de las celosias, era la única que habia abierta. El corazon de la hermosa jóven estaba lleno de inquietud, y en su cabeza se cruzaban mil ideas á cual mas tristes y funestas.

—Cuánto tardan! esclamó al cabo sin poder contenerse: —y dirá que me ama! oh, si me amára como ha dicho el conde de Trastamara, hubiese venido mas pronto!... pero nada, todo en el mayor silencio! y ya hace mucho mas de una hora que ha anochecido! oh, qué será esto Dios mio? si habrá sido una broma del conde... si se habrá estado hoy di-

vertiendo con mi corazon y con mi amor, como si fuera un juguete?... oh, eso seria horrible, cruel!...

Y doña Leonor volvió á mirar á un lado y otro de la calle para ver si descubria á alguien. Su corazon latió con mas fuerza, y dijo, casi fuera de sí:

—Ellos son!

Con efecto, dos sombras se dibujaron en la oscuridad.

—Munima, Munima... dijo la de Guzman llamando á la anciana que le habia criado.

Esta apareció al instante.

—Qué me quereis, mi querida hija? dijo con tono zalamero.

—Encended esa lámpara, y despues abrid la puerta de la calle á dos caballeros que se acercarán á ella.

—Hay mas?

—Nada mas, mi buena Munima.

La anciana obedeció á su jóven ama, y en un momento se halló el pequeño salon inundado de luz. Doña Leonor se recostó con negligencia en un sillon, preparando otros dos para las dos visitas que esperaba.

En la puerta de la calle, dieron un golpe, que resonó de una manera agradable en el corazon de la viuda de Velasco, Munima se apresuró á abrir.

—El conde Trastamara? dijo asomando la cabeza.

—Y el de Candespina, contestó don Alvaro desembozándose.

—Pasen, vuestras grandezas; repuso la anciana abriendo la puerta de par en par.

—El amigo de don Alvaro de Nuñez y Osorio, penetró solo en la casa.

—Y vos, señor? dijo Munima al de Trastamara.

—Yo me marcho ahora, pero luego volveré.

Y esto diciendo, desapareció de la vista de Munima que cerró la puerta al instante.

Don Alvaro no se movió de la calle donde vivia la de Guzman.

Esta al oir ruido de pasos, se volvió hácia el conde creyéndole el de Trastamara, y le dijo con resentimiento:

—Cómo solo!

—Perdonad á mi amigo, señora; pero no ha podido dejar esta noche la compañía del rey.

—Qué, no sois el conde de Trastamara?

—No, señora; pero lo soy de Candespina.

—Ah!

—No me conoceis ya, doña Leonor?

—Oh, sí, os conozco, os conozco... pero cómo solo?

—Ya os he dicho la causa... os pesa, acaso, que venga sin el conde de Trastamara?

—Tomad asiento si gustais: repuso la de Guzman desentendiéndose de la pregunta del rey, y señalándole un sillon para que le ocupara.

Alonso XI no se hizo de rogar. Se sentó frente de doña Leonor y le dijo como cortado:

—Con que en Burgos, señora? habeis abandonado vuestro delicioso pais?... Ah, si vierais los recuerdos tan gratos que tengo yo de Sevilla! si supierais lo que gocé cuando estuve allí, y lo que he gozado despues con solo los recuerdos divinos, encantadores; con ellos y con la esperanza he vivido hasta ahora...

—Yo tambien tengo recuerdos de Sevilla, dijo doña Leonor; pero son distintos de los vuestros: los mios en vez de ser divinos y encantadores, son por el contrario crueles y terribles: en vez de respirar encantos, respiran luto y lágrimas!...

—Tan desgraciada habeis sido en vuestra patria, señora?

—Sí, tan desgraciada! en ella he perdido á mis padres y...

—Pérdida grande es en efecto... y despues?

—A mi esposo, señor conde; á mi esposo que me amaba...

—Y vos á él?

—Tambien.

—Y todavía?...

Doña Leonor miró al rey con sorpresa y le dijo casi titubeando :

—Todavía le lloro, señor!...

—Ah, pues yo creí, repuso Alonso XI con sentimiento, que ya os habiais curado de esos amores, porque otra... Perdonadme, señora; no sé lo que me digo... yo creí... el conde de Trastamara me dijo...

—Ni os comprendo, ni sé por qué os he de perdonar: contestó la jóven mirando con estrañeza al rey.

—Es cierto; dijo este completamente demudado, que me teneis que contestar acerca... acerca...

—Acerca de qué, conde?

—Señora, oh, piedad; piedad!... yo os amo, yo no puedo vivir sin vuestro amor, y eso queria saber de vuestra boca... El conde de Trastamara me dijo que vos me citabais á esta hora, para darme una contestacion pronta y definitiva que decidirá mi suerte... yo os amo, señora; pero os amo con delirio, con frenesí... os amo desde el momento que os ví por primera vez en Sevilla; os amo con toda la fuerza y la verdad del primer amor, porque sois tan hermosa, oh, mas hermosa que un ángel!... decid que me amais? oh, decid que sí, y verais cuán felices somos! Decid que sí, ídolo mio, y desde mañana, tendreis oro, riqueza y todo cuanto podais ambicionar... decid que sí, y desde mañana sereis la primer dama de Castilla... ni la reina misma... oh, perdon, Leonor mia, yo deliro, sí... vos no ambicionais ni lujo ni riquezas... solo quereis un corazon sensible y ardiente como el vuestro, que sepa comprenderos y que sepa amaros y apreciaros en lo mucho que valeis? no es eso, ángel hermoso? no es eso lo que ambicionais?

—Oh, sí, sí... eso quiero, conde; eso apetezco: contestó la de Guzman enteramente embriagada con las palabras que le decia el enamorado rey.

—Eso quereis y eso apeteceis, Leonor hermosa? repuso el rey precipitándose en el suelo y cogiendo una de sus manos que ella no tuvo valor para retirar: oh, eso quereis?

pues en mí, señora, que tanto os amo, encontrareis todo lo que deseais: oh, yo seré vuestro esclavo... por mí tendreis tanta felicidad, como pueda desear vuestro apasionado corazon... si con mi amor eterno podeis ser dichosa... Ah, ya vereis, Leonor mia, como hasta los mas tiernos amantes van á envidiar nuestra dicha... sí, porque es tanto el amor que tengo encerrado en mi pecho para vos, que nuestra felicidad durará tanto como nuestros corazones!... me amais vos tambien? oh, hablad, hablad pronto!... nada temais; nadie se opondrá á nuestra felicidad porque yo soy bastante poderoso para castigar al que tenga la audacia... oh, pero quién nos ha de separar á nosotros, unidos por el amor de nuestros corazones? Quién? hay acaso poder en la tierra para semejante atentado?—Oh, hablad, decid que aceptais mi amor, y comience al instante nuestra dicha... Leonor, amadme, mirad que sino muero... oh, yo no podria vivir sin vos!... me amais? me amais? esclamó el rey casi frenético, y sin soltar la mano de la jóven.

—Oh, qué porvenir tan lisongero me presentais!... contestó la de Guzman con dulzura.—Y si luego recojemos espinas en vez de flores?

—Espinas en un amor como el mio! Ah, señora, repuso el rey con amargura y soltando la mano que tan fuertemente tenia asida; cómo se conoce que no me amais como yo á vos! cómo se conoce que no arde en vuestro pecho la misma clase de llama, viva y abrasadora, que en el mio!—Sin embargo, en vuestro rostro se veia pintada hace poco otra cosa muy distinta... Ahora mismo... Leonor, me amais?

—Os amo, sí, os amo... repuso la jóven dejando caer su preciosa cabeza sobre el respaldo del sillon.—Os amo tambien con toda la verdad del primer amor. Os amo con... delirio, porque teneis un corazon como el mio, que me comprenderá y que... Conde, yo necesito amor para vivir; pero amor puro y santo, porque mi corazon, como todos los del Mediodia, es ideal y volcánico á un tiempo! Os amo, porque Dios lo quiere, y porque mi alma me lo dicta... Oh, quiera

el cielo que vos me ameis siempre tanto como yo os amaré...

—Oh; repite esas palabras, ángel divino; repítelas de nuevo; oiga yo de tus labios por segunda vez esas palabras tan dulces y encantadoras! repítelas, Leonor mia... Oh, necesito estasiarme, necesito adormecerme para soñar despues con nuestro amor y con la felicidad que nos aguarda!

—Sí, te amo... te amo... contestó la bella andaluza dulcemente embriagada.

—Con que es cierto! Ah, bendita seas! bendita seas! esclamó el rey, estampando multitud de besos en la mano que tan fuertemente habia cogido de nuevo.

Doña Leonor se incorporó de pronto y dijo á su amante con dulzura:

—A pesar que he encontrado en tí, amor mio, el hombre que deseaba mi corazon, temo, conde, temo, y no quisiera mañana...

—Continúa, Leonor, continúa y no me tengas en ansiedad! qué temes? habla, acaso...

—Eres tan jóven, que tal vez mañana te olvides de la mujer que á pesar de todo te amará de la misma manera.

—Me juras ese amor, siempre, siempre!

—Te lo juro!

—Oh, pues yo tambien te juro por la honra de mi padre, que te amaré constantemente, y que ni el menor disgusto vendrá á desfigurar tu rostro, tan hermoso y risueño como la primera alborada de un dia de primavera.—Y ahora desecha todo temor, amor mio; desecha toda idea triste y amarga, y piensa en nuestro amor y en nuestra dicha!

—Ya pienso, ya... ó crees, acaso, que por mi mente no cruzan tambien ideas halagüeñas y enchidas de amor y felicidad! Te figuras que todo es en mí triste y lúgubre?

—Oh, no, imposible, amor mio! tú eres tan hermosa como poética; tu alma bella y ardiente como la de las mujeres del Oriente, tambien siente y conoce la impresion dulce y grata que esperimentamos nosotros los impresionables y de corazon volcánico, al contacto de una mano ó á la accion de

una mirada honda y fascinadora. Leonor mia, tú eres la mujer que yo necesitaba: hermosa y sensible, cándida y ardiente.—Oh, el alma se me llena de placer al contemplarte y al considerar que eres mia, esclusivamente mia, no es cierto?

—Sí, sí, cierto....

—No sientes como yo, ese mismo placer espiritual cuando tengo tus manos entre las mias?

—Tambien, tambien...

—Hay cosa mas hermosa y encantadora que cuando dos almas como las nuestras se juntan, se vén y se aman?

—Conde, conde... piedad, oh, piedad!...

—Qué, te fastidian mis palabras?

—Oh, no, amor mio... sino que tanta felicidad me hace padecer horriblemente... si vieras como me late el corazon! si pudieras conocer el estado de mi alma!—Oh, no anticipemos la dicha, conde! dejemos correr el tiempo que él nos traerá el placer y el desengaño, tal vez juntos.

—Oh, calla, calla!—Acaso seas tú la que dejes de amarme mañana!

—Cielos!

—Dime, y si yo te hubiese engañado?

—Lloraria mi desventura; pero sin dejar de amarte, aunque tal vez huyera para siempre de tu lado.

—Bendita seas! esclamó el rey estampando un nuevo beso en la mano de la jóven.—Y si yo, continuó Alonso XI no fuera quien soy?

—Poco me importa que seas el conde de Candespina, ú otro caballero cualquiera, con tal que seas soltero para que mañana pueda la iglesia santificar y bendecir nuestro amor, así como Dios lo ha bendecido ya desde el cielo.

—Desgraciada! esclamó el rey por lo bajo.

Y conociendo don Alonso que era preciso decirle la verdad, repuso, sin dejar su ternura:

—Y sí por casualidad fuera yo... oh, perdon, Leonor, perdon! Necesito que me perdones y que no dejes de amar-

me! oh, te he engañado, te he engañado miserablemente.

—Habla, habla! repuso la de Guzman, llena de sorpresa y toda demudada.—Habla, qué ha sucedido!...

—Que no soy ni el conde de Candespina ni...

—Oh, pues quién eres, quién eres?

—Perdon! soy...

—Oh, acaba, porque padezco atrozmente!

—Pues bien, soy, el hijo de Fernando IV.

—El rey! el rey!...

—Sí, Leonor mia! El rey de Castilla es el que te ama con tanto ardor y cariño.

—Apartaos, apartaos! repuso doña Leonor levantándose, llena de indignacion.—Oh, me habeis engañado sin piedad!... esclamó derramando copiosas y sentidas lágrimas.—Habeis abusado de vuestro poder, para...

—Leonor, Leonor! dijo el rey cayendo á los piés de su amante y queriéndole coger la mano que tanto tiempo habia tenido entre las suyas.

—Apartaos, señor, apartaos, que la viuda de Velasco, no puede ser la querida del rey de Castilla!

—Ah, perdon!... yo te amo... Leonor, Leonor mia!

—Basta, rey, basta ya! os he dicho que Leonor de Guzman no puede ser vuestra querida...

—Oh, y el amor que decias...

—Amor! el amor que os tenia ha desaparecido á la vista de vuestra infamia!

—Leonor!...

—Apartaos, rey de Castilla, apartaos porque ya no os amo!... no, no os amo!...

Y cayó sin sentido en la poltrona que habia ocupado.

—Leonor, amor mio! cielos!... qué es esto? oh, escucha, mira, vuelve en tí; oh, yo la he matado!... Leonor, Leonor, perdon! oh perdon!...

La de Guzman abrió de pronto los ojos.

—Ah, vuelves, vuelves para perdonarme? Leonor mia, perdon para el que hace un momento amabas tan de corazon...

—Perdon! Ah, si supiérais cómo habeis destrozado mi alma... si os dijera, señor, que ya no puedo hacer mas que llorar toda mi vida...

—Llorar! tú llorar, existiendo el hombre que te ama? Qué dices, Leonor? Ah! dí que te equivocas, dí que solo...

—Callad, señor! ese hombre ha muerto para mí!

—Leonor, con que no me amas ya?

—Si fuérais el conde de Càndespina, con el mayor delirio: pero siendo Alonso XI de Castilla, aunque os ame no debo, no puedo manifestároslo.

—Y tengo que perder toda esperanza?

—Toda absolutamente.

—Leonor!... mañana llorará Castilla la muerte de su rey! esclamó Alonso XI poniéndose de pies.

La de Guzman se inmutó hasta el estremo de ponerse tan descolorida como un cadáver.

—Os dije, señora, que de vuestra contestacion pendia mi suerte venidera.—Pues bien, me decís que no podeis ser mi amante? Pues la muerte pondrá fin mañana mismo á esta vida, que sin vuestro amor me seria odiosa y pesada.

—Señor, ah! piedad, piedad...

—Amadme, celestial criatura, amadme!

—Señor, señor...

—Oh, creeis perder? creeis que el vulgo criticará vuestro amor? al contrario, señora, os disculpará, porque una pasion la disculpa hasta el mismo Dios!—Y sobre todo qué culpa teneis vos de que en vuestro pecho se haya encendido esa llama, llama que nadie, á no ser el dueño del Universo podrá apagar?

—En él confio, señor.

Munima se apareció en el salon en el momento de decir doña Leonor las anteriores palabras.

—Señora... dijo, como temiendo estorvar, el señor conde de Trastamara me manda avise á este caballero, que le espera abajo.

—Llegó la hora, doña Leonor.—Me amais? dijo el rey, asi

que se marchó Munima, y dando un paso para retirarse.

—Señor, señor... yo quisiera... pero...

—Ah, quisiérais pero temeis, acaso?

—Sí, sí... temo.

—A quién?

—Al mundo! y...

—Al mundo! y por qué temeis á ese mundo infame y engañador, que todo él no es mas que una farsa, sacrificais vuestro amor? Ah, señora no esperaba de vos semejantes palabras!... Me he engañado!... Yo creia que hacíais menos caso de ese mundo, á quien tanto temeis: yo habia creido hasta ahora que teníais en mucho mas al amor... yo habia creido hasta ahora que para vos el amor era mucho mas que el mundo, mas que todo lo criado, porque despues de tener todo lo mejor de la parte humana, es divino, como divino es el Diós que lo ha criado!... yo creia... pero basta ya, señora. Dejo de importunaros, porque conozco que serán inútiles mis ruegos: el amor que os tengo vivirá siempre en mi pecho y tal vez, tal vez sea causa de que yo deje de existir...

—Señor! callaos, callaos, si me amais.

—Bien, callaré, puesto que asi lo quereis.—Y ahora adios quedad, señora!... Adios quedad, y que el mundo os pague en lo sucesivo la consideracion y el respeto que le teneis...

—Ah, os gozais en hacerme daño! ya no puedo mas! esto es insufrible! y... rey de Castilla, venid... oh, venid y tened compasion de mí... escuchadme, yo... quisiera deciros... oh, perdon, Dios mio, perdon!

Y doña Leonor cayó sin conocimiento sobre su poltrona.

—Leonor, Leonor! esclamó el monarca corriendo hácia ella.—Oh, perdóname tu á mí, que yo he sido quien te ha ofendido! perdóname, ángel mio, y vive para amarme, no es cierto que me amaras, y que despreciarás á ese mundo ingrato, que no comprende lo que es un amor tan verdadero como el nuestro? Ah, Leonor... mira, vuelve en tí... escúchame, ten compasion de mí, que tambien padezco atrozmente, oh! sí, de una manera cruel, porque creo que voy á per-

derte, á tí, amor mio, á tí, la mas hermosa de todas las mujeres! á tí, mi amor, mi delicia... Leonor, Leonor! Ah, vuelves? bendito seais, señor, bendito seais una y mil veces!

—Alonso, Alonso... dijo la de Guzman incorporándose y pasándose una mano por su bello rostro notablemento desfigurado por el padecimiento moral: no te vayas, no te vayas... porque me consuelan tanto tus palabras... Oh, si vieras como se mitigan los dolores que sufro, con solo oirte!...

—Leonor, ángel mio, repite esas palabros!... Oh, con que es cierto que me amas?... y dime, por qué padeces?

—Ah, sí, sí, padezco porque lucha en mi interior el amor que el rey de Castilla encendió en mi pecho, cuando era conde de Candespina, y el deber, el temor de que mi honor... Señor, no puedo mas; Ah, amadme, amadmo, ahora necesito amor, mucho amor...

—Leonor, con que es cierto? Con qué te puedo ya llamar mia?

—Sí, lo soy, señor, lo soy... os amo y todo lo arrastro! Mi corazon solo quiere buscar el vuestro, mi alma no puede vivir sin la del rey. Solo un favor quiero de vos ahora.

—Habla, habla, ídolo mio! habrá algo que te niegue tu esclavo?

—Señor, quiero estar sola un instante... soy vuestra amante; soy de vos lo que el mundo quiera llamarme mañana; pero ahora necesito la soledad, necesito... llorar, porque hay ciertas culpas que comienzan á espiarse mucho antes de que se cometan, y la mia es una de esas! Perdonadme, señor, amor mio; perdonadme; pero la soledad y el reposo es lo que necesita ahora mi alma.

—Oh, Leonor, qué cruel eres!

—Cruel por hoy, rey de Castilla; pero mañana... soy vuestra amante... mañana, soy la mujer que os ha dicho claramente: *«os amo, haced de mí lo que querais.»*

—Bien, siempre haré lo que deseais, mi bello ángel, contestó Alonso XI, besando con entusiasmo una mano de su amante, y dirigiéndose despues al corredor, desapareció por

él, en tanto que la viuda de Velasco se deshacia en lágrimas y comenzaba á espiar, como habia dicho, la culpa que aun no habia cometido.

El rey llegó al momento al pequeño recibimiento donde se hallaba haciendo calceta, inmediata á un viejo reverbero, la caduca aya de doña Leonor.

—Es por aquí la salida, mi buena señora? le dijo el rey, viendo que la vieja no daba señales de haberle sentido bajar la escalera.

—Jesus! y qué susto tan grande me habeis hecho pasar, señor caballero! contestó Munima temblando como una azogada, y haciendo la señal de la cruz con los dedos índice y pulgar de su diestra.

—Susto! y por qué?

—A ver! pues si estaba muy entretenida contando los puntos que me se habian soltado de la media, cuando oigo vuestra voz, que aunque sois jóven no deja de ser varonil.—Estoy segura que al mas valiente le sucede lo que á mí...

—En efecto, es para asustar á cualquiera... la salida, señora Munina?

—Ah, sí, teneis razon; se me habia olvidado con el susto! pero por aquí, noble caballero, por aquí: repuso la anciana abriendo la puerta.

—Dios os guarde: dijo el rey, ya en la calle y embozándose hasta los ojos.

—Vaya esclamó Munima, cerrando la puerta con rabia: —Pues ninguno de esos mozalvetes que tanto vienen aqui me han dado todavia ni una blanca! Vamos, ya veo que no hay ninguno tan generoso como el gran maestre, y eso que el pobrecillo ha salido siempre de esta casa con el rabo entre piernas, como se dice generalmente.—Oh, pero yo he de poder poco, ó... pero nos callaremos y veremos la manera de ganarnos un cornado, sin trabajar mucho, puesto que mi edad no me lo permite.

Y la anciana y ambiciosa aya de la de Guzman, se sentó otra vez cerca de la luz, donde se puso con la mayor

parsimonia á recoger los puntos que se le habian soltado.

En tanto se llegó el rey á un bulto que habia parado cerca de la casa de su amante, y le dijo á media voz:

—Don Alvaro, don Alvaro?...

—Aquí estoy, señor, contestó el de Trastamara, acercándose al rey.—Y por cierto, continuó, que si tardais un momento mas, no me hubiera encontrado tu alteza.

—Por qué, conde? dijo el rey con socarroneria.

—Alabo tu pregunta, señor! Con que me dices por qué lo hubiera hecho?

—Sí! eso os he preguntado...

—Pues por la sencilla razon, de que un planton de toda la noche, y al sereno, no lo sufre ningun ser viviente.—Por Cristo, que en mi vida he visto cita mas larga!—Y que, qué habeis hecho señor?

Alonso XI bacilaba al responder. Su amigo y confidente lo notó, y repuso al instante, dándose por resentido.

—Me parece, señor, que tiene algun derecho á preguntar y á saber, el hombre que como yo os la ha presentado ya casi conquistada, y el hombre que se ha estado toda una noche mirando al celeste y pasando frio é incomodidades?—Ah, señor, señor! y como se conoce sois feliz!

—Por qué me decis eso?

—Porque no hay cosa como la felicidad para hacer egoistas á las personas.

—Mirad, conde, que os deslizais un poquito, y temo que además del mal rato que habeis llevado con aguardarme, deis ahora una caida.

—Nada temais, señor.—Pero estoy condenado á no saber lo que ha resultado? lo que ha salido de tan larga entrevista? me parece, señor, que me quejo con alguna razon.

—Sí conde, sí, teneis razon: todo lo sabreis ahora mismo... pero que os diré?... por dondo empezaré... Ah, sí, solo os puedo decir que mañana mismo, sereis conde de Lemos.

—Conde de Lemos! pues esto quiere decir que habeis triunfado, no es eso? Esto dá á entender que doña Leonor...

—Me ama: no me preguntais eso?

—Sí, sí, eso os iba á preguntar.

—Pues ya lo sabeis, me ama, es mia... y consecuente á lo que os ofrecí, el condado de Lemos pasa á vuestra casa. Estais contento?

—Contentísimo señor, pero es necesario que en celebridad de tan fausto acontecimiento se sirva tu alteza...

Don Alvaro calló porque un resto de cortedad y pudor le impidió continuar.

—De qué me he de servir yo, señor descontentadizo?

—Nada pido; solo quiero que tu alteza haga membranza de cierta promesa hecha al mismo tiempo que cuando me dijísteis seria conde de Lemos.

—Ah, ya caigo, señor ambicioso... quereis tambien las rentas del señorío de Ribera?

—Si tu alteza quiere dármelas no le vendrán mal al condado con que acabas de honrarme.

—Y estais ahora contento de mí?

—Nunca he tenido la menor queja.—Pero decidme, señor: porque hace rato tengo una duda, duda que quisiera aclarar, si en ello no tiene inconveniente tu alteza.

—Hablad, que estoy pronto á contestaros todo cuanto me pregunteis: qué quereis saber?

—Deseo saber si á quien ama doña Leonor de Guzman es al conde de Candespina, ó al rey de Castilla y Leon.

—Al principio amó al conde de Candespina; pero como este y Alonso XI, eran una misma persona, amó despues al rey de Castilla, actual, ó lo que es lo mismo al hijo de Fernando IV.

—Oh, portento! y como se hizo semejante milagro?

—Descubriéndome á ella, despues de arrancarle que me amaba.

—De modo que estareis contento?

—Conde, en el mundo no hay hombre mas feliz que yo.

—No dirás dos veces esas palabras: contestó una voz desconocida.

Y cuatro hombres, los cuatro armados y cubiertos se precipitaron con terrible furia sobre el rey y su amigo.

—A ellos! á ellos! dijo el que parecia gefe de los asesinos.

Don Alonso y el conde desenvainaron sus espadas y se pusieron á la defensiva, porque los enemigos eran dobles en número.

—Atrás, canalla, esclamó el rey, colérico y descargando un terrible golpe sobre su contrario, que era un hombre en estremo alto y delgado.

—Señor, somos perdidos, si dais un paso para atacar: dijo don Alvaro, observando que el rey para castigar á su enemigo se habia separado un poco de la pared.

El combate fué en estremo reñido; pero la victoria no se decidia por ninguno.

—Es necesario concluir: dijo el rey haciendo un esfuerzo por deshacerse de su contrario.

—Sí, sí, ya concluirás le dijo este apurándolo cada vez mas:—ya concluirás, pero será de vivir...

—O no, contestó otra voz tambien desconocida.

Y un hombre, tambien armado y encubierto, desenvainó su espada, y arremetió á los enemigos del rey, con tanta furia, que perdieron en un momento la ventaja que tenian sobre sus contrarios.

—Cuerno y sangre! esclamó uno de los asesinos:—Se conoce que el amigo que ha llegado tiene un brazo algo hecho á manejar la espada.

—Esa voz! dijo el intruso, buscando al que habia echado el juramento; pero con el pretesto de ir hácia él.

—Qué, vienes á buscarme? oh, me alegro, porque aunque estoy aqui bregando con este, que creo es conde, de... de los infiernos, que me importa; me gusta dar con un enemigo que maneja tambien el cuchillo de matar moros.

—Nuño!... dijo el intruso á media voz.

—Cuerno y sangre! repuso este, tambien con el mismo tono:—esta voz la conozco yo!—Rayo y Belcebú, ya sé á quien pertenece.

—Pues silencio! silencio! y espérame en cualquier parte en seguida que se concluya esto.

—Bien, bien! oh, cuántas ganas tenia de verte, hijo mio!

—Y yo á tí; pero tén paciencia: despues hablaremos largamente.

El combate terminó al cabo en favor del rey y del conde, gracias al armado que se habia metido allí sin que nadie lo llamara, y sin saber nadie tampoco por donde se habia aparecido. Uno de los asesinos murió á manos del de Trastamara; y los otros tres huyeron despavoridos y llenos de temor, porque la gente comenzó alborotarse, y á asomarse á las ventanas dando terribles gritos.

El rey dijo al jóven que con tanto desinterés y valor le habia librado de una muerte cierta:

—Cómo os llamais, caballero?

—Señor, no lo soy.

—Sin embargo gastais armadura.

—Porque soy soldado.

—Vuestro nombre?

—Felipe.

—De qué?...

—No lo sé señor; no he conocido á mis padres.

—Y por qué nos habeis defendido y librado de esos asesinos?

—Pasaba por aqui en el momento que érais acometidos, y como ví que vuestros enemigos eran cuatro y vuesas mercedes dos, me fuí á la parte mas débil y apurada.

—Me conoceis, acaso?

—Es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Pues bien, tomad esta sortija, no como recompensa del servicio que me habeis hecho, sino como un obsequio que os hago. Con ella ireis al alcázar real, el dia que querais, y una vez allí preguntareis por el conde de Trastamara, y este os presentará al de Candespina, que tiene mucho valimiento con el rey, y segun tengo entendido, á Alonso XI, le gusta premiar el mérito y el valor.

—Gracias, señor, gracias; contestó el jóven sorprendido con lo que le pasaba.

—Faltareis?

—No faltaré, señor; os doy mi palabra.

—Está bien.

—Y despues de una leve inclinacion de cabeza, desaparecieron los dos amigos.

Felipe al verse solo, dijo guardándose la sortija en parte segura:

—Qué será esto? Si haré suerte con esta escaramuza? Oh, Dios lo haga! porque Elvira me amará despues!

Y el jóven echó á andar, presa de mil ideas á cual mas gratas y halagüeñas.

—Felipe... dijo la voz de Nuño.

—Ah! estábais ahí?

—Yo nunca falto á las citas que se me dán.

—Bien, amigo mio, bien; pero donde vamos á hablar?

—A mi casa que no está lejos de aqui.

—Vamos á vuestra casa: contestó Felipe dejándose conducir por el ex-teniente de la *formidable*.

Y despues de pasar la calle donde habia tenido lugar el combate, y de llegar y llamar en una casa de feo y pobre aspecto, se encontraron en una pequeña habitacion, enteramente desmantelada, si bien tenia algunas armas y arreos de caballos.

—Abrázame ahora, Felipe: dijo Nuño loco de alegría y echando sobre los hombros del jóven sus descomunales brazos: abrázame, volvió á decir, y no eches en olvido que te amo como si fueras mi hijo!

—Lo sé, Nuño, lo sé; y por eso yo os quiero tambien. A pesar...

—Habla, cáspita, habla!

—A pesar que vuestro encuentro ha despertado en mi alma recuerdos que jamás se borrarán!

—Felipe, hijo mio!... Por Dios, que si te empeñas me vas á hacer llorar como si fuera una mujer ó un chico.

—Pero decidme, dijo de pronto el jóven mudando de conversacion y pasándose su diestra por la frente como queriendo ahuyentar de su imaginacion las ideas tristes que comenzaban á bullirle:—Decidme, cómo estabais con esos asesinos, qué queriais? Qué os habian hecho para que les acometierais, cuatro no siendo ellos mas que dos?

—Oh, me buscaba la vida, la subsistencia, Felipe: y sino qué queriais que hiciera? desde que fué derrotada nuestra valiente y hermosa compañía, estoy á todo lo que sale, hijo mio, á todo absolutamente, porque para vivir en ciudad, es necesario un dinero que yo no tengo.

—Pero bien...

—Oh, voy... que ya sé no te he contestado á lo que me preguntabas, yo estaba en este cuarto, muy quieto sentado sobre la silla de mi honrado Almanzor, caballo que todos los dias lloro, é inventando la manera de ganarme una blanca, cuando veo entrar por ahí un hombre alto y delgado como la lanza de Mal-alma.—«Me han dicho que sois un valiente, amigo mio» me dijo de buenas á primera, pero sin descubrirse, y sin querer tomar mi asiento, que mas de una vez le ofrecí.—Yo le contesté aquello que me pareció mejor, y despues me hizo proposiciones lo mas ventajosas y magníficas para un hombre, que como yo se encontraba sin dinero y sin vino.

—Y esas proposiciones...

—Oh, las proposiciones!... me das tu palabra de no revelar nunca?...

—Te la doy, acaba ahora pronto.

—Pues señor, me dijo que él era un caballero muy principal, y que tenia ciertos resentimientos con dos condes de la córte de Alonso XI, resentimientos que queria vengar á toda costa.

—Os acordais de los nombres de esos condes?

—Diablo!... algo difícil será... pero uno de ellos es el conde de Trasta...

—De Trastamara?

—Oh, sí, sí, eso es; cáspita, eso es!

—Y el otro es acaso, el de Candespina?

—Por Baco, que así se llamaba el otro!

—Oh, bien; y luego qué te dijo tu desconocido?

—Primero me dió un gran bolso lleno de dinero, y despues me dijo que me esperaba con dos mas que yo buscase: pero de toda mi confianza, en el sitio donde nos has visto esta noche.

—Y cuál era vuestra intencion?

—Por Santiago, que me gusta tu pregunta! Cuál querias que fuese, vamos á ver?... sino la de matar á los dos jóvenes que tú has librado por nuestra desgracia?

—Por vuestra desgracia, Nuño!

—Cuerno y sangre, ya lo creo! No vés, pecador de mí, que si mueren esos mozalvetes á nuestras manos, hubiéra sido rico para toda mi vida, segun lo que me dijo el caballero?

—Ah, te ofrecio...

—Todo el oro que quisiera:—Cáspita, haber perdido tan bonita ocasion! Pero anda con Dios, tú lo has hecho, bien hecho está.

Sabes el nombre de ese caballero?

—No.

—Y sabes, infeliz de tí, quién es el conde de Candespina?

—Tampoco.

—Pues es el amigo, el confidente, el ministro de Alonso XI de Castilla.

—Buen cuidado se me dá á mí: asi hubiera sido él mismo rey en persona, y... pero si me da mas dinero que el desconocido, me voy con el conde y mato en aquel mismo instante al larguirucho... al de las proposiciones.

—Nuño! Nuño!...

—Un soldado de la *formidable* debo tener corazon para eso y mucho mas.

—Oh, calla, calla, no me la nombres!... y no oiga yo de tu boca semejantes palabras!

—Pardiez, estas palabras las dice cualquier hombre que tenga corazon.

—Oh, no, Nuño; el hombre que diga esas palabras se iguala á la fiera mas terrible y feroz!

—Por Baco y todos sus partidarios, que estoy por darte la razon.

—Y si no, dime Nuño: no te horrorizas al pensar lo que éramos en esa *formidable*, que tanto echas de menos?

—Eramos unos valientes.

—No; éramos unos asesinos y unos ladrones! oh, piensa, piénsalo bien y verás como tengo razon! Eramos unos foragidos crueles, que solo dejábamos en pos nuestro, el luto y el llanto! Eramos unos hombres viles, sin corazon, sin sentimientos, fieras sedientas de sangre y deseosas siempre de dañar y morder á nuestros mismos hermanos, á los hijos de nuestra misma patria! Nuño, Nuño! No te alegras de verte libre de aquellos hombres, que me hicieron para siempre desgraciado y que sembraron en mi pobre pecho el dolor mas amargo y mas intenso? oh, maldícelos, como yo... reniega de ellos y avergüenzate como yo me avergüenzo, hasta de haber tolerado aquel foco de infamia y de maldad!

—Oh, tienes razon! tienes razon! cuerno y sangre! esclamó Nuño enteramente conmovido y procurando ocultar dos lágrimas que en vano podia contener.

—Ah, no creas; yo hubiera sido como vosotros, porque Hugo, y aun tú mismo, á pesar de tus buenos sentimientos, me educásteis para el crímen: y aunque mi corazon se negaba á todo lo malo y cruel, hubiérase empedernido como el de todos, y yo hubiera llegado á ser tan criminal como el primer bandido, á no ser por una vírgen, hermosa y cándida, que me ha transformado, que ha sabido estraer de mi corazon toda la parte mala, que vosotros habíais inoculado en mis primeros años!

—Y ese ángel?

—Ese ángel, es la hija de don Jimeno de Luna y Osorio.

—Y te ama?

—Me desprecia.

—Voto á sanes! á tí!

—A mí, Nuño.—Elvira tiene razon para despreciarme.

—Razon! razon, Felipe!

—Sí, porque yo la he engañado, y porque Elvira no podia amar á un bandido... me desprecia, porque debia de hacerlo asi en el momento que averiguase lo que yo era.

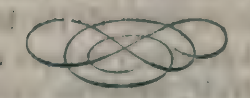
—Calla; si yo no hubiera perdido una sortija que me dió su padre. Y qué harás ahora?

—Maldicion, la has perdido! qué he de hacer! Hacerme digno de ella.

—Pero cómo?

—Una santa me dió este consejo, y estoy tan seguro de su éxito, que casi, casi lo doy por hecho.

Pero dejemos conferenciar á los dos amigos; dejemos á Felipe hablar de sus amores, y á Nuño contarle la manera que tuvo de salvar el pellejo cuando la derrota, que sobre poco mas ó menos fué fingirse el muerto, y venga el lector con nosotros á escuchar otra escena, precisa é indispensable para que esta mal pergeñada historia pueda seguir su curso.





CAPITULO XXXVII.

De como viene el lector con nosotros al antiguo alcázar de los condes de Haro.

Fuerza es, queridísimo lector, que dejemos á Felipe y á su amigo Nuño Fajardo, para ver y conocer un nuevo protagonista de nuestra historia. Y decimos nuevo porque ha variado tanto en físico, en carácter y en instinto el personage, que es preciso conozcas, que casi le podemos llamar otro sin temor de equivocarnos.

El antiguo alcázar de los condes de Haro permanecia en el mismo estado y cerca del de los reyes de Castilla. Sus preciosos torreones, rematados en delgadas agujas, los muchos y variados escudos de armas y las ojivas con cristales de mil colores, no habia perdido su bello y elegante carácter, si bien parecia la mansion de seres inanimados. Con efecto, el mayor silencio, ó mejor dicho el silencio de los sepulcros reinaba en aquel edificio, en otro tiempo lleno de animacion, en otro tiempo lleno de gente y de guerra, alegre y bulliciosa; en otro tiempo, por último, sirviendo de foco á mil conspiraciones é intrigas, donde mas de cuatro veces se vió amenazada la corona que Fernando IV heredára de su padre.

Todo habia desaparecido enteramente. Ni un soldado se veia por sus patios y cuarteles; ni el relincho de un solo ca-

ballo, se oia por sus muchas y espaciosas cuadras. Al canto de los soldados que en otro tiempo lo guarnecia, habia sustituido el silencio mas profundo y la inanimacion mas completa. Sus puertas constantemente cerradas, impedian que los curiosos pudiesen ver lo que pasaba en el interior de aquel palacio tan grave como sombrío: mil opiniones y dichos circulaban entre la gente que vivia próxima al alcázar mencionado. Unos decian que el último conde de Haro despues de una vida en estremo mala y llena de crímenes, se habia retirado á su palacio, donde vivia sino entregado á la penitencia, á la desesperacion y á los remordimientos: otros; que solo habitaba en aquel inmenso edificio el ánima de don Lope Lopez Diaz de Haro, y que bagaba por todo él, metiendo un ruido atroz y aterrador, como condenado que estaba. Pero lo cierto es, amados lectores, que en quince años no se vió alma viviente por ningun lado del palacio, y que su puerta principal no respondió nunca á los infinitos golpes que desde fuera les daba la gente curiosa y amiga de novedades. Todo indicaba que, ó nadie lo habitaba, ó si era lo contrario, que la persona ó personas que en él moraban se habian propuesto vivir tan aisladas como monjes ó ermitaños.

En una de las tardes del mes de mayo, y en la hora que el sol comienza á inclinarse hácia el ocaso, se veia caminar hácia el alcázar de los antiguos señores de Vizcaya, un hombre de regular estatura, con el cabello blanco enteramente, aunque se conocia no era por la edad, y de porte noble y distinguido. Llevaba con gracia y soltura un magnífico trage de terciopelo bordado de plata, y un capotillo oscuro pero de rica y fina tela. Su semblante era en estremo simpático y agradable, como lo puede ser el de la persona que además de reunir unas facciones agradables tiene pintado en su rostro la dulzura y la amabilidad.

El caballero se detuvo en una pequeña puerta forrada de hierro, perteneciente al misterioso alcázar, y despues de dar tres golpes con la mayor suavidad, y uno con todas sus fuer-

zas, se puso á pasear, sin duda para entretener el tiempo, hasta que le abriesen. La puerta permaneció cerrada, y ni el mas mínimo ruido indicaba que vinieran á abrirla. Entonces se acercó á ella y volvió á llamar de la misma manera que antes.

Esta vez fué oido, porque la maciza puerta comenzó á rechinar sobre sus goznes.

—Quién sois? dijo una voz temblona de dentro.

—Ya lo sabeis, Mendoza; el...

—Sí, sí, ya os conozco repuso la voz.

Y la puerta se abrió lo bastante para que pudiera pasar el caballero.

Un hombre de mas de cincuenta años, con el pelo tambien blanco, de abultados y colorados mofletes, y de crecido abdomen, se vió por detrás de la puerta.

—Vuestro amo?... dijo el caballero con amable sonrisa.

—Pase, pase vuestra grandeza, que en un momento os voy á conducir á su presencia.

El caballero obedeció, y los dos desconocidos echaron á andar por las inmensas é interminables galerías del alcázar.

—Sabeis, dijo el caballero, que me dá tristeza ver esto?

—Oh! lo creo, señor! vos que como yo habeis conocido esta casa hecha un verdadero palacio régio!—Qué quereis, todo está abandonado enteramente, porque el señor conde lo quiere asi! Las paredes destilan agua, el suelo de la planta baja como veis, todo está lleno de yerbajos... oh, qué lástima, qué lástima de alcázar! No creais que el señor conde se enfada cuando vé esto: nada de eso; al contrario, cuando viene por aquí dice que se recrea, y esclama con acento amargo:—*Oh, el tiempo! este es el tiempo!*

—Y cómo sigue el conde?

—Ah, señor, malo, muy malo: yo creo... siempre hablando solo, siempre viendo fantasmas y siempre acobardado como un niño: si lo dejo solo un momento me llama en seguida, y cuando vengo me lo encuentro demudado y como si hubiese luchado con alguien.

—Pobre conde! pobre conde!

—Pues no es eso lo mas particular, sino que ahora ha dado en la maldita idea de decir que si se casára, tal vez viviera con mas tranquilidad... qué os parece?

—Y no se sabe á que atribuirse esa variacion en su carácter, y la vida que lleva desde que murió el padre de nuestro actual rey?

—Nada se sabe, señor, nada absolutamente porque él tiene buen cuidado de no hablar mas que medias palabras cuando está preocupado con alguna idea.—Solo puedo deciros que cuando jóven fué muy ambicioso, y que tal vez cometiera algun crímen... pero esto no es mas que una suposicion...

—Comprendo, comprendo...

Y los dos interlocutores llegaron sin notarlo á un salon bastante grande, todo desnudo y desmantelado.

—Cáspita! dijo el llamado Mendoza, que casi estamos ya cerca del señor conde, y con la conversacion...

—Cerca del conde! pues donde está, Mendoza?

—Abrid esa puerta, y os encontrareis de manos á boca con él.

El caballero así lo hizo. Y con efecto un hombre de elevada estatura, huesoso, descolorido, con el cabello casi blanco, los ojos mústios y los labios cárdenos, fué el hombre que se le presentó á la vista. Ocupaba, cerca de una mesa, llena de mil objetos, un sillon de cómodo respaldo y de magníficos brazos de madera tallada. Su trage era en estremo sencillo, si bien estaba puesto con cierta elegancia natural, que el hombre escuálido queria perder á toda costa.

Al ver al caballero se puso de piés y estendiendo hácia él los brazos, esclamó con la mayor alegría:

—Don Jimeno!

—Sí, amigo mio, yo soy.

—Ah, cuánto placer esperimento al estrecharos entre mis brazos! porque si viérais que vida paso! si supiérais lo que padezco hace quince años!

—Oh, y todo por qué, conde, por qué? si vos no os hubierais enterrado en vida... si en vez de encerraros en esta clausura hubiérais buscado una mujer que os hubiese hecho feliz y que os hubiera hecho olvidar esos escrúpulos de vuestra conciencia!...

—Una mujer! y escrúpulos de mi conciencia! Ah, don Jimeno, si os dijera... si os abriera mi pecho... veríais como una mujer, que siempre me odió á pesar del amor que yo la tenia, ha sido la causa de... pero me callo; porque padezco atrozmente al recuerdo de esa vida primera!

—Oh, pues haceis mal, conde de Haro, yo soy un antiguo amigo de vuestro padre, os quiero, y á nadie mas que á mí debiérais de abrir las puertas de vuestra alma.—Además que cuando una persona se llega á poner en el estado que os habeis puesto, solo contando sus cuitas tienen algun consuelo. No sabeis que hay cierta clase de padecimientos que solo se curan aplicando medicinas en un todo iguales al mal que se padece?

—Dispensadme, amigo mio, dispensadme, pero...

—Bien, bien, haced lo que gusteis; pero permitirme una pregunta:—Qué haceis aquí encerrado sin ver á nadie y huyendo de ese mundo, para vos en otro tiempo tan encantador?

—Que qué hago! llorar, don Jimeno, llorar mis culpas pasadas!

—Y para llorar desaciertos propios de la juventud, se aisla uno de ese modo, y hace la vida monástica que vos haceis? Por Dios conde; y qué culpa tienen vuestros amigos para que les priveis asi de vuestra presencia?

—Os diré, amigo mio: yo conozco que mi corazon no es tan virtuoso como para vivir en el mundo y no embriagarse con su pompa. Tal vez hubiera sucedido que mis pasiones y mis defectos hubiesen tomado incremento y el arrepentimiento de mis culpas hubiera llegado cuando Dios cansado de mi vida, no me tendiera la mano benéfica que estoy seguro me ha tendido al ver mi dolor y mi sacrificio.

—Hola! luego entonces no debeis estar muy satisfecho de vuestro arrepentimiento.

—Por qué!

—Porque no es verdadero, conde; porque vos lo habeis adquirido en la soledad, y no habeis luchado...

—Con quién, don Jimeno!

—Con el mundo.

—Ah, me incitais á hacer una prueba!...

—Nada de eso, amigo mio.—Si os he contradicho en algo ha sido por veros animado un momento; pero no, don Lope, vivid como gusteis, que de todas maneras tendreis en mí siempre un verdadero amigo que os compadece, porque sois desgraciado.

—Oh, gracias, gracias, señor!

—Solo un favor quisiera pediros.

—Hablar.

—El objeto de esta venida, además del deseo que tenia de veros, es el de despedirme de vos.

—Os marchais!

—Sí, amigo mio.

—Muy lejos? por mucho tiempo?

—Me veo precisado, á partir para Alemania y creeré que sea por un buen puñado de dias.

—El favor...

—Mi hija queda aquí. El real monasterio de las Huelgas es ya su residencia y lo será hasta que yo vuelva; pero quisiera...

—Vuestra hija queda á mi cargo; un segundo padre tendrá en mí, y aunque hace quince años no veo la calle, á pesar que he jurado no volverla á ver, este edificio se prolongará hasta el monasterio donde está Elvira.

—Ah, conde, gracias, gracias; no sabeis el beneficio que haceis á un padre, que se marchaba con la desazon de dejar á su hija sola, porque si bien está en una santa casa donde nada debe temer: sin embargo, no tenia á nadie á quien volver los ojos, si se viera en algun peligro.—Gracias, don Lope! Oh, y cuánto bien me haceis!

—Amigo mio, es mi deber; y á pesar de que habia jurado no salir de esta mansion, donde tantas lágrimas he derramado, donde ha encanecido mi pelo, y donde he visto á mis víctimas... Oh, no me equivoco... donde continuamente veo mil fantasmas aterradoras que sin duda mi enfermo cerebro me representa á cada instante para atormentarme; á pesar que aqui quería morir, lejos de ese mundo en que yo he disfrutado y padecido tanto, á pesar de todo iré con frecuencia al monasterio de las Huelgas, para ver á vuestra hija y para consolarla cuando llore vuestra ausencia.—En mí, don Jimeno, tendrá Elvira un padre cuidadoso y solícito.

—Con qué os pagaré tamaño favor? Ah, mi reconocimiento es tan grande que solo os lo puedo probar con estas lágrimas que habeis hecho asomar á mis ojos.

—Ahora bien, amigo mio; cuándo me presentareis á vuestra hija?

—Quereis venir conmigo?—En este momento voy á verla, y con eso os presentaré á ella, como su tutor, su segundo padre, durante mi ausencia.

—Ahora... tan de dia!...

—Nada temais; la puerta por donde yo he entrado dá á una calle en estremo apartada y solitaria: persona alguna transita por ella, y bien cubierto con vuestra capa, nadie os conocerá... Qué decís? os determinais?

—Don Jimeno, llevadme adonde se os antoje.

—Bien, conde, bien; sois todo un héroe: cuando gusteis podremos echar á andar.—Estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Marchemos, don Jimeno, marchemos.

Y despues de llamar á Mendoza y de cubrirse perfectamente con un manto de finísimo bellorí, salió don Lope de su alcázar despues de quince años de reclusion voluntaria, donde mas de cuatro veces lloró las muertes de Fernando IV y de los hermanos Carvajales.

—Por donde, don Jimeno? dijo el de Luna cuando se vió en el patio del alcázar.

—Por aquí, amigo mio, por aquí contestó el padre de Elvira, abriendo la pequeña puerta por donde habia entrado.

—Bien, ya estoy en la calle! El mundo me recibe otra vez en su seno; quiera el cielo que no nos arrepintamos los dos: yo por lanzarme á él por segunda vez, y él por recibirme.

—Dejaos de esas imaginaciones, don Lope.

—Ay, amigo mio! si vierais el temor que se ha apoderado de mí, al pisar el umbral de esa puerta!

—Temor! y por qué? —Acaso, os vais á lanzar al mundo? —No, don Lope; habeis salido únicamente para cumplir con los deberes de la amistad. —Es lanzarse al mundo visitar un monasterio donde no se oye mas que el ruido del viento y los salmos de las religiosas?

—Ah, es verdad! es verdad! contestó el conde, convencido con las razones que le habia dado don Jimeno de Luna y Osorio.

Mendoza cerró la puerta, y el conde y don Jimeno se dirigieron al real monasterio de las Huelgas, donde vivia la infeliz Elvira, entregada á las ideas mas amargas y terribles.

CAPITULO XXXVIII.

De como el conde de Haro volvió á su palacio, y lo que dijo, cuando se halló en él.

El real monasterio de las Huelgas de Burgos, distante todo lo mas de la ciudad un cuarto de legua escaso, era el sitio adonde se dirigieron don Jimeno de Luna y su amigo el conde de Haro. Los dos caminaban con paso mesurado, y aunque la distancia que mediaba desde el alcázar hasta el monasterio, no era mucha, tardaron mas de lo regular en llegar á él. El conde de Haro apenas podia andar, y eso era la causa de todo.

—Sabeis, conde, que á este paso no llegaremos al monasterio en todo lo que queda de dia?, dijo don Jimeno con aire bromista.

—Lo creo, amigo mio; pero ya veis no puedo dar un paso... como hace quince años no salgo de mi encierro.

—Oh, es verdad... pero si pudierais hacer un esfuerzo... mirad el monasterio está ya casi aquí mismo... se toca con la mano.

—Desde que salimos de la ciudad parece talmente que se coje con la mano el edificio, y sin embargo, yo he perdido las fuerzas, y el monasterio no llega ó mejor dicho nosotros parece no llegamos nunca á él.

—Tomad mi brazo y vereis como al momento estaremos; si llegamos despues de las oraciones no podremos penetrar.

—Pues bien, marchemos, marchemos.

A poco de esto se encontraron en las puertas del convento. Don Jimeno llamó y dijo á la monja que se hallaba en el torno:

—Decidme, madre, no pudiera yo ver á la ilustrísima Abadesa?

—Oh, oh, muy difícil lo veo... la señora á esta hora... pero quién sois? cómo os llamais?

—Decidle, si gustais, que está aquí don Jimeno de Luna y Osorio, padre de la jóven que...

—Basta, basta, caballero que asáz conocido sois en toda Castilla, y demasiado principal para que la señora no os haga entrar al momento en su locutorio.—Tened la bondad de esperar mientras yo le aviso estais aquí.

—Bien, bien, madre; pero decidle tambien que me haga el obsequio de llevar consigo á mi querida hija.

—Perded cuidado, señor, que todo lo haré á medida de vuestro deseo: y al mismo tiempo se oian las pisadas de la monja que iba precipitadamente á ver á la Abadesa.

—Conoceis á la superiora del monasterio, don Lope?

—No, y ya sabeis la causa.

—Ah, teneis razon, me olvidaba de vuestro cautiverio.

—Hace mucho que es el gefe de estas santas mujeres?

—Cuatro años escasos.

—Y quién es?

—Es descendiente de la casa de Pimentel, y parienta de la reina doña María Alfonsa de Molina.

—Ah, sí, la madre de Fernando IV... repuso don Lope, palideciendo.

—Efectivamente; pues como su parienta, como la mujer que todavía lloramos los que la conocimos, es magnánima, de escelentes sentimientos y de un talento poco comun: su lenguaje es dulce, sus ademanes nobles y de su alma sublime y caritativa, se desprenden los sentimientos mas bellos, puros y santos.

—Deseo conocerla, don Jimeno.

—Oh, pues no tardareis en satisfacer vuestro deseo... oigo pasos y tal vez sea la madre tornera...

Don Jimeno no pudo concluir, una voz de mujer un tanto cascada, le interrumpió con estas palabras:

—Caballero, su ilustrísima tendrá el honor de recibiros en su locutorio: tomad la llave y abrid la primera puerta que encontreis, pasado el patio de la portería.

El torno giró con la mayor rapidez, hasta que don Jimeno cogió la llave.

—Gracias, señora, gracias por vuestra eficacia.

—No he hecho mas que cumplir con mi deber, caballero.

Las últimas palabras de la monja casi fueron oidas por los caballeros, porque al momento de recibir la llave se dirigieron al locutorio á que correspondia.

A poco de penetrar en él, se presentó la superiora del monasterio, seguida de la jóven y encantadora Elvira.

—Padre mio! esclamó la amante de Felipe, arrojándose en los brazos de don Jimeno, y llenándolo de besos y caricias.

—Elvira, hija mia! dijo tambien el anciano correspondiendo con la mayor ternura á las demostraciones de alegría y cariño que le daba la jóven.

La abadesa y el conde de Haro permanecieron silenciosos y contemplaron la primera enternecida al ver aquellas muestras de cariño tan puras y verdaderas; y el segundo sin quitar ojo de la encantadora Elvira, y no sabiendo que admirar mas en ella, si su hermoso rostro, si su bello y esbelto cuerpo, de académicas formas, ó si la elegancia y naturalidad de sus ademanes. El conde de Haro estaba aturdido, y en medio de su sorpresa no pudo menos de decir con voz casi imperceptible, pero trémula y balbuciente:

—Oh, Elvira... solo una mujer ha habido que se parezca á tí... Sin embargo Beatriz... oh, los recuerdos, los recuerdos siempre, Dios mio! Huid, huid, dejadme en paz un momento siquiera mientras contemplo á este ángel!

El padre y la hija se separaron, y entonces don Jimeno

se volvió á la priora y le dijo con la mayor cortesía, besándole al mismo tiempo con respeto una de sus manos:

—Perdonadme, señora: el placer de ver y estrechar á mi hija entre mis brazos...

—Oh, lo estais, don Jimeno, lo estais por mi parte: es tan natural lo que ha pasado!

—Y cómo estais, señora?

—Perfectísimamente, y con la satisfaccion de que no hay ninguna novedad en la actualidad en esta santa casa: Dios ha escuchado mis súplicas, y la paz y la salud mas completa hace dias es con nosotras.

—Mas vale así, señora; pero antes que se me olvide, tengo el gusto de presentar á vuestra reverencia á mi amigo el conde de Haro, nombrado por mí, durante mi ausencia, tutor de mi querida hija.

—Oh, bien, me alegro de conocer á tan principal y noble caballero; contestó la madre, haciendo una pequeña reverencia y examinando con detencion el rostro de don Lope.

Elvira lo miró tambien, y despues dirigió la vista á su padre, como queriendo interrogarle. Este se apresuró á decirle:

—Y á tí, hija mia, tambien te lo presento; el conde será para tí un amigo, un segundo padre; y quiero que desde ahora lo estimes y que desde ahora lo mires como la persona mas allegada que tienes despues de tu padre. En él tendrás, como ya te he dicho, un amigo, un confidente, un padre, que nada te negará, que será amable y solícito contigo, y que te hará olvidar en algun tanto mi necesaria y precisa ausencia.

—Necesaria, padre mio? dijo la jóven con sentimiento.

—Sí, hija mia, necesaria, ya lo sabes, y es preciso conformarse porque redunda en beneficio tuyo: ya te he dicho que una pingüe fortuna será el resultado de mi viaje, y que todo pasará á aumentar tu dote...

—Ah, señor, yo renuncio á todo con tal de que no os marcheis...

—A qué viene afligirse? No estás en esta santa casa, que

el mismo rey de Castilla ampara y protege? No te dejo en mi lugar al conde de Haro, á quien amarás la segunda vez que lo veas, porque su carácter dulce y complaciente, le hace digno del mayor aprecio?

—Por Dios, don Jimeno: dijo el conde con modestia.

—Oh, no, es la verdad, amigo mio; y sobre todo continuó el de Luna, no estás al cuidado de esta noble y respetable señora que estoy seguro será para tí una madre?

—Oh, sí, sí, cierto, es para mí una madre, y yo la amo como si realmente lo fuera.

—No haces mas que corresponderme, hija mia querida: contestó la Priora estampando un beso con el mayor cariño, en la frente de Elvira.

—Pues entonces, ¿á qué son esos temores?

—Padre mio, yo no temo nada, porque no hay fundamento para ello, es cierto; pero por eso no he de sentir vuestra marcha y no he de desear que no la hagais? Ah, señor, vos, solo, y anciano emprender un camino tan largo, esponerse...

—A nada absolutamente, Elvira, con que así es preciso que te tranquilices, teniendo á tan buenos padres como la señora abadesa y el conde de Haro. Además que tendrás ya en el convento alguna amiga... me engaño, señora?

—No, no os habeis engañado, don Jimeno: repuso la superiora mirando á Elvira.—Verdad, hija mia, que vuestro padre no se ha engañado?

—Verdad, señora: contestó la jóven sonriéndose.

—Ah, me alegro, me alegro porque con eso te será mucho mas grata la estancia en el convento.—Y quién es la amiga que ha elegido, señora? Acaso una educanda de su edad?

—Oh, nada de eso; la amiga de vuestra hija es una madre que lleva mas de quince años de hábito; pero como Elvira, rubia y de ojos azules, como Elvira, de hermoso rostro y de bella alma; cuando entró en el convento para profesar, á pesar de que venia enferma y palidecida en estremo, no

podia darse hermosura mas perfecta. Hace mas de quince años que está aquí, su vida se la pasa llorando y haciendo contínua penitencia; pero aunque vive sola, aislada enteramente, en los grandes apuros, en las enfermedades, y en todo sitio donde hay que prestar auxilios se la vé á ella llena de mansedumbre, y se oye su voz angelical, que solo derrama consuelo y uncion.

—Y esa es la amiga de mi hija?

—Esa, don Jimeno, esa santa es la que Elvira ha elegido para pasear por el jardin, y para estar con ella siempre.

—Bien, hija mia, bien:—Y decidme, señora, se sabe á qué familia pertenece?

—A una familia distinguida; pero se quedó muy jóven huérfana y mi ilustre parienta la reina doña María Alfonsa de Molina, la prohijó y la amó siempre como si fuera su hija verdaderamente.

—Tal vez á la muerte de tan gran reina, tomára el velo, al verse sin el apoyo...

—No lo creais; mucho sintió la muerte de doña María, y tanto lo que la lloró que aun en el dia vá á su sepulcro todas las mañanas antes que haya gente en la iglesia, y lo riega mas de cuatro veces con sus lagrimas.—Ocho años antes que muriera la madre de Fernando IV, ya habia tomado el velo en este Monasterio.—Dícese, aunque ella á nadie ha contado sus dolores y cuitas, que fué en estremo desgraciada en unos amores que la reina su madre adoptiva protegió con decidido empeño.

—Su nombre, señora, su nombre! esclamó el conde casi fuera de sí, y apartando la vista de Elvira, que hasta entonces no se vió libre de las miradas de don Lope.

—Se llama Beatriz, caballero.

—Beatriz! Beatriz! dijo el conde por lo bajo, y volvió á guardar silencio.

—La conoceis acaso?

—No, señora, creí... Beatriz! No, no la conozco! os digo la verdad.

La abadesa y Elvira miraron á don Lope llenas de estupor.

Media hora despues salian del monasterio el padre y el tutor de Elvira. El primero enjugándose las lágrimas que la despedida de su hija habia hecho asomar á sus ojos, y el segundo preocupado con mil ideas y recuerdos los mas gratos y halagüeños, unos terribles y desgarradores otros. Don Jimeno acompañó al conde hasta su mismo alcázar.

—Ya conoceis á vuestra hija, conde: me puedo marchar tranquilo y seguro?

—Sí, don Jimeno!

—Adios, amigo mio; en el cielo recibireis el premio de vuestra bondad.

Y despues de estrechar con efusion la mano de don Lope, se separó de él, para emprender al instante su viaje.

El conde cerró la puerta y subió precipitadamente la ancha escalera, que daba á la habitacion que ocupaba.

Mendoza le salió al encuentro, y le dijo con el mayor respeto:

—Quereis algo, señor?

—Nada, nada absolutamente... dejadme solo, repuso echándose sobre su sillon de brazos, donde á poco dijo, alzando las manos al cielo:

—Señor, señor, he salido al mundo despues de quince años que he huido de él... el recuerdo grato y encantador de la hija de don Jimeno, puede en mí ya mas que el de mis crímenes y maldades! Dios mio, qué es esto?... Ah, misericordia, misericordia!

CAPITULO XXXVIII.

En el que se vé que á la hija de don Jimeno no le gustó mucho el tutor que le destinaba su padre.

Al dia siguiente de haberse marchado para Alemania don Jimeno de Luna y Osorio, y cuando apenas hacia un cuarto de hora que el sol se dejára ver por el horizonte, esparciendo sus ardientes rayos por la tierra, cuando la interesante hija de don Jimeno, saltó del lecho precipitadamente y se vistió tambien todo lo mas pronto posible. Elvira no habia pegado los ojos enteramente en toda la noche, su cabeza se perdia en mil conjeturas, y no podia averiguar cómo su padre era amigo del conde de Haro, que aunque ella no le conocia, pero el rostro de don Lope era poco simpático para que pudiera formar Elvira un concepto favorable del de Haro, ella tan pura é inocente, que odiaba todo lo feo, y que juzgaba á las personas segun su semblante. La pobre niña estaba llena de temor, y sin poderlo remediar auguraba mal del hombre que en toda la visita quitó ojo de ella y que se puso lívido, cadavérico talmente, cuando la superiora nombró á Beatriz.

—Qué tendrá que ver con ella ese hombre? se decia la jóven cada vez mas confusa. La conocerá? oh, no hay duda!... pero cómo, cuándo? será algun enemigo de ella? es preciso

averiguar todo esto y avisarle lo que ocurre... y lo que hizo el conde cuando nuestra madre superiora la nombró!... Qué hombre, Dios mio? qué mirada! oh, me tenia aterrada y aun todavia lo estoy! Ah, señor, qué desgraciada soy! sola, sin mi padre, si... Oh, siempre lo mismo! la memoria de Felipe, de ese hombre indigno de mi amor... y sin embargo soy dichosa cuando pienso en él! Qué diferencia del conde... Felipe, hermoso, galante y de mirada apasionada... oh, y el amigo de mi padre, escuálido, con los ojos desencajados y mirada de fiera... la presencia de ese hombre me causa un daño, atroz, indecible!

Y esto diciendo, salió de su habitacion, y despues de atravesar una larga galería, se acercó á una pequeña puerta herméticamente cerrada, donde dió con suavidad un golpe, golpe qué acompañado con estas palabras:

—Abrid, madre santa Beatriz: abrid, que soy yo: Elvira.

La puerta se mantuvo cerrada, y entónces la jóven pasó la misma galería de antes, bajó una ancha escalera de piedra, y al atravesar un enorme patio lleno de flores, oyó una voz que le decia con la mayor dulzura:

—Elvira, hija mia.

—Ah, señora, os andaba buscando: repuso la jóven corriendo hácia la religiosa.

—No corrais, hija mia, aguardadme ahí... oh, que agitacion es esa!... cómo os habeis levantado tan temprano!... estais pálida, trémula, qué teneis, Elvira, qué teneis?

—Nada, señora, nada absolutamente: deseaba veros, tengo muchas cosas que contaros, y como no he podido dormir en toda la noche, asi que vino el dia me he ido á vuestra habitacion, la que he encontrado cerrada. ¿dónde habeis estado, madre mia?

—Ya lo sabeis, Elvira.

—Ah, no puedo adivinar...

—Pues bien, vengo de cumplir un deber sagrado... La reina doña María, mi madre, mi protectora, se halla enterrada en este monasterio, y vengo de...

—Ah, lo sé: pero no creí que fuérais tan temprano.

—Sí, hija mia, la visita á los sepulcros se debe de hacer por la noche ó al amanecer.—Pero qué me queriais, Elvira!

—Oh, tengo mucho que contaros, si quisiérais venir al jardin...

—Al instante, hija mia, llevadme adonde querais.

La religiosa y Elvira se dirigieron al jardin, que como ya habia entrado el estío, presentaba el aspecto mas risueño y magnífico.

Las dos amigas se sentaron en un banco de piedra, rodeado de frondosos árboles, de altas y añosas parras, y de juguetona yedra, que se enroscaba por los pilares y maderos que sostenian las parras. Ni un rayo de sol penetraba en el sitio que eligió la monja y su amiga. Un aire grato y embalsamado por las muchas y variadas flores que habia, silbaba suavemente por entre el ramage de las plantas. Las megillas de la hija de don Jimeno, se tiñeron de un sonrosado, que hacia resaltar mucho mas la blancura de su cútis, y el carmin de sus labios. Elvira tendió la vista en rededor suyo y esclamó, sentándose en el tosco banco de piedra:

—Ah, qué cansada estoy! he corrido tanto en vuestra busca!...

—Mal hecho, hija mia; porque á qué viene esa precipitacion?

—Es muy importante lo que tengo que deciros, y queria que lo supiérais cuanto antes.

—En ese caso, dad comienzo.

—Nos oirán aquí?

—Nada temais.

—Pues bien: ayer estuvo mi padre á despedirse para Alemania, y vino acompañado del que ha nombrado por mi tutor. Este hombre es alto de cuerpo, en estremo delgado, y aunque tiene hermosos ojos negros, su mirada es atroz, aterradora. Mi tutor tendrá unos cuarenta años, y es...

—Acabad; hija mia; deseo saber como se llama: es...

—El conde de Haro.



Es muy importante lo que tengo que deciros, y...

—Cielos! el conde de Haro! Ah, qué necia soy!... ¡Acaso su descendiente; porque, cómo es posible que viva semejante mónstruo? Cómo habia Dios de consentir que ese hombre infame.... Sabeis su nombre?

—Sí, lo sé, madre mia, lo sé por mi desgracia!

—Y cómo se llama?

—Don Lope.

La religiosa palideció de una manera que Elvira creyó iba á perder el conocimiento.

—Madre mia! señora.... Ah, perdon, socorro!

—Callad, hija mia, callad, esto no es nada.... solo... pero acabad; y ese hombre qué dijo? Me buscaba acaso?

—No; solo fué que nuestra reverenda superiora os nombró, ó mejor dicho habló á mi padre de vos, y del cariño que me profesais. Entonces el conde palideció y preguntó á la abadesa si os llamábais Beatriz.

—Y la superiora...

—La superiora contestó afirmativamente, y el conde de Haro, á lo que yo entiendo, le sucedió lo mismo que á vos cuando habeis oido las anteriores palabras.—Quién es ese hombre, señora? puedo temer algo de él!... Oh, hablad, hablad, porque en toda la noche he podido dormir, al acordarme de él y de las miradas que me dirigia...

—Ese hombre, hija mia, que tanto horror os ha inspirado, y que con razon podeis temer, es un infame, Elvira, es un hombre que debia de subir á un cadalso, para espiar los crímenes que ha cometido!

—Cielos! y mi padre que es su amigo y me lo ha presentado para que yo le ame como á un pariente!...Ah, señora, cómo habrá sido eso? cómo mi padre... Ah, yo me vuelvo loca...

—Tal vez, ignore que en su juventud, fué el asesino de...

—De quién!

—De Fernando IV y de dos jóvenes, que uno de ellos era mi esposo...

—Divino cielo! y ese hombre no ha recibido su merecido! Por qué no se le ha castigado?

—Porque era muy poderoso, y porque todo lo hizo clandestinamente.—Os voy á contar una historia terrible, historia que tal vez habreis oido en vuestra niñez.... Habreis oido hablar, por ventura, de los desgraciados é inocentes hermanos Carvajales?

—Ah, sí, mi padre cuando niña me contó esa historia y mas de cuatro veces se humedecieron mis ojos al escucharlo: alguno de esos jóvenes...

—Sí, hija mia, el menor de ellos fué el esposo que me destinó el cielo y mi madre adoptiva, y el que mi corazon elijió. Escuchad ahora la historia, y vereis lo que ha sido ese hombre, el conde de Haro.

—Y aquí Beatriz contó, sin omitir nada, todo lo que hemos referido en la primera parte.

—Cielos! Ah, y habeis podido sufrir tanto, señora! esclamó la bella Elvira, enjugándose las lágrimas que Beatriz habia hecho asomar á sus ojos, cuando le contaba la historia de sus desgracias.

—Sí, hija mia, todo lo he sufrido, cuando debí morir veinte veces: pero el cielo no me quiso conceder esta gracia, sin duda porque es mi destino vivir y llorar siempre. Constantemente le pedia á Dios me diera una pronta muerte para librarme de tantos males.... pero el cielo sordo á mis ruegos y yo... padeciendo horriblemente! El único periodo que he tenido en mi vida, tranquilo al menos sino feliz, ha sido este que he vivido en el convento, llorando la muerte de mi madre adoptiva y de mi esposo, y rogando á Dios sin cesar por sus almas!—Oh, hija mia; sí, era dichosa, si en la desgracia puede haber dicha!... aquí me he pasado mi juventud; aquí he dejado de ser perseguida, y aquí pensé morir, lejos de ese mundo infame y engañador, cuando ese hombre, el asesino del esposo á quien mi corazon amaba, el matador del hijo de mi madre adoptiva... no viniera á profundizar mas las llagas, que su crueldad abrió para siempre en mi corazon!

—Oh, eso es horrible! esclamó la hija de don Jimeno, toda trémula y llena de indignacion.

—Teneis razon, Elvira, es horrible, é increible á un tiempo que una mujer como yo, pueda padecer tanto!

—Pero y á ese hombre por qué no se le castigó? No hay justicia en la tierra, que castigue tanta maldad?

—No, no la hay, hija mia, para cierta clase de la sociedad: ese hombre fué culpable, es verdad, fué asesino y era digno de morir en un cadalso, pero al mismo tiempo era noble y poderoso... al mismo tiempo, se podria acarrear el rey, con la muerte del conde, un enemigo formidable en todos los caballeros de esa casa, y ahí teneis el motivo de quedar impugne los crímenes de ese monstruo!

—Ah, señora, yo no puedo concebir...

—Pues sí, Elvira; la justicia de los hombres es muy distinta á la de Dios! — El conde no ha sido castigado en este mundo; pero en el otro recibirá su merecido: la mano de Dios caerá sin piedad sobre su culpable cabeza... y quien sabe si en el dia no será devorado por los remordimientos? La conciencia es un juez que no perdona; que mata y aniquila sin dar un momento de tregua... Tal vez ahora mismo, luche con mil espectros y fantasmas que la imaginacion suele presentar á esas personas tan criminales como don Lope.

—Es verdad, madre mia: los remodimientos es el peor castigo que Dios puede dar al culpable, yo creo que el conde sufre ese castigo, porque su rostro está flaco y terriblemente pálido; sus ojos desencajados, y su cabello blanco; todo en él indica ese estado cruel y fatigoso que los remordimientos pone á la persona que como el conde es su vida un tejido de maldades.

—Infeliz! esclamó la monja; para qué mas castigo ni mas espiacion que ese estado! Oh, yo debo de alegrarme, yo... pero no, le perdono y aun rogaré á Dios que le dé paz y tranquilidad, y que ilumine su alma con la clara luz del verdadero arrepentimiento! le perdono todo el mal que me ha hecho... Es mi deber; la venganza solo está permitida á las almas como la suya!

—Cuán buena sois, señora!

—No, hija mia, no es bondad, es deber, obligacion. Dios lo ha mandado y es preciso obedecerle.—Al enemigo se le debe compadecer y perdonar, porque con esto caerá de su error.

—Y vos le perdonais despues de haberos hecho desgraciada?

—Sí, Elvira: le perdono; tambien vos cuando recibais daño de alguno...

—Oh, nunca, nunca!

—Perdonad, hija mia; pero debeis de hacerlo así.

—Debo de hacerlo! Y si mi corazon se resiste?

—No se resistirá: vuestro corazon no podrá nunca oponerse á cualquier resentimiento bueno.

—Sin embargo... hay cierta clase de daños que jamás se olvidan y que jamás se deben perdonar.—Yo, aunque soy tan jóven, he sido herida cruelmente, y cada dia me encuentro mas indignada; y menos dispuesta á disculpar al hombre...

—Ah, vos herida! tan jóven, tan bella!...—Y en dónde hija mia?

—En donde vos, señora; en el corazon! mi herida es mortal, como las vuestras, á pesar de ser por otro estilo, es incurable; y jamás se cicatrizará!

—Pobre hija mia! con que ya sois desgraciada cuando apenas habeis nacido! Señor, esto es horrible!...

—Sí, desgraciada! escuchadme y vereis como tengo motivos para serlo.

—Hablad, hija mia, hablad sin temor cuanto querais: abridme sin recelo alguno vuestro tierno corazon, que ya sabeis os amo.

—Gracias, madre mia, gracias.

Y despues de besarse con cariño una y otra, y de enlazar sus manos amistosamente, comenzó á hablar de esta suerte la encantadora hija del de Luna.

—«Yo he sido educada en las Huelgas de Valladolid, de

donde salí á los catorce años. Mi madre murió á consecuencia de mi nacimiento, y mi anciano padre, que me ama con estraordinario delirio, me daba todos los gustos y toda la libertad que una jóven recatada y bien nacida debe tener. Aprovechándome de esta condescendencia de mi padre, estaba la mayor parte del tiempo asomada á una de las ventanas de nuestra casa, ya con las celosías corridas ó levantadas. Una de estas veces acertó á pasar por allí, un jóven en estremo hermoso y apuesto; su bella y encantadora figura, y sus ademanes asaz distinguidos, me cautivaron de un modo, que por la primera vez de mi vida, sentí un bienestar delicioso con solo contemplarlo. El tambien me miró de cierto modo, que indicaba habia sido herido por la misma clase de dardo que yo. Desde entonces le amé, y os diré para abreviar que volvió una y otra vez, y que al cabo, no pudiendo resistir al amor que ardia en mi pecho le contesté que tambien le amaba, á las muchas y repetidas veces que él me lo dijo. Nuestro amor era puro, ideal, como lo puede ser el primero y como se aman dos jóvenes de mi edad y la suya. Su nombre era Felipe, y cuando yo le preguntaba por sus padres, y cual era su ocupacion, me contestaba que pertenecia á una familia ilustre, pero que cuando niño los habia perdido, y que tenia innumerables rentas al cuidado de tutores y parientes. Yo todo me lo creia y seguia amándole con toda la verdad é idealismo del primer amor, correspondiéndome él de la misma manera. En este estado vivimos un poco de tiempo, hasta que mi padre dispuso emprender el viaje de que os he hablado, y mientras tanto encerrarme en este monasterio, seguro por todos conceptos. Salimos de Valladolid cuando ya estaba todo preparado, y cuando nos acercábamos al convento, fuimos sorprendidos por una terrible compañía de bandidos, que por esta tierra habia entonces.

—Por los *formidables* hija mia?

—Sí, señora.

—Oh, qué horror! Esos hombres eran el espanto y el terror de esta comarca!

—Pues esos hombres nos cogieron despues de un reñido combate entre nuestros soldados y ellos, y en seguida nos llevaron á mi padre herido y á mí desmayada, á unas ruinas de un convento, donde se alvergaban. Figuraos lo que padeceria cuando volví en mí y me encontré separada de mi padre, y sola en un horroroso calabozo, donde reinaba el silencio y el frio de los sepulcros. No sé el tiempo que permanecí encerrada; solo me acuerdo que la puerta se abrió, y que penetraron en la estancia dos hombres, el uno feo y horrible como un condenado, y el otro armado de piés á cabeza, y cubierto el rostro con la bisera de su magnífico y reluciente casco. En el primero ví al bandido que me poseia, porque sin duda se antidipó á los demas en apoderarse de mí; y en el segundo reconocí, al ver su postura y donaire, al hombre que no habia olvidado un momento y que no podia olvidar. Al verlo lancé un grito de amor y de alegría, y me puse bajo su proteccion. A poco fueron viniendo todos los bandidos que constituian la compañía, porque Felipe castigó al bandido que lo acompañaba, al saber que habia yo sido maltratada por él, y á sus voces y gritos acudieron todos para socorrerle. Cuando vieron los *formidables* al encubierto se precipitaron sobre él, y á fuerza de golpes le saltó su casco hecho mil pedazos. Felipe era el armado, pero sabeis lo que hicieron los bandidos? Oh, cada vez que pienso en esto creo que voy á perder el juicio? En vez de seguir golpeándole para matarle, le rindieron sus espadas y se descubrieron con el mayor respeto. Mi amante... cielos! oh, Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada! madre mia... objeto de mi amor y de mis puras y plácidas ilusiones, era... me avergüenzo de tal modo que apenas puedo hablar...

—Seguid, hija mia, seguid: quién era vuestro amante?

—El gefe principal de aquella horda de asesinos y ladrones!

—Vírgen santísima! y vos que hicisteis, Elvira?

—Oh, me separé de él al instanto, llenándole de improperios, y no queriendo escuchar las disculpas, que daba

para hacerme creer era inocente. —Con que ya veis si soy tambien desgraciada! ya veis como un desengaño horrible ha destrozado mi corazon para siempre!

—Pobre niña! pobre niña! esclamó la religiosa, llenándole el rostro de besos.

—Ah, señora; si vierais cuanto he llorado y padecido! si supierais los tormentos que sufro cuando recuerdo que el hombre á quien tanto he amado... oh! esto es horrible, cruel!... y luego aunque yo no queria escucharlo, oí que sus padres lo habian abandonado cuando niño, y que uno de aquellos bandidos le recogió; que era inocente, y que los maldecia una y otra vez! Sin embargo... yo seguia huyendo de él y llamando como una loca á mi padre hasta que caí desmayada, porque era imposible que despues de lo que habia pasado no sucediera así.

—Y cómo salisteis del poder de los facinerosos?

—Por órden suya; y por órden suya tambien nos acompañaron hasta aquí, para que no tuviésemos otro encuentro.

—Qué se hizo de vuestro amante?

—Huyó para siempre del lado de aquellos hombres.

—Y le amais aun, Elvira?

La jóven miró sorprendida á Beatriz y repuso, como vacilando:

—Imposible... ya veis... yo no debo amarle!

—Pero sin embargo...

—Ah, señora, por qué me haceis semejante pregunta?

—Porque leo en vuestro semblante...

—Ah, perdon, perdon, Dios mio... yo quisiera olvidarlo, pero... su memoria no se aparta ni un momento de mi imaginacion.

—Con que segun eso le amais todavía?

—Si, le amo, le amo, y no debo... le amo y huiré siempre de él!

Un hombre se presentó al tiempo de decir Elvira las anteriores palabras.

—De modo, dijo la religiosa, que sereis desgraciada toda vuestra vida; porque jamás amareis á otro...

—Oh, jamás, jamás! solo á él le amaré toda mi vida, aunque se lo ocultaré siempre.

—Y si vuestro padre os destinara un esposo?

—Preferiria mejor, llegado ese caso tomar el velo de religiosa.—Ya os lo he dicho, señora, que mi corazon no amará á otro hombre que á ese que me ha hecho desgraciada.

—Elvira, Elvira!... dijo un hombre presentándose á la jóven, con el rostro lívido y desencajado.

—Dios mio! socorro, socorro!... esclamaron á un tiempo Beatriz y Elvira, dando grandes y formidables gritos.

—Callad, oh, perdon Beatriz... yo necesito vuestro perdon y el amor de Elvira...

—Mi amor! nunca, monstruo, nunca!

—Elvira, Elvira... repuso el conde de Haro, tendiendo los brazos hácia la jóven.

—Oh, apartaos, apartaos! esclamó Elvira huyendo despavorida por el jardin mientras que la religiosa caia desmayada en el banco de piedra.

—Beatriz! Beatriz!... esclamó don Lope: maldicion! todo se vuelve contra mí! Ah, los infiernos no dejan de perseguirme aun!

Y despues de rociar el rostro de la religiosa con el agua de las fuentes, la colocó cuidadosamente, y se alejó de allí, en busca de la hija de don Jimeno.

Esta mientras tanto llegó con la misma precipitacion con que se habia alejado del conde, á una ancha y magnífica escalera de piedra preciosamente trabajada, que conducia al monasterio. Elvira se hallaba en una situacion que apenas podia continuar su precipitada carrera. La infeliz tuvo que sentarse al pié de la escalera y junto á una cruz de piedra toscamente labrada, que habia alli inmediata. La hija de don Jimeno alzó la vista y vió á su amante cerca de ella.

—Elvira! amor mio! esclamó este echándose á sus pies.

—Ah, perdon! mira... ya puedo ser digno de tu amor... ya... Oh, escúchame, yo te amo, me es imposible vivir sin tí... Ah, perdóname, no es cierto que me amas?

La jóven se puso de pies, y dijo al mismo tiempo que subia los anchos peldaños de la grada:

—Dejadme: caballero, dejadme, ó me veré en la precision de pedir socorro!

—Cielos! conque no hay esperanza para este infeliz? Conque tengo que renunciar.... Oh, cruel, cruel una y mil veces! Y yo que creí me amarias cuando supieras mi inocencia, y la ocupacion honorífica y honrosa que el mismo rey de Castilla...

—El rey! vos! un bandido!...

—Ay por Dios, no me despedaces el alma con tan crueles palabras! Elvira, si me amas, si tu amor es una verdad, no despiertes en mi alma recuerdos tan atroces como esos! Oh, he sido bandido contra mi deseo, y porque circunstancías independientes de mi voluntad me obligaron á ello!

Yo les he maldecido, yo he renegado de ellos porque asi tenia que suceder y porque yo asi lo queria. En el dia no existe ninguno de aquellos miserables; en el dia no soy un bandido, sino un pobre huérfano abandonado, bajo la proteccion y el amparo del rey de Castilla; en el dia solo aspiro á hacerme digno de tí, y á que puedas llevar mi nombre con orgullo tal vez muy pronto! Mientras he vivido sin esperanza de poder recobrar tu amor, amor que es mi vida y mi ambicion toda, te he dejado en paz, no he querido importunarte porque conozco la delicadeza de tu carácter, para que hubieses dado oidos á mis palabras; pero en el dia, que un rey magnánimo y generoso me dá su apoyo y proteccion, cuando puedo presentarme á tí sin que te avergüences, y cuando tengo un porvenir brillante, me he apresurado á buscarte y recordarte tus palabras y juramentos...

—Infeliz! y no sabes que los que penetran en un convento de la manera que tú lo has hecho, cometen una falta en estremo grave, y que su castigo es atroz, cruel!

—Nada temas; he saltado por una de las tapias que circuyen este jardin; un amigo de toda mi confianza me espera en la parte opuesta, con dos magnificos caballos, y si hubiera algun peligro sabriamos con la huida librarnos de él. Lo que yo deseo saber es si me amas, si puedo llamarte mia algun dia, y si en tí vuelvo á encontrar la mujer cándida y tierna que me amaba en Valladolid.
—Ah, Elvira, volvamos á aquellos tiempos, repíteme que me amas, recuerda aquella dicha....
—Sí, sí, me acuerdo! contestó la jóven con placer y amargura á un tiempo.
—Ah, la recuerdas como yo, con alegría? bendita seas, amor mio, bendita seas! esas solas palabras me hacen el hombre mas feliz y afortunado de la tierra. Elvira, es verdad que me amas y que me perdonas?
—Sí, si, te amo... y no debia, contestó con sentimiento.
—No debias! por qué si exijo al mismo tiempo que tu amor el perdon de mis culpas involuntarias?
—Sin embargo, la herida que abristes en mi corazon...
—Oh, calla, calla!, esos sucesos se deben olvidar para siempre! A qué despertar ahora en nuestra mente ideas tristes y terribles? A qué acibarar con esos fatales recuerdos el placer y la dicha que sienten en este mismo momento nuestros corazones, llenos de amor y felicidad? Ah, no, desechemos esas imaginaciones tan lúgubres, ahora que no hay ningun impedimento para que nuestro amor viva y crezca sin temor ni recelo alguno; ahora que un porvenir risueño y placentero, nos espera, y ahora que todo nos sonrie. Elvira, amor mio, alégrate como yo de nuestra dicha, y comienza á ser feliz como yo lo soy.
—Ah, tú lo eres, porque ignoras...
—Vacilas! que ocurre, habla, habla pronto!
—Tu ignoras que hay un obstáculo para que yo pueda ser feliz enteramente.
—Un obstáculo! Te juro, por Cristo, que pronto desapare-

cerá como esté al alcance de mi brazo! Acaba, Elvira mia; ese obstáculo...

—Es el tutor que mi padre ha nombrado para mí, durante su ausencia.

—Y bien, qué cuidado te puede inspirar ese hombre?

—Oh, muchísimo, Felipe! ese hombre es poderosísimo, pertenece á la clase mas elevada, y encierra en su pecho los instintos mas terribles y crueles: á pesar de ser ya de alguna edad, me ha declarado su amor pero de una manera espantosa... y en ese hombre por último, veo yo, con este instinto maravilloso que tenemos las mujeres, al génio del mal, á un aborto del infierno lanzado para nuestra desgracia!

—Me dá compasion oirte, pobre niña!

—Oh, Eelipe; no son estos presentimientos que el miedo me sugiere, nó; si como yo supieras pormenores horribles!...

—Pero cómo se llama ese hombre?

—Se llama don Lope Diaz, conde de Haro.

—El conde de Haro! oh, pues desecha todo temor ángel mio, porque el conde es hombre como los demás, y no podrá escaparse de una buena estocada, el dia que haga cualquiera cosa que te disguste.

—Oh, si supieras de los medios que se vale ese hombre cuando quiere vengarse, no proferirias semejantes palabras.

—Desecha todo temor, Elvira, que nada sucederá: pero lo que á mí me llena de estrañeza, es cómo tu padre ha dejado en su lugar á un hombre tan infame y malvado, segun dices.

—Mi padre debe ignorar todas esas circunstancias, cuando lo á hecho. Porque todo esto lo he sabido despues aquí por boca de una monja, en estremo santa, víctima de la maldad del conde.

—Pero tú debes quejarte á la superiora, y negarte á verle siempre que venga al Monasterio.

—Pensaba hacer eso mismo que dices; pero hoy mismo, no hace un momento, y aquí en el jardin, mientras conferenciábamos á cerca de él la monja de que te he hablado, y yó,

se nos apareció á lo mejor.—Figúrate lo que pasariamos al verlo; yo huí despavorida y al llegar á esta escalera caí sin fuerzas al pié de la cruz donde me encontraste, y donde nos hallamos.

—Y por qué se encontraba en el jardin?

—Lo ignoro, aunque tal vez haya conseguido licencia de la Abadesa, para poder penetrar en el monasterio á toda hora.

Al acabar Elvira, se vió atravesar al conde por entre un cuadro de flores y boj.

—Huye, Felipe, huye! esclamó separándose del jóven toda trémula y balbuciente.

—Por qué, Elvira...

—Oh, el hombre... el conde viene ahí! huye, huye por Dios!

—Nunca!

—Felipe... por nuestro amor: si te encuentra, si te vé... oh, no quiero pensarlo! huye; que no te conozca nunca! repuso la jóven subiendo de nuevo la escalera.

—Y tú... cómo te abandono yo, amor mio!

—Nada temas; porque en este momento voy en busca de la superiora para referirle cuanto ha pasado.—Adios, Felipe, adios...

—Hasta cuándo, Elvira?...

—Hasta... yo te avisaré, adios.

—Adios, amor mio: contestó el jóven, dirigiendo á su amante una tierna y espresiva mirada, sin dejar de besar con el mayor entusiasmo una de las manos de Elvira, que esta no se cuidó de retirar...

—Así que Felipe vió desaparecer á la hija de don Jimeno, tan luego como la dejó en puesto seguro, se dirigió sin detenerse al lugar por donde habia penetrado en el jardin. Pero en el momento de poner los piés en la escala de la cuerda que pendia del muro, se presentó el conde de Haro, y le dijo con mal talante y peor modo:

—Caballero, qué haceis?

—Por Cristo, señor conde, que me gusta la pregunta: no lo veis?



Huye, Felipe, huye!

—Y no sabeis que el que escala un convento...

—Y vos, por dónde lo habeis escalado?

—Caballero, yo puedo estar aqui, porque tengo derecho para ello.

—Y yo lo estoy y me marcho ahora, porque se me antoja.

—Estais aqui sin poder estar, pues sois un salteador y salteador y ladron...

—Caballero!...

—Quién sois y qué haceis aqui os pregunto, porque tengo derecho para ello.

—Permitidme, señor conde, repuso el jóven con socarronería: pero no puedo, ó mejor dicho, no estoy en el parecer de contestaros, valiéndome del derecho que tengo, y que vos me concedereis.

—Sois un bellaco, jóven: contestó el conde, montando en cólera, y echando mano al pomo de su espada.

—Y vos, dijo Felipe bajándose de la escala y haciendo la misma demostracion; y vos, conde de Haro, un infame y un mal caballero...

—Villano, os atreveis...

—Vive Cristo, que no habeis de repetir esas palabras: repuso Felipe desenvainando su espada y cayendo sobre su contrario con terrible furia.

El conde sacó tambien la suya, y esperó el golpe que le asestó su enemigo.

—Duro teneis el brazo, jóven... por Santiago que sois el mejor espadachin que he conocido! Es acaso esa vuestra profesion?

—Sí, en eso me ocupo, y os voy á dar una prueba que os convencerá mas de ello. Tened la bondad de ir á recoger vuestra espada... mirad «mirad como vá por el aire hecha mil pedazos.»

—Miserable!...

—Ahora si quisiera os podia matar, y legalmente, señor conde; pero no lo hago porque soy todo un caballero.–Sin

embargo os prevengo una cosa, que quiero no olvideis.—Si os encuentro otra vez en mi camino... así como ahora, en vez de hacer saltar vuestra espada, os clavaré la mia en el pecho...

Y al mismo tiempo subió con tanta rapidez por la escala, que cuando quiso acordar don Lope ya se hallaba en la parte opuesta.

—Nuño dijo Felipe llamando con el mayor sigilo al ex-teniente de la *formidable*.

—Aqui estoy, contestó el intrépido hidalgo, saliendo de entre unas ramas.

—Y los caballos?

—Aqui están.

—Pues marchemos inmediatamente: si nos detenemos un solo momento, somos perdidos sin remedio.—Con que á caballo, buen Nuño, á caballo sin detencion.

—A caballo, cuerno y sangre, á caballo, y que venga gente despues.

Los dos amigos se montaron de un salto, sobre dos soberbios caballos de pura raza árabe.

—Y dime, Felipe, qué tal mi consejo?

—Magnífico! todo me sale á pedir de boca.

—Bravo, bravo! con que la chica...

—Me ama tanto como yo á ella: en el mundo no hay un hombre mas feliz que yo...

—Mil rayos caigan sobre mí, pues no estoy llorando como un chiquillo, solamente con verte alegre!

—Gracias, Nuño, amigo mio!

—Que gracia, ni que rayo!... pero dime cuándo me refieres lo que te ha pasado con ese conde de Gandespina que se te ha presentado convertido nada menos que en rey de Castilla?

—No me he olvidado de la promesa que te hice; pero como tengo que referírsela tambien á otra persona, la oireis los dos á un tiempo.

—Luego, entonces, adónde nos dirigimos?

—A la ermita de la penitente que hay cerca de las ruinas de San Benito.

—A las ruinas!

—No, á la ermita.

—Marchemos á ella.

—Marchemos: contestó Felipe metiendo espuelas á su caballo, y arrancando con su compañero por el camino real, como si fueran saetas.

CAPITULO XXXIX.

En el que se vé que la penitente tuvo un gran placer en ver por segunda vez al capitan de la formidable.

Los ginetes llegaron en un *decir Jesus* al valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente. El mayor silencio reinaba como siempre en todo aquel paraje. La puerta de la pequeña choza se encontraba cerrada, porque al oir Piedad las pisadas de los caballos, se apresuró á cerrarla, sin duda para no ser sorprendida.

Nuño Fajardo, que en todo el viaje habia desplegado los labios, se atrevió á decir así que llegaron á la choza:

—Aqui no hay ermita ni cosa que lo valga...

—No, pues qué es eso que tienes á la vista?

—Eso qué sé yo... pero, vírgen del Romeral, cómo vive ahí persona alguna?

—Es que la que habita esa mansion no se ha venido aquí para tener comodidades:

—Lo creo; pero si es tan pequeño...

—Sin embargo, todavía hemos de caber los dos.

—Difícil lo veo.

—Difícil!

—Sí, porque no tendremos por donde entrar.—La puerta se halla cerrada, y...

—Oh, por poco os apurais: no encontrais ningun remedio?

—No, á fé.

—Pues se llama y vereis como contestan.

—No me parece mal medio.

—Pues á ello; pero antes apeémonos de los caballos.

Y así que se vieron en tierra y que dieron libertad á los animales, para que paciesen con toda holgura, se dirigieron á la ermita, en cuya puerta dieron dos ó tres golpes no muy fuertes.

La penitente no respondió.

—Abrid, señora, abrid; que soy yo, Felipe... vuestro hijo...

La carcomida puerta se abrió de pronto y apareció en el dintel Piedad.

—Señora... madre mia! esclamó el amante de Elvira, cogiendo con el mayor cariño una de las manos de su protectora.

—Felipe! vos por aquí! Ah, bendita sea la hora en que has llegado! si vierais cuanto gozo esperimento cuando os tengo entre mis brazos... porque, qué inconveniente hay para que no podais ser mi hijo? Oh, sí, sí, lo sois, y aunque no lo fuerais, se parecia tanto á vos!... Hijo mio, hijo mio, cuándo te veré, cuándo oiré tu voz!... pero me olvidaba... yo estoy loca, ya lo veis, siempre pensando en lo mismo!—Venís de Burgos? Qué ha sido de vos desde que nos separamos? Contádmelo todo, todo... nada omitais.

—Ah, señora, vos sois mi ángel tutelar, mi Dios, despues del que existe en el cielo! por seguir vuestros consejos soy feliz y afortunado como lo puede ser el primer hombre

que haya dichoso! ¡Ah, bendita seais! sino es por vos hubiera perecido, porque mi situacion era horrible, cruel! cuánto tengo que agradeceros, madre mia! Oh, permitidme os llame así!

—Sí, hijo mio, sí, y ojalá fuera verdad algun dia!—Dadme ese nombre siempre, siempre; no sabeis el bien que me haceis y la dicha tan grande é inefable que esperimento. —Ahora contadme todo lo que os ha sucedido... y decidme si aquella jóven...

—Nada temais, hablad claro que este amigo es de toda mi confianza, y puede oirlo todo, porque de todo está enterado: repuso Felipe al ver que Piedad vacilaba.

—Bien me alegro saberlo: contestó la penitente, echando una mirada penetrante y escudriñadora sobre el pobre hidalgo aragonés.—Os preguntaba, si os ama ya la hija de don Jimeno de Luna y Osorio.

—Sí, me ama como antes, y en eso consiste la mayor parte de mi felicidad.—Prestadme una poca de atencion y os referire todo lo que me ha sucedido desde que salí de aquí.

—Hablad, hijo mio, hablad.

Despues de colocarse los tres, lo mejor que pudieron en el miserable lecho, de hojas secas y ramas, que esparcidas sobre un mal tablado, servia de cama á Piedad, comenzó á hablar Felipe de esta suerte, no sin dirigir antes una mirada de cariño á su protectora, á la mujer que con cuidado y esmero le habia librado de una muerte cierta, y que con sus acertados consejos y evangélico lenguaje, le habia curado de los males morales que le aquejaron á un mismo tiempo.

—De aqui me dirigí á Burgos, como sabeis. Una vez allí, procuré ver mas de una vez al rey, con intencion de pedirle colocacion en el primer ejército que aprestara para ir contra los moros. Todas mis tentativas fueron vanas porque Alonso XI, como jóven, se cuida mas de sus asuntos particulares, que de los negocios del reino. Yo estaba desesperado y habia perdido toda esperanza, cuando una noche que vaga-

ba por las calles, á hora bastante avanzada, pensando en mi situacion y en mi mala estrella, tropiezo con cinco ó seis hombres que se asestaban sendos mandobles. Me paré un momento, y ví que eran cuatro contra dos, y llevado de un buen deseo me puse á favor de la parte débil y comprometida. Mi buena suerte quiso que ahuyentásemos á nuestros enemigos, y al verse libres mis compañeros, me dieron las mas espresivas gracias, y el que parecia tener mas superioridad, me hizo unas cuantas preguntas, y me dió una sortija para que con ella me presentara en palacio al conde de Trastamara, que este se encargaria de llevarme al de Candespina, noble que segun me dijeron goza de gran valía con el rey, exigiéndome además palabra de que no faltase. Figuraos si faltaria, señora, cuando mi mayor deseo era ver al rey por algun medio! A los dos dias, por no parecer importuno, me dirigí al alcázar real con mi sortija, y pregunté por el conde de Trastamara. Despues de un buen rato de espera, apareció el conde, elegantemente vestido, y me dijo con la mayor cortesía:

—Qué quereis, amiguito?

—Sois el conde de Trastamara?

—Sí, y de Sarria y de Lemos, para lo que gusteis mandar.

—Hace dos noches fueron asaltados en una de las calles de esta ciudad, dos caballeros...

—Basta, basta... sois, acaso, el libertador de aquellos jóvenes?

—Tuve la honra de ayudarles en la derrota que sufrieron los asesinos.

—Y buscais al conde de Candespina?

—Cabalmente.

—Tendreis en vuestro poder cierta sortija...

—Vedla aquí, señor.

—Oh, oh, perfectamente; pues tened la bondad de esperar un momento que voy á cumplir lo que se os prometió.—Recordais?

—Sí, que vuestra grandeza me habia de presentar al conde de Candespina.

—Justamente.

El conde desapareció, llevándose la sortija que era de un valor incalculable, y á poco se presentó donde yo estaba y me dijo, con la mayor amabilidad:

—Hacedme el obsequio de seguirme, jóven.

Yo lo hice sin titubear, y á poco me hallé en un magnífico salon, lujosamente adornado, y lleno de mil caballeros y altos personages de la córte de nuestro actual rey. Todos se reunian en pequeños círculos, y conferenciaban unos con cautela y otros dando fuertes gritos y estrepitosas carcajadas.

—Esperad aquí, como estos señores, que no tardará en salir: me dijo el de Trastamara.

—Quién! repuse yo confuso y sin poder creer que un conde tuviese en el mismo alcázar del rey tantos cortesanos y aduladores.

—Quién ha de ser! El conde de Candespina: me contestó don Alvaro, alejándose de mí con orgullo por en medio de aquellos señores, que le saludaron con cariño y amabilidad.

—Mi impaciencia é inquietud llegaron á su colmo porque estuve esperando una porcion de tiempo y ni parecia el tan decantado conde de Candespina, ni mucho menos su amigo. Cansado de esperar y temiendo que todo fuese una burla, me decidí á marcharme, cuando en el momento de hacerlo sin decir á nadie oste ni moste, veo que se abre una puerta y que se aparece en el salon el mismo joven á quien yo salvé de los asesinos. Su figura era en estremo simpática, y aunque demasiado jóven, se veia en él un aire y porte casi régio. Todos los caballeros que allí estaban se inclinaron con el mayor respeto al verlo salir y se apresuraron en rodear al jóven, que yo hasta entonces ignoraba quien era.

—Decidme, conde, le oí decir, dirigiéndose al de Trastamara: dónde está ese jóven? No le veo entre esta gente.

—Pues no le teneis muy lejos, contestó el conde señalándome con la mano.

—Hola! hola, amiguito, vos por aquí? me dijo con aire bromista?

—Señor, le contesté: mi buena suerte me ha traido á este lugar, habitado por el conde de Candespina, que hasta ahora no he tenido el gusto de ver.

—Válgame Dios! y si en vez del conde de Candespina se os presentara el rey de Castilla, qué le diríais?

—Señor...

—No, no, contestadme; qué le diríais?

—Que no buscaba á su alteza, sino...

—Al conde, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y si se os convirtiera el amigo del conde de Trastamara en Alonso XI?

—Ah, señor; hablo por ventura, con el gran rey que el cielo ha dignado darnos? Hablo con el ilustre hijo de Fernando IV?

—Sí, jóven, sí; soy á un tiempo el rey y el conde de Candespina.

—El rey! dijeron á un tiempo Piedad y Nuño Fajardo llenos de sorpresa.

—Sí, el rey; pero vereis cuanta generosidad se encierra en su pecho.

—Seguid, seguid: repuso la penitente.

—Yo en seguida, continuó Felipe, hinqué una rodilla en tierra, y le dije sin poder ocultar la turbacion que se habia apoderado de mí:

—Señor, yo... venia en busca del conde de Candespina, porque deseo á toda costa servir á tu alteza, y por su mediacion, puesto que aquella noche me la ofreció, queria...

—Alzad, jóven, me dijo, tendiéndome al mismo tiempo su diestra; alzad, que Alonso XI, no olvida nunca lo que ofrece.—Me digísteis que erais de orígen desconocido?

—Sí, señor; tengo esa desgracia!

—Lástima es! pero sin embargo ¿teneis aficion á la carrera de las armas?

—Señor, desde niño manejé mi espada, aunque mal, y siempre he anhelado que sea en servicio de mi rey y de mi patria.

—Cáspita! no diré yo que la manejais mal, porque aquella noche, sino es por vos!... Però en fin, puesto que teneis tanta aficion á la carrera noble y honrosa á que me glorío pertenecer, puesto que sois un jóven desgraciado y valiente, y que habeis conseguido agradarme, os tomo bajo mi proteccion y creo que no estareis mal, creo que os alegrareis mas haber dado mejor con el rey qué con el conde de Candespina.

—Ah, señor, cuánta bondad! esclamé precipitándome á sus piés y regándoselos con mis lágrimas.

—No, jóven, no es bondad; es agradecimiento: vos me librasteis de una muerte cierta, y justo es que os ampare y favorezca.—Por el pronto pertenecéis á mi casa, con destino á la guardia que me rodea siempre, y que siempre me sigue á todas partes: mis fieles y leales ballesteros serán mandados desde mañana por vos...

—Capitan de los ballesteros del rey... Qué os parece señora penitente, ha hecho fortuna el niño? dijo Nuño á Piedad, mirando á su amigo con cariño.

—Sí, sí, ya lo veo: contestó esta con alegría.

—No paró en esto, continuó Felipe, sino que acontinuacion me dijo que tendria una magnífica asignacion por desempeñar el destino que me confiaba, y que me hiciera acreedor, para calzar algun dia la espuela de caballero.

—Gran rey, gran rey! esclamó Nuño dando palmadas de alegría.

—Oh, y tan grande! contestó el amante de Elvira: si sigue siendo tan generoso y magnánimo como hasta ahora, Alonso XI dará dias de gloria á su patria.

—Y despues? preguntó la penitente con avidez.

—Despues me despidió con la mayor amabilidad, devolviéndome al mismo tiempo la magnífica sortija con que yo me presenté al conde de Trastamara.

—De modo que ya teneis una posicion?

—Ya, madre mia, gracia á vuestros consejos.

—Y Elvira os ama tambien?

—Oh, locamente! pero tengo un rival...

—Un rival! Qué decís? esclamó Piedad lívida de sorpresa.

—Sí, un rival, y rival terrible, á lo que me dijo mi bella Elvira.

—Cuerno y sangre, repuso Nuño atusándose su largo y cerdoso bigote; hay mas que meterle en el pecho una cuarta de espada, ya sea tuya ó mia? Vá, vá, en buenas tonterías te paras!

—Os lo referiré todo como ha pasado, madre mia: dijo Felipe, sin hacer caso del consejo de su amigo, consejo que de buena gana pondria por obra.—Inmediatamente que salí del alcázar real, despues de haber pasado lo que os he referido, me dirigí á casa de este amigo, á quien conté cuanto me habia sucedido, sin ocultarle el deseo que tenia de ver á Elvira, no tan solo para pedirle perdon y para decirle que ya podia ser digno de ella, sino porque no podia vivir sin verla tanto tiempo. Nuño, que tiene á veces ideas endiabladas, me sugirió la de marchar al monasterio, y escalar uno de los muros del jardin, donde la casualidad haria que Elvira bajase para aspirar el ambiente de las flores y la suave brisa que sopla en las mañanas del estío. Yo me dejé guiar por él, y á la media hora tocábamos las tapias del jardin de las Huelgas. Todo salió como deseaba. Salté el muro con la destreza que pude y despues de atravesar dos ó tres calles de árboles, ví á Elvira que corria por él con la mayor precipitacion. A poco la ví sentarse en el pedestal de una cruz que allí habia, y entonces fué, cuando me presenté á ella. Elvira quiso huir, pero yo la contuve y al fin escuchó cuanto le dije. Un momento despues me confesó que no me habia olvidado y

que me amaba, pero que nuestra dicha no seria completa, porque el tutor que su padre le habia destinado se habia enamorado de ella.

—Yo aborrezco á ese hombre, me dijo asustada, y mi corazon me anuncia males sin cuento.—Huye, huye, dijo á poco; el conde viene, y si te vé somos perdidos.

Hice lo que me mandó mi amante y así que la ví penetrar en el monasterio, y en el momento de trepar por la escala, para salvar el muro, se me apareció el conde de Haro.

—Jesus mil veces! esclamó Piedad, pálida como un cadáver.—Cielo santo! El conde de Haro! Huid, hijo mio, huid de ese hombre... si es el conde de Haro que... tantas lágrimas me ha hecho derramar!

—Vos habeis llorado por causa de ese hombre, madre mia! oh, un motivo mas para que le odie y para que le persiga de muerte!

—Ah, Felipe, sino hubiera sido mas que lágrimas!... pero que necios somos! hablamos del conde de Haro, y tal vez esté ya aquel infeliz pagando en la otra vida, los muchos crímenes y maldades que cometió en esta. Qué edad tendrá ese de que hablais?

—Cuarenta años, todo lo mas, aunque su cabello se halla blanco enteramente.

—Cuarenta años! oh, esa edad tendria, Dios mio!... pero no, no puede ser, imposible... sabeis su nombre?...

—Don Lope creo que se llama.

—Es el mismo, señor! oh, y vive ese hombre!... el conde de Haro... cuántos recuerdos, cuántas lágrimas y sinsabores me recuerda solo ese nombre!... Ah, hijo mio, ese hombre fatal te se ha interpuesto en tu camino, no lo mates, evita verlo: pero huye de él siempre, Felipe, siempre, porque donde pone el pié el conde, hay sangre, y sangre que queda impune!

—Pero, madre mia, quién es ese hombre?

—Ese hombre es un malvado, ese hombre es un asesino y...

:

—Pues bien, hay mas que hacerle pagar de una vez todas sus maldades? Mi amigo Nuño tiene unos puños magníficos para encargarse de esa comision! es cierto?

—Oh, oh, y tan cierto! puedo probártelo el dia que quieras quitar de enmedio á ese bribon.—Cáspita, si yo lo llego á ver en el jardin!

—Oh, no, hijo mio! guárdate bien de poner tus manos sobre ese hombre! Huye de él, Felipe, huye de él y no le toques nunca, porque el conde...

—Seguid, seguid, señora! El conde...

—Oh, no, nada... no sé lo que me digo, no es nada!

—Ah, madre mia, me engañais! en vuestro semblante conozco que me ocultais algo! hablad, nada temais, de mi pecho no saldrá jamás lo que me digais... Nuño me ama, porque casi me ha visto nacer.—Hablad.

—Vos! esclamó la penitente dirigiéndose al ex-teniente.

—Sí, yo; porque aunque no lo he visto nacer precisamente, lo conozco desde que tenia cuatro años...

—Oh, esa edad tendria mi Enrique cuando desapareció de mi lado! Y decidme no sabeis alguna circunstancia... donde lo visteis á esa edad? con quién estaba?

—Con el capitan Hugo.

—Y á ese capitan quién le entregó el niño?

—Una mujer fea y endemoniada se lo vendió por muy poco dinero.

—Cielos! su nombre! su nombre, por Dios...

—No lo supe nunca.

—Ah, maldicion!

Y Piedad inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Madre mia, señora...

La penitente levantó la cabeza y miró con ternura al jóven.

—Qué me quereis? le dijo despues de pasar un corto rato.

—Ah, decidme por qué he de huir del conde de Haro?

—Porque es un infame, hijo mio.

—No basta.

—Porque es un asesino y dejareis de existir si asi le acomoda algun dia.

—Tampoco.

—Tampoco, Felipe!

—Tampoco, porque yo sabré ahogar á esa serpiente antes que haga daño.

—Oh, no, alejad de vos semejante idea! seria cruel y...

—Acabad, madre mia, mirad que me estais haciendo un daño atroz.

—Yo!

—Ah, perdonad! pero deseo saber...

—Pues bien, huid de ese hombre siempre, y si alguna vez se os interpone, si alguna vez os provoca á un duelo, romped primero la espada antes que sacarla contra el conde porque don Lope...

—Madre mia!

—Don Lope... puede ser vuestro padre!

—Mi padre! esclamó el jóven cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Sí, vuestro padre; pero de esto silencio eterno, Felipe!

Lo guardaré, madre mia; pero y si ese hombre me busca?

—Huid de él.

—Y si en venganza de no encontrarme hace desgraciados los dias del sér á quien tanto adoro?

—Perded cuidado: os he dicho que os amo porque mi hijo seria como vos; un oculto instinto me inclina hácia vos, me llamais vuestra madre y una madre debe sacrificarse por su hijo... Pensé morir en este desierto y que solo fuesen testigos de mi vida estas colinas y esos árboles; pero ya que soy vuestra madre, necesito socorreros... mañana entraré por primera vez despues de quince años en la ciudad que fué testigo de mis desgracias: Burgos me recibirá en su seno.—Vivid tranquilo, hijo mio; sed feliz y amad á Elvira sin cuidado, que en mí tendreis un guarda fiel y siempre vigilante.

—Ah, madre mia, cuánta bondad! yo estoy aturdido con tantos beneficios como de vos recibo... Quién sois, señora, quién sois? Por qué tantos favores?

—Porque podeis ser mi hijo y...

—Quiéralo el cielo!

—Y aunque no lo fuerais, deber mio es librar á todo aquel, que como vós, se hallase amenazado por el conde de Haro. — Oh, si supierais cuánta maldad encierra en su pecho!

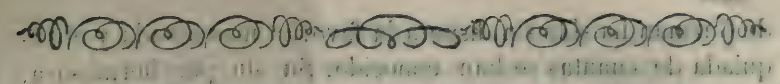
—Y decidme, madre mia, seria capaz el conde de cometer un asesinato?

—Si seria capaz, decís! escuchadme... El conde cuenta entre sus víctimas á Fernando IV de Castilla!

—Oh, y ese hombre puede ser mi padre, cielo santo! esclamó Felipe horrorizado...

Media hora despues salian los dos amigos de la ermita de la penitente.

—Piedad, fiel á su promesa, entró en Burgos al dia siguiente de hacerlo Felipe y Nuño.



CAPITULO XI.

De como doña Leonor de Guzman, llenó de improperios á un alto personage, que no era el rey.

Los amores de Alonso XI, seguian en aumento. Su amante la bella y encantadora Leonor, se habia entregado completamente al hijo de Fernando IV. Este que era en estremo constante en sus ideas y pasiones, y que era además agradecido á los favores y sacrificios que por él se hacian, amaba desde entonces con mas delirio á la graciosa andaluza, no tan solo porque su cariño era real y verdadero, sino porque habia apreciado en todo su valor las pruebas de cariño que Leonor le habia dado. El contento de don Alonso habia llegado á su colmo, y aunque no pensó en casarse con la mujer que su corazon eligiera, porque se oponia á ello las leyes de la etiqueta y del reino; se propuso á serle fiel y constante siempre. Propósito en verdad difícil de ejecutar, y que sin embargo cumplió el rey al pié de la letra, porque el amor de don Alonso era un amor grande y verdadero para que desapareciera tan facilmente como esos amores pasajeros, que solo atacan la cabeza, dejando libre el corazon. Alonso XI amó á su amante siempre de la misma manera, no bastando á que se disminuyera, ni los años, ni los muchos y frecuentes disgustos que semejantes amores le ocasionaron. Doña Leonor

de Guzman ha sido sin disputa la favorita mas amada y obsequiada de cuantas se han conocido. Su sin par hermosura, su genio amable y en estremo complaciente y la bondad de su corazon, fueron causa de que toda la nobleza y aun el pueblo le tuvieran un cariño que al rey le llenaba de contento. Sin embargo, grandes sinsabores y lágrimas le costó el amor de don Alonso, porque á pesar de ser querida por las razones espuestas anteriormente, no dejaba de tener enemigos, y enemigos poderosos, que envidiosos de su favor, deseaban apartarla de la estimacion del rey. Pero una de las personas que mas la odiaba, si bien con justo motivo, y que trabajó mas por su ruina fué la reina doña María, esposa de Alonso XI, que en union de su canciller don Fernando Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, y del gran maestre de la órden de Alcántara, enemigos mortales de la infeliz amante del rey, fueron los que mas contribuyeron por todos los medios imaginables, á que don Alonso la abandonase, y en hacer pública su deshonra, deshonra disculpada por todos porque provenia de una grande é irresistible pasion, y no por los deseos ambiciosos y menguados que á otras favoritas les ha inducido á dar al traste con su recato y honestidad. Pero no anticipemos los sucesos, y contentémonos por ahora en ir desarrollando todos estos hechos, y poniendo en conocimiento de los lectores los motivos que tenia mas principalmente el gran maestre para aborrecer de muerte como aborrecia á la viuda de Velasco.

Habia trascurrido mas de un mes, desde que quisieron asesinar al rey y á su amigo el conde de Trastamara, la noche que el primero asistió á la cita conseguida por don Alvaro; cita que le valió por entonces el condado de Sarria y Lemos, y multitud de señoríos y lugares. Don Alonso despues de concluir los asuntos del reino y de saludar á sus cortesanos, porque estos iban todos los dias á mendigar una sonrisa del monarca, se dirigió disfrazado á casa del objeto de su amor, de la muger que le tenia encantado.

Munima era la encargada de introducir en la habitacion

de su ama, al jóven rey, pero ignorando completamente que ceñia sus sienes nada menos que la corona de Castilla.

Mas de una hora hacia que don Alonso se hallaba en casa de Leonor, cuando dieron con suavidad en la puerta de la calle, puerta guardada por la ambiciosa é infiel Munima, dos ó tres golpes.

—Quién llama? dijo esta descorriendo el cerrojo al mismo tiempo.

—Yo.... el...

—Basta, basta, señor, que no soy tan torpe para no conoceros, cuando tan presente os tengo...

—Ah, Munima... repuso el caballero penetrando al punto en la casa; si esas palabras las dijera...

—Válgame Dios y que desdichado sois, señor caballero!

—Qué, se niega aun!

—Se niega aun, y se negará siempre á quereros, porque el jovenzuelo que sabeis no le dá lugar ni tiempo para pensar en cuitas de otros, pero ni aun en las suyas propias.—Figuraos... qué diablo, me he propuesto contároslo todo y lo voy á hacer: Figuraos, como os iba diciendo, que no la deja ni á sol ni á sombra, ni de dia ni de noche, y siempre, siempre aqui metidito, sin cuidarse de la vecindad, ni de lo que la gente pueda pensar y decir de tantas visitas hechas por una misma persona. Ahora mismo....

—Oh, el cielo me lo pone delante! esclamó el caballero subiendo precipitadamente la escalera, y dejando á Munima con la palabra en la boca, y asaz mohina de verse asi desairada.

El caballero penetró en el escondite, donde le hemos visto otra vez, en el momento que proferia doña Leonor las siguientes palabras:

—Ah, señor, sí, os amo, os he dado pruebas, y aun ahora mismo... pero cada vez que os sacrifico mi honor, cada vez que... Ah, señor, señor, cuántas lágrimas he derramado y cuántos dolores sufro... pero os amo, os amo con delirio,

y en medio de esos dolores, en medio de mi desgracia, encuentro una dicha, un placer inefable que me hace feliz por un momento...

—Por un momento! luego pasado éste, sentis amarme?

—No, no señor, no me comprendeis! yo... os amo y por eso os he dicho: *«rey de Castilla vuesra soy»* pero por eso no he de sentir, no he de llorar el infortunio que acompaña este amor? Ay! infortunio, sí, porque ya veis... y sino decidme: ¿se verá algun dia santificado por Dios y los hombres? Ah, nunca! nunca! sois rey y yo... yo puedo ser vuestra querida pero no vuestra esposa!

Y la bella doña Leonor derramó multitud de sentidas lágrimas.

—Leonor! amor mio! oh, por piedad... tus palabras me hacen sufrir horriblemente... oh, yo quisiera no ser rey para poder agradarte mas! yo quisiera sacrificarte mi corona para hacerte feliz!

—No, no señor, no quiero tanto! solo quisiera... oh, perdonadme; no he sido franca con vos, y sufro... porque...

—Acaba, Leonor, acaba y no me martirices, porque yo tambien sufro con verte padecer asi! Ah, cuándo será el dia que no te vea llorar! cuando me recibirás risueña y placentera, sin acordarte de esas ideas...

—Perdonadme, si me amais, perdonadme; porque es tan natural mi sentimiento! si os abriera mi pecho, si os dijera mis temores, os burlaríais de mí, señor?

—Yo de tí, Leonor! ah, me ofendes, amor mio!... habla, qué nuevo pesar te aqueja?

—Señor, cuándo llegará vuestra esposa?

—Ah, pobre niña! y es ese tu temor?

—La amareis mas... Y yo seré...

—Nunca! pero á qué viene afligirse? No sabes que la mujer que las circunstancias y la política me han dado, es demasiado altanera y nécia para que yo la ame! para que la prefiera á ti, ángel divino, que todo eres amor, belleza y bondad? Ah, pierde cuidado, desecha todo el temor que el

cariño que me profesas te pueda inspirar, y ten entendido que si yo me caso con la hija del rey de Portugal, es tan solo con el objeto de dar un heredero á la corona de Castilla. Pero tú sola mi querida Leonor, reinarás en mi corazon, tú sola serás la estrella de mi vida y la luz de mi entendimiento... Cuando gane victorias tú serás la primera que lo sabrás para que tu corazon comience á saborearse con el triunfo, antes que nadie... Cuando me retire rendido del campo de batalla, tus brazos serán los primeros que me reciban... Tú sola eres y serás mi vida; á tí sola amaré siempre, y pido á Dios que si tal no hiciera...

—Oh, basta, basta... os creo, ya no me cabe duda de vuestro cariño, y soy dichosa... no habrá mujer en la tierra que sea tan feliz como yo! Ah, señor, todo lo he sacrificado: honor, vida, quietud, todo cuanto hay mas apreciable!... pero si quereis una nueva prueba de cariño, decídmelo, todo lo arrostraré por vos... por vos, que os amo, pero de una manera que raya en delirio!.. De aquí en adelante no me oireis llorar como hasta ahora; de aqui en adelante bendeciré sin cesar el momento en que os conocí, la hora en que... Ah, perdon, Dios mio, perdon! esclamó alzando al cielo sus grandes ojos negros y sus preciosas manos.

—Leonor! Leonor! con que estás satisfecha de mi? no dudas ya de mi amor?

—No, rey de Castilla, no dudo.

—Eso deseo, amor mio.

A poco salió el rey, envuelto en su disfraz, y se dirigió al alcázar real.

Leonor se habia quedado muellemente reclinada en un magnífico sillon de tamaño colosal, entregada á las imaginaciones mas dulces y encantadoras. De pronto se movió uno de los tapices y doña Leonor creyó percibir ruido de pasos.

—Munima! esclamó llena de temor.

Nadie contestó; pero en el momento en que ella se levantó para informarse de lo que era, se le presentó un hombre de alta estatura, y cubierto por un magnífico manto de tela blan-

ca, en cuyo costado derecho campeaba la verde cruz de los caballeros de Alcántara.

—Caballero! dijo la de Guzman trémula de rabia y palideciendo de temor á un tiempo.—Qué haceis aquí? qué buscais?

—Os busco á vos, quiero vuestro amor!

—Salid, salid inmediatamente, ó pediré auxilios á la vecindad! No sabeis que os odio de muerte?

—Leonor! Leonor... misericordia, compasion! esta pasion me mata, no puedo mas; ah, tened piedad de mí... yo os amaré tanto como os ama...

—Salid, sois un infame y me causais un horror indecible! Salid, ó publico á voz en grito vuestra villanía...

—Ah, perdon otra vez! yo os amo, si supiérais cuánto sufro: si tuviérais como yo una llama terrible que me abrasa el pecho y que nada basta á apagar! tened compasion de mí, Leonor, sed una vez siquiera piadosa, y hacedme feliz!

—A vos, monstruo, marchaos os he dicho!

—Nunca! yo quiero vuestro amor, yo quiero acercar mis lábios á los vuestros, y...

—Sois un villano, y al hombre como vos se le desprecia! contestó Doña Leonor, disponiéndose á marchar.

—Aquí, señora, aquí! esclamó el gran maestre cojiéndola fuertemente por un brazo y obligándola á permanecer en el mismo sitio.

—Sabeis lo que haceis, miserable! no sabeis que esta violencia os puede costar la vida!

—A mí! equivocada estais!

—Sí, á vos! soltadme, ó mañana mismo...

—Soltaros! estais en vuestro juicio, señora, ó me creeis tonto? Por Cristo, que no me parece mal el plan que he combinado aquí en un momento... La noche, que afortunadamente llega, me ayudará en lo que pienso hacer con vos... Oh, si es hermosa la luz, no sé que diga de la oscuridad... Por última vez, me amais? consentis en que yo os ame, pero con premio de vuestra parte?

—Infame!

—Contestad, señora, contestad pronto, porqué para mí el tiempo es en estremo hermoso. Qué me contestais?

—Que sois un mónstruo abominable, y que siempre os odiaré de la misma manera, aunque me vea próxima á morir!

—Está bien, señora; tendré el gusto de tener en uno de mis castillos, en calidad de prisionera, por supuesto, á la querida de Alonso XI de Castilla... Oh, vereis, vereis que bien hemos de estar, y cuidado con intentar escaparse, porque... pero estas son palabras para despues, para allí...

—Creeis triunfar! qué nécio sois!... Munima, Munima!

La vieja no contestó.

—Ah, todos me abandonan! esclamó doña Leonor por lo bajo.

—Menos yo, mi querida señora; porque es tanto lo que os amo, que jamás me separaré de vuestro lado.—Cuando gusteis podemos emprender el camino. Abajo nos esperan magníficos caballos, con que podremos hacer nuestro viaje con toda comodidad.—He tenido hasta la galanteria de prepararos una litera...

—Nécio!

—Vamos, vamos, señora, que se vá haciendo tarde y es preciso andar mucho esta noche.

—Por la última vez, caballero, me soltais?

—Já, já... soltaros, soltaros, cuando tanto trabajo me ha costado el apresaros. Delirais, doña Leonor?

—Sois un infame, á quien me veré en la precision de daros el castigo que mereceis... Me soltais don Gonzalo?

—No, señora, ya ós lo he dicho.

—Venganza, venganza! esclamó la jóven arrebatándole del cinto una daga que llevaba y levantándola con ademan de herirle.

Don Gonzalo dió un paso atrás y soltó el brazo que tan fuertemente tenia asido.

—Ah, triunfé, triunfé, dijo la de Guzman con alegria.

—Antes morir que tal suceda! repuso el maestre acercándose á la amante del rey, con intencion de apoderarse de ella á viva fuerza.

—Atrás, villano, mal caballero, atrás! esclamó doña Leonor defendiéndose con el puñal y haciendo terribles esfuerzos por ganar una de las ventanas.

—Atrás! cuán engañada estais! me marcharé, sí, pero será con vos, que sereis mia á toda costa?

Pero la amante de Alonso XI, abrió una de las ventanas y se puso á dar formidables gritos pidiendo socorro.

—Miserable, que haceis! esclamó don Gonzalo, pálido de rabia y temor.

—Ah, temblais mónstruo! cuánto me alegro!... ya veis lo que son las circunstancias... hace un momento me aterrábais con vuestras infernales palabras, y ahora sois vos el que temblais! ah, teneis razon, porque voy á publicar vuestra infamia, sino salís inmediatamente de aquí.

—Sí, saldré, señora, porque el infierno así lo quiere! pero tened entendido que no os gozareis mucho tiempo con vuestro triunfo!

—Lo veremos, don Gonzalo... solo una cosa os prevengo para que obreis con mas cuidado:—El dia que yo quiera, Maestre de Alcántara, se verá vuestra vida tan comprometida como la de un malhechor que se halle en poder de la justicia... Sin embargo, os perdono, porque ódio la venganza. Salid.

Don Ganzalo se sonrió desdeñosamente, y bajó precipitadamente la escalera, no sin lanzar antes una terrible mirada á la asustada Leonor.

—Gracias á Dios! esclamó esta echándose sobre un sillon.—Ah, ese hombre vá á ser mi sombra y el demonio que me persiga... y sin embargo puedo deshacerme de él ahora mismo! Pero no, le perdono y le perdonaré hasta tres veces... pero si insiste en perseguirme, si salgo con vida de todas sus tentativas de venganza, entonces, habrá que pedir á Alonso XI, la cabeza, de ese hombre indómito y contumaz! Ah,

no, nunca... yo, oh qué horror! repuso tapándose el rostro con ambas manos.

La vecindad acudió á los gritos de doña Leonor, pero se retiró á poco tranquila con las palabras que la amante del rey les dijo, siendo estas que solo un vano temor la habia inducido á pedir socorro.

Munima fingió perfectamente un desmayo para que su ama no dudase de su mentida fidelidad.

CAPITULO XLI.

En el que se trata de un torneo y de otra porcion de cosas á cual mas entretenidas

Antes de hablar de los sucesos que siguen á los referidos anteriormente, antes de continuar el verdadero y seguido hilo de nuestra historia, preciso se hace que sepa el lector porque se hallaba el conde de Haro en el jardin de las Huelgas, y lo que hizo así que se marchó Felipe.

La noche que siguió al dia en que don Jimeno de Luna y Osorio presentó por primera vez su hija al conde, fué terrible para este. La bella imágen de la encantadora Elvira, quedó esculpida con caracteres de fuego en el corazon de don Lope. Así es que el recuerdo de sus culpas pasadas, no vino aquella noche á preocupar su imaginacion entretenida con ideas halagüeñas y mundanas. Don Lope dejó de ser desde aquel mismo dia el pecador arrepentido; en vez de pensar,

como hacia quince años, en la salvacion de su alma, corrompida y cruel, solo veia y pensaba en la mujer que habia visto en el locutorio de las Huelgas. El dia llegó despues de mil luchas y pensamientos, y con el dia se decidió el conde á tomar un partido.

—Una llama que me abrasa el pecho siento desde que conozco á la hija de don Jimeno. Esta es una pasion que ignoro si será inspirada por el cielo ó el infierno: Si es lo primero, me salvo! entonces no me cabe duda de que Dios me ha hecho concebir para que sea feliz, siendo esto el premio de mi clausura y de la penitencia que he observado tantos años; si lo segundo... ah, entonces es porque está escrito que yo he de ser... me horrorizo en pensarlo solamente!—Nada, marchemos al monasterio, dijo despues de reflexionar un momento; si Elvira consiente en ser mi esposa, si me ama, Dios me ha inspirado esta pasion, si por el contrario se opone y me odia, porque otros amores le importen mas, el infierno quiere tenerme por su agente todavia!... Ah, probemos! es preciso! mi suerte se decide hoy!

Y se dirigió al convento, donde se informó por la tornera que Elvira se hallaba en el jardin. Don Lope penetró en él de la misma manera que Felipe, y llegó al emparrado donde estaban las dos amigas en el momento precisamente en que Beatriz contaba á la amante de Felipe lo que era el conde de Haro.

Lo demás que sucedió hasta que el conde fué desafiado por el capitan de la *formidable*, ha tenido lugar el lector de verlo anteriormente.

Don Lope salió á poco del monasterio maldiciendo una y mil veces su suerte. Ya tenia que perder toda esperanza. Elvira lo aborrecia de muerte, no solo porque tenia un amante á quien idolatraba, sino porque sabia y conocia por Beatriz la historia de sus crímenes.

—Maldicion! esclamó mesándose los cabellos con furia.

—El demonio me ha inspirado este amor y como cosa suya tiene que haber sangre, tiene que concluir como el de

Beatriz! ah! bien... venganza, venganza y odio eterno á ese rival que ha tenido la audacia de insultarme! Fuera arrepentimiento y todo sentimiento bueno, yo quiero vengarme y poseer á Elvira, aunque el demonio cargue con mi alma!

Y despues de lanzar una furiosa mirada sobre el convento en el que la hija de don Jimeno contaba sus cuitas á la Abadesa, se retiró á su casa donde encargó á su escudero tuviera listas sus envejecidas y olvidadas armas. Desde entonces solo pensó don Lope en satisfacer sus deseos y en castigar al audaz jóven que le habia llamado villano. Pero de estos sucesos hablaremos en su tiempo y lugar oportuno.

A los pocos dias de conocer el rey Alonso XI á doña Leonor de Guzman, se vió en la necesidad de contraer matrimonio con la infanta doña María, hija del rey de Portugal: Y decimos que se vió en la necesidad de hacerlo, porque un rey es el primero que sucumbe á las circunstancias políticas. La situacion de Castilla por entonces era en estremo crítica, si bien el hijo de Fernando IV consiguió con la firmeza de su carácter, y aun algunas veces faltando á la fé de caballero, defectos que solo su poca edad puede disculpar, consiguió, decimos, que no llegara al estado que los grandes y los revoltosos querian llevarla. Alonso XI tuvo que ceder, como dijimos mas arriba, y aceptar la mano de la portuguesa, porque con esta alianza ganaba la estimacion y ayuda del rey de la antigua Lusitania.

El matrimonio se celebró con mucha ostentacion y aparato, y despues de la coronacion, que se efectuó en Burgos con un lujo y esplendidez hasta entonces no visto, dispuso el rey que en la misma ciudad tuviese lugar un torneo, donde los caballeros mas principales de la corte, se disputaron con el valor de su brazo, los premios destinados para los vencedores, premios que la augusta desposada colocaba sobre el pecho de los caballeros que saliesen victoriosos.

Todo estaba ya dispuesto. Un magnífico palenque con palcos y asientos forrados de paño grana, se preparó para las

personas que por su clase y condicion pudiesen asistir á la fiesta.

Era una hermosa tarde de otoño. El circo donde iba á tener lugar el combate se hallaba cuajado de gente. Multitud de señoras ricamente engalanadas lucian sus gracias y riquezas en los palcos preparados de antemano. Un soberbio dosel de seda carmesí recamado de oro y plata se veia sobresalir en el testero principal del palenque, custodiado por dos apuestos soldados, armados de piés á cabeza.

Dos sillones de madera tallada terminados con las armas de Castilla y Leon, veíanse colocados debajo del dosel.

La concurrencia habia pasado del deseo á la impaciencia. Los reyes tardaban demasiado, y á pesar de que los atambores y chirimias procuraban distraer con su estridente sonido á la multitud, aburrida de esperar, esta no dejaba de demostrar su impaciencia con voces y silbidos.

Esplicaremos la tardanza de los reyes.

Alonso XI antes de reunirse á su esposa para ir al palenque, se dirigió á casa de su amante, para rogarle por la última vez no dejase de asistir al torneo.

—No os canseis, señor... ya os he dicho que no puedo ir á esa funcion.

—Pero porqué? dijo el rey con impaciencia.

—Porque no gozo en esos espectáculos públicos.

—Ah, sois egoista... con que porque no os divierten me privais de vuestra presencia?... ya lo veis; sois egoista é ingrata!

—Nada de eso, señor, si no voy...

—Acaba, acaba!

—Qué falta os hago, don Alonso? dijo la jóven dando otro giro á la conversacion.

—Ah, y me lo preguntas? No sabes ángel mio, que sin tí no puedo ser feliz?

—Es que allí no podreis estar conmigo...

—Es verdad; pero te veré y con esto solo estoy contento.

—Ved ahí precisamente lo que yo quiero evitar, señor.

—No te comprendo.

—Decidme, vá con tu alteza la reina?

—Sí.

—Pues bien; si voy os distraeré y esta tarde os debeis dedicar enteramente á vuestra esposa.

—Siempre lo mismo!... Y no eres tú primero que ella?

—No, nunca! es vuestra esposa, es la reina de Castilla!

—Leonor... asistirás?

—Perdonadme; pero quiero evitar á toda costa que la reina se entere de nuestros criminales amores, quiero que no me conozca y que ignore siempre...

—Disculpa es esa que no me satisface, Leonor.

—Señor, si voy al palenque, como deseais, me espongo á ser vista por doña María, y es fácil de que averigue la verdad de lo que pasa.

—Deliras! cómo quieres?...

—Oh, muy facilmente; el público puede pronunciar vuestro nombre y el mio aun mismo tiempo. Estas solas palabras bastan para que la reina vea en mí una rival!

—Qué necia eres?

—Confesad la verdad que os acabo de indicar.

—No, no, en tu negativa veo un capricho.

—Un capricho!

—Sí: por la última vez, Leonor, vienes?

—Señor, haceos cargo y...

—Vienes?

—No, rey de Castilla... perdonadme...

Don Alonso salió sin decir una palabra y se dirigió al alcázar real, donde le aguardaba su esposa y toda la grandeza, dirigiéndose á poco al palenque. La presencia de los reyes produjo en el auditorio un gozo y alegría indecible. Los víctores y aclamaciones ahogaba el ruido de los clarines y cornetas que anunciaron la llegada al circo de los régios esposos.

Alonso XI saludó á todos cortesmente y despues se sentó con magestad en el rico sillon que le habian preparado. Su esposa hizo lo mismo.

—Era la reina doña María, una mujer de veinte años todo lo mas, alta de cuerpo, de color moreno y de ojos grandes y vivos. Una nariz larga y un tanto inclinada hácia la punta, coronaba la mas preciosa boca que se ha visto en mujer. El talle de la portuguesa era en estremo gracioso y esbelto, y su bello, aunque no simpático rostro, se veia adornado por un cabello negro y lustroso como el azabache.

Como habia dicho el rey á su amante, la mujer que se habia visto obligado á aceptar, era de un génio altanero y en estremo orgulloso. Los amores de su esposo con la bella Leonor, la llenaron de indignacion y se propuso ser enemiga de don Alonso antes de darle su mano.

Dos hombres, los dos envidiosos y vengativos, fueron los que mas contribuyeron á acrecentar el odio de la reina hácia su esposo, odio que unos celos mentidos servian de pretesto. Doña María jamás amó al rey y aunque no faltó á sus deberes, nó por otra causa, sino porque era demasiado orgullosa para descender del papel de reina, al de amante apasionada, no dejaba de tener su camarilla y validos, con cuya corte se adquirió una fama no muy honrosa, sin cometer ninguna vez la falta de que se le acusaba.

Los dos hombres mas íntimos de la reina, era su canciller don Fernando Rodriguez de Balboa, y el gran maestre de la órden de Alcántara, don Gonzalo Martinez. Estos malos caballeros, enemigos del rey y de su amante, fueron los que mas persiguieron á la desgraciada Leonor, cuyo delito consistia en amar mucho y no tener suficiente valor para no entregarse al hombre que habia encendido en su pecho la llama ardiente y amorosa que la arrastró al rey de Castilla.

Pocos momentos antes de marchar doña María al torneo, y cuando impaciente esperaba á su esposo, le dijo don Gonzalo á presencia de su cómplice el canciller:

—Señora, os veo triste y casi estoy por adivinar la causa.

—Vos! veamos, don Gonzalo, veamos, tal vez adivineis... pero se me antoja que no.

—Señora, lo sentiria; pero á que temeis encontraros en el torneo con la mujer que el rey...

—De qué mujer hablais? repuso doña María aparentando ignorancia, porque creia que padecia su amor propio con solo hablar de lo que demasiadamente sabia.

—Hablo á tu alteza de la amante del rey.

—Perdonad, maestre de Alcántara; pero dudo de vuestras palabras á cerca de esto, y de las del prior de San Juan.

—Dudais, señora, de la verdad?

—Por Dios, don Gonzalo! cuándo me dareis pruebas, hechos, y no palabras?

—Esta tarde.

—Bien, pero como conoceré yo...

—Me dá tu alteza palabra de hacer todo lo que le diga?

—Os la doy.

—Pues bien, observad á vuestro esposo, mirad donde él mire, y juro á Dios que llegareis á ver á una mujer en estremo hermosa, blanca, de ojos negros, y...

—Y esa mujer quién es? dijo la reina con indiferencia, aunque demasiado pálida, para que no se conociera el interés que para ella tenia semejante conversacion.

—Doña Leonor de Guzman... la única mujer á quien ama el rey de Castilla y Leon... repuso el maestre midiendo las palabras y observando al mismo tiempo el efecto que producian.

—La única! esclamó doña María deshaciendo entre sus dedos un magnífico ramo de flores.

—Sí, la única....

—Os engañais, don Gonzalo... pero sabeis dijo mudando de conversacion, que no ha dejado de gustarme vuestro consejo? Es chistoso! mirar donde mire el rey!... y con esto conoceré á esa bella jóven, que mi augusto esposo obsequia?

—Ciertamente.

—Maestre de Alcántara, no encontrais otro medio,... así,

mejor... que dé mejores resultados? porque os aseguro que este...

—Bien, señora, lo haré, y quedareis satisfecha.

—Pero como hareis para que que yo comprenda...

—Estaré con ella durante la liza y esto solo os basta...

—Sí, sí, teneis razon! esclamó doña María sin poder ocultar su gozo.

El rey se presentó á poco, y al instante de llegar los régios esposos al palenque, dió principio el combate.

Los maestres del campo dividieron el circo y las cornetas, á una señal del rey, tocaron para que los combatientes se presentasen en la liza.

—Un murmullo de alegría fué la contestacion que dió la multitud á los roncos sonidos de los clarines.

Dos caballeros montados en soberbios caballos árabes y cubiertos de piés á cabeza con sendas armaduras de acero, primorosamente trabajadas, se presentaron en la palestra. Los dos llevaban sujetos en el brazo izquierdo dos magníficos escudos, con letreros y alegorías. El primero, cuyo casco terminaba en una horrorosa serpiente de tres cabezas, llevaba pintado en su escudo el mismo monstruo que le servia de cimera, si bien aquí se veia vencido y derrotado. Alrededor se leia el siguiente estravagante letrero: —«*Vencida por mí.*»

—El segundo, mozo al parecer, y de apuesto talante, llevaba pintado dos combatientes en el acto de embestirse, y con estas palabras por debajo: —«*Todo por ella.*»

La aparicion de los dos caballeros fué aplaudida estrepitosamente por el público. El mismo rey en estremo aficionado á estas fiestas, mostró su alegría con un prolongado palmoteo.

Los clarines dieron la señal, y entonces aquellas dos máquinas de hierro se arremetieron con tanta furia y denuedo, que los dos dieron consigo en tierra al momento.

En los rostros de los circunstantes se vió pintado el descontento.

—Otros! otros! esclamaron dando formidables gritos.

El rey accedió, y á poco aparecieron en la palestra otros dos armados, en cuyos pechos se veia una banda roja de rica tela de seda.

La señal se dió de nuevo y los combatientes se encontraron uno en frente del otro, con sus lanzas partidas.

—Viva, viva! esclamaron los circunstantes llenos de alegría.

—Los dos caballeros de la banda metieron espuelas á sus caballos y comenzó otra vez el combate.

Pero dejemos á los campeones disputarse la victoria y observemos á la reina, que llena de impaciencia, buscaba por todas partes al maestre de Alcántara. Doña María recorrió por última vez con la vista todo el circo. Sus ojos de pronto brillaron de alegría, y una sonrisa maligna contrajo por un momento sus delgados y preciosos lábios, de un subido carmin. Cuando ya habia perdido toda esperanza, cuando desesperada iba á dejar la investigacion que practicaba con ojos ávidos, vió lo que deseaba, lo que necesitaba para odiar á su esposo y para tener un derecho de ser su mas mortal é irreconciliable enemiga.

Don Gonzalo Martinez, maestre de los caballeros de Alcántara, se veia en uno de los palcos ó tiendas, de piés y detrás de una jóven en estremo hermosa y ricamente vestida, que no quitaba ojo del sitio ocupado por los reyes. Doña María tuvo lugar de examinar perfectamente á su rival, porque el lugar donde esta se hallaba no estaba muy distante del dosél que cobijaba á los reyes de Castilla. Don Gonzalo hizo una señal á la reina, y se retiró sin ser visto ni notado por doña Leonor.

Mientras que doña María se entregaba á sus pensamientos de venganza, y mientras que el maestre iba á alcanzar el premio de su servicio, que consistia en una sonrisa mas llena de indignacion que de afecto, el conde de Trastamara se acercó á Alonso XI, y le dijo, sin que la reina lo notara:

—Señor, veo á tu alteza muy entretenido en ver á los combatientes y no te quisiera distraer....

—Ah, sí, estoy admirado del valor que tiene ese jóven: mirad, mirad como vence á su contrario... lástima que un caballero de la banda se deje así vencer!

—Señor, alguno de los dos tiene por precision que ser vencido: y puesto que ambos pertenecen á la banda, á esa órden honorífica y honrosa que tu alteza ha creado, para inaugurar tu reinado, te debe ser indiferente sea uno ú otro el vencido ó el vencedor.

—Teneis razon; pero qué me quereis?

—Nada, en verdad, porque ya habrás visto...

—No os comprendo, conde: dijo don Alonso moviendo la cabeza en señal de impaciencia.

—Habeis recorrido el circo con la vista?

—No: como no espero á nadie:

—Sin embargo, alzad la vista y fijadla en un balcon colgado de seda azul, que hay á nuestra derecha.

—Alonso XI hizo maquinalmente cuanto le dijo su favorito.

—Qué veis?

—Nada absolutamente: contestó el rey con indiferencia.

—Señor... es cierto lo que decís?

—Cierto, cierto, don Alvaro; nada veo de particular.

—En ese caso seguid con la vista la indicacion de mi dedo... No veis en aquel palco con pabellones azules á...

—Leonor! esclamó el rey sin poder ocultar su alegría.

Doña María oyó la esclamacion lanzada por el rey, y una palidez mortal cubrió su rostro por largo tiempo.

Don Alonso clavó su vista en la de Guzman, como para manifestarle su agradecimiento.

Doña Leonor creyó hasta entonces que su amante rehusaba mirarla; pero cuando observó que el rey pronunció su nombre con alegría, cuando le vió sin quitar ojo de donde se hallaba viendo el torneo, á que habia asistido por no disgustarlo, entonces ahogó un suspiro de placer, y de sus manos se cayó un precioso ramo de naranjo, que continuamente acercaba á su perfecta nariz.

El ramo de azahár rodó impulsado por el aire hasta cerca del palco del rey. Don Alonso se puso de piés con intencion de cogerlo, sin cuidarse que estaba á presencia de un público, y olvidándose completamente de su dignidad. Doña María, que furiosamente irritada desde que don Alonso nombrára á su amante, no habia dejado de observarle, le dijo tirándole de la ropilla:

—Qué haceis, rey de Castilla!

Mientras esto pasaba entre los régios esposos, el conde de Trastamara, que veía en aquel ramillete, no su muerte, sino otro condado y otros señoríos, se apresuró á cogerlo y á presentárselo al rey.

—Oh, gracias, conde, gracias! dijo tomando el ramo, sin hacer caso de las palabras de la hija del rey de Portugal.

Doña Leonor no cabia en sí de contenta, mientras que la orgullosa y vengativa doña María, decia á su esposo, así que este se hubo sentado, y retorciéndose las manos con rabia:

—Observad, rey de Castilla, que ultrajais á vuestra esposa en público!

—Oh, mirad, mirad, es de ella... de ella! dijo el rey presentándole el ramo, y casi fuera de sí.

Lanzó la reina una terrible mirada al conde de Trastamara, y dijo por lo bajo con terrible acento:

—Venganza! es necesario que desaparezca para siempre ese insolente favorito, y esa mujer odiosa!

Como habia dicho el rey el combate se decidió al cabo por uno de los caballeros, quedando el vencedor en la palestra orgulloso y triunfante, y esperando á otro contrario para medir con él sus armas, y la fuerza de su brazo.

Los clarines tocaron para ver si alguien se presentaba, pero el llamamiento de los trompeteros fué desairado.

El caballero vencedor que no era otro que el capitan Mendoza, aquel que derrotó á los *formidables*, no cabia en sí de contento, porque veíase próximo á alcanzar el premio destinado al vencedor; premio que consistia en una banda azul y

blanca, que doña María como reina del torneo ceñia al vencedor, al mismo tiempo que su esposo le concedia la gracia que pedia.

Los clarines tocaron de nuevo al ver que se impacientaba la multitud. Nadie apareció, y entonces un faraute invitó á Mendoza para que fuera á recibir el premio de manos de su alteza.

El jóven caballero se apeó de su magnífico caballo, contestando al mismo tiempo á los infinitos saludos y aplausos que de todos lados le daban. Pero en el momento en que subia las gradas del trono, cuando ya la reina tenia preparada la banda de fina gasa, para echársela por los hombros, se descorre de pronto uno de los tapices que cubrian las tiendas de campaña, preparadas de antemano para que de ellas saliesen los combatientes, y se presentó en la escena un armado en cuyo escudo se veia pintada una hermosa paloma en estremo blanca, en actitud de volar, y llevando en el pico una cinta con la siguiente inscripcion: «*Lleva mi pensamiento.*»

La aparicion de este desconocido arrancó vivos aplausos de la multitud.

—Viva! viva! decian unos acompañando á las palabras fuertes palmadas.

—Fuera! que diga su nombre! decian otros dando terribles gritos á fin de ser oidos, y para que se hiciese lo que ellos decian.

El desconocido seguia avanzando, montado en un precioso caballo tan blanco como la paloma que llevaba en el escudo.

—Que diga su nombre! volvieron á decir los mas escandalosos.

—Sí, sí, eso es, eso es...

El rey accedió, y un maestre del campo, oyó dos palabras que el desconocido le dijo al oido, porque se negó completamente á decirlo de recio.

Entonces el infeliz Mendoza bajó las gradas del trono y montó á caballo, maldiciendo en sus adentros al temerario



Duro teneis el brazo! dijo Mendoza con rabia.

que le disputaba un premio, que á su entender tenia que ser suyo.

—Creeis triunfar? dijo Mendoza al desconocido.

—Tal propósito tengo.

—Pues engañado estais.

—Juro á Dios, que no direis eso mismo dentro de muy poco tiempo.

—Lo veremos.

—Lo vereis, contestó el armado de la paloma poniéndose en situacion de arremeter asi que sonase el clarin.

Este se oyó á poco, y los dos caballeros partieron á un tiempo.

Mendoza resistió aunque con trabajo el embite de su contrario y este no se movió de la silla.

—Duro teneis el brazo! dijo Mendoza con rabia reconcentrada.

—Y vos firmeza en el estribo; pero os aseguro que á la tercera vez habreis perdido ya semejante habilidad.

—Dificil lo veo, caballero.

—Acabemos, capitan Mendoza, acabemos, porque la tarde se concluye; dijo el desconocido poniéndose en guardia.

—Acabemos: contestó el capitan haciendo la misma operacion que su contrario.

Antes que se diese la señal, partieron los corceles con tanta furia que parecia mentira, pudiesen correr de tal manera.

La lanza del desconocido pegó con tanta fuerza en la coraza de Mendoza, que su caballo dió un paso atrás, y él perdió el estribo, soltó la brida, y cayó por la trasera del caballo, murmurando entre dientes con amargo acento:

—«Oh, vencido! vencido despues de haber sido vencedor!»

—Os convenceis ahora, señor incrédulo? le dijo el armado, despues de haberse apeado de su caballo y cuando se dirigió á él para completar la fórmula del combate.

—Oh, sí, me declaro vencido; pero matadme, clavadme vuestra espada, porque semejante derrota es mi deshonra! hacedme este favor!

—No, nunca! y no me hubiera presentado en el campo, sino tuviera necesidad de una ocasion como esta para alcanzar del rey cierta gracia que necesito.

El desconocido fué aplaudido con entusiasmo por todos y declarado digno de obtener el premio destinado al vencedor. Asi es que subió al trono y despues de hincar una rodilla en tierra, recibió de manos de la misma reina, la banda azul y blanca.

—Y ahora teneis alguna gracia que pedirme? dijo Alonso IX.

—Sí, magnánimo señor, tengo que pediros una gracia, y creo...

—Hablad, hablad...

—Señor, amo con delirio á una jóven, siendo correspondido por ella, y quisiera que tu alteza...

—Gracia es esa que tal vez no dependa de mi voluntad.—Tiene padres esa jóven?

—Padre únicamente, pero este se halla muy distante de estos reinos.

—Su nombre?

—Don Jimeno de Luna y Osorio, gentil-hombre de tu corte.

—Con efecto, tengo algun derecho para disponer de la mano de esa jóven, y mucho mas estando su padre ausente, como lo está en efecto.—Pero mi consentimiento no es el de su padre; el mio se pide por mera fórmula despues que los padres son gustosos en la eleccion que hayan hecho para sus hijos. Ademas para anticiparme yo á dar un consentimiento, que no sé si aprobará don Jimeno, necesito saber con quien...

—Nada mas justo: contestó el armado alzándose la viscera al mismo tiempo.

—Felipe! esclamó el rey admirado.

—El mismo, señor.

—Ah, ya decia yo que era imposible hubiese otro tan valiente como vos: he debido conoceros cuando derribásteis á

la segunda embestida á mi pobre caballero de la banda.

—He disgustado á tu alteza:

—Nada de eso, y en prueba de ello os concedo la mano de la hija de don Jimeno.

—Oh, gracias, señor, gracias!

—Aunque teneis mi consentimiento, y tendreis tambien el del padre de vuestra amante porque yo le diré que tengo elegido esposo para su hija, aguardad á que venga el de Luna de Alemania.

Felipe se separó del rey con el corazon henchido de alegria y placer: Elvira seria suya, porque cómo iba á desairar don Jimeno al rey, no admitiendo para su hija el esposo que éste habia tenido la atencion y el cuidado de elegir durante su larga ausencia? Asi es que el jóven no cabia en sí de contento y esperaba con ánsia el momento que lo habia de unir para siempre á su bella y querida Elvira. De repente se cubrió su rostro de una palidez espantosa: un recuerdo fatal habia cruzado por su mente precisamente en el mismo instante en que mas dichoso era. El recuerdo del conde de Haro vino á distraerlo; entonces sintió un frio terrible por todo su cuerpo y el corazon comenzó á latir con estraordinaria violencia.—Qué es esto, Dios mio? esclamó asustado.

Pero la idea de su próxima felicidad vino á apoderarse de su imaginacion nuevamente y todo desapareció.

La fiesta terminó en seguida, y toda la gente se puso en movimiento. Los reyes salieron del circo acompañados por multitud de caballeros y altos personages.

—Conde, dijo el rey al de Trastamara con el mayor sigilo, quereis acompañar á doña Leonor?

—Sí, señor.

—Y decidle de mi parte que la prueba de cariño que me ha dado con venir al torneo, no será olvidada por su amante.

El conde se separó de la comitiva y se fué en busca de la de Guzman, á quien refirió las palabras del rey.

Mientras tanto doña Maria, decia á su confidente, que-

riendo ocultar, aunque no pudo conseguirlo, la rabia que la deboraba.

—Os habeis divertido mucho, maestre de Alcántara?

—Mucho, señora, y tu alteza?

—Oh, yo he pasado un rato delicioso... esta clase de fiestas me hacen gozar estraordinariamente...

—Magnífico ramo de azahár lleva su alteza! dijo el maestre con intencion.

La reina palideció, y repuso sin poderse contener.

—Qué haríais vos si siendo mujer y reina os viérais ultrajada como yo me he visto esta tarde por ese ramo de naranjo?

—Por ese ramo!

—Sí, una mujer que asaz, bien conoceis, lo arrojó á los pies del rey, y un hombre adulador é infame sé apresuró á cogerlo para entregárselo á mi esposo, quien se cuidó muy poco del público para ultrajarme como lo hizo!

—Señora, es posible!

—Sí, don Gonzalo, esto ha pasado, y yo necesito vengarme!

—Nada mas justo.

—Sois mi amigo?

—Hasta la muerte.

—Amais á la querida de mi esposo?

—No, la aborrezco de muerte.

—Luego sereis su enemigo como yo?

—Siempre.

—Y al conde de Trastamara?

—Despues de doña Leonor; es á la persona que mas ódio.

—Me alegro...—Y al rey?

—Señora...

—Nada temais.

—Pues bien, entre vos y don Alonso... vos sois mi reina.

—Nos vengaremos de los tres, don Gonzalo?

—Contad conmigo.

—Oh, bien, venganza! venganza! esclamó la reina lanzando á su esposo una feroz mirada.

CAPITULO XLII.

En el que se vé que doña María comenzó á poner por obra su proyecto de venganza.

No bien hubo el dia asomado por el horizonte, no bien la aurora hubo corrido con su carro de luz todo el espacio, y no bien los habitantes de Burgos comenzaban á bagar por las calles, cuando la reina doña María saltó del lecho y mandó a sus doncellas la adornasen con todo lo mejor y mas rico que hubiese. Con efecto sus deseos fueron cumplidos. Un magnífico trage de rica tela de Persia, y una dalmática de terciopelo azul con adorno de pieles, ceñia el elegante y esbelto cuerpo de la portuguesa. Ricas tocas de finísima holanda y preciosos adornos de diamantes y perlas de Oriente adornaban su bella cabeza, cuyo pelo caia en partes iguales por la cara, y se recogia por detras todo reunido.

Doña María queria estar hermosa aquel dia y por eso habia sido hecho su tocado con tanto esmero y cuidado. Terminado este dijo á una de sus damas:

—El rey?

—Ha salido, señora.

—Tan pronto! sabeis con quién?

—Con el conde de Trastamara.

—Se sabe adónde se han dirigido?

—Al campo, señora; su alteza tenía preparada para hoy una gran cacería.

Los ojos de la estranjera brillaron de satisfaccion y contento. Habia concebido una idea y queria ponerla al instante por obra. El rey, único inconveniente que podria haber, se habia marchado al campo. La ocasion no podia ser mejor. Así es que repuso sin poder contener su alegría:

—Se halla ahí fuera el gran maestre de los caballeros de Alcántara?

—Hace rato desea ver á tu alteza: contestó una de las jóvenes.

—Hacedle entrar, y dejadme sola.

Obedecieron las jóvenes, y don Gonzalo penetró á poco en la morada real. El maestre manifestó su sorpresa, santiguándose por dos veces.

—Qué os estraña, don Gonzalo?

—Ver á tu alteza tan engalanada y elegante: es hoy acaso dia de corte?

—No por cierto... este es el trage de una reina.

—Perdonad, pero como os veo al mismo tiempo tan alegre y...

—Acabad.

—Y hermosa, mas hermosa que nunca...

La reina soltó una descomunal carcajada y dijo en medio de su hilaridad.

—No me satisface esa galantería... pero no sabeis que voy á visitar á la segunda reina de Castilla?

—No sabia que habia en Castilla dos reinas.

—Vos me lo dijisteis ayer, don Gonzalo.

—Yo! perdonad, señora; pero no recuerdo...

—Ayer tarde en el torneo me noticiásteis que doña Leonor...

—Ah, sí, sí, comprendo perfectamente; y como doña Leonor reina sola esclusivamente en el corazon de su alteza, por eso la llamais la segunda reina de Castilla... comprendo, y no me parece mala idea.

—Pues bien, voy á ir, si vos me acompañais á casa de la mujer que reina en el corazon de Alonso XI.

—Señora, semejante paso!...

—Teneis miedo, maestre de Alcántara?

—Miedo no, pero si prudencia.

—Me acompañareis?

—Adonde gusteis, verdadera reina de Castilla.

—Teneis razon... Pero decidme, cuándo desaparecerá el conde?

—Tiempo, señora, tiempo para todo.

—Sabeis á casa de la amante de mi marido?

—Sí.

—Tomad mi brazo y conducidme á ella.

—Observad que si el rey sabe...

—Nada temais, su alteza está hoy de campo.

—Pues marchemos.

La reina se cubrió con un largo manto de tela oscura, y agarrada del brazo del maestre, pasó en un instante el corto trecho que mediaba desde el alcázar á la morada de la sevillana.

—Puedo saber vuestra intencion, señora? dijo don Gonzalo momentos antes de llegar á casa de la de Guzman.

—No tengo inconveniente: Deseo vivamente conocer á la mujer que el rey prefiere á la suya propia, y deseo conocerla, porque si es menos hermosa de lo que dicen, Alonso XI se cansará de ella muy pronto.—Quiero conocerla, porque ayer apenas la ví; quiero verla y decirle la gran distancia que hay de ella á mí, de una hija de cien reyes y reina, á una mujer prostituta y...

—Esta es la casa, señora, repuso el maestre interrumpiendo á la reina.

—Llamad; y despues esperarme aquí á que yo salga.

—Cumpliré tus órdenes fielmente, contestó don Gonzalo acercándose á la puerta y llamando con suavidad.

La horrible Munima apareció despues que la maciza puerta giró sobre sus goznes.

—Pasad, señora: dijo el maestre á la reina.

—Y vos?

—Yo voy á obedeceros.

—Ah, es verdad: repuso la reina acordándose de que le habia dicho que le esperase en la calle.

Doña María subió con paso lento la escalera que conducia á la habitacion de la favorita del rey.

Esta se hallaba sola y recostada en un sillon, entregada á mil ideas ya tristes, ya placenteras. Leonor pensaba en el amor que le tenia el rey, en la falta que habia cometido con quererle, en lo dichosa que era con este amor y en los disgustos que el maestre de Alcántara podia hacerle sufrir. Cuando mas entregada y sumergida se hallaba en estos pensamientos, sintió ruido de pasos por la escalera y fijó la vista en esta, hasta que vió una mujer envuelta en un manto oscuro, que se quedó parada en la entrada.

—Pasad, señora; dijo la de Guzman, saliendo al encuentro de la desconocida.

—Sois vos doña Leonor de Guzman? repuso la reina con voz balbuciente y temblorosa.

—Yo soy.

—Oh, que hermosa es, esclamó la estrangera á media voz.

—A quién tengo el honor de hablar, señora?

—Me conoceis? dijo la reina arrojando con fuerza el manto y descubriendo su bello y rico trage y su indignado rostro.

—No tengo la honra... repuso la de Guzman palideciendo de temor, al ver el aire altanero y un tanto atrevido de la mujer que se le presentaba.

—Debiérais de conocerme, señora...

—Ya os he dicho que ignoro absolutamente con quien estoy hablando.

—Es estraño, porque vuestra alma culpable os debiera haber dicho que hablais con la reina de Castilla...

—La reina!... cielos! y qué busca la reina en mi humilde

y pobre morada! esclamó la amante de Alonso XI, balbuceando y poniéndose pálida como un cadáver.

—Os busco para que me deis estrecha cuenta de vuestra conducta! La reina de Castilla se halla ofendida por vos, que sois una miserable, y viene á reconveniros, viene á deciros que vuestro castigo se acerca, porque si el rey se niega á concedérselo, no se negará el pueblo entero, ni los ejércitos de su padre el rey de Portugal.

—Ah, señora, perdon, perdon! esclamó la dama del rey cayendo á los piés de doña María.

—Perdon! nunca, miserable, nunca!

—Ah!...

—Creíais que podeis ofender impugnemente á la reina de Castilla? oh! os engañais! desde mañana os abandonará vuestro amante, porque las circunstancias le obligará á ello... desde mañana recibireis el castigo á que os habeis hecho acreedora por vuestra audacia y vuestro crímen...

—Crímen! crímen!... repuso la de Guzman asustada.

—Sí, crímen, y crímen atroz! os parece poca culpa ser la querida del rey de Castilla, con el descaro, con el cinismo, con que vos lo sois y lo publicais, sin tener en cuenta que ultrajais á la esposa de vuestro amante, á la reina, vuestra señora, y á la mujer que tiene derecho y poder para haceros morir en un cadalso si se le antoja?

—Ah, en un cadalso!... y por qué, señora?

—Porque me habeis ultrajado y el que ultraja á un rey...

—Perdon, reina de Castilla; yo no os he ultrajado... yo amé al rey porque... señora, no lo pude remediar, me entregué á él porque le amo con delirio!... tengo acaso la culpa de que Dios ó el infierno me haya hecho concebir esta pasion?...

—Miserable!

—Perdon! perdon!... volvió á decir doña Leonor alzando las manos en ademan de súplica.

—Oh, no, nunca, ya os lo he dicho! he padecido demasiado para perdonaros, mi orgullo de esposa y de reina se

halla asaz ofendido para perdonar á la mujer causa de todo;
—Un encierro perpétuo será el castigo que os imponga, castigo que el rey no podrá menos de sancionar...
—Un encierro! nunca! vos no teneis derecho...
—Infeliz! sabeis con quien estais hablando? no sabeis desgraciada que doña María de Portugal, tiene bastante poder, sin necesidad de su esposo, no digo para sepultaros en un encierro perpétuo, sino hasta si quisiera para cortaros la cabeza á vos doña Leonor de Guzman, la mujer mas hermosa de Castilla, la favorita de Alonso XI.
—Y seríais capaz de hacerlo, solo por el delito de amar á un hombre que conquistó mi corazon no como rey de Castilla, sino como un particular? Y creeis que quedaria impune vuestra arbitrariedad, señora?
—Qué decís, desgraciada! sí, quedaré impune y siendo reina de Castilla! Con que preparaos, señora, preparaos, á abandonar el mundo donde tan feliz y afortunada habeis sido, si puede haber felicidad en la deshonra...
—Señora, vuestras palabras me hieren el corazon de una manera cruel! esclamó la amante de Alonso XI, con humildad y amargura.
—Os hieren mis palabras, y no os hiere lo que el público dice escandalizado de vuestra conducta? repuso doña María con sarcasmo.
—Señora, y qué culpa tengo yo que el vulgo no comprenda toda la abnegacion que hay en mi amor... vos misma si sabeis lo que es una pasion, si alguna vez habeis sentido en vuestro pecho esa llama ardiente y devoradora que nos abrasa el corazon y que nos ciega completamente, vos misma, decia, disculpareis mi falta...
—Yo! delirais! jamás!... no sabeis que soy demasiado orgullosa para no hacer mas que aquello que no me rebaje? una pasion me haria descender de mi clase, y la reina doña María, nunca dejará de ser reina.
Doña Leonor miró con asombro á la esposa de su amante.
—Qué, os causan estrañeza mis palabras?

—Sí, reina de Castilla!... yo creia que el corazon de una reina...

—Callad, ya os he dicho que nunca descenderé ni un ápice.

—Y si amais á vuestro esposo que es igual á vos, entonces no os rebajareis... repuso la de Guzman, con el deseo de saber si la reina quería á don Alonso.

—A mi esposo! si Alonso XI, hubiera dado á su esposa el lugar que le pertenece, sino me hubiese ultrajado en el torneo ayer tarde, tal vez... le amaria!

—El rey os ultrajó, señora! esclamó doña Leonor aparentando sorpresa y sintiendo en su interior cierto gozo.

—Sí, me ultrajó, porque en público dió pruebas que preferia á otra.—Y sabeis qué hizo la reina entonces? dijo doña María en estremo furiosa.

—Ignoro, ignoro!..

—Pues juró vengarse de su esposo, y de la prostituta...

—Señora! repuso la viuda de Velasco con altivez.

—Os atreveis, miserable! os atreveis á levantar el grito á vuestra reina? repuso la estranjera locamente irritada y en ademan de castigar á la jóven.

—Socorro! socorro! gritó esta huyendo despavorida.

—Nécia! crees acaso, que está ahí tu amante para defenderte?

—Sí, desgraciada! aqui estoy, contestó la voz del rey, al mismo tiempo que se presentó este en la estancia.

—Ah, gracias, gracias! dijo doña Leonor cayendo á los piés del rey y ocultándose el rostro con ambas manos.

—Leonor, amor mio; repuso el monarca, casi fuera de sí; dime, qué queria hacerte esa mujer?

—Nada, nada, señor... su alteza...

—Habla, nada temas!

—Perdon! yo acusar á vuestra esposa... Oh, nunca!

Doña María casi no oia lo que pasaba, porque la rabia la ahogaba enteramente.

—Leonor, habla, te lo pido por nuestro amor! insistió don Alonso con impaciencia.

—Ah, no puedo... pero... la reina queria casti...

—Acaba!

—Ya lo he dicho! perdon, no puedo mas!

—Ah, comprendo, comprendo; esta celosa, y...

—Yo celosa! dijo al cabo doña María: celosa de esa mujer! cuán engañado estais, rey de Castilla!

—Miserable! esclamó Alonso XI, cogiéndola con fuerza por un brazo, al mismo tiempo que tendia otra mano á su dama en señal de proteccion.

—Soltadme, soltadme, rey de Castilla... esta es una violencia que os puede costar... la corona que llevais!

—Nécia! repuso el monarca con sonrisa sarcástica.

—Soltadme os digo... Oh, soltadme que me haceis daño!

—Señor, señor... piedad, piedad para ella! esclamó la de Guzman tendiendo sus ebúrneos brazos hácia el rey.

El pecho de doña María rugió de rabia, y despues de lanzar sobre su rival tan buena y generosa, no una mirada de gracia, sino una mirada feroz y henchida de venganza, dijo á su esposo mas irritada que nunca:

—Me soltais?

—Sí, y no creais que es por vos: sino porque este ángel de bondad y dulzura me lo ha suplicado.—Aprended á ser generosa, señora: ved á esta jóven, y avergonzaos de ser tan infame?

—Rey de Castilla... repuso doña María toda trémula y balbuciente: observad que ultrajais á vuestra esposa... y que lo haceis á presencia de esa mujer prostituta y...

—Basta ya, señora; basta de insultos y salid inmediatamente de aqui.

—Sí, saldré: pero juro á Dios, que me vengaré horriblemente.

—Salid.

—Atended antes, don Alonso: habeis ultrajado á vuestra esposa, á una señora, á la hija de un rey, aliado vuestro... Pues bien, temed las quejas de la primera, el resentimiento de la segunda, y la venganza de ese rey grande y poderoso, ofendido en la persona de su hija.



Miserable! esclamó don Alonso cogiéndola por un brazo.



—Alonso XI, se sonrió con desden y repuso sin dejar su tono irónico.

—Vais á hacer una revolucion, señora!—Por Dios, dejaos de eso, porque no teneis cabeza para semejante cosa.

—Lo veremos! sois demasiado jóven para saber de lo que es capaz una mujer, qué digo! una reina que como yo se vé ofendida y ultrajada, siendo la causa...

—No sigais, señora, que os quiero decir dos palabras acerca... de esta mujer como habeis dicho. Atended y os suplico por vuestro bien que no desperdicies ninguno de los avisos que os voy á dar.—Me he casado con vos, no porque me hayais gustado, no porque os amase, sino porque para dar un heredero á las coronas de Castilla y Leon, necesitaba una mujer que como yo fuese hija de reyes... y como vos reuníais todas las condiciones necesarias y precisas, os elegí como podia haber elegido á otra cualquiera. Tal vez os hubiera querido, no digo amado porque ya conocia á la mujer que es mi dicha, mi felicidad; si doña María de Portugal no fuera orgullosa y altanera en demasía; si fuérais, señora, sensible, y si hubiérais comprendido por último, que no erais mi amante, sino la reina, la mujer de un monarca que se habia casado porque asi lo exigen las leyes de sucesion.—Pero habeis creido que con ser yo vuestro esposo iba á ser vuestro esclavo, y, vive Cristo, señora, que ya estareis desengañada!—Quejaos enhorabuena, si yo no os diera el decoro y el lugar que os corresponde; quejaos á quien querais y cuanto se os antoje, si hubiera sido con vos un marido exigente y tirano, ó un rey déspota. Con que esto supuesto, no teneis derecho á quejaros. —Ahora escuchad la segunda parte: —Yo amo á esta bella y virtuosa jóven...

—Virtuosa!... esclamó la reina interrumpiendo á su esposo, y pronunciando estas palabras con cruel ironía.

—Sí, virtuosa y pura, como lo puede ser un ángel! repuso el rey, echando sobre su amante que yacia abatida y triste, una mirada llena de amor y delirio.

—Rey de Castilla, dijo doña María riendo como una loca: vuestras palabras me hacen reir cual nunca lo he hecho... Já; já, virtuosa, pura!...

—Sois demasiado vulgar en ideas y pensamientos para comprender ciertas pasiones y ciertos sacrificios, que solo hacen las personas que saben lo que es amor y las necesidades que esta pasion tiene!—Continuó:—Os decia que amaba á esta jóven, ser que yo necesito amar para vivir, porque sin tener un corazon que me comprenda, y una mujer que me haga feliz, vuestro esposo no será nada nunca. Leonor es la mujer que el cielo me ha destinado. La amo, señora, la amo locamente, porque es hermosa, porque es buena y porque he visto en ella la mujer que yo necesitaba. La he jurado amor y constancia, porque es la única recompensa que tiene de sus sacrificios. El que la ofenda me ofende á mí; el que la ódie, ódia al rey de Castilla, señora! y figuraos lo que gana la persona que la aborrezca. Ay, del que la toque! Ay del que intente siquiera ofender á la mujer á quien ama Alonso XI! Con que ya lo sabeis, señora: Leonor es mi amante, mi vida; vos sois la reina: ella es la dueña de mi corazon, porque ha sabido conquistarlo antes y mejor que tu alteza, y vos dividireis conmigo vuestro régio lecho, porque sino dejaríais de ser reina!—Si intentais vengaros de esta mujer que nada os ha hecho y que es inocente, renunciad á semejante desatino, porque os acordareis de vuestro esposo, doña María! Si por no comprometeros vos, seducís á algun caballero de mi córte, para que cometa el crímen que vos hayais meditado, ó pongan por obra la venganza que creais suficinnte, tendreis á vuestro cargo la muerte de ese hombre, porque vuestro marido le quitará la vida en cuanto lo sepa, y se verá tambien en la necesidad de repudiar á la mujer que asesina de semejante manera! Ya sabeis mi determinacion, señora, determinacion irrevocable, y que he tenido la franqueza de revelaros para que mañana no echeis una disculpa, que os aseguro no admitiré.—Adios, señora... no voy con vos, porque habreis venido acompañada por una de vuestras damas.

La reina recogió su manto y bajó la escalera tan aturdida, que no sabia á que atribuirlo, si á temor, á rabia ó á corage.

Asi que se marchó doña María dijo Alonso XI, postrándose á los pies de su amante:

—Me amas, Leonor?

—Oh, sí!... pero ved... ya empiezo á espiar mi falta!

—Desecha toda idea triste, amor mio!...

—Oh, imposible!... aunque esté segura de vuestro amor, aunque nada tenga que temer yo, solo el recuerdo de que vuestra esposa sufre y padece, me llena el alma de tristeza y de remordimientos la mente!

—Ah, no tengas remordimientos, no! Doña María padece porque es orgullosa, porque la devora la envidia, mas no porque me ame! Una mujer tan egoista, solo siente por ella misma!

—Sin embargo, yo he sido la causa de que tu alteza le hablase ahora mismo con palabras tan duras como impropias en tí! Oh, yo temblaba porque nunca os he visto hablar así. Una cosa quisiera deciros, señor: perdonadme, pero la voz de Dios ha resonado en mi corazon como la voz de la verdad en la tumba!...

—Qué palabras, justo cielo! Leonor, qué dices!...

—Ah, señor! huid, huid de mí y con eso dejareis de ser odiado por vuestra esposa; y yo dejaré de ser culpable. Vós remediareis vuestra falta y os granjeareis el aprecio de Castilla y de la reina, y yo me retiraré á un desierto donde lloraré mis culpas y la perdida de un amor... que era toda mi ambicion y mi gloria!

—Leonor, y serias capaz de dejarme? serias bastante cruel para... Oh, no, no lo puedo creer en tí! Dí que es un juego, que todo era por asustarme; porque si yo supiera que piensas cumplir ese horrible pensamiento que solo el diablo te puede haber sugerido para hacernos padecer cuando tan felices éramos; oh, entonces aquí mismo me mataba!—Vivir sin tí! ah, eso seria espantoso, cruel! Dí que no lo has pensado siquie-

rá... me abandonarias, Leonor? dijo el monarca por último con voz ténue y suplicante.—Tendrias valor para abandonarme asi de ese modo? Habla, habla: oiga yo de tu boca mi sentencia ó mi esperanza! Responde, me dejarias?

—No, nunca, me faltarian las fuerzas!

—Bendita seas! esclamó don Alonso besando con ardor una mano de la jóven, mano que habia cojido lleno de alegria.

—Quisiera, señor, debia de hacerlo; pero no puedo, me faltan las fuerzas y pierdo la resolucion.—No creais; ya lo he intentado mas de cuatro veces y no he podido verificarlo... vuestro recuerdo ha venido en seguida á destruir tales ideas... Perdon, Dios mio, perdon, pero le amo tanto!

—Y yo á tí, Leonor, amor mio: y yo á tí tambien!

Los dos amantes guardaron silencio largo rato. Leonor sacó de él un remordimiento mas y el rey una nueva prueba de cariño por parte de la muger á quien tanto idolatraba, y por quien daria su corona y cien vidas que tuviera.

Mientras tanto la reina llegó á la calle y se reunió con su confidente y amigo el maestre de Alcántara. Este repuso aparentando sorpresa é interés, asi que vió á doña María tan pálida y demudada:

—Qué teneis, señora!

—Nada, nada absolutamente, don Gonzalo! Llevadme al alcázar si gustais.

—Con mil amores: pero decidme, cómo salis de esa casa, vencida ó triunfante?

—Venganza! esclamó la reina, sin contestar á su confidente.

—Por esas palabras, repuso éste, veo que no lo habeis pasado muy bien, y que habeis sido vencida por...

—Por el rey, don Gonzalo, por el mismo rey, que se apareció allí como por encanto, cuando tenia á mi rival humillada y suplicante pidiéndome perdon sin cesar!

—Calla! con qué era el rey un embozado á quién yo vi entrar poco antes de que vos saliéseis?

—Sí, maestre de Alcántara, era el rey!

—Y don Alonso...

—No solo me ha ultrajado y ofendido con mil palabras feas é insolentes, sino que á no ser por su querida, me hubiera visto castigada por mano del mismo rey.—Alonso XI me agarró con fuerza un brazo y... Oh, que horror! no quiero pensar siquiera en semejante escena! Solo deseo vengarme, don Gonzalo: pero como es imposible que asestemos nuestros tiros al rey, nos vengaremos en las dos únicas personas á quien quiere y estima, la primera contra la voluntad de su pueblo que cada dia está mas escandalizado al ver tanta privanza, y la segunda contra las leyes de la moralidad!

—Y esas dos personas, quiénes son, señora? dijo el maestre aparentando ignorancia.

—Ya lo sabeis, doña Leonor de Guzman, y el conde de Trastamara.

—Oh, magnífico, á los dos los ódio de la misma manera.

—Escuchadme don Gonzalo, si me vengais de esas dos personas tan odiosas, contad con mi...

—Nada quiero ni nada pido, señora.

—Ya lo sé... pues bien, por eso os iba á decir que contáseis siempre con mi amistad y un eterno agradecimiento.

—Eso es precisamente lo único que he ambicionado, señora.

—Con qué me vengareis?

—Completamente.

—Cuándo, cómo...

—Mañana tal vez, os dé noticia de la desaparicion de la querida de vuestro esposo.

—Mañana! os daria mi vida si tal sucediera!

—No lo dudeis, señora.—Tengo un plan combinado hace tiempo, y la ocasion es magnífica para verificarlo. Esta noche perdereis vos para siempre á vuestra rival, y Alonso XI á la mujer por quien está loco de amor.

—Maestre de Alcántara, cuánto tengo que agradeceros!...

oh, vengarme del rey y de esa mujer... era toda mi ambicion, todo mi deseo!—Sin embargo... yo... no os quiero engañar, puesto que sois conmigo tan amable y condescendiente.

—Señora, repuso el maestre interrumpiendo á la reina, creed que mi mayor y mas constante afan, es agradar á tu alteza.

—Sí, lo sé; y por lo mismo voy á referiros lo que Alonso me dijo:—«*Si algun caballero de mi corte toma á su cargo vuestra venganza, sea quien fuere, dejará de existir en cuanto yo lo sepa.*»

—Ese dijo! esclamó don Gonzalo, palideciendo de temor.

—Sí, y por eso quiero que dejeis ese plan... dejadlo todo! he nacido desgraciada, y lloraré mi infortunio... No quiero que mis lágrimas tengan que derramarse mañana por la muerte de un amigo!...

—Cesad, señora, nada temo... y el rey, creedlo, no se atreveria á cometer semejante atentado en la persona del gran maestre de Alcántara. Insisto, señora... y os juro que quedareis vengada.

La reina, ofuscada por la alegría, entregó su diestra al maestre, y consintió que éste la apretára entre las suyas con un afecto estremado.

Este fué el primer y único favor adúltero que concedió la reina de Castilla, doña María.

CAPITULO XLIII.

En el que se vé que el maestre de Alcántara puso por obra su diabólico y horrible proyecto.

Don Gonzalo dejó á la reina en el alcázar, y mientras que llegaba la noche, pasó el dia en buscar á las mismas personas que llevaba cuando quiso asesinar al rey, sin saber que el amante de doña Leonor, era de tan alto linage y prosapia.

El maestre de Alcántara se dirigió á la casa de Nuño Fajardo, á quien encontró solo, y apurando una enorme basija de vino tinto. Don Gonzalo tenia entera confianza en el ex-teniente de los *formidables*. El cómplice de Doña María, púsose el trage de guerra, y calóse la bisera á fin de no ser conocido por el amigo de Felipe.

Al verlo entrar Nuño Fajardo le saludó con la mayor cortesia, y le dijo con aire franco y natural:

—Quién sois?

—Por Dios, amigo, que habeis debido conocerme, porque no es esta la primera vez que vengo á vuestra casa con este trage y en esta disposicion. No recordais...

—Basta, basta, señor caballero, infanzon, ó lo que seais! Os recuerdo perfectamente y me alegro veros otra vez. Se ofrece dar alguna paliza por ahí?

—No precisamente paliza, aunque tal vez haya necesidad de repartir mandobles.—Pero se trata de robar á una jóven, que será conducida á un castillo no muy distante de Burgos.—Yo deseo llevar buena gente capitaneada por vos, porque pudiera suceder que topásemos con algunos soldados que nos quisieran robar la presa que yo lleve, y...

—Pues, caballero, siento decir á vuestra grandeza que yo me he dejado ya de esos tratos y comercio, porque tengo un chico que me quiere como á un padre, y éste me mantiene para que yo deje la vida de los lances y compromisos.

—Voto al diablo! con que no puedo contar con vos esta noche?

—Ya lo veis: cómo falto yo al juramento que he dado?... pero qué diantre! por una vez no me comprometo: repuso Nuño reflexionando un momento, y figurándose que tal vez sacase Felipe algo en limpio de todo aquello.

—Con qué cuento con vos?

—Sí, señor.

—Llevareis gente de fiar y esforzada por si hay que hacer uso de las armas?

—Cuanto gusteis.

—Perfectamente.—Esta noche despues de oraciones en la plaza mayor.

—Y la paga?

—Tomad: repuso el maestre con desden y arrojando sobre la mesa una bolsa llena de dinero.

—Está bien.—Y decidme, caballero, es tambien todo esto misterioso como la vez pasada?

—Oh, y aun mas si se quiere.

—Luego entonces no habrá mas que oir, ver y callar; no es eso?

—Justamente.

Don Gonzalo se despidió de Nuño y en seguida fué á casa de doña Leonor de Guzman.

Mumma le abrió la puerta como siempre y le dijo al mismo tiempo:

—Desgraciado sois, señor maestre!

—Por qué, Munima?

—Porque mi ama no está en casa.

—Pero cómo, ha salido fuera de Burgos?

—No señor, ha salido... francamente, no lo sé.

—Oh, pues bien, Munima.—Tenia que hablarte y es mejor que estemos solos. Antes de nada, toma ese dinero.—Todo es tuyo, te lo regalo.

—Conversacion que empieza con tan buenos auspicios tiene que ser por fuerza en estremo interesante.—Dad principio, señor caballero; y antes de nada que el cielo os dé tanta ventura como yo para mí deseo.

Y despues de sentarse la hipócrita vieja cerca de don Gonzalo y de apoyar su horrible y asquerosa cara en las palmas de las manos, dijo con la mayor hipocresía.

—Me vais á hablar de mi querida señora?

—Sí y no.—Escucha.

—Con cien oidos, noble caballero; empezad si os place.

—Eso deseo hace una hora! dijo don Gonzalo con mal humor.—Es el caso que un personage de los mas importantes de Castilla, y no se trata de mí, Munima, porque yo ya me voy dejando de eso: es el caso, te decia, que un caballero muy principal está enamorado de doña Leonor, pero de una manera que raya en delirio. Este caballero que para acabar de una vez es el jóven rey de Castilla...

—Jesus mil veces! esclamó la vieja santiguándose.—El rey! bien decia mi abuela, que el mejor patrimonio es ser hermosa... y aqui donde me veis he tenido yo unos quince...

—Atended que el tiempo urge: repuso don Gonzalo cortando la palabra á la vieja.

—Seguid.

—Como os iba diciendo, el rey de Castilla ama con delirio á vuestra ama y quiere á toda costa... me comprendeis?

—Oh, oh, perfectamente! cosas naturales de jóvenes!

—Pues bien, como doña Leonor está tan encaprichada con ese jóven, á quien no conocemos, se trata...

Don Gonzalo calló por un momento. Se le habia olvidado deslumbrar á la vieja, y tenia que hacerlo si queria llegar hasta el fin.

—Tengo que advertiros, mi buena Munima, que todas las personas que anden en el ajo este quedarán ricas para toda su vida.

—Preciso, como que anda en ello nada menos que la persona del rey!

—Justamente.—Pues señor esto es hecho, no es verdad?

—Sí, sí, indudablemente.

—Hoy le echas en la comida estos polvos blancos á tu ama: aquí no hay mal, Munima, tu ya me conoces y...

—Basta, señor.

—Pues bien, le echas estos polvos y á las ocho ó diez horas le dará un sueño que no podrá resistir y se quedará dormida lo mismo que un tronco.—Entonces llego yo, todo esto de noche, la cojo con cuidado y se la entrego á su alteza que me estará esperando en la calle con magníficos caballos para llevarla á un castillo de la corona donde ella será la señora. Y despues que ya se arregle con el rey, que al cabo sucederá porque una corona deslumbra mucho, figúrate lo que serás tú y...

—Y qué mas! seguid, seguid, que todo eso me parece magnífico!

—Nada, y despues tú serás una de las mujeres mas ricas de Castilla, porque en sabiendo su alteza que tú eres la que mas ha contribuido á su felicidad, te colmará de oro y de bendiciones.

—Mas quiero lo primero que lo segundo.

—Con que aceptas? aquí no hay cuidado, Munima, ya te lo he dicho.

—Eso quiero, señor maestre, porque amo tanto á mi ama que si tuviera una desgracia me moriria de pena.

—Pues descuida.—Con que...

—Acepto, sí: pero con esa condicion?

—Hipócrita! murmuró el maestre por lo bajo.—Ya te he dicho que no hay nada que temer.

—Bien, bien, y á que hora vendreis con su alteza!...

—Vendremos despues que la noche esté bien entrada á fin de que no se entere la vecindad.—Hasta luego, Munima.

—Vaya con Dios el caballero mas apuesto y dadivoso de Castilla.

—El maestre se sonrió como para dar gracias á la vieja y despues dijo á media voz:

—Esta mujer tiene que desaparecer del todo esta noche.

El maestre de Alcántara salió de casa de la de Guzman, y se dirigió al alcázar real, para decir á la mujer de Alonso XI lo que tendremos lugar de oir.

Doña María estaba sentada en su habitacion, cuando le anunciaron á don Gonzalo. Su espíritu orgulló y altanero, habia sufrido un golpe mortal pocos momentos antes. El rey la habia ultrajado sin piedad delante de su querida y semejante hecho era suficiente no digo, para que doña María padeciese terriblemente, sino para que le sucediera lo mismo á otra persona de carácter menos altanero y orgulloso. Así es que cuando la reina, despues de un buen rato de reflexionar sobre lo que le habia sucedido, comprendió el papel ridículo y despreciable que habia hecho, dió rienda suelta á su dolor, esclamando con rabia:

—Venganza! venganza, ó dejo de existir!

Doña María estaba en estremo descolorida, sus ojos vagaban como los de un demente, y una fiebre espantosa se habia apoderado de ella.

Don Gonzalo penetró en la estancia con humildad, y dijo despues de inclinarse respetuosamente ante la reina:

—Qué teneis, señora?

—Yo! nada, maestre de Alcántara...

—Creo encontraros pálida y... padeceis?

—No, nada absolutamente, ya os lo he dicho: repuso doña María haciendo un esfuerzo por sonreirse:

—Creí que la escena de esta mañana, os hubiera afectado...

—Callad por Dios, don Gonzalo, y no me hagais tan sus-

ceptible... Os parece suficiente motivo ese para que yo, la reina de Castilla, no digo me afecte, sino hasta cuidarme de él siquiera?

—Con efecto, tu alteza debe despreciar y...

—Y vengarme á un tiempo, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y qué tenemos? porque creo no habreis olvidado que vos sois el encargado de...

—Comprendo, señora, y os diré que desde que nos separamos he practicado multitud de diligencias todas encaminadas á libra... qué digo á libraros, á vengaros de vuestra rival.

Los ojos de la estrangera brillaron como los de un basilisco.

—Sí, señora, hoy habeis sido ofendida y ultrajada, hoy mismo perderá para siempre vuestro esposo á la mujer...

—No la nombreis, don Gonzalo! oh, si pudiera yo verla morir...

—No: permitidme os diga que eso seria una locura. Pero estad tranquila, reina y señora mia, estad tranquila que mañana cuando dejeis el lecho, la primera noticia que llegará á vuestros oidos, será la desaparicion de la querida de Alonso XI.

—Oh, sí, sí, y entonces verá el rey lo que puede una mujer que como yo ha sido hasta amenazada!

—Oh, eso es horrible! esclamó el maestre aparentando indignacion.

—Horrible, sí, teneis razon!

—Y el rey no ha venido á veros despues?

—No; y segun me han dicho marcha muy pronto á Valladolid, donde se reunen las córtes generales antes de ocho dias.

—Magnífico! ya veis, hasta la menor circunstancia política nos favorece.

—Pero os habeis olvidado de una cosa y de una palabra...

—Yo!

—Sí, el conde de Trastamara...

—Cierto, cierto, señora: ocupado en este otro asunto mas grave me habia olvidado de ese pobre mequetrefe.

—Sin embargo, ese mequetrefe como habeis dicho, me ofendido tambien, sobre todo nos puede hacer mucho daño. Además, el pueblo y la grandeza le odia y cada dia se escandaliza mas al ver la privanza que goza con el rey. Alonso XI, no hace caso de los consejos de sus ministros; y ese miserable es el dueño absoluto de todo el reino. Contais en Valladolid con parciales? dijo la reina despues de reflexionar un momento.

—Medio Valladolid se dejaria matar por el maestre de Alcántara: contestó don Gonzalo, no sin admirarse de la pregunta que le habia hecho la reina.

—Oh, magnífico, magnífico! repuso esta dando palmadas de alegría.

—Juro á tu alteza, que no comprendo una palabra...

—Lo creo, don Gonzalo... es una idea soberbia que se me ha ocurrido.

—Veámosla.

—El rey marcha á Valladolid y le acompaña como siempre su privado; y puesto que contais alli con partidarios, haced que estos se nieguen á recibir á su alteza en la ciudad, á menos que no se separe para siempre de su favorito. No lo dudeis, don Alonso accederá á las exigencias justas de todo un pueblo, y entonces el conde de Trastamara, que de suyo es ingrato y vengativo, se entregará á nosotros.

—Señora, semejante idea...

—Semejante idea es magnífica; casi estoy por asegurar que es una inspiracion.—Con que, qué decís?

—Digo que haré cuanto querais, señora; contestó el maestre con galanteria.

—Sois en estremo condescendiente, don Gonzalo.

Este se inclinó respetuosamente, diciendo por lo bajo despues de despedirse de la reina, y al mismo tiempo que salia:

—Nécia! cree lo que hago por ella! y sirviéndola me sirvo yo á mí mismo.

La hora de la cita con el ex-teniente de la *formidable*, se acercaba por momentos. La noche habia estendido completamente su tenebroso velo. La mas completa oscuridad reinaba en las calles de Burgos, por donde no transitaba ni un alma, desde que diera la oracion. Solo en la plaza mayor veiase á una persona embozada hasta los ojos, recostada en un pilar de piedra. La impaciencia debia ser con ella, porque ora se paseaba con paso precipitado, ora pisoteaba con su pié derecho el pavimento, pronunciando al mismo tiempo ciertos votos y juramentos, en verdad no muy á propósito para que se estampen aquí.

La impaciencia cesó al cabo, porque vió el desconocido un bulto que se dirigia á él.

—Quién vive? gritó el embozado llevando su mano á la empuñadura de la espada.

—Gente de paz, señor caballero; contestó la aguardentosa voz de Nuño Fajardo.

—Gracias á Dios! repuso el maestre de Alcántara.

—Qué, os he hecho esperar mucho?

—Mas de dos horas sino mienten las estrellas.—Pero y la demás gente?

—Toda está ahí cerca esperándonos.

—Vienen armados?

—Cáspita! mejor que vos y yo.

—Y traen caballos?

—Magníficos!

—Ea, pues marchemos.

—Andando.

—Escuchad antes:—Vos con vuestra gente os quedareis un poco distante de la casa donde yo penetré: si hay novedad tocaré un pito y en seguida acudireis á socorrerme: pero si me veis salir, montar á caballo y en seguida salir á escape con direccion á una de las puertas de la ciudad, entonces me seguireis tambien, pero á cierta distancia, y á

fin de que me guardeis la retaguardia. — Comprendéis?
—Perfectamente.
—Esto supuesto, marchemos.
El maestre echó á andar seguido de Nuño Fajardo y de dos ó tres de dudosas cataduras que este habia traido consigo, montados en caballos fuertes y á propósito para fatigas, aunque no de muy buenas figuras.
Don Gonzalo y su escolta llegaron en un momento á la calle donde vivia la dama de Alonso XI.
—Esa es la casa: dijo el maestre á Nuño, señalándola.— Os quedareis aquí con vuestra gente y cumpliréis exactamente cuanto os he dicho.
—Perded cuidado.
—Mientras tanto dad á esa valiente tropa estas monedas para que se entretengan en ver si son de plata ó de oro: dijo don Gonzalo dando á Nuño un puñado de monedas de oro, que á pesar de la oscuridad brillaron estraordinariamente; y apeándose de su caballo, penetró en la casa de doña Leonor.
Munima salió á abrirle con el mayor silencio.
—Habeis...
—Chito: mi ama duerme y si meteis ruido...
—Le diste los polvos que te entregué esta mañana?
—Todos cuantos me entregasteis.
—Ah, pues entonces no temas que despierte.
—Sabeis, señor maestre que he tenido ciertos remordimientos al echar los polvos en la comida?
Don Gonzalo frunció las cejas y murmuró en voz baja:
—Esta bruja me vá á vender?—Remordimientos, Munima: dijo alzando la voz; y porqué?...
—No lo sé: pero no solo he tenido remordimientos, sino que hasta he sentido ser traidora á mi querida y buena señorita.—Casi estoy...
—Acaba! repuso don Gonzalo, sacando con el mayor cuidado una daga del cinto.
—Estoy por devolveros vuestro dinero y...
—Toma, miserable, toma, y paga de una vez tu traicion!

esclamó el maestre, sepultando su daga en el pecho de la vieja, que aparentaba escrúpulos para ver si don Gonzalo le daba mas dinero.

—Ah! socorro! socorro!... perdon, doña Leonor, perdon!...

Y mientras que la hipócrita y embustera Munima, regaba el pavimento con la sangre que le salia por la herida, y se revolcaba por este, con angustiosas y terribles ánsias, el indigno maestre de los caballeros de Alcántara, subió precipitadamente la escalera que conducia á la morada de la bella doña Leonor.

Esta se hallaba profundamente dormida. Su preciosa cabeza se recostaba en el respaldo del magnífico y cómodo sillon que ocupaba. El rostro de la andaluza estaba en aquel momento divino, encantador. Sus largas y rizadas pestañas negras caian sobre el sonrosado de sus megillas: su nariz se dilataba de vez en cuando para poder respirar con mas libertad, y sus delgados labios de color de carmin, dejaban ver dos hileras de dientes de marfil.

El maestre se puso delante de ella, y esclamó contemplándola:

—Oh, cada dia mas hermosa!... Leonor, Leonor, ya eres mia!... ahora mismo si quisiera... pero no, aguardemos, aguardemos; porque el tiempo urge.

Y despues de estampar en sus labios un beso ardiente, abrasador, un beso fiel intérprete de la pasion que lo deboraba, la cogió cuidadosamente y bajó la escalera loco de contento. Munima ya habia espirado; pero con las ánsias de la muerte habia llegado hasta el pié de la escalera, donde se habia atravesado. Diríase que la arrepentida vieja impedia el paso á don Gonzalo. Pero este que era demasiado cruel é infame para hacer caso de esos avisos que la fatalidad suele dar, saltó por encima del cadáver de Munima y se halló en un instante en la calle.

Ayudado por Nuño montó en su caballo, que piafaba de impaciencia, y despues de colocar lo mejor que pudo en la delantera á la joven, y de estrecharla con sus brazos de hier-



El maestre de Alcántara la estrechaba entre sus brazos de hierro.

ro, salió á escape de la ciudad con direccion á un castillo de su propiedad, no muy distante de Burgos.

Nuño Fajardo, acompañado de su gente, le seguia á cierta distancia, segun lo dispuesto por don Gonzalo.

CAPITULO XLIV.

En el que se vé y se prueba, aunque es demasiado sabido, que cuando hay una desgracia nunca viene sola.

Partió Alonso XI de Castilla con direccion á Valladolid, donde se hallaban reunidas las córtes del reino, esperándole para tratar sobre la campaña que se preparaba, contra la morisma de Granada. El rey salió de Burgos sabiendo la terrible noticia de la desaparicion de su dama. El corazon de don Alonso iba herido de muerte, y su cabeza se perdia en mil conjeturas, que le llenaban mucho mas de inquietud. Doña Leonor habia desaparecido pero ignoraba cómo.

El conde de Trastamara que le acompañaba le dijo, con objeto de tranquilizarle:

—Señor, doña Leonor no ha desaparecido por su gusto.

—Ah, conde, quiera el cielo sean ciertas vuestras palabras!... pero, qué sé yo... esa idea fatal la tenia ya hace tiempo; y con lo que sucedió con la reina! Por otra parte me juró... oh, esto es para volverse loco!

—Hay una prueba bien clara y convincente para creér ha sido sacada á la fuerza de su casa.

—Cuál?

—Encontrar muerta y anegada en sangre á su aya, precisamente al pié de la escalera.

—Ah, teneis razon!... Pues bien, lleguemos pronto á Valladolid, para despachar al momento y volvernos á Burgos á averiguar lo que haya.—Y si me ha sido arrebatada de órden de la reina, juro á Dios que he de hacer un ejemplar!

El rey llegó á Valladolid, pero en el momento de anunciar los atambores y clarines su entrada, la ciudad cerró sus puertas.

—Qué es esto! esclamó el rey furioso.

Una diputacion compuesta de las principales personas de la ciudad se le presentó en nombre de esta.

—Qué habeis hecho, miserables! dijo don Alonso lleno de indignacion cuando se le presentó la comision: sabeis lo que habeis hecho!

—Perdon, señor! pero el feo no ha sido dirigido á tu alteza, sino al privado que...

—Miserables! traidores!

—Escuchad, rey de Castilla, la noble ciudad de Valladolid no te es traidora! Valladolid te ama y te amaria mucho mas si alejaras de tu lado al conde de Trastamara; á ese orgulloso y privado que desprecia al pueblo y que se come las contribuciones y rentas que este dá ganándolas con el sudor de su frente, para que atiendas á tus necesidades y á las del Estado.—Por último, nosotros venimos aqui para decirte de parte de nuestros conciudadanos, que Valladolid tendrá cerradas sus puertas mientras no despidas á don Alvaro de Nuñez y Osorio.

El rey reflesionó un momento, y dijo despues á la comision:

—Pensaré lo que he de contestar á vuestros conciudadanos.

Los diputados se retiraron al instante y las puertas de la ciudad se volvieron á cerrar.

Don Alonso comprendió su verdadera situacion. Pensar en atacar á la plaza seria una temeridad porque ni llevaba tropas, ni era cosa de un dia, ni habia motivos, porque Valladolid se quejaba con justicia y pedia la separacion del hombre que todo lo malgastaba y destruia. Mucho queria Alonso XI á su favorito; pero conoció que sus pueblos se quejaban con razon, y dijo para sí: «Entre mi pueblo y un amigo de mi confianza, elijo al primero.»

Acto contínuo habló el rey al conde de Trastamara.

—Conde, le dijo, ya habreis oido lo que quieren los habitantes de Valladolid; las córtes se hallan ahí, ya sabeis tambien la necesidad que tengo de volver al instante á Burgos, y si me opongo á los deseos de un pueblo, tal vez cuando regrese haya dejado de existir la mujer á quien amo. He pensado que lo mejor y mas acertado para no exasperar los ánimos y para salir cuanto antes de esta situacion...

Alonso XI calló al notar la palidez que en un momento cubrió el rostro de su privado.

—Qué habeis pensado? dijo este al cabo con harto trabajo y mordiéndose los labios de rabia.

—He pensado sacrificaros por unos dias: desterraros, á fin de salir de este estado y despues...

—Rey de Castilla, qué decís?

—Ya lo habeis oido, mi pueblo pide que os aleje de mí; ahora yo no os lo mando como rey, sino os lo pido como amigo.

—Y no sabeis, señor, que semejante paso te acreditaria de débil y...

—Al contrario, conde, con semejante paso me granjeo el aprecio de todos mis reinos.

—Bien, rey de Castilla; dijo don Alvaro sin poder ocultar la rabia que se habia apoderado de él; yo estoy pronto á obedecerte; pero que tema tu pueblo las consecuencias... don Juan Manuel y los condes de Lara pretenden hace tiempo mi alianza, juro á Dios que ha de querer mejor el pueblo sea tu favorito que no tú...

—Me amenazais! esclamó el rey, indignado.

—No, á tí no te amenazo; pero sí á tu pueblo.

—Infeliz! Dios te libre de semejantes ideas... salid inmediatamente, conde de Trastamara, salid... y marchaos á donde se encuentran esos malos y revoltosos caballeros: os doy permiso para que os vayais á Portugal, si allí se hallan; sed como ellos apóstata hasta que llegue el dia en que yo me canse de sufrir tantos abusos y amaños! Id y decidles que ya se acabó aquel tiempo en que cada grande era un pequeño rey... decidles que ya Alonso XI, no es el rey niño y frágil que ellos y vos habeis conocido, y que el dia que me canse pagarán de una vez sus delitos.

—Señor; no esperaba de tu alteza una ingratitud...

—Conde de Trastamara: no vengais con hipocresías porque habeis dicho lo bastante para saber yo que de aquí en adelante tendré en vos un enemigo. Sois egoista y vengativo y semejantes cualidades no pueden dar un buen resultado.

—Rey de Castilla!

—Me amenazais, miserable! Ah, cuánto me alegro de que me haya sucedido esto, porque así he tenido lugar de conoceros!—Salid...

—Me echais?

—Sí; antes os pedia como amigo que os separáseis de mí, por unos dias, ahora os lo mando; porque ya habeis entregado la carta, y Alonso XI no puede ser amigo de un hombre que en vez de haberse él ofrecido á separarse, porque las circunstancias lo requieren así, lo amenaza de una venganza ruin é innoble. Y si me habeis prestado algunos servicios bien recompensados están. Ahora que ya no sois mi amigo, ahora que he abierto los ojos, conozco que habeis abusado de mi confianza y que os he colmado de títulos y bienes que ciertamente no mereceis.

—Rey de Castilla, tus palabras son altamente ofensivas, y un rey no tiene derecho á insultar á un caballero!

—Os perdono, porque habeis sido mi amigo; sino hoy, aquí mismo, pagariais vuestros abusos y tiranía.

—Tiranía!

—Sí, el pueblo os odia, porque le tiranizábais.

—Falso!

—Vive Cristo, que estais audaz en demasía! Falso decís!

—Sí.

—Pues entonces á qué viene ese odio que os tiene toda Castilla?

—No lo sé.

—Habeis oido lo que dijo el gefe que mandaba la comision que Valladolid acaba de enviarme?

—Sí, lo he oido.

—Qué contestais á los cargos que os hicieron?

Don Alvaro guardó silencio.

—Ah, lo veis! Bien, vuestro silencio os hace reo: pero os perdono porque quiero ser generoso con vos hasta lo último. Hemos concluido, conde de Trastamara, Portugal ó Aragon será desde hoy vuestra residencia... seguireis disfrutando de los títulos y bienes que os he dado, pero el dia que falteis á vuestro rey, todo pasará á la corona de Castilla. Y si en venganza seguís siendo contúmaz y rebelde, todo el rigor de la ley y de la justicia caerá sobre vos.—Esta es mi determinacion.

—Bien, rey de Castilla, voy á obedecerte; pero júrote por lo mas sagrado, que me echarás de menos alguna vez.

—Nunca.

—Acordaos, señor, que doña Leonor ha desaparecido!

—Y qué me quereis decir con eso?

—Nada, que es fácil que conmigo la encontráseis y solo...

—Luego sabeis donde está?

—Tal vez...

—Oh, pues habla!

—Nunca.

—Miserable!

—Señor, es mi única venganza.

—Bien, guardad silencio; poco me importa! Alonso XI sabrá encontrar á su amante.

—Lo dudo...

—Y sino la encuentra acudirá á vos.

—Yo ignoro donde se halla: repuso el conde con intencion.

—Ya es tarde... el hacha del verdugo os arrancará lo que yo no puedo ahora.

El conde palideció hasta el estremo de parecer un cadáver.

—No os asusteis conde de Trastamara; dijo el rey con socarroneria: todo es en el caso de que no la encontrase.

Don Alvaro se inclinó respetuosamente, y dijo al monarca:—Rey de Castilla, sed feliz.

El conde emprendió su marcha hácia el reino de Aragon, y Alonso XI penetró en Valladolid, donde fué recibido con la mayor alegria, y donde recibió las mayores pruebas de cariño y respeto. Despues de reunir las córtes y de tratar en ellas los asuntos para que fueron convocadas, se volvió el rey á Búrgos, donde le esperaba la vida ó la muerte, porque don Alonso habia formado su plan. Si no encontraba á su amante, despues de practicar cuantas diligencias fuesen posibles, repudiaria á su esposa, cuando ésta tuviese el fruto que ya encerraba en sus entrañas, y abdicando la corona en su hijo, se retiraria á un monasterio donde lloraria constantemente la pérdida de su querida é inolvidable Leonor.

Hacía dos dias que don Alonso se hallaba en Burgos. Su corazon estaba lleno de tristeza y su alma no podia devorar la pena que sobre ella pesaba. El rey no habia podido hallar á su amante. Tenia que renunciar á ella para siempre.

—Para siempre! decia respondiendo á su pensamiento, para siempre! oh, qué horror! qué horror!

Don Alonso se encontraba solo en su habitacion, sentado en una poltrona, y con el rostro oculto entre sus manos. De repente se levantó, y dando paseos por la estancia dijo con acento amargo:

—Solo! solo enteramente y hace tres dias tenia una amante á quien idolatraba, un amigo que creia fiel, y una esposa que no aborrecia como ahora! Todo se ha concluido, todo abso-

lutamente!—Ah, si yo tuviera una persona de quien fiarme; si yo hubiese repartido entre muchos los favores que solo he dado al conde de Trastamara, tal vez alguno me hubiera sido fiel! Sin embargo... hay un jóven... que, me podré fiar de él?... veremos, hagamos una tentativa. Tiene traza de ser franco y honrado y tal vez encuentre en él lo que no he hallado en los cortesanos que me rodean.

—Diego... dijo el rey alzando la voz.

Un hombre anciano se presentó en la estancia. Este hombre era uno de los ayos de don Alonso.

—Qué manda tu alteza? dijo inclinándose.

—Está ahí el capitan de la guardia?

—Felipe de...

—El mismo.

—Hace un buen rato espera las órdenes de tu alteza.

—Que pase.

El anciano desapareció, y á poco penetró el amante de Elvira: Felipe hizo al rey una profunda reverencia y se mantuvo en el dintel.

—Adelante, Felipe, adelante: dijo el rey con agrado.—Tenia ganas de veros.

—Señor, tanto favor!...

—Decidme jóven, puedo contar con vos?

—Siempre, señor!

—Puedo confiaros un secreto importantísimo?

—Hacedlo si os place, bajo la inteligencia que morirá en mi pecho.

—Si quereis hacer fortuna, si quereis que vuestro rey os estime, sed siempre prudente, Felipe.

—Señor, mis hechos serán la mejor contestacion que puedo dar á tu alteza.

—Bien, jóven; así encontrára en vos lo que necesito!

—Y puedo saber lo que desea ó necesita el rey?

—Un amigo, Felipe, un amigo, franco, sincero, leal...

—El conde de Trastamara...

—No, el conde era mi amigo mientras sacaba partido de

mi amistad: pero en el momento en que la fortuna le fué adversa, mostró su carácter egoista y ambicioso.—En el dia me encuentro solo, sin tener una persona amiga, á quien volver los ojos.—La misma reina... pero esto lo sabreis mas adelante.—Ahora solo os diré que soy muy desgraciado!

—Vos, señor! un rey tan grande y poderoso! Ah, hasta los reyes se quejan!

—Los reyes son los mas desgraciados de todas las criaturas! yo mismo me cambiaba ahora con vos.

—Ah, no, no apetezcais mi dicha!

—Sois tambien desgraciado?

—Lo he sido muchísimo hasta que tu alteza me tendió una mano benéfica y generosa, que me sacó de la oscuridad y de la miseria... pero vuestra bondad solo ha conseguido aliviar en algun tanto...

—Cómo! pues no amais y sois correspondido por la bella hija de mi gentil-hombre el de Luna?

—Oh, sí, cierto; pero mi mayor pesar consiste en que no conozco á mis padres, en que soy bastardo y en que tal vez estos no sean bastante nobles como para que yo pueda calzar mañana la espuela de caballero... y si lo deseo es únicamente por Elvira!

Escuchadme; os voy á dar un encargo, una comision dificil, que si salís de ella como espero y deseo, sereis caballero, sereis noble, porque el rey de Castilla os hará.

—Ah, hablad, señor, hablad!—Mi brazo, mi vida, es de tu alteza... Decidme que he de hacer para complaceros. Hablad, que juro á Dios, habeis de quedar satisfecho de mi.

—Pues bien doña Leonor de Guzman, ha sido arrebatada de su casa, de su mismo lecho. Cuantas diligencias he practicado han sido inútiles, ni el menor indicio he podido averiguar.—Si Leonor vuelve al seno de su familia y de su amante, que la llora sin cesar, sereis feliz para toda vuestra vida. El rey se honrará con vuestra amistad.

—Y decidme, señor, no conoce tu alteza algun enemigo de doña Leonor, ó no tiene algun antecedente por el cual se

venga en conocimiento de quien sea el autor de ese rapto?

—No, nada... solo la reina, que tal vez celosa...

—La reina!... no, una mujer no es capaz de semejante atentado! repuso Felipe juzgando á la mujer por su amante.

—Ah, os engañais! una mujer como la reina doña María, es capaz de todo.

—Y no podríais saber algo por la reina? tu alteza podia sonsacarle...

Alonso XI se sonrió y repuso:

—La reina no ama á su esposo, ni éste á doña María.

—Luègo entonces...

—Ya os he dicho que nada he podido averiguar en las infinitas diligencias que he practicado.

Felipe se quedó pensativo un momento. El rey lo contemplaba, y advirtió que de pronto brillaron sus ojos de alegría, y que su ancha y hermosa frente se desarrugó.

—Qué es eso? Sabeis ya algo?

—Señor, una idea magnífica se me ha ocurrido.

—Decídmela.

—Doña Leonor creo que parecerá muy pronto: ahora no sé si viva ó muerta.

—Parecerá! cómo?...

—Os acordais de la noche en que fué tu alteza acometido?

—Me acuerdo; pero no sé á que viene esa pregunta.

—Vereis... á qué atribuis aquella aventura?

—A la casualidad.

—Y creeis que sea meditado aquel golpe?

—No.

—Pues señor, yo deduzco de todo esto que tu alteza tiene un enemigo que ama á doña Leonor.

—Imposible, la de Guzman me hubiera dicho...

—Rey de Castilla, comprendo lo que hay en todo esto. Ahora mismo voy á averiguar la verdad.

Y Felipe salió precipitadamente de la estancia.

Todavia se oian los pasos del capitan de la *formidable*, cuando se abrió una pequeña puerta que habia detrás del si-

llon que ocupaba el monarca, y pasó por ella la reina doña María. El rostro de la portuguesa seguia pálido, pero sus ojos brillaban de alegria.

Don Alonso no oyó ni vió á la reina: pero ésta hizo crugir la seda de su trage verde, y el monarca volvió la cabeza.

—Señora... dijo el hijo de Fernando IV, como cortado, y poniéndose de pies al mismo tiempo.

—Sentaos, rey de Castilla: repuso la estranjera con desden.

—No puedo permitir...

—Sentaos, señor, porque yo voy á hacer lo mismo, si tu alteza me permite...

—Pues en ese caso ocupad mi asiento que siempre será mas cómodo: contestó Alonso XI dejando su poltrona á la reina.

—Sois en estremo amable: dijo ésta con sonrisa forzada, y tomando posesion del sillon que el rey le ofrecia.

Los dos esposos guardaron silencio, despues de colocarse uno en frente de otro. La reina se hallaba en estremo turbada y no sabia por donde empezar. Don Alonso se habia propuesto no preguntarle nada, aunque sabia positivamente venia con intencion de hablarle.

El silencio fué interrumpido al cabo por doña Leonor que dijo á su esposo con el mayor trabajo:

—Habeis descansado, señor?

—Sí, he tenido ya suficiente tiempo: contestó el monarca con indiferencia.

—Sabreis que mi embarazo se confirma, segun la opinion de vuestros médicos.

—Me alegro, señora; ése era mi mayor deseo.

La reina se mordió los labios, porque creyó que su esposo manifestaria mas alegria. Despues de un momento de silencio, dijo con intencion:

—He sabido con el mayor disgusto, que Valladolid os cerró sus puertas con el pretesto...

—Mi noble y leal ciudad de Valladolid estuvo en su derecho: contestó el rey sin inmutarse.

—En su derecho! qué decís?

—Sí, señora, en su derecho, y por lo mismo accedí á lo que pedia.

—Cosa estraña! cerraros sus puertas sino despedíais á vuestro amigo el conde de Trastamara...

—Y como el conde quiere la paz de Castilla, y aprecia tanto á su rey, se ofreció de buen grado á hacer lo que Valladolid queria.

—Me engañais, señor... el conde de Trastamara ha sido despedido por vos... y la prueba está que en venganza se ha unido á don Juan Manuel.—Siento que no seais franco con vuestra esposa, porque sabíais...

—Todo lo sé: repuso el rey con enfado.

—Os aseguro que no.

—Pues bien, sí, el conde ha sido despedido por mí, por que el conde de Trastamara es un ingrato... diré mas, es un mal caballero. El conde faltó y ha sido castigado con un destierro; si es amigo de don Juan Manuel, perderá sus bienes y títulos, y si persiste, la vida, señora.

Los ojos de doña María brillaron de contento.

—La vida, decís! pues casi estoy por aseguraros que ahora mismo intenta sobornar en union de Lara y don Juan Manuel, algunos pueblos de Castilla y pronunciarse contra vos.

—Bien, señora, gracias por vuestro aviso... averiguaré lo que haya de cierto, y si es verdad, haré lo que le dije á él mismo.

—Dudais! dijo la reina pálida de rabia.

—Dios me libre, señora! pero para imponer cierta clase de castigos por delitos graves é imperdonables, es necesario mucha madurez é informarse perfectamente del hecho. Tu alteza llevada de la mejor buena fé me ha dicho lo que sabia, pero francamente es necesario que se confirme vuestra noticia.

—Sí, teneis razon; pero ved lo que es el mundo, hace cuatro dias érais feliz, porque teniais un amigo, que creíais leal y sincero, y porque una mujer...

—Basta, señora! me habia propuesto no tocar ese punto, no por consideracion á vos, sino al estado en que os hallais; pero puesto que habeis cometido la imprudencia de hablar de una cuestion en la que no saldreis muy bien librada, os pregunto que habeis hecho de doña Leonor de Guzman...

—Yo! Jesus, nada!... contestó la reina aparentando sorpresa.

—Qué habeis hecho de doña Leonor, señora! volvió á decir el rey acercándose á su esposa con paso mesurado y vacilante.

—Nada, nada absolutamente! dijo llena de temor.

—Oh, mentís, miserable! vos la habeis robado, tal vez asesinado, porque sois tan cruel é infame como todo eso!— Ah, pero temblad, señora, temblad, porque asi como vos habeis sido tan cruel con esa pobre jóven con el pretesto de unos celos mentidos, yo que no finjo, que la amo con delirio haré cualquier cosa por vengarla!

—Celos mentidos? Luego creeis...

—Creo que sois una infame, y que sois incapaz de amar! Reina de Castilla, os aborrezco, os odio de muerte, porque sois egoista, porque sois nécia y porque sois hasta cruel! sí, en vuestro pecho germinan los sentimientos é instintos mas feroces!—Yo quiero á Leonor, dádmela, ó juro á Dios!...

—Vuestra amante os engañaba, rey de Castilla, os era infiel, y en verdad que hacia bien.

—Mentís, infeliz, mentís!

—Vuestra amante ha huido...

—No sigais, no sigais... mañana mismo se verificará vuestro divorcio, y en seguida...

—Oh, es todo cuanto deseo! Tiene mi padre un reino, que me recibirá contento y...

—Os engañais... despues os sepultaré para siempre en un monasterio!

—Vos! y cómo? con qué derecho?

—Lo tengo, señora! sois adúltera...

La reina palideció de una manera espantosa; dejó caer los brazos con laxitud, y de sus ojos se desprendió una lágrima, sola, única, que al pasar por su rostro dejó una huella de fuego. Doña María esclamó con acento amargo:

—Adúltera! adúltera... no, nunca!

—Sí, señora; sé perfectamente la intimidad que teneis con vuestro cómplice el maestre de Alcántara.

—Oh, no, con el maestre... nunca! doña María de Portugal jamás será adúltera!

—Luego entonces que es de vos el maestre de Alcántara?

—Nada... un caballero de vuestra corte que viéndome sola, desgraciada y ofendida por vos, me acompaña, me consuela... ó no me es lícito tener amigos?

—Bien, señora, si el maestre de Alcántara ha puesto sus manos sobre doña Leonor para serviros... os juro que morirá en un cadalso! y vos ya lo sabeis, un monasterio será vuestro castigo. Creeis que se juega con Alonso XI de Castilla?— Y si llego á averiguar que el maestre de Alcántara ha tenido que ver algo con la desaparicion de doña Leonor, pondré por obra lo que os he dicho.

—Escuchadme, rey de Castilla, dijo doña María; debí quejarme á mi padre de los insultos que sin reparo ni miramiento me dijísteis delante de vuestra querida, mi orgullo de mujer y de reina fué ultrajado sin piedad... Yo, la ofendida y despreciada tenia derecho para vengarme de vos y de vuestra amante: no lo he hecho, porque aunque me habeis prodigado ahora mismo los epítetos de infame y cruel, tengo buenos sentimientos y no puedo hacer daño á nadie...

Alonso XI se sonrió con desden.

Doña María continuó mintiendo con la mayor tranquilidad. Pero aunque procuraba dar á su fisonomía un carácter de verdad, el rey comprendió que mentia con el mayor descaro.

—Continuad, señora; vuestras palabras me entretienen en estremo. Decíais?

—Decia que no me he vengado de vuestra querida, aun-

que tenia derecho y motivos para ello, y que soy inocente de la culpa que me achacais.

—Inocente! quiero creerlo, señora... Pero me direis con quién se ha marchado doña Leonor, puesto que tan enterada estais?

—De buen grado os diré que vuestro amigo el conde de Trastamara, mientras que vos le colmabais de riquezas y honores, pretendia en secreto los amores de doña Leonor de Guzman, y que vuestra amante no era indiferente á los obsequios del conde.

—Inventais á las mil maravillas, señora.—Y es con el conde con quien se ha marchado?

—Con el conde.

—Gracias por el aviso... repuso el rey con tono incrédulo.

Doña María se mordió los lábios, y se retiró á poco, convencida de que su esposo no habia creido la historia que ella inventára.





CAPITULO XLV.

De como el amante de Elvira supo mas de lo que esperaba saber.

En el momento de separarse Felipe de el rey, se dirigió á casa de su amigo Nuño Fajardo, única persona que podia sacarle del apuro en que se hallaba. Porque aunque estaba convencido que la escena que á él le valió la posicion que disfrutaba, tenia mucha conexion con el rapto de doña Leonor, pero sin embargo necesitaba saber pormenores y estos pormenores tal vez se los diria Nuño Farjardo, como cómplice del misterioso caballero.

Felipe llegó á casa del hidalgo aragonés, en el momento en que este contaba con estraordinario placer una infinidad de monedas de plata y oro, que habia desparramadas sobre la mesa. Nuño se apresuró á cubrir con sus anchas manos los montones de monedas, porque Felipe se presentó de improvisto y no tuvo lugar de esconderlas en sitio donde no las viese el capitan del rey.

El amante de Elvira se llegó á su amigo y le dijo, tocándole en el hombro con cariño:

—Qué ocultas ahí?...

—Nada... son... francamente, unas monedas de cobre que me entretenia en contar por distraerme...

—Cobre muy dorado es, á juzgar por ese filo que distingo debajo de tu diestra.—Y son muchas?

—Miradlas, qué diablo! contestó el ex-teniente quitando las manos.

—Oro! esclamó Felipe en estremo admirado.

—Oh, sí; y oro del mas superior.

—Cáspita! y de dónde lo has sacado?

—Oh, es un secreto...

—Os habeis lanzado otra vez á la vida vagabunda y aventurera? Habeis olvidado la palabra que me disteis?

—No, jamás lo hubiera hecho aunque me valiera tanto dinero como hay en España.

—Pues entonces...

—Habla! repuso Felipe con el mayor interés.

—Sí, hablaré; pero antes necesito que me disculpes; ó mejor dicho que me perdones, porque en parte he faltado al juramento que te hicé.

—Te juro por todos los diablos del infierno, que no puedo entender una palabra de cuanto me dices.

Nuño Fajardo movió la cabeza en señal de impaciencia, y apoyando su codo derecho sobre la mesa, dijo á Felipe:

—No te ofrecí yo, hace poco, cediendo á tus reflexiones y consejos no volver mas á la vida en que te criaste?

—Sí, es verdad: contestó el amante de Elvira con amargura, porque las palabras de Nuño le hicieron recordar su terrible infancia.

—Bien; y no te ofrecí tambien que si volvia el caballero armado y encubierto que tu venciste, no volveria á aceptar sus proposiciones, porque todas irian encaminadas á cometer escenas no muy leales y nobles, como tú dijiste?

—Tambien es verdad... pero acaso?...

—Escucha: no hace todavia cinco dias, que hallándome aquí, sentado de esta misma manera y apurando un magnífico jarro de vino de Toro, para matar el aburrimiento que tenia, se apareció aqui el mismo caballero alto, delgado, y armado de piés á cabeza...

—El mismo!

—Sí, el mismo... y despues de darme una abultada bol-

sa bien repleta de dinero, y de hacerme mas cortesías que un embajador, me dijo con la mayor cautela :—Puedo contar con vos esta noche, amigo?

—Sí, le contesté, despues de hacerme rogar un poco y con el deseo de que tú sacaras algun partido de todo cuanto pasase.

—Y fuiste?...

—Fuí.

—Qué pasó?

—Nada entre dos platos, porque despues de mil prevenciones de armas, hombres y caballos, todo se redujo á acompañar al misterioso personage á la misma calle donde fuimos vencidos por el rey y por tí, y despues siguiéndole con la mayor velocidad, á pasar la noche en un castillo de su propiedad, donde nos obsequiaron como á príncipes.

—Pero bien, á qué fué ese hombre á la calle donde...

—Al llegar á ella, se apeó de su soberbio caballo negro, y penetró en la casa donde salió el rey y su amigo el conde de Trastamara, esa misma noche.

—Cielos!

—Qué te sucede?

—Sigue, sigue...

—Al poco tiempo salió con un bulto blanco en brazos, y despues que se acercó á nosotros para montar á caballo viera que una mujer desmayada...

—Basta, basta, Nuño, amigo mio... Ah, bendita sea la hora que tuviste la idea de aceptar las proposiciones que el desconocido te hizo y de seguirle para espiar lo que hacia...

—Yo dije para mí; repuso Nuño de pronto, interrumpiendo á su amigo: yo dije; Felipe está en la corte, conoce los amaños é intrigas de los grandes, y tal vez esto le valga...

—La mano de Elvira y la espuela de caballero! esclamó el jóven arrojándose en los brazos de Nuño y abrazándole con efusion.

—Cáspita!... pero dime, es cierto todo eso?

—Cierto, sí, ciertísimo... El mismo rey...

—Oh, cuéntamelo todo!

—La mujer que tu desconocido se llevaba, aprovechándose sin duda del desmayo que tenia, era doña Leonor de Guzman.

—La amante del rey!

—Sí; y don Alonso que la ama con delirio, frenéticamente, se halla inconsolable con la ausencia de su amada, y sin poder averiguar quién sea el raptor. — En medio de su afliccion me ha llamado á mí y me ha ofrecido su amistad, su eterna proteccion y cuanto ambicione y desee si le vuelvo á doña Leonor, ó lo que es lo mismo si hago volver á su corazon la alegría y el contento.—Yo amo al rey; como á un hermano, á un padre, porque ha sido para mí sin conocerme todo eso, y es necesario que doña Leonor torne á su lado.—Nuño, me acompañarás?

—Cuerno y sangre! á los infiernos te sigo yo!

—Sabrás el castillo donde ha sido llevada doña Leonor?

—Aunque sea atientas.

—Magnífico; esta noche dormiremos en él.

—Eso no, porque todo se echaria á perder. Allí estará mi desconocido y si me vé...

—Tienes razon. — Pues bien, todo se arreglará... lo que sí te puedo asegurar es, que yo dormiré en el castillo y cerca de esa persona misteriosa y desconocida, que ataca al rey en una calle de su corte, y que le roba despues su querida.

—A qué hora te espero?

—Despues de anochecido.— Y á lo que entiendo la noche nos vá á favorecer porque el cielo está muy encapotado y raro será que no haya tempestad.—Adios, amigo mio, que voy á noticiar al rey tan fausta noticia y á proveerme de todo lo necesario.

—Hasta la noche: contestó el valiente Nuño alargando con afecto su diestra á Felipe.

El antiguo capitan de la *formidable* salió de la pobre morada de Nuño, y llegó á palacio á poco de salir la reina de la estancia de don Alonso.

Este se quedó en estremo pensativo despues de marcharse su esposa. El rey, fluctuaba entre creer las palabras que le habia dicho doña María á cerca de la infidelidad de su amante y entre el mucho amor que á esta tenia. Sin embargo, la duda llegó á apoderarse de él, y esclamó completamente demudado:

—Me habrá engañado esa mujer! serán ciertas las palabras de la reina!... Oh, entonces era digna del mayor castigo! y semejante engaño me volveria loco!... pero no, imposible; Leonor era demasiado buena, Leonor me amaba... y tal vez algun enemigo oculto, envidioso de nuestra felicidad, ha separado á dos corazones tan estrechamente unidos! oh, si yo llego á conocerlo... si Felipe me trajera hoy, mañana, algun dia, razon y noticia de quien sea el autor de semejante atentado, entonces habrá cesado mi angustia, mi dolor y...

El monarca no pudo concluir. La puerta que se comunicaba con las habitaciones donde se hallaba la servidumbre, se movió suavemente.

—Adelante: dijo el rey alzando su sonora voz.

Felipe se presentó en la estancia con rostro risueño y placentero.

—Sois vos!... esclamó Alonso XI, casi fuera de sí.

—Sí, gran rey, soy yo acompañado de magníficas noticias.

—Ah! hablad, hablad!... sois mi libertador!...

—Señor, se ha averiguado ya el paradero de doña Leonor de Guzman.

—Justo cielo!... y qué vais hacer?

—Arrancadla de donde se halla esta misma noche.

—Ah, os juro... pero decidme, cómo lo hareis? en dónde se halla?

—Todo eso lo dejaremos para despues... Yo me encargo de daros detalles y pormenores; ahora lo que importa es traerla á Burgos, y para el efecto necesito que me deis lo que os pida.

—Oh, sí, todo, todo, pedid... hasta mi vida os doy si la quereis.

—Para arrebatar á doña Leonor del poder de su opresor...

—Opresor! luego es hombre? esclamó el rey interrumpiendo al jóven.

—Hombre, y rico, á lo que entiendo.

—Su nombre!...

—Lo ignoro en este momento, pero mañana lo sabrá tu alteza.

—Bien; seguid, amigo mio.

—Necesito, como os decia, en primer lugar poderes ámplios y omnímodos para herir y matar, si llega el caso, á las personas que se opongan á mi deseo, que en aquel momento será el de tu alteza, aunque estas personas pertenezcan á la clase mas alta y encumbrada.

—Lo teneis.

—Necesito tambien que tu alteza me envie en calidad de embajador á cualquier parte, á fin de pedir hospitalidad en todos los castillos y fortalezas, y que esta no me sea negada.

—Ireis de embajador, valiente jóven.

Y Alonso XI reflexionó un momento. Despues dijo, aunque algo turbado:

—Vais á Aragon á llevar al conde de Trastamara su sentencia de muerte.

—El conde de Trastamara...

—Es un infame! dijo el rey apretando los puños, y refiriendo á su nuevo favorito cuanto le habia sucedido con don Alvaro.—Ahora bien, continuó: no os parece que debo castigar con la última pena á ese rebelde, que habiendo recibido, aun despues de su falta, favores inmensos de mi parte, se reune con los revoltosos y malos caballeros que se han declarado enemigos mios, tan solo porque no soy débil, porque no satisfago sus exigentes caprichos, y porque castigo con todo el rigor de la ley á los que se separan en lo mas mínimo de su deber! El conde de Trastamara ha sido perdonado dos veces; pero acaba de decirme el gran justi-

cia de Castilla, que ha penetrado en un pueblo de mis reinos á la cabeza de unos pobres miserables, gritando muera Alonso XI... El delito de lesa magestad es imperdonable.—Y con eso verán mis pueblos que soy justiciero y no vengativo como han dado en llamarme los revoltosos y perturbadores del órden.—Vos sereis el portador de la sentencia y se la entregareis al justicia donde resida, para que haga cuanto en ella se ordene.—Quéreis mas?

—Nada mas, señor, sino permiso para retirarme á acabar de arreglar mis preparativos.

—Lo teneis, Felipe, y quiera el cielo que salgais bien de vuestra empresa! contestó el rey alargándole su diestra y apretándola con cariño.

—Dios guarde á tu alteza... dijo el jóven, besando con respeto la mano que del monarca tenia entre las suyas.

—Sed venturoso!... pero escuchad, antes de marcharos venid á recoger los documentos de que os he hablado.

Con efecto, antes de marchar Felipe al castillo del maestre de Alcántara, recibió de manos del mismo rey la sentencia de muerte para el favorito que él habia sustituido.

Alonso XI era inexorable en sus determinaciones y sentencias, cuando estaba convencido de que obraba con arreglo á la razon y la justicia.

Don Alvaro de Nuñez y Osorio, que efectivamente se habia buscado, por su inconstancia y maldad, el fin desastroso y trágico que tuvo, fué exhonerado de sus títulos y riquezas, que volvieron á la corona real, y despues muerto á mazadas por cuatro de sus mejores amigos de destierro, que se habian vendido al rey de Castilla.

Doña María respiró con mas libertad cuando se vió libre y vengada del hombre que la ultrajó en el torneo, con solo coger el ramo de naranjo y entregárselo al rey. Este esclamó con sentimiento cuando supo la muerte de su primer favorito, del compañero de su niñez:

—Él se lo ha querido! Séale la tierra ligera! y con su diestra detuvo una lágrima que se desprendió de sus ojos.



CAPITULO XLVI.

De como Felipe penetró en el castillo del maestre, y de lo que hizo cuando se halló en él.

El hijo adoptivo de Hugo de Troumblay salió de Burgos antes de Oraciones, y acompañado de Nuño Fajardo y de cuatro valientes soldados de la compañía que mandaba. Felipe caminaba con el mayor silencio, porque iba revolviendo en su mente mil ideas y pensamientos todos encaminados á sacar á doña Leonor del castillo, pero á sacarla engañando á todos, y aunque su imaginacion viva y fecunda le sugeria multitud de planes diferentes, todos se estrellaban con que él no conocia el castillo, no conocia á su dueño, ni sabia si le dejaria pasar la noche, á pesar de ser un enviado del rey. Sin embargo de todo esto, Felipe habia dado su palabra á don Alonso y le habia ofrecido llevarle á la de Guzman; su compromiso era tan grande, que de no hacer todo lo que habia ofrecido, perderia con don Alonso XI lo que habia ganado en un momento. El honor del amante de Elvira se hallaba interesado en esta cuestion y aunque tan poderoso estímulo bastaba por sí solo para hacer las mayores proezas con el objeto de un buen éxito; Felipe llevaba otro si se quiere mas interesante y de mas consideracion para él, cual era la recompensa de semejante servicio, recompensa que si la aceptaba, y era el principal móvil de lo que iba á hacer, solo era por su amante, á quien cada dia queria con mas ardor,

por la cándida é interesante Elvira, la señora de sus pensamientos, y por consiguiente á la que se le ofrecia todo. Tal idea solo llenaba de esperanza á Felipe y metiendo espuelas á su caballo, decia para sus adentros: —Sí, triunfaré.

Nuño Fajardo caminaba á su lado, conociendo que su amigo iria pensando en la manera de penetrar en el castillo sin despertar sospechas, no desplegó ni una sola vez sus lábios, á fin de no distraerlo, si bien se le pasaban magníficas ganas de entablar con él cualquiera conversacion.

Nuestros viajeros se hallaban todo lo mas media legua distante de Burgos. La noche se habia encajado sin ser vista ni sentida, y con la noche comenzó á rugir en el ocaso la tempestad que en todo el dia se habia preparado. El aire silbaba de una manera espantosa, haciendo mover las plantas y árboles del camino, con peligro de ser arrancadas de raiz. La luna alumbraba aun, pero en torno suyo y formando un pequeño círculo, se veían multitud de nubes casi negras y amenazadoras, prontas á oscurecerla completamente. De vez en cuando, y seguido de los relámpagos que por un instante todo lo inundaban de viva luz, se oian terribles y espantosos truenos que hacian temblar al firmamento. Nada mas imponente que una tempestad de noche y en medio del campo. Sin embargo, la cabalgata encargada de restituir al rey de Castilla su querida, caminaba impávida, sin hacer alto en el asombroso fenómeno que se obraba en la naturaleza, y sin comprender que sobre ellos llenos de acero y hierro como iban, podian descargar las nubes toda la electricidad de que se hallaban henchidas. De repente cesó el aire, ese temible elemento, desencadenado en un instante para anunciar la tempestad: el relámpago era menos vivo, y el trueno dejó en parte su rugido feroz y sordo á un tiempo. Pero en cambio, una lluvia compacta y fuerte, cayó sobre nuestros viajeros. Los caballos se detenian de vez en cuando, pero las espuelas de los ginetes que se clavaban con fuerza en los hijares de estos, les hacian caminar con paso algo mas ligero. Felipe no habia hecho caso de la tempestad, ni mucho menos del

agua que á torrentes caia sobre él. Su imaginacion seguia ocupándose de mil ideas, todas encaminadas á lo que sabemos. Nuño Fajardo que en nada pensaba, porque no tenia, ni aunque tuviese lo haria, y que sentia caer el agua é introducírsele por entre las junturas de su estropeada y vieja armadura, no dejaba de echar votos y ternos espantosos que el eco repetia y que se perdian en el espacio.

—Cuerno y sangre! A que me vá á derretir todavía el agua! Por San Bruno que noche como esta...

Felipe volvió la cabeza y le dijo con tono risueño:

—Qué te pasa?

—Rayo y Belcebú, alabo tu pregunta! Pues no vés, pecador de mí que voy hecho una sopa? No me puedo mover del agua que llevo encima.

—En el castillo de nuestro desconocido te enjugarás completamente.

—Sí, con el rocío de la mañana.

—Qué! crees que no dormiremos en el castillo esta noche y tú cerca de un buen fuego que te devolverá el calor que el agua te arrebata?

—Dormir en el castillo! aunque vinieran con nosotros todos los ejércitos del rey de Castilla no tomaríamos la fortaleza del hombre alto y delgado. Castillos y fortalezas he visto yo en mi pais y en otras muchas partes que son el asombro de cuantos los han visto: pero puedo asegurarte que ninguno es tan magnífico como el del desconocido.

—Asegúrote, Nuño, que esta noche hemos de dormir en esa fortaleza, á pesar de ser inespugnable.

—Mucho lo dudo!

—Lo verás.

Pero dejemos á los viajeros, y hablemos algo de doña Leonor de Guzman, y de lo que le habia sucedido en el castillo del gran maestre de Alcántara, del hombre que habia jurado poseerla cediendo á los impulsos de su pasion grande y brutal.

Don Gonzalo llegó á su castillo sin contratiempo alguno,

y en seguida se dirigió con su interesante carga á una preciosa y elegante habitacion preparada de antemano, donde la dejó en un magnífico lecho, colgado de lindas y ligeras cortinas de fina tela blanca. Doña Leonor pasó la noche perfectamente, y sumerjida en un sueño profundo y tranquilo. Pero cuando llegó el dia y al despertarse se encontró en otra habitacion en todo muy distinta á la suya, comprendió que algo le habia sucedido durante su sueño tan largo y obstinado. La de Guzman recorrió la habitacion con paso trémulo, y despues de examinarlo y tocarlo todo, como dudando de lo que veía, se acercó á una de las ventanas para saber en qué sitio estaba. La amante del rey abrió los pintados vidrios y vió una enorme reja gruesa y unida como la de las prisiones.

Doña Leonor lanzó un grito que no tuvo eco y cayó casi sin fuerzas en una poltrona que habia cerca de ella. La infeliz habia comprendido su situacion.

—Presa! sí, porque esto es una prision! esclamó con dolorido acento y vertiendo multitud de lágrimas. Pero cómo, Dios mio, si yo estaba en mi casa hace un momento!... Ah, esto es obra de la reina... No, es obra del cielo tal vez, porque yo era culpable y la falta tiene expiacion?... Perdon, perdon, Dios mio!... Ah, condenada á vivir aquí sin ver á nadie, sin ver á... no, no lo debo de nombrar... porque quizá el rey habrá autorizado semejante atentado, semejante violencia!... Si yo llego á salir de aquí, desgraciado el que se haya atrevido!... pero qué digo, infeliz de mí! qué he de hacer yo, cuando por solo el delito de amar mucho, se me encierra y...

La de Guzman calló, porque una puerta cuidadosamente cerrada y en la que ella no habia reparado, se movió aunque imperceptiblemente.

—Cielos! dijo acercándose á ella:—Ah, si pudiera abrirla!....

Pero la puerta cedió al impulso de otra mano mas vigorosa que desde fuera la empujaba. En la estancia se presentó á poco un hombre de aspecto amenazador.

—Mónstruo! esclamó la amante del rey, huyéndo despavorida y refugiándose en el hueco de una ventana.—Ah, sois vos! debí de presumírmelo, porque solo un malvado como vos seria capaz de cometer tal villanía. Huid de aqui; no os acerqueis á mí!... Ah, retiraos, retiraos, yo lo quiero, os lo mando!...

Don Gonzalo se sonrió con desden, y dijo acercándose á la jóven:

—Aquí no mandais, señora: solo el maestre de Alcántara...

—Infame!

—Solo el maestre de Alcántara es el dueño de esta fortaleza y de la dama del rey de Castilla... Sois mia, doña Leonor, mia enteramente! y aquí sereis lo que yo quiera, ó mi esclava, ó la reina hasta de mi corazon!... Os habeis convencido ya de lo que puedo, señora?—Pues bien, os he traido en mi caballo toda la noche; os he tenido en mis brazos desmayada... y no os he tocado; no he satisfecho mi deseo, causa de mis males, porque no me creeríais despues... Yo os amo... necesito vuestras caricias y las obtendré á toda costa!... La venganza de los ultrages y desprecios que de vos he recibido, se reduce á poseeros y que mañana no podais negarlo, porque vuestras megillas se teñirán de un carmin subido en estremo que confirmarán mis palabras! Comprendeis ahora por qué os he respetado cuando no podíais hacer resistencia?

Doña Leonor no profirió ni una queja siquiera. Inclinó su preciosa cabeza sobre su pecho palpitante y agitado, y comenzó á llorar sentida y copiosísimamente.

El maestre la contempló un momento. De repente depuso la ferocidad que se veia pintada en sus facciones, y cayó á sus piés, diciéndola con acento humilde:

—Perdon, perdon, Leonor! Ah, enjuga esas lágrimas divinas!... yo te amo, en mi pecho arde de una manera espantosa la terrible llama que tu hermosura encendió en él?... Perdóname, conozco que soy un infame, pero si vieras de cuánto es capaz el hombre que como yo ama y se vé des-



Ah! os amo con delirio.

preciado, el hombre que como yo se veia condenado á una eterna desesperacion, el hombre que como yo padecia terribles angustias y al mismo tiempo veia á un rival que porque ciñe sus sienes una corona...

Doña Leonor miró al maestre con desden.

—Ah, esa mirada!... cuando yo espero... tu amor... cuando...

—Nunca! esclamó la jóven de pronto y alzando con orgullo su cabeza.

—Infeliz!

—Nunca! ya lo sabeis! matadme... haced lo que querais, pero en el momento que os acerqueis á mí, os arrancaré el corazon con mis uñas!

El maestre se levantó y dijo sin imutarse siquiera:

—Bien está, señora; os dejo ahora, pero volveré, y sereis mia! Aquí nadie oirá vuestros gritos; nadie se cuidará de vos.

Y don Gonzalo salió de la estancia cerrando la puerta tras sí, y dejando á Leonor sumergida en el mayor conflicto!

Antes que llegára Felipe y su comitiva al castillo del gran maestre de Alcántara, veíase en un salon inmenso adornado sencillamente y mal alumbrado por una lámpara pendiente del techo, cuya luz vacilaba á impulso de una ráfaga de aire que penetraba por una ventana á medio cerrar. veíase dijimos, sentado en un sillon de baqueta de España, mas cómodo que elegante, y cerca de una mesa tallada, á un hombre alto, delgado, y de rostro pálido, sumergido al parecer en hondas meditaciones. Un rayo de luz de la lámpara que caia perpendicularmente sobre su rostro, alumbraba de una manera siniestra su ancha y pálida frente.

Este hombre era el maestre de Alcántara, que maldecia en silencio su destino y la pasion que le arrastrára á cometer culpas que tarde ó temprano tendria que espiar. Pero no era esto lo que mas importaba al amigo de la reina doña María. Don Gonzalo no habia podido conseguir nada de la mujer á quien amaba, y esto era lo que le tenia pensativo y cabizbajo. La pasion que ardia en su pecho, pasion espantosa,

feroz casi, no habia disminuido en nada con los desprecios é insultos que la prisionera le decia, sin reparar en su situacion y en que seria al cabo poseida por su opresor. Don Gonzalo pensaba en lograr sus intentos á la fuerza, ya que no habia podido conseguir nada presentándose apasionado, suplicante, altanero: ora como amante humilde, ora como dueño cruel é inexorable.

Lanzó un suspiro de su pecho que mas bien parecia el rujido de una fiera, y dijo pasándose una mano por la frente bañada en su sudor.—«Esa mujer tiene que ser mia!»

Don Gonzalo tenia puesto su trage de guerra, porque pensaba salir aquella misma noche para Burgos á decir á la reina que su rival estaba en lugar donde no seria hallada por nadie. Y al mismo tiempo, averiguar si se decia algo acerca de su persona, tantos dias ausente de la corte.

—Rui Pero... dijo dando al mismo tiempo un golpe en la mesa.

El llamado, que era un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura, de color moreno y de ojos pequeños y vivos: y escudero mayor de don Gonzale, se presentó en el salon y se inclinó respetuosamente.

—Llueve? preguntó el maestre con tono duro.

—Oh, y mucho! El cielo se derrite esta noche.

El maestre hizo un movimiento de disgusto.

—En seguida que cese la lluvia, partimos para Burgos, sea la hora que quiera, porque mañana hemos de estar aqui otra vez antes que salga el sol.—Que todo esté dispuesto para salir al instante.

—Todo lo estará: contestó el escudero, volviendo á inclinarse y echando á andar.

—Escuchad...

Rui Pero se volvió con prontitud.

—Están todos alerta?

—Todos.

—Se vé algo por los alrededores del castillo?

—Nada absolutamente.

—Podremos marcharnos descuidados?

—Segurísimo, señor: la guarnicion que hay en el castillo es mejor que la compañía que sirve al rey.

—Bien; ya lo sabeis, vos sois el responsable.

—Responsabilidad que me hace dormir á pierna suelta, porque si todos los diablos...

—Basta:—Antes de partir he de visitar todos los puntos.

—Tu grandeza se convencerá.

—Dejadme solo.

El escudero se marchó y don Gonzalo volvió á sumergirse en sus pensamientos.

La lluvia, como habia dicho Rui Pero, en vez de disminuirse se aumentaba cada vez mas. Don Gonzalo desesperado de aguardar tanto se levantó y abriendo mas la ventana que estaba solamente entornada, se asomó para convencerse de la verdad. Una lluvia copiosísima caia produciéndo un ruido espantoso.

—Maldicion! este es el diluvio universal! esclamó dando en el suelo una patada.

No bien hubo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando oyó estrepitosos golpes en la puerta principal del castillo.

Descolorido estaba ya el rostro de don Gonzalo, pero la palidez del miedo vino á aumentar la que habian producido los insomnios y vigilias.

Cogió su tizona que yacia desenvainada sobre la mesa, y cuando se disponia á salir, entró Rui Pero con paso mesurado.

—Qué ruido es ese?dijo el maestre sin poder ocultar su temor.

—Ruido! no comprendo...

—Yo he oido grandes golpes en la puerta del castillo.

—Con efecto, acaban de llamar ahora mismo.

—Quién?

—Unos viajeros.

Don Gonzalo respiró con mas libertad, y dijo á su escudero despues de tomar asiento en el ancho y cómodo sillon que ocupaba antes.

—Unos viajeros? y qué quieren?
—Piden hospitalidad en atencion á ser la noche tan cruda.
—Y son muchos?
—Cinco ó seis...
—Decidles que no está el dueño del castillo y que vos no podeis recibir á nadie.
—Señor, advierta vuestra grandeza que es un caballero acompañado de su servidumbre, y sería poco cortés negarle la entrada; además que pueden entrar en sospecha...
—Teneis razon, que pasen.—Al caballero conducidlo aquí; á los criados regalarlos bien, y observad sus menores movimientos... á pesar, que, qué podemos temer de seis hombres!...
—Nada, aunque estos se convirtieran aquí dentro en ciento.
—Con semejante número ya estaria yo con mas cuidado.
—Yo no.
—Pensad que está lloviendo á mares y que no les será muy grato á los viajeros recibir mas agua de la que traen encima.
Rui Pero salió de la estancia gozoso de que tuviera su amo compañía, porque de ese modo no emprenderia la marcha que tenia proyectada.
La maciza y colosal puerta del castillo giró sobre sus gozness y penetraron en el patio cinco hombres armados, y chorreando agua por todas partes.
—Mala noche es esta para caminar, señor caballero... dijo Rui Pero acercándose al gefe de la tropa, que se apresuró á apearse de su caballo.
—Mala, y tan mala como es; pero merced al dueño ó alcaide de esta fortaleza podremos secarnos el agua que se nos ha metido hasta los huesos. Pero con quien tengo el honor de hablar.
—El honor es para mí, señor gentil-hombre, que un escudero...
—Ah, sois...
—Escudero de un caballero de los mas principales de Cas-

tilla, para lo que gusteis mandar: pero no os apureis que aquí tendreis personas nobles con quien pasar la noche, mientras que vuestro escudero si lo traeis...

—Y como si lo traigo: con el buen Nuño vais á pasar un rato divertidísimo, porque bebe sin tino y canta como un enamorado.

Rui Pero se sonrió de alegría. Deseaba encontrar una persona aficionada como él al vino, y no dudaba en que el escudero del desconocido, á juzgar por las palabras del caballero, encontraria un digno competidor.

—Nuño: dijo Felipe llamando al ex-teniente y presentándoselo al escudero de don Gonzalo con estas palabras:—Aqui teneis á la flor y nata de los escuderos, y digo flor y nata porque es valiente, chistoso y... os lo diré sin que lo oiga, repuso Felipe acercando su boca al oido de Rui Pero, y un tanto hablador.

—Precisamente tiene mis mismas cualidades: contestó Rui Pero, lleno de alegría y saludando cortesmente á su nuevo compañero.

—Pues señor, ahora que os dejo perfectamente instalado con mi buen Nuño, justo será que me conduzcais á parage donde haya lumbre y gente si puede ser.

—Pésia mi alma! esclamó Rui Pero con sentimiento.

—Qué os sucede? dijo Felipe aparentando interés.

—Que con la conversacion me he olvidado que os estaba esperando mi amo el maestre de Alcántara, y ahora...

—Calla! con que estoy en el castillo de don Gonzalo Martinez? dijo el amante de Elvira con indecible gozo.

—Sí, caballero en él estais; y ahora su grandeza...

—Perded cuidado que nada os dirá. Yo os disculparé lo mejor que pueda... Id vos delante, puesto que sois de casa y sabreis el camino.

El escudero echó á andar y Felipe dijo á Nuño al paso y con el mayor disimulo:

—Ese hombre es un imbécil: emborráchalo y sonsácale despues todo lo que puedas. Estamos en el castillo del maes-

tre de Alcántara, que es un solemne pícaro: mucho ojo y que nuestra gente esté dispuesta al menor aviso.

Felipe siguió á Rui Pero, el que habiendo llegado á la habitacion donde se hallaba don Gonzalo, dijo á este dejando penetrar al amante de Elvira:

—Señor maestre, aquí está este caballero...

Don Gonzalo se puso de piés y saludó al jóven con cortesía.

Felipe hizo lo mismo, aunque añadió las siguientes palabras:

—Tengo el honor de hablar con el maestre de Alcántara?

—El honor es para mí, que recibo en este Castillo á...

—Al capitan de la guardia del rey y su representante estraordinario en este momento.

Don Gonzalo palideció de una manera visible, y dijo medio tartamudeando:

—Y sois embajador cerca de mi persona?

—No, señor maestre, voy al reino de Aragon, para que el conde de Trastamara... pague de una vez sus insolencias y faltas.

—Cómo! don Alvaro de Nuñez y Osorio...

—Está sentenciado á muerte porque es un traidor. Y como su alteza se propone castigar á todos aquellos que falten en lo mas mínimo á su deber...

—Oh, Alonso XI es un gran rey! repuso el maestre disimulando.—Pero distraido con vuestras palabras me he olvidado ofreceros asiento... tomadlo, señor capitan, en tanto que se os prepara una habitacion digna del enviado del rey de Castilla.

—Os suplico que no os molesteis porque pienso continuar mi marcha esta misma noche, ó á mas tardar mañana al amanecer. Mi marcha urge en estremo y si no hubiera sido porque la lluvia tanto nos molestaba no nos hubiéramos detenido en vuestro hospitalario castillo; pero puedo aseguraros que en parte me alegro de este pequeño incidente, que me proporciona el alto honor de conocer al muy noble y poderoso maestre de Alcántara.

Don Gonzalo se sonrió y repuso inclinándose cortesmente:

—Sois en estremo galante! Pero lo que siento es no poder hacer grata vuestra permanencia en el castillo, verdadera fortaleza de estos tiempos. Este edificio es triste de suyo. Lo que encontrareis en él serán magníficos foros y cuantas cosas sean necesarias á una fortaleza como esta.

—Oh, yo soy en estremo aficionado á todo eso... Pero lo que á mí mas me llena de estrañeza es veros, á vos, gran maestre de una de las órdenes militares, caballero de los mas principales de la corte, vivid en este sitio, apartado de ella y haciendo una vida monástica, porque á juzgar por lo que veo...

—Y no os engañais, repuso don Gonzalo mirando con detenimiento al jóven: Yo soy poco aficionado á la corte, y por eso me vereis la mayor parte del tiempo viviendo en estos parages solitarios, porque la soledad me gusta sobremanera. Además, no creais que todo es virtud, aquí tengo una guarnicion numerosísima, que me entretengo en enseñar bien el arte de la guerra, para cuando tengamos que salir todos á la campaña que su alteza prepara contra los enemigos de Cristo, campaña que en mi concepto difiere demasiado.

—Y vivís enteramente solo? dijo Felipe con intencion de apurar al maestre y ver si un gesto ó cualquier movimiento, le aclaraba algo de cuanto deseaba saber.—No teneis una hermana ó una amante...

—Nadie absolutamente, contestó el maestre sospechando de las preguntas que su huésped le hacia.

Pero dejemos á don Gonzalo y á Felipe hablando de cosas indiferentes, y oigamos la conversacion que los dos escuderos tenian mientras tanto.

Rui Pero llamó á Nuño despues de presentar al capitan del rey á su amo, y le dijo con cautela para que los pages y soldados no se enterasen:

—Teneis deseo de probar un buen vino tinto de la bodega del maestre de Alcántara, mi amo y señor?

—Y como si tengo: sacadme un tonel entero y vereis si dejo una gota.

—Bravo, sois de los mios! pues seguidme á mi habitacion, que mientras nuestros amos hablan de las cuestiones que se agitan hoy en la corte, nosotros hablaremos de nuestros lances escuderiles. Aceptais?

—Acepto, amigo, acepto con mil amores.

Y los dos se dirigieron á una pequeña habitacion, donde despues de cerrar la puerta, para no ser oidos ni sorprendidos se sentaron uno frente de otro, habiendo por medio una mesa con dos enormes basijas de barro, que un preñado jarro blanco llenaba de vino tinto añejo.

Nuño Fajardo se propuso sonsacar á su compañero todo cuanto este supiese. Pero para el efecto tenia que emborracharle como le habia dicho Felipe, y solo lo conseguiria estimulando á beber con su ejemplo al pobre Rui Pero. El exteniente de la *formidable* cogió una de las basijas y la apuró de un solo trago, diciendo al mismo tiempo no sin hacer antes un gesto de agrado:

—Ese vino me parece magnífico.

—Y tan magnífico: como que es del que bebe el gran maestre; pero, cáspita! sabeis que á ese paso pronto dais fin de ese gran jarro que hay ahí lleno?

Nuño se sonrió y repuso con intencion:

—Procurad vos que no me lo beba todo.

—Y cómo os prohibo que no bebais? eso seria poneros tasa, y precisamente se hallan las bóvedas del castillo repletas de toneles.

—Mi intencion era deciros que bebiéseis al mismo tiempo que yo lo haga.

—Eso sí, voto á chápiro: no quiero que me ganeis ni un sorvo siquiera. Cuánto habeis bebido?

—Vedlo: solo ese pequeño cacharro para probarlo.

Rui Pero apuró el suyo tambien de un solo trago.

—Bien; magnífico! repuso Nuño sonriéndose de alegria.

—Si os place hablaremos de cualquier cosa.

—De lo que gusteis.

—Sois casado?

—Antes me hubiera hecho moro! Y vos? respondió Nuño, apurando de nuevo su basija.

—Yo! antes me aborco! mejor quiero bregar con mi amo el maestre de Alcántara, y eso que tiene un genio de los demonios, que no con una mujer.

—Decís bien; pero que, vuestro señor es...

—Una fiera, aquí entre para nosotros.

—Diferencia vá del mio, que casi es una malva! pero decidme: y qué hace aquí, ausente de la corte?

Rui Pero estiró las piernas, se atusó el bigote, y despues de apurar su vasija, dijo con importancia y bajando la voz:

—Es un misterio!

—Hola! ésas tenemos! tal vez algunos amores...

Rui Pero no contestó; pero una sonrisa de inteligencia bastó para dar á conocer á Nuño que no se engañaba.

—Oh, me lo habia figurado; dijo este volviendo á acercar la basija á sus labios; pero no bebeis?

—Sí, sí, hasta que no pueda mas, contestó Rui Pero completamente beodo.

—Amigo, sois tan incansable en beber como vuestro amo en perseguir á...

—Acabad...

—Lo haré si me dais palabra de contarme despues la verdad.

—Siempre que me la deis á mí de guardar el secreto... porque estas son cosas que comprometen... dijo el escudero de don Gonzalo, apurando por cuarta vez el cacharro.

—Por Burgos corre la noticia de que el maestre de Alcántara estaba locamente enamorado de doña Leonor de Guzman, dama del rey de Castilla, y que no pudiendo conseguir nada de ella, la habia robado y conducido, unos dicen que á este castillo y otros que á Sevilla.

Rui Pero soltó una descomunal carcajada, y dijo seña-

lando á un manojo de llaves que habia colgado de la pared.

—Una de esas llaves os podria contestar si hablara.

—Hola! con que haceis el servicio de cancerbero?

—El maestre tiene mucha confianza en mí... tanta que soy el que le acompaño cuando vá á visitar sus presos. Esta misma noche hay que hacerlo, segun me dijo mi señor antes que llegarais al castillo... Pero no apuramos este jarro?

—Sí, bebed como yo: dijo Nuño baciando en su estómago todo el vino que quedaba.

—Diablo! me habeis dejado sin vino y tendré que ir por él! Sois un cubo sin fondo, amigo?

Nuño Fajardo se sonrió casi forzosamente y miró á su compañero con lástima.

—Está muy distante de nosotros la bodega? preguntó el ex-teniente con interés.

—No, en un momento subo ese jarro lleno. Esperadme aqui.

—Sí, os espero: contestó Nuño echando una mirada significativa al manojo de llaves.

Rui Pero se levantó con mil trabajos de su asiento, y cogiendo el jarro salió de la estancia dando mas traspiés y tropezones que sorbos de vino habia tomado.

Nuño Fajardo se levantó en seguida, y despues de apoderarse del manojo de llaves, que cada una tenia una tarjeta de pergamino, en la que estaba escrito la puerta á que pertenecia, y de dar un soplo á la luz, salió en pos del escudero de don Gonzalo, pero con paso callado á fin de no ser oido por este.

Rui Pero llegó á la bodega, y penetró en ella con el mismo trabajo con que habia salido de su habitacion. Entonces Nuño Fajardo cerró la puerta, y mientras que el pobre escudero, borracho como una uba, buscaba en vano la salida del subterráneo, él se dirigió con la misma cautela al salon donde estaban el maestre y Felipe.

Este último se hallaba violento porque la noche avanzaba por momentos, y nada habia podido descubrir. Felipe tu-

vo intenciones de ahogar al maestre y de arrostrarlo todo: pero le contuvo la idea que con semejante disparate solo conseguiría poner en alarma á todo el castillo, y que fueran conocidas sus intenciones. Asi es que convencido de estas razones trató de reprimirse, y esperó á que Nuño hiciera algo. No bien cruzó este pensamiento por su mente cuando vió á la canosa cabeza del ex-teniente asomarse por entre las dos hojas de la puerta. Felipe se hallaba enfrente de esta, y don Gonzalo volviendo la espalda. De modo que sin ser advertido el teniente por don Gonzalo, le hizo ver á su amigo por señas que el escudero estaba encerrado y borracho, y que tenia en su poder todas las llaves del castillo. Felipe no pudo reprimir un movimiento de alegría, que afortunadamente no vió el maestre. Nuño preguntó por señas á Felipe si entraba á ahogar á don Gonzalo.

—Sí: contestó Felipe poniéndose de piés y precipitándose sobre el cómplice de doña María.

Este no tuvo lugar de dar un grito siquiera. Nuño Fajardo se puso de un salto á su lado y echándole mano al pescuezo, dijo apretándole al mismo tiempo con todas sus fuerzas:

—Qué hacemos con este bribon, Felipe? Le ahogo?

—No, el verdugo se encargará de ello. Lo que hay que hacer para que no dé voces y nos comprometa, es taparle la boca y amarrarlo fuertemente á una de esas columnas. Despues cerramos la puerta y...

—Bravo! la idea es magnífica!... repuso Nuño poniéndola por obra, ayudado del jóven capitan del rey.

—Y ahora? dijo el ex-teniente recogiendo su manojo de llaves.

—Ahora busquemos por todo el castillo á doña Leonor. Nuestra gente estará lista y en un momento nos plantaremos en Burgos. Alonso XI volverá á ver á su amante.

Don Gonzalo rugió como una fiera al oir las palabras anteriores. Sus ojos despedian fuego, y en su rostro todo se veia pintada la rabia mas espantosa.

Felipe salió de la estancia seguido de Nuño, y tan luego

como cerró la puerta de la habitacion donde quedaba preso y maniatado el maestre, comenzó á probar todas las llaves en cuantas puertas se encontraba al paso.

—Felipe y Nuño Fajardo emplearon un buen rato en abrir y cerrar puertas y en recorrer los mismos puntos mas de veinte veces, porque despues de pasar por salones desmantelados enteramente y por largos y estrechos pasillos venian á parar al mismo sitio donde salieron.

—Por San Bruno, que esto se vá haciendo pesado! esclamó el amante de Elvira con desesperacion.—El dia nos vá á sorprender en estos sitios, y entonces todo se ha perdido!

El ex-tieniente de la *formidable* miró en derredor suyo, y fijó su atencion en una pequeña puerta que habia cubierta con un tapiz raido y descolorido.

—Abramos esta puerta raquítica y medio carcomida: dijo Nuño dirigiéndose á ella.

—Es inútil; esa puerta parece de una covacha.

—Abramos.

Felipe lo hizo mas por complacer á Nuño que por tener esperanza de hallar otra salida.

Un largo y ancho pasillo en forma de bóveda, fué lo que se presentó á la vista de los libertadores de doña Leonor.

—Qué te dije yo? repuso Nuño dando palmadas de alegría.—Lleguemos al fin de esa galería, y veremos lo que hay despues.

Los dos amigos se inclinaron al pasar por la puerta, hasta el estremo de encorvarse todo.

—Cáspita! esclamó Felipe; semejante puerta no es muy cómoda de pasar.

—Alto, Felipe: repuso Nuño volviéndose de pronto.

—Qué ocurre!

—Esta galería termina en una plataforma llena de centinelas.

—Pues entonces está por aqui doña Leonor.

—Sí; pero cómo pasamos?

—Matando á los soldados...

—Semejante disparate nos perderia sin remedio, porque alguno se escaparia y avisaria á toda la gente del castillo!... además dos contra ciento...

—Tienes razon! pero qué haremos?...

—Bravo? una magnífica idea se me ha ocurrido en este instante: el imbécil escudero del maestre, que yace borracho y aun durmiendo en la bodega, me dijo que su amo iba á partir esta noche para Burgos, y que antes de verificarlo pensaba visitar todos los puestos y recorred el castillo para ver si hay toda la vigilancia que cree necesitar. La noche está bien oscura, los soldados no nos han de conocer porque vamos armados y armados irian don Gonzalo y su escudero. Tú eres en este momento el maestre de Alcántara y yo el borracho de Rui Pero.

Felipe se sonrió de alegría y dijo á su amigo tendiéndole al mismo su diestra con entusiasmo:

—Eres un gran hombre, Nuño! Semejante idea te acredita de gran talento. El maestre de Alcántara está ya dispuesto á comenzar la revista de sus soldados.

—Escucha antes: repuso Nuño Fajardo, deteniéndole.

—Otra idea?

—Sí, pero asombrosa!

—Veámosla.

—Al llegar á la plataforma, dirigirás á los soldados palabras duras porque don Gonzalo trata á todo el mundo y á estos pobres villanos mucho mas como si fuesen perros. Despues ordenarás que uno de ellos se encargue de las llaves y nos conduzca al mismo lugar donde se halle la de Guzman. —Comprendes?

—Perfectamente.--Mi escudero quedará contento de su amo.

El supuesto maestre y el fingido escudero llegaron á la plataforma al instante.

—Quién vive? dijo uno de los centinelas preparando su ballesta.

—Por Santa Polonia!... no conoces á tu señor el gran

maestre de Alcántara? dijo Nuño imitando en cuanto pudo la voz de Rui Pero.

El soldado no contestó, pero dió un golpe en el suelo con el arma, en señal de respeto.

La voz de que el maestre iba visitando los puestos solo con su escudero y á oscuras, corrió por entre los soldados como una chispa eléctrica.

La incómoda y comprometida pregunta de «*quien vive?*» no volvió á oirse.

Los dos amigos llegaron á un lugar donde todo estaba lleno de centinelas. Dos filas de soldados se estendian á uno y otro lado.

Felipe y Nuño pasaron por medio de ellos.

—Rui Pero, dijo el supuesto maestre á Nuño: entregad las llaves á uno de estos villanos y que vaya abriendo todas las puertas hasta llegar á los encierros.

—A cuál se dirije tu grandeza? se atrevió á decir un soldado arrimando su ballesta al muro y cogiendo el manojo de llaves que le entregó Nuño Fajardo.

Felipe vaciló en responder porque la pregunta del ballestero le llenó de duda. Luego habia varias prisiones, el mejor medio de componerlo fué decir como que no habia oido las palabras del soldado.

—Qué dice ese villano?

—Decia, repuso el ballestero casi temblando de miedo, que á cuál de las dos prisiones se dirigia tu grandeza, si á las del torreon ó...

Y quién os ha dicho, señor canalla, que el maestre de Alcántara tiene prisiones? dijo Felipe montando en cólera.

—Perdon! yo...

—Habla, habla, porque sino haré con tu lengua un picadillo para mis lebreles.

—Señor... casualmente lo he sabido...

—Pero cómo, quiero saber, voto á sanes!

—Un dia que yo estaba de centinela en el torreon, me dijo una señora que hay allí encerrada...

—Basta, canalla, basta; abrid todas las puertas hasta llegar al torreon, y despues preparaos á recibir cien palos por haber oido lo que no debíais.

El soldado echó á andar sin decir una palabra, aunque para sus adentros iba maldiciendo hasta á la madre que habia parido á tan solemne bribon como lo era el maestre de Alcántara.

—Que me sigan cuatro soldados: dijo Felipe haciéndole seña á Nuño de que era otra idea tan magnífica como la suya.

—Cuerpo de Cristo! esclamó Nuño en voz baja: sabeis que si concluimos tan bien como hemos empezado, estamos en Burgos mañana al amanecer?

—Silencio! pueden entrar en suspecha al vernos hablar con tanta intimidad! Al llegar á la prision de doña Leonor, tú te quedarás fuera con los soldados. La de Guzman saldrá toda cubierta: yo la instruiré para que parezca un reo que vá á ser ejecutado.

Felipe calló, porque el soldado encargado de abrir las puertas se detuvo en la última.

—Vengan esas llaves, dijo con aire altanero:—Ruy Pero, esperadme aqui con esa gente.

Y despues de abrir las dos únicas puertas que le separaba de la amante del rey, y de cerrarlas tras sí, penetró en una pequeña habitacion lindamente adornada. Doña Leonor lloraba amargamente, pero al ver entrar á Felipe, que creia el maestre, se enjugó las lágrimas, le lanzó una mirada despreciativa, y dijo, poniéndose de piés en actitud de defensa:

—Venís otra vez á mortificarme, mónstruo abominable? Ah, dejadme, dejadme en paz... dejadme morir con tranquilidad! merezca yo de vos esta gracia!...

—Señora, es posible que esteis tan demudada? repuso Felipe asombrado.

—Cielos! esa voz no es la de don Gonzalo!... quién sois? quién sois?

—Silencio! os pueden oir y todo se ha perdido entonces!

soy un amigo vuestro... un fiel servidor de su alteza el rey...

—Y á qué venis? dijo doña Leonor concibiendo una esperanza que se realizó á poco.

—Vengo á salvaros, á libertaros de vuestro tiránico opresor!

—Justo cielo! Ah, Ah, gracias, Dios mio, gracias!... Pero decidme quién sois y de parte de quien venís?

—Soy capitan de la guardia del rey; vengo de parte de éste á salvaros, á devolveros la libertad.

—Ah, para llegar hasta aquí, habreis matado al maestre y...

—Nada de eso, señora: he llegado milagrosamente, y de la misma manera tendremos que salir.

—Luego entonces vive don Gonzalo?

—Sí, vive, pero nada temais! Yo he llegado al castillo con un amigo que ha pasado por mi escudero, y cuatro hombres de escolta, como viajeros que cansados y llenos de agua pediamos hospitalidad por esta noche.

—Loado sea Dios! y el maestre...

—Don Gonzalo se halla amarrado y encerrado.

—Y decidme, el rey sabe quién es mi perseguidor?

—Todo lo ignora su alteza.

—Luego...

—Todo os lo contaré, señora; pero será en sitio donde estemos seguros. Ahora hay que procurar en salvarnos; prestadme un poco de atencion, pues necesito daros instrucciones para salir de aquí. Los soldados y centinelas me tienen por el maestre de Alcántara que acompañado por mi escudero voy esta noche visitando todas las prisiones. Este embuste hay que sostenerlo hasta el fin, porque sino dejaríamos de existir todos si llegan á saber que...

—Oh, que horror!

—Perded cuidado, que Dios querrá no llegue ese caso.—Es preciso que vos salgais toda cubierta con un manto negro, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y en fin, como iríais si saliéseis de una prision para ser ejecutada.

Doña Leonor miró sorprendida á Felipe.

—Nada temais, señora! Todo esto no es mas que para seguir la mentira que hemos forjado, y para que los soldados no duden....

—Bien, basta: dijo doña Leonor echándose un manto negro que la cubrió de piés á cabeza, y saliendo de la estancia en la actitud que Felipe le habia dicho.

—Rui Pero, acercaos: dijo Felipe con tono imperativo.

Obedeció el escudero, mientras la tropa examinaba con detenimiento al preso.

—Encargaos de ese pobre: dijo el maestre á su escudero.—Y vosotros, acompañadnos hasta la salida de la plataforma.—En marcha!

La comitiva comenzó á andar, y doña Leonor iba suspirando por todo el camino.

—Alto! dijo Felipe al llegar al término de la plataforma.—Retiraos á vuestros puestos; y vos Ruy Pero, conducid al subterráneo á esa muger: el verdugo le arrancará el secreto que nadie ha podido sacarle.

Doña Leonor lanzó un nuevo suspiro, pero mas lastimero, mas doloroso que los demás.

Nuño Fajardo no pudo contener la risa.

—Prudencia! esclamó Felipe por lo bajo.

Los tres pasaron con felicidad la raquítica puerta que daba entrada á la galería.

—Estamos ya libres? dijo doña Leonor con voz temblorosa.

—No señora; ahora llegamos precisamente á lo mas espuesto.

—Pues no hemos salido bien de esa tropa que habia reunida en la plataforma?

—Ese era un peligro; pero nos faltan otros, cuales son llegar al patio, donde están reunidos nuestros soldados, y pasar el puente del castillo, que sin una órden espresa del maestre no querrán bajar.

—Y qué haremos? repuso Nuño pensando un momento.

—Nada, llegar al patio del castillo, montar en nuestros caballos y hacer bajar el puente.

—Comprometido es eso; pero vamos andando.

A poco de esto llegaron al patio del castillo, donde se hallaban ya montados y dispuestos los soldados del rey.

—Ha habido alguna novedad, señores? preguntó Felipe á estos.

—Ninguna: todo el mundo se halla durmiendo ahora. Nosotros hemos salido de las caballerizas sin ser notados siquiera.

—Y sabeis quién es el encargado de abrir la puerta y mandar echar el puente?

El alcaide que es la única persona que está despierta. Pero mirad, mirad, mi capitan, viene ahi, sin duda alborotado por los relinchos de los caballos.

Con efecto, un hombre bajo de cuerpo, de rostro bondadoso y de abultado abdómen, se acercó al grupo que habian formado los libertadores de doña Leonor.

—Diablo! me habia asustado! creí que... pero ya veo por fortuna que sois de la escolta que acompaña al caballero hospedado aquí esta noche.

—Y el mismo caballero en persona: dijo Felipe presentándose al mafletudo alcaide.

—Ah, perdonad: repuso este descubriendo su calva cabeza; creí que hablaba con vuestros soldados solamente! Y qué, os disponeis á marchar tan tarde y estando los caminos tan malos?

—Sí, amigo; nos es forzoso estar mañana al amanecer en el alcázar de su alteza.

—Que Dios nos lo conserve largos años: repuso el alcaide haciendo una profunda reverencia.

—Gracias, amigo; le diré al rey que tiene un ardiente servidor en el alcaide del castillo del gran maestre de Alcántara.

—Por Dios, mi rey y mi señor, daria yo cien vidas que tuviera.

—Bravo! sois todo un servidor leal.... con que cuando gusteis podremos salir...

—Llevais órden del maestre, ó algun anillo con sus armas?

—No; nada me ha dado ni nada me ha pedido: contestó Felipe frunciendo el ceño.

—Perdonad, yo bien conozco que si mi señor os trata con franqueza, no os habrá dado ninguna señal para que yo os abra las puertas... pero qué quereis... mi responsabilidad queda á cubierto con esa fórmula.—Perdonad caballero; pero en los treinta años que hace desempeño este destino, no he faltado una sola vez á mi deber. Las instrucciones que recibí del padre de mi amo actual, y las que he recibido despues de él mismo, se reducian á no dejar salir á nadie del castillo sin una órden espresa del dueño, cuando él se halla aquí. Yo tengo que cumplir siempre con esta órden, para mí sagrada. Al mismo rey si viniera le sucederia igual que á vos.

—Luego...

—Perdonad; por mí os la abriera al instante pero sin la órden del maestre no podreis salir de aquí lo mismo que vuestra gente.

—Pues, amigo, tened la bondad de ir á verlo y pedirle el permiso. Yo iria, pero como me hallo ya montado...

—Nada, nada; no os molesteis; tendré un gran placer en serviros: contestó con cortesía el alcaide, hombre muy amable y atento; pero inexorable en el cumplimiento de su deber.

El anciano encargado de la porteria del castillo, comenzó á subir la ancha escalera principal, con harto trabajo.

Entonces Felipe se volvió á doña Leonor que durante la anterior escena, habia permanecido oculta y silenciosa y le dijo con viveza:

—Pronto, señora; no hay que perder tiempo!... subios en mi caballo con la ayuda de Nuño, y partamos cuanto antes.

—Pero cómo! repuso el ex-teniente: la puerta se halla cerrada y guardada por centinelas.

—La primera la abrirás tú, los segundos serán muertos

por nuestros soldados. El trabajo de este segundo peligro se ha de distribuir entre todos.

—Adelante dijo Nuño echando á andar el primero, y llegando al arco que servia de ingreso al patio, cuando dijo uno de los centinelas con voz aguardentosa y soñolienta:

—Alto!

—No me conoces, bellaco? dijo Felipe queriendo seguir en su papel de maestre.

—No conozco á nadie: atrás!

—Abres la puerta?

—Atrás, voto al diablo! volvió á decir el soldado con ademan amenazador.

—Nuño, este es tuyo: dijo Felipe metiendo espuelas á su caballo, en tanto que el segundo gefe de los *formidables* descargaba un terrible golpe con la empuñadura de su espada en la cabeza del pobre centinela.

—Cayó, preguntó Felipe volviendo la cabeza.

—Cayó, pero no para siempre. Solo me he contentado con atolondrarlo un poco. Estos pobres no tienen la culpa y tienen que cumplir con su deber.

—Has hecho bien; pero mira, aquí tienes otro: si lleva tan buen golpe como el primero, nos hemos salvado!

La cruz de la espada de Nuño, cayó con terrible furor sobre el casco del segundo centinela. El infeliz solo tuvo lugar para decir dos veces:—«Socorro! socorro!...»

—Dios te perdone! dijo Nuño, acercándose á la puerta para abrirla.

Pero en el momento de poner las manos sobre los cerrojos y palancas de hierro que la sostenian, se vió aparecer en el patio al maestre, seguido por multitud de soldados y criados, todos armados y todos corriendo velozmente.

—A ellos! gritó el maestre echando chispas de fuego por los ojos.—A ellos, señores; y el que me entregue la cabeza de ese infame le doy cien maravedises de oro!

—Somos perdidos! esclamó Felipe poniéndose á la defensiva.

Doña Leonor lanzó un grito que fué oido por el maestre y cayó desmayada en los brazos del amante de Elvira.

—Miserable! ahora vas á pagar tu villania! esclamó don Gonzalo, furioso de rabia, y preparando la pesada maza toda llena de pinchos, que en su furor manejaba como una espada.

—Somos perdidos! volvió á decir Felipe, ahogando al mismo tiempo un suspiro, que cruzó velozmente el espacio, y se detuvo en el real monasterio de las Huelgas de Burgos.

—Cuerno y sangre! no habria Dios si tal sucediera! esclamó Nuño, haciendo el último esfuerzo, por abrir la puerta acompañado de los soldados del rey.

—Toma, miserable! dijo el maestre alzando la maza con feroz alegria.

Pero en el momento en que don Gonzalo iba á dejar caer la terrible arma sobre la cabeza de Felipe, la colosal y hasta entonces obstinada puerta se abrió con fuerza, y los caballos de Felipe y Nuño salieron á escape por el puente levadizo, echado por un descuido de Rui Pero, desde que ellos penetraron en el castillo.

—A ellos! á ellos! gritó don Gonzalo, furioso sobremanera, y sin separarse del caballo de Felipe.

—Retírate, infeliz, retírate y no me sigas porque te vá á salir peor la cuenta.

—A los infiernos te seguiria por beber tu sangre! repuso el maestre casi sin fuerzas.

—Nuño, gritó Felipe; este miserable tiene que entrar con nosotros en Burgos, cójelo por los cabellos y llevalo en tu caballo como si fuera un niño. Cuidado con que se escape.

—Nada temas: contestó el ex-teniente cogiendo al maestre como si tal cosa y antes que este tuviese lugar para huir.

—Es nuestro?

—Tan nuestro que no puede mover los ojos tan siquiera

Don Gonzalo lanzó un suspiro que conmovió á Felipe.

—Ah; maldicion! maldicion! esclamó despues; el infierno me ha retirado su apoyo!

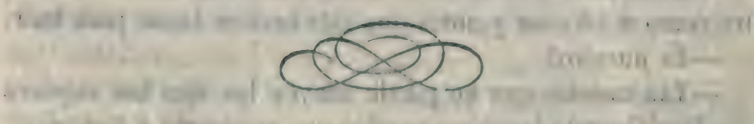
Sus labios no se desplegaron despues en todo el camino.

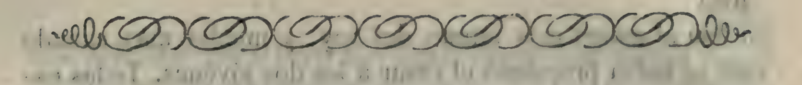
El jigante Nuño, le llevaba sujeto con sus manos de hierro.

Antes que la aurora acabara de recorrer el espacio en su carro de marfil; antes que el dia viniera arrollando paso á paso á las sombras de la noche, llegaron nuestros viajeres á Burgos.

Felipe llegó al alcázar real en el momento que dos personas, las dos hijas de reyes, y las dos fatigadas de la mala noche que penas antiguas le habian hecho pasar, estaban asomadas en las ventanas de sus habitaciones, entretenidas en ver despuntar el dia y aspirando la suave frescura de la mañana del estío.

Los dos fijaron la vista en la estravagante cabalgata que vieron salir por un ángulo de la plaza. La primera reconoció en el hombre que iba atravesado en el caballo y sujeto por Nuño, á su cómplice el maestre de Alcántara. La segunda vió en la jóven que Felipe llevaba con el mayor cuidado, á la mujer que su corazon ardiente y apasionado amaba con delirio. Las dos tambien lanzaron al mismo tiempo una esclamacion que no tuvo eco, porque casi espiró en sus lábios. La del rey llena de felicidad y de una alegria indecible: la de la reina, de rabia y venganza.





CAPITULO XLVII.

De como se habla de otra cosa, porque asi lo hace la cronica de que está sacada esta historia.

Si hemos de seguir en un todo á la crónica y á los historiadores de la época, nos vemos en la precision de abandonar á los viajeros para hablar de otras cosas y personas tambien muy principales en nuestra narracion.

Elvira salió del monasterio de las Huelgas, porque don Jimeno de Luna y Osorio regresó de Alemania, donde habia ido á recojer una inmensa herencia que pasaba á aumentar la dote de la amante de Felipe. Gran sentimiento mostró ésta al salir del convento y no dejó de derramar sentidas lágrimas al separarse de doña Beatriz, su amiga y madre á un mismo tiempo. La abadesa que estaba perfectamente instruida de lo que habia pasado con el conde de Haro, no le pareció prudente decir á don Jimeno lo ocurrido, porque al parecer don Lope de Haro, habia desistido ya de su propósito. Ningun pesar aquejaba ya el corazon de la interesante Elvira; al contrario, todo en él era dicha, felicidad; su padre habia vuelto de su largo y espuesto viaje, sin que le hubiese ocurrido el mas mínimo contra tiempo: Felipe, el objeto amado de su corazon podia ya ser su esposo, porque ocupaba una posicion brillante, y porque don Jimeno no podia negar la mano de

su hija al amigo mas íntimo del rey, y mucho mas cuando este se habia propuesto el casar á los dos jóvenes. Todas estas cosas las sabia Elvira por su mismo amante, que siempre que podia escalar el muro del jardin del convento, sin esposicion alguna, volaba á referirle cuantas circunstancias los iba acercando á la felicidad que ya casi tocaban.

Aunque el conde de Haro no habia vuelto al monasterio porque la superiora le quitó el derecho que como tutor de una educanda tenia para penetrar en él á toda hora, aunque dejó de importunar á Elvira con su presencia, y aunque al parecer se habia conformado con su destino, Don Lope amaba cada dia con mas vehemencia á la hija de su amigo. Y no habia desistido ni de casarse con ella, ni de vengarse del audaz rapazuelo que le insultó de una manera afrentosa. Don Lope no era ya el hombre irascible que conocimos en otro lugar: no era el malvado que no podia diferir ninguna de sus venganzas y proyectos para media hora despues de haberlas concebido; el conde de Haro que vemos en esta segunda parte, habia aprendido tal vez con los años, á reprimirse y poner por obra sus pensamientos á tiempo y lugar oportuno. Por lo demás, su corazon era el mismo. El conde reflexionó, y se hizo el siguiente razonamiento:—Qué adelanto yo con vengarme ahora del amante de Elvira? Adelanto que ella me aborrezca mas de lo que me ódia, y que si mañana la obliga su padre á que me dé su mano de esposa, no querrá dármela á mí, el asesino de su primer amante. Aguardemos: consigamos la mano de Elvira, y despues, cuando ya sea mia, desaparecerá para siempre su amante y mi rival.

Pero habia una persona que observaba los menores movimientos del hijo del último señor de Vizcaya. Esta persona, que lo conocia demasiado bien, que conocia además que el vengativo y sanguinario conde proyectaba alguna venganza, á pesar de hallarse al parecer tan tranquilo. Piedad, la penitente, protectora de Felipe, no perdia de vista al conde de Haro, ni desperdiciaba sus menores movimientos.

Piedad tenia que cumplir un deber sagrado. Habia ofre-

cido á Felipe librarlo de las tentativas ocultas que el conde de Haro preparase para satisfacer su venganza, y la penitente sabia hasta los mas insignificantes pensamientos, porque habia conseguido ganar al criado en quien don Lope tenia mas confianza.

Tan luego como el conde de Haro supo que habia regresado á Burgos el padre de la mujer por quien se abrasaba de amor, determinó ir á verlo y al mismo tiempo pedirle la mano de Elvira. Esta afortunadamente para don Lope no habia dicho á su padre ni una palabra de cuánto le habia sucedido con el conde, porque la amante del valiente Felipe, creia que ya el de Haro no volveria á molestarla, sabiendo como habia tenido lugar de ver, que amaba á otro hombre.

El hijo del último señor de Vizcaya, que una pasion arrastró á cometer todos los crímenes que en la primera parte de esta crónica se refieren, pasion ya apagada enteramente, porque don Lope era tambien inconstante y veleidoso, sino se propuso por todos los medios posibles obtener, sino el amor de Elvira porque eso era imposible, al menos su mano.

Don Lope dejó el alcázar, con ánimo de ver á don Jimeno de Luna y Osorio. Mas apenas hubo andado cuatro pasos, salió de una casa miserable y pequeña fronteriza al alcázar, una persona envuelta en sendos mantos de ordinaria tela negra, y cubierto el rostro completamente, que distante todo lo mas del conde unos veinte pasos, le siguió hasta que este penetró en la casa del rico-home el de Luna. El conde observó que la persona tapada le habia seguido, pero lo atribuyó á casualidad, porque los dos podian llevar el mismo camino, y sin hacer alto en cosa tan insignificante entró en casa de don Jimeno, donde fué recibido magníficamente, y conducido á presencia de este en un momento.

El padre de Elvira se levató al ver á don Lope, y le dijo echándole los brazos al cuello:

—Ah, mi querido amigo: con cuanto gusto os vuelvo á ver!

El conde respondió de la misma manera á los finos tras-

portes de alegría que su amigo manifestaba, y despues de pasados estos, le dijo, tomando posesion de un sillon ricamente adornado:

—Sabeis, amigo mio, en que ha venido á parar toda aquella reclusion y aquel deseo de huir del mundo, y.....

—Ola! habeis variado quizá de vida é ideas.....

—Sí, he variado, y venia á reprenderos porque.....

—Vamos, acabad, qué os detiene?

—Lo diré, contestó don Lope con sonrisa de broma; lo diré, puesto que lo deseais..... vengo á reprenderos, porque nadie mas que vos tiene la culpa de que yo sea ya otro hombre.

—Yo tengo la culpa? es chistoso esto... veamos: y qué he hecho yo para trasformaros?

—No os acordais?

—No recuerdo...

—Vos me sacasteis por primera vez al mundo despues de quince años de encierro voluntario, y esto solo bastó para que vuestro amigo el conde de Haro pensara en casarse en vez de volver á la vida pacífica y...

—Acabad.

—Y espiatoria!

—Todavía esas ideas?

—No, ya he conocido que todo no era mas que escrúpulos de mi conciencia. —Pero aquí me teneis á los cuarenta años enamorado, don Jimeno, y enamorado como un jóven de veinte. —Y todo por qué? porque me sacasteis de mi retiro, y como yo en el mundo no puedo estar sin amar...

El padre de Elvira soltó una estrepitosa carcajada, y dijo así que la risa se lo permitió:

—Pero hombre, si yo solo os llevé á un monasterio grave y sombrío, donde todo es triste y anti-mundano!

—No le hace, don Jimeno en ese mismo monasterio...

—Jesus mil veces! á que os habeis enamorado de la ilustrísima abadesa, doña...

—Por Dios amigo!

—Ah, ya caigo! Acaso de la monja amiga de mi hija, que os dejó un poco pensativo, con solo oir circunstancias de ella!

Multitud de terribles recuerdos se agolparon á la mente del conde.

—Qué, he acertado? repuso don Jimeno al ver pensativo á don Lope.

—No, amigo, no habeis acertado: contestó el conde procurando dar á su rostro la alegría que antes tenia.

—Pues entónces no puedo dar con el objeto de vuestro amor!

—Escuchadme, don Jimeno, este asunto hay que tratarlo con formalidad. Vos teneis ofrecida la mano de vuestra hija?

—Qué decís? esclamó el de Luna sorprendido.

—Si no está ofrecida la mano de Elvira, aqui teneis uno que la pretende y que se daria por muy dichoso si llega á obtenerla.

—Vos!

—Sí, don Jimeno; vuestra hija seria toda mi felicidad, y os prometo si consentís, que en mí tendrá un padre cariñoso y solícito que nada le negará, y...

—Basta, don Lope. Esa cuestion precisamente es la que á mí me ha tenido triste y cabizbajo en Alemania, y aun aqui mismo, despues de mi vuelta. Yo soy ya anciano, y si llegase á faltar mañana, como sucederá tarde ó temprano, Elvira, mi hija querida, quedaria sola, abandonada en este mundo, donde todo es engaño y falsía. —Yo habia pensado en casarla antes de mi muerte, para morir tranquilo respecto al porvenir de mi bella hija. Ningun esposo de los que en mi mente le he destinado, me ha parecido digno de la hermosura y riquezas de Elvira, en el dia la mas rica heredera de Castilla. No pensé en vos, única persona de toda mi confianza, porque os creia preocupado con las ideas de vivir siempre solo y apartado enteramente del mundo. Vuestra eleccion hubiera sido mi mayor deseo. Vos seríais para mi hija lo que me habeis dicho, que era todo mi afan, y yo mo-

riria contento porque habia encontrado un hombre que llenaba todas las condiciones que un padre quiere hallar para su hija. Don Lope, vuestras palabras me han llenado de contento. Oh! doy gracias al cielo por tanto bien como me hace! Elvira será vuestra esposa, os lo prometo.

—Y creeis que accederá gustosa?...

—Sí, amigo mio, accederá, porque es obediente y ama demasiado á su padre para no hacer lo que este le diga. Mi hija, no podrá menos de aceptar con gusto la eleccion acertada que yo he hecho. Además Elvira no ha tenido amores, y es un motivo mas para aceptar el esposo que su padre le destina. En fin, ella os conoce, y creo que mientras yo he estado en Alemania, habreis conseguido que os quiera como á un amigo.

—Nada de eso... repuso el conde inmutado. A vuestra hija no la ví despues de haberos marchado, nada mas que una vez.

—Cómo! pues si teníais todos mis poderes...

—No echeis á nadie la culpa... escuchadme. Cuando estuve esa única vez, la ví demasiado obsequiada por la superiora y la monja su amiga, y conocí que para nada me necesitaria. Sin embargo, como tenia que cumplir el encargo que me disteis de observar y ver si estaba bien cuidada, iba todos los dias al monasterio y me informaba perfectamente, sin ver á Elvira.

—Oh; bien, no importa; Elvira os amará, porque no podrá menos de apreciar en su justo valor las buenas y nobles cualidades de que estais adornado.

La frente de don Lope se nubló de pronto. Los elogios de su amigo eran para el conde peor que si le clavaran un puñal en el corazon, porque los remordimientos, ese gusano roedor de la conciencia se despertaban y crecian de una manera colosal. El rostro del de Haro se cubrió de una palidez espantosa, sus lábios se contrajeron á impulso de una sonrisa forzada, que don Jimeno no observó, y sus manos temblaron como las de una persona convulsiva. La mas viva impre-

sion causaron en el alma del conde las palabras de don Jimeno. Una reaccion maravillosa se obró despues en don Lope. De repente desapareció la palidez que cubria su rostro, y la mas serena tranquilidad se vió pintado en él. Todo era debido á una idea generosa que en un momento se le vino á la imaginacion. Don Lope pensó revelar á su amigo cuanto habia sido, y hacerle ver que el móvil que le habia inducido á pedirle la mano de la pura é interesante Elvira, no era el deseo de hacerla feliz tanto á ella como á su padre, sinó por satisfacer la pasion feroz y espantosa que ardia en su pecho. Pero en el instante que semejante pensamiento se levantó triunfante en medio de los remordimientos que bullian en su mente; en el instante de ponerlo por obra, para acallar el grito aterrador de su conciencia, se despertaron alarmando sus instintos de fiera, y tan generosa idea, tal vez la primera que habria tenido en toda su vida, desaparoció cual chispa eléctrica. El conde se acordó que por lograr sus intentos habia inmolado á un rey bueno y querido, que ya comenzaba á hacer feliz á sus pueblos, se acordó que habia sacrificado dos víctimas inocentes, tan solo por satisfacer injustas venganzas, y se avergonzó de haber sido débil por un momento. Se sonrió con amabilidad, y dijo á don Jimeno:

—Por Dios, amigo, ó mejor dicho padre mio, por Dios no me prodigueis tantos elogios, porque ciertamente no soy digno de ellos...

—Oh, sí, sí, lo sois, y cada vez me alegro mas de que mi hija lleve vuestro mismo apellido.

—Gracias... con que seré vuestro hijo?

—Lo sereis.

—Y si Elvira se niega.

—Perded cuidado; Elvira nunca desobedece á su padre.

—Luego entonces podré marcharme en la seguridad de que la esposa que ha elegido mi corazon...

—Será vuestra, os lo prometo.

—Ah, si supierais como se dilata mi pecho de felicidad; si os dijera que es tanta la dicha de que se halla poseida mi

alma, que me moriria de pesar si cualquier incidente nos privase á ambos de lograr nuestros deseos!

—Perded cuidado don Lope: os he dicho que sereis esposo de mi hija, y lo sereis á toda costa.

—Ah, gracias, gracias, amigo mio!

—Ahora mismo voy á prepararla, y hacerle ver las razones que tengo para darle un esposo tan pronto.

—En ese caso, me retiro, y quiera el cielo que otra vez que nos veamos pueda llamaros padre!

Don Lope estrechó la mano de don Jimeno, con afecto y salió de la casa de este, dudando mucho si tan luego como Elvira le contase la historia que Beatriz le habia referido á ella en el jardin, seguiria el de Luna en la misma idea.

El padre de Elvira creia un gran partido para su hija, al conde de Haro, porque tenia formado de don Lope un concepto en estremo favorable; y además, que por su posicion, por sus riquezas y por su inmenso poderío, el enlace con el hijo del último señor de Vizcaya lo hubieran deseado muchas familias de las principales de España.

Pero mientras don Jimeno se alegraba de haber tenido tan buena eleccion, mientras pensaba la manera de decir á su hija que se dispusiese á entregar la mano, que ya Felipe creia suya, al conde de Haro, Elvira, muy agena de cuanto habia pasado en la habitacion de su padre, abrió una de las ojivas que habia en su bella y elegante morada, y se asomó á ella con objeto de distraerse, si alguien pasaba por la calle. Lo primero que la jóven se echó á la cara fué á la persona encubierta que habia seguido á don Lope. Elvira se maravilló asaz al ver tan negro fantasma, y se maravilló mucho mas, cuando este, le hizo comprender por señas, que deseaba hablarla.

El primer pensamiento de la jóven fué cerrar las ventanas; pero se contuvo ó no lo efectuó porque la persona tapada con tanto esmero y cuidado, le dijo todo lo mas bajo que pudo ser, á fin de que Elvira lo oyese y no la gente que pasaba á la sazon:

—Sois la hija de don Jimeno de Luna y Osorio?

Elvira contestó que sí medio tartamudeando.

—Oh, cuanto me alegro haberos encontrado! Tengo que hablaros de cosas muy importantes, y si me permitiérais llegar hasta donde estais, sabríais de Felipe y de los peligros que la fatalidad os prepara.

—De Felipe! esclamó Elvira de pronto sin poder ocultar su alegría.

—Sí, de Felipe.

—Ah, quién sois?

—Perded cuidado... nada temais. Soy una persona que se interesa por él, y que os quiero sin conoceros, tan solo porque le amais.

—Y decís, qué quereis...

—Hablaros donde no haya testigos.

—Pues bien, subireis á mi habitacion, señora. Pasada esta esquina hallareis una puerta que es la del jardin, mi aya os la abrirá y os conducirá donde yo estoy.

—Ah, gracias, no sabeis el bien tan grande que me haceis!

La encubierta volvió la esquina y á poco penetró en el jardin, donde siguiendo á la persona encargada de conducirla, se encontró en una pequeña habitacion, adornada sencillamente, pero con gusto y elegancia.

Elvira se apresuró á salirle al encuentro, diciéndole al mismo tiempo con curiosidad:

—Quién sois, señora?

—Me descubriré, aunque estoy segura no me habeis de conocer: contestó la desconocida, echándose sobre los hombros el manto negro que la cubria.

A los ojos de Elvira se apareció el lánguido y pálido rostro de Piedad, que á pesar de todo lo que habia padecido, tenia todavía restos de su primitiva belleza.

—No me conocereis, verdad?

—Oh, no, nunca os he visto: repuso Elvira examinando con detencion á su desconocida.

—Lo creo, señora; pero no tengais recelo alguno; porque yo vengo á libraros de un peligro enorme que os amaga, vengo á hablaros de Felipe, de vuestro amante querido, porque... yo tambien le amo...

—Vos!

—Sí, le amo; pero no os asusteis, pobre niña, que el amor que yo tengo á Felipe es muy distinto al vuestro... vos lo quereis como amante, con pasion y delirio, y aunque yo lo quiero de la misma manera, mi cariño es el de...

Piedad calló porque observó que la frente de Elvira se nubló aunque ligeramente.

—Seguid, señora! esclamó esta, deseando salir de la situacion en que se hallaba.

—Os veo agitada y conozco la causa, hija mia. — Os habeis podido figurar siquiera que mi cariño hácia Felipe es lo mismo que el vuestro? Creeis tener en mí un rival? Ah, no hija mia, no miradme bien, examinad mi rostro surcado por las lágrimas y envejecido por las penas, y decid despues, si esta pobre mujer que vivia en un destierro, llorando culpas pasadas, habia de entregarse ahora á esas afecciones própias entre jóvenes como vos y Felipe, cuyos corazones libres y esentos de pesares, se embriagan con las inefables delicias de un amor puro y grande como lo es el vuestro.—Desechad todo temor, Elvira; porque si yo he abandonado mi destierro, si he dejado el monte, donde tengo mi casa hace más de quince años, si he quebrantado el voto que hice de no salir nunca de mi ermita, y de no habitar otro sitio que la montaña, en cuyo seno, he vivido tanto tiempo; ha sido porque la Providencia ha puesto en mi camino al jóven que vos amais porque tiene enemigos y solo yo puedo salvarlo...

—Y qué interés os ha movido...

—Seguís dudando? pues escuchadme:—Felipe no tiene padres como sabeis; casi estoy por aseguraros que pertenece, aunque bastardo á una de las familias mas ilustres de España.

—Luego conoceis á sus padres?

—Sí, hija mia, creo conoceros.

—Ah, por Dios, decidme cuanto sepais!

—Es un secreto; pero os lo diré todo.—Si yo manifiesto interés por vuestro amante, si os he dicho que le amo tanto ó mas que vos....

—Mas! dijo Elvira sorprendida.

—Sí, mas, porque yo puedo ser... su madre.

—Su madre! su madre! Ah, y como si...

—Escuchad una historia terrible, que os hará llorar porque está sembrada de crueldades!

—Oh, sí, sí, hablad.

Y Piedad contó entre lágrimas y sollozos la historia de sus desventuras.

Durante la narracion de la antigua amante del conde de Haro, Elvira no dejó de derramar lágrimas de compasion. Al concluir la penitente, le dijo admirada:

—Con que el conde de Haro....

—Puede ser el padre de vuestro amante, hija mia... pero todo esto no pasa de ser una figuracion mia, fundada en lo que os he referido... lo que sí os puedo asegurar es que siente mi corazon una dicha tan grande cuando veo á Felipe, siento un placer indecible cuando oigo su voz, le cojo sus manos y le oigo decir: «*madre mia*» oh, solo esa palabra me llena el alma de consuelo y me hace olvidar por un momento mis penas y dolores. Felipe es mi hijo, porque sino no lo amara tanto desde el primer momento en que le ví; Felipe es mi hijo porque una inclinacion natural me arrastra hácia él, y porque una voz secreta, que sin duda es la voz de la naturaleza, me dice, y con ello me llena de felicidad:—*Ese es tu hijo.*—Oh, sí; y Dios querrá que lo sea verdaderamente, porque sino me moriria de dolor!... pero yo deliro! Si no fuera mi hijo, á qué me ha inspirado Dios la idea de seguirlo á todas partes para librarlo de la maldad de su padre, que tal vez no se acuerda siquiera que abandonó á su hijo, siendo niño de solo tres años! Ah! es un mónstruo, huid de él! aborrecerlo siempre, porque es implacable en la

ira, porque es brutal en sus pasiones, y porque es un malvado que ni aun los efectos naturales de padre tienen cabida en su empedernido corazon! Pero yo os he hablado de un modo que no habreis comprendido. Lo creo: antes de deciros cuanto han pronunciado mis lábios, he debido avisaros, que el conde de Haro, ese hombre detestable que se goza en el crímen, el asesino de Fernando IV y de los hermanos Carvajales, apasionado de vos de una manera espantosa, ha tenido la audacia de...

—Oh, acabad!

—Valor, Elvira: valor y firmeza para negaros á entregarle vuestra mano!

—Mi mano! qué decis, señora?

—Sí, hija mia, el conde de Haro os ha pedido por esposa!

—Oh, nunca! pero cómo sabeis...

—Cerca del conde de Haro tengo un amigo que me revela todo cuanto le oye decir á este y sabe por los demas criados. Hoy me avisó de que venia á poner por obra su pensamiento y deseo, y como vuestro padre no conoce lo que es, creo que le ha dado una contestacion satisfactoria, á juzgar por la alegría que el conde llevaba pintada en el rostro, cuando salió de vuestra casa.

—Dios mio! esclamó Elvira derramando abundantes lágrimas; qué os he hecho yo para que me persiga la desgracia? Ah, no lo sé... pero no podeis confundir á ese malvado, y evitar, vos que sois tan poderoso, que haga nuevas victimas?... Decidme, señora, decidme que hago si mi padre me ordena que admita por esposo al conde de Haro!... Oh, se me vá la cabeza... hablad... yo amo tanto á Felipe!... amo tambien tanto á mi padre! Qué haré, señora?

—Qué hareis? Negaros, Elvira; tened valor para decir á vuestro padre que el conde de Haro es un infame.

Apenas acabó Piedad de pronunciar las anteriores palabras, se oyó ruido de pasos en la galería que desde las habitaciones de don Jimeno, habia hasta las de Elvira. Esta se

levantó, y despues de descubrir con cuidado el tapiz que cubria la puerta, dijo á Piedad, sin poder ocultar la turbacion y el miedo que se habia apoderado de ella,

—Es mi padre, señora, mi padre que vendrá... Cielos, tened piedad de mí!... Huid, señora... no, no, escondeos aqui y con eso oireis cuanto pase.

Elvira escondió á la penitente en parte donde pudiese oir todo y no ser vista, y despues se sentó para esperar á su padre, procurando tranquilizar su ánimo, á fin de que no notase la agitacion que las palabras de Piedad habian producido en esta. Por mucho que Elvira quiso hacer para dar á su rostro la tranquilidad que realmente no tenia, no fué bastante para que don Jimeno dejara de notarlo.

Don Jimeno de Luna y Osorio penetró en la habitacion de su hija con aire risueño y alegre. El padre de Elvira no podia tampoco disimular la alegría que las palabras del conde de Haro habian despertado en él. Su amante corazon de padre, no podia menos de sentir la felicidad que Dios enviaba á Elvira, pobre niña espuesta á quedar sola el mejor dia, sin padres, sin parientes, sin esposo, si don Lope, hombre á juicio del de Luna, honrado y noble, no hubiera venido á proponer á este precisamente lo que don Jimeno hubiera deseado siempre, creyendo que su hija seria feliz con el hombre que tan buenas cualidades y condiciones reunia. El padre de Elvira ignoraba completamente, lo que habia sido el hijo del último señor de Vizcaya, porque vivia precisamente en Alemania, de donde era su esposa, todo el tiempo en que don Lope se entregó á la intriga y al crímen.

Don Jimeno miró á su hija, que á la sazon de entrar él en su habitacion se hallaba cabizbaja y entreteniéndose en arrugar con sus blancas y preciosas manos las lindas tocas de Holanda que le cubrian la cabeza, y le dijo no sin manifestar alguna sorpresa:

—Qué tienes, Elvira?

—Ah, perdonad, no os habia sentido, padre mio... estaba distraida.

—Tú me engañas; Elvira!

—En qué, señor?

—Te veo pálida, y...

—Perded cuidado, padre mio, nada tengo, nada absolutamente, os lo aseguro!

—Oh, es necesario que te animes. O estás acaso mas contenta en el convento que con tu padre? dijo don Jimeno como ofendido.

—Callad, señor! con vos estoy contentísima; tanto, que no quisiera separarme nunca de vuestro lado.

—Oh, bien, bien, hija mia! Ahora prepárate á oir una buena noticia. Tan buena, que yo estoy casi loco de contento.

Elvira miró á su padre con detenimiento, y lanzó un suspiro en sus lábios.

—Sí, una magnífica noticia, Elvira.—Se trata nada menos que de tu casamiento.

—De mi casamiento, señor! esclamó la jóven como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—De tu casamiento, sí.—Pero antes voy á decirte las razones que tiene tu padre para pensar en colocarte: repuso don Jimeno enternecido.

—Señor, dejad...

—No, no, escúchame.—Si yo te he buscado un esposo es solo por tu bien, Elvira; mi edad avanzada me ha obligado á elegirte un hombre que será tu esposo, tu amante, tu padre.

—Padre mio!...

—Mañana puedes amanecer sin tu padre, porqué mi edad es avanzada y mis achaques muchos. Moriria con la pena, con el desconsuelo, de que te dejaba á tí, pobre flor recien abierta, espuesta á los huracanes y tempestades del mundo, sin un jardinero cariñoso y solícito que se interese por tí y por tus inmensas riquezas. Semejante idea bastaba para que tu padre no entregase su último aliento al Dios que se lo habia dado, con toda la tranquilidad, tan conforme como debiera.

—Ahora bien; no basta que te cases con cualquiera, es necesario que tu padre te busque un esposo que sepa apreciar tus virtudes y me releve en un todo: es necesario una persona digna de tí, noble, rica, y persona ya madura que te ame tanto el primer dia de tus desposorios como el último de su vida ó de la tuya. —Este hombre le ha encontrado tu padre, en su deseo de hacerte feliz para siempre.—Dentro de muy pocos dias serás, alégrate, hija mia, serás la condesa de Haro.

—Nunca! esclamó Elvira horrorizada.

Don Jimeno miró á su hija, sorprendido y le dijo como dudando de lo que habia oido:

—Qué has dicho? repítelo, repítelo; necesito oirlo otra vez...

—Perdon, padre mio!... pero vuestra hija no puede ser la esposa del conde de Haro...

—No, y por qué?

—Ah, señor!...

—Habla, habla; por qué no puedes ser la esposa de don Lope?

—Porque.... perdon!

—Elvira!

—Ah, voy á ser franca con vos, que sois mi padre!

—Sí, sí, hija mia!

—Yo amo desde mucho antes que vos pensarais partir para Alemania á un jóven que...

—Sigue: repuso el de Luna con voz temblorosa.

—A un jóven, padre mio, que sin él seria vuestra hija desgraciada! Si me amais, si deseais mi felicidad, consentid en nuestra union y vuestros deseos quedan cumplidos. Vuestra hija tiene ya un jardinero solícito que la cuidará, jardinero que ya conoce y á quien está acostumbrada. El mismo rey de Castilla que ama á Felipe como si fuera hijo suyo le ha prometido mi mano, valiéndose del derecho...

—Basta! el nombre de ese jóven!

—Felipe.

—Su apellido, sus padres!

Elvira tembló de pies á cabeza. Miró á su padre asustada, é inclinó la frente sobre el pecho, derramando un torrente de lágrimas.

—No me contestas?

—Padre mio!

—Su apellido quiero saber, y á qué familia pertenece!

—Lo ignoro...

—Infeliz! quiéres que tu padre consienta en casarte con un hombre que no conoce á sus padres? Un hombre que no tiene apellido y que no podrá dárselo á sus hijos?—Qué has dicho desgraciada!

—Ah, yo padezco...

—Todo se ha concluido. La única pena que te impongo por tener relaciones ocultas, sin que tu padre lo sepa: es casarte con el conde...

—Oh, qué horror!

—Deliras, infeliz! Horror; sabes lo que te dices!

—Sí, horror; porque el conde es un malvado! Señor, misericordia, compasion!... yo os amo, padre mio, os obedeceré como siempre en todo lo que querais; pero casarme con el conde, nunca! antes me dejo matar!...

—Oh, retírate, desgraciada! me abochorno en tener una hija tan rebelde y desobediente? retírate de mi presencia!

—Señor, padre mio, perdon!... si supiérais lo que es el conde de Halo, si os dijera sus maldades y...

—Nada quiero saber, todo es falso! repuso don Jimeno alzando el tapiz para salir de la estancia de su hija.

—Falso?

—Sí.

—Ah, no lo creais! escuchadme un momento... oidme, señor, oidme dos palabras!

—Silencio! nada quiero oir! Eres mi hija, tengo derecho para disponer de tu mano, y como esta se halla ya ofrecida, he dispuesto que tu casamiento con el esposo que te he elegido se efectue al instante.



Señor. Padre mio, perdon!

—Jamás!

—Don Jimeno miró á su hija con compasion y dijo ya casi pasando la puerta:

—Todo es por tu bien! algun dia me darás las gracias!

—Oh, nunca! con el conde de Haro seré tan desgraciada como lo han sido todas las personas que se han opuesto á sus deseos... padre mio; yo no puedo obedeceros en lo que quereis!

—Desgraciada!... serás su esposa porque lo mando yo!

—Ah, padre mio, perdon! vos no podeis mandar que vuestra hija se sacrifique! esclamó Elvira cayendo de rodillas y arrastrándose hasta donde estaba su padre.

—Apártate! eres una desobediente!

—Perdon!

—No te perdono! retírate! Solo si consientes...

—Tomad mi vida antes!

—Bien, harás lo que tu padre quiera: dijo don Jimeno saliendo de la estancia y dejando caer el tapiz.

Elvira esclamó alzando cuanto pudo la voz:

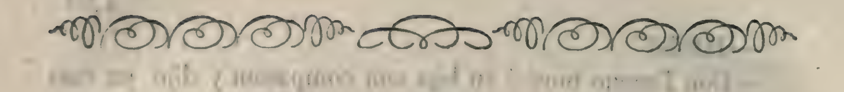
—Bien, padre mio, os obedeceré; pero tened entendido que entregais vuestra hija á un asesino...

—Asesino! esclamó don Jimeno asustado.

Y despues de llegar á su habitacion, dijo echándose fatigado en un ancho sillon:

—Cuánto he sufrido! Si Elvira tendrá razon! Todo se averiguará; un padre tiene que tratar estas cuestiones con mucha madurez.

Mientras esto decia don Jimeno, Elvira cayó desmayada en brazos de la penitente, que salió al instante de su escondite y se apresuró á sostenerla.



CAPITULO XLVIII.

En el que se prueba que la razon es un poderoso argumento para hacer creer lo que se duda.

Con los ausilios de Piedad, volvió la amante de Felipe del desmayo. Elvira comenzó á llorar de una manera tan desconsolada que nada bastaba á contener el llanto, único desahogo del alma, cuando esta se halla con alguna pena. La infeliz Elvira tenia motivos para llorar y afligirse. Cómo oponerse á la voluntad de su padre? Cómo al mismo tiempo decir á Felipe que la mano que ella le habia ofrecido pertenecia ya á otro hombre? Semejante situacion para una niña tan jóven como Elvira, era demasiado terrible. Y en ella mucho mas que no habia hecho en toda su vida mas que amar á Felipe con toda la verdad, toda la pureza del primer amor, y que su padre jamás la contradijo en lo mas mínimo, porque la queria demasíado para quebrantarle los gustos y caprichos que como niña y mujer tenia. La amante de Felipe lanzó un lastimero suspiro, como arrancado de lo mas hondo del alma, y dijo á Piedad recostando sobre su pecho la cabeza:

—Ah, señora, qué desgraciada soy!

—Valor, hija mia, valor; porqué si el espíritu se llega á empobrecer todo se ha perdido. Vuestro padre obcecado no

ha querido daros oidos; pero estoy segura, que vuestras palabras han hecho eco en su escelente corazon.

—Ah, no lo creais! mi padre es muy amigo del conde, y atribuirá á calumnia todo cuanto se diga de él! Lo que si puedo aseguraros es que no cederá ni un ápice... y yo seré la esposa de ese hombre infame y.....

—Nunca, hija mia! esposa del conde de Haro!... antes preferid un convento, ó perded veinte vidas que tuviérais!

—Oh, Dios mio! Dios mio!

—Pero tranquilizaos... vamos, alzad la cabeza, alegraos y hablemos de... Felipe.

—Infeliz! no sabe lo que sucede... no sabe que si sufro es solo por él, que le amo con delirio! Oh, sí; y antes hago, lo que habeis dicho que pertenecer á otro hombre! Te lo juro por todo lo mas sagrado, por la memoria de mi madre querida, por nuestro amor santo y verdadero como el de los ángeles que habitan en las regiones celestes! O tuya, ó... Dios mio, tened piedad de mí! socorredme, no consintais que ese hombre malvado triunfe tambien esta vez!.. para qué dejais en el mundo tanto tiempo sin castigo á semejante mónstruo?—Ah, señora, madre mia; permitidme os llame asi... yo padezco, sufro de una manera superior á mis fuerzas!...

—Sí, sí, hija mia... repuso Piedad derramando abundantes y sentidas lágrimas.—Sí, llamadme vuestra madre; para mí es un gran placer, y procuraré por todos los medios posibles que ese dicho se convierta en realidad.—Tranquilizaos, os quiero ver contenta: vamos, hacerlo por Felipe, Elvira; necesito que esteis tranquila y sosegada para contaros el plan que he concebido...

—Plan! habeis concebido un plan... y encaminado á qué, señora!

—Encaminado á salvaros!

—Ah, bendita seais!... sí, sí, hablad; ya estoy tranquila... miradme bien; no veis mi rostro sereno?... hasta me sonrio... mirad, mirad...

Con efecto á los lábios de Elvira se asomó una sonrisa forzada, con todo el sello de la amargura y el sufrimiento.

—Ah, bien, hija mia; escuchadme ahora: dijo la penitente pensando un momento.

Elvira la miraba con un interés cada vez mas creciente.

Piedad le cogió sus manos con cariño y le dijo despues bajando un poco la voz:

—Pienso ir á ver á vuestro padre, y decidle lo que es el conde de Haro; pero no creais, probándoselo todo con hechos, si todavia cree una calumnia lo que le habeis dicho de él.—Vuestro padre, estad segura de ello, aborrecerá en seguida á su amigo, porque no podrá menos de suceder así. Toda persona honrada, toda persona, cuyo corazon sea como el de don Jimeno, tiene que odiar, tiene que aborrecer el crímen y la falsía!

—Ah, madre mia! si tal sucediera me volveria loca de alegría.

—Pues no lo dudeis.

—Seguid, seguid... y despues?

—Despues le diré que el esposo que el cielo y el rey de Castilla os ha elegido, es de muy noble familia y de padres conocidos...

—Y os creerá, señora? dijo Elvira como dudando.

—Vuestro padre creerá, si es caballero, á la hija de un infante de Castilla!

—Cielos! vos?...

—Sí, sangre real corre por mis venas y las de Felipe...

—Ah, señor, señor... con que es cierto?...

—Vuestro amante, vuestro esposo futuro, es nieto del infante don Juan, hijo del sábio rey don Alonso X!

—Ah, corred, madre mia; id á ver á mi padre y decírselo todo! Quiera el cielo que sean atendidas vuestras palabras! Id, señora, no perder tiempo... yo mientras tanto rogaré á Dios que mi padre... Ah, no os detengais!... aquí espero la vida ó la muerte! Si mi padre no consiente mi union con Felipe, si se obstina en casarme con el asesino de Fer-

nando IV, entonces no vengais... por esa señal, conoceré yo si debo... pero no, es imposible, mi padre no es cruel, y me ama demasiado! Id, madre mia; ya os espero con la respuesta, con un sí que me colmará de tanta felicidad como necesito ahora, despues de tan rudos embates como he sufrido, ó con la negativa que acabará de matarme!

Piedad se cubrió con el manto de buriel negro que llevaba, y salió de la estancia de Elvira, tomando la misma direccion que don Jimeno de Luna habia seguido.

El anciano padre de la desgraciada amante de Felipe, se hallaba triste y pensativo. Por mas que hacia por encontrar una persona de toda su confianza que le averiguase cuanto se decia acerca del conde de Haro, no podia hallarla, porque á cuantas conocia adulaban y mendigaban una sonrisa del poderoso hijo del último señor de Vizcaya, vuelto de nuevo á la corte y sus intrigas. Don Jimeno se hallaba sentado en un sillon, con los codos apoyados en los brazos de éste, y su frente ardiente descansando sobre sus manos blancas y finas como las de una mujer.

Piedad entró y dijo al mismo tiempo:

—Sois don Jimeno de Luna y Osorio?

—Soy don Jimeno; pero y vos?

—Yo soy una pobre mujer que viene á haceros una revelacion importantísima.

—Una revelacion! y sobre qué?

—A cerca de las dudas que teneis.

Don Jimeno miró sorprendido á la desconocida.

—Vuestro nombre?

—Piedad.

—No os conozco. Si os descubriérais...

—Perdonad, puede estar aquí alguien y temiera ser conocida.

—Y podeis decirme quien sois, siquiera; porque vuestro trage tan pobre y raro á un mismo tiempo me hace creer que efectivamente seais una pobre mujer... por otro lado, vuestras palabras...

—Voy á satisfaceros. Soy en efecto una pobre mujer, sola, desvalida, que nada tengo, sino una miserable choza enmedio de los campos, donde vivo hace mas de quince años, llorando culpas pasadas y la maldad de los hombres.

—Luego sois...

—Una penitente, don Jimeno, que ha abandonado su santa morada para evitar que un hombre malvado y criminal en estremo, cometa mas crímenes que los que ha cometido en su juventud.

—No os comprendo.

—Comprendereis al instante. Vuestro amigo el conde de Haro, es indigno hasta de pisar estos sitios!

—Indigno un noble á quien estimo y...

—No sigais! Sabreis lo qué es don Lope y os avergonzareis hasta de haberlo llamado amigo. Ya os he dicho que me he constituido en espía del conde, para evitar que triunfe de los planes infernales y diabólicos que en su mente forja. El conde de Haro ha nacido para el crímen; el conde de Haro se ha gozado en los espectáculos mas horrendos y sanguinarios! Ha visto espirar á un rey que tal vez hubiera sido la felicidad de su patria, y el conde de Haro se ha sonreido de placer! Ese rey era Fernando IV, muerto por vuestro amigo!

—Señora!

—Os suplico me escucheis: —El conde de Haro amó: pero como ama la fiera, á una jóven prohijada por la reina doña María Alfonsa de Molina, y como esta jóven amase con delirio á uno de los hermanos Carvajales, y se negase siempre á aceptar las proposiciones y ofertas de vuestro amigo, este se vengó achacando á los infelices hermanos la muerte de un señor de la casa de Benavides. El amante de Beatriz y su hermano fueron decapitados por la peña de Martos, y la desgraciada jóven llora hoy dia en el monasterio de las Huelgas de esta ciudad, su desventura y la del esposo que el cielo la habia destinado.

—Y esa jóven se llama?

—Beatriz.

—Oh, cierto, en las Huelgas hay una monja amiga de mi hija que tiene el mismo nombre y fué protegida por doña María Alfonsa de Molina: dijo don Jimeno, acordándose al mismo tiempo de lo demudado que se habia puesto el conde de Haro, cuando en el locutorio del convento nombró la abadesa á la de Robledo.

—Sí, dijo Piedad, esa religiosa es la jóven, cuya historia os he contado! Vuestro amigo se gozó en la pena y en los dolores de esa infeliz.

—Pero, señora, ese hombre es un mónstruo! esclamó el anciano indignado.

—Sí, un mónstruo; pero un mónstruo el mas malo y malvado que ha existido jamás! Escuchadme, aun no he concluido:—El conde amó á una muchacha, hija del pueblo entonces, y educada por gitanos porque sus padres la abandonaron desde muy niña. Ella accedió á los ruegos y promesas del vil que mas tarde la abandonára, y se entregó al conde porque le amaba con delirio. El fruto de este trato fué un hijo; que el malvado, mas adelante, cuando ya habia despreciado y aun sellado el rostro á la mujer, cuyo delito era amarle mucho, le robó su hijo y lo abandonó, siendo niño de solo tres años.

—Esa historia es horrible, señora!

—Oh, y tan horrible! El malvado fingió arrepentirse de todos sus crímenes, y segun he sabido, ha vivido quince años que hace de esto procurando tranquilizar su conciencia. Todo mentira! Podeis creer que el hombre que cometió tantos asesinatos sin inmutarse siquiera, el hombre que fué perjuro una y mil veces, y que aun ni sintió en su pecho los afectos de un padre, pudiese llorar y rogar á un Dios en quien no creia?

—Perdonad, señora, yo lo he visto, y puedo asegurarlos.

—Sí, tal vez estuviera arrepentido; pero ved cuán poco le ha durado. En el dia tiene ya proyectadas varias venganzas!

—Oh, estais cierta!

—Os lo juro por todo lo que querais.

—Hablad, contádmelo todo, señora, porque yo... pero despues os referiré lo que iba á hacer, ignorando cuanto me habeis dicho.—Seguid si os place!

—Todo lo sé, don Jimeno.

—Todo! Luego sabeis que me ha pedido la mano de una hija única, que el cielo me ha dado buena y hermosa como un ángel?

—Sí, lo sé, y á eso precisamente iba á parar.—Don Lope ha jurado la muerte del amante de vuestra hija, y poseer á esta á toda costa!

—Desgraciado! pero qué? sabeis...

—El delito del primero es amar á Elvira, tanto que ya raya en frenesí, el de la segunda porque le ha dicho, que lo aborrece de muerte.

—Pero cuándo! cómo ha sabido don Lope...

—El conde ha perseguido en el convento á Elvira sin dejarla un momento; hasta que enterada la superiora se vió en la precision de prohibirle poner mas los piés en él. Un dia sorprendió á vuestra hija hablando en el jardin con su noble y valiente amante.

—Con que es cierto que Elvira ama á un jóven de desconocido orígen?

—Sí, cierto; vuestra hija es amada por un jóven digno de ella.

—Digno de ella!

—Sí, el mismo rey de Castilla, se honra con su amistad y...

—Seguid, qué os detiene?

—Os iba á decir que Alonso XI le ha ofrecido en vuestro nombre la mano de Elvira.

—Nunca! Mi hija no será la esposa de un desconocido, de un hombre que no tiene apellido!

—Ah, señor, esclamó la penitente en ademan suplicante: tened piedad de Elvira... vuestra negativa será su muerte,

porque ama á Felipe con toda la verdad, toda la pureza del primer amor!... su tierno corazon no podrá soportar un *no*, que destruiria toda su ilusion, y la esperanza lisonjera con que vive.

—Nunca, señora, ya lo habeis oido! Ya que no es esposa del conde de Haro, de ese hombre á quien miro con horror, jamás se separará de mi lado... y cuando yo sea llamado á otra vida, que es la eterna, Elvira irá á llorar mi muerte á un monasterio.

—Oh, no hagais tal, don Jimeno !Desechad esa idea, tened la bondad de escucharme.

—Hablad, señora; pero no pudiérais decirme quien sois?

—Perdonad, no puedo; y aunque pudiera no me conoceríais. Sin embargo, puede ser que algun dia os diga quién soy...

—Bien está, señora.

—Si contrariais á vuestra hija en sus amores, si os negais á su enlace, enlace que Dios consiente desde el cielo y vuestro rey aprueba aquí, temed las consecuencias...

—Consecuencias!

—Sí, y fatales! Sabeis lo que es una pasion, y una pasion llena de ilusiones como la de Elvira? Sabeis lo que es el corazon de una mujer, que como el de vuestra hija vive y se mantiene amando, y dejaria de existir si ese poderoso apoyo le faltara? Ah, señor, sed compasivo y consentid en la union de dos ángeles que han nacido para amarse, que serán desgraciados si se les separa, y dichosos si viven unidos, que es para lo que viven.

Don Jimeno se quedó pensativo un momento. Mil ideas y pensamientos se le agruparon á un tiempo á la mente. Por un lado veía á su hija, á quien amaba con frenesí, presa de la pasion que Felipe le habia inspirado, padeciendo horriblemente, porque él se habia opuesto al enlace que los dos amantes deseaban vivamente: por otro luchaba con la fatal idea tan propia de aquellos tiempos, en que el esposo que el mismo rey habia dado á Elvira, era de orígen desconocido y sin apellido. Cómo, decia don Jimeno, entrego yo la mano de mi

hija, de la única heredera de la casa de Luna, á un hombre sin apellido, sin orígen conocido? Ah, imposible, imposible!... la heredera de mi nombre y riquezas tiene que enlazarse con un hombre, cuyo apellido sea tan noble y pueda igualarse con el de Luna y Osorio.

Piedad miró por largo rato con la mayor atencion á don Jimeno. Este, pasóse una mano por su frente ardiente y abrasadora, y dijo otra vez, pero de modo que la penitente pudo oirlo perfectamente.

—Imposible! imposible!...

—Qué decís, señor? dijo esta palideciendo al mismo tiempo.

—Digo, que es imposible que yo consienta en semejante enlace...

—Y por qué? esclamó Piedad asustada.

—Porque el amante de mi hija es bastardo, y bastardo desconocido! La heredera de Luna necesita un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo.

Piedad inclinó la cabeza sobre su agitado pecho y lanzó un lastimero suspiro. La infeliz padecia en aquel momento de una manera horrible. Las palabras del padre de Elvira, habian abierto en su corazon una llaga incurable,—*El amante de mi hija es un bastardo, y un bastardo desconocido,»* habia oido decir Piedad, de su hijo querido, del sér por quien la infeliz daria cien vidas que tuviese.—Felipe, hijo mio, dijo para sí; perdon! perdon! yo te he hecho desgraciado!... perdon! yo te he lanzado al mundo para que sufras insultos, para que seas desgraciado, y para que te avergüences siempre de tu orígen!... Ah, y entonces desesperado maldecirás una y mil veces á los que te dieron el sér... me maldecirás á mí, que soy tu madre, por ser criminal, á mí que te amo con delirio, que diera toda mi sangre porque no derramaras una gota de la tuya; y que haria los mayores sacrificios por verte feliz y contento! Felipe, no me maldigas; ah! soy inocente... porque yo hubiera querido darte una corona; pero tu padre que es un infame, me abandonó y te abandonó á tí, pobre criatura, nacida para padecer solamente!

Piedad procuró al cabo desechar tan tristes pensamientos, y despues de reflexionar un instante; animada por el deseo de hacer feliz á su hijo y á la mujer que con tanta abnegacion y desinterés le amaba, dijo con tono indignado y quejoso á un tiempo.

—Con que quereis para vuestra hija un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo?

—Sí.

—Pues bien, ahí teneis al conde de Haro.

—Qué horror!

—Horror os causa! pues su apellido es tan noble y preclaro como el de Luna.

—Sin embargo...

—Ah, dijo Piedad interrumpiendo al anciano; no creí yo que fuérais tan orgulloso como esos nécios grandes y caballeros, que sacrifican á sus hijos por satisfacer esos fueros ridículos! Haceis bien, don Jimeno, casad á vuestra hija con quien se os antoje, separadla del amor de Felipe, y la perdereis para siempre! Pero qué os importa? habeis perdido á vuestra hija única, á quien decís que amais mas que á vuestra vida, y en cambio vuestro apellido, vuestra clase no se ha rebajado en nada!

—Señora!...

—Teneis razon, callaré... y perdonadme, os suplico, si deseosa de librar á vuestra hija de tantas desgracias como le preparais, me he escedido...

—Oh, no, seguid, seguid... vuestras palabras están llenas de verdades, que me veo en la necesidad de confesar.— Pero, decidme, si como yo tuvierais una hija única, á quien amaseis como yo amo á la mia, no procurariais que todo lo mas principal fuera para ella y...

—Sí; pero si en ello no estaba su felicidad, todo lo arrostraria y por todo pasaba con tal de que no padeciese mi hija, esa parte de nuestras entrañas! Y sino, decidme: si os dijeran que vuestra hija, la bella é interesante Elvira, seria desgraciada para siempre á menos que no consintiérais en el enlace...

—Accederia, señora, accederia; pero á costa de otros sacrificios bien grandes por cierto!

—Ah, pues tened entendido que sin el amor de Felipe, Elvira se agostaria insensiblemente como la flor que ha sido mordida por un insecto venenoso, ó como la que ha sido arrancada violentamente por el huracan... —Vos no conoceis, sin duda, lo que es una pasion contrariada en una naturaleza tan sensible y delicada como la de vuestra hija...

—Señora, teneis razon, pero...

—Permitidme: voy á haceros una revelacion que os pido guardeis siempre en lo mas recóndito de vuestro pecho.

—Hablad, hablad! esclamó el anciano con alegría.

—Piedad guardó silencio un momento, y despues dijo bajando la voz, á fin de que sus palabras fuesen solamente oidas por don Jimeno:

—El amante de vuestra hija es bastardo, no lo niego; pero no de orígen desconocido. La sangre de los reyes de Castilla corre por sus venas, porque su desgraciada madre es hija de un infante que habreis conocido en vuestra mocedad...

—Vive?

—No; el infeliz tuvo una muerte espantosa, sin duda para espiar, sino sus crímenes precisamente, las revueltas é intrigas de que fué autor, y lo mucho que hizo sufrir, á su patria y al rey su sobrino.

—Y ese infante se llamaba...

—Don Juan, hijo tercero del sabio rey Alonso X.

—El padre, señora? el padre de ese jóven...

—Perdonad, ese es el secreto. Solo os puedo decir que es tan noble como el mismo rey. Algun dia os doy mi palabra de decíroslo.

—Basta, señora, basta... mi hija será la esposa del protejido de Alonso XI! Dios los colme de eterna ventura?

La puerta que daba entrada á la habitacion de don Jimeno, y que solo se hallaba entornada, abrióse repentinamente. Dos personas penetraron por ella radiantes de alegría.

—Padre mio, gracias, gracias!... esclamó la primera que el lector habrá conocido por Elvira, quien se arrodilló á los piés de don Jimeno, derramando lágrimas de alegría y agradecimiento.

—Señor, vuestra es mi vida! esclamó el segundo cayendo tambien de rodillas á los piés del anciano.

—Felipe! esclamó la penitente descubriéndose y echándose en los brazos del que creía su hijo.

—Madre mia... repuso el jóven casi loco de contento y permaneciendo largo rato entre los brazos de Piedad.

—Su madre! dijo sorprendido el de Luna, que al ver á Elvira arrodillada á sus piés se apresuró á levantarla para estrecharla multitud de veces contra su corazon.

—Sí, mi madre, Elvira, mi madre. Señor, esta es mi madre, á quien amo con frenesí, mi verdadera madre buscada y no hallada hasta hoy en el espacio de diez y ocho años...

Piedad estaba casi petrificada. La alegría la habia quitado la accion y el uso de la palabra.

—Madre mia, miradme, soy yo, vuestro hijo querido... escuchad: Nuño se ha encontrado á un bandido muy anciano que era criado de Hugo de Troumblay, y le ha dicho, escuchadme, le ha dicho que yo soy vuestro hijo! No me oís? soy el hijo que tanto habeis llorado!... No me conoceis, madre mia?

—Piedad volvió en sí del parasismo en que tan agradable y no esperada sorpresa la habia sumergido, y esclamó despues de mirar á Felipe un momento, con ojos preñados de lágrimas.

—Hijo de mi alma!...

La misma escena de lágrimas, suspiros y vivos trasportes de alegría, volvió á reproducirse. Piedad abrazaba y acariciaba á su hijo sin cesar, y diciendo al mismo tiempo:

—Mi hijo!... Dios me ha oido! oh, qué placer! Estrechar su mano... acariciar su bello rostro... Felipe, hijo mio, cuánto te amo!

Esta escena tan natural y propia, sino se acabó completamente, fué modificada porque Piedad comprendió al cabo que no estaba sola con su hijo. Don Jimeno de Luna y Osorio participaba en union de su hija del contento que la penitente tenia. Esta se apresuró á decir:

—Ah, perdonad, señor, me habia olvidado...

—Dispensada estais, señora; y creed que he tenido un gran placer en veros en un instante dichosa.

—Ah, sí, dichosa... es verdad! y dicha que me durará siempre.—Este es mi hijo, señor: este es el jóven cuyo orígen os referia cuando entraron aquí precipitadamente. Quereis completar la felicidad de la madre mas dichosa que ha existido?

—Os comprendo, señora, os comprendo, y la palabra que dí entonces os la reitero ahora. Nuestros hijos verán cumplidos sus deseos.

—Ah, cuán bueno y generoso sois! esclamó Piedad enternecida, mientras que los dos jóvenes volvieron á arrodillarse cogidos de las manos, á los piés de don Jimeno. Este se apresuró á decir, levantándolos con cariño y dejando correr por sus megillas gruesas lágrimas, que bien pronto desaparecieron en su compacto y blanco bigote.

—Alzad, hijos mios, alzad; el cielo ha unido vuestros corazones; yo uniré para siempre vuestras mamos... Sed felices, y amadme tanto como yo os amo!

Los dos jóvenes se precipitaron en los brazos del anciano. Despues se miraron uno á otro, y un grito de placer, de dicha inefable, espiró en sus lábios.

Dos dias despues, cuando don Jimeno de Luna y Osorio se presentó al rey, que no habia visto desde que se fuera á Alemania, le dijo el monarca, así que hubieron pasado las palabras de ceremonia:

—Tengo que pediros perdon, don Jimeno.

—A mí, gran rey?

—Sí, á vos, porque he dispuesto de una cosa que os pertenece esclusivamente.

—Puedo asegurar á tu alteza á fé de caballero que no comprendo una palabra de cuanto te dignas decirme.

—Vamos, ya veo que os haceis el desentendido, será preciso que yo me esplique.—Habeis de saber que durante vuestra ausencia, y mientras que vos arreglabais en Alemania las inmensas riquezas que habeis heredado para vuestra hija, yo disponia de su mano aquí, sin encomendarme á Dios ni al diablo.

—Señor, repuso el anciano inclinándose, tu alteza es dueño de mi persona y de todo cuanto me pertenece.

—Sois, don Jimeno, la persona que mas estimo en mi corte, por vuestra lealtad y nobleza: contestó Alonso XI alargando su diestra al anciano que estampó en ella un beso con el mayor respeto.

—Y cuál es el esposo, dijo despues, que tu alteza se ha dignado destinar para mi hija?

—Oh, un jóven bellísimo en estremo y valiente como un Cid... Yo mismo me honro con su amistad, don Jimeno.

—Podríais decirme su nombre?

—Felipe solamente, porque el infeliz tiene la desgracia de ser bastardo, y bastardo de padres desconocidos.—Pero no os apureis por eso, porque su nobleza de carácter, su bondad de corazon, y el poder que tiene en su brazo, le hace digno de la espuela que su mismo rey le calzará muy pronto.—Si yo le he ofrecido la mano de vuestra hija es porque tengo entendido que se amaban antes. En un torneo en que salió triunfante, me pidió como gracia la mano de Elvira, porque creía que vos no se la concederiais.— Con qué puedo decirle...

—Señor, mi intencion era despues de saludaros, pediros la gracia de que os dignarais ser el padrino de la boda de mi hija.

—Cómo, la casais!...

—La caso muy pronto.

—Luego mi recomendado...

—Vuestro recomendado es el esposo que he destinado á

Elvira, satisfaciendo sus deseos, los vuestros, y los de un padre que solo quiere la felicidad de su hija. Señor, estais ya obedecido. Elvira entregará su mano á Felipe el dia que tu alteza disponga.

—Al instante, don Jimeno; me ofrezco de buen grado á ser el padrino, y por lo mismo quiero salir pronto de mi cometido. Vuestra hija es á lo que entiendo la mas rica heredera de Castilla?

—Sí, posée un capital inmenso que tal vez no tenga competidor.

—Bien, Felipe lo será tambien.

—Gracias, generoso rey: pero para qué lo necesita?

—Oh, sí, tengo que recompensarle... ese jóven me ha prestado servicios en estremo importantes. Me ha salvado la vida dos veces, una librándome del furor de unos asesinos que me acometieron una noche en la calle, y otra proporcionándome lo que necesita mi corazon para ser feliz. Con qué puedo yo recompensar tamaños servicios? Yo le he ofrecido armarlo caballero, hacerlo noble sino lo es; le he ofrecido riquezas, señoríos y todo cuanto desee, nada de eso me parece bastante...

—La mejor recompensa que tu alteza, á mi entender, ha podido darle, y la que estoy seguro apreciará Felipe mas sin duda, es la amistad con que le has honrado. Porque, qué mejor recompensa que el cariño de un rey?

—Sin embargo...

—No lo armais, caballero?

—Sí.

—Pues entonces basta con eso, señor.

El rey y don Jimeno se separaron al cabo, resuelto cuanto antes á que se celebrase la boda que los dos amantes deseaban vivamente.

Pero antes de pasar á otro asunto que hace tiempo está llamando nuestra atencion, aunque para ello tengamos que retroceder en el curso de nuestra historia, esplicaremos porque Elvira y Felipe se hallaban juntos.

En seguida que el amante de Elvira dejó en el alcázar á doña Leonor y al maestre, se dirigió volando al monasterio de las Huelgas, para ver á su amante en primer lugar, y para referirle cuanto le habia sucedido, teniendo entonces mas esperanzas que nunca de conseguir su mano, porque le habia casi ofrecido terminantemente el rey que sería esposo de la jóven que tanto amaba. Cual sería la sorpresa de Felipe, se concibe facilmente, al saber que Elvira habia salido del convento porque don Jimeno habia regresado de su viaje y sacádola del monasterio para vivir en Burgos en una preciosa casa de su propiedad. Felipe no supo si alegrarse ó no con la venida del padre de su amada: por un lado se alegraba porque sabria al fin el resultado de las promesas del rey, y por otro lo temia porque tenia una desconfianza, que por mas que hacia no lograba desechar. Sin embargo; resuelto á ver á Elvira, para prevenirla y para estrechar su mano, se decidió ir á Burgos y penetrar á toda costa en la casa de su amada. Felipe, como habrá tenido lugar de ver el lector, era resuelto y arrojado; jamás retrocedia cuando para lograr sus deseos se oponia cualquier incidente que por grande y sério que fuese siempre calificaba de insignificante. Así es que el jóven capitan de la guardia del rey llegó al instante á la casa donde vivia don Jimeno, precisamente en el momento en que Piedad se interesaba con el de Luna por él y por su amada. Felipe dió dos ó tres vueltas á la casa, y se paró despues por una casualidad en la misma esquina donde la penitente poco antes pidió á Elvira que le permitiera subir, pues tenia cosas importantes que referirle. Mientras que Piedad hablaba con don Jimeno, Elvira que tanto habia sufrido con las palabras de su padre, y que se hallaba con el alma pendiente de un hilo, como suele decirse, durante la penitente convencia á este, se resolvió asomarse á la ventana que daba á la calle, con el objeto de refrescar en algun tanto su cabeza, que un fuego abrasador, el fuego de la fiebre, habia tomado asiento en ella. La primer cosa que se presentó á los ojos de Elvira, fué un hombre que miraba á la casa con deteni-

miento. La hija de don Jimeno lanzó un grito acompañado de esta palabra.

—Felipe!

—Elvira! dijo tambien el jóven tendiendo hácia ella los brazos.

Pasada la primer sorpresa, le dijo este:

—Yo necesito hablarte Elvira mia; tengo que decirte que muy pronto seremos felices.

La frente de Elvira se nubló ligeramente.

—Felices! dijo á media voz; infeliz! ignora cuanto pasa!

—Qué tienes? Te veo pálida y....

—Oh, mucho tengo.... si necesitas verme para hablarme de nuestra felicidad, yo tambien deseaba verte para hablarte de nuestra desgracia?

—De nuestra desgracia?

—Sí; pero aqui es fácil que nos vean: vuelve la esquina y párate en una puerta que dá al jardin: iré á abrirte y....

Elvira no pudo continuar; la voz se la anudó en la garganta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. Bajóse de la ventana precipitadamente, y se dirigió al jardin, donde se hallaba la puerta en que estaba Felipe atónito y aturdido con lo que habia oido decir á la jóven.

—Elvira! amor mio! esclamó el jóven capitan del rey apoderándose con presteza de una mano de su amante: Elvira, qué tienes? qué palabras me has dicho! qué significan? Oh; habla; habla...

—Una desgracia enorme pesa sobre nosotros! oh, perdon...

—Yo te amo mucho y al mismo tiempo...

—Cielos! pero qué te pasa! qué hay?

—Felipe, me separan de tí! porque...

—Acaba! quién? por qué? Dímelo todo, nada omitais; porque ardo en deseos de saber ese misterio! Quién te separa de mí? quien tiene bastante poder...

—Mi padre...

—Tu padre! Ah, es verdad! pero por qué? por qué ha sido?

—Porque...

—Elvira, no me hagas padecer! Acaba...

—Oh, no puedo... no quisiera...

—Acaba, acaba...

—Porque me casan, Felipe, me casan!...

—Maldicion!

—Me casan con un hombre á quien tú y yo aborrecemos de la misma manera! Me casan con un mónstruo...

—Su nombre! habla... dime su nombre y te juro que dejará de existir hoy mismo! Su nombre, Elvira...

—El conde de Haro!

—Ah, ese hombre no está al alcance de mi espada!

Y Felipe inclinó su cabeza sobre el pecho, y se retorció las manos con indecible rabia...

Elvira le contemplaba atónita y vertiendo lágrimas ardientes.

—Felipe!... dijo al cabo cogiéndole una mano con cariño. Felipe... amor mio!...

—Oh, tienes razon; una desgracia enorme pesa sobre nuestras cabezas! Infeliz de mí! y yo que venia loco de amor, de felicidad, á anunciarte que el rey me ha ofrecido casi terminantemente tu mano...

—Oh, eso le dije á mi padre y me contestó que el rey no tiene derecho para disponer de su hija.

—Pero tú no le dijiste que el conde de Haro es un malvado, es un infame...

—Todo, todo, nada bastó, me dijo que eso era una calumnia; añadiendo que seria á toda costa la esposa de don Lope!

—Y piensas...

—Ah, no me preguntes, no aumentes mi dolor!

—Pero me amas?

—Felipe, necesito decírtelo?

—Oh, pues si me amas...

—Y mi padre? y el deber?

—Luego piensas sacrificarme? Ah, ingrata! maldicion!

—Felipe! mira...

—No, no te escucho, perjura, no te escucho! sé feliz, Elvira!... yo mientras tanto maldeciré en un destierro mi suerte y el engaño de una mujer deslumbrada con el brillo de una corona! Ah, comprendo, don Lope es conde, es noble, rico y...

—Semejantes palabras no las esperaba de tí! Ah, en vez de compadecerme, en vez de animarme, me insultas y me desprecias! y eres tú el hombre que me amabas tanto? Mentira, mentira!... si me amáras verdaderamente...

—Ah, perdon! perdon, Elvira mia!... perdon!... yo estoy loco, no sé lo que me digo, porque el dolor me tiene ciego, la idea de verte yo en brazos de otro me ha embargado los sentidos!... perdon, Elvira mia, perdóname... yo te amo mucho... Oh, con delirio! sin tí, seria desgraciado siempre, sin ti viviria condenado, loco; viviria como vive la fiera á quien le han robado sus cachorros! si me amas, si tu amor es una verdad, nada temas: huiremos á donde tu quieras, y disfrutaremos en otro lugar despues que la iglesia nos haya unido, de la felicidad que aquí nos quieren arrebatar! Acepta? Oh, dí que sí, y ahora mismo...

—Basta... ven conmigo, Felipe, vamos á oir nuestra sentencia ó las palabras que nos han de hacer felices eternamente!—Escucha, si mi padre se niega absolutamente á consentir nuestra union, y me casa á la fuerza y contra mi voluntad con el conde de Haro...

—Acaba!

—Te juro por nuestro amor y por el Dios que nos está escuchando, que un puñal atravesará antes mi corazon! ó tuya, ó de la muerte!...

—Elvira!...

—Sígueme, sígueme, no te detengas! dame tu mano y caminemos juntos asi hasta la habitacion de mi padre.

Los dos jóvenes echaron á andar y llegaron á la habitacion de don Jimeno en el momento precisamente en que éste

decia á Piedad: Basta señora...—*Mi hija será la esposa del protejido de Alonso XI.—Dios los colme de eterna ventura!»

Elvira y Felipe se miraron llenos de asombro.

Pero cuando el anciano volvió á repetir las mismas palabras, entonces se estrecharon las manos que tenian asidas, y despues de dirigirse una mirada henchida de amor, de felicidad, penetraron los dos en la estancia y se precipitaron á los piés del anciano como tuvimos lugar de ver.

CAPITULO XLIX.

De como hay que hablar de un asunto que se dejó pendiente por referir al lector todo lo que hemos dejado dicho en el capitulo anterior.

Firmes en nuestro propósito de seguir en un todo al cronista, nos vimos en la precision de abandonar al maestre de Alcántara y á doña Leonor de Guzman en el momento precisamente de llegar al alcázar real, y cuando ya Alonso XI los habia visto. El verdadero ó primitivo narrador de estos hechos, que nosotros vamos refiriendo con desaliñada y mal contada pluma, se disculpa diciendo, que dejó al Maestre y á su víctima, aunque en lo mas interesante, porque hacía mu-

cho tiempo no se hablaba ni se decía nada de Elvira y demás protagonistas, y tenia sus barruntos de que el público hasta se olvidára de ellos. Pero remediada esta falta, sino del todo en parte, retrocede en el curso de la narracion y dice que Felipe y su amigo el valeroso Nuño Fajardo penetraron en el alcázar real, y cómo gente que conocian el terreno, principalmente el primero, lo anduvieron todo con sus cargas á cuestas, hasta que hallaron una preciosa habitacion donde dejaron á doña Leonor, echada en una magnífica y mas que magnífica cómoda poltrona que en nada desmerecia al mas blando lecho, y otra con honores de calabozo donde encerraron al Maestre, contra su voluntad y esfuerzos. Felipe cerró las puertas de ambas habitaciones con toda seguridad, y despues dijo restregándose las manos de alegría:

—Ya he ganado la mano de Elvira; y la espuela de caballero.

—Cuerno y sangre, sabes que todo eso no es nada para los peligros que hemos pasado, y para el trabajo que nos ha costado arrancar á doña Leonor del poder de ese renegado?

—Oh, no lo creo yo poco, Nuño! para mí es la suprema felicidad poseer al objeto amado de mi corazon y calzar la espuela de caballero, es decir; tener derecho para castigar al que me falte sea noble ó plebeyo... Mi situacion es en el dia la mas triste... soy bastardo, no estoy armado de caballero y...

Nuño se dió una palmada en la frente y esclamó interrumpiendo á Felipe:

—Por Baco y Barrabás, que soy el hombre mas desmemoriado del mundo! Pésia mi alma! pues no es nada lo que se me habia olvidado contarte!... Vamos, si cuando digo...

—Pero qué te sucede? dijo Felipe, sorprendido.

—Maldicion! pues si no hablas ahora de bastardo y caballero, me quedo yo sin decir una palabra de cuanto sé, y tú ignorando... A pesar que hubiera visto alguna vez á aquella mujer santa y buena que tanto te ama, y al instante me hubiera acordado...

—Júrote por el diablo, que sino supiera cosa en contrario, creeria que estabas borracho..... De qué hablas? y qué mujer es esa...

—Hablo de la monja... por Cristo, que no me acuerdo como se llama la mujer que como ella vive en el campo y en una ermita, entregada noche y dia á la oracion y á la penitencia...

—Ah, hablas de la penitente?

—Sí, cáspita, de esa hablaba...

—Pero que tiene que ver ahora...

—Vamos, voy á referírtelo todo y verás como tiene que ver la penitente con lo que yo decia. —Es el caso... pero díme, y perdona, tú no piensas ir á ver al rey y decirle que ya estamos de vuelta con víctima y victimario, ó piensas estarte aquí todo el dia haciendo la guardia á ese maestre de los demonios que Dios confunda?...

—No, no pienso estarme de centinela aquí todo el dia, sino que es muy temprano aun y su alteza no habrá abandonado todavia el lecho... y como habíamos de esperar en otra parte, esperamos aquí á la vista de...

Comprendo, comprendo ahora perfectamente... Qué diablo, yo como no vea las cosas tan claras como el dia, maldito si entiendo una palabra....

—Pero no sigues lo de la penitente?

—Ah, rayo y Belcebú pues no me olvidaba otra vez! Vamos, soy el hombre con la memoria mas infeliz!—Es el caso que un dia, esto sucedió antes que partiésemos para el castillo de don Gonzalo, me ví entrar por las puertas de mi casa sin decir oste ni moste... Tú te acuerdas de aquel viejo francés que era criado de Hugo, tu padre adoptivo, llamado...

La frente de Felipe se nubló de pronto. Los mas espantosos recuerdos se le vinieron á la imaginacion. Miró á Nuño con desagrado, y le dijo sin poderle ocultar el disgusto que tenia en oirle hablar de cosas que queria olvidar á toda costa.

—De qué viejo hablas?

—Del que servia á Hugo de Troumblay, de aquel anciano que tanto te llevó en brazos... se llamaba... infame memoria!...

Felipe se encogió de hombros. No se acordaba del nombre de su nodriza.

—Ah, cáspita, ya me acuerdo... se llamaba Troufoit!

—Es verdad, asi se llamaba: pero qué queria Troufoit?... Yo hacia ya muerto á ese pobre hombre...

—Y yo... pero cátate que cuando mas ageno estaba, no digo de eso, sino de acordarme de él siquiera, me lo veo entrar por las puertas de mi casa, dándome los buenos dias con la mayor cortesia y amabilidad.

El infeliz iba desconocido. Debe vivir en la mas espantosa miseria porque llevaba unos andrajos que apestaban á cien léguas.

—Quién sois, buen hombre?... le dije sin conocerlo.

—Tan demudado estoy que no os acordais de mi?

—No os conozco por mas que hago.

—Pues soy Troufoit.

—Troufoit... Troufoit... dije yo, queriendo acordarme del apéllido.

—El criado que el señor Hugo tenia para cuidar aquel niño á quien todos tanto queriamos.

—Ah, teneis razon, camarada! esclamé dándole mi mano con afecto.—Y despues me contó una porcion de cosas tales, como por qué se separó de los *formidables* y como me habia hallado. El infeliz concluyó por pedirme una limosna.

—Y le socorriste? dijo Felipe con interés.

—Diablo, ya lo creo; le dí un buen puñado de monedas de plata de las que don Gonzalo me dió, y el pobre no sabia como darme las gracias. Cuando ya se marchaba, se me ocurrió una idea magnífica...

—Veamos.

—Me acordé de la penitente, y dije puede ser que este Troufoit, ó diablo, sepa quiénes son los padres de Felipe...

—Mis padres!

—Si, y para el efecto, le llamé y le dije despues de hacerle echar un buen trago del vino que sabes suelo yo beber:—Estais enterado, amigo Troufoit de los secretos de nuestro antiguo capitan?

—De algunos, me contestó, no, sin sorprenderse de mi pregunta.

—No hay que sorprenderse, camarada, le dije; solo quisiera que me contáseis algo, si sabeis, acerca de Felipe... del niño...

—Sí, del niño que pasaba por hijo de Hugo. Era efectivamente su padre nuestro capitan?

—No.

—Y sabeis quién se lo entregó á él, ó por dónde...

—Voy á deciros cuanto sé.

Felipe prestó la mayor atencion, al decir Nuño las anteriores palabras.

—Los soldados de Hugo, dijo el viejo Truofoit, cogieron en el camino de Burgos á una mujer anciana y horrible llamada Simeona, que huia de la ciudad con el niño y una porcion de dinero que habia robado al médico del rey, judio que tenia mas oro escondido que el que hay en toda España si se reuniera. Nuestros compañeros, la llevaron ya casi cadaver á presencia de Hugo, porque la maltrataron atrozmente en vista de que ella puso una tenaz resistencia en entregar el dinero que llevaba. Hugo de Troumblay le hizo varias preguntas acerca del niño, de quien se enamoró al verlo tan hermoso, preguntas que la vieja satisfizo con voz débil y apagada.

—Y esas preguntas! esclamó Felipe de pronto.

—Esas preguntas fueron contestadas de esta manera:

—La vieja dijo que huia de Burgos con aquel dinero robado al judio su amigo, muerto por el infante don Juan, y que el niño que llevaba se lo habia entregado dicho judio para que lo cuidara, mientras sus padres lo reclamasen.—Y sabeis el nombre de los padres de esta criatura? dijo Hugo, cuando ya la anciana casi tenia vida.—Lo sé, contestó con

trabajó.—Sus nombres...—La madre se llama Piedad, y el padre... La anciana espiró sin decir el nombre de tu padre.

Felipe estaba tan sorprendido que no oyó casi las últimas palabras de su amigo Nuño.

El viejo Troufoit continuó de esta suerte:—Muerta la vieja dispuso nuestro capitan que se la registrase, y entre el mucho dinero que tenia se le encontró unos papeles concernientes al nacimiento del niño que Hugo adoptó por hijo. Estos papeles fueron rotos por el capitan á fin de que no encontrasen sus padres al niño que se le llamó desde entonces Felipe.

—Luego...

—Tu nombre verdadero; segun Troufoit, es Enrique.

—Enrique!

—Sí.

—Y mi madre es la penitente?

—Si, porque se llama Piedad y llora, á lo que creo un hijo que le quitaron cuando niño, cuyo nombre era Enrique.

—Gracias Dios mio!... esclamó el capitan alzando las manos al cielo.—Oh, bien me lo decia el corazon!... Madre... madre... con que puedo pronunciar tan dulce palabra?... Quédate, Nuño, quédate aquí un momento; voy á decirle soy vuestro hijo madre mia! soy el hijo que tanto habeis buscado y llorado... soy Enrique... madre querida. Enrique, el mismo á quien buscais todavia!...

Nuño Fajardo procuró sonreirse para disimular lo conmovido que estaba.

Felipe tendió su diestra al ex-teniente, y le volvió á decir, disponiéndose á marchar:

—Quédate, Nuño, quédate aquí cuidando del preso, mientras yo busco á mi madre querida...

—Pero dónde vas?

—A la ermita, á...

—El amante de Elvira se halló detenido por unos brazos bigorosos. Un hombre le detuvo al atravesar un callejon estrecho y oscuro que habia inmediato al sitio donde estaba Nuño Fajardo.

—Quién sois, quién sois, voto al diablo! esclamó Felipe sin poder ocultar su impaciencia.

—No me conoceis, caballero?

—Cómo os he de conocer si no me veo los dedos de las manos?

—Pues venid á la luz.

—Oh, dejadme! necesito...

—Venid, caballero; yo tambien necesito veros.

—Pero quién sois?

—Me conoceis? dijo el desconocido, saliendo á la claridad.

—Perdon, señor, perdon!... esclamó el jóven, inclinándose con humildad y respeto.

—Ah, y os queriais marchar cuando mas necesito de vos?

—No, señor; tu alteza puede disponer de mí... solo que creyendo estabais aun en el lecho, marchaba á...

—No, no dormia: os he visto entrar en Burgos... con... con... decidme si me he engañado... si el deseo me ha quitado la vista... si el deseo, me ha hecho ver una cosa que no venia con vos... Leonor, ha venido Leonor?

—Sí, rey de Castilla, ha venido: os ofrecí traérosla y no me hubiera presentado, si por desgracia...

—Dónde está, dónde está? De dónde habeis venido con ella? Quién me la arrebató? oh, hablad, decídmelo todo, todo... decidme si ha padecido; si ha sido desgraciada... todo, Felipe, amigo mio, todo!

—Señor, con doña Leonor ha venido su raptor.

—Su raptor!

—Sí, el hombre vil y villano...

—Su nombre!

—El raptor de doña Leonor, es el asesino que osó levantar su espada contra tí, aquella noche en que yo tuve la honra...

—Oh, su nombre, Felipe! decídmelo cuanto antes!...

—Don Gonzalo Martinez.

—El maestre de Alcántara!

—El mismo, señor: el maestre de Alcántara era el que te-

nia á doña Leonor encerrada en el sitio mas apartado de su castillo... el maestre de Alcántara, habia jurado poseer á toda costa á vuestra amante.

—No, Felipe, os han engañado; el maestre de Alcántara es solo un mero instrumento de la reina.—Pero seguid, contadme como habeis podido llegar hasta donde estaba doña Leonor; os suplico por lo que mas ameis, no omitais la menor circunstancia!

El futuro esposo de Elvira, refirió á Alonso XI cuanto habia hecho y pasado por librar á doña Leonor, del maestre de Alcántara.

—Bien, os habeis portado como yo esperaba, amigo mio.

—Señor tanta bondad...

—No, no es bondad; es que el rey de Castilla solicita vuestra amistad.—Queréis concedérsela?

—Por Dios, señor, hasta mi vida os diera!

—Lo sé, valiente jóven; pero guardarla, guardarla para otra persona... Elvira vendria mañana reclamando vuestra vida tan preciosa... no quiero ser egoista... vuestra vida es la de la hija de don Jimeno; yo solo quiero vuestra amistad.

—Cesad, gran rey, cesad en vuestros elogios, porque me confunde sobremanera, yo no soy digno, ni con mucho mas que hiciera por tu alteza, no soy digno, decia á tantos favores, á tanta honra! Cualquier súbdito leal, hace por vuestra alteza lo que yo...

—Equivocado estais, y permitidme que os lo diga; tengo en mi corte pocos hombres tan fieles y valerosos como vos. Y sino escuchadme: yo tuve un amigo á quien colmé de títulos y bienes; por malgastar las rentas de la corona, y por abusar de la privanza que tenia conmigo, sacando en mi nombre á los pueblos cuanto dinero podia. Hubo un dia en que este pueblo sufrido y virtuoso se cansó de aguantar tamaña tirania, y se propuso hacérmelo presente de una manera que á mí me llegase al alma. Con efecto, Valladolid me cerró sus puertas sino despedia al audaz favorito que todo lo dirigia y mandaba á su antojo. Y en vez de ofrecerse él á

separarse de mí, para no agravar la situacion, en vez de decirme:—Rey de Castilla, Valladolid tiene razon; yo me retiro, y si algun dia me hago digno de obtener vuestra amistad, volveré, seguro que me habreis perdonado...

—Y el conde...

—El conde de Trastamara, no solo se encolerizó al oir mi determinacion, sino que se rebeló contra mí, y osó amenazarme.

—Infame!...

—Oh! pues no quedó ahí. Sin embargo, á pesar de todo, lo perdoné, y le dejé sus títulos y riquezas, y el infame apóstata dió el grito en la frontera, de «*Muera Alonso XI.*» La justicia y mi honor ofendido estaban pidiendo una pronta y enérgica reparacion! Lo demas ya lo sabeis.—Ahora bien, si colmé de títulos y honores á un hombre que conspiraba contra mi hacienda y mi crédito, qué no os haré á vos que sois noble de corazon y honrado por naturaleza, á vos, por último, que me habeis dado la felicidad mas grande! Si perdiera la corona de mis padres y vos me la rescatárais, no me hubiera alegrado tanto, no fuera tan feliz!

—No?

—No, Felipe... Y sino decidme; qué preferiríais mejor, la vida moral, las afecciones del corazon y las gratas y súbitas sensaciones, ó esa vida ficticia y deslumbradora que todo es oropel y aparato, y que si bien es verdad que llena las exigencias de la sociedad y del mundo, no satisface ese vacío que tienen en el alma las personas que carecen de un amor verdadero?

—Oh, yo desecharia veinte coronas, señor!...

—Bien, sois de los mios! Dejemos ahora esta conversacion, y conducidme al momento adonde se halla Leonor...

El monarca se sonrió de placer, y siguió á Felipe que en un instante llegó adonde estaba el valiente ex-teniente de los *formidables*.

Nuño, se cuadró como un soldado y saludó al rey con el mayor respeto.

—Es amigo vuestro, Felipe? dijo don Alonso al ver á Fajardo.

—Y de los mas íntimos, señor: el valiente Nuño ha contribuido no poco...

—Calla!

—Aquella magnífica idea de que pasáramos por los centinelas como si fuéramos yo el maestre, y el Ruy-Pero, su escudero, fué del amigo Nuño.

—Magnífico! habeis sido militar?

—En mis primeros años fuí oficial de las tropas del rey de Aragon.

—Y despues?

—Despues... desengañado...

Felipe miró con ojos ávidos á su compañero. Este comprendió el significado de semejante mirada, y continuó, procurando enmendar las palabras que habia vertido.

—Despues desengañado de los hombres, no hice nada, en servicio de ellos.

—Hola! sois filósofo?

—Rara vez, señor: el buen vino de Toro me hace olvidar muchas veces la injusticia de los hombres...

—Vuestro amigo dijo el rey volviéndose al amante de Elvira, y haciendo porque Nuño no lo oyese; os relevará en el cargo de capitan que vos desempeñais con los soldados de mi guardia.

—Gracias en su nombre, generoso rey!

—Servios indicarme dónde está Leonor.

Esta que ya habia vuelto de su desmayo, dejó el sillon que ocupaba y todo lo miró sorprendida.—Dios mio! esclamó; donde estaré ahora?... esta casa, estas ventanas sin rejas, este hermoso aposento no es el mismo donde el infame maestre de Alcántara...

Doña Leonor calló de pronto, porque la puerta que daba entrada á su habitacion, se abrió con fuerza. Las últimas palabras de la de Guzman, llegaron á oidos de Alonso XI.

—Leonor! esclamó el monarca corriendo hácia ella presuroso.

—Señor... Alonso! dijo esta, dudando de lo que veia y precipitándose delante de Felipe, en brazos del rey de Castilla.

Hubo un momento en que los dos amantes, satisfaciendo justamente los deseos de sus corazones, se contemplaron en delicioso y amoroso éxtasis. Felipe miró con envidia tamaña dicha.

Pasados en el monarca los trasportes de alegria que el hallazgo de su amante le habia proporcionado, despues de contemplarla una y otra vez, despues de prodigarle las mas cariñosas y amantes palabras, le dijo sin poder ocultar su indignacion y la rabia que contra el maestre se iba formando en su pecho.

—Sereis vengada señora: conozco ya á vuestro infame raptor!

—Perdon, rey de Castilla! perdonadle por esta vez... que no sea yo causa de la muerte de un hombre.—Perdonadle, os suplico... yo que he recibido grandes agravios de él, que hasta he sido amenazada... le perdono... porque la dicha que esperimento al veros, ha desterrado para siempre de mi corazon la rabia que en un momento tuve contra don Gonzalo. Le perdonais? señor?

—Cuán buena eres, amor mio!

—Con que...

—Nunca!

—Oh!

—Nunca, Leonor; la cabeza del gran maestre de Alcántara rodará por el polvo! Las faltas cometidas por don Gonzalo solo se pagan con la vida! No sabeis que ha hecho armas contra su rey?

—Contra vos!

—Sí, la noche que saliendo de vuestra casa por primera vez, aquella noche divina en que os dije mi amor tanto tiemdo oculto en mi corazon; pues aquella noche recordareis que fuí acometido por unos asesinos...

—Sí, sí; recuerdo perfectamente!... y era...

—Era don Gonzalo Martinez, que sino es por este valiente jóven hubiera asesinado al rey de Castilla!

—Infame!

—Con que ya veis, señora, si se ha hecho acreedor al castigo que le preparo: ademas que le dije á la reina delante de vos que la persona que tomase á su cargo lo que ella cree reparacion de sus ofensas, moriria en un cadalso. Pues bien otro motivo mas teneis ahí; mi palabra es sagrada... Alonso XI, no será debil nunca!

Doña Leonor inclinó un momento la cabeza, y mirando á Felipe con interés y como queriendo dejar consignadas sus palabras, dijo:

—Haced lo que gusteis, señor: yo he hecho cuanto he podido por salvarlo! Que sepa toda la grandeza, que sepa Castilla y el mundo entero que yo he perdonado al hombre que me ha ultrajado, al hombre digno de morir en un cadalso por sus maldades! Señor, sois rey, teneis ese derecho divino que Dios ha concedido solo á los reyes, de perdonar al delincuente, aunque sea en el momento mismo de subir las gradas del patíbulo: el maestre de Alcántara me ha ofendido, yo le perdono... os ha ofendido á vos tambien... haced lo que gusteis!...

—Leonor, tus palabras despiertan en mi corazon una pasion que desconocia completamente: el maestre de Alcántara, será amado acaso...

La de Guzman miró al rey sorprendida; y dijo interrumpiéndole:

—No sigais, no sigais! os he comprendido y ojalá no fuera así! en esas palabras veo un triste y doloroso desengaño!....

—Leonor, qué dices!... oh, tus palabras...

«Basta, señor, basta! Lo habeis dicho, y cuando vuestros labios han proferido semejantes palabras, prueba bien clara es de que ya no me amais! Oh, cuando yo mas os amo... cuando cobijo en mi seno el fruto de nuestra pasion!...

—Ah! con qué es verdad... un hijo! oh! cien vidas diera por tí... yo no amarte! deliras Leonor...

—No, no deliro, vos no me amais, porque si tal sucediera no hubieras interpretado mis palabras de la manera que lo habeis hecho, no hubiéras dudado de mí, señor!

—Ah, desecha, desecha esos pensamientos y ocupemonos de la felicidad de nuestro hijo querido!

—Nuestro hijo! Ah, qué porvenir tendrá...

—El mas brillante, Leonor: su padre sabrá colmarlo de títulos y bienes, sabrá darle el primer lugar en su corte, y una corona real sino le basta todo eso!

—A un bastardo!

—Bastardo!... es mi hijo y nadie se opondrá á lo que por él haga su padre!

—Escuchadme, señor; mañana habremos dejado de existir los dos, y ocupará vuestro solio el hijo que doña Maria dará muy pronto á luz! Que será entonces del mio?

—Será amado, porque el rey de Castilla no podrá menos de querer á su hermano!

—No, y sino mirad mil ejemplos: los infantes de la Cerda no son bastardos y sin embargo...

—Oh, callad! á que ocuparnos ahora de cosas que están por ver?—Hablemos solo de nuestra dicha, y perdonadme si he podido ofenderos!... es verdad, yo he interpretado mal vuestras palabras... el objeto que os llevais...

—Mi objeto, señor, al hablar asi es que no se cometa una muerte por mi causa! Y ya que el vulgo se entretiene en deshonrarme porque os amo, ya que dicen he robado á la reina las caricias y el amor de su esposo, no digan tambien que dispongo á mi antojo de las cabezas de vuestros cortesanos!

—Bien, amor mio, le perdono, por tí; porque tú me lo has pedido y yo no puedo negar nada á la mujer que tanto amo! Vivirá el maestre de Alcántara, Leonor, vivirá; voy á decírselo yo mismo ahora, y á decirle tambien que á tí te debe tamaño favor!

El monarca salió de su habitacion, seguido de Felípe.

Ambos llegaron en un momento adonde estaba Nuño Fajardo.

—Qué hay? preguntó Felipe con interés.

—Nada de particular: solo de vez en cuando se le oye jurar y blasfemar como un condenado: el ánima de ese pobre debe pertenecer al demonio hace ya tiempo.

El rey se sonrió al oir las palabras de Nuño, y le dijo despues con amabilidad:

—Teneis las llaves de esa puerta, amigo?

—Guardadas en lo mas escondido de mis vestidos: contestó el ex-teniente haciéndolas sonar.

Y Nuño despues de sacarlas de un bolsillo de la ropilla que llevaba debajo de la armadura, las metió en las cerraduras y candados de que eran cada una. La maciza puerta que guardaba al maestre de los caballeros de Alcántara, se abrió de par en par. Un hombre sentado en una banqueta de baqueta, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos fuertemente atadas, se presentó al rey. Don Gonzalo Martinez levantó la cabeza y miró primero á don Alonso y despues á Felipe. La mirada que dirigió á este último, hubiera arredrado á otro hombre que no fuera el amante de Elvira de Luna. El rostro del maestre estaba feroz, horroroso: sus megillas encendidas como la grana, sus ojos inyectados de sangre, sus labios cárdenos y contraidos, denotaban claramente la situacion de su ánimo. Don Gonzalo se hallaba en una de esas situaciones en que no se sabe el ánimo ni lo que tiene ni lo que desea. Todo él se encontraba dominado por una rabia espantosa que le habia quitado el conocimiento: su deseo era vengarse, pero vengarse horriblemente de las personas que lo habian reducido á la desesperada y vergonzosa situacion en que se hallaba. Doña Leonor, Felipe y aun el mismo rey de Castilla, pasaban por su mente como espectros, como víctimas sacrificadas por él. El infeliz no se acordaba que era impotente, que estaba preso, y en un calabozo no se pueden confeccionar las venganzas que proyectaba con feroz alegría.

Don Alonso acompañado de Felipe y Nuño Fajardo se acercó al maestre y lo contempló un momento con indignacion. Don Gonzalo permaneció con la cabeza inclinada. Felipe se acercó á él y le dijo, tocándole en el hombro:

—Caballero...ved que estais á presencia del rey de Castilla!

El maestre alzó la cabeza y volvió á mirar á Felipe con la misma ferocidad que antes. Se dirigió despues al monarca, y repuso sin poder ocultar el fastidio que semejante visita le proporcionaba:

—El rey... y qué quiere el rey de Castilla?

—Pediros cuenta de vuestra conducta, caballero; contestó don Alonso con magestad.—Pediros cuenta de vuestra conducta, y...

—No reconozco semejante derecho en un hombre como yo: dijo el maestre con indiferencia, y resuelto á no callar ni al mismo rey.

—Miserable! esclamó el monarca indignado y dando un paso hácia él.

Don Gonzalo se puso de piés con prontitud y esclamó echando fuego por sus ojos de hiena:

—Venís á asesinarme, rey de Castilla? Venís á asesinarme vil y traidoramente?

—Oh, vos sí que sois asesino, traidor, é indigno de llevar el hábito que vestís! Sabeis, miserable, lo que habeis conseguido con vuestras audaces palabras? sabeis lo que os espera, infeliz?...

—De vos, todo lo espero... contestó el frenético y desesperado maestre, con la mayor sangre fria.

Otra persona que tuviera lo que vos no teneis, hubiera implorado á su rey... otra persona con honor, le hubiese dicho: *«señor, os he faltado, he tratado hasta de asesinaros; pero solicito vuestro perdon!*

—Nunca!

—Bien está; sois hasta vano, para que nada os falte... Bien está, maestre de Alcántara, vuestra cabeza rodará por el polvo inmundo del cadalso!

El maestre se sonrió con desden... Alonso XI repuso en estremo encolerizado:

—Os reís, miserable? oh, todo podia yo esperarlo de una persona que ha perdido el pudor y la vergüenza. Me abochorno hasta de que hayais pertenecido á una órden benemérita y preclara! Un hombre de honor se hubiera muerto de vergüenza al oir que iba á espirar en un cadalso y de la manera mas deshonrosa y criminal! Sereis ejecutado á presencia del pueblo, y despues que vuestra cabeza haya servido de mofa y de burla á la multitud, se quemarán vuestros restos. La iglesia hasta os rechaza!

Don Gonzalo miró al rey con ojos de fiera, y despues volvió á sonreirse con mas cinismo, mas descaro que la vez primera.

—Oh, sois un mónstruo odioso y detestable, maestre de Alcántara! dijo el rey volviéndole la espalda con desden y echando á andar.

Pero don Gonzalo que mientras pasaba lo que dejamos referido, hacía todos los esfuerzos imaginables, aunque con el mayor disimulo, por librarse de las ligaduras, consiguió romperlas al cabo, y precipitándose sobre don Alonso, le dijo, cogiéndolo con mano fuerte y vigorosa:

—Aquí, rey de Castilla, aquí asesino de la humanidad, me habeis insultado y os voy á atravesar el corazon!

El monarca no opuso la menor resistencia. Don Gonzalo hombre alto y de fuerzas casi fabulosas, lo habia agarrado por un brazo con la misma seguridad con que coje el milano á la tímida paloma. Pero en el momento en que el maestre sacó del cinto un puñal que llevaba escondido, y cuando lo alzaba en el aire para sepultarlo en el corazon del rey se precipitaron sobre él Nuño y Felipe, esclamando horrorizados:

—Qué haceis desgraciado!

Nuño Fajardo se tiró al cuello del maestre, el que apretó con su mano de hierro, cayendo don Gonzalo de espaldas, abriendo las manos, y soltando á su víctima. El va-

liente ex-teniente le puso despues un pié en la garganta.

—Aquí lo teneis, rey de Castilla, lo mato?

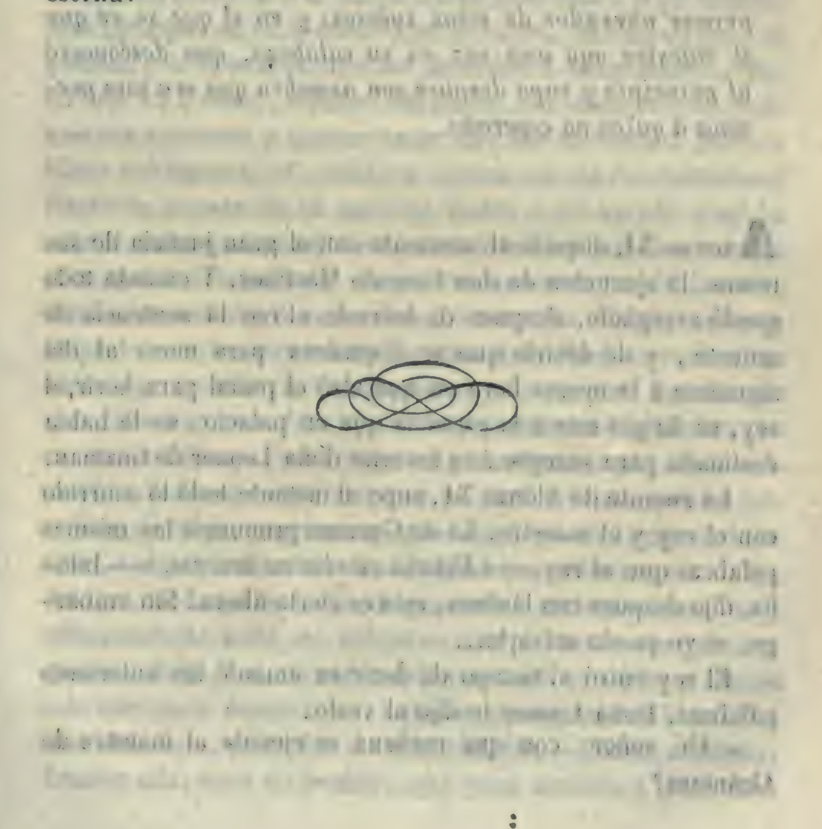
El monarca no respondió una palabra, llamo á unos cuantos soldados, y así que estos llegaron les dijo con la mayor tranquilidad:

—Llevaos á ese infeliz al calabozo mas lóbrego y seguro del alcázar, mañana á esta hora habrá dejado de existir!

Los soldados se apóderaron del medio cadáver maestre, y desaparecieron con él para poner por obra al instante el mandato del hijo de Fernando IV.

Don Alonso se acercó á Felipe y le dijo:

—Ya lo habeis presenciado: el miserable me hubiera asesinado sino es por vos y vuestro amigo! Su muerte estaba escrita!



CAPITULO LX.

De como se cuenta una cosa que se indicó al principio de esta obra y no se refiere hasta ahora porque así convino al primer narrador de estos sucesos; y en el que se vé que el maestre oyó una voz en su calabozo, que desconoció al principio y supo despues con asombro que era una persona á quien no esperaba.

Alonso XI, dispuso al momento con el gran justicia de sus reinos, la ejecucion de don Gonzalo Martinez. Y cuando todo quedó arreglado, despues de leérsele al reo la sentencia de muerte, y de decirle que se dispusiera para morir al dia siguiente á la misma hora en que alzó el puñal para herir al rey, se dirigió este á la estancia que en palacio, se le habia destinado para siempre á su favorita doña Leonor de Guzman.

La amante de Alonso XI, supo al instante todo lo ocurrido con el rey y el maestre. La de Guzman pronunció las mismas palabras que el rey:—« *Estaba escrita su muerte.* »—Infeliz, dijo despues con lástima, esta es cierta ahora! Sin embargo, si yo puedo salvarlo...

El rey entró al tiempo de decir su amante las anteriores palabras. Doña Leonor le dijo al verlo:

—Ah, señor; con qué mañana se ejecuta al maestre de Alcántara?

—Mañana, señora: le dijo el rey, dispuesto á contestar sobre el particular con toda la seriedad que le fuera posible.

—Y no queda alguna esperanza?

—Ninguna, señora, ninguna absolutamente!... don Gonzalo morirá mañana! El rey de Castilla estaria inoportuno si lo perdonara.

—Y aunque vuestra amante...

—Por Dios, Leonor amada, no os molesteis; porque me veré en la precision de deciros que no... Si yo le perdonara despues del horrible atentado que cometió contra mi persona, si por un momento fuera generoso con ese hombre infame y villano, vuestro amante, señora, se desprestijiaria para siempre.... el rey de Castilla sería dominado por esa cáfila de lobos hambrientos que el vulgo llama grandeza, y yo miserables, porque se rien cuando yo lo hago, hablan cuando yo quiero, y al mismo tiempo me muerden á escondidas!... Todo esto vá á cesar, señora! mi padre fué desgraciado, porque era generoso y porque creia que sus cortesanos estaban libres del rigor de la justicia si alguna vez se desmandaban! Hasta la muerte de mi querido padre y mi mayor edad ha sido la monarquia una mentira en Castilla, solo ha servido para que los orgullosos magnantes que siempre la han rodeado, cometieran á su sombra las mayores infamias é injusticias. Los reyes, servian de juguetes á media docena de atrevidos que de todo se apoderaban, solo porque llevaban lo que ellos llaman nobles apellidos y pertenecian á ínclitas casas en otro tiempo, ya rebajadas y envilecidas por ellos mismos!... Todo vá á cesar repito; yo daré al trono que he heredado de mis mayores, y que ocupo por la voluntad del cielo, todo el brillo, toda la dignidad que debe tener!... Ay, del que ose empañarlo!... desgraciado aquel que inmundo y vilimpendiado trate de cobijarse con el manto de púrpura que lo cubre! Y si alguna vez hay un rey que falte y ultraje á lo que yo le dejaré ileso, caiga sobre su cabeza la maldicion del cielo, y el odio de sus vasallos.—Desde mañana, Leonor mia, verá mi pueblo, que yace abatido y miserable,

que su rey se ocupa en su felicidad, y en que su nombre limpio y preclaro como un dia de primavera, se oiga nombrar en todos los ámbitos de la tierra para ser querido y respetado á un tiempo! Yo le haré ver por último, que el grande y el pequeño que se deslice, el noble y el plebeyo que falte alguna vez á su deber, será castigado en proporcion del delito que cometa. El indigno maestre de Alcántara trató de asesinarme una noche no sé por qué... faltó á una órden que yo dí á la reina delante de vos... sublevó un pueblo entero para que se negase á recibirme, sufriendo yo semejante bochorno, y no oponiéndome á él porque creí que era espontáneo, que era la voz de un pueblo oprimido que cansado de su horrible situacion, arrostraba el todo por el todo, para salir de ella... y por último, quiso asesinarme vil y traidoramente! El maestre de Alcántara, Leonor, es un monstruo espantoso, que merece el castigo ya decretado! Su sentencia de muerte se ha hecho ya patrimonio del pueblo; y esta determinacion sola, ha sido bastante para que conozca que para Alonso XI, todos son iguales ante la ley! Además, don Gonzalo, vil instrumento de la reina, osó ofenderos; os arrebató de vuestro lecho, ¿sabeis para qué? pues para decir á doña María estais vengada, señora; pero yo quiero el premio de mis servicios!... Semejante pensamiento es solo tambien un horrendo desacato contra mi persona!...

—Engañado estais sobre ese particular, señor.

—Engañado!... Delirais?...

—No, escuchadme:—Don Gonzalo Martinez no ha sido un vil instrumento de la reina; don Gonzalo no me arrancó de mi casa para servir á doña María; nada de eso; la misma reina ha estado en un error!

—No comprendo...

—Dejadme concluir:—Si don Gonzalo ha hecho cuanto sabeis, no ha sido por vengar á la reina, de quien se vende amigo por tener alguna disculpa, ha sido por satisfacer sus deseos, y por vengarse de mí...

—Luego...

—Sí, me conocia, y os suplico me perdoneis si antes no os he referido cuanto con él he sufrido.

—Hablad! dijo el monarca lleno de curiosidad.

—El maestre de Alcántara, repuso la de Guzman mirando al rey; me conoce desde que yo vivia con mi difunto esposo. Una pasion feroz concibió en el primer momento de conocerme. Sin embargo, disimuló porque era íntimo amigo de este; pero cuando murió, cuando me vió sola y libre de los lazos que me unian antes, me declaró su amor en los términos mas horribles. Yo desseché á un hombre que siempre me fué antipático, y condenado por su posicion al celibatismo. Huí de él cuando ya me perseguia como un loco, fuime al lado de mi tio Guzman, y le dije mas de veinte veces que le odiaba, y que nunca accederia á la mas pequeña de sus peticiones. Con efecto, yo lo odiaba, lo aborrecia de muerte; era un hombre, señor, que me hacia odiar hasta el amor, segun me lo pintaba. Mas adelante supe que él fué el que mató á mi esposo, porque creia que el único inconveniente que habia para el logro de sus deseos era la presencia de Velasco. El infame lo hizo desaparecer para siempre, y me dijo el mismo dia que me lo trajeron muerto, que ya podiamos ser felices.

—Pasado todo lo que os he referido antes de la muerte de mi esposo, me persiguió con incansable afan, y por último, viendo que yo no accedia, juró vengarse de mí cruelmente, y poseerme á toda costa. Un horrible proyecto puso por obra en seguida.

Doña Leonor, calló porque las lágrimas le ahogaron la voz.

—Sigue, sigue, amor mio!... repuso el monarca con creciente interés.

La de Guzman se pasó por los ojos llenos de lágrimas un finísimo paño de blanquísima holanda, y continuó no sin lanzar antes un suspiro, dedicado á los tristísimos tiempos á que se referia:

—Yo tenia en mi servicio una buena y leal mujer que me habia criado, y que todavía vive...

—Su nombre...

—Munima.

—Perdonad, ya no vive; Munima fué encontrada con el pecho atravesado con un puñal, la noche de vuestra desaparicion...

—Infeliz! y no ha habido esperanza de salvarla?

—Se encontró muerta.—Seguid, seguid, vuestra narracion.

—De esa desgraciada se valió el maestre para lograr sus intentos. Munima fué ganada segun él habia creido; por una porcion de dinero, ese poderoso aliciente que todo lo corrompe y por el que se consigue cuanto se desea.—Munima, sin embargo, no fué ganada por el oro de don Gonzalo. La infeliz vino á mí un dia toda trémula y llorosa, y me hizo la siguiente declaracion:—Me dijo que el maestre le habia entregado gruesas cantidades de dinero, y le ofreció un porvenir brillante si me echaba en la comida unos polvos blancos que habia comprado al mas famoso nigromántico, y si le permitia entra en mi habitacion la noche siguiente al dia en que yo tomase el horrible narcótico. Yo le agradecí á Munima como era natural, su lealtad, y tomando los polvos pensé en un momento el partido que habia de tomar. Le dije á mi aya que le dijera al maestre que todo lo habia hecho segun sus instrucciones, y que le dejara penetrar en mi dormitorio. Munima me obedeció, y asi que llegó la noche y la hora en que él habia de ir, yo me recosté en mi lecho, fingiendo que dormia, y mientras una lámpara ardia en la habitacion próxima á donde yo estaba, en mi dormitorio todo se hallaba en la mas completa oscuridad. La hora se acercó al cabo; ruido de pasos se oyeron en la estancia alumbrada. Yo entonces comencé á temblar espantosamente, presa de un miedo horrible; las fuerzas me faltaron, y cuando decidida á pedir socorro, alcé la cabeza un poco, le ví penetrar en el dormitorio. Entonces me acurruqué, y esperé á que el cielo decidiera de mi suerte. Os diré mi ánimo.—Yo habia escondido en mis vestidos un puñal, con el que le amenazaria para que huyera de mi vista. Despues le diria que iba á dar parte del crí-

men que queria cometer, y horrorizado por el temor de que se iba á hacer pública su infamia, renunciaria para siempre á sus proyéctos.—Vereis lo que sucedió. El maestre entró en la estancia donde yo estaba y puso una de sus manos sobre mí... toda yo sentí un estremecimiento involuntario que debió venderme; pero don Gonzalo nada advirtió. Al contrario, una sonrisa maligna y feroz, acompañada de otros síntomas, creí distinguir en sus horrendos labios. Mis fuerzas se iban enervando, y yo estaba temiendo el instante en que agotadas estas no pudiese dar un grito siquiera. Sin embargo, hice un esfuerzo supremo, y al notar que su aliento inmundo se juntaba con el mio, lancé un grito y me puse de un salto en el suelo.—Infame! acercaos á mí, venid y probareis el filo de este puñal! le dije con ademan amenazador.

—Y él que hizo: dijo el rey en estremo interesado.

—El maestre se quedó tan aturdido, que por dos ó tres veces se tocó el pecho y la cabeza, como dudando que estaba despierto. Despues se repuso y me dijo, echándome una terrible miràda.

—Me han vendido!... pero no desisto!

—Ah, desistireis, le dije yo; porque voy á hacer pública vuestra infamia y villanía, porque me quejaré á la justicia y vos seris tal vez castigado, sepultándoos para siempre en un calabozo!... Y sino consigo que la justicia de la tierra me libre de vuestra odiosa presencia; yo huiré á parte donde no me encontrareis...

—Os engañais, me dijo; á todas partes os he de seguir y ni la justicia, ni el pueblo entero, os creerá... hablad, decid cuanto gusteis y conseguireis...

—Que el pueblo y el mundo entero os aborrezca! le dije yo indignada.

—Conseguireis... nada, señora!

—Miserable!

—Adios, doña Leonor, dijo poniéndose de un salto en la puerta, adios, y vivid en la inteligencia de que sereis mia tarde ó temprano!

—Y el infame desapareció de mi vista en un instante.

—Cielos! y vos qué hicísteis?

—Tirar el puñal lejos de mí y comenzar á llorar con el mayor desconsuelo.

—Y despues?

—Despues vereis lo que sucedió. Temerosa de que el infame volviese á conseguir sus deseos, tal vez por medios que yo no pudiese evitar, me decidí á dejar mi patria y refugiarme en tierras distantes donde él ignorase siempre mi paradero. Burgos me pareció el mas á propósito, tanto por la inmensa distancia que está de Sevilla, cuanto en la corte, donde siempre hay mas gente que en ninguna otra ciudad, podia vivir descuidada. Así lo creí un poco de tiempo; pero un dia despues que tu alteza saliste de mi casa, sentí ruido de pasos y se me presentó el maestre furioso, encolerizado, porque habia oido á escondidas, toda nuestra conversacion. A pesar de que yo lo miré con desprecio y le hice salir de un modo imperativo, un miedo espantoso se apoderó de mí!

Aquí doña Leonor contó á su amante cuanto el lector sabe del maestre. Alonso XI la escuchaba con la mayor atencion. Su rostro ora se ponia descolorido, ora indignado; pero siempre atento; sus manos se retorcieron dos ó tres veces, y mientras Leonor le contaba las mayores maldades de su perseguidor, él decia con voz sorda; «*perdonadle! nunca!...*»

La de Guzman concluyó su relato y dijo despues al rey:

—Hé ahí el motivo que ha hecho cometer á don Gonzalo lo que vos creiais era por vengar á la reina! El maestre me dijo que habia de ser suya á toda costa, y sino acude pronto vuestro auxilio: si se retarda un dia mas vuestro amigo, ese jóven valiente y esforzado á quien debo mi salvacion, indudablemente hubiera conseguido el malvado sus deseos!

—Infame!... pero decidme... si vos me hubiérais contado todo esto antes, si yo hubiera sabido que don Gonzalo era vuestro enemigo, de seguro, no sucede cuanto ha pasado.

—Oh, yo temia confiaros semejante secreto; porque don

Gonzalo seria castigado al instante, y esa sola idea me horrorizaba... le perdonaba hoy, con la esperanza de que mañana desistiria de su propósito!... nunca se corregia, y sin embargo yo siempre lo perdonaba! Aun ahora mimo si tu alteza...

—Jamás!

—Señor...

—No os canseis, Leonor... el maestre morirá mañana mismo!

—Mirad, yo le odio, lo aborrezco de muerte, porque solo él ha sido la causa de todas mis desgracias, señor, de todas! por él perdí un esposo con quien era feliz, por él he vivido lejos de mi patria, toda llena de sobresaltos y temores, y sino hubiera sido por huir de sus persecuciones, no estaria en Burgos, donde una pasion que tal vez alli no hubiese tenido...

—Te pesa?

—No, ya nó; porque muy pronto sereis el padre de mi hijo!

—Oh, qué placer!... pero mira, estás en un error; lo mismo en Burgos que en Sevilla, me hubieras amado...

—Allí no os conocia...

—Oh pero te conocí yo... y allí te amé la primera vez... además que nuestro amor estaba escrito en tu destino y en el mio!

—Si viérais, señor, cuanto sufro, cuando pienso detenidamente...

—Sufres?

—Sí: porque crueles presentimientos me anuncian desgracias que yo no he de poder soportar! Vuestra esposa me aborrece de muerte, y con justo motivo, señor! Al mismo tiempo os teme....

—Luego entonces...

—Os teme, para de pronto deshacerse de mí... pero en el momento en que tenga oportunidad... y creedlo, señor, que si temo, no es por mí.. es por mi hijo! La muerte del maestre de Alcántara servirá de pretesto...

—Tales temores, Leonor mia, son infundados, y caso de que no fuera asi, caso de que la reina tenga semejante pensamiento... Perded cuidado, inocente criatura... desechad, por Dios, todo temor, que os tiene el rey de Castilla colocada demasiado alta, para que nadie, nadie absolutamente, lo oís? se atreva, no digo á tocaros, pero ni á ofenderos de palabra siquiera. Temeis por nuestro hijo y temeis injustamente... porque quién osará!... Tranquilizaos, hermosa mia, tranquilizaos: respecto al porvenir de nuestro hijo, porque no será nunca desgraciado!... casi estoy por asegurarlo...

Pero dejemos á los dos amantes, preocupada la primera con las ideas ya conocidas del lector: y al segundo tratando de tranquilizarla por todos los medios posibles: y digamos algo á cerca de la reina doña María, que hace tiempo debia ocupar nuestra atencion.

Contentísima estaba en estremo la astuta portuguesa antes de ver á Felipe y á Nuño, cargado el primero con su odiosa rival, y el segundo con el pobre maestre, que á su entender todo lo que hacía era por ella; y decimos que estaba contentísima, porque se creia libre para siempre de la mujer á quien su marido amaba, y por quien ella habia sido tantas veces insultada y despreciada. Doña María no cabia en sí de contenta, no porque amase al rey, y creyera que viéndose sin su amante, recurriria á su esposa y trataria, sino de amarla, al menos de vivir con ella en buena armonía, nada de eso; doña María era orgullosa en demasía, era altanera y déspota, y para semejante carácter la escena que medió entre ella, el rey y su amante, fué una honda herida que recibió, herida incurable y no satisfecha nunca. La hija del rey de Portugal por otro lado no conocia á su jóven esposo; supo los amores de este y creyó apartarlo pronto porque efectivamente era astuta. Doña María creyó un momento que dominaria á Alonso XI; pero cuando vió que era difícil conseguirlo, cuando vió que con nada de cuanto hizo consiguió hacerle variar de propósito, entonces se apoderó de ella la rabia mas espantosa y en vez de vengarse de su esposo, juró perder á

la mujer que lo amaba tanto, y que casi se puede llamar inocente. Ya hemos visto los medios de que se valió doña María para conseguir sus deseos, y cuando mas contenta estaba saboreando su triunfo, cuando veia al rey triste y taciturno: suspirar por el objeto amado de su corazon, vió en la plaza de Burgos, cual aparicion fantástica, la cabalgata que conducia á su amigo y á su rival.

Doña María, segun dijimos, lanzó una esclamacion impregnada de todo el veneno que contra la de Guzman abrigaba en su corazon, y en seguida bajóse de la ventana precipitadamente, y dijo con indecible furor, dejándose caer sobre un sillon.

—Maldicion: El rey la ha encontrado!... está escrito que esa mujer ha de morir á mis manos!... no te goces en tu triunfo, rey de Castilla! júrote por quien soy que perderás para siempre á tu amante!... Oh, sí, para siempre, para siempre... ahora mismo si quisiera... pero no, aguardemos... en mis entrañas tengo un hijo que si vive será rey de Castilla... yo le enseñaré á odiarte y á odiar á esa mujer! y puede que algun dia...

La mas espantosa sonrisa, asomó á los labios de la estrangera. Habia concebido una idea cruel, horrorosa. De repento esclamó inmutándose:

—Oh, y el maestre! como venia, cielos, si tendrá Alonso XI la crueldad... pero no, no se atreverá... Don Gonzalo es muy poderoso; tiene muchos partidarios y sobre todo es Maestre de una de las órdenes militares... El rey temerá las consecuencias... y se mirará mucho en ello!

Esto decia doña María, no conociendo todavia á su esposo, y mientras este ordenaba lo contrario. Así es que cuando supo la estrangera que habia sido sentenciado á muerte el que ella creia su mejor amigo, no pudo contenerse y dió rienda suelta á su coraje con las mas terribles palabras. En su furor pensó primero asesinar al rey... pero conociendo cuan temerario seria dar semejante paso, hizo recaer toda su indignacion en la mujer que constantemente pedia al rey el

perdon de don Gonzalo. La reina pensó tambien salvarlo, y para el efecto intentó ganar con oro, ruegos y mandatos á los centinelas, que firmes en su deber, no dieron oido á sus palabras. Una idea diabólica se le ocurrió entonces. Doña María se sonrió de alegría. Acto contínuo llamó á una de sus damas, con quien tenia mas confianza por haberla traido de su pais, y le dijo cerrando la puerta de su habitacion para no ser sorprendida:

—Inés, necesito tu ausilio para salvar la vida á un hombre.

—Contad con él, mi querida señora: contestó la jóven inclinándose con el mayor respeto.

—Sabeis si hay en el alcázar alguna habitacion que caiga encima de la prision de...

La reina calló porque observó que la jóven se sonreia. Una idea repentina, pero que sin embargo le hirió su orgullo, cruzó por su mente. Se habria figurado Inés que su ama amaba al maestre? Tal fué el pensamiento que le hizo callar. Doña María pensó un momento y conoció que debió antes de prevenir á la jóven. Y aunque ya era tarde, repuso midiendo las palabras que vertia:

—Ya te he contado, mi fiel Inés, cuanto me ha sucedido con su alteza; ya sabes que nos odiamos de muerte uno y otro, y que la causa de todo es esa mujer aborrecible...

—Continuad.

—Pues bien, en medio de mis dolores, en medio de lo que he sufrido, como consecuencia de cuanto sabes, encontré un caballero de la corte de mi esposo, que viéndome triste, afligida, y lo que es peor insultada y despreciada, se ofreció á vengarme y librarme de la mujer causa de todo. Si el maestre de alcántar tomó á su cargo tan espuesta y difícil demanda, fué sólo porque es caballero, y no puede soportar que se ofenda una señora, y mucho mas á una reina. Mi generoso libertador se propuso á toda costa vengarme, y para el efecto fué bastante arrojado y valiente para arrebatar á Alonso XI su querida y sepultarla en castigo de sus culpas en uno de sus fuertes y seguros castillos, donde jamás seria hallada. Mi ve-

ganza, ó mejor dicho la reparacion de las ofensas que se me hicieron sin piedad, quedó reducida á esto solo... y yo muy contenta, porque mi único deseo era hacerle ver á la pública favorita de don Alonso, que á una reina no se la ultraja impunemente. Demasiado conoceria esa mujer que todo era obra mia, y estoy segura que mas de cuatro veces habrá maldecido en la prision hasta la hora en que conoció al rey. Pero cuando ya me creia yo para siempre libre de la amante de mi marido; me la veo en palacio, cerca de mí, y ocupando el mejor y mas elegante departamento.

—Cómo!..,.

—Sí, hija mia, Alonso XI tiene servidores que á mi entender tienen pacto con el diablo, y estos le han traido á su querida... y lo que es mas, al maestre!

—De modo...

—De modo, Inés, que doña Lenor es hoy mas querida que nunca; y mientras ella disfruta en el alcázar mas... que yo... Inés! mucho mas... mientras recibe las caricias de su amante, mi generoso amigo gime en un hondo calabozo...

—Como! acaso el maestre?...

—Sí, el maestre de Alcántara es el primer caballero que muere por causa de esa... Mañana despues que el sol haya salido, caerá su cabeza como la de un criminal, como la de un facineróso!

—Oh, que horror!... Y pensais?

—Pienso librarlo, Inés; pienso pagarle la deuda que conmigo tiene pendiente! Ya que por mi se encuentra en tan triste y deplorable situacion, no te parece muy justo y natural que yo haga todo lo posible por salvarlo?

—Ah, es muy justo, señora! y si yo en algo os puedo servir, contad conmigo. Disponed de mis escasas fuerzas.

—Sí, hija mia; te necesito... y espero de tu discrecion...

—Nada temais; pero vais á pedirle al rey el perdon de...

—Nada de eso! nunca!... entonces todo se habia perdido! El rey... creeria que yo... nunca! nunca! Entre las dos hemos de hacerlo todo.

—Y qué son dos pobres mujeres para tan arriesgada empresa? dijo la jóven con candidez.

Doña María la miró con compasion y le dijo con el mas afable tono:

—Escúchame: tú aqui no harás mas que obedecer mis órdenes y guardar el mas profundo silencio. Si tienes la desgracia de franquearte aunque sea con alguna de tus compañeras... pero no, yo espero de tu discrecion y fidelidad que no cometerás ninguna imprudencia; no es eso?

—Oh, descuidad.

—Pues bien, en ese caso voy á decirte lo que necesito saber ahora... Hay alguna habitacion en el alcázar que caiga precisamente sobre la prision donde yace el infeliz maestre de Alcántara?

—Donde está? preguntó Inés reflexionando un momento.

—Al pié del torreon que mira á poniente.

—Oh, sí, el antiguo escudero del difunto rey, don Fernando, padre de vuestro esposo, nos ha dicho muchas cosas sobre ese calabozo, donde estuvo encerrada bastante tiempo por entonces, una preciosa jóven, que un conde habia sepultado alli para casarse con ella á la fuerza, vivió un nigromántico que habia vendido su alma al demonio y que era médico del citado rey don Fernando. Dice que desde que murió nadie ha entrado en su cuarto, porque todas las noches se ven luces y fantasmas en él.

—Tontería!... nosotras hemos de ir esta noche al cuarto de ese nigromántico... nada temais... al contrario alegraos como yo, porque quizá encontremos alguna bajada al calabozo de don Gonzalo.

—Señora, delira tu alteza! Al calabozo donde el nigromántico hablaba con el demonio todos los dias?

—Sí.

—Oh!

—Teneis miedo? entonces para nada me servís! retiraos...

—Pero señora...

—No os dá vergüenza creer en esas patrañas propias para asustar á niños?

—Patrañas!

—Sí, patrañas; el mismo rey me lo ha dicho. Esas palabras que habeis oido al antiguo escudero de don Fernando VI, son inventadas para que nadie se acerque á las prisiones. Todos los soldados y aun la mayor parte de los caballeros que hay en el alcázar no pasarian por cuanto oro hay en el mundo, no digo por la misma habitacion del nigromántico, pero ni á cien leguas. De ese modo ha conseguido Alonso XI que los prisioneros que encierra en todos aquellos calabozos y subterráneos, se hallen con la mayor seguridad y casi sin centinelas. Todo cristiano huye del lugar donde cree está el diablo con toda su corte.—Con que no temais, y á la noche, cuando la luna esté en la mitad de su carrera vendreis aquí provista de un farol, las llaves...

—Las llaves! y cómo se las pido al alcaide?

—Muy facilmente, se las quitais de donde las tiene.

—No comprendo...

—Sois una torpe; escuchadme: vais ahora mismo á su cuarto y le decís de mi parte que yo necesito verlo... mientras tanto... se las quitais del manojo que tiene colgado detras de la puerta....

—Y cómo conozco yo...

—Me estais desesperando con vuestra torpeza... Sabéis leer?

—Un poco.

—Todas las llaves están rotuladas... el manojo que corresponden á las habitaciones del judio de Fernando IV, tambien lo están.

—Cómo sabeis...

—Lo sé; no me pregunteis el cómo.

—Pero estais segura, señora?

—Segurísima. Con que marchad; sed prudente y no falteis.

—La jóven se inclinó respetuosamente y salió de la estancia de la resuelta doña María, llena de miedo y en estremo

agitada. Cómo hacerse con las llaves del departamento del nigromántico? Esta cuestion trajo muy ocupada por largo rato á la fiel dama de la portuguesa. Por fin se vió en la necesidad de reflexionar. Y cuando una mujer piensa y aguza el entendimiento que naturaleza le ha concedido á todas, rara vez suelen frustrar sus planes. La candorosa dama de doña María, se dirigió resuelta á la alcaidía del alcázar, á la sazon precisamente que el empleado que ocupaba dicha plaza se entretenia con su anciana consorte en destrozar una dorada pierna de cabrito ricamente asada, y en acompañar los trozos que trasegaba con sendos tragos de vino de la Mancha.

Era el alcaide del alcázar real de Burgos, un hombre de bien á toda prueba. Sus gruesos y colorados mofletes, que contrastaban notablemente con un abultado abdómen terminado en punta, sus ojos pequeños y vivos y su calva cabeza con unos cuantos mechones de pelo de dudoso color, no podian desmentir el concepto que á primera vista formaba cualquiera del carácter del bondadoso alcaide. Desde los tiempos de don Sancho el Bravo, abuelo de Alonso XI, desempeñaba tan árdua y díficil comision como la de guardar una de las mejores fortalezas del rey de Castilla. Mentira parecia que un hombre tan bonachon y que hablaba mas que siete pudiese desempeñar su cometido por tanto tiempo, sin haber faltado nunca en lo mas mínimo.

La dama de doña María llegó á la alcaidía, y haciendo una cortés reverencia, dijo con tono entre risueño y sério:

—Dios guarde á los esposos mas dichosos entre todos los alcaides del mundo!

—Ah, señorita, vos por aquí! dijo el colorado y mofletudo alcaide, llevándose á los labios relucientes de grasa, un blanco paño de hilo para limpiárselos:

—A qué debemos la alta honra...

—Ola! dijo la jóven sonriéndose: parece que se hace por la vida: y á lo que veo sois aficionado á los buenos bocados!... Vamos, vamos que de ese modo bien se pueden tener vuestras envidiables carnes!

El alcaide se rió hasta que le faltaron las fuerzas, y despues dijo á su mujer:

—No vés que señorita esta, Marta? Pues no llama á mis carnes envidiables... cuando yo estoy tan desesperado con ellas?

La buena mujer que hasta entonces no habia comprendido la intencion de las palabras de Inés, tambien soltó el trapo á reir, para hacer el duo á su marido. Mientras tanto no desperdiciaba el tiempo la dama de la reina doña María. Buscaba con la vista donde estaban las llaves, y vió con gran placer que todas se hallaban detrás de la puerta en pequeños manojos, de cuatro y cinco, con su correspondiente letrero encima escrito medio en árabe. Inés que entendia aquella monserga, procuró leerlos todos, sin que entrasen en sospecha el risueño matrimonio. Una dificultad se le ocurrió entonces. Aunque habia mas de cien manojos de llaves, todos colgados á una misma altura y todos guardando simetría, necesariamente tenia que echarse de menos á la simple vista, el de la habitacion del nigromántico ya visto y releido por la fiel Inés. Era necesario, pensó la jóven poner otro en su lugar. Una idea repentina la hizo sonreirse de alegría. En un bolsillo de su trage llevaba las llaves de sus habitaciones.—Estas, dijo entre sí, se pondrán en lugar de las que necesita la reina, mi señora, para librar á ese pobre caballero, sentenciado á muerte por causa tan leve!»

El alcaide y su mujer la anciana Marta, dejaron de sonreirse, diciendo el primero, no sin darse antes una palmada en la frente, y de lanzar un voto muy usual entonces:

—Con la risa nos hemos olvidado ofrecer de nuestra pobre comida á esta amable señorita.—Queréis un trocito del asado... ó un trago de este buen vino?...

—Se agradece, señor Rodrigo; pero nada apetezco.

—Como gusteis... y probar este rico dulce de guinda que la señora Marta...

—Tampoco, gracias...

—Como gusteis: contestó de nuevo el alcaide, vol-

viendo á dar otro ataque á la enorme pata de carnero.

Inés lo contempló un momento, y dijo despues con tono de envidia:

—Qué dichoso sois, señor Rodrigo!

—Dichoso, señorita! Yo...

—Oh, quién duda... vivis magníficamente con vuestra esposa, que es una santa mujer, teneis poco que hacer, y sobre todo mereceis la confianza de nuestro buen rey Alonso XI.

—En cuanto á lo primero y lo tercero estoy conforme, debiendo advertiros que no estraño poseer la confianza de Alonso XI, cuando tuve tambien la de su padre don Fernando, y la de su abuelo don Sancho IV, que Dios tenga á ambos en su santa gloria! Pero tocante á lo segundo, señorita... no es verdad lo que decís... los presos me dán que hacer siempre... aunque no sea mas que quitarme el sueño... siéndome tan necesario...

Inés se mordió los labios para contener la risa que se agolpó á ellos, y procurando dar á su pregunta toda la naturalidad que pudo, dijo, así como con indiferencia:

—Y teneis muchos presos, señor Rodrigo?...

—No, ahora no hay muchos... pero tengo uno desde esta mañana temprano, que me tiene con mas cuidado que si hubiera veinte en el mismo calabozo! Afortunadamente ha puesto el rey cerca de él un valiente que no lo dejaria soltar por cuanto hay en el mundo...

—Un valiente! qué quereis decir?...

—Digo que hay un amigo del rey cerca del preso, con el objeto de observar los menores movimientos de éste... Además hay multitud de centinelas...

—Y decís que ese amigo del rey es valiente?

—Valiente como un Cid, y con mas fuerzas que Sanson! Oh, difícil seria que se le escapára el preso al señor Nuño...

—Nuño se llama?

—Sí, Nuño de nombre, y Fajardo de apellido... segun voces que han corrido, relevará á Felipe en el cargo que desempeña en la compañía de ballesteros del rey.

—Sois un pozo de noticias, señor Rodrigo...

—Oh, no lo creais... se vienen ellas rodando...

—Y teneis además una magnífica memoria!

—Sois muy amable...

—Nada de eso; una magnífica memoria...

—Como gusteis... pero calla! qué gente es esa que se dirige á la prision de don Gonzalo? repuso el alcaide poniéndose de piés para mirar mejor por la ventana que frente de él habia.

Inés y la esposa del gastrónomo alcaide se pusieron tambien de piés. La sorpresa se vió á poco pintada en sus rostros. La dama de doña María palideció hasta el punto de parecer un cadáver.

—Qué gente es esa? dijo toda trémula y asustada.

—Voto va! esclamó el alcaide sentándose; pues no nos hemos alarmado todos tontamente!

—Tontamente! dijo Inés con interés. —Luego esos sayones y frailes no vienen por don Gonzalo para conducirlo al cadalso?

—No, vienen á confesarlo... á preparar su alma... y sino ved como no llevan tropas... Pero calla, el rey ha asomado por allí y se agrega á la comitiva.

—El rey! esclamaron á un tiempo Inés y la esposa del alcaide.

—Sí, miradlos... dijo el buen Rodrigo asomándose precipitadamente á la ventana.

Su esposa se puso cerca de él, y mientras que el alcaide se quitaba su gorro de tela encarnada para saludar á Alonso XI, y su esposa se sonreia de placer al ver el cariñoso saludo que les contestó el rey; la dama de doña María sacó con el mayor sigilo las llaves de su cuarto, y dirigiéndose de la misma manera al lugar donde se hallaban colgadas, como digimos, las de todos los departamentos del alcázar real, las puso en el clavo donde estaban las que necesitaba la reina para librar al maestre. Inés se apresuró á esconderlas, y despues de despedirse del alcaide y de su mujer la

buena Marta, salió precipitadamente de la alcaidía y se dirigió á las habitaciones de doña María.

—Qué tenemos? le dijo la reina al verla entrar tan atropelladamente.

—Mucho y nada, señora... contestó la jóven, casi jadeando.

—Por qué no ha venido el alcaide como os mandé?

—Por qué no ha sido necesario.

—Qué, teneis las llaves?

—Sí, todas; gracias á una bendita casualidad...

—Oh, dádmelas! en mi poder están mucho mas seguras que en el vuestro!... Pero, por qué me dijiste que habia mucho y nada?

—Porque os traia las llaves, al mismo tiempo...

—Acaba!

—Y mientras las cogia se dirigia el rey acompañado de una porcion de frailes y sayones á la prision de don Gonzalo.— Irán á anticipar la ejecucion, señora?... entonces todo es inútil!...

—Perded cuidado.—Todo lo que hacemos dará buen resultado, porque el maestre no será decapitado hasta mañana. Esta es la órden dada por el rey, y Alonso XI jamás varía las órdenes que dá... Tal vez esa comitiva que habeis visto, fuera á prepararlo...

—Eso me dijo el alcaide.

—Y decidme, os habeis hecho con las llaves sin que él sospechase...

—Nada temais, señora; porque si por acaso echaba de menos el manojo, le he puesto en su lugar otro.

—Ah, valeis un mundo, Inés! semejante idea me ha parecido muy buena.— Con qué no falteis á la hora convenida.

—Descuidad, señora.

La comitiva que Inés vió desde el cuarto del alcaide iba efectivamente á confesar y preparar á bien morir al infeliz don Gonzalo. La hora en que habia de pagar de una vez todas

sus maldades, se acercaba por momentos. La noche, esas terribles horas de oscuridad profunda y de silencio inalterable, donde el criminal se llena de remordimientos y cuando se aumentan los dolores del que padece, le sorprendió en el calabozo desde donde debia de salir para el patíbulo. Entonces fué, cuando al encontrarse solo, atado de piés y manos, en el inmenso subterráneo, que le servia de cárcel, alumbrado solo por la escasa luz de una lámpara casi apagada, entonces fué cuando sintió los remordimientos que toda persona por muy cruel que sea tiene en ese trance solemne é importante de la vida. Dos fantasmas, dos sombras vaporosas, aéreas, creyó percibir don Gonzalo. El marido de la mujer á quien tanto habia amado y ya aborrecia, y á la infiel Munima, creyó distinguir el maestre en aquellas dos sombras que le miraban de una manera espantosa.

—Oh, alejaos, alejaos, horribles fantasmas!... huid, huid de mi vista... pero perdonadme antes!...

Esclamó queriendo estender hacia ella sus manos; deseo que no pudo conseguir porque las macizas argollas de hierro se negaban tenazmente á complacerle:

—Oh, huid!... y tened compasion de mí!

Volvió á decir con voz ténue y suplicante é inclinando la cabeza sobre su levantado y ardiente pecho, cuya respiracion era en estremo agitada.

Contigua á la habitacion donde suspiraba y gemia el maestre de los caballeros de Alcántara, habia otro calabozo asaz conocido de nuestros lectores, por haber padecido en él todo lo que dejamos referido en la primera parte de esta obra la infeliz amante de uno de los hermanos Carvajales. La estrecha y oscura escalera de caracol que conducia á las habitaciones ocupadas en otro tiempo por Aben-Alhamar, se hallaba ostruida por una puerta de macizo hierro, cerrada con enormes candados y llaves de difícil construccion. Todo esto se hallaba por la parte interior del caracol. Otra lámpara de luz tan débil y opaca como la que habia en el calabozo del maestre, pendía de la arqueada bóveda. Esta habitacion ser-

via para el centinela mas inmediato al maestre. Nuño Fajardo se ofreció á desempeñar dicha plaza, para hacerse digno, como dijo á Felipe, del favor que el rey le iba hacer. No habrá olvidado el lector que don Alonso habia dicho que Nuño sería el capitan de sus tropas, despues que el amante de Elvira pasase á ocupar otros destinos de mas importancia y categoría.

La hora señalada por doña María para librar al maestre de Alcántara, se acercaba por momentos. La esposa de Alonso XI la esperaba con vivos deseos desde que concibiera la idea de salvarlo. Doña María estaba segura y convencida que saldria con bien de su empresa. Las horas que mediaron desde las oraciones hasta que se presentó Inés, las pasó la portuguesa en forma de planes y hacer comentarios.

—Salvemos ahora, dijo, al maestre, á ese noble y generoso amigo que todo lo que sufre es por mi causa... y despues lugar tendré de vengarme... lugar tendré de hacer desaparecer para siempre á la amante de mi odioso esposo. —Oh, me vengaré, sí... no le durará mucho á Alonso XI la mujer á quien tanto ama, y por quien olvida y desprecia á su esposa... á la mujer que dentro de poco será la madre de su hijo!...

Doña María calló de pronto porque sintió ruido de pasos.

—Inés?... dijo con cuidado.

Los pasos se oian cada vez mas cerca; pero nadie contestó. La reina temió por un momento.

—Inés! volvió á decir saliendo al encuentro de la persona que se acercaba.

—Inés soy, señora: contestó la jóven.

Ah, me habeis asustado... por qué no me habeis contestado?

—No os he oido hasta ahora.

—Traes linterna.

—Todo.

—Pues en marcha!

Doña María se echó un capuchon que la cubrió de arriba abajo. Inés iba tambien de la misma manera. La reina y su dama atravesaron multitud de salones y galerías desiertas antes de llegar al torreon que habitó Aben-Alhamar. Talmente parecian dos fantasmas que vagaban silenciosas en la oscuridad. Al fin llegaron á la puerta que daba entrada á la estancia del nigromántico; aquella puerta que en otro tiempo se acercaron á ella tantas personas, deseosas de saber los misterios del porvenir.

—Hemos llegado, señora? dijo Inés sin poder ocultar el miedo que empezaba á apoderarse de ella.

—Sí, hemos llegado... dádme las llaves.

—Por Dios, señora... abrid con cuidado! Oh... acordaos de que el ánima del nigromántico...

—Nécia! silencio! esclamó la reina dando la última vuelta á la tambien última llave, que quedaba por abrir.

La puerta se abrió de par en par á impulso de un fuerte empuje que dió la mujer de Alonso XI.

—Jesus mil veces! esclamó la jóven, santiguándose multitud de veces.

Una enorme bocanada de aire detenido y condenso salió por la puerta con la misma fuerza que lleva el agua de un torrente, cuando le quitan el dique que la contiene.

—Oh, es el alma del judío!... dijo Inés apartándose á un lado.

—Dádme el farol, y retiraos si teneis miedo! repuso la reina, de mal humor.

—Señora...

—Dádme la luz!

Inés obedeció temblando. Doña María penetró en la estancia con paso firme y resuelto. Nada habia en ella mas que los mismos muebles que dejó el judió matador de Fernando IV, con una capa blanca y compacta de polvo. Hacia diez y ocho años que alma viviente no habia pisado aquellos sitios. La valerosa doña María se sonrió con incredulidad, y dijo á su dama:

—Entrad, inocente, entrad; y vereis como yo al alma del judío.

Inés entró un tanto animada.

—Os convenceis como todo era una mentira?—Ahora registrad conmigo y ved si encontrais alguna puerta ó resorte... dijo doña María buscando y rebuscando por todos lados. Sus manos blancas y finas como el armiño pasaban por las ennegrecidas paredes una y otra vez, con el objeto de encontrar algun boton ó resorte que le abriera paso al calabozo de don Gonzalo. La diestra de doña María encontró un obstáculo en su marcha.

—Aquí, Inés, aquí!

La jóven acudió presurosa.

—Qué ocurre? dijo descolorida.

—Acerca la luz donde yo tengo mi mano derecha.

Inés obedeció. Los ojos de la reina brillaron de alegría.

—He encontrado lo que deseaba! dijo lanzando una esclamacion que revelaba todo el contento que de su alma se habia apoderado. Veis ese boton dorado que apenas sale de la pared media pulgada ó menos?

—Sí.

—Pues bien, ya vereis lo que es.

Y la reina apretó hácia dentro el resorte. La pared se abrió, permitiendo pasar á doña María á una estrecha escalera que se ofreció á su vista.

—Maldicion! esclamó: es un escondite que dá al piso superior.—Todo se ha perdido, porque no he encontrado en mi minuciosa revista ningun otro resorte!

—Y qué haremos, señora?

—No lo sé, contestó la reina dando al boton para que la pared se cerrara.

—Vais á practicar otro reconocimiento?

—Sí, sí, alumbradme! otro... y otro mas, si es preciso!

Y doña María comenzó á verlo y á tocarlo todo de nuevo. Sus pesquisas fueron inútiles.

—Oh, desgracia! dijo dando en el suelo fuertemente con su pié derecho.

La losa, herida por el pié de la reina, retembló como si estuviera en el aire. Doña María se separo de ella y se agachó para verla.

—Esta losa, dijo tocándola con cuidado, no es de piedra.

—No... pues de qué quereis que sea?

—Su sonido es particular!... la madera pintada... á ver, alzadla de ese lado mientras yo lo hago por este... Quiera el cielo!...

La losa cedió al empuje, y un ancho boqueron con un escaleron de piedra negra y húmedo como las de los sepulcros, se presentó á la vista de la estrajera.

—Loado sea Dios! dijo alzando las manos al cielo.—Esta es la escalera, Inés... el cielo nos protege.

—Y pensais descender por ella?

—Ahora mismo... Me seguis?

—Sí, porque mas miedo me daría quedarme aquí sola.—Os sigo, señora.

Doña María comenzó á bajar los resbaladizos escalones. Su dama la siguió con el farol, cuya luz apenas alumbraba, porque un fuerte aire que soplaba de la parte de abajo la hacia oscilar demasiado.

—Cuidado, señora... bajad con cuidado por esta endemoniada escalera...

—Silencio! pueden oirnos ahora!

Pero ha llegado tu alteza al término de este maldito caracol?

—No, quizá esté en la mitad... es interminable!

Una bocanada de aire, que pasó silvando por las dos cabezas de las dos jóvenes, apagó la luz de la linterna.

—Señora, señora!... Oh, qué horror! sola y á oscuras...

—No griteis! silencio!... he oido suspirar y creo que muy pronto hallaremos al maestre... silencio!... Pero calla! aquí hay una puerta... dadme las llaves, porque está llena de candados...

Inés se acercó con mil trabajos á la reina y le entregó el manojo de llaves. Entonces doña María abrió la maciza puerta y creyó encontrarse despues en un subterráneo á juzgar por el ruido tan repetido de sus pasos.

—Inés... Inés... dijo la reina en voz baja.

—Aquí estoy, señora.

—Veis algo?

—Nada absolutamente. Aunque me parece oir un suspiro...

—Un suspiro!

—Sí, y creo que...

—Callad, callad... esa es la voz de don Gonzalo.

—Quién me llama? contestó una voz desde el fondo de la oscuridad.

—Yo, maestre de Alcántara... no me conoceis?

—Oh, todo lo he perdido en esta mansion!... no os conozco!... pero á qué venís aquí? quién sois? qué quereis?

—Vengo á salvaros!

—A salvarme! por dónde si este calabozo no tiene mas que una puerta...

—Oh, no os cuideis de eso!... el cielo me ha facilitado un camino por el que os salvareis... dónde estais?...

—Aquí en este rincon y postrado en el lecho del dolor!... pero quién sois? oh, decídmelo, por Dios!...

—Pero no me habeis conocido todavía?... es estraño!

—Perdonad... sin embargo... esa voz, esa voz es de...

—De la reina de Castilla!

—Cielos! vos aquí, señora! Ah, él me envia con vos mi salvacion!—Dónde estais? deseo besar vuestras manos... daros gracias de rodillas!...

Un hombre se acercó á doña María, y quiso precipitarse á sus piés.

—No, alzad; no merezco ciertamente... con esto os pago una deuda, don Gonzalo... no perdamos tiempo; estais armado ó cubierto con alguna capa, á fin de que no os conozcan?

—Sí: perded cuidado, generosa libertadora... no os comprometeré!

—Bien, seguidme... Inés irá cerrando las puertas.

Despues de mil trabajos y tropiezos llegaron á la habitacion en otro tiempo ocupada por Aben-Alhamar. El maestre llevaba cubierto el rostro hasta los ojos; pero semejante precaucion hubiera sido innecesaria porque la noche estaba en estremo oscura. Al llegar á la morada del antiguo nigromántico, se precipitó á los piés de doña María, esclamando al mismo tiempo:

—Ah, señora... cuánto os debo!

—Alzad, don Gonzalo, alzad, y huid cuanto antes de Burgos! la menor dilacion os podia costar la vida, tan arriesgadamente salvada.

—Con qué libre?... oh, señora; y cómo pagaré yo tamaño bien?—libre?... gracias, generosa reina, gracias!...

—Sí, libre estais... pero no os detengais, maestre de Alcántara... huid antes que os sorprenda el dia en estas regiones!... Sabreis salir del alcázar?

—Conozco demasiado bien todas sus entradas y salidas, señora...

—Pues entonces á Dios, y que el cielo os siga concediendo su proteccion!

—A Dios, señora, él os colme de ventura, en premio de vuestro generoso proceder!... Contad siempre con mi vida, señora... contad con mi poder... con mi espada y con todo cuanto me pertenezca... en mí siempre tendreis un amigo... que digo un amigo, un esclavo que besará lleno de reconocimiento la huella que deje vuestros piés sobre la tierra!

—Cesad por Dios, amigo mio; lo que he hecho estaba en mi deber!...

—Sin embargo, es un inmenso favor!... pero no creais, si yo me alegro de verme libre no es por mí, no... la vida me es indiferente... todo es por tu alteza á quien vengaré completamente, quedando yo tambien satisfecho con la venganza que medito!

—Gracias, don Gonzalo... me haceis un favor infinito... porque la prostituta, causa de mis males, vive en palacio como señora y reina absoluta de él... mientras que yo...

—Basta, señora!... os juro que quedareis suficientemente vengada!—Me marcho, porque ya comienza á despuntar la aurora.

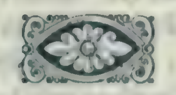
—Sí, venganza, amigo mio, venganza! esclamó la reina fuera de sí de contento y alargando su diestra al maestre.

Este se apresuró á bésarla con respeto, y despues desapareció por las galerías del alcázar, envuelto en su larga y oscura capa.

Doña María cerró la estancia del nigromántico y entregó las llaves á su dama. Despues se dirigió á sus habitaciones, y echándose rendida sobre una poltrona, dijo con gozo indecible:

—Lo he salvado!... mañana el rey bramará de coraje cuando se halle sin el maestre! oh placer!... comienza mi venganza!

La reina habia salvado á don Gonzalo para dar principio á su venganza.





CAPITULO XLXI.

De como la reina doña María vió una cosa que le hizo dudar si estaba despierta ó dormida.

El dia en que iba á ser ejecutado el maestre de Alcántara, amaneció claro y magnífico. Los fieles habitantes de la noble ciudad de Burgos se despertaron al son lúgubre de las campanas y á los gritos de: — *Van á ajusticiar un reo.* La plaza mayor, contigua al alcázar de los reyes, se hallaba imponente, casi aterradora. Grandes paños de tela negra con flecos y adornos de seda amarilla, pendian de todos los balcones y ventanas. Un enorme cadalso de tablas, pero vestido todo él de negro, con anchas y cómodas gradas de madera, se elevaba en medio de la plaza, grave, imponente como los mausoleos en las mansiones sepulcrales. Una cosa habia que era lo que mas imponia y lo que acababa de completar tan fúnebre aparato: Al pié del cadalso y junto á la espaciosa grada se veía un pequeño dosél de terciopelo negro galoneado de oro, en cuyo centro se hallaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas amarillas. En aquel altar debia el reo encomendarse al Ser Supremo por la última vez. Multitud de centinelas armados de punta en blanco rodeaban el patíbulo y cuidaban que la muchedumbre no se agolpase en su der-

redor. Esta, que bullia por toda la plaza y sus calles adyacentes, como las abejas alrededor de la colmena, producian un rumor sordo y profundo que el eco repetia de una manera siniestra y espantosa. Por lo demás, lo mismo era el pueblo de la edad media que el de nuestros dias. Aquel lo mismo que este asistia á esos espectáculos horrendos en que se vé morir á hombres, que tal vez sean inocentes, con la misma sangre fria, con el mismo placer que si presenciaran una fiesta de toros ó un reñido torneo. Pero dejemos estas reflexiones que solo sirven para entristecer el alma; y digamos algo de la reina doña María, que cansada y rendida de los trabajos de la noche pasada, se habia entregado á Morfeo, muy agena de cuanto pasaba cerca de la plaza. Doña María creyó percibir entre sueños un ruido particular que llegaba á su oido casi muerto y apagado; pero no podia atribuirlo á otra cosa que á ilusiones de su imaginacion. Sin embargo. el ruido de las trompetas y chirimías de una compañía de tropa que pasaba por la plaza para situarse en el alcázar, la despertó de una vez, y la hizo entrar en deseos de averiguar lo que ocurria. Vistióse sola, precipitadamente, y cuando se halló en dispusicion de poderse asomar á una de las ventanas, la abrió al instante y miró al través de la celosía todo cuanto habia en la plaza.

—Cielos! esclamó, tan pálida como un cadáver: qué es lo que veo!

Pero reflexionando un instante, dijo algo mas tranquila:

—Ya caigo; no han echado de menos al maestre, y están haciendo los preparativos como si lo tuvieran en su poder!— Necios! que chasco tan solemne se van á llevar!

Y doña María lo miraba todo despacio una y otra vez; y se sonreia interiormente de alegría al ver la impaciencia del público, y al ver preparar al verdugo con la mayor tranquilidad la enorme hacha de agudo filo que á tantos habia cortado el sutil hilo de la vida. Indecible era el contento que esperimentaba la esposa de Alonso XI al considerar solo la indignacion que se apoderaria del ánimo del rey cuando los

sayones le noticiasen la sorprendente desaparicion del maestre, y lo triste y cabizbajo que se retiraria aquel pueblo, convidado á presenciar uno de los espectáculos donde mas goza.

—Y todo lo ha hecho una mujer sola! dijo admirándose ella misma.

La multitud comenzó á moverse espontáneamente, pareciendo talmente los oleajes del mar cuando la tempestad empieza á asomar por el horizonte. El pueblo habia hecho aquel movimiento tan natural y visto, porque los heraldos anunciaron la presencia de su alteza.

Con efecto, Alonso XI se presentó en un balcon del alcázar, todo vestido de negro, y acompañado de una infinidad de personages. La cabeza de Felipe, se veia tambien entre las de los demás cortesanos.

Un grito unánime de *viva el rey!* que pronunció la multitud entusiasmada, fué la acogida que tuvo el jóven monarca.

Doña María se retorció las manos, y dijo con rabia:

—Todos le aman!

Despues observó cuantos movimientos hacía el rey, y vió con estrañeza que llamó á Felipe y le habló al oido. El amante de Elvira desapareció al instante del balcon. La reina esclamó, mirándole fijamente:

—Tambien aborrezco á ese hombre!

La hora se acercaba al fin. Don Alonso hizo seña al justicia y á los soldados para que trajeran el reo. Doña María no sabia lo que pasaba... alegría, temor, todo lo tenia... El momento de descubrirse la desaparicion de don Gonzalo habia llegado....

—Pero qué es esto! esclamó, casi descorriendo la celosía, el pueblo abre calle á una compañía... vienen frailes, pages, escuderos... qué es eso? Ah, maldicion, allí está don Gonzalo!...

Doña Maria se pasó veinte veces las manos por el rostro, por los ojos, por todo su cuerpo...—Qué es esto! dijo casi fuera de sí: estoy despierta ó dormida? qué es lo que veo! el

maestre, sí, el maestre... pero si anoche... qué me pasa Señor! esto es espantoso!... Los infiernos protejen al rey! Infeliz don Gonzalo! dijo despues mas serena y volviendo á ocupar el sitio de la ventana. Doña María se convenció entonces de que cuanto veía no era un sueño, sino todo pura realidad; porque el maestre de Alcántara se presentó en efecto rodeado de soldados, de frailes y sayones, y seguido de los pages y criados de su casa, todos con enormes cirios en las manos.

Don Gonzalo salió del alcázar con paso firme y seguro. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver; sus ojos desencajados y sus labios cárdenos. Pero en medio de estos síntomas de temor, ó tal vez de rábia reconcentrada, veíase pintado en su semblante cierta conformidad, y sus miradas eran de vez en cuando dulces y resignadas. Dos frailes, uno de ellos con un enorme crucifijo de madera, caminaban á su lado y no cesaban de hablarle del trance por el que iba á pasar, para despues presentarse al Divino Juez á dar cuenta de su vida pasada. El maestre aparentaba escucharlos con la mayor atencion: pero á juzgar por los movimientos que con frecuencia hacian sus facciones, veiase claramente que mas le desagradaban las palabras de los frailes qne otra cosa.

Un murmullo sordo y ronco á un tiempo, como los que salen del centro del mar cuando comienza la tempestad á formarse, salió de las filas del pueblo, alegre ya porque se iba á efectuar para lo que habian sido llamados.

La comitiva que conducia al preso, llegó al cabo al pié del cadalso. La multitud se agitó de nuevo. Todas las miradas se dirigieron entonces al altar grave y sencillo que habia junto á las gradas del cadalso. El maestre de los caballeros de Alcántara hincó ambas rodillas en tierra, y reclinó la cabeza sobre el pié del retablo. El mas profundo silencio sucedió á la agitacion y al ruido que reinaba entre las masas compactas de la plebe. Los mas inmediatos al alcázar real y á las habitaciones ocupadas por la reina, creyeron oir la siguiente esclamacion:

—Infeliz!

Don Gonzalo acabó de orar, levantóse con serenidad, é inclinó tres veces la cabeza ante el crucifijo, Rey del universo. Una gruesa lágrima, sola, la única que habia derramado en su vida, rodó magestuósamente por sus mejillas, hasta esconderse en su negra y espesa barba.

Los atambores comenzaron de nuevo el tristisimo toque que habia traido desde que la comitiva saliera del alcázar.

Uno de los frailes preguntó al maestre, así que éste abandonó el altar, donde con tanto respeto y religion se dirigió á Dios, para que no lo abandonára en trance tan tremendo:

—Os habeis reconciliado ya, hijo mio?

—Ya, padre... antes de salir de la prision...

—Bien, basta; y...

—Qué os detiene?

—Perdonais?

—A todos, padre mio!

—Gracias sean dadas al Altísimo!... la luz divina ha penetrado en vuestra alma, hijo mio! Creeis en Dios?

—Creo, padre.

—Creeis en todos los misterios de su religion, en su muerte y pasion?...

—En todo, contestó el maestre con voz desfallecida.

—Y estais convicto y confeso...

—Tambien.

—Luego estareis arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí, padre; he maldecido mas de una vez la fatalidad...

Don Gonzalo calló, miró á todos lados con tranquilidad, y dijo despues al sacerdote:

—Subamos á la muerte!

—Es verdad, hijo mio: pero despues... Dios es en estremo misericordioso, y os tenderá una mano piadosa... en la córte del Rey de los reyes, sereis mas dichoso que en la del rey de Castilla!

Don Gonzalo movió la cabeza, y repuso al instante:

—Subamos, padre.

Con efecto, el maestre comenzó á subir los peldaños con la mayor serenidad. Un hombre de aspecto horrible le esperaba en el tablado, vestido de encarnado y apoyándose sobre el hacha, como pudiera hacerlo un rey con el cetro. El maestre y los frailes llegaron á lo alto del tablado.

—Valor, hijo mio, valor hasta el último instante, dijo uno de los frailes.

—Lo tengo, padre... la muerte no ha arredrado nunca al maestre de Alcántara!

—Sí, pero ved que vais á comparecer ante Dios...

—El tendrá misericordia de mí...

Apenas habia el maestre acabado de pronuciar las anteriores palabras, cuando se acercó á él el verdugo, y le ató las manos con la mayor tranquilidad...

Un momento despues se veía á don Gonzalo mas pálido que nunca, aferrado fuertemente á un banco de madera, donde tenia echada la cabeza. La multitud no desperdiciaba el menor movimiento de cuanto se hacía en el tablado.

El momento funesto se acercaba. El horrible verdugo movia con alegría el cortante instrumento.

Un clarin ronco, de sonido lúgubre, casi mortuorio, se oyó por todos los ámbitos de la plaza. Entonces aquel pueblo que hasta allí habia gozado y reídose, como si asistiera á una funcion, se llenó de terror. En todos los rostros se vió pintada con los mas vivos síntomas la lástima y el dolor.

—Hijo mio, dijo uno de los frailes alzando el crucifijo que llevaba: Ved á Dios... que á pesar de su poder padeció y se vió en peor trance que vos... pensad en él, tened confianza en su infinita misericordia!...

El clarin se oyó por segunda vez.

—Ya no os queda mas que un corto momento, hijo mio... dentro de un instante os hallareis á presencia del Dios que murió por vos... pensad en él, acordaos de lo que sufrió y perdonad á vuestros enemigos, si los teneis, como él perdonó á los suyos!



Muerte del Maestre.

El maestre dirigió entonces su errante vista al sitio donde estaba el rey.

—Perdonad, hijo mio, perdonad... y creed en este Dios justo y magnánimo...

El clarin se oyó por tercera vez.

Y apenas el eco repetia el lúgubre sonido, cuando la cabeza del maestre rodó por el tablado separada del cuerpo, y en el momento de decir don Gonzalo con voz clara é inteligible:

—Creo, padre mio... creo y perdo...

Sus espirantes labios no pudieron concluir la frase.

La voz chillona de un faraute anunció á la muchedumbre la muerte del maestre, y entonces aquel pueblo que habia asistido contento y alegre á presenciar la muerte de un hombre, se retiró triste y cabizbajo, terriblemente impresionado. Pero á los dos dias ya no se hablaba ni del maestre, ni del espectáculo anteriormente descrito. Al contrario, si hubiera habido otra ejecucion hubiese asistido tan alegre y contento como siempre, para salir triste y preocupado un pequeño momento.

Al rodar por el tablado la cabeza del maestre de alcántara, saltó doña María, de la ventana, esclamando entre horrorizada y furiosa: venganza! venganza!... don Gonzalo... vuestra muerte será vengada hoy mismo!... ahora...

Y salió precipitamente de su estancia murmurando con feroz alegria:

—Rey de Castilla, has presenciado sin inmutarte la muerte de un inocente; júrote que al saber la de tu amada, no te has de quedar tan impasible!

Y se dirigió al departamento que en el alcázar ocupaba la amante de Alonso XI. La puerta que daba entrada á él se hallaba entornada y sin ninguna centinela que la guardase. Doña María la empujó con indecible gozo, y penetró en una pequeña habitacion tambien sola. La portuguesa abrió otra y otrá puerta y al cabo se halló en la misma habitacion donde

doña Leonor de Guzman lloraba la muerte de su mas mortal enemigo.

Antes de seguir tenemos que dejar consignado que al penetrar la reina en la vivienda ocupada por la querida de su marido, se vió correr á una persona por la galeria. Era Felipe que iba en busca del rey para decirle que su esposa habia entrado en el departamento de doña Leonor de Guzman. Como dijimos mas arriba, la reina penetró en la estancia de la amante de don Alonso XI. Esta miró sorprendida á la estranjera, y dijo atónita y medio confusa, poniéndose de piés:

—Señora...

Doña María la miró con indecible rabia, y le dijo acercándose á ella pálida y desencajada de cólera:

—Don Gonzalo acaba de espirar en un cadalso!...

—Ah, lo sé... lo sé, señora! contestó con sentimiento la jóven.

—Oh, y tanto como lo sabeis, infame!... por vos ha muerto... por vos ha espirado afrentosamente en un cadalso!... vos sola sois bastante para vengar su muerte!—Señora vais á cesar en vuestra carrera criminal... ahora mismo dejareis de ser la pública querida de mi esposo!...

Y la reina sacó un agudo puñal, y lo hizo brillar en el aire, con feroz y espantosa sonrisa.

—Ah, perdon, señora! yo soy inocente... perdon!... esclamó la interesante dama de don Alonso, cayendo de rodillas, y tendiendo hácia la reina en señal de súplica sus preciosas y blancas manos.

—No, no hay perdon! morireis... ya estoy cansada de sufrir por vuestra causa! Sabeis, miserable lo que es ultrajar á una reina!

—Perdon! soy inocente... yo no os ultrajo!

—Oh, no os perdono... la muerte del maestre está pidiendo una enérgica y pronta reparacion... La esposa de vuestro amante será vuestro verdugo! Y la reina alzó de nuevo el puñal.

—Cielos! socorro... esclamó doña Leonor, cayendo desmayada.

—No, no hay piedad! El maestre de alcántara será vengado! esclamó la reina haciendo brillar de nuevo en el aire su agudo puñal.

Pero en el mismo momento que se disponia á sepultarlo en el pecho de su rival, se apareció de repente el rey, y le dijo precipitándose sobre doña María, casi ciego de furor:

—Infeliz!

La reiaa dejó caer el arma homicida, y miró al rey entre sorprendida y furiosa, esclamando al mismo tiempo con sordo acento:

—Maldicion!

—Qué hacíais, desgraciada! dijo Alonso XI.

La reina miró á su esposo con altanería, y guardo silencio.

—Vive Dios, señora, repuso éste, que estais por demás imprudente! No habeis hecho caso de mi primer aviso, y me veré en la precision de imponeros un castigo... propio de vuestra clase. Mi voluntad es irrevocable, señora... Ya lo sabeis... El maestre me ha faltado, me ha desobedecido, y ha muerto en un cadalso... vos tambien faltais, y no puedo menos de castigaros... Felipe? Felipe... dijo el rey llamando á gritos al amante de Elvira de Luna.

El hijo de Piedad se presentó en la estancia.

—Prepararos á partir mañana mismo... Vais á tener el honor de conducir á su patria á mi querida esposa!

La reina miró sorprendida á Alonso XI.

—Sí, señora, marchareis á Portugal, accediendo á vuestros deseos... Retiraos amigo mio...

Felipe desapareció en seguida.

El rey repuso al instante:

—Ya sabeis mi determinacion, señora: dentro de un momento firmareis nuestra separacion. Ved de lo que ha servido vuestra tenacidad. El maestre de Alcántara, grande amigo vuestro... ha muerto en un cadalso... vos volveis á poder del rey de Portugal, donde sereis libre, hasta tanto que mi honor...

—Rey de Castilla!

—Os ofendo? callaré, señora... pero ahora recuerdo que vuestra fama padece terriblemente si os marchais... El maestre era íntimo de vos... ha muerto por mi órden, y si partís para Portugal, vuestro país natal, el público que de suyo es malicioso y comenta á su antojo cuanto pasa en las altas regiones...

—Pues bien, rey de Castilla, esa nota tanto infama vuestro honor como el mio! soy inocente, creedme... y al mismo tiempo me declaro vencida! Os juro por lo mas sagrado...

—Seguid, seguid!...

—Que esa mujer no será perseguida...

—Basta, señora... tomad mi mano, y vivid en la inteligencia de que ocupareis siempre á mi lado el lugar que os corresponde! El rey de Castilla sabrá dar á su esposa y amiga el lugar que debe ocupar.

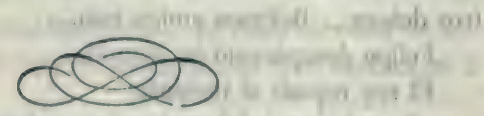
—Pero si faltais...

—Oh, descuidad, descuidad! dijo la reina con feroz sonrisa.

Y á poco salió de la estancia, firme y resuelta á cumplir su palabra.

Don Alonso se acercó á su amante, que aun permanecía desmayada, y dijo sentándola en el mismo sillon que ocupaba cuando entró la reina.

—Socorramos á esta infeliz, que harto desgraciada es con solo amarme!





CAPITULO L.

En el que se ven varias escenas, que serán las últimas de esta segunda parte, porque así convino al primitivo narrador de estos hechos, cuyo nombre se ignora hasta la presente.

Doña Leonor salió gozosa en estremo de la habitacion que ocupaba en el alcázar la amante de su marido. Estraño habrá parecido al lector que la reina se hubiese conformado tan pronto y prometídole á su esposo una cosa por la que habia arrostrado tantos trabajos y sacrificios. Doña María habia dicho de buenas á primeras al rey, que la de Guzman no seria mas perseguida. Le habia dicho en resumidas cuentas:— «Rey de Castilla, vivid tranquilo respecto á vuestra querida, que mi odio hácia ella si no ha cesado, no será manifestado nunca! Seguid amándola, que vuestra esposa aparentará no saberlo.» Ciertamente que es incomprensible todo esto. Pero nosotros que estábamos tan llenos de admiracion como nuestros lectores, nos apresuramos á buscar en los cronicones de aquella época el motivo ó causa que la reina tuviese para obrar de la manera que ya sabemos y que es causa de nuestro asombro.

Doña María se habia convencido que mientras viviese el

rey, nada podria hacer contra su amante. Doña María llegó á conocer perfectamente á su esposo, y sabia que si no desistia de sus proyectos contra la de Guzman, era muy capaz Alonso XI de mandarla á Portugal con sus padres, para siempre separarse de ella. Semejante paso lo temia en estremo la portuguesa, porque era orgullosa cual nadie, y este recibia un golpe mortal; golpe que ella temia mucho mas que cuantos desprecios y ultrajes recibiera del rey, todo por causa de su amante. Porque qué dirian sus padres, Portugal, Castilla, el mundo entero si llegase el caso de que el rey hiciese lo que habia dicho?

—Oh, esclamó la reina: el mundo entero se reiria de mí; murmuraria grandemente á mi costa y doña Leonor se gozaria de mi derrota... y se veria libre de mí!... nada, nada, disimulemos... aguardemos un poco... esperemos la oportunidad... para vengar al maestre y vengarme yo!... rey de Castilla, somos amigos ahora... eso quiero... porque contra tí nada puedo hacer... lo confieso; pero contra tu amante... el tiempo lo dirá! De mis lábios no saldrá una palabra que la ofenda... Te lo he jurado y lo cumpliré: tus oidos no volverán á escuchar mas quejas y palabras de odio... pero en mi corazon iré amontonando odio sobre odio, desprecio sobre desprecio, hasta que llegue el dia en que pueda verter todo este veneno oculto y reconcentrado, sobre la cabeza de la mujer que es mas que yo en Castilla!... Y si guardo silencio, si me ví en la necesidad de pediros capitulacion, precisamente en el momento en que iba á satisfacer mi venganza; no era porque os temiese, sino porque de verme humillada y despreciada, mejor consiento, mejor tolero vuestros escandalosos amores, que no el mundo se divierta con mi honra y... he hecho perfectísimamente... callaré ahora para hablar despues... padeceré hoy para reir y gozar mañana... Ah, doña Leonor y qué caro os vá á costar los amores de Alonso XI... amor! todo lo arrostran por el amor hombres y mujeres... todos se ven subyugados por esa poderosa afeccion que no ha podido conquistar mi corazon... oh, y me alegro, porque yo

aborreceria al hombre que amándome mucho fuese mi esclavo... Sí, sí, el amor no ha conquistado mi corazon y soy feliz... Sin embargo, cuando el rey llamó á ese jóven que es capitan de sus guardias, y le dijo que me habia de acompañar á mi patria... sentí ciertamente temor, mi frente se cubrió de sudor y mi corazon latió fuertemente... qué significaba aquello?... creo haberlo adivinado... mi temor era que aquel jóven creyese que su reina se separaba de su esposo, por adúltera... oh, consiento primero sufrir y callar los amores del rey y los abusos de doña Leonor, que la gente toda forme de mí un concepto tan desfavorable al honor de una mujer y al orgullo de una reina!

Doña María cumplió efectivamente su palabra. Alonso XI y doña Leonor de Guzman vivieron felices y tranquilos. El rey concluyó por estimar á su esposa.

Pero como hay otros personajes tambien muy principales en esta historia que hace tiempo debian ocupar nuestra atencion, nos vemos en la precision de trasladarnos al jardin de la casa habitada por don Jimeno y su hija, para escuchar la conversacion que esta y Felipe tenian.

El dia se habia dejado cubrir por el negro y tupido velo de la noche. Las preciosas calles de árboles que habia en el jardin ya citado, se hallaban casi á oscuras, aunque la luna, esa maga plateada de la noche, procuraba introducir sus blancos destellos por entre las ramas de los corpulentos y copudos árboles. Al pié de uno de ellos y sentados en un banco de tosca piedra blanca, conferenciaban asidos de las manos con ternura los futuros esposos. En el rostro de Felipe y en el de su amante se veia pintada la dicha mas grande é inefable. El enlace tan deseado se iba á celebrar al dia siguiente, y Felipe le habia pedido á Elvira una cita en el jardin, para hablarla larga y estensamente de la felicidad que les esperaba. Elvira accedió gustosa á la peticion de su amante, y Felipe fué introducido en el jardin por la puerta qne ya conocemos.

Hubo un momento en que los dos amantes se contem-

plaron sin hablarse. El silencio es á veces mas espresivo que cuanto se quiera decir hablando. Sus manos se estrecharon con ternura, y sus ojos fijos y casi adormecidos de dicha, manifestaban en uno y otro que se hallaban en uno de esos éxtasis deliciosos que nadie ha podido describir con propiedad. Sin embargo, este arrobamiento divino, tuvo su término como todas las cosas, y Felipe dijo entonces, pero sin soltar la mano que habia cogido desde el principio:

—Elvira mia, nuestra dicha tan deseada, ya es una verdad: mañana...

—Mañana, dijo la jóven con alegría; soy tuya para siempre.

—Para siempre! oh, esas palabras son divinas... celestiales... mañana comienza para siempre nuestra dicha!... sabes, amor mio, que parece un sueño cuanto nos pasa?

—Un sueño, Felipe! y por qué?

—Porque despues de tanto como hemos padecido... nos vamos á unir para siempre...

—Tienes razon... pero la felicidad habia de llegar al cabo... porque nosotros qué habíamos hecho para ser siempre desgraciados?

—Es verdad... y yo puedo asegurarte que soy feliz. Elvira; oh, tanta felicidad tengo, que es demasiado para una persona sola!... En primer lugar poseo tu cariño, ídolo mio, que sin él no podria vivir... voy á poseer mañana tu mano... que era toda mi ambicion, todo mi deseo!... Despues he encontrado á mi madre, Elvira, á mi madre, tantas veces llorada y buscada por mí cuando me hallaba solo, abandonado, maldiciendo mi suerte, porque hasta tú misma... que tanto me amas... me habias olvidado, me habias despreciado y maldecido...

—Felipe!...

—Oh, es verdad!... son recuerdos fatales! Callaré, para que nuestra dicha no se empañe con tan amargos recuerdos!... Soy feliz además, porque de no tener nada, de ser un miserable, tengo un rey que me quiere como si fuera su

hermano... calzo desde mañana la espuela de caballero y uso el timbre de los gentiles-homes!... Soy ahora digno de tí, Elvira? me desprecias como aquella noche terrible cuando descubriste...

—Oh, calla, calla!

—Voy á complacerte, sí... hablemos de nuestra felicidad tan próxima! Ya han cesado nuestras desgracias... nada hay que se oponga á nuestra dicha... al contrario, los dos únicos que podian hacerlo, el rey y tu padre, que ya lo es mio tambien, gozan con nuestra felicidad.—El conde de Haro no ha vuelto á...

—Ah, no lo nombres, no lo nombres! aunque no ha vuelto á importunar á mi padre, me han asegurado que ronda y vigila con frecuencia esta casa! qué querrá ese hombre?

—Nada temas, amor mio, nada temas... El conde de Haro tambien participará de nuestra dicha...

—Cielos!

—Sí, no te asustes, tiene algun derecho, y...

—Esplícate!

—Mañana, Elvira; mañana, despues que recibamos su bendicion.

—Su bendicion! Ah, qué dices? deliras?

—No, no... puede darnos su bendicion... Mañana, vá á ser un gran dia para tu amante?

Apenas Felipe acabó de pronunciar las anteriores palabras, apareció por entre los árboles y detrás de los amantes, un hombre con el rostro desencajado y cadavérico, los ojos vivos y brillantes como los de una fiera, y sonriéndose de una manera espantosa. El conde de Haro, pues no era otro, se acercó con paso callado y cauteloso al sitio donde se hallaban los dos amantes, muy agenos de tener á la espalda tan formidable enemigo. Don Lope nada oyó de cuanto hablaban, pero así que se cercioró que eran ellos, sacó un agudo puñal y lo acarició con feroz sonrisa.

Entonces sucedió una cosa notable, y que no fué ni no-

tada siquiera por Elvira y su amante. El conde de Haro alzó con indecible gozo el puñal para sepultarlo en la espalda de Felipe. Pero en el momento en que su brazo descendia con el arma homicida, salió por entre las ramas otro, delgado, largo, todo vestido de negro, y sujetó el de don Lope con fuerza.

El hijo del último señor de Vizcaya miró á todas partes sorprendido, no pudiendo ver mas que el brazo de hierro que le impedia consumar su intento.

—Qué es esto! esclamó forcejeando para verse libre.

—Silencio! dijo una voz que el conde no pudo conocer.

—Quién sois? para...

—Silencio, conde de Haro, silencio!... Venís á asesinar á un inocente... y vuestra alma perversa y criminal no os dice que vuestro rival es... el hijo que abandonásteis cuando niño!

—Cielos!!!

—Sí, conde de Haro; Felipe es vuestro hijo... y de aquella infeliz mujer...

—Sabeis su nombre?

—Lo sé... aquella desgraciada llamábase Piedad...

—Y quién sois?... Por qué habeis contenido mi brazo en el momento en que iba á hacer desaparecer al amante de Elvira?

—Soy...

—Acabad!

—La madre de vuestro hijo...

Y apenas llegaron semejantes palabras á oidos de don Lope, desapareció por entre las calles de árboles un bulto negro, que talmente parecia una fantasma.

El conde de Haro se quedó tan admirado, que por un breve espacio de tiempo no sabia lo que le pasaba. Al cabo pasóse la diestra por su frente bañada de sudor, y esclamó á media voz:

—Mi hijo!... Piedad!... Oh, maldicion! maldicion!...

Y huyó despavorido por el jardin, despues de tirar el puñal con horror, y mientras que Felipe se despedia de El-



¡Vais á asesinar á vuestro hijo!!

vira, ambos locos de alegría con la dicha que les esperaba. . . . .

Al dia siguiente de estos sucesos, todo era vida, alegría y animacion en casa de don Jimeno de Luna y Osorio. Los criados, vestidos con magníficos trajes, vagaban por una parte á otra, distribuyendo flores y aguas odoríficas por todos los aposentos destinados para los jóvenes esposos. Todo era bullicio, abundancia y placer. Las personas mas notables de la corte se hallaban reunidas en un magnífico salon ricamente adornado. Entre ellas se veía, ocupado el mejor asiento, al rey de Castilla. Alonso XI, despues de hacer caballero al amigo mas íntimo que tenia entre sus cortesanos, despues de honrarle con el título de gentil-home de su corte, habia querido presenciar la dicha del hombre que á él se la habia dado.

El anciano y cariñoso padre de la tierna Elvira estaba lleno de alegría y satisfaccion. Su bondadoso rostro se hallaba cubierto con la mas placentera sonrisa. Don Jimeno vestia un rico traje de terciopelo, recamado de oro y piedras preciosas y de un valor inmenso.

Pero la reina de la fiesta, la persona objeto de todas las miradas y de todas las admiraciones, era la bella é interesante amante de Felipe. Su encantador semblante, blanco y sonrosado, rebosaba de alegría y manifestaba claramente las dulces y agradables sensaciones que su corazon de niña y de amante esperimentaba al ver todo aquel aparato y preparativos, que sin cesar le recordaba la dicha tan grande que el cielo le destinaba, despues de tantos sinsabores y disgustos.

El traje de Elvira era elegante y sencillo á un tiempo. Era el traje de una vírgen ó de un ángel. Magníficas tocas de holanda riquísima, guarnecidas de perlas y plata, ocultaban por detrás su rubio y sedoso cabello, y caian sobre el traje blanco y guarnecido de menudas flores, que llevaba con una elegancia indecible. El rostro de Elvira estaba encantador, casi divino. Sus facciones bellas y perfectas hallábanse animadas con la inefable dicha que en su rostro y puro corazon sentia.

—Hija mia, le dijo don Jimeno acercándose á ella con cariño, estás impaciente?

—Por la tardanza de Felipe?

—Sí.

—No, señor... tal vez su madre... pero mirad, mirad, desde aquella galería nos llaman uno y otro.

Don Jimeno y su hija se apresuraron á ir donde se hallaba la penitente y Felipe...

Piedad no habia abandonado su traje negro de buriél ni su grande manto que la ocultaba de piés á cabeza; pero de su rostro habia desaparecido la palidez que lo cubria de contínuo: sus hermosos ojos negros, dias antes constantenente mustios y amortiguados, brillaban ahora de felicidad y contento: por sus lábios delgados y de subido color, vagaba una sonrisa impregnada del placer mas grande. Felipe acompañaba á su madre, y si grande era la dicha y la felicidad que en los rostros de las personas interesadas por su bien se veia pintada, la suya superaba á todas, porque era tal la alegría de nuestro jóven, que dudaba si todo cuanto le pasaba era realidad ó sueño.

Los dos amantes se miraron con detencion, y despues se sonrieron de alegría.

—Por qué no entrais, señora, dijo don Jimeno á Piedad.

—Oh, no; ya sabeis que yo no puedo abandonar este traje, y con él llamaria la atencion entre tanta gente noble y principal... Vienen todos á presenciar el enlace de nuestros hijos?...

—No, porque este se verificará esta tarde y en familia... En semejante acto teneis vos que estar presente... y si hay gente estraña...

—Teneis razon. Luego entonces...

—No han venido mas que ha felicitarnos, porque tambien su alteza...

—Oh, está ahí el rey! dijo Piedad sorprendida.

—Sí, su alteza se ha dignado honrarnos... pero os dejo, porque ciertamente estrañará mi ausencia en el salon.

Dijo y desapareció en un instante de la galería.

Felipe y Elvira se dieron entonces la mano con cariño. Piedad se sonrió y les dijo:

—Ya se aproxima el momento, hijos mios, en que todos hemos de ser una misma familia... Y en verdad que deseo vivamente llegue ese momento, tanto por veros unidos y felices, que era todo mi afan y deseo, cuanto para entregarme yo de nuevo al descanso y á la penitencia.

—Qué decís, madre mia? dijo Felipe sorprendido.

—Oh, sí, despues que ya seais el uno del otro... despues que el cielo y el sacerdote bendiga vuestra union... yo me retiro, no á la ermita donde me has conocido, no, sino al monasterio de las Huelgas, donde concluiré mis dias cerca de doña Beatriz, compañera de mis infortunios. Hijo mio, ahora mas que nunca necesito orar y dar gracias á Dios. Porque si entonces hacia la vida del anacoreta y oraba y lloraba á todas horas, era porque le pedia encontrar al hijo que habia perdido!... este hijo lo he hallado en tí, gracias á ese Dios á quien tanto he implorado... Pues bien, Felipe... ahora necesito dar gracias al Altísimo por el bien grande, imponderable, que me ha hecho!... En el monasterio de las Huelgas he de exalar mi último aliento... pero vos ireis todos los dias á ver á vuestra madre... no es cierto, hijos mios!

—Madre mia! esclamaron los dos jóvenes á un mismo tiempo.

Piedad continuó:

—Mi objeto al abandonar la choza, donde he vivido quince años, sin mas compañía que las colinas y los árboles, ya sabes cual fué, Felipe.—Te creí mi hijo, porque el instinto de la sangre me lo decia sin cesar... habia un hombre malvado que te perseguia y por eso vine á Burgos... para librarte de él... Ese hombre... no volverá á perseguirte porque es tu padre, ya lo sabes!

—Su padre! Quién! dijo Elvira.

—El conde de Haro.

—El conde de Haro! Madre mia, es cierto?...

—Qué, no os lo ha dicho vuestro esposo?

—No, nada me ha dicho...

—Y no os ha dicho que mientras la otra noche hablabais en el jardin se acercó á Felipe, á quien hubiera asesinado sino es por mí?

—Nada sé, señora.

—Oh, pues yo os lo contaré, hija mia.

Y Piedad refirió á la bella Elvira cuanto sabemos pasó en el jardin.

—Ah, que horror! ese hombre es un monstruo!... Y decidme creeis que nos veremos libres...

—Sí porque ya sabe que Felipe es su hijo.

Media hora despues se habia marchado el rey y todas cuantas personas estrañas habia en casa de don Jimeno. El enlace de los dos amantes, como habia dicho el padre de Elvira, se habia de efectuar entre familia, para que Piedad pudiese asistir. Esta penetró en los salones, despues que la corte los habia abandonado. Felipe y Elvira se quedaron solos en la galería, desde la cual se descubria la calle. La jóven dijo á su amante:

—Dime, Felipe, hoy no te separás ya de mí... verdad?

—Sí, tengo que presentarme al rey en este momento, porque todavía no me han relevado del cargo de capitan de sus guardias... y mi deber es permanecer todo el dia en el alcázar ó donde él se halle... pero al instante que reciba sus órdenes volveré á tu lado, amor mio, de donde no me separaré nunca!—Elvira, volveré al instante para hablar de nuestra dicha...

—Y te marchas ahora mismo?

—Sí, para estar mas pronto aquí... Pero mira á nuestros padres como se pasean por el salon! dijo Felipe señalando á don Jimeno y á Piedad, que con efecto hablan paseándose asidos del brazo.—Apuesto á que hablan de nosotros! oh, la felicidad de ellos es tan grande como la nuestra.

—Es verdad! repuso Elvira contemplándolos con ternura. —Cuánto gozan porque nos ven dichosos!

—Y tan dichosos, ángel mio; no es cierto?

—Sí, sí, cierto... yo puedo asegurarte que no puedo con tanta felicidad!...

—Oh, volveré, Elvira; volveré, para hablar mucho de

nuestro amor!... voy á cumplir con mi deber, y en seguida vendré á tu lado.—Adios, amor mio... Adios, hasta dentro de un momento...

—Elvira lo miró fijamente, y lo dijo, casi á media voz:

—Adios... Felipe mio...

El hijo de Piedad abandonó la casa de don Jimeno. Elvira esclamó al verle pasar por la calle:

—Qué hermoso es y cuanto le amo!

La jóven permaneció en la galería que tambien daba al jardin, porque despues de perder de vista á su amante, creia oir el ruido de sus pasos.

A los pocos que habia dado Felipe, se encontró á Nuño Fajardo que caminaba con la mayor precipitacion, y dando brincos de alegría como un chico á quien se le dá un confite.

—Dónde vais? le dijo el jóven, lleno de sorpresa.—Te has vuelto loco? qué te pasa para ir de ese modo?

—Ahí es nada!... contestó el ex-teniente con importancia. Soy el hombre mas afortunado del mundo!... El rey acaba de darme en este momento tu plaza de capitan, y además cien monedas de oro para comprar un caballo; todo en premio... Figúrate que la reina, nada menos una noche fué al calabozo del maestre, no sé por donde, con intencion de salvarlo, y en vez de dar con él, fué conmigo con quien topó... Me creyó el maestre... porque fingí perfectamente la voz de aquel pobre diablo... y me sacó del calabozo por sitios desconocidos por mí... Ya arriba ó una vez libre, hice el papel del maestre perfectamente... La reina se fué muy convencida que lo habia salvado.—Despues se lo he contado todo al rey, y en premio de semejante servicio me ha dado tantas cosas...

—Pues en ese caso no voy hoy al alcázar... El nuevo capitan recibirá las órdenes del rey; no es cierto?

—Sí, sí, hoy comienzo á desempeñar mi destino.

Felipe y Nuño se separaron, volviendo el primero á casa de su amada.

Mientras pasaba lo que dejamos mas arriba dicho, sucedia lo siguiente en casa de don Jimeno:

Cuando Elvira estaba en la galería creyendo oir los pasos de su amante, atravesó por el jardin un hombre, que subió precipitadamente la escalera y se apoderó de la jóven, asiéndola con brazo fuerte y vigoroso.

Elvira dió un grito y perdió el conocimiento. Entonces don Lope, pues no era otro, bajó la escalera con ella en brazos y sonriéndose con feroz alegría.

Don Jimeno oyó el grito de su hija, y se asomó seguido de Piedad á la galería.

—Infame! asesino! esclamó al ver al conde huir por el jardin con Elvira en brazos.

Y desenvainando su espada corrió con increible ligereza en pos del conde de Haro. El anciano padre lo alcanzó próximo á la puerta por donde habia entrado y debia salir.

—Dame mi hija! le dijo.

—Antes la vida... contestó el conde, sin dejar de correr.

—Mi hija... yo quiero mi hija...

—No, nunca!

La espada de don Jimeno atravesó el pecho del hijo del último señor de Vizcaya. Elvira cayó al suelo. Don Lope cayó tambien anegado en su propia sangre, y diciendo con rabia: —Maldicion! maldicion; me ha muerto!

Piedad acudió á poco y presenció horrorizada el terrible cuadro. —Cielos! esclamó dando un paso atrás.

El conde abrió los ojos y la miró un momento. Don Lope dijo con voz casi apagada:

—Perdon, Piedad!... perdon, hijo mio, oh, soy un monstruo!... Perdonadme! Enrique, hijo mio... perdona á tu padre.

Don Lope volvió á cerrar los ojos y guardó silencio. Pero no habia muerto, porque aquel mismo dia se efectuó el casamiento del conde con Piedad para legitimar á Felipe, á la par que el de este con su amada.

Don Lope espiró á poco: Piedad se retiró al monasterio de las Huelgas, y don Jimeno tomó el hábito de monge. La muerte del conde de Haro le habia llenado de remordimientos.

. . . .

La reina doña María cumplió al pié de la letra cuanto



¡Mi hija! dame mi hija.

habia ofrecido á su esposo; pero cuando este murió, pidió á su hijo el cruel don Pedro I la cabeza de la amante de su marido. Doña Leonor de Guzman fué muerta por órden del rey. Entonces se oyó un grito de venganza que no tuvo eco por aquella época, pero que despues fué causa de que don Pedro perdiera la vida y la corona. Este grito lo dió Enrique de Trastamara, hijo primero de doña Leonor y Alonso XI. Pero de estos sucesos hablaremos en otro lugar, con el favor de Dios.

Reseña histórica de los reinados de Fernando IV y Alonso XI.

A los dos dias de la muerte del rey don Sancho IV, aclamó y juró la ciudad de Toledo á don Fernando IV su hijo, jóven tan tierno, que no habia cumplido todavía diez años de edad, y habia quedado por disposicion de su padre bajo la tutela de su madre doña María. Mas no fué á gusto de todo el reino esta aclamacion.

Fernando IV, nació en el año de Cristo, 1285, entró á reinar en el año de 1295.

En el 1302 hubo hambres y mortandad tanto que se infiere murieran la cuarta parte de los habitantes del reino.

El matrimonio de Fernando IV con doña Constanza, hija del rey de Portugal, se celebró en Valladolid año 1303.

En 1304, se juntaron en Agreda y Zaragoza, los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, de cuya reunion resultó que don Alonso de la Cerda dejase el título y pretensiones de rey de Castilla, dándole en cambio algunos lugares de Castilla y Andalucía.

Examinábase por aquel entonces en Roma la causa de los Templarios, mandando el papa que se secuestráran sus bienes.

En 1312, reunió cortes en Valladolid; para aprestar gente y dinero para la guerra que se movia contra el rey de Granada.

Fernando IV murió el 7 de setiembre de 1312.

De su esposa la reina doña Constanza dejó dos hijos, doña Leonor de edad de 5 años, y don Alonso de un año.

Alonso XI, décimo quinto rey de Castilla y Leon, nació en año de 1311, y entró á reinar en el año 1314, despues de

varias revueltas por esta causa, fueron nombrados tutores del rey niño, doña María Alfonsa de Molina su abuela, el infante don Juan y Juan Nuñez de Lara.

Murió doña María, en Valladolid año de 1321.

En 1325, fué declarado Alonso XI mayor de edad.

Año de 1328, contrajo Alonso XI matrimonio, siendo celebradas las bodas en Alfallate. En el mismo año se celebraron la de don Pedro, infante de Portugal, con doña Blanca, hija del (infante don Pedro) de Castilla.

En 1342, puso el rey sitio á Algeciras, en aquel sitio, vieron por primera vez los españoles el uso de la pólvora, empleada en las bombardas moriscas.

Para subvenir á los gastos que se ocasionaban en estos sitios empeñó el rey hasta sus coronas de oro y otras alhajas. Dos años duró este sitio de reñidos combates.

En 1344, fué entregada la plaza, y Alonso XI, entró triunfante en 28 de marzo del año citado.

En este tiempo tenia el rey dos hijos de su legítima esposa. Don Fernando que nació en 1332, y murió en el siguiente: y don Pedro que sucedió á su padre en el trono.

De doña Leonor de Guzman tuvo doce: entre ellos don Enrique, nació en Sevilla, año de 1333, que despues hizo valer los derechos que pretendia tener á la corona de Castilla.

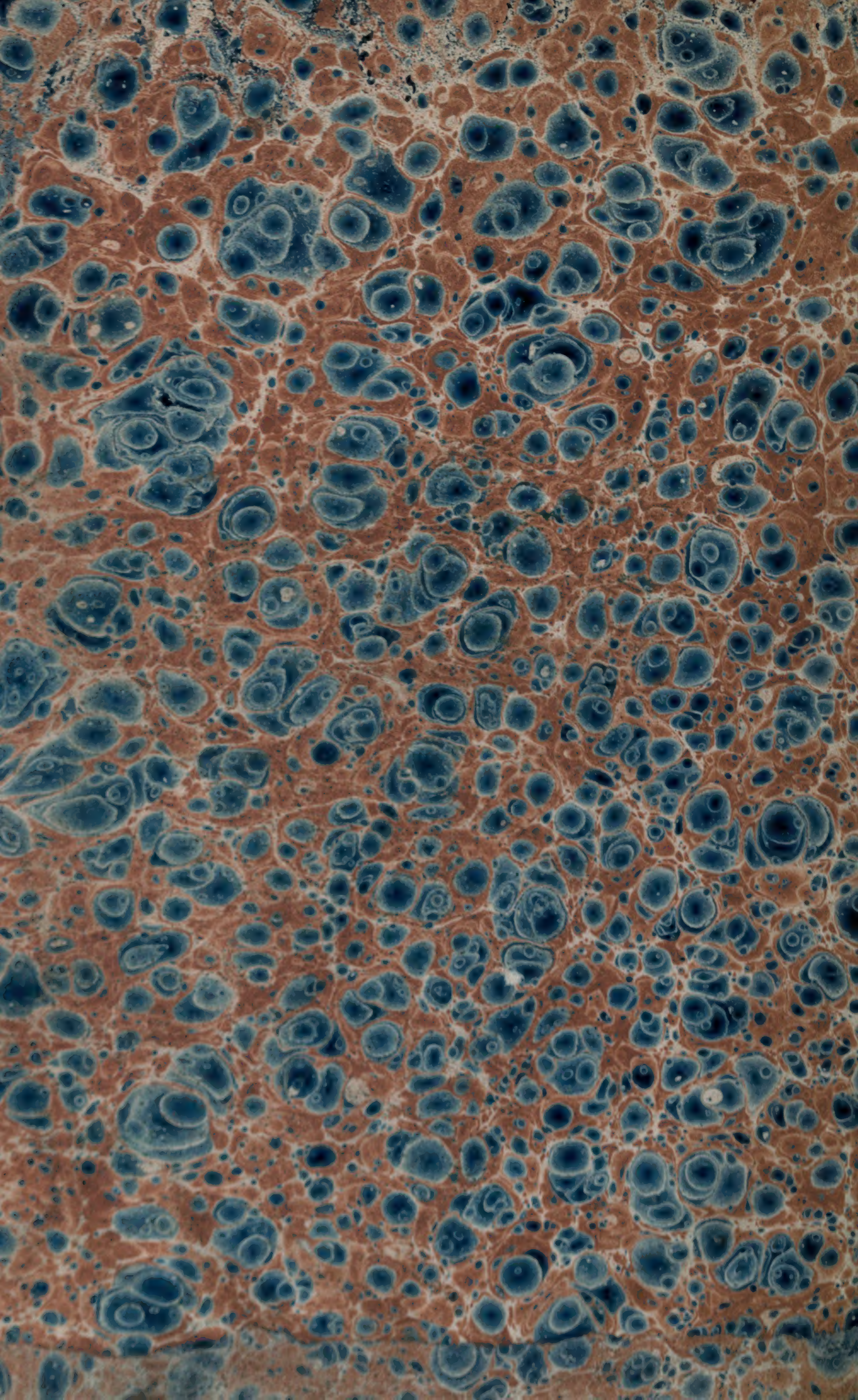
En el de 1348, publicó en cortes celebradas en Alcalá de Henares. Uno de los códigos principales de la legislacion de Castilla, poniendo en aquel tiempo en uso la ley titulada de *las siete partidas*.

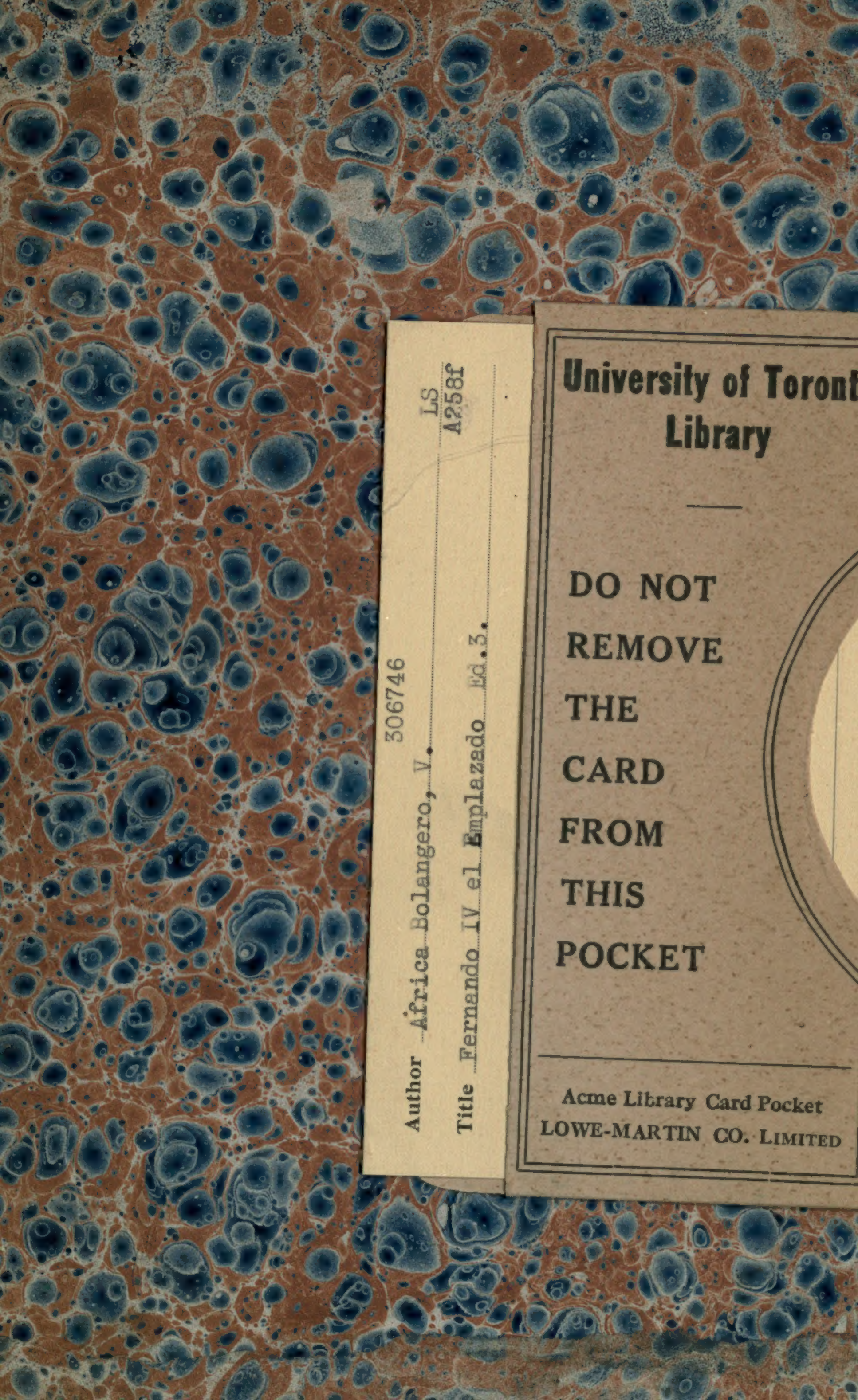
En 1349, puso Alonso XI sitio á Gibraltar con una numerosa hueste de mar y tierra, en este sitio se desarrolló la peste, haciendo muchas víctimas en el ejército cristiano, alcanzando sus efectos hasta al mismo rey; pero enfermo como estaba proseguia dando las disposiciones del asedio. En el cual murió víctima de su constancia en la fé cristiana; año de Cristo de 1349, en 27 de marzo.

El cadáver de don Alonso XI, fué trasladado á Sevilla, para serlo despues á Córdova donde debia sepultársele segun su voluntad espresada en el testamento.

PAUTA PARA LA COLOCACION
DE LAS LÁMINAS.

LÁM.	PÁG.
Retrato del autor portada.	
Fernando IV	3
1.ª Veis aquella gitana.	7
2.ª Dejadme y os perdono.	52
3.ª Alzad, señora, alzad.	61
4.ª Cuenta Piedad su historia.	103
5.ª Cobarde, esclamó, etc.	128
6.ª Bien quedaos, etc.	149
7.ª Suplicio de los Carvajales.	182
Alonso XI.	193
1.ª Oh! socorramos, etc.	232
2.ª Dormís, seor fanfarron.	244
3.ª Es muy importante, etc.	300
4.ª Huye Felipe, etc.	312
5.ª Duro teneis el brazo, etc.	347
6.ª Miserable, esclamo, etc.	358
7.ª El maestre, etc	375
8.ª Os amo con delirio, etc.	401
9.ª Señor, padre mio, etc.	438
10 Muerte de don Gonzalo.	508
11 Monstruo, etc.	518
12 Mi hija, etc.	524




University of Toront
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
306746
LS
A258f
Author África Bolangero, V.
Title Fernando IV el Emplazado Ed.3.

